El Partido del Año



ELEANOR RIGBY

El partido del año

Eleanor Rigby

© 2026, Eleanor Rigby

Título: *El partido del año* Primera edición: junio de 2026
Sello: *Independently published* Ilustración y diseño de portada: Marina Martín Prieto Maqueta y corrección: Elena Salvador Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

I’m A Tyrant (Everytime I Want It)

Lara Cosima

—¡De ninguna manera! ¿Por quién me has tomado? ¿Por el hada de los dientes?

—Por el hada de los milagros publicitarios, más bien. Por favor, Lara Cosima —Capobianco junta en un rezo sus dos manazas de antigua gloria de la NFL—, tienes que ayudarnos. Eres nuestra última esperanza. Hemos perdido muchísimos patrocinadores con este escándalo. La mala reputación de DiMarco empieza a afectar a sus compañeros, que en parte viven de sus colaboraciones con marcas, y ya sabes que un club de fútbol no sobrevive sin inversiones.

La experta en marketing que vive dentro de mí y no quiere cavar su propia tumba profesional se niega en rotundo a ceder a este despropósito. Pero la chica de la Luisiana profunda que no está acostumbrada a lidiar con el atractivo de un hombre con ADN italiano —digamos que no es el gen dominante en mi Abita Springs natal— no puede resistirse a sus súplicas. Es un momento único que hay que detenerse a saborear: ese en el que un hombre rico, hermoso y con pintas de no-me-toques-las-narices necesita el inmenso favor de una mujer como yo; mujer que al ser demasiado mona para imponer no suele tener precisamente la sartén por el mango.

Si alguien embotellara este delicioso olor a desesperación, cargaría conmigo la pequeña fragancia en el bolso de Yves Saint-Laurent y, como un ravero con su botecito de Popper en plena fiesta de *techno*, lo sacaría a cada tanto para olisquearlo.

¿Qué puedo decir? Adoro el poder. Adoro sentirme importante. Adoro que me adoren.

Disimulando el subidón de adrenalina, me cruzo de brazos y me echo hacia atrás en la silla giratoria del despacho, que cede a mi peso permitiéndome recostarme. Es la primera vez que el entrenador de los Boston Beasts, equipo campeón de la última Super Bowl, me cita en su guarida para hablar de negocios, y espero también que sea la última si este es el nivel de sus propuestas.

La estética del despacho es tan predecible que una no sabe si sentirse aliviada o parafrasear el sarcasmo de Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada* —«¿Estampado floral? ¿Para primavera?

Innovador»—: diplomas a la excelencia enmarcados a lo largo y ancho de la pared alternados solo por el batiburrillo de dibujos infantiles de su nieto; trofeos y medallas con su nombre distribuidos y colgadas respectivamente en los estantes de metacrilato; en el escritorio, una pieza de Ikea que no hace justicia a la grandeza —o la cuenta bancaria— de su propietario, se despliega una colección de fotografías de su única hija. Cada escena hace partícipe al invitado de algunos de los momentos más trascendentales de su vida: Francesca tomando el biberón en brazos de su padre recién salido de la pubescencia, Francesca aprendiendo a montar una bicicleta con una cestita rosa y un par de ruedines atornillados al eje trasero, Francesca probando *la vera pizza napolitana* en un restaurante con manteles de cuadros rojos y blancos, Francesca abrazada a Capobianco con el birrete de la graduación universitaria calado en la cabeza morena y, para terminar, Francesca cerrando el círculo con una conmovedora regresión: o sea, sosteniendo a su propio bebé en brazos.

Al otro lado del mayor homenaje que un padre puede hacerle a su criatura, al menos en un despacho de veinte metros cuadrados, se erige el padre en cuestión. Está a punto de hincar la rodilla en el suelo como si fuera yo su señor feudal y él un humilde vasallo.

—Arreglar la reputación de tu jugador es imposible —sentencio, y no voy a negar que me esté regocijando—. Ya era bastante malo que se descubriera la cuenta de Twitter en la que se dedicaba a verter odio contra el gobierno y otras celebridades republicanas, pero lo de soltarle un puñetazo a un *paparazzi* y regodearse en entrevistas póstumas en lugar de grabarse vestido de blanco y con ojeras en TikTok (o, en su defecto, subir un pantallazo de la *app* Notas) para pedir disculpas ha sido el colmo. ¿Y no lo pillaron el otro día rodeado de modelos y borracho como una cuba en un club de alterne de Las Vegas?

Capobianco arquea las pobladas cejas negras, herencia mediterránea de la que ya me gustaría gozar a mí, *Joven de Finos Cabellos*. Es él quien se regocija ahora teniendo el valor de soltarme a los diez minutos de comenzar la entrevista:

—Lo tienes fichadísimo, ¿no?

—¡Todo el mundo lo tiene fichado! ¡En la lista negra, si quieres concreción! —balbuceo, ruborizada por el bochorno. No estoy mintiendo, pero su expresión pícara me obliga a defenderme de tamaño ultraje—. Sé inteligente, Brady. Ahórrate un dolor de cabeza y búscate otro jugador con talento.

Las mencionadas cejas salen disparadas hacia el nacimiento del pelo.

—¿Con el talento de DiMarco? ¡Eso sí que es imposible! —exclama con la mítica vehemencia italiana—. Apuesto a que si lo vieras en vivo y en directo, comprenderías que estás ante una leyenda. Incluso sin entender de fútbol.

¡Incluso sin entender de fútbol, dice! ¿Por quién me ha tomado?

Vale, a ver, lo más seguro es que me haya tomado exactamente por lo que soy, alguien que enciende la televisión cuando empieza el espectáculo de medio tiempo de la Super Bowl y la apaga en cuanto termina. Alguien que, hasta que su mejor amiga no se echó un novio forofo de la pelotita, veía las siglas NFL fuera de contexto y asumía que alguien se había equivocado al abreviar *Norman Fucking Rockwell*, el mejor álbum de Lana del Rey.

Pero eso nadie tendría por qué saberlo, así que es ofensivo que asuma que «no entiendo de fútbol».

—¿Sabes a quién no le importa que sea una leyenda aparte de a mí, la chica que *no entiende de fútbol*? A los patrocinadores. Esto ya no es lo que era, ¿entiendes? La prioridad sigue siendo el dinero, sí, pero nadie se va a arriesgar a que le boicoteen la empresa o le hagan pasar vergüenza por incentivar «el talento de DiMarco»..., que, por lo visto, es el de sacar los pies del tiesto.

Ahora es el turno de Capobianco de cruzar los brazos sobre el pecho y reclinarse en el sillón para mirarme de hito en hito. Sé que va a sustituir la estrategia del ruego por la de la manipulación pasiva antes incluso de que separe los labios. Muy pocos saben —aunque empiezan a intuirlo, porque nos estamos delatando con la flagrante publicidad en redes sociales— que el marketing no es sino el arte de la psicología utilizada en contra del vulgo. Durante mis años formativos estudié más técnicas de persuasión que modelos de mercado.

—¿No te atrae la idea de enfrentarte a un reto? —plantea con una media sonrisa sabedora—. Vienes de representar a una superestrella del pop como no se ha visto otra desde Madonna. Lo único que se me ocurre más difícil que eso es salvar a DiMarco del escarnio.

«Perro no come perro», dice el refrán. Brady Capobianco reconoce en mí lo que reconoce en sí mismo, una ambición desmedida por autoproclamarse genio y figura en su sector.

Pero yo no me dejo arrastrar por ella.

Al menos, no este día lunes.

—Precisamente porque vengo de representar a una superestrella del pop no quiero perder valor en la industria dedicando mi tiempo a un severo caso de me-da-igual-todo. Tu jugador, Capobianco, tiene un grave problema de comportamiento, ¿entiendes? Se beneficiaría más de la mano dura de un entrenador de perros que de mi experto consejo.

Para tratarse del cabecilla de un equipo de fútbol, y esto es, un tipo que dándose un garbeo por los vestuarios habrá escuchado todo género de barrabasadas calificadas por un juzgado de guardia como delitos contra el honor, se ofende bastante rápido con mi comentario.

Hombres.

—¿Es que te ha hecho algún desmán, acaso? Sé que no tienes pelos en la lengua y yo soy el que te ha pedido que me hables sin tapujos, pero... Ah. Ya entiendo —acaba suspirando—. Tienes algo personal contra él, ¿verdad?

A lo mejor debería detenerme a explicar quién es él, aunque crea que su pronombre debiera ser, más bien, «ese» o «esa cosa». Desvelaré el misterio: «esa cosa», como digo, es Myles DiMarco, el *wide receiver* de los Boston Beasts.

Para no-entender-de-fútbol, sí sé lo siguiente: su posición en el juego es crucial porque recibe la pelota del *quarterback*, corre rutas preestablecidas y bloquea las jugadas del enemigo con su propio cuerpo. Esto último es lo que debió causarle el golpe que un buen día le arruinó el intelecto para tratar a las damas como corresponde.

Que ya no es ni como damas, sino como seres humanos.

Los *wide receivers* pueden recibir, valga la redundancia, sopapos como panes por parte del equipo enemigo en su propósito de ayudar a los corredores a avanzar. Y soy la prueba viviente —su testigo de mal comportamiento, de hecho— de que ha sufrido suficientes para quedarse lelo.

DiMarco es el único jugador que no aparece en las fotografías que estampan la pared dominante del despacho de Capobianco. Lo agradezco. Estoy segura de que incluso desde una imagen de celulosa se las arreglaría para mirarme como si ya me hubiera visto desnuda...

... Cosa que no ha sucedido y no sucederá mientras la Tierra gire alrededor del sol.

A la pregunta de si tengo algo personal contra él, la respuesta es la mar de sencilla. Lo que tengo es amor propio y dignidad, y cualquier sujeto sin modales que ose cuestionar una verdad incontestable como lo es mi valor recibirá mi desprecio eterno en esta vida y en las próximas diez reencarnaciones.

Pensaba que fingiendo no reparar en la existencia de este animal podría solucionar el problema que se venía manifestando cada vez que nos cruzábamos, pero es difícil ignorar que tienes a una bestia de dos metros de alto y uno y medio de ancho respirándote en la nuca. Así que de la indiferencia pasé a la estrategia del desdén, algo que, por algún motivo que solo entenderán aquellos con el encefalograma plano, él encontraba atractiva de narices, porque sus sesiones de miradas salidas empeoraron de manera exponencial.

Al final tomé la decisión más radical: no oponer resistencia cuando mi última clienta, la ya citada superestrella pop Alexia Lux, decidió renunciar a mis servicios de representación. Así no tendría que volver al estadio de los Boston Beasts ni para grabar videoclips, ni para hacerle fotos con su novio, el *tight end*, ni para tragarme un partido por petición suya, a quien nunca le ha gustado ir a los sitios sin compañía.

No tendría que toparme de frente con el dichoso Myles DiMarco.

—Tienes algo personal contra él —afirma Capobianco sin esperar mi respuesta. Se echa la manos a la cabeza, superado por la exasperación que DiMarco despertaría en cualquier criatura sintiente.

Me lanza una mirada de disculpa—. Te pido perdón en su nombre y te pido perdón en el mío por insistir aun así. Entiendo que si aceptas representarlo tendrías que pasar mucho tiempo con él y que eso te superaría, pero...

La acusación me pone firme en el acto.

—A mí nada me supera, entrenador. No es cuestión de que no me vea capaz, sino de que no me parece una oportunidad de negocio.

—¿Una suma cercana a los cien mil dólares anuales por tus servicios más el porcentaje que cierres por patrocinios no te parece una oportunidad de negocio?

Se me escapa una sonrisa condescendiente.

—Se nota que entiendes tan poco de últimas tendencias como yo de fútbol —*córcholis, no puedo parar de reprochárselo*—, o de lo contrario sabrías que una mujer que lleva unos Jimmy Choo del archivo de *Sexo en Nueva York* no necesita poner el dinero como prioridad.

Si no estuviéramos hablando de un asunto serio, me levantaría la pierna por el tobillo y espetaría: «¡Esto lo ha llevado Sarah Jessica Parker!».

—¿Y cuál es tu prioridad, entonces? ¿Con qué podría sobornarte?

Ha llegado el momento de levantarme del asiento, alisar las arrugas que se forman irremediablemente en el regazo de los vestidos ajustados —una pieza de primavera-verano de Valentino, por cierto— y sonreírle con amabilidad.

—Me temo que, en este caso, mis servicios no tienen precio. Ahora, con tu permiso, voy a retirarme. No quiero llegar tarde a mi reunión con el departamento de marketing de Gillette. Mucha suerte encontrando tu milagro, entrenador.

Agarro mi bolso de Prada, un pequeño caprichito que me concedí para consolarme después de quedarme en el paro, y salgo del despacho con aire triunfal.

Qué bien sienta declinar un contrato que se intuye millonario a largo plazo cuando todavía tienes recientes las heridas de un rechazo.

Entendí la decisión de Alexia de suspender nuestras relaciones profesionales. Lo hizo en beneficio de nuestra amistad, que en los

últimos tiempos corría riesgo de resentirse de forma irreversible por nuestras, digamos, diferencias irreconciliables, pero a nadie le gusta perder de la noche a la mañana sus privilegios, y menos todavía aceptar la verdad tan universal como decepcionante de que tener buenas intenciones no basta para que las cosas salgan adelante.

Si eres capaz de hacer autocrítica, lo normal es que después de un palazo monumental como un despido revises tus actitudes. Por desgracia, el problema de base de mi acuerdo con Alexia no era que yo no desempeñara mi trabajo correctamente, sino que, a) no se debe meter el aparato reproductor donde se tiene al benefactor —me tomé la libertad de corregir la expresión, vulgar en su origen, porque una señorita respetable debe tener un vocabulario rico e impecable—, y b) mi afán por catapultarla a la cima implicaba sacrificios que ella no estaba dispuesta a llevar a cabo, lo que resulta en una simple y llana incompatibilidad profesional.

El tema se podría resumir alegando que a ella le gusta Måneskin y yo soy más de Sabrina Carpenter.

Caso cerrado, señoría.

Cierro la puerta del despacho tras de mí y lanzo una mirada cansada al pasillo. Iba a ponerme en marcha con toda serenidad, pero, para mi espanto, el bullicio estalla en los vestuarios, que se encuentran muy próximos a las oficinas de los mandamases: golpes de taquilla, carcajadas, zapatazos, el impacto sordo de un nudillo amigo en un hombro, la llave del agua de las duchas, insultos que no me veo con el valor de reproducir textualmente...

Los chicos han terminado el entrenamiento y, como aves migratorias, regresan de su hábitat natural —el campo— a entornos menos hostiles.

Vinny Bravano sigue siendo el novio de Alexia, lo que significa que en lo que a mí respecta sigue recibiendo el título honorífico de cuñado. No puedo pasar de puntillas vestuario a través sin desearle las buenas tardes, grosería de todos modos impensable en el imaginario de la educación que he recibido.

Suspiro para mis adentros. Hecha a la idea de que seré agredida por un cañón de testosterona, me preparo a todos los niveles: físico, mental, espiritual, capilar —porque hay que ahuecarse el pelo— y

labial, porque también hay que retocarse el ligerísimo *overlip* al estilo sutil de la maquilladora Nina Parks.

El arquitecto que diseñó los interiores del campo no era un lumbreras. No se le ocurrió pensar que nadie querría respirar aire viciado de sudor y feromonas y, peor, oír comentarios cuanto menos cuestionables sobre atributos femeninos o minorías, para tener que vérselas con Capobianco.

O, bueno, eso no es del todo cierto. Hay apasionadas del modelo de hombre-armario que pagarían su peso en oro para ver a la mencionada raza jugando a azotarse las nalgas con el extremo de una toalla enrollada.

No es mi caso. Asistí a la vieja escuela del esbelto Edward Cullen, y ahora me proclamo orgullosa graduada de la universidad de Timothée Chalamet. Los hombres con unas manos lo bastante grandes para partir cráneos humanos me dan un miedo aterrador. Habrá quien lo llame cobardía, pero para mí es puro darwinismo, un síntoma del desarrollado instinto de supervivencia que garantizará mi continuidad en el mundo.

Montada sobre unos *stilettos* clásicos y aferrada al asa del bolso —*porque sí, tengo un bolso y no dudaré en usarlo, Myles DiMarco*—, cruzo el pasillo. Primero me recibe el púrpura de la laca de las taquillas, a juego con la equipación de los Boston Beasts. Después, los bancos pintados de blanco. Para finiquitar, un hombre de espaldas con las dorsales marcadas como las aletas de un tiburón. Estaba entretenido secándose el sudor de la hilera de vello castaño claro que le baja hacia el ombligo, detalle que capto cuando se gira con aire inocente y me sonríe como si estuviera borracho.

Ashton Creed, corredor del equipo. Que no se me pregunte nada más a ese respecto. En cuanto al estilismo, puedo proporcionar cuantos detalles gusten. Lleva un corte de pelo *à la mode*, si es que sigues la moda del viejo cine quinqui y tienes la osadía de combinarla con el rollito alternativo de los fanáticos del *indie*: *baby bangs* —un flequillo dentado adrede a media frente— y un *mullet*. Del triángulo de vello que irrumpe en la gruesa nuca como un cabo en el mar pende un mechoncito rizado del mismo rubio ceniza.

Tiene el cuerpo de un atleta, esbelto y musculado, pero nada fuera de lo normal.

Claro que una señorita no se detiene a describir esas cosas.

—¡Chicos! —grita para llamar la atención, formando una cueva con las manos—. ¡Hay una mujer en la guarida! ¡Repito! ¡Hay una mujer en la guarida!

—¿Cómo se atreve...? —finge ofenderse un jugador con un *buzzcut* decolorado— ¿... a venir sin traer a una amiga?

Atraído por el comentario, un tercer futbolista cierra la taquilla y se gira al tiempo que se echa al hombro la camiseta sudada. El tatuaje de un dragón chino a color le sale del hueso de la cadera y le sube por el costado hasta enroscarse en su cuello.

Me mira de arriba abajo con curiosidad.

—Pobrecita, se ha perdido. Habrá que adoptarla y darle de comer.

Un escalofrío de impresión me recorre el cuerpo al saberme vigilada por tres de estos hombres-armario. Mi primer impulso es dar un paso hacia atrás, ese mismo que el tipo del tatuaje del dragón avanza con una sonrisita demente, pero cuando quiero darme cuenta Ashton se ha unido al par de tipos cuyo nombre no conozco y me rodea también poniendo cara de idiota.

El del *buzzcut*, que asumo que será el graciosito del equipo, me coge un mechón de pelo y lo examina con los ojos bizcos y moviendo la cabeza a intervalos cortos, como un pájaro.

—¿Qué raza será?

—Raza superior, sin duda —confirma el del tatuaje, que se ha puesto a dar vueltecitas a mi alrededor—. Raza buenorra.

Buzzcut Boy se inclina sobre mí y me olisquea exagerando una mueca pensativa.

—Huele muy bien. Apuesto a que sabe aún mejor.

—¡Eh, ya vale! —interviene el *quarterback*. Hasta el momento había estado distraído mirando el móvil sentado en una de las bancas—. Estate quietecito, KJ. Y tú también, O'Keefe. Ash, no te pases ni un pelo. Estáis hechos unos gilipollas, joder. ¿Es que no la reconocéis? Es Lara Cosima. —Chasqueando la lengua, me toca por el hombro para alejarme de los tres pajarracos—. No les hagas ni puñetero caso. Son imbéciles.

«No hace falta que lo jures», habría contestado si no siguiera horrorizada por el acorralamiento.

—¡Solo era una broma! —se defiende Ashton con las manos en alto—. Venga, Larita, tú lo sabes; sabes que era una broma. No te enfades.

—No me enfado —mascullo, aferrándome al bolso—, pero deberíais aprender modales.

—¡Eso! ¡Modales! —le grita O'Keefe a KJ, es decir, *Buzzcut Boy* a *Tattoo Guy*, y le asesta un azote en el culo—. ¡Compórtate!

—¡Compórtate tú, que eres el que ha empezado!

—En serio —insiste el *quarterback*—. Te pido perdón en su nombre. No querían amedrentarte, solo estaban siendo ellos mismos. O sea, unos idiotas.

Segunda radiografía: Noah Armstrong, apodado «el Astronauta», indiscutible amo y señor de los Boston Beasts. No solo por ostentar el rol más importante del equipo o exhibir sus dotes de liderazgo dentro y fuera del campo, sino porque también es el que imbuye de sentido común y pone en su sitio a cada uno de los lobos del equipo.

Si Alexia Lux era la novia de América, Noah es el rey, el sueño, el dios. Tiene la mandíbula afilada como la hoja de un cuchillo, los ojos más azules del mundo y ese orgullo tan atractivo como exento de engreimiento que solo puedes cultivar cuando sabes que tu superioridad es un hecho científicamente demostrable, no una opinión.

—¿He oído Lara Cosima...? ¡Ah, sí! ¡Larita! —exclama Vinny, que me localiza nada más cerrar la taquilla. Me da tiempo a contemplar el par de fotografías con las que de seguro se había abstraído: una Polaroid que capta a una Alexia concentrada mientras escribe letras en el balcón de su piso de Nueva York y otra de su hermana y él con orejas de Minnie Mouse en el Disney World de Orlando—. Qué rápido has terminado la reunión con Capobianco. ¿No ha conseguido convencerte de salvar al club?

No se plantea ni por un segundo que pueda no apetecerme restregarme con un hombre cubierto de sudor. Viene a saludarme con uno de sus abrazos de oso y yo no puedo negarme porque hay

algo irresistible en los hombres con bondades tan grandes como ellos mismos.

El poder del *golden retriever*, lo llaman.

Como también lo llaman por su costumbre de cantar cuando gana un partido es «el Bardo».

—No tenía que salvar al club —señala el *quarterback*—. Tenía que salvar a DiMarco.

—Peor me lo pones —masculla KJ.

Noah conviene con él moviendo la cabeza de manera más o menos afirmativa.

—Sobre todo si hay que salvarlo de sí mismo —apostilla Ashton con una mueca.

—Como si hay que salvarlo de la ira del demonio que se le mete dentro de vez en cuando. —Vinny me sujeta por los hombros con seguridad, así como un ejecutivo presenta a su hija adolescente—. Eso es pan comido para nuestra Larita, ¿a que sí?

Me zafo del contacto de Vinny con cuidado de no ofender sus sensibilidades y doy un prudente paso a un lado con cara de circunstancia. Él no se da cuenta, pero el *quarterback* se divierte con mi incomodidad al tiempo que se apiada de ella lanzándome un guiño amistoso.

Es el único miembro de esta tribu neolítica que se adhiere a mi definición de caballero.

—Lo siento mucho por vosotros, que vais a tener que pagar el pato por vuestro amigo —intervengo por fin. Si no me tiembla la voz en lo que entiendo por territorio hostil, al menos para una jovencita, es porque estoy hablando de mi trabajo—, pero he rechazado el acuerdo.

Ashton finge sufrir un ataque al corazón llevándose la mano al pecho y cayendo sobre las rodillas. O'Keefe, en la misma línea, imita la pose de *El grito* de Munch, y KJ directamente grita:

—¡No, por favor! ¡No! ¡NOOOOOOO!

Decido ignorarlos y centrarme en la decepción de quien me propuso como candidata para ayudar al insalvable DiMarco: un ceñudo Vinny ya está abriendo la boca para protestar.

—Antes de que digas nada —me adelanto—, os prometí a Alexia y a ti que como favor personal escucharía al entrenador y me plantearía la propuesta. *Me la plantearía*. No dije en ningún momento que fuese a comprometerme a entrar en la boca de ese lobo.

—Pero Lara...

—No es Lara. Es Lara Cosima. Me pusieron dos nombres por algo —le corrijo por decimoquinta vez, y dirijo una mirada de advertencia a mi alrededor para que quede claro que esto va por cada uno de los que se han arrogado el derecho de llamarme «Larita»—. Y no intentes convencerme. Para hacer de DiMarco un hombre de provecho haría falta la intervención de Dios, de las Fuerzas Armadas... y una lobotomía, si me apuras.

Como si lo hubiera invocado, la mampara opaca de una de las duchas se abre de par en par y una figura masculina surge de la nube de vapor. Mi mirada se desvía hacia él porque ha procurado hacerse notar dando un golpe, como siempre se hace notar en todo su esplendor neandertal —le falta darse puñetazos en el pecho—, pero reculo a tiempo para no apreciar sus... partes pudendas.

Con la cara ardiendo de vergüenza y, sobre todo, de humillación —¡lo ha hecho adrede!—, giro la cabeza hacia otro lado. Pero la sorpresa de su repentina aparición me ha paralizado, y oigo con un rigor inquietante su chapoteo baldosas a través hacia la toalla púrpura.

Que, por desgracia, tenía que colgar del gancho de la pared de azulejos que está justo a mi espalda.

Chorreando ante mí como el protagonista de una comedia romántica en la dramática escena final —salvo por el detalle, insisto, de que está d-e-s-n-u-d-o—, alarga el silencio unos segundos. No es porque quiera brindarme la oportunidad de hablar primero. Solo le gusta ponerme nerviosa con su insolente contemplación.

No se oye una mosca. Solo el zumbido de los fluorescentes, las gotas que caen del cuerpo de DiMarco para estallar en el suelo y el carraspeo de algún que otro jugador expectante.

—¿Me la pasas? —pregunta él con su clásico tono monocorde. Llevaba tanto tiempo sin oírlo hablar que me estremezco—. No me la

he metido en esa boca que tanto miedo te da, así que es improbable que esté infectada de la rabia o de alguna otra enfermedad de lobos.

Ah, genial. Ha oído la conversación.

Me aclaro la garganta para balbucear:

—Cógela tú. Yo diría que la alcanzas.

Pues claro que la alcanza, si tiene unas extremidades con las que podría tocar el cielo y el fondo del mar al mismo tiempo.

Es aterrador.

Ni corto ni perezoso, alarga un brazo bronceado, tatuado en blanco y negro y rematado de trazos venosos y tendones inflamados por el ejercicio reciente.

No dice nada. Deja que el gesto de inclinarse sobre mí hable por sí solo y me recuerde que no soy más que una chiquilla impresionable.

Sin apartar la vista de mí, porque sé que tiene los ojos puestos en lo poco que pueda apreciarse de mi rubor con la barbilla gacha, se anuda la toalla a la cintura.

—¿Lo repetirías mirándome a la cara?

—¿El qué? —replico con impostada chulería. Es fácil vacilar cuando tienes a DiMarco en la periferia de la visión—. ¿Que no pienso ayudarte a salir del agujero negro reputacional en el que te has metido tú solito? Claro que puedo repetirlo.

—Pues venga. Dímelo con todas las letras. Estoy esperando.

Me convenzo de que tengo que inspirar hondo para no arañarlo, no para prepararme para lo que ya sé que viene: una mirada erótica que es un atentado contra mis creencias religiosas. Pero es justo que después de haberme oído decir barbaridades me exija responsabilidad. Eso es lo único que puede convencerme de mantener una conversación con Myles DiMarco: el sentido del honor.

Lo encaro temiendo que de un momento a otro se me escape un estremecimiento delator.

Ahí está *esa cosa*. Esa *cosa* en el sentido *Cuatro Fantásticos* de la palabra: una vertiginosa mole de músculos desarrollados cubierta por la piel morena de un príncipe romaní y la tinta negra de una colección de tatuajes sin pies ni cabeza. Al no haberse secado el pelo, las gotas de agua le llueven sobre los hombros torneados y se deslizan en una carrera delirante por el surco entre los pectorales

definidos y el valle del vientre para morir en el ombligo, a partir del que comienza una hilera de vello tan negro como los ojos que me atraviesan de parte a parte.

Todo en él es feroz, desde la postura defensiva que no bajará ni cuando se esté riendo, si es que se ríe; la copiosa barba cerrada que no se molesta en recortar y que sume en la oscuridad la mitad de su rostro; la mirada retadora y permanentemente malhumorada; el cuerpo de Goliat. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para enfrentarme a él, y eso que mido un orgulloso metro setenta y cuatro con mis relucientes tacones.

—Creo que eres un caso perdido —declaro con una voz grave que no sé de dónde rescato—, y yo he venido a la industria de la publicidad y la representación a coleccionar victorias.

El violento silencio se asienta en los vestuarios. Es así como descubro que alguno de los chicos ha puesto en este rato a un volumen moderado una canción de Beyoncé.

—Vale —responde al cabo de un rato que sin duda ha prolongado para torturarme. Se aparta de mí con aire impasible—. Eso nos simplificará las cosas, porque seguro que te habría sentado como el culo que os mandara a ti y a tus habilidades a tomar viento fresco.

De acuerdo, ese comentario no me lo esperaba.

Sin darme cuenta, avanzo un paso con una mueca que dice: «¿He oído bien?».

—¿Perdona?

Él ya se había dado la vuelta para tomar prestada otra toalla. La estaba usando para secarse el pelo como no debe hacerse —no hay que frotar la cabeza como si te la estuvieras enjabonando, hay ir estrujando con gentileza cada mechón; sobre todo si lo tienes ondulado— cuando me mira por encima del hombro.

—¿Pensabas que yo había mandado a Capobianco a buscarte para echarme un cable? ¿No sabes que estaba actuando por cuenta propia? Si me hubiera preguntado a mí qué me parece que venga una pija de Alabama a sacarme las castañas del fuego, le habría dicho que preferiría que me graparan los huevos.

La expresión es tan gráfica que por un momento me quedo catatónica.

—Soy de Luisiana —es lo único que se me ocurre replicar.

—Eres un coñazo. Eso es lo que eres. —Arroja a desgana la toalla del pelo sobre el banco y se dirige hacia su taquilla con toda naturalidad. Uno de los chicos pronuncia su nombre en tono de advertencia—. Menos mal que al menos tienes dos dedos de frente y sabes lo que te conviene. Estaba cansado de verte ir de acá para allá revoloteando como una mariposilla. Ahora que no trabajas para Alexia y tampoco lo harás para nosotros, me quedo tranquilo.

—¿Que tú estabas cansado de...? ¡¿Que tú te quedas tranquilo?! —repito, alzando cada vez más la voz. El que mi amiga suele llamar mi Dedo De Los Regaños se sacude entre nosotros como una varita mágica—. ¿De qué estás hablando? ¡Si has estado persiguiéndome como un perro sarnoso desde que coincidimos la primera vez! ¡Seguro que rezabas para que dijera que sí con tal de estar cerquita de mí!

KJ y O'Keefe aspiran entre dientes, como cuando adviertes una caída aparatosa que ha tenido que doler, e intercambian una mirada. Ashton lanza un silbido ominoso que viene a decir «oh, oh». Noah chasquea la lengua y menea la cabeza: «¿Qué hago yo aquí?», parece decir.

Vinny solo se muerde el labio para no echarse a reír.

—¿A quién se supone que le rezaba? ¿A Dios, a las Fuerzas Armadas o a las lobotomías? —se burla de mí con el semblante neutro. Siempre lo hace con el semblante neutro. Cierra la taquilla en cuanto saca lo que le interesaba, una muda limpia. Le habría dedicado algún pensamiento al hecho de saber a ciencia cierta qué tipo de ropa interior usa si no hubiera vuelto el torso de gladiador hacia mí. Me mira de arriba abajo lenta y concienzudamente para al final torcer el morro muy poco impresionado—. Eres mona, pero ya sabes que yo solo me muevo con modelos. Porque imagino que tendrás un archivo con mi expediente en tu oficina, ¿no? Por eso estás tan segura de que mi proyecto te viene enorme.

—¡Que tu proyecto me viene enorme! —suelto una carcajada helada—. ¡Al revés! ¡Te me quedas pequeño! ¡Minúsculo! ¡Una mota de polvo! ¡Eso eres en comparación con mi talento y...!

Enmudezco de golpe, sobrecogida por el gesto que tiene de quitarse la toalla de la cintura con la mirada fija sobre mí. Me apresuro a cubrirme la cara con las manos, pero es demasiado tarde, porque mis ojos han volado hacia su entrepierna como cuando ocurre un accidente de tráfico y he podido comprobar de primera mano que al menos esa parte de él no se me queda nada pequeña.

Ni ninguno de sus sinónimos.

DiMarco se viste en completo silencio con toda tranquilidad.

Por lo poco que le conozco, puedo decir esto de él: no teme hacerle perder el tiempo a nadie. No entiende de contratos sociales, como el que estipula que uno debe mirar a la cara a su interlocutor cuando habla y no interrumpirlo. No rehúye de la soledad, a la que no le teme en absoluto. Le importa un bledo si se malinterpretan sus palabras, que nunca filtra, y te dará a entender en todo momento que le estás molestando si en efecto le estás molestando.

El mundo podría arder y él se haría un chuletón a la parrilla.

—No creo que haga falta talento para mirar el catálogo de Zara en el iPad, pero mientras seas feliz, me alegro por ti.

Su desdén es humillante. Porque sí, me está humillando.

Y delante de los demás, para más inri.

Aferro con ímpetu el asa del bolso. Voy a quitarme la otra mano de la cara, pero compruebo que todavía se está vistiendo, ahora de espaldas a mí, y lo que hago es girar en redondo para no recrearme en sus nalgas prietas, no mucho más pálidas que el resto de su cuerpo.

¿Tomará el sol desnudo?

¿A mí qué me importa?

—Si tan seguro estás de que no se requiere talento para posicionar a una celebridad en lo más alto, ¿por qué no lo demuestras? ¿Por qué no te ayudas a ti mismo a salir de la lista de personas más odiadas de los Estados Unidos de América, y del mundo si me apuras?

—Porque estoy ocupado jugando al fútbol y poniendo en su sitio a las pijas como tú.

Es la segunda vez que me llama así.

Con independencia de los motivos por los que use la palabra —porque he nacido en el seno de una familia privilegiada cuya fortuna se remonta a la Guerra de Secesión o porque me gustan las prendas de diseñador—, no se equivoca. Esa es una descripción muy acertada de quién soy.

Pero odio que se ponga en la boca uno solo de mis nombres. Lara, Cosima o pija. El que sea.

—A ver si sigues jugando al fútbol después de que el último patrocinador haya retirado su mecenazgo —replico con malicia—. Cuando los inversores obliguen a Capobianco a elegir entre tu fichaje y la subsistencia de los Boston Beasts, ya veremos quién se ríe de los dos.

—Seguro que la que no se ríe eres tú, porque entonces solo me quedará la pasión de torturarte y podré dedicarme a ella las veinticuatro horas del día.

—¿Ya estás orientando tu carrera profesional alternativa a andar detrás de mí? ¿No se supone que no me soportas?

—¿No se supone que no me soportas tú a mí? ¿Por qué no te largas por donde has venido en lugar de amenizarme el post entreno piando, piando y piando?

—¡Porque...! ¡Porque...! —*¿Por qué? Rápido, Lara Cosima. Improvisa algo*—. ¡Porque me solidarizo con tus compañeros! Quería darles una explicación acerca de la propuesta y disculparme por no...

—Por no tener huevos para afrontar el reto —completa con aire distraído.

—¡Claro que tengo...! Quiero decir, ¡por supuesto que *no* tengo de eso! ¡Soy una chica! —vocifero, ruborizada todavía. Al menos solo la pared es testigo de mi bochorno—. ¡Lo que sí tengo es sentido común!

—Y muy poca ambición, además de miedo y cobardía —contraataca con voz grave. Lo escucho tan peligrosamente cerca de mí que el vello de la nuca se me pone de punta, y antes de pensar si será o no buena idea, me doy la vuelta. Respingo al confirmar que se ha detenido a un palmo de mi cara. Agacha la vista con el aire despiadado de un rey sentenciando a muerte para mirarme a los ojos—. Admítelo. Sabes que vas a fracasar conmigo, y además eres

incapaz de estar cinco minutos delante de mí sin salir corriendo con el rabo entre las piernas.

Y dale con que tengo gónadas masculinas.

—¡Eso no es verdad! ¡No me das ningún miedo!

El flequillo ondulado que le cae sobre la frente camufla su gesto de levantar las cejas. Y esa no es su única provocación. Apoya una mano a un lado de mi cabeza y se inclina con esa sonrisa de malo —porque es la única descripción posible— pintada en la cara que a mí me pone la sangre hirviendo.

—¿Ah, no?

Enrolla los dedos en el tirante fino de mi vestido, un sencillo *little black dress* con escote cuadrado. La amenaza del roce piel con piel y de su cercanía me acelera el pulso y por un momento veo la vida pasar por delante de mis narices: la primera vez que monté a Diamond Duchess, mi yegua zaina *thoroughbred*, la noche que Alexia y yo nos escapamos de su casa para emborracharnos a las fiestas del pueblo, que teníamos prohibidas; la única ocasión en la que un chico me besó y me gustó de verdad de la buena.

Me invade la terrible certeza de que solo tengo dos maneras de salir del encierro de sus brazos: o le arreo con el bolso en la cabeza y espero que la dureza del iPad le cause un traumatismo craneoencefálico —*mala idea. Vinny podría enfadarse*— o cedo a su clarísima manipulación psicológica.

Al final solo le suelto un manotazo en la muñeca para que aleje el brazo.

—Ya verás cómo te vas a tragar tus palabras —mascullo entre dientes, fulminándolo con la mirada—. En solo seis meses te voy a convertir en el hombre más deseado de la nación. ¡En el partido del año! ¡Aunque tenga que hacerlo con una pinza en la nariz y unos guantes de látex!

Mi farol surte efecto, porque DiMarco se aparta con la máxima expresión de sorpresa de la que es capaz; una que de seguro algún literato habría descrito como Cara de Partir Piedras.

Vuelve a mirarme de arriba abajo y asiente de forma casi imperceptible. Ojalá pudiera decir que está orgulloso o satisfecho

con el desenlace de su tanteo, pero no reconozco ninguna expresión de alegría en el conjunto de sus rasgos.

Como si aquí no hubiera pasado nada de nada, se da media vuelta, sube el volumen del altavoz, que está reproduciendo otro éxito de Beyoncé —*Tyrant*, de *Cowboy Carter*—, y procede a terminar de vestirse ignorando mi presencia.

Todavía con la cara colorada —desventajas de ser pelirroja natural; el tinte castaño no las soluciona—, me ciño el bolso al hombro. Paso por alto las miradas entre pasmadas, divertidas y compasivas que me dirigen los miembros de los Boston Beasts, que no se atreven a decir nada después de la confrontación, y salgo de allí haciendo sonar mis tacones contra el linóleo como si cada paso fuera un disparo.

Ya casi en la desembocadura del pasillo, me llega el eco de la voz de Noah:

—Joder, Myles. ¿Se puede saber qué coño te pasa con la chica?

Eso mismo me gustaría averiguar a mí.

O no. Mejor no. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Capítulo 2

Bitch Better Have My Basket

Lara Cosima

—Eso no lo haría la LC que yo conozco —sentencia Samantha en cuanto termino de relatarle mi encontronazo y posterior discusión con La Cosa.

(Con «LC» no se refiere a La Cosa, sino a mí, Lara Cosima).

Como si no acabara de romperme el corazón con una de sus frases contundentes —es la reina de las frases contundentes; cómo no serlo, si se dedica a llevar las redes sociales de la mayoría de nuestros clientes y a preparar las estrategias publicitarias, eslóganes y logotipos—, da un sorbo indolente a su *Frapuccino* con base de crema. Y por si su opinión verbal no hubiera sido suficiente, enarca las cejas primorosamente depiladas con hilo para recalcar su inmensa decepción.

Le arrebato de las manos mi *Pumpkin Iced Latte* al nuevo barista, que ni se inmuta con mi despliegue de energía, y lo alzo como si fuera a brindar para advertir a Samantha.

Tengo un talento inconmensurable para llevar hasta tres cosas en la mano. En este caso, sujeto el vaso *venti* con los dedos corazón, pulgar y anular; del meñique cuelgan las llaves de la oficina y el índice se yergue como un pelo rebelde para reprocharle a Sam su comentario.

—No me digas eso, ¿vale, mona?

—¿Y qué quieres que te diga, si no? Es la verdad. —Se encoge de hombros—. La LC que yo conozco, para empezar, habría aceptado la propuesta de Capobianco; si no porque la estimación de beneficio por un solo cliente es de cien mil maravillosos dólares americanos, pues por el reto laboral que supone. En el remoto caso de que se hubiera negado porque no la considerase una suma lo bastante jugosa, la LC que adoro no habría justificado su decisión ante nadie, ni mucho menos ante el cliente en cuestión... sobre todo con el riesgo que existía de que le sacara los colores. Pero, sobre todo, LC no habría vuelto a Nueva York diciendo con la boca pequeña que va a bajarse del proyecto sin dar explicaciones justo después de aceptar el encargo en un arrebato histérico.

»¿Qué se supone que vas a hacer, cielo? ¿Fingir que no le diste el sí a DiMarco y evitar a los Boston Beasts al completo de por vida? ¿Cómo, si tu mejor amiga sale con el *tight end* y, según me cuentas, se ha convertido en su llaverito y no puede quedar contigo sin traérselo?

A continuación me mira por encima de las Wayfarer con una sorna insoportable. Solo se retira las gafas de sol como una diadema cuando tiene que trabajar con el ordenador, echándose hacia atrás a la vez el cabello rubio con mechas *balayage*.

Siempre va tan a la última que es la primera en poner de moda lo que va a llevarse dentro de un año y medio.

Por eso la quiero.

No iba a quererla por cantarme las cuarenta, eso seguro.

—¡Tú no lo entiendes!

—A lo mejor no —medita con esa indiferencia *chic* de reina del baile que tanto me fascina. Para ser una persona a la que todo le resbala, un rasgo que por desgracia yo no poseo, ostenta una opinión categórica sobre todas las cosas—. Si quieres que lo haga, vas a tener que darme una explicación pormenorizada de las formas en las que ese tipo te ha ofendido, porque, cariño, por cien mil dólares fijos más un veinte por ciento de cada acuerdo de patrocinio, aparición pública y contrato comercial, yo sería capaz de redefinir la marca del mismísimo Satanás.

A fin de ganar tiempo y ordenar mis ideas, porque a Samantha no le puedes dar esquinazo con un pretexto absurdo, doy el primer sorbo a mi café aguado de litro y medio.

En el SoHo, donde se erige la agencia de representación donde trabajo, le das una patada a una piedra y brotan cafeterías de especialidad como setas en el campo. Por eso el pequeño equipo de *management* de Velvet Room, así como mis compañeros y compañeras de edificio, procura salvar Manhattan de la gentrificación de las grandes superficies adquiriendo su desayuno en uno de estos florecientes negocios. Me consta que, según ellos, es un insulto a la cultura de barrio neoyorquina, al menos la que impera en las zonas «alternativas», que yo rehúse unirme a la moción y haya instaurado en su lugar la costumbre de ir a por mi refrigerio a

nada menos que a la franquicia de Starbucks. Cuando me preguntan mirándome por encima del hombro por qué no participo yo también en la salvación del pequeño comercio pagando por cafés ecológicos, mi respuesta es muy sencilla: porque vengo de Abita Springs, Luisiana, un pueblo de dos mil quinientos habitantes al que jamás llegó Starbucks, y estoy en mi legítimo derecho de desquitarme por esta carencia hasta darme por satisfecha.

Cuando me mudé a Nueva York hará casi una década, lo primero que hice para sellar mi destino y compromiso con la gran ciudad fue pedir un *Caramel Macchiato tall* y un rollito de canela, y tuve que esconderme detrás de las gafas de sol Clubmaster para que no me vieran llorar de alegría mientras lo consumía delante de Tiffany's.

Pero volviendo al tema que nos ocupaba...

—¡Te estoy diciendo que ese hombre es peor que el diablo!

—Coincido en que tiene una reputación pésima y no ayuda que el mismísimo presidente de Estados Unidos lo haya despreciado en público —me concede Samantha en cuanto salimos del local. Montadas sobres nuestras adorables *kitten heels*, emprendemos nuestro camino de regreso a Velvet Room, que se encuentra en la tercera planta de un edificio industrial remodelado—. Pero, a ver, teniendo en cuenta que Trump utiliza su cuenta oficial para ser un *troll* hasta el punto de haber advertido a Robert Pattinson de que Kristen Stewart no era trigo limpio, tampoco es el fin del mundo.

—Trump solo le dedicó un *tweet* a Kristen. Se ha metido con DiMarco al menos seis veces. ¡Seis veces! ¡Seis *tweets*! ¡El presidente de Estados Unidos lo ha mencionado más en sus redes sociales que al primer ministro canadiense!

—¿Qué le iba a decir Trump al primer ministro canadiense, si en Canadá todo el mundo es tan feliz que insultarlos aburre?

Como coreografiadas, nos detenemos ante el escaparate de una galería de arte con un espejo monumental. Sacamos nuestros respectivos pintalabios para aplicar al unísono la tercera capa de la mañana. El suyo es el *Captive Audience* de MAC, un arriesgado tono ciruela; el mío es el brillo *Glass Slipper* de Fenty, en mi opinión más apropiado para el día a día.

—Pongámoslo así —retoma Samantha en cuanto ha vuelto a reservar el labial en el bolsillo de sus vaqueros de tiro bajo—. ¿Dirías que su situación es peor que la de Martha Stewart?

—Oh, por favor —pongo los ojos en blanco—, no mezcles la velocidad con el tocino. Es verdad que la gente se altera más por los delitos financieros, como fue el caso de Martha, que con el acoso sexual, pero si una colaboración con Snoop Dogg consiguió rehabilitarla es que no era para tanto. No voy a salvar a DiMarco de sí mismo animándolo a juntarse con leyendas del rap; con su reputación, Norteamérica pensaría que ahora vende marihuana.

—De acuerdo, de acuerdo. Pensemos en otro sujeto en teoría insalvable. ¿Dirías que DiMarco está peor que Monica Lewinsky después de saberse de su lío con Bill Clinton?

—Eso fue un caso flagrante de misoginia, Sam. Si hubiera sucedido ahora y no cuando ocurrió, apuesto a que Monica no habría tenido que pasar años en cuarentena antes de convertirse en una activista *antibullying* y pro dignidad digital.

—No te voy a quitar la razón. Sería complicado reinsertar a DiMarco como a Lewinsky... Pero tengo otro ejemplo: Winona Ryder cuando la pillaron robando en Saks Fifth Avenue. Fue a juicio y durante mucho tiempo estuvo en la lista negra. Pausó su carrera hasta *Stranger Things*. ¡Estamos hablando de unos veinte años de castigo social!

—Oh, venga ya, ¿cómo que veinte años de castigo social? ¡Si a los dos años del robo Marc Jacobs la convirtió en el rostro de su campaña y al mismo juicio asistió con ropa del diseñador! Eso no fue ni un escándalo público, aunque algunos mojigatos lo vivieran como tal: ¡fue una prueba de lo icónica que es! Y para que te perdonen una falta como esa, Sam, tienes que ser una superestrella. DiMarco no ha aportado una filmografía de más de cinco películas de culto al mundo del cine.

—Entonces bajemos el nivel.

—Y dame un ejemplo masculino que se le pueda asemejar, te lo ruego.

—Te pongo ejemplos femeninos porque reinsertar a un hombre siempre es mucho más fácil, cariño. ¿Qué me dices de Robert

Downey Jr.? En su día, hasta su novia Sarah Jessica Parker se dio por vencida con él. ¿Cómo va a ser la situación de DiMarco peor que la de un adicto con penas que podrían haberlo mandado a prisión?

—¡Pero por supuesto que es peor! ¡Robert Downey Jr. tiene un encanto personal y un atractivo únicos! ¡Entre el privilegio de guapo, que su padre era director de cine y que ya por aquel entonces la gente no estaba por la labor de culpar a un pobre hombre por sus adicciones, su *rebranding* tuvo que ser pan comido! ¡Y es Iron Man!

Samantha frena a las puertas de la portería del edificio, donde por encima de «Rose Hayfield: cirugía plástica» y «Richard Norton: ortodoncistas» destaca una placa plateada con las palabras *Velvet Room: Agent Management*.

Después de saludar a nuestro querido portero, un afroamericano de dos metros con una elegancia natural solo equiparable a su corazón de oro, me confronta con una sonrisa incrédula.

—No irás a decirme ahora que DiMarco no goza del famoso privilegio de guapo. Eso sí que no estaría en línea con lo que conozco de mi querida LC, que a lo mejor no tiene el mal gusto de describirme con pelos y señales qué hizo a medianoche con su última cita, pero sí se dedica a sexualizar bellezas masculinas por deporte durante la jornada laboral.

—Durante la jornada laboral no —mascullo con la boca pequeña—. Solo en las pausas.

—¡Ahora no cambies de tema! ¿No crees que puedas explotar los privilegios del guapo con Myles DiMarco? ¿No te pusiste las lentillas cuando fuiste a ver a Capobianco y coincidiste con él o qué?

—Que sea tu tipo no significa que tenga que ser el mío.

—DiMarco es el tipo de todo el mundo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Bob —llama al portero y espera con una mano apoyada en la cadera, la otra sosteniendo el *Frappucino*, a que el aludido se aproxime con la solemnidad que le otorgan la estatura y el uniforme de trabajo—. ¿A que Myles DiMarco está bueno?

—¿El jugador de los Boston Beasts? A mi mujer le encanta. Y a mí también —añade con sentido del humor.

Samantha me devuelve la mirada con una sonrisa triunfal.

—¿Ves?

—¡La mujer de Bob no es Dios!

—¿Y eso lo sabe ella? —bromea el portero entre suspiros.

—¡Hace falta un muestreo de muchísimas más mujeres para hacer una afirmación tan terminante! —insisto, ignorando que Bob y Samantha se siguen riendo, cómplices, con el comentario del primero.

Todos aquí conocemos a Norma, la mencionada esposa, porque Bob tiende a olvidarse el almuerzo que le prepara con cariño. Más correcto sería decir, de hecho, que todos aquí conocemos los gritos y reproches de Norma, que todavía no se puede creer que su marido se tome el equilibrado contenido de sus fiambreras por el pito de un sereno y siempre que pueda lo sustituya por un Big Mac.

—LC, cariño —continúa Samantha cuando ya nos hemos cruzado el recibidor. Esperamos la bajada del ascensor, reformado hace poco respetando el estilo de los sesenta que tenía el antiguo edificio—, sé que nunca has sido un colmo de objetividad y sentido común, pero que niegues que DiMarco es un monumento de tío está a la altura de defender el terraplanismo.

—¡Eso lo dices tú porque te encantan los brutos!

Sam hace un movimiento ambiguo con la cabeza, como si reflexionara.

—Sí, es verdad —accede al fin—. Tengo ya suficientes ultraprocesados en mi comida, físicos inalcanzables en la multimedia que consumo y obligaciones sociales a las que atenerme fingiendo ser otra persona para encima fijarme en los hombres que perpetúan este modelo de vida superficial y forzado haciéndose las cejas y estudiándose la carta astral para refinar el arte del *lovebombing*. Ahí donde se me ponga un tío en el pleno sentido de la palabra, con su torpeza emocional, su sinceridad casi grosera y sus manchas de aceite de coche en la *wife-beater* blanca, estaré yo batiendo las pestañas como Betty Boop.

Bob descuida su puesto para correr la verja del ascensor, un gesto de amabilidad que solo exhibe con nosotras.

Ya en camino a la tercera planta, me giro hacia Samantha con una sombra de temor.

—¿Es que conoces a DiMarco? Porque lo has descrito con una precisión aterradora.

—¿Lo conoces tú? Lo odias demasiado para haberlo visto solo una vez.

A lo mejor debería haber empezado a contarle la historia desde el principio. Ese principio ofrece una perspectiva global de lo que es en realidad DiMarco, es decir: no solo un provocador recién salido de la ducha que se sabe las canciones de Beyoncé, algo que entiendo que pueda apelar al interés femenino. Lo que denomino El Origen también aporta razones de peso para justificar mi rechazo, al menos si quien me está escuchando es una mujer con sensibilidad.

No es el caso. Samantha encontrará muy sexis las confianzas que La Cosa se ha tomado.

—Como bien sabes —comienzo a relatar sin la menor esperanza de recibir su comprensión. Me consuela que me brinde su curiosidad, que siempre es un acicate para lanzarse a narrar una anécdota—, solía ser la manager de Alexia Lux.

—Y también su mejor amiga.

—Y también su mejor amiga —confirmo sin variar la expresión.

Siguiendo las órdenes de la llave magnética que he usado en el moderno ascensor, las puertas se abren en Velvet Room, un bien aprovechado espacio de ciento veinte metros cuadrados con salón a doble altura, despachos separados por cristaleras esmeriladas y decoración estilo industrial, como puede apreciarse en las vigas del techo alto y los fragmentos de ladrillo visto que se alternan en las paredes.

Solo los empleados podemos acceder a la oficina. Está pensado de este modo porque Roberta Montessore, mi jefa e ídolo, ha querido respetar el espíritu laboral neoyorquino perpetuando la costumbre de citar a los clientes en bares *lounge* de moda o restaurantes que le interesa promocionar porque se está acostando con el *sous-chef*. Siempre le ha parecido una ordinariez —y lo que es peor, un contrasentido— plantear Velvet Room como una empresa exclusiva y devotamente dedicada a su cartera de tan solo diez clientes para luego tratarlos como algo distinto de un amigo con el que ponerte al día. Es de la opinión, además, de que el esfuerzo de conseguir una

mesa en un establecimiento con una lista de espera de nueve meses, la intimidad de invitar a un postre detrás de un biombo y las luces cálidas de ambiente inspiran al mencionado cliente a ponerse cómodo y sincerarse de veras, algo necesario cuando se pretende hacer con él una labor fiel a sus deseos.

Como somos un total de cinco empleados y uno de ellos, el abogado, solo se presenta cuando Roberta tiene una crisis que requiere el manejo de un experto, puedo seguir mi narración con toda tranquilidad.

—Te acordarás de que hace unos meses, durante el espectáculo de la Super Bowl, Vinny Bravano le robó un beso a Alexia delante de la afición. Ella no quiso aceptar que le había gustado porque estaba de luto por la traumática ruptura con su exnovio, y... en fin, no te estoy diciendo nada que no se haya teorizado en Twitter y en las revistas del corazón hasta el hartazgo.

—En X, no Twitter.

—En X. —Pongo los ojos en blanco—. La cosa es que yo me empeciné en concertar un reencuentro entre los dos a espaldas de Lex con la esperanza de que se olvidara del idiota de Brian Harris. Vinny es un chico muy divertido, te lo podrás imaginar de las entrevistas que concede y el desenfado con el que lleva sus redes sociales.

—Es toda una inspiración para las *community managers*. Un ejemplo de simpatía natural —confirma Samantha, que no ha demorado ni dos minutos en arrojarse sobre su sillón favorito, uno de cuero envejecido negro mate, para poner los cinco sentidos en mi relato.

—El caso es que para concertar el reencuentro que te digo tuve que llamar a Vinny. Después de hacer las respectivas comprobaciones, me había enterado de que otro miembro de su equipo, Myles DiMarco, había sido invitado a la fiesta de compromiso de una modelo con la que había salido; la misma fiesta a la que Alexia iba a acudir para intentar despejarse de lo que le venía pasando en su vida sentimental. Mi plan era que DiMarco aprovechara que en el mundo socialité las invitaciones se pueden

extender a segundas y hasta terceras personas para acudir con Vinny y así...

—Forzar el reencuentro —completa Samantha.

Nunca olvidaré lo que oí a través del teléfono después de describir con todo género de detalles la que era mi estrategia. Vinny se separó el móvil de la oreja para llamar a DiMarco, que entonces no era para mí más que un nombre asociado a una mole de masa muscular y sudor que de vez en cuando salía en televisión.

«¿Te parece que vayamos a la fiesta de compromiso de Terry?», preguntó el *tight end*, a lo que siguió un prolongado silencio y, de pronto, el profundo latido de la voz de aquel despreciable sujeto.

Aun habiendo salido con Terry en torno a seis meses el pasado año según los tabloides —podía ser más o menos, pero los tabloides nunca se equivocan en sus hipótesis—, soltó: «¿Quién es Terry?».

—¡No se acordaba de su exnovia, Sam! —exclamo con un exagerado aspaviento—. ¡De su e-x-n-o-v-i-a!

—Sería su ex por una razón.

—¿Y cuál insinúas que es? ¿Que sufrió un brote de amnesia selectiva y por eso de repente no sabía quién era?

—Seguro que sabía quién es Terry pero no la asoció en ese momento —insiste Samantha. Parece haberse compinchado con DiMarco en persona para dar mi brazo a torcer—. En su defensa diré...

—¡No tienes que defenderlo!

—... que no es el nombre más original del mundo. No se llama Lara Cosima —añade, y me lanza una miradita juguetona antes de sorber de la pajita del *Frappucino* con cuidado de no arruinar el pintalabios.

—En ese caso, lo lógico habría sido que preguntara: «¿Te refieres a mi ex, la modelo?». ¡Porque, además, es modelo! ¡La ha tenido que seguir viendo en los desfiles de Victoria's Secret, en los de la temporada primavera-verano de Georges Hobeika, en las campañas de perfume de Mugler...!

—Por lo que sea, querida, no me imagino a DiMarco sentado como un clavo delante de la tele de plasma de su *penthouse* con un martini y un cigarrillo mentolado para engañar el hambre frotándose

las manos con la ilusión de ver a Adriana Lima con unas alas de ángel.

—Eso seguro —mascullo de mal humor—. Es más de abrirse una cerveza con los dientes, dar un trago, eructar y seguir con la mirada adónde mandan el balón los campeones de la NFL.

Me estremezco de solo imaginarlo.

Pero volviendo al tema.

«¿En serio? ¿No se acuerda de ella?», fue lo que bramé yo, indignada en su nombre y en el de todas sus compañeras, que de seguro recibirán el mismo trato.

Vinny fue un cielo y transmitió el mensaje tal cual: «¿En serio? ¿No te acuerdas de ella? Salisteis juntos una temporada. Es modelo».

«Ah, sí, esa Terry», le oí pronunciar en la lejanía como quien decía «ah, sí, ese profesor de Matemáticas que tuvimos en la secundaria» o «ah, sí, el partido que ganaron los Lakers a los Dallas Maverick por veinte puntos» o incluso «ah, sí, esa almorrana que tuve en agosto».

—¡Se negó a hacerme el favor! —jadeo, ofendida, ante la expresión divertida de Samantha—. Dijo, y cito textualmente: «No me gustan las fiestas de compromiso. Ni las ex».

—Me parece una razón válida para no ir a una fiesta.

—¿Te ha pagado ese tipo para que lo defiendas a capa y espada o qué pasa?

—De hecho —continúa sin hacerme ningún caso—, no entiendo por qué la gente está empecinada en mantener el contacto con sus ex. O están tan aburridos que solo metiéndose el dedo en la herida consiguen sentir algo o andan desesperados por un poquito de la validación que únicamente puede brindarle alguien que estuvo obsesionado con ellos... Pero prosigue, por favor. Me tienes en ascuas.

En un alarde de ingenuidad que todavía estoy pagando —y que siento que pagaré el resto de mi vida... a no ser que Alexia rompa con su novio deportista— exigí que Vinny le pasara el teléfono a DiMarco.

Y maldita la hora.

Debería haber sabido que me estaba enfrentando a un pedazo de carne con ojos y no a una criatura con la mínima sensibilidad en cuanto me soltó «qué». Eso es todo. «Qué». No fue interrogativo. Tampoco desagradable. Fue algo peor. La suya era una indiferencia brutal. Estoy segura de que si le hubiera llamado el presidente de los Estados Unidos o su abuela desde el Más Allá habría contestado con la misma ilusión, que era ninguna en absoluto.

—Buenas tardes, Myles. Estoy hablando con Myles, ¿verdad? —le pregunté con mi mejor tono diplomático, el que utilizo para llamadas laborales, primos segundos y gente que me consta que me ha puesto verde a mis espaldas—. Encantada de conocerte. Soy Lara Cosima, la mánager de la cantante Alexia Lux. Como bien sabrás, tu amigo Vinny y mi representada se conocieron en la Super Bowl y desde entonces han coincidido en un par de ocasiones para hacer las delicias de la prensa. Me gustaría, no tanto para fomentar la conversación pública, sino para que, en vista de la delicada situación, al menos las partes involucradas se conozcan y aprendan a sobrellevar lo que está sucediendo, que Vinny y Alexia tuvieran la oportunidad de verse en un sitio libre de cámaras. Había pensado en la fiesta de compromiso de Terry, a la que tú has sido invitado.

—Ajá.

Ajá. ¡Ajá! ¡No pensaba ni presentarse en condiciones, ni desearme unas buenas tardes, ni aplaudir mi buena voluntad, ni aportar una opinión acerca de mi propósito! ¡«Ajá» y ya está!

—He oído que no te simpatiza la idea de toparte de nuevo con tu expareja. Y lo entiendo, claro que lo entiendo. Me puedo imaginar que no es plato de buen gusto...

—Ajá.

¡Y otra vez!

En ese caso, no obstante, pude perdonárselo porque había empezado a tantear el terreno para adivinar qué había sucedido entre los dos y estaba en su derecho de mostrarse esquivo. Como persona que jamás ha roto lazos con nadie, siento una fuerte curiosidad por los motivos por los que alguien decide cortar su relación con otro alguien.

—Por eso te propongo lo siguiente —continué—: que te presentes allí con Vinny solo para justificar su presencia, te des una vuelta y te marches en cuanto te apetezca. De hecho, no tienes ni por qué ir a saludar a la futura novia si no quieres. —Tuve la bondad de morderme la lengua y no añadir que «total, nadie se sorprendería» porque ya entonces sabía que DiMarco es un maleducado de libro—. Con que hagas acto de presencia bastará.

—Ah, que no tengo ni que quedarme. Solo entrar. Ajá.

—Bueno, si me permites la quizá impertinente sugerencia, yo te animaría a pasar, darle la enhorabuena a Terry, hacerte alguna que otra foto con ella y subirla a redes sociales para que quede constancia de que estáis en buenos términos. Sería beneficioso para tu imagen.

—Me la suda que sea bueno para mi imagen, como tú comprenderás.

No exagero cuando digo que nadie en la historia de mi carrera profesional se había atrevido a hablarme de ese modo. Una cosa es que algunos productores se hayan aprovechado de mi juventud y presunta inexperiencia para tirarme los tejos, hacer alguna alusión inapropiada a la raja de mi falda —siempre tres dedos por encima de la rodilla, por cierto— o directamente abalanzarse sobre mí sin haber solicitado antes mi consentimiento. Pero eso de escucharme como si le estuviera arruinando la tarde, como si le estuviese haciendo un favor, y soltar un «me la suda» tras oír gratis mi experto consejo era una novedad que me habría gustado no conocer.

—También sería positivo para la imagen de Terry. —A pesar de saber que entré en piloto automático por el shock, hoy día me sigo preguntando por qué me tomé la molestia de insistir—. Si la ruptura fue traumática, como me figuro que sería el caso dado que no se os volvió a ver en la misma habitación y Terry hizo algunos *reposts* cuanto menos sospechosos, echaros alguna que otra foto sonrientes, ella con el pedrusco en el dedo, lanzará a la prensa la confirmación de que habéis hecho las paces como amigos y no volverán a torturarla a propósito de vuestra relación. Ni a ti, claro.

—Ya.

—Y le serviría para afrontar esta nueva etapa vital libre de rencores —proseguí, hablando cada vez más rápido. Que yo persistiera en darme golpes contra la pared, una metáfora fiel de lo que es hablar con DiMarco, ya no era culpa suya. Habían entrado en juego mi estúpida incapacidad para aceptar que mi consejo no es bien recibido y la consecuente desesperación por reivindicar mi valía —. La ayudará a cerrar el ciclo. A sanar.

—Bueno.

—Porque me imagino que deseas lo mejor para ella, ya que fue una persona importante en tu vida, aunque fuera durante un breve período de tiempo, y...

—¿Por qué no hacemos un trato? —me interrumpió, por lo visto hastiado de mi cháchara. La última vez que alguien me hizo sentir tan pequeña e insignificante todavía vivía en Abita Springs y no me había quitado el aparato dental. No me gustó revivir la sensación, y estaba preparada para mandarlo a arder en los fuegos del infierno cuando soltó—: Tienes voz de estar buena y me hace gracia tu acento. Si vienes tú también, me paso un ratito y nos conocemos.

Diciendo que me dejó boquiabierta me habría quedado corta.

Lo primero de todo es que no estoy acostumbrada a la agresividad del presunto halago que es «estás buena». No creo que nadie me lo haya dicho en la vida, y ni mucho menos en referencia a mi voz, que han comparado con la sirena de una ambulancia.

Lo segundo que me sorprendió fue que se percatara de mi acento. Como es natural —al menos, lo es en mis círculos sociales—, lo primero que hice nada más emprender mi carrera profesional fue pulir mi marcado deje sureño, que, cuando no se asocia a los paletos de la América profunda, se estima lo bastante divertido para que de buenas a primeras te rodeen formando un corro y te digan: «¡Venga, ahora di esta palabra! ¡Y esta otra! ¡Ja, ja, qué gracioso!».

Él no fue la excepción. Lo había tildado de gracioso. Pero no sonó despectivo, sino muerto de curiosidad y hasta cierto punto fascinado, como si nunca hubiera oído hablar a una chica de Luisiana. Y era probable que no hubiera oído hablar a una chica como yo, es decir, una chica de Luisiana con diez meses de clases de pronunciación a las espaldas y que cuando se enfada, se pone

nerviosa o logran descolocarla con un «me la suda» y un «estás buena», sustituye su pulido acento neutro por una mezcla del sureño, el bostoniano y hasta el británico si me apuras.

—¿Por qué? —fue lo único que atiné a contestar, desconfiada.

—¿Que por qué? Pues porque necesitaré entretenimiento.

—¡Entretenimiento! —exclamé, perpleja—. ¡Trabajo en la industria del entretenimiento o al menos se me asocia con ella, pero no soy el entretenimiento de nadie, señor! ¡Además! ¿Qué esperas? —arranqué a balbucear caóticamente—. ¿Que te haga unos malabares con una mano atada a la espalda? ¿Que te haga un bailecito, como en la clase de Educación Física? ¿Que...?

Se me atragantó la tercera opción al caer en la cuenta de que era esa, la innombrable, la que había insinuado con la espontaneidad de quien está acostumbrado a flirtear.

Si es que eso podía llamarse flirtear.

—¿Cómo? —fue la primera vez que le entendí una emoción en la voz, en este caso la desorientación después de mi clase de acentos.

—¡Que si lo que quieres es compañía femenina, allí habrá mujeres de sobra!

—Ah. Sí, sé que habrá otras tías.

—«Otras tías» —repetí, ofendida—. Desde luego no eres conocido por tu sensibilidad.

—¿Cómo quieres que las llame para no ofenderte, si no? ¿«Damas»?

—¡Pues por ejemplo! ¡Es lo que haría un caballero!

—Yo no soy un caballero. Ven y te lo demuestro.

Recuerdo dónde estaba y lo que había estado haciendo mientras conversaba con Vinny antes de que ese sinvergüenza me escandalizara con su actitud. He realizado tantas llamadas a lo largo de mi vida profesional que he perfeccionado el arte de la multitarea: sea con el móvil entre el hombro y la oreja o sea con la opción de manos libres, soy capaz de estar cerrando un trato millonario con un productor conocido por su salacidad o su ambición mientras veo un episodio de *Amas de casa de Beverly Hills* con los subtítulos, deslizo *tiktoks* en el iPad o me pinto las uñas de los pies, como fue el caso aquel día.

En cuanto DiMarco cogió el teléfono que Vinny le había pasado y pronunció su grosero «qué», la mano con la que había estado sujetando el esmalte *milky white* se me quedó suspendida en el aire.

A esas alturas de conversación ya me había levantado, furiosa, y había salido de la habitación que compartía con Alexia en Chicago para asomarme al balcón.

—¡No pienso acudir a una fiesta a la que no se me ha invitado! —mascullé, acelerada. Con la otra mano me aferraba al escote cruzado de mi albornoz, lujosa cortesía del hotel—. ¡Es de una grosería imperdonable!

Más tarde descubriría que DiMarco había elegido también esa altura de la conversación para abandonar lo que por lo visto era una partida de póquer y gozar de una mínima intimidad para seguir sacándome las canas verdes.

¡A esa altura! ¡Cuando ya me había soltado que tenía voz de estar buena!

Unos días después me moriría de vergüenza imaginando a parte del equipo de los Boston Beasts siendo cómplices de nuestra estúpida charleta de besugos.

—Tú misma has dicho que puedo extender invitaciones. Dos o tres —recalcó, y debo decir que me sorprendió que se acordara de algo que había comentado. Parecía tan distraído (siempre parece tan distraído) que me chocó su habilidad para almacenar detalles—. Una para Bravano y otra para ti. ¿Qué te parece, Lara?

—No me llamo Lara —repetí cansinamente. Unos momentos antes había tenido que aclarárselo a Bravano, que había tratado de atribuirse unas confianzas que yo no le había concedido dirigiéndose a mí por uno solo de mis nombres—. Me llamo Lara Cosima. Lara y Cosima. Es como Ramón y Cajal, como Ortega y Gasset...

—Vale, Lara y Cosima.

—¡Es Lara Cosima! ¡Sin la «y»! ¡Solo estaba ejemplificando!

—Me lo pones muy difícil.

—¿Qué va a ser difícil? L-a-r-a-C-o-s-i-m-a... Bah, ¡da igual! ¡No me interesa que sepas quién soy! ¡Si nunca llegas a conocerme, mejor! Por si no te hubiera quedado claro, no voy a presentarme allí, con o sin tu invitación, y ni mucho menos para que flirtees conmigo

delante de Terry, una profesional a la que admiro y respeto por su dedicación al modelaje.

—Pues entonces no voy.

Lo peor es que no lo dijo como los niños, porque en ese caso me habría reído a mi pesar. Lo dijo como un secuestrador en la llamada que realiza alterando su voz para fijar el precio del rescate.

—¿Cómo puedes ser tan caprichoso y desconsiderado? ¿Es que no te importa tu amigo? Es obvio que le gusta Alexia. ¡Y a Alexia también le gusta él!

—Le tiró un cubata a la cara el otro día.

—¿Y qué? ¡Eso no significa nada!

—Entonces que me estés gritando tampoco tiene por qué significar que yo no te guste a ti, ¿no?

¿Ahora estaba utilizando la psicología inversa para convencerme del que era su interés?

«¡Ja! ¡Este quiere venir a robar a la cárcel!».

—¿Por qué no les haces un favor? ¿Eres incapaz de hacer eso, eh? ¿Hacer algo bonito por alguien sin esperar nada a cambio...? —Frené en seco la lluvia de reproches y me obligué de nuevo a serenarme. No iba a llegar a ninguna parte acusando su lado rastrero, y ni yo misma me tragaba lo que le estaba ladrando. Aunque a veces no lo parezca, soy una persona muy empática y podía figurarme las razones detrás de su rotunda negativa—. ¿Es porque te duele verla de nuevo? ¿Porque no has superado lo vuestro? ¿Has fingido que no te acordabas de ella por orgullo, no porque fuera irrelevante para ti...?

—No, no me he acordado de ella de verdad. Y no quiero ir porque odio los sitios llenos de gente. Me sobreestimulo.

Se cargó de un plumazo toda mi disposición a hacer borrón y cuenta nueva.

Si hubiera sido lo bastante inteligente para al menos fingir tener sensibilidad, se lo habría agradecido y hasta le habría hecho el favor de aparentar que me creía sus excusas, pero no lo es. No es lo bastante inteligente.

Yo tampoco demostré ser un ejemplo de astucia emprendiéndola a recriminaciones.

—¿Cómo no te vas a acordar de ella? ¡Estamos hablando de una mujer con la que seguramente has mantenido relaciones carnales! ¡Con frecuencia!

—¿Relaciones carnales? ¿Por qué hablas así?

—¡A la que has visto desnuda, insisto! ¡Y además es modelo!

—Siempre salgo con modelos. No es especial.

—¿Cómo vas a decir que una mujer que es la nueva cara de Dior no es especial? Está claro que no te sobra el buen gusto en lo que a la moda respecta, pero parece que también te falta corazón, porque sigues hablando de alguien a quien querías como si no valiera nada.

—Yo no he dicho que la quisiera en ningún momento. —Hizo una pausa que me llevó a pensar que iba a hacer algún tipo de confesión transformadora, pero de pronto inquirió—: ¿Qué llevas puesto?

—El albornoz del hotel —contesté con hastío, sin detenerme a reflexionar sobre las connotaciones de la pregunta. Estaba demasiado agitada para pensar—. ¿Por qué?

—¿Estás en un hotel?

—Sí.

—¿En Chicago?

—Sí.

—Yo también. ¿Qué hotel?

—El... Oye, ¿qué te importa a ti eso?

—Quiero verte.

—¿Que quieres...? —Ni siquiera pude completar la oración. En la conversación había pasado por todos los estados: de la perplejidad que me despertaba su indiferencia a la indignación por el mismo motivo, luego a la curiosidad hacia su relación con Terry, después a la ofensa y, al final, a la total y absoluta desorientación—. ¿De qué estás hablando?

—No sé cómo es tu cara. No me gusta hablar con gente a la que no le pongo cara.

—¡Esa no es razón para ir a visitar a una desconocida a su habitación de hotel!

—No me preocupa que seas una depredadora sexual, si lo dices por eso. Si lo fueras, mejor. Me gustas.

Tuve que separar el móvil de mi oreja y contemplar la pantalla iluminada con pasmo.

—Pero... pero... pero... ¡¿Qué dices?! —le rugí a la rendija del micrófono—. ¡¿Has perdido el juicio?!

La rápida ojeada que le eché una hora más tarde a su historial romántico calmaría mis nervios. Según supe a raíz de mi investigación, no es para nada difícil gustarle a Myles DiMarco. Diría que es tan fácil entrarle por el ojo como fácil le resulta a él olvidar tu nombre entre tres semanas y seis meses después de haberte seducido. A veces incluso la misma noche, como comentó alguna de sus amantes en un *get ready with me* de TikTok.

Entre el maquillaje propio del año 2016 que se hizo y la historia que contó, esa noche tuve pesadillas.

—¿Por qué lo preguntas? —insistía con su tono neutro—. ¿Eres fea? Descríbete.

Decidí concluir que se estaba quedando conmigo y que solo pretendía distraerme. Me obligué a recordar que todo el mundo tiene un precio, así como yo siempre tengo un objetivo —y lo iba a cumplir, ya te digo que lo iba a cumplir— y pregunté:

—¿Qué te parece si a cambio de tu aparición en la fiesta te hago llegar una cesta de regalos? Incluiría entradas vip para el próximo concierto de Alexia Lux que podrás extender a quien tú quieras, un par de muestras de charcutería española de la mejor calidad, desde queso manchego hasta jamón de Jabugo; una botella de ron jamaicano valorada en treinta mil dólares... —Tenía los nervios de punta y no conseguía recordar el resto del contenido de las famosas cestas navideñas de Velvet Room. Me constaba que todos los años sobraba alguna que otra y me constaba, también, que Roberta estaba de acuerdo con que las usáramos para sobornar al personal si se ponía obtuso—. Y mucho más. ¿Te suena bien?

—Solo si me la traes tú. Al estadio de los Boston Beasts. Antes del próximo partido.

Me di cuenta de que hablaba como si estuviera dictando un telegrama. Solo si me la traes tú, *stop*. Al estadio de los BB, *stop*. Antes del próximo partido, *full stop*, cambio y corto.

Quise gritarle qué demonios le había dado conmigo. Hasta me planteé satisfacer su deseo infantil colgando y volviendo a llamar al número de Vinny, esta vez con la cámara frontal encendida, pero a) no iba a satisfacer los caprichos de un idiota, y b) no estaba ni de lejos en condiciones de exhibirme, ni en público ni en privado, y a mí nadie me va a ver jamás la cara si no llevo al menos máscara de pestañas y el colorete *Soft Pinch* de Rare Beauty.

Me preparé, pues, para soltarle que podía hablarle a la mano y que nuestra negociación había tocado a su fin, pero me acordé de Alexia aguantándose las lágrimas por orgullo y cabezonería después de romper con Brian; me acordé de Alexia sentada en el borde de la cama con la mirada perdida en la pared de enfrente y las manos exánimes sobre los muslos; y luego me acordé de Alexia defendiéndose de las provocaciones que yo le había arrojado a propósito de sus encuentros con Vinny Bravano, cómo le brillaban los ojos pese al pasmo cuando volvía de ser besada en su espectáculo de la Super Bowl y de ser vacilada en la fiesta posterior por el mismo y encantador sujeto.

Digamos, resumidamente, que sufrí un acceso de amor incondicional, un arrebato protector, y me convencí de que merecería la pena convertirme en repartidora a domicilio por un día con tal de que aquel botarate propiciara el reencuentro entre los que yo ya intuía que serían el uno para el otro.

—Vale, te haré llegar la cesta yo misma al estadio a cambio de que cumplas tu parte.

—Bien.

—Bien. Y que sepas —añadí a trompicones— que lo hago porque quiero a mi amiga y porque sospecho que tendré que ir a Boston por narices. Si no se me hubiera perdido nada allí, te iba a llevar la cesta quien yo me sé.

—Vale.

—Vale.

Esperé con el teléfono todavía pegado a la oreja. Lo oía respirar tranquilo al otro lado de la línea. Su serenidad me consternaba porque ponía de relieve mi falta de paz interior, porque no, yo no

respiraba tranquila. Yo respiraba frenética y tenía el corazón en un puño.

—¿De qué color es el albornoz? —inquirió al cabo de unos segundos.

Si no tuviera un compromiso con la buena educación, lo habría mandado a la palabra que empieza por eme y le habría colgado, pero en su lugar espeté:

—Buenas tardes, señor DiMarco.

—¿Eres rubia o morena?

Y entonces sí que colgué, mordiéndome antes la lengua para no decirle que me buscara en internet. Sabía mi nombre completo, sabía mi ocupación, y si quería saber también cómo de especial soy, que se lo currara demostrando una pizca de iniciativa.

¿Cuántas Lara Cosimas dedicadas a la representación de la superestrella del pop Alexia Lux podía haber en el planeta Tierra? Pues las hay en la misma cantidad en que hay descarados e indolentes jugadores de fútbol americano llamados Myles DiMarco: solo una, la primera y última de su nombre.

—Y esa es la historia de cómo lo conocí —concluyo la exposición ante la atentísima Samantha, que se ha olvidado de que tiene el *Frappucino* en la mano. Apuesto a que se le ha derretido el hielo y con él se ha disuelto el anecdótico sabor artificial del que dependemos emocionalmente.

—¡Esa no es la historia de cómo lo conociste! ¡Al menos, de cómo lo conociste en persona! —rezonga para mi sorpresa. Ya sabía yo que le iba a fascinar el relato. Samantha es *team* Damon Salvatore, no *team* Stefan. No hay nada más ilustrativo que eso para definir lo que una mujer encuentra atractivo en un hombre—. ¿Por qué paras ahí? ¿Qué hay del momento de la entrega? Porque imagino que cumpliste tu palabra. No hay nada más propio de LC que llevar sus promesas hasta las últimas consecuencias...

Y sigue con lo que es propio de LC y lo que no.

—¿Qué más da eso? Quería ilustrar lo indecoroso que es el comportamiento de ese tipo, razón más que suficiente para negarme a trabajar en su nombre.

—Indecoroso, dice la señorita Escarlata —imita la voz de Mammy en *Lo que el viento se llevó,* como siempre que la exaspera mi mojigatería—. No seas apretada, LC, por favor.

—¡Estaba trabajando y se me insinuó!

—No estabas trabajando. Estabas tramando a espaldas de Alexia, y no para beneficiar su carrera, sino para concertarle una cita... cosa que yo diría que entra más en la responsabilidad de la amiga que de la representante. Por tanto —concluye con pedantería—, en vuestra conversación tenía cabida la coquetería.

—¡Nada justifica que me preguntara qué llevaba puesto!

—Esa pregunta estuvo tan fuera de lugar como que tú le dijeras lo que tenía que hacer con su exnovia y que te tomaras la libertad de reprenderlo. —Ante eso no me queda otro remedio que callar—. Te escuchó, le gustaste y te dijo que quería verte. En ese momento no os unía ninguna relación laboral. A lo mejor cuando empecéis a trabajar en su marca...

—Eso no va a suceder —la interrumpo, en mis trece—. Y ni tú crees que vaya a aprender a comportarse de la noche a la mañana, ni siquiera si firmara un documento con la cláusula obligatoria de ser respetuoso conmigo y supiera que violándola podría exponerse a seis meses de cárcel. No lo conoces como yo.

—Por desgracia —suspira con una sonrisa. Bate las pestañas y se inclina hacia delante con gesto inocentón—. Por eso te he pedido que me cuentes cómo fue ese primer encuentro.

Junto los labios en un rictus amargo, y antes de que se me tiñan las mejillas de rojo con el recuerdo, balbuceo:

—¿Por qué no puedes simplemente apoyar mi deseo de rechazar la oferta? No me sentiría cómoda cerca de ese hombre, Samantha. No te voy a negar que mi sensibilidad me hace percibir según qué acercamientos masculinos como una especie de acoso, incluso si no es acoso en absoluto, y que mi carácter y yo tenemos mucho que ver en el modo en que me tomo las cosas, pero el caso DiMarco es superior a mí, ¿entiendes?

Samantha se ablanda al verme agitada.

—Yo puedo apoyarlo, cielo. Claro que sí. Al menos en mi papel de amiga. Pero como profesional que soy, estoy en la obligación de

recordarte que es una oportunidad de negocio sin igual. Todos sabemos que quienquiera que represente a Sabrina Carpenter está haciendo un trabajo glorioso, pero no es comparable con el talento de los que obraron el milagro de reinsertar a O. J. Simpson o Kobe Bryant.

»Tú has catapultado a Alexia Lux a un éxito sin parangón, pero ¿cómo no lo ibas a hacer? Más allá de tu talento, que es indiscutible, ella tenía el don musical, el carisma, el físico. Era pan comido. Ahora necesitarías abordar una crisis reputacional para consolidarte de veras. No sé, cariño. Yo pensaba que buscabas la grandeza.

—¡Claro que la busco!

—Y eso por no mencionar la bronca que te echará Berta si se entera de que has dejado pasar a la gallina de los huevos de oro.

Abro la boca para pedirle que por favor no le nombre mi entrevista con Capobianco a la jefa, que ya me puedo imaginar cómo reaccionaría, pero entonces la voz de la reina de Roma —literalmente, porque nació allí— se alza por encima de nosotras:

—¿Y quién sería esa gallina de los huevos de oro, si no es mucho preguntar?

Capítulo 3

God Is a Woman (From Louisiana)

Lara Cosima

Para sorpresa de nadie —quizá solo mía—, dos días después estoy volando con Delta Airlines destino Boston. Aunque el trayecto es de hora y veinte, le saco provecho a los privilegios de la clase *business*: pido todos los tentempiés gourmet que vienen con el billete, entre ellos un *mousse* de manzana con *crumble*, frutos secos *premium* y champán. Es el premio de consolación que me ameniza la ruta en tanto que recuerdo amargamente cómo es que yo, Lara Cosima, he llegado hasta aquí.

Porque ni la brevedad de una ruta aérea, ni un asiento amplio y reclinable, ni una holgada cartelera de películas a mi disposición podrían haber impedido que lamentara cada segundo de cada minuto haber cedido a la clarísima manipulación de Roberta Montessore.

En sumario, después de oír el sospechoso fragmento de mi conversación con Samantha —o, mejor dicho, después de capturar la pronunciación de su nombre, sonido que la haría levantar la cabeza incluso si estuviera en la otra punta de Manhattan—, mi jefa me hizo un gesto impreciso pero contundente con la mano en la que sujetaba el móvil para que la acompañara a su despacho.

El suyo es el único al que se accede subiendo unas escaleritas, el único que goza de un ventanal con vistas al barrio del SoHo y el único que permanece a salvo de miradas indiscretas gracias a una puerta de hierro con cristal armado. Los demás están separados por láminas de cristal esmerilado, y tiene su sentido porque si no vamos a recibir clientes —Roberta sí nos cita a nosotros, sus empleados, a solas—, ¿para qué fomentar la intimidad? ¿Para dar pie a llamadas privadas, ojeadas a WhatsApp y siestecitas? *Nanay del Paraguay.*

Mi jefa me pidió que cerrara la puerta con otro aspaviento de la misma mano, este más impaciente pero no por ello exento de elegancia, y tomó asiento detrás del refugio amurallado de su escritorio, una pieza de madera maciza con estructura de hierro. Me indicó que me sentara en la silla a juego, incómoda pero

espectacular en su diseño, y arqueó las cejas en una mueca expectante que venía a significar: «¿Qué escondes, Lara Cosima?».

Roberta siempre ha dicho que se enamoró de mí en cuanto vio mi potencial. Se topó con un manojo de nervios vestido de Louis Vuitton llamado como una Médici florentina y pensó que no existía persona más adecuada para el puesto vacante de *talent manager*.

También es importante señalar que ese manojo de nervios vestido de Louis Vuitton era la mejor amiga de Alexia Lux, que ya entonces iba camino del estrellato, pero prefiero no mencionar ese detalle porque le resta valor a mi trabajo.

Desde entonces, almorzamos juntas dos veces por semana —una con Samantha, otra a solas—, nos hemos sentado la una al lado de la otra en los desfiles de la Semana de la Moda de Nueva York, la he acompañado a casi todos sus viajes de trabajo a Los Ángeles, hemos intercambiado los números de nuestras manicuristas y soláriums y hemos quedado para valorar los servicios de masaje capilar en el *spa* de moda de Manhattan.

Ya puedo anticipar que tanto ella como yo somos un público difícil a ese respecto.

Dicho de otro modo, sé que mi jefa tiene un *piercing* en el pezón, una hija gótica y dermatitis atópica, tres curiosidades que solo podrían estar en el conocimiento de una empleada a la que le confiaría su vida. También sé otras cosas igual de importantes, pero no porque me las haya contado, sino porque soy su fan número uno y la observo tan de cerca como un acosador a su presa: va a cumplir cuarenta y tres años, aunque aparente treinta y dos y vaya por ahí diciendo que tiene treinta y nueve, y es la única mujer en todo el planeta que se lleva mejor con su exmarido ahora que se han divorciado que mientras estuvieron casados.

Debe tener algo que ver que el esposo en cuestión saliera del armario.

—*Allora* —me invitó a hablar con un floreo. Como todo italiano que se precie, Berta se expresa a través de las manos—. ¿Tienes algo que contarme sobre tu viaje, Lara Cosima, *cara*?

Si alguien me preguntara por qué adoro a Roberta Montessore, le proporcionaría tres razones: la primera de ellas es que no solo me

ha llamado por mi nombre completo desde el primer día, sino que no ha osado en ningún momento proponer diminutivos. La segunda es que tiene un parecido asombroso con Monica Vitti, una de mis grandes referencias de belleza. La tercera es que levantó Velvet Room con solo treinta y cinco años, y ya entonces traía consigo una cartera de clientes por la que matarían tanto los principiantes de la representación como los veteranos.

Pero a pesar de admirarla como profesional y quererla como ser humano, todavía dudé si contarle la verdad acerca de mi entrevista con Capobianco. Venía sabiendo lo que iba a decirme y no quería escucharlo.

—Un conocido de Alexia se enteró de mi labor profesional y me pidió que me reuniera con él aprovechando mi cita con Gillette en Boston.

—¿Y ese conocido es...?

Roberta hace mucho eso de dejar una frase al aire para que la completes tú.

—Brady Capobianco, el entrenador actual del equipo ganador de la última Super Bowl. Me ha hecho una propuesta laboral. Quiere que gestione la crisis de imagen de uno de sus jugadores.

Berta me había estado escuchando asintiendo con la cabeza todo el tiempo, como siempre hace así le esté detallando mi reunión con la editora de Vogue o le esté contando las últimas novedades entre Kourtney Kardashian y Scott Disick. Más que dar la impresión de estar interesada, y me tengo que disculpar por lo indecente del símil, parece que esté apremiándome como un amante en la cama: «Eso es, así, más, más, casi llego».

Como también es habitual, me cortó con una sola palabra:

—¿Cuánto?

—Seis cifras.

—¿Porcentaje de patrocinios aparte?

—Ajá. —Ya estaba canalizando a mi DiMarco interior.

Roberta no reaccionó. Estamos hablando de una mujer que con solo veinticinco años ya había relanzado la marca Dove ideando una estrategia de inclusión —hoy día sus anuncios siguen destacando por contratar a mujeres diversas, no a modelos— y reposicionado a

Dwayne Johnson en el panorama mundial con una nueva marca personal alejada de su carrera como luchador.

Digamos que está bastante acostumbrada a oír según qué ofertas.

—Habrás dicho que sí, ¿verdad? —inquirió en su lugar, mirándome con fijeza.

Tiene unos ojos grandes y almendrados. Los resalta con un ahumado oscuro que en otra persona me habría parecido excesivo en según qué horas del día, pero no en ella. Ella es como una actriz de la época dorada, excéntrica en la medida justa y lo bastante guapa para romper las reglas básicas de los estilistas.

—Le he dicho que tengo que pensarlo —contesté con tiento—. Me parece delicado trabajar con un hombre vinculado con personas con las que mantengo una relación de amistad. Ya sabes. Alexia, Vinny...

—¿Eso piensas? —preguntó con premeditada sugestión. Mientras, se peinaba el flequillo con las largas uñas lacadas. Se niega a cortárselo a pesar de que se le mete en los ojos—. Porque yo siempre he opinado, *cara mia*, que tu especialidad es precisamente colaborar con gente de tu círculo. Eres estupenda, ya lo sabes, *l'impiegata geniale*, pero tus ideas destacan en particular cuando te preocupas por el cliente. Aun así, vienes de representar a Alexia. Más de lo que quieres a tu mejor amiga no vas a querer a este jugador que mencionas, ¿no crees, *amore*?

Roberta se mudó de Roma a Nueva York con seis meses y no habló hasta los dos años. Su primera palabra fue en inglés. Una noche que me invitó a su casa y bebimos champán en el jacuzzi, me confesó que si introduce de repente algún término en italiano es porque le gusta desconcertar a su interlocutor, cuando no hacerlo sentir idiota por no entenderla del todo, y porque le da un aire muy *chic*.

—También es que ya he aceptado dirigir la campaña publicitaria de Gillette y eso me tendrá muy ocupada los próximos meses —me apresuré a agregar, y esbocé una sonrisa orgullosa—. ¡La empresa ha puesto a nuestra disposición un presupuesto de entre doscientos mil dólares y medio millón para un anuncio televisivo! ¡Y me las he ingeniado para que el contrato recalque mi libertad creativa para escoger actores, guionistas, y...!

—No esperaba menos de ti, Lara Cosima —me interrumpió, y de inmediato adoptó un deje reflexivo tan calculado como cada uno de sus movimientos. Se había recostado en el sillón, girado de perfil a mí, y golpeaba la mesita con el extremo de un bolígrafo—. Pero me inquieta que te aburras, *capisce?*

—¿Que me aburra?

—Le eché un vistazo a las condiciones de la campaña publicitaria de Gillette cuando me la enviaste por correo. Va a ser un proyecto a corto plazo con una fecha límite, y, por eso mismo, poco exigente. Entre esto y que hace ya un par de meses desde que soltaste a Alexia Lux como clienta, te noto muy... desocupada. —Compuso una mueca de preocupación—. No me gustaría que ese cerebrito tuyo dejara de recibir estímulos.

La voz interior que me cae fatal y procuro silenciar a toda costa tradujo su respuesta como: «No me gustaría que tu dispersión me hiciera facturar menos de lo que merezco».

Qué estupidez. Roberta me adora y quiere lo mejor para mí.

—Puedo compartir contigo carga laboral —me apresuré a ofrecerme—. Siempre he pensado que te esfuerzas demasiado. Está claro que eres una supermujer, y lo demuestra que saques adelante una empresa, una casa y una familia, pero no tienes por qué multiplicarte teniéndome a mí aquí. Yo podría ayudarte a...

—Lara Cosima, *amore* —me cortó atravesándome con una larga mirada. Curvó los labios pintados de su eterno marrón canela en una sonrisa escueta—, si no quieres aceptar la propuesta de Brady Capobianco, lo respeto. Sabes que tienes libertad total para escoger a tus clientes.

Solté todo el aire contenido en un suspiro.

—Gracias, Bee.

—Pero también es verdad —prosiguió, y debería haber previsto que proseguiría, porque siempre prosigue— que te otorgué en su día esa libertad porque trajiste a nada menos que *la meravigliosa* Alexia Lux a Velvet Room. Alexia Lux nos suponía veinte millones de dólares al año. Veinte millones, Lara Cosima. Nos puso a la cabeza del negocio de representación. Nos brindó premios a la mejor agencia de Nueva York y de la Costa Este. Nos popularizó entre

superestrellas de la industria del entretenimiento, la que, como sabes, hoy es nuestra especialidad. Nos permitió mudarnos a esta maravillosa oficina —abarcó su despacho con un gesto— y quitarnos de encima clientes mediocres con poco presupuesto y que nos proporcionaban más dolores de cabeza que alegrías.

»Sabes que no te culpo de que Alexia rompiera relaciones con nosotras, *cara mia*, pero entenderás que ha sido una pérdida muy significativa. Tan significativa que en otra agencia a lo mejor te habrían despedido. —Hizo una pausa para que el mensaje calara, y enseguida volvió a sonreír—. Hay que compensarla cuanto antes, ¿no te parece? Y, a poder ser, con un contrato que se le equipare a nivel económico y sobre todo reputacional.

«En otra agencia a lo mejor te habrían despedido», retumbó en mis adentros. Y digo «mis adentros» porque lo oí en mi cabeza, en mi corazón y en el estómago donde se me acababa de formar un nudo de ansiedad.

Aunque me tentó postrarme de rodillas y rogar su perdón por haberla decepcionado, como ya hice en su día después de que Alexia me mandara a tomar viento fresco, aproveché que ella misma me diera el pretexto ideal para seguir escabulléndome.

—Es el aspecto reputacional lo que me preocupa, Bee. El jugador en cuestión no es Vinny Bravano. No es Noah Armstrong. Con cualquiera de esos dos tendría material de sobra para trabajar. Pero se trata de nada menos que de Myles DiMarco.

La mueca de asombro que compuso me dio razones para mantener la esperanza.

—¿El que le arreó un *pugno sul naso* a un *paparazzo*?

—Ese mismo —pronuncié con el mismo desdén que si hubiera dicho «esa bestia».

Había malinterpretado la expresión de Roberta, claro. No estaba sorprendida por la osadía de Capobianco al insinuar que podríamos rehabilitar a La Cosa, como demostró que rompiera a reír de pura hilaridad.

—¡Ah! Me cae de maravilla ese chico. Sigo muy de cerca sus pasos. *Ha grinta, ha coraggio*, ¿no te parece? No dudo que sería un

auténtico desafío, pero si alguien puede convertir a la rana en un príncipe con el toque de su varita, esa eres tú.

Si no la corregí recordándole que la rana se convertía en príncipe con un beso y no con una varita, fue porque me desinflé como un globo al comprender que no iba a librarme ni de DiMarco, ni de los Boston Beasts, ni de mis obligaciones laborales.

No mientras Roberta tomara las decisiones.

Con mucho gusto le habría dicho que se equivocaba, que yo era la persona menos indicada en todo el planeta para llevar a cabo la encomienda.

Sé en qué consiste ser mánager de alguien. No solo tienes que pasar más tiempo con el cliente que con tu propia madre para conocer con una profundidad intimísima sus puntos fuertes y débiles, negociar apariciones públicas, tramar el guion de las entrevistas y barajar estrategias; ser el mánager, al menos según los estrictos principios de Velvet Room, supone mutar a una paradójica combinación entre amo y esclavo. Puede significar tanto citarte con el productor de un documental para recitarle todos los aros por los que el cliente no va a pasar como retirarle la melena de la cara cuando está vomitando en la acera los últimos seis margaritas de fresa, y todo esto vigilando que nadie lo ha visto, porque en el caso afirmativo serás responsable de que el vídeo desaparezca por arte de magia de internet. Se trata de memorizar su agenda de compromisos al dedillo, pero también sus alergias, su colorimetría y el número del único médico particular en el que confía por si acaso necesitara un blíster de Valiums a última hora del día. Se trata de recordarle que tiene que estar a las siete de la mañana en el gimnasio con el batido proteico ya digerido para comenzar su clase de *spinning* y tener siempre un discursito motivador bajo la manga por si se pusiera caprichoso y armara una pataleta porque no quiere acudir a los premios MTV tres horas antes de la alfombra roja. Se trata de acompañarlo allá donde vaya como la sombra cosida a sus talones y, en los ratos que no estás con él, no pensar en nada que no sea él. Si no te preguntas cómo está y qué anda haciendo, al menos te devanarás los sesos barruntando lo básico —cómo puedes hacerlo más rico y cómo puedes hacerlo más famoso—, pero

también aspectos de una concreción espeluznante que nunca pensaste que te cuestionarías: cómo ayudarlo a adelgazar sin que tenga que renunciar a la barrita de Twix que le gusta comerse a las once y cuarto de la mañana, qué modelo de gafas de sol disimulará mejor los ojos vidriosos que se le quedan cuando se hace un cóctel de somníferos para conciliar el sueño después de tres rayas de cocaína y cuál de sus cuatro amantes simultáneos, todos ellos del mundillo del espectáculo, es el más apropiado para presentar ante la prensa como su pareja formal.

Son preguntas que no te haces ni sobre ti misma porque tú misma quedas en un segundo plano.

Siempre he aceptado que esto debe ser así, que no se me malinterprete. Me encanta mi trabajo. Pero solo puede encantarte si crees en el proyecto de tu cliente. Si *respetas* a tu cliente. De lo contrario, tu vida puede convertirse en un infierno.

Tengo el nivel de compromiso y las habilidades para catapultar a alguien al estrellato. Eso es incontestable. Yo podría hacer de Dove Cameron, de Madison Beer y de Tate McRae —por mencionar tres cantantes que no terminan de despegar— artistas con el mismo nivel de popularidad del que gozaba Rihanna allá por el año 2012. Pero podría obrar un milagro con Cameron, Beer y McRae porque ellas no me despiertan ni me despertarán jamás las inquietantes emociones que Myles DiMarco me disparó la tarde de finales de febrero que fui a entregarle la dichosa cesta de regalos.

Más adelante me familiarizaría con los pasillos y recovecos del estadio de los Boston Beasts, pero aquella ocasión fue una de esas Primeras Veces con todas las de la ley, porque presentaba los síntomas del libro: me sentía fuera de lugar, creía haberme equivocado de sitio, me sudaban las manos y me había convencido de que DiMarco me la iba a jugar.

Iba preparada, eso por descontado. Me había cerciorado de que mi atuendo diera a entender lo único que pretendía transmitir, es decir, la más estricta profesionalidad —blusa vaporosa de gasa cerrada al cuello con un gran lazo de seda negro, falda de tubo azul marino, manoletinas a juego—, y no había llegado ni un minuto antes ni un minuto después.

O sea, no pretendía ni aprovecharme de su tiempo ni malgastar el mío.

El afable secretario de Capobianco, un jugador de fútbol ya retirado pese a su juventud —no había querido abandonar el mundillo después de lesionarse—, me había conducido a la salita anexa a los despachos del presidente del equipo y del entrenador respectivamente, pero yo me había negado a entrar porque tenía una misión calculada al milímetro: decirle «buenos días» a DiMarco, entregarle la cesta, darle las gracias por hacer negocios conmigo y marcharme por donde había venido, y para eso no hacía ninguna falta ni ponerse cómoda en los sillones de escay barato ni servirse un café quemado.

Cuando digo que «fui preparada» no me refiero solo a ir con las ideas claras y un modelito apropiado. Antes de hablar por teléfono con DiMarco, yo no tenía la más remota idea de qué aspecto tenía porque suelo pasar el canal de televisión si está retransmitiendo un partido. Nunca he soportado la incertidumbre, así que al poco rato de colgar —y de serenarme haciendo las respiraciones de mi instructora de yoga— me zambullí en internet con la determinación de conocerlo tan a fondo que nunca más volviera a sorprenderme con su conducta.

Ni con doce sesiones de *waterboarding* podrán sonsacarme el número de horas que dediqué a encontrar una sola fotografía en la que no saliera en pleno pase de partido —es decir, empapado de sudor y con una mueca poco favorecedora— y a horrorizarme con titulares a cada cuál más siniestro. Pero ya puedo adelantar que dediqué las suficientes para que ni Capobianco, ni Roberta, ni Samantha, ni el propio DiMarco puedan decirme jamás que no sé de lo que hablo cuando digo que La Cosa es irredimible.

Claro que entonces no lo había confirmado en primera persona, y no lo confirmaría a la hora en la que me había citado. Ahí donde yo me había tomado muy en serio la reunión, él se había tomado todo el tiempo del mundo para honrarme con su presencia. El reloj marcaba las doce y veinticuatro cuando oí unas voces al fondo del pasillo, hasta ese momento sumido en un silencio que no hacía sino desquiciar mis nervios.

—Myles, ¿puede ser que quedaras con una chica al mediodía? —preguntaba el secretario—. Ha llegado hace alrededor de media hora. Te está esperando en la sala.

La respuesta que recibió fue un gruñido. ¿Afirmativo o negativo? A saber. Nunca había tenido que comunicarme con neandertales para descifrar fórmulas del habla primitiva.

El gruñido fue lo que le precedió. Luego fue su inmensa figura recortada sobre el fondo colorido del salón de la fama de los Boston Beasts, el corredor perpendicular en el que habían expuesto los trofeos, medallas, fotografías históricas, contratos que merecían enmarcarse y un largo etcétera.

Decidí perdonarle la tardanza al verlo aparecer con las protecciones y una camiseta de entrenamiento con los colores de los Boston Beasts —blanco y morado— bañada de sudor. Caminaba como un toro bravo después de cinco o seis toreadas, bufando por la nariz y por la boca, haciendo mohínes y muecas de incomodidad como si le picara la cara o le molestara algo, y ya de lejos se intuía que mascaba un chicle.

Por algún motivo, pensé que mirarlo durante lo que tardara en recorrer cincuenta metros de pasillo sería indecente. Agaché la vista hacia la bonita cesta de Velvet Room, cuyo contenido había supervisado y coronado con un grueso papel transparente que se cerraba con un lazo rojo. Me había cuidado de quitar las distinciones que delataban que hacía tan solo dos meses había sido un regalo navideño.

Esperé con el pulso disparado a que sus pies de talla desproporcionada entraran en mi campo de visión —*¿un cuarenta y seis, podía ser?*—, y entonces alcé la vista muy rápido con la esperanza de acabar con la entrevista cuanto antes.

Lo que me pudiera sugerir que llevara los pantalones manchados del verde y el ocre del césped se quedará para mí, así como lo que opiné de que al detenerse a la distancia de una cesta me llenara las fosas nasales de olor a hierba natural, piel calentada por el ejercicio y algodón limpio de la prenda adherida a los volúmenes de su torso.

El corazón se me encogió al mirarlo a la cara.

Si hubiéramos estado en el exterior, su cuerpo habría tapado la luz del sol y bajo su sombra podría haberme estremecido de frío. El pelo negro, más largo y greñudo de como lo llevaría un hombre preocupado por su imagen, se le había pegado a las sienes, pero no a la frente; debía de habérselo sacudido como se sacude un perro después del baño, porque los mechones se le metían en unos ojos tan negros y de pestañas tan espesas que parecían pintados con kohl.

Quise achacar al deporte que un reflejo desafiante hiciera brillar sus pupilas, pero no era solo desafío ni era solo el subidón de un entrenamiento satisfactorio. Comprendí enseguida, cuando se cumplieron al menos diez segundos de intensa y silenciosa observación, que era el interés sexual lo que le hacía mirarme de aquella manera.

«Vete de aquí ahora mismo», fue lo que me dijo el instinto. «¡Ya de ya!».

—Tal y como hablamos —me apresuré a decir con la voz vacilante —, aquí tienes lo que te prometí. Y mi agradecimiento también.

Prácticamente le golpeé el pecho con la cesta y esperé con los labios apretados a que se dignara a cogerla. Pero DiMarco no la agarró del asa, asintió y me dio las gracias por las molestias, sino que primero posó la vista en el lazo rojo que cerraba el papel y luego la dirigió a *mi* lazo, el de *mi* blusa, perfectamente decoroso y a lo mejor excesivo. Alexia me había dicho alguna que otra vez que con la prenda parecía uno de los ayudantes de Santa Claus.

DiMarco alargó la mano hacia la moña de la camisa, que gracias al cielo y a todos los santos era decorativa. El cierre del escote no dependió del nudo que él deshizo tirando de uno de los extremos.

—¿Cuál de los dos es mi regalo? —murmuró con la vista fija en el cuello vuelto y rizado de la blusa—. Porque lo de los lazos se presta a confusión.

Es posible que mi primerísima reacción, esa de la que no soy responsable porque ni siquiera fue un pensamiento que filtrara mi cerebro, fuera sentir un alivio inmenso. No dejo de ser una víctima más de la vanidad femenina, y no perdí de vista en ningún momento que DiMarco quería que le llevara la dichosa cesta para averiguar si

yo era tan mona como había predicho. Con su actitud inapropiada acababa de confirmar que no le había decepcionado, y eso me tranquilizó.

Que Dios me perdonase.

Lo que no me tranquilizó tanto fue que avanzara un paso más —de nuevo la cesta manteniéndome a salvo—, se enrollara el extremo de mi lazo en la mano como un boxeador su venda y me dijera:

—¿Puedo desenvolver este primero?

Entonces volví a mis cabales. Le arreé un manotazo en la muñeca que estimé merecido, lo obligué a sujetar la cesta para que no se estrellara en el suelo y me escabullí por el costado para evitar el que a posteriori ha demostrado ser su *modus operandi*: acorralarme para que escuche lo que me tiene que decir, que nunca es nada inspirador y sí espantosamente ilustrativo.

Por suerte, no es de los que salen en pos de ti cuando te largas indignada.

Solo faltaría.

Esa fue la historia que Samantha quiso que le contara hace un par de días y que me ahorré relatar gracias al inciso de Roberta, pero que, aun así, acudió a mi cabeza para recordarme por qué no puedo ni quiero que DiMarco sea no solo la persona a la que dedico mi tiempo material, sino a la que dirijo cada uno de mis pensamientos.

La jefa tuvo que averiguar o al menos intuir la senda que había tomado mi diálogo interno, porque, con una expresión suspicaz, eligió salir de dudas:

—¿Es que te has acostado con él?

Si hubiera estado sujetando algo con las manos, se habría caído al suelo con estrépito.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Con él? ¡No! —exclamé con voz aguda—. ¡Claro que no!

Ella se agarró el pecho con un gesto dramático.

—*Meno male!* De ser así, yo misma te habría pedido con encarecimiento que declinaras la oferta de Capobianco. Pero si no ha habido ningún tipo de contacto sexual o romántico, no veo por qué debas privarlo de tu magia, *cara*. El deber de una buena mánager, y

bien sabes que tú eres la mejor, es el mismo que el de un médico: ir allí donde se le necesita... y donde está bien pagado, *ovviamente*.

»Insisto en que si no quieres coger el guante, estás en tu derecho —continuó, pero ya había sembrado en mí la semilla de la vergüenza recordándome que por más que ese derecho estuviera ahí, sin Alexia Lux en mi cartera yo no podía ejercerlo—. *Allora*, no es una oportunidad que Velvet Room vaya a dejar pasar. Si tú te niegas —advirtió, y eligió ese preciso momento para recordarme que tenía lumbalgia crónica estirándose y componiendo una mueca de dolor—, tendré que encargarme yo misma.

La suya fue una estrategia tan bien calculada que, aun dándome cuenta de lo que se proponía, no pude sino hacerle una reverencia interna, admirada de su astucia.

Roberta sabe que la aprecio y es una carta que juega en mi contra, en la de Samantha, en la de Ashley y hasta en la de Tyler Fox, su abogado puntual, cuando estima necesario. No abusa de ella, lo que solo hace aún más terminante el momento en que reclama sus privilegios.

Al amenazar con atribuirse el trabajo, me estaba diciendo lo siguiente: «Yo, la dueña de la empresa, voy a tener que recortar aún más el tiempo que dedico a mi familia, así como mi horario de sueño, para que tú, una jovencita sin pareja, hijos y nada mejor que hacer que catapultar su carrera a costa de mi nombre pueda concederse el capricho de rendir no ya por debajo de sus posibilidades, sino de los objetivos anuales que marca Velvet Room».

Así que al final, y como queda sobradamente demostrado ahora que he descendido del avión y tomado un taxi con destino al estadio, no me quedó otra que agachar la cabeza y prometerle que llamaría al representante de los Boston Beasts cuanto antes para cuadrar la primera reunión estratégica.

Siguiendo las indicaciones de los últimos mensajes de Capobianco —como si lo necesitara para orientarme por este lugar infernal, que tengo más que visto por culpa de Alexia— atravieso a toda prisa el corredor que hace solo unos días me vio abandonar los vestuarios en plena crisis.

—Lara Cosima —suspira Capobianco nada más verme cruzar el umbral. Se pone en pie y rodea la mesa con los brazos extendidos para darme las gracias a la europea y luego a la italiana: con los míticos dos besos y un abrazo laureado con un par de palmaditas en la espalda—. No sabes la alegría que me diste cuando me llamaste ayer para confirmarme que habías cambiado de opinión. Admito que la tarde posterior a nuestra reunión los chicos mencionaron que DiMarco había conseguido persuadirte. No me lo quise creer porque, por experiencia propia, sé que el muchacho tiene un don para dar brazos a torcer en el momento, pero no para arrancar de raíz la indecisión. Más de una vez me ha liado para lograr lo que se proponía y, por suerte, he vuelto a mis cabales un rato después, cuando he reflexionado al respecto... En fin, ¿qué te voy a contar que no sepas?

—Seguramente nada, porque vengo con los deberes hechos. —Palmeo el bolso que llevo colgado del hombro y pegadito al costado, la *tote* de Loewe con piel suave de calidad artesanal—. Aquí dentro traigo el contrato y la estrategia a seis meses vista que se me ha ocurrido para empezar a sacar a tu jugador del fango.

—Bendita seas, Lara.

—Lara Cosima —corrijo con hastío—. Me gustaría que DiMarco estuviera presente mientras se firman los papeles y hago un breve resumen de mi lluvia de ideas. En Velvet Room intentamos incluir a nuestros clientes en cada uno de los proyectos y procuramos que no solo interioricen que cada estrategia está pensada para ayudarlos profesionalmente, sino que crean de verdad en ellas y tengan ganas de ponerlas en práctica.

—Qué maravilla. Me lo podía imaginar, así que he cortado el entrenamiento unos veinte minutos antes de nuestra cita para que le diera tiempo a estar presentable. —Consulta su reloj de pulsera con un vistazo rápido. Su ceño fruncido me dice todo lo que he de saber, pero por si acaso no confiara en mi capacidad para leer el lenguaje no verbal, suspira—: Ya debería estar aquí.

Como si lo hubiéramos invocado, a él y a todos sus compañeros, el equipo al completo aparece en el pasillo igual que una manada de rinocerontes. Son tan ruidosos y mastodónticos que hacen temblar el

suelo y las paredes. Todos ellos me reconocen a pesar de la distancia, de un pasillo y medio, y al menos tres —Vinny Bravano, Noah Armstrong y Ashton Creed— levantan la mano para saludarme. El *tight end* tiene al *quarterback* cogido de los hombros y se ríen de algo que ha dicho el primero; el corredor se pelea con las protecciones mientras silba una canción que lleva una semana copando los canales de radio *mainstreams*.

Detrás de esta primera fila y de la siguiente, que se limita a comentar con mayor o menor entusiasmo los pormenores del entrenamiento, camina un concentrado DiMarco. Lo sé porque su cabeza oscura asoma por encima de la del resto, así como la frente arrugada por una misteriosa contrariedad...

... de la que espero que no me haga partícipe, *por favor y gracias*.

Mi cuerpo ha aprendido en el curso de cuatro o cinco coincidencias que ese hombre es una molestia y, cuando no, un peligro, porque se pone firme nada más verlo. No necesita ni que alce la vista, cosa que no hace a pesar de saber a dónde se dirige y para qué: todos los jugadores se internan en el vestuario menos él, que continúa su camino hacia delante con los labios sellados y la punta de la lengua presionando el interior de la mejilla, como si se hubiera hecho una herida.

Presenta un aspecto que sería patético si no fuera por sus dimensiones, que le harían pensar a cualquiera que, en el caso de haberse enzarzado en una pelea, el otro estaría ahora en el mundo de los sueños. O en el mundo de los muertos.

Lleva el pelo recogido en una minúscula coleta de la que escapan los mechones ondulados más cortos, el uniforme de *wide receiver* manchado de haberse revolcado en el campo y una marca de violencia en la mejilla.

—¿Qué habéis estado haciendo? ¿Por qué no has vuelto al vestuario en cuanto ha terminado el entrenamiento? —se exaspera Capobianco. Acaba sacudiendo la cabeza, a sabiendas de que con este tipo no se puede negociar, y lo apremia a entrar y sentarse atrayéndolo por el hombro—. Venga, venga. No se hace esperar a las señoritas, DiMarco.

Entonces él deja de rumiar lo que quiera que esté rumiando y alza la vista para mirarme.

Por más que Capobianco le haya insistido en que pase, se ha quedado clavado bajo el umbral, sus hombros casi encajados en el marco, su coronilla casi rozando el zócalo superior. Sigue pasándose la lengua por los dientes, la cara interna de la mejilla o, qué sé yo, la muela del juicio, pero ya no con el gesto reflexivo de antes, sino con una ligera satisfacción que a mí me hace apretar los labios.

Cree que ha ganado.

No sabe cuánto se equivoca.

Soy Lara Cosima. Eso quiere decir que soy exactamente quien me creo que soy: una profesional excepcional por su disciplina y compromiso, por su intuición y su creatividad. Y quiere decir, también, que aquí se hace lo que yo digo cuando yo lo digo. Si piensa que este acuerdo de representación va a ser el pretexto ideal para llevarme a la cama, que no va a conllevar sacrificios y esfuerzos por su parte, entonces es mucho más idiota de lo que creí en un principio. Después de ponerse en mis manos durante estos seis meses, va a dejar de pensar que soy un rico caramelito y se va a dar cuenta de que puedo convertirme en su peor pesadilla. Y aunque terminará dándome las gracias porque cuando acabe con él será una estrella, también me las ingeniaré para que me odie tanto que no quiera volver a poner un pie en la misma habitación donde yo me encuentre.

Abro la boca para darle la bienvenida con mi mejor tono profesional, pero él se me adelanta arrugando la nariz de repente y haciendo una mueca con la boca. Voy a preguntarle a qué viene esa cara, furiosa ya de entrada, cuando el propio DiMarco resuelve el misterio agachando la cabeza para escupir en el suelo.

Me quedo helada. No solo porque es la primera vez en la vida que alguien escupe delante de mí, sino por el desdén que encierra el gesto.

Ni Capobianco ni DiMarco sabrán nunca lo que había estado dispuesta a hacer después de la falta de respeto, de la que parece enorgullecerse sorbiendo por la nariz y volviendo a mirarme inexpresivo, de no haber sido por lo que le dice el entrenador:

—Joder, DiMarco, ¿otra vez?

El *wide receiver* lanza un mensaje muy claro con su indignado bufido —«¡como si fuera culpa mía!»— y después se seca la boca con el dorso de la mano. Luego esboza una especie de sonrisa para pasarse la lengua por los labios y retirar un resto de sangre.

Es ahí cuando se me ocurre mirar al suelo, donde creía que encontraría un escupitajo de saliva.

Nada más lejos de la realidad. Como un anillo de compromiso en el suave cojín de terciopelo rojo de una cajita de Harry Winston, un diente blanco reposa sobre un charco de sangre.

—Lo que me faltaba, macho. Ahora a pagarle al sacacuartos del puto dentista.

Capítulo 4

Another One Bites the Dust

DiMarco

—¿Eso es... —Lara Cosima hace una pausa dramática— un diente?

Como si me hiciera falta para confirmarlo, agacho la vista y contemplo con distancia emocional las gruesas raíces de una muela que hace tan solo cinco minutos estaban enterradas en mi encía.

Son gajes del oficio. A veces, el corredor del equipo no mira por dónde va, y cuando se dispone a saltar para recibir un pase, proyecta el codo hacia atrás y te lo clava en la mandíbula a ti, que en principio solo tenías planeado arrebatarle el balón, no soportar una hostia.

No sería para tanto si no tuviera que programar una visita al dentista, que digamos que no es mi lugar favorito del mundo. Y la verdad es que, para no serlo, el secretario de Capobianco me concierta citas con una regularidad preocupante.

Supongo que hay que amortizar el seguro médico. El club deportivo paga una desorbitada cantidad de pasta para asegurar que sus jugadores no sufren un derrame cerebral a consecuencia de un entrenamiento y, a poder ser, lucen también una sonrisa de anuncio de dentífrico. En mi caso creo que lo consiguen, porque hasta la fecha solo he necesitado dos implantes molares —las pérdida de muelas no afecta a la foto, únicamente al disfrute de la hamburguesa doble de mi tío, lo cual es peor—, pero nadie lo diría cuando siempre que he intentado sonreírle a la mujer que tengo delante no he obtenido más que una mueca de espanto.

Ya se me ha olvidado qué es lo que ha preguntado, pero no se me ha olvidado lo que me dijo la última vez que nos vimos. Espero a que Capobianco me haya ofrecido un vaso de plástico con agua, exasperado pero acostumbrado a que me den palos y yo se lo haga saber de la manera más prosaica, y me enjuago la boca de sangre antes de inquirir:

—¿Y tú cómo es que has venido? Pensaba que te rajarías.

Lara Cosima reacciona a mi réplica como reacciona a todas mis réplicas, irguiéndose igual que un soldado y cubriéndose el torso con lo que le pilla más a mano. A veces es uno de sus bolsos de tamaño desproporcionado, cuyo contenido puede abarcar desde un

pintalabios hasta, no sé, un trasatlántico. A veces son sus propios brazos, que cruza como un maestro Shaolín. Una vez fue una cesta de regalos. Ahora es la carpeta que ha sacado del mencionado bolso. La sostiene como un gladiador blande su escudo.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

Cabeceo, meditabundo.

Dentro de que yo sea un puto desastre, me suelo acordar de vez en cuando de Lara Cosima, de sus apariciones estelares y, como ella dice, de sus promesas cumplidas. Cuando me juró que me pagaría el esfuerzo de acudir a la fiesta de compromiso de una chica con la que me estuve acostando un par de semanas, aunque también pudieron ser un par de meses, trajo su culo de Nueva York o de dondequiera que viva hasta Boston para entregarme la cesta como símbolo de gratitud.

No esperaba que lo hiciera y lo hizo.

Tampoco esperaba que cayera en mis provocaciones, las que dirigí contra ella en el vestuario solo porque me pareció que debía defender mi honor —me importaba una mierda que pensara que soy un animal, pero uno no puede permitir que esa clase de ofensas se repitan—, y hela aquí, preparada para hacer de mí un hombre de provecho.

Así que será verdad eso de que es una mujer de palabra.

—Bueno. —Me rasco la nuca empapada de sudor—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, señor DiMarco —me llama con un tonito repipi que a ratos me hace gracia y a ratos me deja pasmado. ¿Quién coño habla así a estas alturas del calendario gregoriano? Solo Lara Cosima y el mayordomo de la Casa Real—, deberías sentarte a la mesa conmigo para comentar las distintas cláusulas del contrato. Si todo estuviera en orden, empezaríamos a debatir las primeras estrategias que he pensado para mejorar tu reputación.

En resumen: me va a tocar tragar mierda por un tubo.

Capobianco me lo advirtió antes de citar a la pitusa en su despacho: «Te guste o no, tendrás que hacer un esfuerzo por el bien del club». Y como es por el bien del club, refunfuñé lo justo. Pero espero que nadie se piense que dos días de reposo para asentar la idea y la promesa de pasar tiempo con la cosita de Alabama,

Tennessee o de donde coño sea no es suficiente para dar mi brazo a torcer.

Aparte, ¿no debería llamar a mi abogado? Mi abogado siempre insiste en que tiene que estar allí donde haya alguien con un taco de papeles grapados que exija mi firma.

Mi abogado es un coñazo, la verdad. Yo creo que se aburre y quiere apuntarse a un bombardeo.

Pero me he vuelto a distraer de donde estamos, que es en el despacho de Capobianco con la tarea pendiente de sentarme a negociar con Lara Cosima.

No creo estar en las condiciones óptimas para afrontar ninguna clase de conversación, ni mucho menos una que me va a poner de mala hostia. Odio la rigidez de la piel cuando el sudor se seca, odio notar el nylon de la camiseta adherido al pecho y cortándome la circulación en el contorno del bíceps, odio que el pelo mojado se me meta en los ojos, que luego me escuecen y me impiden tirarme a ver hasta las tantas la última serie de polis que me tiene enganchado.

Odio el dolor de una muela arrancada de cuajo.

Todo el mundo sabe que necesito estar limpio y seco. No por nada me llaman Johnson's Baby. Y, por lo general, a todo el mundo le importa porque, si no lo estoy, suele haber problemas.

Si las dos personas que me instan a sentarme forman parte del grupo, no lo demuestran. Ella acepta el gesto con el que el entrenador retira su sillón y él me lanza una mirada de advertencia para que me comporte.

Vuelvo a rascarme la nuca y busco a mi alrededor algo con lo que retirarme el sudor de la cara. Lo más parecido que encuentro es una especie de pañuelo de tela muy fina con un estampado hortera. Lo agarro sin pensarlo, asumiendo que será de Francesca y me perdonará el atrevimiento, y me lo paso por la cara y el cuello.

Iba a pasármelo también por las axilas cuando reparo en que Lara Cosima ha palidecido y suspendido todo movimiento cuando se disponía a nivelar los papeles del contrato.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué...? Esa... esa... esa es mi *pashmina*.

La habría mirado de arriba abajo si hubiera estado de pie.

—¿Tu qué?

—Es un pañuelo de cuello de lana de cachemira de primera calidad. Es de Balenciaga.

—Allí estuve de vacaciones. Comí un arroz amarillo. Bueno, pues gracias. —Le entrego la *pashmina*, que más bien debería llamarse *posh*-mina, porque menuda pijada. Viendo que ella la mira horrorizada y se niega a alcanzarla, me encojo de hombros y la deposito sobre la misma mesa antes de sentarme con una incomodidad que creo que es visible—. Espero que acabemos rápido. Tengo cosas que hacer y ya dejé muy claro que todo esto me parece una gilipollez.

—Haz el favor de ser amable, DiMarco —me advierte Capobianco con el dedo en alto.

Llegados a este punto, no sé quién me ha señalado más como si debiera marchar al mismísimo patíbulo, si el árbitro que pita las faltas —me tiene manía, nunca es para tanto—, mi tío cada vez que me ha regañado, el entrenador en las últimas tres ligas o la pitusa a lo largo de las cuatro veces que nos hemos visto.

Yo diría que ella es la que se ha coronado.

—Estoy siendo amable.

—Pues intenta que se note más. Lara Cosima nos ha hecho un inmenso favor al acceder a trabajar para nosotros.

—¿Un inmenso favor? —Cruzarse de brazos con las protecciones todavía ancladas a los hombros es un tanto incómodo, pero lo hago aun así. Se me escapa una sonrisa incrédula—. Yo pensaba que los favores se caracterizaban por su gratuidad. Hacer una cosa por cien mil palos me suena más bien a un intercambio justo. De hecho, creo que es un atraco a mano armada, pero a lo mejor es porque no entiendo la naturaleza del empleo.

—Desde luego que no lo entiendes —rezonga ella con el cuello muy tieso—, o ya sabrías que un acuerdo económico desahogado es lo mínimo que se me podía ofrecer para que me dignara a venir aquí.

—Lo que está claro por descontado es que tu trabajo no es arriesgado ni exige esfuerzos físicos, porque siempre que te veo vas

sobre unos zancos y con ropa muy apretadita.

—DiMarco —me reprende Capobianco.

Lara Cosima agacha la mirada, ruborizada, y esconde detrás de los labios apretados lo que seguro es un insulto.

No entiendo por qué. Me he limitado a señalar una verdad como un templo, ¿o es que soy el único con ojos en la cara? La he visto cruzar brincando el campo de los Boston Beasts encima de unos tacones de quince centímetros, y si no tiene la talla XS, al menos es la que se compra. ¿Por qué es maleducado decirlo? ¿Acaso no se pone ese calzado y esos vestidos porque le gustan y quiere que la gente a su alrededor lo perciba? Al menos, yo cuando me planto una camiseta de Queen o AC/DC es porque pretendo que el mundo entero sepa que me gusta el rock. Y si algún fan quiere venir a decirme algo al respecto, mejor todavía.

Lara Cosima inspira hondo y procede a separar las tapas de la carpeta para dictarme con voz firme las cláusulas del contrato de los cojones. Intento prestar atención porque es verdad que se lo merece habiéndose clavado un viaje en avión desde Nueva York —a mí no me gusta volar, así que valoro el esfuerzo—, pero se me va el santo al cielo en cuanto profundiza sobre las que son las responsabilidades y derechos del cliente.

Estoy acostumbrado a que su entonación sea un viaje en montaña rusa con curvas ascendentes, descensos drásticos, suspiritos y gritos ahogados, todo esto según el acento que le apetezca poner. Esta lectura pausada y profesional no me estimula lo suficiente. Además, si se me presenta la oportunidad de concentrarme en el movimiento de sus labios, ¿cómo no me voy a distraer? No soy de piedra. Si lo fuera, Ash no podría hacerme cirugía dental cada vez que se le suelta el codo. Si lo fuera, a lo mejor podría haberme impuesto a este acuerdo de representación en lugar de poner el culo sin rechistar.

Pero no todo es malo, y para muestra, un botón.

Detrás del escritorio de Capobianco y sujetando las dos tapas de la carpeta como un sacerdote su Biblia, Lara Cosima parece una princesa. Lleva la melena como siempre, totalmente alisada, con la raya en medio y las capas escalándose de barbilla para abajo.

(Sé lo que es una melena escalada porque Savannah me lo explicó. Un día salió de la peluquería, me preguntó si la notaba diferente y fui incapaz de advertir el cambio, así que, «por el bien de mi vida sentimental», esto es textual, se explayó sobre el sentido de cortar el pelo a capas. Me enteré más o menos).

Cuando Lara Cosima está nerviosa, se divide el pelo en dos segmentos por detrás y se lo coloca sobre los hombros con remilgo. Es un movimiento involuntario del que dudo que sea consciente. Yo tampoco debería serlo —al final, y en palabras de Noah, «no me enteraría de una mierda ni aunque me la tirasen a la cara»—, pero en este caso concreto lo soy. Me gusta pensar que eso de peinarse es un tic compulsivo que nace como respuesta a los nervios que le genera estar conmigo tanto si le gusta como si no.

Cuando se largó del vestuario el otro día, nuestro *quarterback* esperó a que se extinguiera el eco de sus tacones para averiguar qué coño me pasa con ella.

Siendo sincero, no tengo ni puta idea. Se parece muchísimo a María Sharápova, una de mis famosas fetiche desde que era un adolescente, pero eso no tendría por qué sellar el trato. Una vez me lie con un calco de Candice Swanepoel y no se me abrió el tercer ojo.

Suelo gustar a las mujeres, eso es un hecho, y que nadie me pregunte por qué si no quiere oír una respuesta grosera. También suelo disgustar a las mujeres, y ahí tampoco se me puede preguntar la razón. Es tan evidente que podría cabrearme por tener que explicarlo. Se deduce, entonces, que odiarme no hace especial a Lara Cosima. Es el curso natural de la interacción conmigo: primero amarme y luego despreciarme.

Ella ha ido directamente a lo segundo porque es una chica eficiente.

Por otra parte, no es insólito que a mí me atraiga una mujer. Es el pan de cada día. Voy por ahí buscándolas hasta que alguna me llama más o menos la atención y sobre eso actúo. Necesito subidones de dopamina y necesito, también, descargar mis continuas sobredosis de testosterona. Si no me vuelco en la

persecución y la consumación sexual, me ahogo de la angustia y el estrés.

Estamos hablando de un problema de salud nacional, ¿vale? Tengo que estar haciendo algo todo el tiempo, y me gusta que ese algo sea tocar a una chica guapa. No voy a decir que me valga cualquiera, porque, como muy bien señala Noah, «para no tener un tipo, me las saco todas del catálogo de modelos» —habló de putas La Tacones, por otro lado—. Lo que sí voy a decir es que sea cual sea ese tipo, Lara Cosima no lo es. No solo porque se dedique a lo que quiera que se dedique, que todavía no lo pillo, sino porque es bastante insufrible.

A raíz de esta disonancia que confieso que a mí mismo me saca de quicio, me he estado preguntando estos meses cuál es el intríngulis; qué es lo que planta de repente una imagen de la pitusa en mi cabeza cuando estoy en pleno entreno, voy borracho o no puedo conciliar el sueño.

Es una mujer que me odia. *Típico*.

Es una mujer bastante normal. *Aburrido*.

Es una mujer que no me quiere follar. *Poco práctico.*

Entonces, y retomando la pregunta de Noah, ¿qué coño me pasa con ella?

Ahora que la tengo delante con su pose de reina de Saba, la espalda erguida, las pestañas rizadas casi tocándose las mejillas mientras lee el texto, las piernas elegantemente cruzadas bajo la mesa, lo entiendo mejor.

No es que sea guapa o mojigata. Esas dos cosas ni me atraen por separado, ni me seducen si van juntas, ni nada. Son dos cosas que, hablando en plata, me la pelan. Lo que sí pasa es que es *muy mujer*. Es como si hubieran fusionado a veinticinco tías en una sola, o como si hubieran encarnado el concepto de feminidad en un individuo, o como si la hubieran diseñado en un laboratorio a base de azúcar, especias y muchas cosas bonitas.

Huele como una mujer. Tiene el aspecto de una mujer. Actúa como una mujer. Es tan femenina, hiperfemenina, incluso, que cuando la veo me siento impelido a actuar como su contrapartida, una caricatura hipermasculinizada.

Me vuelvo un poco idiota, lo reconozco. Un poco primario.

Pero es que me gusta, ¿vale?

Se coloca el pelo detrás de la oreja con una delicadeza que me hace concentrarme al toque. Pasa las páginas del contrato como si estuviera acariciando el pelaje de un perro herido y se me eriza el vello igual que si me estuviera tocando a mí. Cuando suspira es como si cantase, a lo que yo respondo imitando a las ratas del flautista de Hamelín: chapo la boca y la sigo.

Y todo eso porque está tranquila, ¿eh? Pero las veces que pierde los nervios, que son las de más por lo poco que la conozco, sigue sin perder ese aire femenino. No paro de pensar en cómo mueve las caderas cuando camina a toda prisa, como uno de esos pomerania peludos que las pijas de Los Ángeles llevan en los brazos a sus sesiones de *spa*; cómo se cubre la boca cuando se ríe, con el mismo gesto que si fuera a decir algo teniendo comida aún en los carrillos. Todo lo que hace me sorprende pestañeando, embobado, y con unas dolorosas ganas de cogerla en brazos y apretarla contra mí. Solo para ver qué hace. Para ver cómo suena.

Es muy mona, supongo. Si pudiera, me encantaría llevarla en el hombro como Peter Pan a Campanilla y tenerla ahí armándome bronca... que es lo único que hace, por cierto. Lo hace ahora mismo al alzar la vista y reparar en que no me he enterado de nada.

—¿Me estás escuchando?

—No.

Su cara de asombro me hace gracia.

La de indignación también.

—¿Crees que estoy aquí para que te tomes a risa mi trabajo? —Cierra la carpeta de golpe—. ¡Te recuerdo que tu situación es crítica! ¡Deberías atender y aprovechar la oportunidad que Capobianco ha tenido la amabilidad de concederte volcándote en el proyecto! ¿O piensas que vas a encontrar a otra experta solucionadora de problemas así como así?

—Si es verdad eso de que eres una solucionadora de problemas experta, ¿por qué no te has librado del problema que claramente piensas que soy yo?

—¡Porque soy una profesional!

—A mí no me parece profesional que me eches broncas de tres pares de cojones antes de preguntarme siquiera por qué no me apetece entrar al trapo. Me ha parecido oír en toda esa sarta de movidas con lenguaje legal que has dicho que «trabajaremos en equipo». Se nota que no lo haces mucho. Te comportas como si tuviera que obedecerte en todo.

Cuando me mira así, sus ojos se abren tanto que parecen dos bombones.

—¿Cómo no quieres que me ponga a la defensiva con la actitud que tienes? ¡No se puede trabajar en equipo con alguien que te toma por el pito del sereno!

Me levanto del asiento procurando que no chirríen las patas traseras.

—Entonces yo diría que hemos acabado.

—De eso nada. Tranquilidad en las masas —interviene Capobianco. Ha extendido los brazos en la que es su postura de negociación—. Mirad, voy a salir del despacho y voy a cerrar la puerta para que podáis hablar con intimidad. No quiero que DiMarco sienta que debe fingir o mentir para agradarme, y si vais a ser un equipo, entonces yo sobro.

—No hace falta que te vayas —se apresura a balbucear Lara Cosima, que tiembla como un potrillo de pensar en quedarse a solas conmigo. Hasta se ha levantado y alargado un brazo hacia el escurridizo entrenador—. De hecho, y siendo el club mi contratador, lo más lógico es que...

Capobianco le lanza una sonrisa con un mensaje clarísimo —«confío en ti»— y cierra la puerta tras él sin otra mediación. Yo, que lo conozco algo mejor que Lara Cosima y leo entre líneas su comportamiento, sé que se ha hartado de que le calienten la cabeza, que no tiene el día para pamplinas y que llevaba quince minutos desesperado por enchufarse un cigarrillo en la boca.

No puedo decir que no lo entienda. Yo también me beneficiaría de una calada. Y de una ducha. Y de un polvo rápido. Pero Lara Cosima me requiere aquí, como indica la expresión irritada que me dirige desde el otro lado del escritorio, y no creo que vaya a ayudarme con ninguna de las tres cosas.

Parecemos un par de pistoleros, cada uno en un extremo de la única calle desierta que conforma el Salvaje Oeste.

Como en algunos aspectos sí soy un caballero, dejo que sea ella la que tome la palabra.

—Seis meses —determina tras bufar de puro hartazgo—. Si en seis meses no he logrado que te empiecen a llegar ofertas publicitarias y el club no consigue al menos un nuevo inversor o recuperar alguno de los que ha perdido, desapareceré y no tendrás que volver a verme.

No sé por qué piensa que eso me haría feliz.

A lo mejor es porque me falta expresividad para trasladar lo contrario, como suele decirme Vinny.

—O sea, que asumes que si las cosas salen mal, será tu culpa.

—Igual que si salieran bien me atribuiré toda la gloria.

Me hace gracia su tono petulante.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—¿En esos seis meses? Procurar no romper ninguna de las reglas que establece el contrato. Te las vuelvo a recitar, ya que estabas en los mundos de Yupi —masculla, ofendida, y resume a toda prisa dos o tres cláusulas—. La representante de Velvet Room se reserva el derecho a anular el contrato vigente si considerara que el cliente ha sido inapropiado, se ha opuesto en rotundo a más de dos de las propuestas y, en general, no demostrara la disposición y el compromiso que requiere sacar adelante un proyecto de estas características.

—Define «ser inapropiado». Si no puedo coquetear contigo, no sé si me interesa pasar por todo esto.

Lara Cosima baja la carpeta y me mira largamente como una jefa de estudios.

—Tú nunca has coqueteado conmigo. Has sido impertinente, que es distinto. Y más te vale que te interese, porque ahora que ya no represento a Alexia voy a poner todas mis energías en convertirte en una persona de provecho. Eres mi único cliente.

—Ya. —Me rasco la mejilla. Odio la sensación de máscara de plástico que el sudor deja en la cara—. Tuvo que ser una mierda, ¿no?

Ella parece desorientarse por un momento.

—¿El qué?

—Lo de que tu mejor amiga te despidiera. O sea, no creo que fuera la mejor de las ideas meterte a currar con alguien a quien quieres. El dicho dice que no se mete la polla donde se tiene la olla. Pero si te metes, y créeme que de eso sé un poco porque mis compañeros son también mis colegas, pues tiene que doler que te larguen de buenas a primeras.

Aunque juraría que me he explicado bien, ella no solo mantiene la expresión desorientada, sino que se le intensifica hacia el pasmo.

A lo mejor me equivoco y he vuelto a soltar una de mis proverbiales parrafadas sin sentido. No soy conocido por mi elocuencia que digamos.

—En fin —retomo, viendo que se ha quedado sin palabras. Voy a meterme las manos en los bolsillos, aún de pie, pero llevo los pantalones de deporte ajustados. Dejo caer los brazos a cada costado—. ¿Qué quieres que haga, pitusa?

Ella se recupera de, como mínimo, una regresión, y vuelve en sí misma pestañeando varias veces. Con un carraspeo invoca la profesionalidad de la que tanto se enorgullece y toma asiento de nuevo para sacar del bolso otro taco de papeles, estos garabateados a mano con bolígrafos de colores. Me fijo en los tachones, círculos, subrayados y en un puñado de dibujos en la esquina superior derecha: un ojo femenino bastante realista, un entramado de flores, una especie de mandala... La clase de tonterías que uno se entretiene dibujando cuando le asalta el aburrimiento o se distrae.

Eso bien lo sé yo, que pierdo el hilo a menudo.

—Para empezar, no me llames «pitusa».

—Es más corto que tu nombre raro y pretencioso.

—¡Por raro o pretencioso que sea, sigue siendo mi nombre! ¿Te gustaría a ti que yo te llamara Di, o Marco?

—Mientras me llames, me da igual cómo.

Lara Cosima me apunta con el dedo con esa sonrisa demente que ponen los que acaban de confirmar que tienen razón tras una rápida búsqueda en Google.

—¡A eso me refiero con ser inapropiado!

—Pero si no he dicho nada.

Igual que abre la boca para seguir despotricando sobre mi humilde petición —no creo que sea descabellado llamarla por uno solo de sus nombres, pero bueno—, la cierra de golpe y apela a la calma con una profunda inspiración.

—Mira, por ahora, y considerando las perlitas por las que eres conocido, me conformaría con que algún programa de entrevistas aceptara acogerte, a poder ser acompañado de Vinny o de algún otro compañero tuyo con algo más de carisma. O saber estar —murmura para sí—. Tengo contactos que podrían conseguirme un hueco en los shows de Jimmy Fallon, James Corden o Farah Fou, por ejemplo. Me citaría con ellos unos días antes para cuadrar las preguntas que pueden y no pueden hacer y te prepararía un guion al que ceñirte para no meter la pata. La estrategia de hacerse la que la Virgen le habla funciona a veces, pero no creo que sea tu caso. Hay que salir a desmentir o justificar algunas actitudes.

—¿Qué tipo de preguntas me harían? No me gusta que se metan en mi vida.

—¡Pues no la airees a lo loco! —Cierra los ojos, torturada por sus propios prontos histéricos, y vuelve a respirar—. Cómo te sientes respecto al fútbol, por ejemplo. Qué tal fue ganar la NFL el pasado febrero. Intentaré que se inventen una dinámica dentro del plató para que exhibas tu fuerza o alguna otra de tus virtudes... sean cuales sean esas —masculla por lo bajini—. En los programas que te he dicho priorizan bastante el humor.

—A mí no me hacen ni puta gracia.

—Lo que quiere decir —continúa sin hacerme caso— que no se te presentaría la opción de hablar de política o de tus relaciones amorosas, que entiendo que es terreno minado.

—¿Por qué es terreno minado?

Lara Cosima me dirige una mirada incrédula.

—Porque hasta hace poco —empieza muy despacio, como si hablara con alguien cortito de entendederas— te has estado dedicando a insultar al presidente de Estados Unidos y a todo su gabinete, además de la mayoría de lobistas de Silicon Valley, en tu cuenta de odio privada de la red social X. Elon Musk en persona te la

suspendió, ¿recuerdas? En cuanto a las relaciones amorosas, los norteamericanos tienen una opinión bastante emocional sobre el hecho de que salgas con una modelo una semana antes de saltar a la siguiente.

—Una opinión bastante emocional —repito, y opto por no entrar a mencionar lo que me sugiere esa gilipollez porque Lara Cosima parece al borde del colapso—. ¿Y? ¿Qué tiene de malo lo que hago?

—¿A qué te refieres? —inquiere sin mirarme, fingiendo recoger los papeles que había esparcido por la mesa—. ¿A lo de las críticas feroces al partido dominante del Mundo Libre o al hecho de que sexualizas a las mujeres?

—Creo que sexualizar al género que te atrae es lo normal, porque si alguien te gusta, te lo quieres follar. —Ella se tensa al oír la palabra—. Y me parece incluso más normal cagarte en la estampa de Donald Trump. Su administración intentó deportar a un amigo de mi padre que lleva doce años trabajando en el puerto de Jacksonville, y...

Lara Cosima levanta una mano.

—No he venido a discutir sobre política.

Su respuesta tibia me hace fruncir el ceño.

—¿Es que estás a favor de lo que anda haciendo el ICE o qué?

—No, claro que no estoy a favor —se desespera—. Pero como tu representante que soy, te recomiendo que, en lo sucesivo, te guardes para ti tus opiniones... a no ser que entren en un terreno neutral y sepas verbalizarlas con ambigüedad. Por ejemplo —carraspea y se yergue sujetando como un micrófono un bolígrafo con un pompón—: «Señor DiMarco, ¿qué le parece la política de inmigración que está llevando a cabo el presidente?». Primero repetirías la pregunta para que parezca que le has dado un pensado y ganar tiempo: «Mm, qué me parece la política de inmigración...» —Se da unos toquecitos en la barbilla puntiaguda con el pompón—. Luego regalarías una sonrisa que pudiera distraer al entrevistador o entrevistadora. —Lo ejemplifica enseñándome los dientes—. Después dirías con humildad: «No sé si soy la persona adecuada para hablar de un tema tan complejo y delicado». Finalmente, inspirarías hondo con tu mejor expresión abatida y concluirías, para

que pareciera que te has mojado: «Pero no me gustaría que nadie sufriera».

—Es que eso es mentira. Quiero que Trump sufra y vaya a la cárcel.

—No, DiMarco —me reprende igual que si fuera un niño que ha preguntado cuatro veces lo mismo—. Tienes prohibido hablar mal de nadie, ¿de acuerdo? Del gobierno el que más.

—¿Tampoco me puedo meter con los Buffalo Bills?

—Si es de manera amistosa y lo expresas de modo que se sobreentienda una mínima camaradería, podríamos plantearlo.

—No son mis amigos ni mis camaradas. Y tampoco los Miami Dolphins.

—¡Pues a los Miami Dolphins los respetas igual! —me amenaza, y acompaña la sentencia señalándome con el pompón—. Y a los Patriots y a los Baltimore Ravens, ¿estamos? —Viendo que abro la boca, añade—: ¡Y nada de exclamar *Who They* en lugar de *Who Dat* para burlarte de los Cincinnati Bengals! ¡Ni de llamar *rednecks* a los Roughnecks!

Entre el arrebato enérgico y la concentración de información, me quedo perplejo.

—¿Cómo es que conoces a los equipos de la NFL y la XFL?

—Como podrás imaginarte, me he tirado unos cuantos días muy ocupada informándome de la industria en la que me voy a mover los próximos meses. También, como te digo, he leído todos tus *tweets*, al menos a los que les hicieron captura de pantalla para distribuir en Reddit, entre otros blogs. He estudiado el nombre de la mayoría de tus parejas, principales competidores y enemigos ancestrales... una lista asombrosamente larga, por cierto. Aun así —añade tras recuperar el aliento. Coge uno de los papeles grapados y me lo extiende: es un cuestionario—, me gustaría que rellenaras esto para conocerte un poco mejor. Te acompañaré a cuantos eventos seas invitado y quiero hacerme una idea de con quién estoy tratando.

Echo un vistazo desganado. Hay tantos signos de interrogación que me mareo.

—¿Por qué tengo que decirte cómo se llaman mis padres? No, no voy a ningún psicólogo deportivo, y tampoco me interesa. Mi serie

favorita es *Brooklyn Nine-Nine*, pero no sé cómo eso... ¿A quién cojones le importa cuál es mi bebida favorita?

—Es importante que yo lo sepa para exigirle al ayudante de producción de un programa que la tenga lista en tu camerino, por ejemplo.

—Eso es una pijada.

—Cuando estés dando vueltas como un tigre enjaulado, loco de los nervios porque vas a salir a escena en tan solo dos minutos, agradecerás poder darle un trago a una botella de Powerade sabor uva menta, créeme.

—Tampoco es una necesidad primaria. Yo no soy Alexia Lux. Juego al fútbol.

—Tú solo deja que haga mi trabajo, ¿vale?

Sigo con la vista fija en el listado de preguntas, a cada cuál más inquietante. Como si se hubiera dado cuenta de que mirándola un rato más entraría en combustión, Lara Cosima me desliza con sigilo el contrato en sí mismo por la última página, ahí donde debería firmar en presencia de un abogado. Recuerdo que son seis meses lo que me espera poniéndome en manos de una completa desconocida que no ha tenido pelos en la lengua al prohibirme opinar nada más empezar la reunión y sacudo la cabeza.

—Esto no me gusta.

—¿El qué?

—No me gusta tener que callarme. No soy el único que tiene una opinión. Y no digo ninguna barbaridad. ¿A esto te dedicas? —le pregunto, y creo que sueno dolido o al menos perplejo. Menos mal que es una mujer con carácter, o pensaría que estoy hablando con un robot—. ¿A silenciar a tus clientes?

—Depende del cliente —contesta, en lo absoluto ofendida—. Si fueras un artista musical con una amplia mayoría de fans alternativos, podría politizar tu marca y convertirte en un activista. Pero los inversores de los Boston Beasts son de derechas, DiMarco, y el objetivo principal de todo esto es evitar que pongan su dinero en otra parte. Para eso tendrás que ser cauto. No te voy a pedir que te hagas fotos con Melania, pero guarda silencio.

—Eso es lo mismo que ser cómplice de lo que está pasando. Aparte —continúo, espoleado por la sensación de injusticia. Dejo a un lado el contrato y el cuestionario y la miro ceñudo—, ¿a quién coño le importa con quién salga o no salga? ¿Acaso ellos no invitarían a una copa a una supermodelo si les hiciera caso? ¿Qué pasa si no quiero una novia seria?, ¿si me lo paso mejor echando polvos esporádicos y fines de semana en Palm Springs? ¿Por qué tengo que dar explicaciones de mi vida privada?

—Porque eres una figura pública —resuelve sin inmutarse. Empiezo a ver a qué se refiere cuando se proclama «una profesional»—. Estoy segura de que no debo explicarte que la fama tiene un precio. Si es uno que no te ves en condiciones de pagar, búscate un trabajo con otra clase de inconvenientes. Pero tal y como yo lo veo, DiMarco, no está tan mal aguantar que una masa imprecisa de gente que jamás conocerás opine que eres un guarro si a cambio puedes ganar dinero a espuertas jugando a tu deporte preferido.

»¿Sabes? Para haberte declarado activista hace un momento, tienes unas quejas muy propias de «una pija de Alabama» —hace las comillas con los dedos—: He leído también lo que el público opina de ti, y a muchos les parece que eres un llorón en un Ferrari.

—Esa opinión me importa lo mismo que cualquier otra: una puta mierda.

—No te preocupes —canturrea con brío. Ha sido entrar de lleno en la cuestión laboral y armarse de seguridad—. Ya estoy yo aquí para que me importe en tu nombre.

—¿Y qué hay de mí?

Ella acaba de firmar al lado de un garabato a nombre de Roberta Montessore y alza la mirada, desconfiando de mi pregunta al tiempo que me devuelve de nuevo el contrato.

—¿En qué sentido?

—¿Yo también te voy a importar, o eso no? Porque si ni mi propia mánager entiende mis recelos, no vamos a llegar ni al tranco de la puerta.

—¿Cómo quieres que te entienda si suenas como un crío caprichoso? ¿En serio ha de venir una pija de Alabama a decirte que

no lo puedes tener todo en la vida?

—Sé que no lo puedo tener todo —contesto con acritud—, pero lo más importante para mí es sentirme dueño de mis actos. Eso, por lo que sea, no lo preguntas en el cuestionario.

—Sí que lo pregunto. —Apoya una mano en la mesa y se inclina hacia delante para señalarme una frase. Con el movimiento, la cadenita de la que pende una cruz cristiana escapa de su escote cerrado y baila ante mi rostro como un péndulo de hipnosis. *Por supuesto que para colmo tiene que ser creyente*—. Número sesenta y tres: «¿Cuál es tu objetivo prioritario en tu carrera profesional?».

—Esa pregunta ya la has respondido tú. Atraer inversores, ¿no?

Lara Cosima eleva la vista y clava en mí una mirada determinada.

—Puedo trabajar en varios frentes a la vez siempre y cuando no se contradigan.

Me fijo en sus pestañas rizadas, en el brillo rosado de sus labios y el colorete quizá excesivo; en la nube de perfume a vainilla intensa, mareante y pesado, que me ha llegado cuando se ha echado hacia delante. La cruz sigue colgando entre los dos como un recordatorio de que es pura y virginal y, por tanto, está fuera de mi alcance.

¿Podría, entonces? ¿Podría de verdad trabajar en varios frentes? ¿Podría trabajar en mi futuro en el mundillo deportivo y trabajarme a mí mientras tanto, o eso no? ¿Se puede trasladar el don de la multitarea a otros ámbitos más placenteros?

No se lo pregunto porque sé que no hace falta. A juzgar por cómo se comporta a mi alrededor, me lee la mente al vuelo y procura reaccionar en consecuencia quitándose de en medio cuanto antes. No lo hace tan rápido esta vez, y no puede evitar que atrape la cruz entre los dedos y me entretenga sacándole brillo al oro con la yema del pulgar. Me tienta tirar fuerte para acercarla más a mí, pero como me cargue la cadena, voy yo detrás.

Lara Cosima carraspea y recupera la cruz. Se la guarda en el interior de la blusa, la camisa o lo que quiera que sea esa prenda —nunca lleva nada que haya visto antes— y se yergue.

—Tú sabrás lo que es importante para ti, DiMarco. Firma o no firmes, pero no me tengas esperando todo el día.

Se me ocurren al menos cinco razones para romper el papel delante de sus narices y armar una fiesta de confeti blanco. No quiero someterme a las órdenes de nadie. No quiero que moldeen mi personalidad hasta reducirme a un muñequito al que das cuerda y suelta cuatro frases predeterminadas, siendo la principal «me acojo a la Quinta Enmienda». No quiero tener a nadie pegado al culo, aunque ese alguien sea una monada follable. En especial, no quiero tener a una monada follable que me la pone durísima pegada al culo si no me va a dejar pegarme a mí al suyo. No quiero que se me conozca tan íntimamente como pretende ese cuestionario de mierda, y ni mucho menos si la motivación para hacerlo son cien mil sucios pavos.

Pero ninguno de estos motivos pesa tanto como el miedo a perder mi trabajo, que es, a la vez, la pasión de mi vida, la fuente de mi valor, aquello de lo que más me enorgullezco y una de las pocas cosas en las que soy bueno de verdad.

Así que echo una firma rápida, como si así pudiera evitar ser consciente de la magnitud del acuerdo —esto es un pacto con el diablo, ni más ni menos— y se lo entrego sin mirarla a la cara, decepcionado conmigo mismo.

Lara Cosima me concede un ratito de gracia para empezar a hacerme a la idea, o a lo mejor está tan descorazonada con el trabajo que se le viene encima como el menda. Sea como sea, no retoma la conversación hasta unos minutos después, cuando ya se ha echado el bolso-transatlántico al hombro y ha rodeado la mesa.

—Dame tu número de teléfono. Así estaremos en contacto para próximas reuniones. Y para hacerte saber a qué hora te tocará ir al dentista. Hoy mismo tendré que concertarte una cita con él —añade, lanzando una mirada aprensiva al charco de sangre.

Bueno, al menos ahora tengo su contacto.

—No me gusta el dentista.

—A ti no te gusta nada, ¿no? —se exaspera.

Alzo la vista hacia ella, que solo ahora que está en pie y yo sigo sentado es más alta.

—Alguna que otra cosa me gusta, sí.

Lara Cosima se obliga a poner los ojos en blanco para disimular que ha vuelto a ruborizarse.

Después de anotar mi número en su apuesto que infinita lista de pobres jóvenes torturados, guarda el móvil en el bolso y se despide de mí con una sonrisa de plástico. Yo me quedo donde estoy con los codos apoyados en los muslos y la vista perdida en la muela que me han extraído violenta pero eficazmente.

Me pregunto si igual que me la ha saltado, Ash no podrá ayudarme con el nuevo implante y así ahorrarme la visita al diablo de la bata blanca.

—Dices que si voy a ser tu mánager tendré que entenderte, ¿no? —oigo que dice desde la puerta. Espera a que la mire de soslayo para continuar—. Pues sí estoy dispuesta a concederte que lo de pegarle al *paparazzi* estuvo más o menos justificado. Soy de hacer el amor y no la guerra, pero no le arreaste tan fuerte y fue lo que se te ocurrió para defender tu intimidad y la de tus amigos. Además —añade a regañadientes—, no quiero ser hipócrita. Si me pareció *chic* a rabiar que Naomi Campbell le rompiera la cámara a un mirón y la llevaran a juicio, a ti al menos te lo tendré que perdonar.

Capítulo 5

Coming Like the Ice Cream Man

—Pero... ¿ese tipo, DiMarco, no es el que le rompió las gafas a un fotógrafo?

Aprovecho la maldición que no pienso pronunciar en voz alta —pero que ya te digo que reproduzco para mis adentros— para cambiar el teléfono de mano.

Bueno, más correcto sería decir *de hombro*. Llevo quince minutos buscando a dos manos el *gloss* en las cavernosidades del bolso de piel de becerro de Celine, y como siguiera haciendo equilibrismos con el iPhone iba a inducirme una tortícolis de agarra y no te menees. El resto de mis sentidos están puestos en evitar una debacle humana mientras transito el corazón de Boston a las doce del mediodía. A esta hora la mayoría de los currantes se ponen de acuerdo para abandonar sus oficinas y salir a la caza del almuerzo. Hay quien lo encuentra penoso —los europeos, por ejemplo—, pero yo, con tal de evitar tapones en la vía pública a hora punta, establecería por ley que la gente se comiera en su coche una fiambrera preparada en casa.

Lo de grabar un *tiktok* entremedias quejándote de algo quedaría a gusto del consumidor.

—Lo importante es que hablen de ti, aunque sea bien, ¿no? —pruebo a bromear—. Nunca he sabido si la cita es de Dalí o de Oscar Wilde. Prefiero pensar que es de Wilde porque me cae mejor. Era una víctima de la moda, como tú y como yo...

—¿Pero estaban hablando mal de él o estaban contando un hecho objetivo? ¿*Ese* DiMarco es tu cliente?

«Es un bulo, un rumor, ¡una mentira fabricada por los enemigos de la oposición! ¡O sea, por los Miami Dolphins!», me encantaría responder.

Imposible. A estas alturas de la película no puedo jugar a escurrir el bulto, y menos con Morgan Reece, la cabeza del departamento de marketing de Gillette. Al igual que yo, es *una mujer a un iPhone pegada*, que rezaba el poema de Quevedo, y el vídeo viral al que

alude indirectamente cuando menciona al fotógrafo y las gafas de marras lleva meses pululando por las profundidades de la web.

Ya se ha adherido a la memoria popular.

Pero ¿sabe qué le digo? Que ahora que represento a Myles DiMarco por contrato —o, dicho de otro modo, que estoy comprometida de manera oficial con sus intereses—, no le voy a quitar el mérito a ninguna de sus pequeñas y agridulces victorias. Seis segundos de cortometraje casero han conseguido, aunque sea por las malas, lo que yo misma pretendo: hacer de mi cliente una estrella.

Una estrella *estrellada*, pero estrella al fin y al cabo.

—Es cierto que le rompió las gafas, sí —le concedo con la paciencia pendiendo de un hilo. Llaves, monedero, cuestionario de cien preguntas enrollado, caramelos de menta, spray pimienta, pinza del pelo, muestra del perfume *Sweet Vanilla* de Montale... *¿y el gloss?*—, pero te aseguro que no fue adrede. Es que siempre se magnifica el golpe cuando alguien o algo se cae, ¿no? Mucho más cuando se involucra un accesorio asociado al friki de la clase, y sé lo que digo porque yo llevaba lentes. Lo que vengo a decir es que eso no necesariamente significa que la bronca fuera brutal. Solo se ve más aparatosa.

—Ya. Entiendo lo que dices.

Por razones obvias, Morgan no las tiene todas consigo.

Yo tampoco, y eso que he pasado la noche en vela poniendo mi talento al servicio de la improvisación de argumentos que minimizarían o incluso respaldarían la agresión.

#ModoAbogadoDelAcusado*ON*.

A fin de calmar mi sentimiento de culpa, tuve que repetirme tres veces ante el espejo, como si quisiera invocar a Verónica, que todo el mundo tiene derecho a una legítima defensa.

—De eso hace ya un par de meses, aun así. —Hago un quiebro de superhéroe a tiempo para evitar que un ejecutivo me embista con el hombro y sigo rebuscando en el bolso. *¿Dónde he puesto el maldito pintalabios?*—. No tengo ni que explicarte cómo funciona la memoria de la gente. Todo lo que no haya pasado antes de ayer ha sido borrado del disco duro, sea un escándalo sexual o sea una guerra,

sobre todo si de repente aparece una nueva tribu urbana. Fíjate cómo los *therians* le robaron el protagonismo a otros asuntos políticos más acuciantes.

—¿Con «otros asuntos políticos más acuciantes» te refieres a la lista Epstein? —señala, no sin la ironía con la que pretende poner de relieve mi presunta frivolidad.

Como si ella se dedicara a defender los derechos humanos y no a publicitar cuchillas.

—Aparte, para lo que nos proponemos, que es vender una nueva maquinilla de afeitar —continúo sin hacerle ni caso—, ¿no nos interesa contratar como actor principal al prototipo de macho duro y peligroso? ¿Quién mejor que mi cliente?

Con DiMarco me pasa como a los fisioterapeutas: ¿lo llamo cliente o paciente?

—Macho es un rato, y peligroso, según se ha visto, también —confirma con un sentido del humor que negará si la conversación se hiciera pública. «¡Yo nunca he bromeado con que le rompieran las gafas a nadie! ¡Sé lo caras que son! ¡No las cubre ningún seguro!»—, pero... No lo veo claro, Lara. Coincido en que el público olvida muy rápido las afrentas. Lo malo es que son igual de rápidos haciendo resurgir *tweets* antiguos y recordando el pasado turbio de la celebridad de turno en cuanto reaparece. Myles DiMarco quedaría de maravilla en el anuncio de Gillette, eso es incontestable, pero no queremos que nos boicoteen el producto porque a los dos días de viralizarse un clip en redes salga un listillo a rebrotar el vídeo de las gafas del fotógrafo.

—Era un *paparazzi*, no un fotógrafo.

—Bueno, ¿y qué es un *paparazzi*, sino un fotógrafo? ¿Un tipo de hortaliza?

Freno en seco, en parte para que no me arrolle una cansada ama de casa con un carrito de mellizos, en parte para no soltarle una fresca.

Odio cuando me tratan como si fuera estúpida.

—No pretendo justificar el despliegue de violencia de mi cliente, entiéndeme, Morgan —explico con premeditada lentitud, como si me estuviera dirigiendo a un animal rabioso. Así se devuelve con

elegancia una puntualización condescendiente. *A ver si tomas nota* —, pero al César lo que es del César: no golpeó al fotógrafo de la Met Gala cuando salía de su hotel. El tipo estaba esperando a Alexia Lux camuflado entre las sombras a las afueras de un pub reservado para una fiesta privada y se abalanzó sobre ella como una hiena tirando fotitos. No es un pobre inocente.

Si ahora me dice con sarcasmo que, en cambio, DiMarco, es una carmelita de clausura, me lo habré buscado.

Por suerte, eso no sucede.

—Si yo lo sé, Lara —suspira Morgan al fin—. En lo personal, encuentro más que apropiado a DiMarco para la campaña. Es sexy, es indolente y tiene la barba ideal. Pero ya sabes cómo es el público. Hay que moverse con muchísimo cuidado.

Todo esto es culpa de las gafas, maldita sea. ¿Quién mandó al *paparazzi* a tener miopía, eh? Si esa noche se hubiera tomado la molestia de ponerse lentillas, algo de cajón cuando te dedicas a un trabajo que bien merece un bofetón de vez en cuando, el inconsciente manotazo de DiMarco apenas le habría rozado la cara y la sociedad habría olvidado el incidente a la mañana siguiente.

Pero no. Debía llevar un accesorio vistoso cuya violenta desposesión resultara en las imágenes que conmovieron a Spielberg.

«No te creas demasiado a tu personaje, Lara Cosima», me recuerda la voz interior. «Por más que sea tu cliente, aquello estuvo mal».

Peor estuvo lo de Epstein y aun así la gente prefiere hablar de una puta montura de cincuenta dólares.

Pero así funciona el mundo, ¿no? Habrá que adaptarse.

—Respóndeme a una pregunta, Morgan —retomo con renovada energía. Ha sido salir del tapón humano, respirar aire fresco y dar con la clave—. ¿Quién es el público objetivo de Gillette?

—Los hombres.

—Exacto. Los hombres. Los hombres con barba en específico. No sé si sabrás que en antiguas investigaciones se ha observado que los señores con vello facial abundante suelen tender a la exhibición de actitudes tradicionalmente masculinas. O sea, las dominantes. O violentas, si lo prefieres.

—¿De qué universidad es ese estudio?

—En conclusión —prosigo. No hay universidad que respalde mi teoría. La leí en alguna página web no verificada y juraría que la tacharon de reduccionista—, es muy probable que el consumidor al que queremos venderle cuchillas y maquinillas sea un forofo del fútbol americano y, además, le importe menos que nada que DiMarco se peleara con un *paparazzi*. No seguirán las redes o los escándalos ni la mitad de lo que siguen la NFL.

—No sé yo, Lara...

Estoy a un solo «Lara», huérfano de «Cosima», de quitarme un zapato y arrojárselo a alguien a la cara. Y si le rompo las malditas gafas, mejor que mejor.

Cómo se nota que tengo dos horas de sueño encima.

—Tú solo dale una vueltecita y me llamas, ¿vale? —le propongo, tratando de no sonar suplicante o desesperada—. Pero antes de colgar, imagínalo. Imagina un guiño a la escena de Vincent Cassel en *La haine* chuleándose ante el espejo, ese plano mítico que tuvo a los cinéfilos preguntándose durante años cómo habían conseguido que la cámara no saliera reflejada. Sustituyes a Cassel por DiMarco, la pistola que forma con las manos por la maquinilla de afeitar, y tienes un plano interesante con el hombre al que el género masculino sueña con parecerse. ¡No me digas que no es una idea maravillosa! ¡Te mandaré por correo el *storyboard*!

Freno en seco al caer en la cuenta de que no encuentro el *gloss* porque he cambiado de bolso y se me ha olvidado mudar lo más importante, que no es el monedero y no es el spray pimienta —sí podría serlo el perfume, por otra parte—.

¡Ah!, pero a grandes males, grandes remedios: echar una mirada alrededor y, en el caso de no encontrar el cofre del tesoro, consultar Google Maps en busca del Sephora más cercano.

No va a ser necesario que recorra tres manzanas más sobre las sandalias de Miu Miu que me hacen rozaduras. Justo al lado de la consulta del dentista Horace Ralston, el que es mi destino, se erige una droguería que comercializa la marca Dior.

Nada más colgar la llamada con el compromiso de seguir en contacto, entro en un visto y no visto y compro un modelo *Shimmer*

Macadamia que me aplico compulsivamente mientras subo a la séptima planta del edificio. Cruzo el umbral de la consulta unos minutos antes de la hora prefijada, a las doce y dieciocho del mediodía, sintiéndome poco más que Dios en la Tierra.

Con perdón, que eso es blasfemo.

Para mi inmensa sorpresa, porque estoy acostumbrada a que DiMarco llegue tarde a todas y cada una de sus citas —incluso estando en el lugar físico de dicha cita, lo que ya tiene mérito—, reconozco su inmensa figura sentada con cierto desvalimiento en la sala de espera.

Todo en la consulta es como cabría esperar cuando uno pronuncia la palabra «dentista»: baldosas brillantes de un blanco cegador, paredes desprovistas de decoración salvo por un par de cuadros de familias sonrientes compradas en un banco de imágenes, ficus de interior de metro y medio y sofás modernos color crudo.

Exceptuando a una mujer entrada en los cuarenta que finge hojear una revista —en realidad, se dedica a mirar a DiMarco con una mezcla de grato asombro y temor—, la consulta está vacía. A un espacio tan blanco que uno se pregunta si no habrá muerto y estará en el cielo, el moreno y vestido de negro Myles DiMarco le queda como a Cristo dos pistolas.

Caray, cómo estamos hoy con las blasfemias.

Practico una sonrisa antes de captar su atención.

—¡Qué bien que hayas sido puntual! —exclamo con energía en cuanto deposito el bolso sobre el sofá. Él respinga como habría respingado un solitario beduino si se hubiera topado con un espíritu en el desierto. Pálido como la tiza, me dirige una mirada inquieta—. Vaya, qué mal te sienta respetar los horarios ajenos, ¿no? Bueno, que sepas que reservé las doce y veinte, las doce y cuarenta y cinco y la una y cuarto por si no aparecías hasta las tantas. Te iba a traer un café en el caso de que te hubiera dado el bajón del mediodía y necesitaras espabilarte, pero entre que no has rellenado el cuestionario para hacerme saber tus preferencias (si café o té) y que ahora van a hacerte un reconocimiento bucal, no me ha parecido conveniente.

—¿Y sí te ha parecido conveniente venir a hacerme compañía?

En absoluto.

—Teniendo en cuenta que se han puesto de moda las carillas dentales, sobre todo entre los futbolistas de tu quinta, debía estar aquí para impedir que pidieras unos *veneers*.

—No se me ocurriría ponerme carillas dentales.

—¡Está bien saberlo! Como iba diciendo, lo que sí he estimado oportuno —revuelvo el interior del Celine para, esta vez, encontrar lo que buscaba al vuelo— ha sido traerte un cepillo de dientes, pasta dental y spray para el aliento, porque no queremos que el nuevo dentista se lleve una pésima impresión, ¿verdad? No vaya a ser que sea *influencer* en sus ratos libres y hable de tu mal aliento en un *reel*.

DiMarco no me ha mirado en ningún momento, y tampoco hace ademán de aceptar el cepillo envuelto en plástico que le tiendo con toda mi buena voluntad.

Se lleva las manos a las sienes y se las frota con una mueca derrotada.

—Entonces eres tú la que me ha cambiado de dentista.

—No te he cambiado. El seguro del club cubre los servicios de un prostodoncista, que será el que dentro de un tiempo razonable, diría entre uno y tres meses, se encargue del implante que repondrá la muela que perdiste. Ahora mismo, como lo que seguramente necesitas sea que te atiendan la infección de la herida, te ayuden con el dolor y te cosan la encía desgarrada, te hace falta un cirujano oral y maxilofacial. Por eso te he traído aquí y no allí. Mejor que se encargue un especialista, ¿no? Y hablando de traer —prosigo, ignorando que se ha girado a mirarme pasmado—, ¿tienes algo para mí?

Extiendo la mano a la espera de que me entregue lo que le he especificado vía mensaje.

Él echa un vistazo a mi palma abierta, luego a mi expresión afable y de vuelta a mi palma. Desliza su propia mano sobre la mía en una suerte de caricia torpe; caricia torpe que me sobresalta y me insta a retirar el brazo enseguida.

—¿Qué haces? —balbuceo.

—¿Qué haces tú? ¿Qué se supone que quieres? ¿Dinero?

—¿Cómo que dinero? ¡No! ¡La muela, DiMarco! ¡La muela que perdiste ayer!

—¿La muela? ¿Para qué la quieres?

Me acuerdo de cuando le pregunté a Capobianco si me tomaba por el hada de los dientes.

Parece que sí, lo soy también. Entre otras muchas cosas.

—¡Yo, lo que soy yo, Lara Cosima, no la quiero para nada! —exclamo en voz alta. Recuerdo entonces que estamos en un espacio más o menos público, no en el despacho del entrenador, y echo un vistazo rápido a la mujer que nos observa por encima de la revista. Carraspeo y repito, de vuelta a la conversación—: Yo no la quiero para nada, pero la necesitamos por si el dentista puede reimplantarla.

—¿Re... implantarla?

—Anoche estuve leyendo sobre tu situación y descubrí que a veces se reimplantan dientes saltados. Los incisivos más que los molares por un tema de raíces múltiples y de daños en el ligamento periodontal, eso es verdad, pero a lo mejor había suerte y después del doctor Ralston podíamos ir a ver al doctor Yates para que te recolocara la misma muela. Para eso tenías que traerla en suero. ¿Es que no has leído mis mensajes?

—No.

—¿No has leído mis mensajes?

—Te lo acabo de decir.

Lo sé, te estaba dando la oportunidad de corregirte.

Imbécil.

—¿Por qué no los has leído?

—No los he visto.

—¿Que no los has...? ¿Qué clase de psicópata no lee los mensajes que le llegan? ¿Es que no consultas el móvil antes de acostarte? ¿Tampoco en cuanto te despiertas?

—No.

—¿Y en el baño?

—No.

—¿Ni cuando te encuentras en una situación incómoda y tienes que fingir que estás ocupado?

—Si estoy incómodo, me voy, no finjo.

Olvidaba que estaba hablando con el hombre ajeno a todo contrato social.

—Entonces supongo que no has traído tampoco el cuestionario que te di. Rellenado —recalco, haciendo hincapié en cada sílaba.

—No me gusta lo del cuestionario. No lo voy a hacer.

Me palmeo los muslos en un arrebato exasperado —*lo que me faltaba*— y echo un vistazo rápido a la sala de espera, ya al límite de mi paciencia.

Es cierto que en menos de veinticuatro horas he tenido que empezar a materializar los primeros pasos que daré para rehabilitar a DiMarco llamando a Morgan Reece, poniéndome en contacto con Farah Fou para que me haga un hueco en su programa y contactando al estilista que le hará un necesario cambio de imagen. Luego he buscado los mejores dentistas de la ciudad y averiguado qué es lo peor que te puede pasar si te arrancan un molar de cuajo, si cabe la posibilidad de que se muera como resultado del procedimiento y, en ese caso, qué sucedería con nuestro contrato de representación...

... pero sigue siendo demasiado temprano para estar al borde del ataque de nervios.

Con Alexia todo era mucho más fácil. Nunca tuve que acompañarla al dentista, por ejemplo... a no ser que quisiera que la entretuviera en la sala de espera con alguna batallita.

DiMarco sale perdiendo en comparación con ella, esa es la verdad.

—Tienes que hacerlo —le explico con el mismo tono dulce y pausado que se emplea con los niños—. ¿Cómo esperas que te ayude, si no?

—Puedo entender que quieras saber cuáles son mis objetivos profesionales, pero no tienes por qué enterarte de si alguien depende económicamente de mí o si hay temas familiares que «debamos manejar con discreción». Tampoco tienes por qué saber cuál es mi mayor miedo. Entre otras cosas, porque no te interesa —concluye con la vista fija en las manos que no deja de frotar de manera compulsiva. Podría haberse hecho la víctima, pero solo suena robótico de tan objetivo—. No me merece la pena que te

metas en mi vida a regañadientes para concederme caprichos sin los que he vivido muy bien hasta ahora.

Pestañeo dos veces después de unos segundos de silencio sepulcral.

—Vaya. Entiendo tan bien de dónde viene tu tajante negativa que yo misma me sorprendo. Nunca pensé que llegaríamos a un pequeño punto común.

—No era muy difícil. Apuesto a que a ti tampoco te gusta airear tus trapos sucios.

—Ah, no, ahí te equivocas. —Sacudo la mano para ahuyentar su absurda teoría—. Yo no tengo ningún problema con revelar mis intimidades, sea a mis amigos o sea en redes sociales. De hecho, soy muy activa en Instagram. Subo alrededor de siete u ocho historias al día para informar en todo momento de dónde estoy y lo que hago. ¡Soy adicta!

—No creo que eso sea algo de lo que estar orgullosa.

—Tú te enorgulleces de pegarle a los *paparazzis* y yo me enorgullezco de participar en el mundo digital. Cada palo que aguante su vela.

—¿Cómo te llamas en Instagram?

Por un brevísimo instante, tan breve que negaré que el pensamiento haya cruzado mi cabeza, me enfado y me decepciono con él porque haya confirmado sin saberlo que no cotilleó mis redes sociales después de nuestra conversación telefónica. Una remota parte de mí quiso pensar que estaba tan picado con el misterio de mi rostro que puso mi nombre en la barra de búsqueda de Google.

Se ve que no.

«Bueno, ¿y a ti qué más te da?».

—@laracosimaoficial.

—¿Oficial? ¿Es que alguien se ha intentado hacer pasar por ti? ¿Tienes clones repartidos por el mundo?

—El caso es, DiMarco —retomo, ignorando su intento de burla—, que he tratado con gente que se siente como tú respecto a la intimidad. Por eso respeto que a ti sí se te haga cuesta arriba abrirte. Aun así... —Vuelvo a agarrar el bolso, que esta vez deposito sobre mi regazo. Tiro de la esquina de los papeles grapados del

cuestionario y los hago asomar entre las cremalleras con una sonrisa esperanzada. Los sacudo como quien dice ante su perro: «¿Quién quiere una chocolatina?»—, ¿serías bueno y contestarías al menos a la mitad? Solo la mitad, venga.

DiMarco me mira con desconfianza. Un par de mechones negros interrumpen su visión, dándole el aspecto de un John Wick despeinado tras una pelea.

—No creo que nadie que me conozca pudiera responder a un veinte por ciento del cuestionario si les preguntara sobre mí —murmura, contrariado—, ¿y se supone que debo confesarte a ti, alguien a quien le pago, lo que no sabe ni mi propio tío?

—Bueno, pues contesta a un veinte por ciento. Hay preguntas que no veo por qué iban a comprometer tu integridad personal. Esta, por ejemplo, quiere saber si eres más de salado o de dulce.

—Me gusta la mezcla de dulce y salado. Pero se supone que eres mi representante, no mi cocinera.

—Mira —me desdigo enseguida, inspirada—, el problema es que ves el proceso de rellenar el cuestionario demasiado impersonal, ¿no? Sientes prostituidos tus secretos, ¿me equivoco? ¿Por qué no aprovechamos que queda un rato para que te llamen y te voy haciendo las preguntas yo en voz alta para que al menos parezca una conversación orgánica?

—¿Puedo preguntarte cosas yo a ti también?

—Claro. —Entonces recuerdo con quién estoy hablando y puntualizo—: Siempre y cuando no abandonen el terreno de lo respetable. Puedes ponerte personal, pero no *muy* personal, y con esto quiero decir que no me puedes preguntar de qué color es ninguna prenda que no estés viendo ahora mismo. ¿Estamos?

DiMarco asiente con la cabeza con aire distante.

Vale, es un hombre fundamentalmente callado y huraño. Y no pretende ser misterioso: lo que pasa es que no le suele interesar meter baza, y cuando lo hace es tan poco diplomático que parece recién salido de una granja aislada. Pero hoy en concreto se le han acentuado los síntomas del ermitaño. Percibo en él un halo de inquietud... o a lo mejor es que es la primera vez que lo veo sin el uniforme de *wide receiver*. Quieras que no, unos tejanos oscuros y

una camiseta de algodón de manga corta contribuyen a restarle ferocidad a su aspecto.

No tanto como pudiera pensarse, aun así. Sigue siendo enorme, la barba enredada le ocupa medio rostro y los mechones ondulados que le enmarcan la cara y que deberían suavizarle la expresión solo endurecen sus rasgos.

—Vale, pues... —carraspeo nada más apoyar el cuestionario sobre mis rodillas—. El nombre legal lo conocemos. Myles DiMarco. ¿Fecha y lugar de nacimiento?

La pregunta le tensa los hombros aún más si cabe, porque es entonces cuando reparo en que ya estaba rígido como una estaca.

He dado por hecho que él es así de compacto porque, de nuevo, estoy acostumbrada a verlo con las protecciones, que siempre le hacen ver macizo como un bisonte. Pero ahora que no hay accesorios cubriendo y alterando las líneas de su cuerpo, puedo fijarme en que no es que los músculos le ensanchen la figura —aunque también—, sino que está encogido.

Murmura algo que no alcanzo a oír.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que no lo sé —repite a la defensiva—. Entre mediados y finales de marzo.

Se me habría escapado una carcajada por lo absurdo de la respuesta si su mueca no me hubiera instado a ser prudente.

Pronuncio lo que nunca me imaginé pronunciando:

—¿No sabes cuándo ni dónde naciste?

—Vivía en Jacksonville, Florida, antes de que los Boston Beasts me ficharan. Con mi tío Henry —contesta, solo que no a mi pregunta—. Si es que eso te vale.

De forma involuntaria, aflojo el agarre del papel y deposito encima el bolígrafo con el pompón que había utilizado para rellenar los primeros espacios en blanco.

Me paso la punta de la lengua entre los labios, entre confusa y preocupada. No tengo que forzarme a mirar el resto de las preguntas iniciales con otros ojos. Si ya le ha supuesto un problema decirme su fecha de nacimiento, me puedo figurar lo que opinará del resto del cuestionario.

Jamás pensé que me invadiría la indecisión calibrando si preguntarle a alguien cómo se llaman sus padres, en qué trabajan o trabajaron, si tiene hermanos y qué piensan de que se dedique al fútbol. Y vacilo antes de siquiera plantearme abrir la boca porque recuerdo que ayer, sin ir muy lejos, ya me transmitió su contrariedad: «¿Por qué tengo que decirte cómo se llaman mis padres?». Luego frunció el ceño, aún más irritado, y me preguntó, como si le asombrara que alguien se lo hubiera planteado alguna vez, a quién le importaría averiguar su bebida favorita.

Pues considerando que es uno de los jugadores de fútbol americano más admirados de la nación, ganador de la última Super Bowl y vinculado a uno de los mejores equipos que han formado los Boston Beasts desde su creación hasta la fecha presente, yo diría que unos cuantos. Sí, unos cuantos matarían por comprarle su refresco preferido y acercárselo a los labios en el intermedio del partido. Unos cuantos y unas cuantas, a saber: los fanáticos del fútbol y las fanáticas de los morenos con barba.

(Me consta que también hay fanáticas con A del fútbol, pero como no conozco a ninguna y sí he tratado con mujeres que van a los partidos porque Noah Armstrong —también moreno con barba— está sudando en vivo y en directo, he separado así los grupos).

El caso es que me extrañaría que tuviera que comentarle la agitación que causa para que se enterara. Hasta donde sé, está en el mundo real. Está tan en el mundo real, de hecho, que no se ha metido en problemas por un mal uso de las redes —no solo por eso, no en principio—, sino por soltarle un puñetazo a una persona de carne y hueso.

¿No debería saber mejor que nadie las pasiones que levanta, entonces? ¿No lo abordan por la calle? ¿No lo ha alabado alguna de sus doscientas noventa y cinco novias?

No son doscientas noventa y cinco, vale, pero desde que juega en la NFL y el bello sexo lo tiene fichado por guapetón, se le han conocido cuarenta y seis ligues oficiales. Cuarenta y seis ligues —que nos conste, porque podrían ser más— en el curso de tres años. Toca a más de una novia por mes.

Sí, lo he contado. Lo he contado y luego lo he dividido entre treinta y seis. Sale 1,2777777 (periódico). Uno con veintiocho, si queremos redondear.

Concluimos, pues, que desde que es *wide receiver* de los Boston Beasts ha salido con una mujer y un cuarto al mes. Añado el cuarto porque digo yo que será a donde se las lleva y porque como mínimo se ha ennoviado con la entrepierna de la susodicha, y el aparato reproductor femenino es, siendo fiel a las matemáticas, un cuarto de la totalidad del cuerpo.

Una mujer y un cuarto por cada ciclo lunar, ¿y se pregunta por qué alguien querría saber si es más de vino semidulce o de cerveza? Si no recordara con precisión de cirujano la expresión de incredulidad que tuvo el valor de poner, habría dado por hecho que reaccionaba así porque quería que yo le dijera: «¡Todo el mundo, Myles, cielito! ¡Todo el mundo quiere saberlo todo sobre ti porque eres el mejor, el más guapo, el más fuerte y el mejor dotado! ¡Toma, aquí tienes un beso, mis bragas y un millón de dólares también!».

La línea de mis pensamientos me lleva a recordar que no es digno de mi piedad y le suelto con ironía:

—¿Pareja actual? ¿Te gustaría presentarla de forma oficial o preferirías mantenerla en la privacidad? Si quieres, uso el plural: ¿las presentamos o las ocultamos?

—Ahora mismo no estoy saliendo con nadie. Me gusta una chica, pero parece que yo no le gusto a ella —suelta como si tal cosa, y antes de que yo le pueda recordar la cláusula que prohíbe flirteos, exige saber—: En serio, ¿por qué has venido? ¿Solo querías mi muela y el cuestionario o también pretendías acompañarme? Porque eres mi mánager, no mi escort. Por desgracia.

No lo dice con retintín ni desprecio. Empiezo a darme cuenta de que habla así y ya está, y de que aunque el mensaje sea inequívocamente provocador, no busca gresca.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Eso no ha sido muy elegante, Myles.

—Y qué.

Cualquiera le enseña modales a este.

—Pues mira, he venido, en parte, para informarte de mis avances en las últimas veinticuatro horas. Estoy intentando conseguir un acuerdo con Gillette para que seas la nueva cara de su próximo anuncio televisivo. Aparte, Farah Fou ha prometido hacerme un hueco en su programa dentro de un par de semanas y Paolo me ha dicho que estaría encantado de dejar a Alexia unos días ahora que ha terminado la gira para venir a echarte un vistazo.

—¿Un anuncio con Gillette?

—Sí, para promocionar una maquinilla nueva.

—¿Una maquinilla nueva? No me voy a cortar la barba.

—Claro que te vas a cortar la barba. Apuesto el alma a que es la primera medida que tomará Paolo en cuanto te vea para que transmitas una imagen algo más confiable.

—No me voy a cortar la barba.

Lo desafío con la mirada y, en un gesto infantil, bajo la vista al cuestionario y le arrojo la pregunta que más sensible me parece:

—¿Experiencias negativas previas con la prensa? ¿Algún hábito dañino que pueda afectar a tu rendimiento, como, por ejemplo, consumo frecuente de alcohol o pastillas? ¿Mayor miedo profesional y personal?

Mi estrategia surte efecto inmediato. DiMarco se abruma con el interrogatorio y se echa hacia atrás, apoyando la nuca contra la pared blanca. Cierra los ojos un instante y coge una gran bocanada de aire.

No es que quiera torturarlo. Al final, uno de mis deberes para con el cliente es llevarme bien con él. Pero me alegro de saber que puedo poner fin a una discusión utilizando la llave maestra que ha resultado ser el cuestionario.

—El dentista —dice por lo bajo.

Me inclino hacia él.

—¿Cómo has dicho?

—El dentista —repite en el mismo tono— es una de las cosas que me dan miedo.

Estoy preparándome para preguntarle de qué está hablando, pero justo entonces aparece en la salita una jovencísima higienista dental

con el cabello recogido en una coleta ideal. Entrelaza las manos sobre el pijama blanco y le sonríe igual que a un niño.

—Usted debe ser DiMarco. ¿Me acompaña? El doctor Ralston le está esperando.

Confirmo que no me estaba mintiendo al comprobar que toda la sangre le desaparece del rostro. Viendo que se resiste a ponerse en pie y se frota los muslos de manera compulsiva, buscando el valor en la fricción de los vaqueros, me levanto y lo cojo de la muñeca.

—Venga. Solo va a ser un momento.

—Has dicho que me van a coser —rezonga por lo bajo.

—Depende de la gravedad de la lesión, pero incluso si lo hicieran sería para evitarte dolores futuros. —Enarco las cejas—. ¿Es que quieres sufrir por una tontería que tiene fácil arreglo?

No, claro que no, pero tampoco quiere sufrir por lo que dure la tontería que el doctor Ralston piensa practicarle al otro lado de la puerta.

Tengo que apiadarme de él, no me queda otro remedio. Además, no es el miedo más absurdo con el que me he topado. A Alexia le dan miedo los chihuahuas, y hace un par de años acompañé a un escritor que tenemos en plantilla en su gira por la Costa Oeste y descubrí que le tenía pavor a los pelirrojos.

«Son el precio que pagar por las pelirrojas», decía, pálido como la tiza.

Consigo que DiMarco se levante y me siga reticentemente camino de la consulta.

—Tenemos que trabajar en esta fobia tuya. No puede darte miedo el dentista, DiMarco. Juegas al fútbol americano. Es como si te dieran miedo los traumatólogos. O los balones.

—No me digas —refunfuña por lo bajini—. No puedo evitarlo, ¿vale? La primera vez que fui, cuando era pequeño, me arrancaron de cuajo un diente de leche con tres raíces profundas. Sin anestesia. Salió tanta sangre que me salpicó la cara.

—Eso fue a las claras una mala praxis. Yo te he buscado al mejor dentista de la ciudad, y si es el mejor según cuatro páginas web comparativas, es porque no hace esas cosas.

DiMarco se detiene ante la puerta, donde destaca el rótulo con el nombre del profesional.

—¿Es que a ti no te da grima? El sabor de los guantes de látex en la boca, la dentera cuando te rayan un diente con la maquinita, la sensación de plástico y de tener una dentadura que no es la tuya después de una limpieza...

Se estremece de espanto.

—Ninguna grima. A mí me encanta el dentista. —Me encojo de hombros—. Desde pequeña estoy buscando razones para ir, y eso que tuve aparato durante cuatro años. Claro que estaba enamorada de mi dentista. Eso ayuda.

El semblante de DiMarco se ensombrece cuando vuelve a mirar al frente.

—Yo jamás podría enamorarme de mi enemigo.

—No seas exagerado.

Pongo los ojos en blanco y asiento hacia la higienista, que procura no juzgar la conversación —por lo que vamos a pagar, ya podría ponerse unos pompones y gritar «Dame una D, dame una I, dame una M...», etcétera— y solo llama a la puerta con los nudillos.

«Adelante», pronuncia el señor Ralston.

DiMarco tiembla de la impresión, pero yo le pongo una mano entre las escápulas y lo empujo lo justo para que lo note, entre otras cosas porque nunca podría empujarlo lo justo para moverlo.

—Vamos, si no te van a hacer nada. Les tienes miedo porque te arrancaron un diente, ¿no? Pues despreocúpate. ¿No ves que ya te lo arrancó Ash?

Mi argumento tiene que convencerlo, porque asiente con la cabeza, se llena de determinación tomando aire y cruza el umbral con la misma solemnidad con la que los fantasmas van hacia la luz.

Pretendía cerrar la puerta para concederles intimidad, pero DiMarco capta mis intenciones con el rabillo del ojo y me advierte con voz de ultratumba:

—Te quedas conmigo.

—¿Es una petición o una orden?

—Las dos.

No me da tiempo a contestar. El doctor Ralston termina de limpiar sus instrumentos quirúrgicos y se levanta del taburete para darle la mano a DiMarco, como dicta el protocolo. Puedo figurarme por qué Horace Ralston está a la cabeza del ranking de dentistas: es lo bastante mayor para inspirar respeto hacia su experiencia, pero no tanto para temer que esté desactualizado.

Tan rígido como una lámina de cristal y disociado de las palabras del doctor, DiMarco se tumba donde se le indica procurando dejar claro con su mueca terca que no le simpatiza la situación. Ralston tiene suficiente recorrido para reconocer al vuelo a un hombre con una fobia, porque nada más pedirle que abra la boca, se echa a reír.

—Ah, aquí tenemos a otro pobre traumatizado por profesionales cuestionables —comenta con afabilidad—. No se preocupe, DiMarco. Solo vamos a echar un vistazo y ver... Oh, vaya.

DiMarco busca algo en la habitación con los ojos muy abiertos. Descubro que ese algo soy yo al recibir su mirada inquieta por la valoración. Me aproximo por un costado con el permiso de Ralston —él asiente con benevolencia— y le pongo una mano indecisa sobre el hombro.

—¿Todo bien, doctor?

Por un instante me siento la actriz secundaria de un episodio de *Anatomía de Grey*, la clásica novieta que permanece en pie y con gesto atribulado junto al paciente que morirá en el quirófano de Derek Shepherd.

—Tuvo que ser un golpe contundente, pero tanto el que se lo dio como él mismo hicieron un buen trabajo: el primero arrancando la muela de cuajo, sin dejar ninguna raíz dentro, y el segundo deteniendo la hemorragia. Aun así, tal y como esperaba cuando me contó usted por teléfono las razones que hacían urgente la visita, se le ha desgarrado la encía. Tendremos que limpiarla y darle puntos.

DiMarco sacude la cabeza y hace ademán de incorporarse, pero lo detengo colocando la palma sobre su pecho.

Me sobresalta lo rápido que late su corazón, a punto de salir disparado.

—No. No quiero puntos.

—Claro que los quiere, doctor. Los quiere porque le encantan, le vuelven loco los puntos. No le haga caso. Es que no sabe lo que es bueno. —Le lanzo una mirada de advertencia a DiMarco, que ni siquiera asustado se deja intimidar.

—¿Estás aquí para torturarme o qué? —masculla entre dientes.

—No poner puntos es una opción como cualquier otra —conviene Ralston—, pero una muy arriesgada. Podría formar un coágulo estable durante la cicatrización secundaria, y le resultaría más doloroso que la atención directa. Aparte, la encía es una parte del cuerpo muy vascularizada. Podría sufrir hemorragias, y eso por no mencionar las infecciones. Yo recomiendo encarecidamente la sutura.

—Claro que lo recomienda, no vaya a ser que pierda dinero.

—DiMarco —lo regaño, aunque estoy de acuerdo con él—. Haga lo que tenga que hacer, doctor. Solo faltaría que volvieran a arrearle un guantazo en el próximo entrenamiento y terminaran lo que empezaron.

—La gente no se moría por una muela saltada en la Edad Media.

—¡Por supuesto que la gente se moría por eso en la Edad Media! —me desespero, bizqueando—. ¡La gente se moría por todo en la Edad Media!

O bien confía en el dentista y en mi determinación o bien sospecha que voy a interponerme entre la puerta y él para que no se escabulla —yo no infundo miedo; de mi bolso, en cambio, no puede decirse lo mismo—, porque después de refunfuñar algo que suena peligrosamente a «matasanos de los cojones», vuelve a descansar la nuca en el asiento.

Con resignada obediencia, abre la boca para que el señor Ralston pueda comenzar a irrigar la encía afectada y limpiarla a conciencia antes de la sutura.

A falta de algo mejor que hacer —estoy cruzada de brazos a su lado, más como su carcelera que como su representante—, me distraigo vigilando las muecas que va haciendo.

No es muy cómodo mantener la boca abierta de par en par mientras un desconocido introduce toda clase de instrumentos puntiagudos en la cavidad, pero tampoco es como para que te

tiemblen los párpados, palidezcas y aprietes los puños sobre el vientre como un niño enfurruñado, ¿no? Cualquiera presentaría un aspecto patético en estas circunstancias, pero puedo asegurar que no es eso lo que te viene a la cabeza cuando un jugador de fútbol americano con las dimensiones de un bloque de hormigón se atreve a exhibir su debilidad.

Las pestañas rizadas, negras y tan tupidas que parecen alas de golondrina proyectan una sombra con forma de medialuna en los pómulos ruborizados. Un mechón del flequillo se ondula entre la frente y la sien. Sus hombros sobresalen por mucho del asiento, complicándole la posición al doctor Ralston, quien aun así trabaja con eficiencia.

—Ahora vamos con los puntos. Va a notar un ligero pinchazo, pero nada más. Es para que no note ninguna molestia mientras coso la zona.

En un gesto involuntario, DiMarco presiona los párpados ya cerrados y alarga el brazo hacia mí. De buenas a primeras, mi pobre mano se ve atrapada por la suya. No podría haberla apartado ni aunque me hubiera puesto a forcejear. Me aferra con tanta fuerza que siento que retirándola le estaría haciendo un desaire imperdonable.

Sorprendida con el descubrimiento —*Dios santo, le aterra de verdad*—, cubro su dorso con la palma libre y le transmito mi apoyo con un par de golpecitos, al principio condescendientes, luego espero que tranquilizadores.

DiMarco no se relaja ni por asomo, ni siquiera después del «ligero pinchazo» de la anestesia local, pero al menos deja de llevar los hombros como pendientes cuando nuestras manos empiezan a fundirse con el calor de la otra.

Tiene algo de atractivo ver a un hombre de ciertas características en semejante estado de vulnerabilidad. Así, encogido de miedo y necesitado de mi cuidado, hasta se me podría olvidar que suele intimidarme el solo hecho de que me sostenga la mirada desde la otra punta de la sala. Todos los factores que le hacen peligroso a mis ojos —su forma de hablarme, como si estuviera dictando un telegrama; su forma de mirarme, como si quisiera ver lo que hay

debajo de mi ropa— desaparecen en la consulta del dentista, y por eso me atrevo a, en un gesto imprudente, retirarle el mechón oscuro de la frente y posar la palma ahí un instante.

—Ya queda poco —susurro.

DiMarco me aprieta la mano y yo, no sé por qué, se la aprieto en respuesta.

Hay que ver lo que tiene que hacer una para mantener su trabajo. Por suerte, no tardo en volver a mis cabales y comprender que esto cruza líneas infranqueables.

A Alexia podía cogerla de la mano en la consulta del dentista porque es —¿era?— mi mejor amiga, pero ¿a DiMarco? No puedo tener con él la misma confianza o intimidad que con alguien que me conoció antes de la primera menstruación y con la que, de hecho, tengo sincronizado el ciclo.

Además; ahora me coge de la mano, pero después me agarrará del codo. Ya lo veo venir.

Le hago un gesto rápido a la higienista, que observa la labor del doctor Ralston en calidad de aprendiz, y le pido que se haga cargo de la situación mientras yo atiendo la tarea que me proporcionará una excusa para justificar mi estampida.

Ella me toma el relevo encantada.

Supongo que hay quien agradece la oportunidad de erigirse heroína de un hombre atractivo. Para aquella a la que DiMarco le parezca atractivo, claro, que no es mi caso.

Salgo de la consulta con cuidado de no hacer ruido, sintiéndome miserable por mi traición —al final, lo he abandonado—, y cojo la receta de analgésicos que ya estaba preparando la chica de recepción para los días posteriores a los puntos. Bajo corriendo a la farmacia más cercana para adquirir los antiinflamatorios, siendo en todo momento consciente de mi propia angustia: la que te genera la certeza de que deberías estar en otra parte.

«No es para tanto. Son unos puntos. En lo que he bajado y subo otra vez, el doctor Ralston ha terminado».

Eso es. Habrá terminado y DiMarco estará adormilado por la anestesia, que, aplicada en la encía, te descuelga la boca y te entorpece el discurso, e incluso si me reprocha que lo haya dejado

solo ante los lobos, no podrá expresarlo con claridad. Y no le quedará otro remedio que perdonarme porque en mi camino de regreso descubro que hay una heladería, y tras consultar en el cuestionario las pocas preguntas que he podido rellenar —le gusta el dulce y el salado—, decido comprarle una tarrina XL de caramelo salado. ¿Por qué XL? Porque a juzgar por su físico estará en la fase deportiva que los locos del gimnasio denominan «volumen».

En efecto, cuando vuelvo a cruzar el pasillo principal de la consulta, localizo la figura de DiMarco erguida ante la secretaria, a la que imagino que le está firmando un cheque, recitando el número de su seguro o tarjeta bancaria, cuadrando la visita de mantenimiento o pidiendo una orden de alejamiento.

Ha tenido que reconocerme por el sonido de los tacones que sé que me precede, porque gira primero la cabeza, luego el cuerpo entero y por último me mira con desencanto.

—Me has dejado solo.

Logra sonar sorprendentemente a sí mismo pese a la anestesia.

—Te he dejado con el doctor y con la higienista —corrijo, y levanto la bolsita de la farmacia—. ¿No conoces el dicho? ¿«Divide y vencerás»? Pues mira, me ha dado tiempo a comprar la medicación y traerte un regalo por haberte portado tan bien.

La palabra «regalo» le hace arrugar el ceño con desconocimiento, pero igual que lo frunce, lo desfrunce nada más reconocer lo que solo puede ser una tarrina de helado. La alzo con una sola mano, como un camarero de lujo su bandeja, y poco me falta para exclamar: «¡Tachán!». Si no lo hago es porque tenemos una espectadora —la secretaria, que adolece de la condición de todas las secretarias: ser una cotilla— y porque voy a cumplir treinta años en noviembre.

Imaginaba que DiMarco apreciaría el detalle a su manera indolente, pero no veo venir la intensidad de su reacción. La cara se le ilumina de repente. Como un niño tímido pero tan complacido que se ruboriza, se acerca para destaparlo y confirmar que el sabor es el que se ha dignado a anotar en el cuestionario.

Observa la suave cobertura color beis y enseguida me mira con los ojos tan brillantes que por un segundo me desconcierta.

—¿Me has traído helado?

Podría haberle espetado que sí, claro, ¿no lo ves o qué?, pero nunca le había visto tan contento. De hecho, caigo en la cuenta apenas unos segundos más tarde de que nunca lo había visto sonreír, ni de verdad ni de mentira, y ni mucho menos genuinamente conmovido.

DiMarco me quita la tarina de las manos, rescata la cucharilla que había en la bolsita y lo prueba. Casi sonrío yo también con la expresión de éxtasis religioso que compone antes de cubrirse la mejilla afectada por la anestesia con la mano, un gesto adorable. No lo hago porque me turba a la vez el sonido que hace con la garganta, un ronroneo sugerente.

Por un momento me debato entre la perplejidad y la incomprensión. No quiero quitarle importancia a mi detalle porque, en fin, más allá de que me dedique a anticiparme a las necesidades de mis clientes, soy la leche, pero ¿tanto le gusta el helado? ¿O es que no han tenido nunca antes un gesto amable con él?

—Qué rico —murmura. No es que de normal sus ojos parezcan opacos o carentes de emoción (todo lo contrario, y he ahí el problema), pero ahora destellan como piedras preciosas—. ¿Quieres probarlo?

Trago saliva y me preparo para negar con la cabeza. Él ya está acercando la cucharilla a mis labios, sin embargo, y me descubro abriendo la boca como un autómata, la vista fija en la suya, y aceptando una pequeña porción del mismo cubierto de plástico que él ha chupado.

Alguien me ha enviado de cabeza a un episodio de *Los Bridgerton*, en concreto a aquel en el que la protagonista de turno contempla, anonadada, cómo un hombre ajeno a su deseo lame a cámara lenta una cucharilla. Es así como vivo los delirantes segundos posteriores, cuando DiMarco pasa la lengua por la superficie de plástico semitransparente, esa que yo he lamido, y gime de gusto.

Por primera vez en su vida sin la intención de sacarme los colores, cabe decir.

—Oye, esto no es... no es... No creo que se pueda comer aquí —balbuceo a falta de gritar que esto es inapropiado, inadmisible,

escandaloso, obsceno; que debe detenerse ahora, de inmediato, ya, *ipso facto*. Pero él alza la vista con inocencia, como si no supiera de qué hablo (¿sé yo de qué hablo? ¿Sé yo qué está pasando? ¿Sé cómo me llamo?) y solo puedo musitar—: ¿Te... ha dolido? ¿Estás bien?

—Ahora estoy de puta madre. Pero que sepas que me he dado cuenta del cambiazo —me advierte, y, como un perrito detrás de su dueño, camina en pos de mí cuando decido que he tenido suficiente espectáculo y me pongo en marcha—. Lo de sustituir tu mano por la de ese esbirro satánico.

—Solo es una higienista dental.

—Un esbirro satánico —repite. Una zancada de DiMarco equivale a cuatro pasitos de los míos, así que no le cuesta colocarse a mi altura e inclinarse sobre mí—: Me he dado cuenta porque cuando sales de una habitación te llevas todo el perfume contigo.

—Ya, bueno —mascullo sin saber qué otra cosa decir—. Es *mi* perfume. Me lo llevo cuando quiera y a donde quiera.

DiMarco suelta una pequeña risa que me produce una profunda satisfacción. Lo sé porque la satisfacción se manifiesta en mi vientre como una explosión de calor.

Me detengo en la salida de la consulta para echarme el bolso sobre el hombro contrario. O para disimular que estoy nerviosa. Él tiene el primer gesto caballeroso desde que lo conozco empujando la puerta, pero no me deja pasar primero. Bloquea el acceso colocando todo su cuerpo erguido —*Dios mío, parece agrandarse con el paso de los segundos*— y espera a que yo alce la vista con recelo para dirigirme lo más parecido a una sonrisa considerando que está anestesiado.

Podría haberme burlado del aire de borracho que le confiere el pinchazo, pero en todo caso sería una borrachera divertida, una borrachera de esas tiernas que te hacen echarle el brazo por encima a tus amigos, ir bailoteando por la calle y gritarle a alguien que lo quieres.

—Gracias, pitusa.

Y me roba un beso de labios fríos con sabor a caramelo salado.

Decir que me quedo catatónica es quedarse corto, incluso si ha sido un beso casto en los labios, incluso si no ha durado más de dos segundos, incluso si es un beso que podría haberme dado mi propia madre —si mi madre fuera de dar besos en la boca, o de dar besos a secas, o si fuera una madre normal—. Me preparo para echarle la bronca, como se ha buscado él solito, pero a sabiendas de la que podría haberle caído, me ha adelantado bajando por las escaleras con su helado en la mano, más contento que unas pascuas.

Capítulo 6

O.G. Original Gangster

DiMarco

A lo mejor viniendo de otra persona me habría parecido patético, pero tratándose de ella tiene sentido.

Llamarse @laracosimaoficial en Instagram, quiero decir.

Podría más o menos entender que agregues la coletilla «oficial» al usuario si tienes el mismo nombre ordinario que otra figura pública, y ni siquiera, porque para eso están las biografías: para aclarar que no eres el jugador de hockey, sino el actor porno polaco... aunque si eres un actor porno polaco digo yo que tu *app* de confianza no va a ser Instagram, entre otras cosas porque no puedes publicitar tu contenido +18, pero bueno. El caso es que, en mi opinión, a no ser que te llames Stephen King o John Cena —o sea, seas un tipo tan cojonudo por tu grandiosa aportación a la cultura que puedes convertir algo propio de soplagaitas en un rasgo épico—, no tienes derecho a dártelas de oficial.

De todos modos, Stephen King y John Cena no harían tal cosa porque están verificados.

A propósito de eso, lo que ya adelanto que no entiendo ni pienso entender es que añadas «oficial» a falta de la insignia azul que te lo reconoce. No hay nada como un tío que ha pedido el verificado para que el detector de pringados empiece a pitar como si te hubieras dormido sobre el claxon.

Pero a Lara Cosima se lo he perdonado todo porque a pesar de no ser una exluchadora de artes mixtas ni haber escrito *La milla verde*, a pesar de que su nombre sea lo bastante pretencioso de por sí para empeorarlo agregando el doblemente pretencioso «oficial», lo suyo me parece un ejercicio de honestidad.

Me explico.

Lo que me molesta de la gente que se hace llamar «la oficial» o «la real» —hasta donde sé, ninguna cuenta de X es una proyección astral, si acaso un bot de Elon Musk, así que ya sabemos que eres tú quien está al otro lado, *gilipollas*. Además, ¿quién iba a querer hacerse pasar por ti, si no te conocen ni en tu casa...? *Bueno, que me desvío*— es que es prefabricada. En el mejor de los casos son

aspirantes a famosillos que han llevado lo de la manifestación demasiado lejos; en el peor, se han convertido en una caricatura de sí mismos.

Lara Cosima, en cambio, es tan auténtica que juraría que al igual que yo no ha pedido perdón en toda su vida por ser quien es.

¿Y quién es? Pues eso llevo alrededor de dos horas intentando descifrar.

El entrenamiento terminó hace un buen rato. Desde entonces, he estado tirado en el vestuario con la espalda apoyada en las taquillas y el móvil en la mano. Con la única compañía del goteo de las duchas y el zumbido de los fluorescentes LED, me he dejado absorber por la pantalla blanca que exhibe la huella digital de Lara Cosima.

La suya es una cuenta profesional. Lo dice justo debajo para que te enteres. *Cuenta profesional.* La foto de perfil consiste en un primer plano de su cara. Se ha quitado las pecas con Photoshop, con Canva o con lo que quiera que se lleve ahora, pero eso no es una falsificación. Creo que ella es eso. Lo de ocultar con orgullo y dignidad lo que no la convence de sí misma, digo.

A pesar de que publicó anteayer el último post, ha respondido todos los comentarios que han caído debajo desde entonces y ha subido tres historias en lo que llevamos de día, aún no ha quitado de la biografía que es la mánager de Alexia Lux. Supongo que le da pena.

Cabe señalar que son las once de la mañana y ya se ha hecho las uñas y un facial —no sé qué es eso, pero llena mi mente de imágenes sugerentes—, ha echado una hora de *spinning* y ha opinado sobre el último álbum de Lana del Rey: le ha «superencantado» y «va a demandar al jurado si siguen sin darle el Grammy».

Habría que ver si para las seis de la tarde no ha derrocado al gobierno.

Tras una radiografía inicial de lo que muestra la pantalla, puedo concluir que se esmera con las fotos que publica. Ninguna es un *selfie* de cara o en el espejo, supongo que eso es demasiado *middle-class* para ella. Todas sus publicaciones están tan producidas que se

nota que ha pensado al detalle la escenografía y lo que lleva puesto, y eso lo digo yo, que no tengo ni puta idea de escenografía ni de lo que lleva puesto. Respeta una paleta de colores de tonos neutros que solo se permite romper apareciendo a veces, en algunas imágenes, con un vestido de algún color chillón, como la de su vigésimo noveno cumpleaños: ahí luce una prenda ajustada con mangas abullonadas color fucsia y sujeta unos globos dorados con la forma de los respectivos números.

Parece Tarta de Fresa.

Pero está guapa.

Otra sospecha que tengo es que el setenta por ciento de sus seguidores está ahí por Alexia, lo que se me antoja injusto porque Lara Cosima es más interesante que Alexia, pero también comprensible dado que muchas de sus publicaciones están centradas en la cantante: Alexia en el escenario con su ya idiosincrásico *body* de lentejuelas, Alexia posando con una fan disfrazada de ella —*qué mal rollo*—, Alexia en su último cumpleaños.

Exceptuando lo relativo a su mejor amiga y representada, todo lo que he citado podría parecerme asquerosamente falso, como falsas me parecen las *influencers* de cualquier género: hables de libros, hables de moda o hables de comida, al final lo que vas a hacer es vender algo, y para vender tienes que generar una necesidad o un complejo.

Pero es que Lara Cosima no vende nada. Ni siquiera se vende a sí misma.

Un rasgo curioso que tiene y que podría responder a la pregunta de Noah que me tortura —qué coño me pasa con ella— es que su presunto artificio es una parte real y a ratos conmovedora de su personalidad. Lara Cosima *es* todo eso. Es esa paleta de colores y esos trapitos, y lo sé a ciencia cierta porque habla con los *hashtags* que usa y porque se quita las pecas aunque se hayan puesto de moda. No se esfuerza por tener el perfil curado para aparentar algo que no es cuando en realidad su vida es una mentira. Como testigo de lo que ha hecho con Alexia y como su cliente actual, doy fe de que se esfuerza lo mismo con absolutamente todo y de que procura que su vida sea igual de limpia y ordenada que sus publicaciones.

O a lo mejor es una pija de mierda y yo la estoy halagando porque me trajo un helado después del dentista y no estoy acostumbrado a que sean atentos conmigo. Menos que nadie una mujer que me tiene por la encarnación del Hombre del Saco o el monstruo al que quiera que aludiese la niñera de su familia rica para que se durmiera de una puta vez.

Porque de niña rica también hay mucho en su Instagram, ¿eh? Se ha sacado fotos vestida de amazona a lomos de un caballo pelirrojo —no sé cómo se le dice a los caballos pelirrojos, solo faltaría— y se ha sacado fotos abrazando a su padre, que solo por su pelo repeinado hacia atrás y el puro que sujeta la mano ya anticipo que se trata de sujeto despreciable.

Siempre he pensado que la gente que monta a caballo es una estirada. ¿Cómo coño llegas a la conclusión de que debes montar a caballo en pleno siglo XXI si no has heredado la cultura mongola, trabajas en el campo o eres *amish*? ¿Y no tienes suficiente con que tu padre te regalara un animal tan caro y majestuoso para que vayas a disfrutarlo cuatro ratos las dos veces al año que visitas a tu familia, que encima debes comprarte el disfraz a juego y llamar a la criatura, si no me engaña el pie de foto, *Diamond Duchess*?

Yo llamaría a mi caballo *Colossal Clutch*, como la llave ideada por Big Show que es a mi parecer la más devastadora de la historia de la WWE.

A no ser que fuera una tía, que entonces se llamaría Pamela Anderson.

La verdad es que Lara Cosima también es un nombre cojonudo para un caballo, pero no creo que infundiera miedo, y no me parece que nadie deba tener un caballo si no es para infundir miedo en sus enemigos.

Creo que es evidente que podría pasarme toda la vida sentado en el suelo con mis propios pensamientos. De hecho, es una anotación que tuve la mala suerte de leer en el expediente que la trabajadora social redactó sobre mí cuando hizo la primera ronda en el centro de acogida: «Es un chico excepcionalmente activo, pero también disfruta de su soledad. Puede estar callado, sumido en sus reflexiones, durante horas y horas».

Supongo que por esto, en parte, se da lugar a la situación que se desencadena al cabo de unos minutos, cuando estoy preguntándome si no sería mejor llamar a mi corcel hembra Margaret Thatcher —Pamela Anderson no da miedo que se diga— y el derrape de unos tacones me advierte de la llegada de Lara Cosima.

—¿Se puede saber por qué no coges el teléfono? —ruge nada más plantarse a las puertas del vestuario.

Alzo la vista y me fijo en que hoy lleva una falda más corta de lo habitual.

¿Eso también es porque me porté en condiciones en el dentista?

—Lo tengo en la mano.

—¡Con más razón! ¡Llevo tres horas llamándote! ¡Y no has contestado a mis mensajes! ¿Cómo esperas que estemos en contacto si no miras el maldito WhatsApp? ¡Tienes que comunicarte conmigo para saber dónde tienes que estar y a qué hora!

—Joder, suenas como mis ex.

O a las que ella insiste en llamar «mis ex», pero que solo son mujeres con las que me he acostado y a lo mejor me he tomado una hamburguesa antes o después solo porque me gustan las hamburguesas y ellas se me han acoplado.

—¡Pues no me extraña! ¡Les harías lo mismo que a mí: dejarlas colgadas durante horas!

Mis ex, si confirmamos que vamos a llamarlas así, contestarían: «¿Horas? ¡Ja, ja! ¡Más bien *para siempre*!».

En realidad, Lara Cosima tiene mayor manga ancha que las mencionadas mujeres que se me unen en la hamburguesería. Viene, me dice cuatro frases entre signos de exclamación y luego me da por perdido. Las demás no funcionan así. Las pasivo-agresivas tienden a abordarme con preguntas como: «¿Por qué me has dejado en leído?», «¿Me estás haciendo *ghosting*? ¿*A mí*?»; las que no se creen la última Coca-Cola del desierto, prefieren un prudente «¿Te pasa algo conmigo?». Y luego están las categóricas, que son mis favoritas, porque o zanjan el asunto con un sólido «¡Que te follen!» o directamente captan la indirecta y me dejan tranquilo.

Lo de «captar la indirecta» es una forma de hablar, porque no hay ninguna indirecta. No es que me oponga a nivel espiritual a responder un mensaje o tenga algún compromiso político con borrarme de la vida de los demás. Es que veo que me escriben y luego se me olvida. Y para cuando quiero acordarme, he recibido textos de sesenta párrafos elaborados con Chat GPT llamándome cabrón de forma asertiva.

Creo que eso es lo que le piden a la IA: «Dime cómo llamarle cabrón de forma asertiva».

Pero supongo que Lara Cosima no aceptará estas excusas como no las ha aceptado ninguna otra. Porque sí, todas piensan que son «excusas» y que en realidad soy un genio del mal que conjura el modo más perverso de traumatizarlas de por vida mientras se frota las manos en la oscuridad de un sótano.

La triste realidad es que ni siquiera es que no me interese hablar con ellas, porque a veces me interesa. Es que me distraigo.

Lara Cosima comprueba con gesto aprensivo que estoy solo en el vestuario antes de adentrarse por fin sacudiendo el *smartphone*. La pulsera Pandora que le cuelga de la muñeca emite un tintineo de cascabel a la vez.

—Paolo y yo te hemos estado esperando dos horas y media. ¡Dos horas y media!

—¿Quién es Paolo?

—¿Cómo que quién...? —Se calla para buscar las palabras adecuadas, porque según su filosofía no me puede llamar gilipollas y ponerse a otra cosa mariposa. Empieza a darse cuenta de que esa va a ser su cruz—. Como te explicaba en los mensajes, DiMarco, Paolo es el estilista de Alexia Lux.

—Ah.

—Ha tenido la gentileza de no largarse a los veinte minutos porque le he pedido que viniera como favor personal, pero un profesional de su talla no iba a perder el tiempo porque tú te hayas quedado en la vieja creencia de que llegar tarde es elegante. Al final se ha marchado. ¡Me has dejado en ridículo!

—¿Por qué habíamos quedado con un estilista?

—¡TE LO EXPLIQUÉ ANOCHE EN UN MENSAJE!

Es verdad. Abrí el mensaje, vi por encima algo de un estilista, pero lo recuerdo como un sueño que estás intentando descifrar mientras derramas los Froot Loops en el tazón de leche con los ojos aún legañosos: a ráfagas y sin confiar del todo en que no sea tu imaginación la que rellena las lagunas.

Creo que iba a contestarle y a programar la alarma y el recordatorio en el calendario para ser puntual cuando me llamó mi compañero de piso para que viera algo en la televisión, y después sonó el timbre del microondas anunciando que mi lasaña estaba lista, y luego vi una mancha misteriosa en la encimera de la cocina, y de pronto eran las tres de la mañana y yo estaba terminando de montar una pieza de Lego que había dejado a medias hace dos meses.

Pero no creo que mi plan de anoche vaya a sosegar los nervios de Lara Cosima, así que voy a lo rápido y a lo fácil:

—Lo siento. Se me ha olvidado.

—Se te ha olvidado —repite, anonadada—. ¿Cómo se te ha podido olvidar que tenías un compromiso? ¡He cambiado toda tu agenda para la cita con Paolo! ¡No ibas a hacer nada! ¡No se te pisaba con el entrenamiento porque yo...! —Repara entonces en dónde estamos, la hora que es, y jadea—. ¿Qué haces aquí todavía, sentado en el suelo... y con la toalla de la ducha?

Agacho la vista y coincido con el vello de mis piernas.

Es cierto que había salido de la ducha, pero con todo eso de mirarle el Instagram se me ha pasado.

Lo peor es que ahora me voy a resfriar. *Hay que joderse.*

—Oye, no te he plantado adrede —intento explicarle—. Es que yo soy así.

Savannah me tiene dicho que eso es lo peor que puedes soltar cuando alguien ha expresado que una actitud desconsiderada le ha afectado. Confirmo que no se equivocaba, porque el semblante de Lara Cosima se vuelve sombrío.

—Eso no es una justificación, DiMarco —contesta, ya sin ira o exasperación—. Vístete. Nos vamos en quince minutos.

Una vez me pongo en marcha con los cinco sentidos afinados, me sobran alrededor de siete para reunirme de nuevo con Lara Cosima

en el que los compañeros llaman «el salón de la fama», el pasillo que exhibe los trofeos del equipo entre otros objetos legendarios. Una vez más queda claro que la pitusa está aquí por la pasta y no por vocación, porque tiene a su alrededor suficiente material para empaparse de lo que es o conlleva ser uno de los Boston Beasts y en su lugar se dedica a teclear en el móvil.

Nada más verme reaparecer, me mira de arriba abajo como uno de esos estilistas crueles que aparecen en programas de televisión. Se cruje el cuello a un lado y al otro, estira los brazos entrelazando los dedos de las manos y proclama:

—*Elia yacta es*.

O algo así.

No hablo el idioma.

Bueno, pues lo he buscado en internet y es *alea jacta est*, y significa «la suerte está echada».

Un chofer particular nos está esperando en la acera a las puertas del estadio. Lara Cosima lo saluda por su nombre y, sin desatender en ningún momento los mensajes que la requieren presta y concentrada en la realidad virtual, ametralla al conductor con preguntas del palo de: «¿Cómo llevas los dolores de espalda?», «¿Le gustaron a Sharon las flores que le mandé?» y «¿Al final le han dado la beca a Pete para jugar en el extranjero?», a lo que este contesta que los lleva fatal, gracias, que le encantaron, gracias, y que Pete lo ha conseguido, gracias.

A un lado que me deje estupefacto su capacidad para retener información, la charla amistosa que entabla con el conductor me recuerda de nuevo que, a pesar de su apariencia y su nombre propio, es humana. Al verla uno piensa que es una niñata descerebrada, pero se dirige a todo aquel con el que habla con una cercanía que no depende del aspecto, la capacidad adquisitiva o la simpatía que le tenga al interlocutor; una cercanía que, por lo visto, solo me incomoda a mí. La mayoría de la peña responde a su energía gratamente sorprendida porque una cosita tan pequeña, tan

anecdótica, tan parecida a Reese Witherspoon en *Una rubia muy legal*, tenga lo que diríamos un corazón de oro.

Ella no es rubia ni tiene los ojos azules, claro, y tampoco viste de rosa. De hecho, se viste con cada trapo que da para capítulo aparte. Entre las blusas cerradas de uniforme de colegio privado, mormona o ambas, los accesorios exagerados —lazos enormes, gorritos ridículos, felpas sacadas de los años cincuenta, pañuelos estampados— y el rastro de perfume denso que le haría un flaco favor si pretendiera huir de los perros de la droga, ha creado su propia categoría dentro de lo que se entiende por una pija.

En cuanto concluye la charleta con el chofer y deja de teclear furibunda una respuesta a un mensaje de texto, se gira hacia mí con la solemnidad de un entrenador de boxeo en pleno ring y me dice:

—A pesar de todo, creo que conseguiremos lo que me había propuesto para hoy: renovar tu fondo de armario y buscar el conjunto adecuado para la entrevista que harás con Farah Fou. Vamos a ir a un centro comercial con servicio de *personal shopper* en el centro de Boston. Priorizaremos marcas como Zara y Massimo Dutti y pediremos ayuda a las encargadas de las tiendas para que nos asesoren.

—¿Zara y Massimo Dutti? —Desvío la vista a su bolso, que sé que es de Prada porque el rótulo cosido al borde así me lo chiva—. ¿Eso no te parece de muy bajo nivel?

—Para mí, desde luego —resuelve con un desahogo que me deja pasmado—, pero te recuerdo que la estrategia es desestigmatizarte. Cuando uno es un bruto que va en chándal a todas partes y se baña en champán con un coro de *strippers*, ponerle un traje a medida de Etro no hace sino empeorar su imagen: pasa de ser un bruto a ser un mafioso, y solo te faltaría que te acusaran de proxeneta. Para empezar a vender la narrativa de que en el fondo eres un hombre sensible y sencillo que está trabajando con un terapeuta para superar sus malos hábitos...

—¿Qué malos hábitos?

—... hay que recurrir a marcas buenas pero accesibles. —Guiña los ojos y con los dedos de ambas manos formando una pistola, emula el objetivo de una cámara para enmarcar mi rostro. Su teatralidad

me hace gracia—. Priorizaremos los colores neutros, las capas discretas, los tejidos cálidos y cómodos y los accesorios minimalistas. Puliremos un estilo *smart casual* con opción de ponerte trajes sobrios sin perder el aire informal.

Intento hacer una recopilación de todos los datos que me ha arrojado en un momento.

—Yo nunca me he bañado en champán con un coro de *strippers*. No me gusta el champán. Y me agobio en sitios llenos de gente. Incluso si esa gente son *strippers*.

Deja caer las manos sobre el regazo y me dirige una mirada penetrante, como si me estuviera hipnotizando: «Te ordeno que digas la verdad».

—Hay imágenes en internet en las que apareces metiendo billetes de cincuenta dólares en el tanga de una atractiva rubia, DiMarco.

—Estaba en la despedida de soltero de uno del equipo. En un momento dado, me sobreestimulé con tanta gente y me fui a otro lado. A los chicos les pareció gracioso enviarme a todas sus acompañantes de repente con una botella descorchada en la mano. Y les tuve que pagar, claro. Es lo que se hace en esos sitios. Tirarle dólares a la que se te ponga por delante, te parezca guapa o no, y hacer como que te diviertes si se sienta en tu regazo. Es de mala educación espantarlas.

Lara Cosima me sigue sondeando con la mirada.

—¿Estás diciendo la verdad?

—No tendría ningún problema en admitir que me he tirado a todas las *strippers* de Las Vegas si fuera cierto.

—Eso sí que me lo creo —murmura para sí. Vuelve a girarse hacia la ventanilla y exclama en voz alta—: ¡Déjanos aquí, Dan! ¡Gracias por el viajecito! Intenta venir a recogernos para las dos o las tres, por favor. Me pondré en contacto contigo de todos modos por si nos alargáramos. Saluda a Sharon de mi parte y dile que me llame si necesita algo.

Baja del coche tan rápido que parece que le hayan comunicado que han puesto una bomba debajo y me hace señas para que la acompañe a la entrada. Antes de cruzar el umbral del centro comercial —no he estado antes; parece lujoso. A lo mejor por eso no

he estado antes—, saca del bolso un amasijo de tela que resulta ser una gorra que me cala en la cabeza.

Luego me señala la sudadera que llevo anudada a la cintura.

—No es que vayas a resultar irreconocible solo porque te tapes los tatuajes, pero póntela por si acaso. Y cúbrete la cara con esto. —Con ese brío de mujer-polvorilla que tiene, me ofrece una mascarilla negra que llevaba escondida en la falda. Que es más corta de lo normal—. Aparte de un estilo de vestir callejero sin igual en todo el planeta, los chinos nos han legado la moda de llevar mascarilla como un accesorio estupendo para coronar un modelito urbano. Una moda que os viene muy bien a los famosos. O sea, seguro que alguien te señalará y exclamará «¡DiMarco!», pero en principio no tendrían por qué acorralarte.

—Nadie me suele acorralar. Por eso de que le pegué a un *paparazzi*.

—Qué raro, ¿verdad? Tú póntela por si acaso.

Lara Cosima se ciñe el bolso al hombro como un soldado su fusil y espera a que las puertas automáticas le cedan el paso para a continuación dirigirse como un tiro al primer destino. Apuesto a que cualquiera que nos mire pensará que ella es la estrella y yo soy su guardaespaldas, si no porque es ella la que hace bailar la faldita ajustada con su caminar de ratita presumida, pues porque yo la sigo a una distancia prudencial con las manos en los bolsillos y la cara de malo.

Me pregunto por qué no habrá contado con esto antes de obligarme a llevar la sudadera puesta con el calor que hace. Me refiero a lo de que la gente se fijaría en ella, en la chica mona y briosa que va por los grandes almacenes como si llevara un cheque de medio millón de palos para gastar en colonias, y no en mí, que al final solo llamo la atención por ser alto y estar tatuado.

—He conseguido convencer a Morgan Reece para el anuncio de Gillette. La semana que viene tendremos que estar en el set. En los próximos días te haré llegar el guion por correo electrónico, vía postal, iMessage, WhatsApp y mensaje en botella si fuera necesario —me explica en cuanto la alcanzo en las escaleras mecánicas—. Y dentro de quince días vas a ir con Vinny Bravano al sofá de Farah

Fou en Nueva York. He pensado en que te acompañe él para reconducir la conversación con su encanto natural si te diera uno de tus brotes de terquedad y sintieras el deseo de dinamitarlo todo. Me ha parecido la opción adecuada, pero la secretaria de Farah me ha dado carta blanca para sustituirlo por Noah si te sintieras más cómodo con él.

Y me mira esperando que le diga si me siento más cómodo con Noah. O eso creo.

—Vinny es más dicharachero.

Ella sonríe de oreja a oreja y da una palmadita entusiasta.

—¡Eso mismo pensaba yo! ¡Me alegro de que estemos de acuerdo!

Y yo me alegro de que no se enfade conmigo por mucho tiempo, la verdad. Me estaba temiendo un día infernal soportando reproches por mi descuido. Supongo que una persona llamada Lara Cosima siempre tiene asuntos más importantes de los que preocuparse.

—No estamos de acuerdo —replico, aun así—. Me has *avisado* de que *voy* a hacer un anuncio para Gillette y de que *voy* a ir con Vinny a un programa, no me has *preguntado* si estoy de acuerdo.

—No te lo he preguntado porque todo te parece mal, DiMarco. Pero ya que estamos, ¿dirías que he cruzado un límite infranqueable? ¿He tomado alguna decisión que vaya contra tus principios? ¿Te he colgado algún muerto?

—No.

—Pues ya está.

Se da la vuelta para zanjar la conversación por todos los flancos, el físico incluido. No creo que lo hubiera hecho si hubiese caído en la cuenta de que va unos cuantos peldaños por delante y ahora tengo la curvatura trasera de la falda en cuestión —que es más corta de lo normal— un palmo por debajo de la cara.

Hoy no va tan disfrazada como otras veces. La falda es de cuero o de un material que lo imita, se ha puesto unas medias oscuras pero transparentes debajo y lo ha combinado con unas botas por la rodilla que brillan como el látex.

A lo mejor porque son de látex.

Me encanta cuando una mujer lleva unas botas altas con tacón. Se parece a Catwoman.

De lo que sucede a continuación me acordaré mañana muy por encima, como siempre que me veo arrojado de buenas a primeras a una situación social que involucra a varios desconocidos y conlleva que se me toque sin mi consentimiento, se me hable sin respetar los turnos y se me trate como si fuera un muñeco descerebrado.

Sé que hay una *personal shopper* principal que se llama Gilda —seguro que se llama Karen o Hannah y se ha puesto Gilda para sentirse especial, más o menos por la razón por la que te pones «oficial» en Instagram—, sé que tiene dos becarias más tontas que correr con diarrea explosiva y sé que todas gesticulan con las manos como si estuvieran haciendo *voguing*.

(Por si alguien se pregunta por qué coño sabría yo, el *wide receiver* de los Boston Beasts, lo que es el *voguing*, resuelvo la duda: uno de mis compañeros de piso hace espectáculos de *drag queen* y una vez me pidió opinión sobre su coreografía. Estuvo de puta madre.)

—Necesitamos *blazers* de *Suitsupply* —dice Gilda— y entallárselos, claro. A este hombre no le sentaría bien ni una L ni una XL de grandes almacenes. Le apretaría por arriba y le quedaría holgada por abajo.

—Yo apoyo un estilo Hackett London.

—Y Massimo Dutti *premium* para un *look* más elegante.

—Ralph Lauren para cuando aparezca en cámara.

—Vamos a medirte, cariño.

—Ya sé qué talla tengo —replico al ver que Gilda se me acerca con un metro.

—Intuyes —me corrige— la talla que tienes cuando vas a comprar en las rebajas, pero estamos hablando de prendas de un cierto nivel. Ven aquí. ¡Te prometo que no te va a doler!

Busco a Lara Cosima más o menos como la busqué en la consulta del dentista, con una nube de sudor frío en la nuca. Ella ya se ha desentendido de mí para consultar las prendas de uno de los percheros junto al probador, y digo «los percheros junto al probador» porque los que había entre el probador y yo han sido debidamente asaltados, como demuestra que esté sujetando con el codo unos cuantos amasijos de tela.

No sé quién sería más rápido, si un ninja arrojando sus *shuriken* o Lara Cosima corriendo las perchas que no le interesan. El misterio queda resuelto para cuando Gilda ya ha anotado en una libretita lo que me mide la cintura: gana mi representante.

—Pruébate esto.

«Esto» es nada menos que tres camisas, un polo, unos tejanos negros, unos pantalones de traje y dos jerséis. Acepto su ofrenda con la misma solemnidad con la que me la tiende y los dos acordamos tácitamente que vamos a fingir que mi opinión no importa una mierda en tanto que husmeo entre las prendas y ella espera a que haga mi valoración.

—Este color te favorece más a ti.

Ella desvía la mirada al jersey verde oliva y frunce el ceño.

—Para nada. A las chicas de pelo castaño nos va mucho más el rojo y el azul eléctrico.

—Pues yo creo que tu color es el verde. O el dorado.

Lo del dorado lo he dicho a ver si cuela. En mi habitación de la adolescencia tengo un póster de la princesa Leia con su mítico bikini, y desde que me alcanza la memoria, la prueba de fuego que he pasado para confirmar que una mujer me interesa ha sido imaginarla con ese disfraz.

Pero no creo que Lara Cosima siga ceñuda porque me haya leído la mente. Que yo sepa, hasta ahí no llegan sus superpoderes.

Todavía.

—¿Cómo sabes que esa es mi colorimetría original?

—¿Tu colorimetría original?

—Eran los colores que me sentaban bien cuando no me había teñido.

—Entonces eres rubia.

—No, te equivocaste aquel día al preguntarme —ironiza—. Soy pelirroja. Y bastante pálida, también. Es que me he vuelto a aficionar al solárium desde que Odessa A'zion volvió a las alfombras rojas.

—¿Eres pelirroja? —Espero que no haya notado mi ilusión—. Pero ¿en plan Danna Scully? ¿O en plan Poison Ivy?

—Nadie es pelirrojo natural «en plan Poison Ivy», DiMarco. —Viendo que sigo esperando una respuesta, suspira—: En plan Danna Scully, sí, lo has bordado. Es una mezcla de cobrizo y *strawberry blonde*.

Lo que sea que signifique eso.

—¿Y por qué te tiñes?

—Porque todo el mundo, y cuando digo «todo el mundo» me refiero a los productores de los sellos discográficos, me veía, sonreía con condescendencia y me llamaba «pelirrojita» a la menor oportunidad. «¿Qué tienes para mí, pelirrojita?», «Ah, ¿eso es lo que quieres, pelirrojita?», «Lo que tú digas, pelirrojita». Cuando tienes un aspecto del montón, la gente se aburre de fijarse en tu físico y presta más atención a lo que dices. —Corta la conversación devolviéndome el jersey verde, así como otras tantas prendas, y me señala el probador—. Ve a cambiarte.

—Pero es que no me gusta el verde. Me gusta más el azul.

—El azul no es tu color. Eres *deep autumn*.

—Me da igual que no sea mi color. A mí me gusta y eso es lo importante.

A falta de patear el suelo como un crío berrinchudo, Lara Cosima se encomienda al cielo.

—¡Eso no es lo importante, DiMarco! ¿En qué mundo es importante lo que a uno le gusta o lo que uno prefiera? ¡Lo importante —recalca de nuevo— es hacer, decir y ponerte lo que es mejor para ti, no lo que tú quieras!

Puede que no sea el tío más brillante de la habitación, pero hasta yo me doy cuenta de que se lo ha llevado al terreno personal. Me molesta que tenga que pagar conmigo lo mucho que la frustran a veces sus propios principios.

Principios que puede cambiar por otros si no la convencen, por cierto.

Claro que no parece que nadie la haya avisado de eso.

—¿Y eso quién lo dice, eh?

Ella me encara.

—Es ley de vida, ¿o es que naciste ayer? Pero si eso no te convence —suaviza el tono sin más remedio. Se suele dar cuenta

antes que yo de que se está excediendo—, recuerda que tenemos que hilar muy fino para moldear la opinión pública. El azul eléctrico es un color muy vivo y con muchísima personalidad. Este verde apagado simboliza mejor el carácter tranquilo que vamos a vender. Lo hacemos por ti, DiMarco. Para que la gente te deje en paz.

—¿Cómo se supone que van a dejarme en paz porque lleve un suéter verde?

—El suéter verde contribuye a la narrativa de hombre civilizado —explica en tono cansino—, y es la narrativa lo que te garantizará la tranquilidad. Ahora mismo te graban, te persiguen; miden cada paso que das porque saben que con uno de tus exabruptos les vas a brindar contenido de calidad para alimentar a las bestias de las redes sociales y copar las portadas de las revistas. Pero en cuanto se te vea pasear a tu perro por las calles de Boston con un sencillo jersey de ochos blanco y la barba recortada, en cuanto te pillen cenando con amigos en un restaurante íntimo con una camisa desenfadada y unos vaqueros oscuros, se van a dar cuenta de que has madurado, te has serenado, y dejarán de pincharte. Es como cuando a uno lo acosaban en el instituto. En el momento en que se dan cuenta de que ni te inmutas cuando te llaman Pippi Calzaslargas o calabaza, se cansan de insultarte.

A mí me gusta Pippi Calzaslargas, pero supongo que ese no es el tema.

Ni que la acosaran en el instituto.

Son dos cartas que voy a guardar para cuando sea seguro indagar. Creo que si lo hiciera ahora, me arrojaría cuatro preguntas seguidas de su cuestionario infernal.

—Sigo sin saber si me merece la pena. Sacrificar hasta el modo en que me visto me parece una exageración.

—No me digas que represento a la única celebridad en todo el planeta a la que no le gustaría caerle bien al mayor número de gente posible.

—De pequeño me importaba porque de eso dependían muchas cosas. Si no le caías bien a los chavales del centro, te hacían la vida imposible —medito en voz alta—, pero ahora lo único de lo que

depende mi tren de vida es de que juegue bien al fútbol, así que me la suda.

Pensaba que Lara Cosima sonreiría como si se alegrara de haberme visto tropezar, porque sí, he tropezado con mi respuesta: le he dado el argumento perfecto para que me recuerde que dependo más de los inversores de los Boston Beasts que de mis habilidades, y que esto no va de fútbol porque nunca va de lo que haces, sino de quién te permite hacerlo. Pero ni sonríe ni me recuerda nada. Se queda momentáneamente patidifusa, y no entiendo por qué hasta que caigo en la cuenta de que he mencionado el centro de acogida.

También he dicho «me la suda», algo que me consta que la saca de sus casillas.

—Te traeré el jersey azul también —cede con la boca pequeña—, pero pruébate el verde y verás que además te favorece el doble.

—Vale.

Le tiendo la mano para sellar el acuerdo y ella me la estrecha conteniendo una sonrisa.

Para mi inmensa desgracia, descubro nada más salir con el primer modelito que Lara Cosima y sus temporales esbirros ya se han apropiado de unas veinte prendas más y esperan a que me dé brío para abarcarlo todo.

La dinámica durante la hora siguiente es la que describo a continuación: las cuatro me rodean, algunas con la expresión de un inspector policial que te toma por el asesino, otras como si esperaran que les diera mi número de teléfono, y tras dirigirse un asentimiento inquietante que bien podría significar «abrid fuego», proceden a opinar.

Me deja de una pieza que se dediquen a echar pestes de un atuendo que han elegido ellas.

Ahora no pienso probarme el azul. Si así es como se las gastan, ya me veo siendo apuntado con un revólver: «Quítate eso o te mato».

No sabía que ir de compras podría ser tan violento.

Las primeras diez veces que me cambio lo hago obedeciendo al pie de la letra las indicaciones de las jefas al mando. Es fácil adherirse sin rechistar a dichas órdenes cuando estás disociado contando los pasos que hay entre el probador y el punto de

exhibición, recordando lo que pasó en el último episodio de *Yellowstone* o pensando en lo que tendría que ocurrir a nivel social para erradicar al ICE del sistema norteamericano, pero al cabo de dos horas —podrían ser diez minutos, podrían ser los cuarenta días que Cristo pasó en el desierto—, se me olvida el orden en el que debo hacer las cosas y ni me encierro en el probador. Me quito la camisa que me han tendido en medio de la tienda y me calzo un polo de Ralph Lauren —*¿esto no era Zara? ¿Dónde coño estamos?*— bajo las miradas de mis celadoras, que varían entre el asombro, el deseo y el absoluto espanto.

Es fácil imaginar qué cara pone cada quién o, dicho de otro modo, qué cara pone la pitusa.

—Madre mía —murmura Gilda, boquiabierta—. Si llego a saber lo que escondes ahí abajo, no te mando castigado al probador.

Las dos ayudantes intercambian un vistazo cómplice y se echan a reír como gallinas cluecas.

—¿Qué haces? —me reprende Lara Cosima, ruborizada. Acaba de volver de otra sección con un par de pantalones de traje. Se apresura a alcanzarme, procurando no mirarme por debajo de la barbilla—. ¡Tápate ahora mismo! ¡Estamos en un lugar público!

—No estoy enseñando nada.

—¡Claro que estás enseñando algo! ¡Te estás exhibiendo a ti mismo!

—Solo estáis las *personal shoppers* y tú.

—¿Y te parece poco? ¡No tengo por qué verte desnudo!

—¿No has visto desnuda a Alexia?

—¡No es lo mismo!

Claro que no. Olvidaba que Alexia le gusta y yo no, y que, de otra manera distinta, Alexia no le gusta y yo sí, pero eso no se puede decir en voz alta.

Pierde la paciencia y me empuja con sus propias manos hacia el probador.

Me hace gracia que una mujer que hace un momento se ha marcado una tesis doctoral sobre por qué es más adecuado ir a un programa culturalmente norteamericano vestido de un diseñador neoyorquino y no con una marca española sea, al mismo tiempo, tan

ingenua: tanto que no se da cuenta de que con sus actitudes mojigatas no solo no me está escarmentando, sino que se está poniendo en evidencia. No pierdo de vista que, en cuanto me ha metido en el probador, agacha la cabeza con las mejillas todavía ardiendo y corre la cortina con los nervios a flor de piel.

Al mirarme en el espejo para compartir con alguien mi diversión, descubro que estoy sonriendo como los villanos que traman un plan. No descubro mucho más, porque vengo sabiendo qué aspecto tengo, pero ¿en serio es para tanto? No he visto a nadie poner el grito en el cielo como lo hace Lara Cosima solo porque un tío esté razonablemente bueno.

Pero podría volverme adicto a sus reacciones melindrosas. Por eso me hago el imbécil saliendo antes de tiempo, ahora también sin pantalón, y sostengo en alto dos prendas distintas.

—¿Esto me lo tengo que probar con esto otro?

Lara Cosima se gira hacia mí con la brusquedad de un depredador acechante. No se esperaba encontrarme desnudo como a lo mejor sí se lo esperó el día que me vio saliendo de la ducha y los primeros impulsos la traicionaron haciéndola recorrerme con la mirada de la cabeza a los pies. El resultado de su escrutinio de hoy es el usual: inflar el pecho como un pavo, preparando una bronca astronómica, pero perder el aliento enseguida porque mucho antes que gritarme en público prefiere serenar su conmoción.

Se da la vuelta con los puños crispados. Entonces es la falda la que me mira a la cara.

No es un mal cambio.

—El pantalón camel con el verde oliva, DiMarco. Y el chino marrón chocolate con la camisa beis.

—Vale.

Vuelvo al probador y lo dejo entreabierto por si le diera curiosidad y quisiera asomarse, aunque tengo claro que eso no lo va a hacer porque entra en el perímetro prohibido de indecencias que estipula el contrato.

Espero unos dos, tres minutos mirándome el reloj y digo en voz alta:

—¿Puedes venir?

Agudizo el oído para captar el comentario que masculla por lo bajo antes de ponerse en marcha sobre los tacones. Permanece al otro lado al preguntarme qué necesito, pero no por mucho tiempo. Saco una mano firme y la arrastro al interior cogiéndola por la muñeca, un movimiento calculado para que su pecho casi impacte contra el mío. En los segundos previos a la deseada explosión de rubor, Lara Cosima abre mucho los ojos y una emoción aprensiva cruza su mirada como una advertencia para sí misma.

Me gusta estar ahí para verla. Me gusta saber que soy el que la produce.

No suelo ser un flipado, pero ella me lo pone muy fácil.

—¿Cuál es el camel y cuál es el beis? —pregunto inocentemente.

Pone los brazos en jarras.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Me encantaría quedar contigo.

—DiMarco.

—Te juro que no sé cuál es cuál.

—Camel —señala de mala gana la camisa con una de sus uñas largas. Luego gira el torso en la dirección contraria y apunta al pantalón—. Beis. ¡Espera! —se corrige de inmediato—. Es al revés. Beis y camel. ¿Cuál es mi problema? —rezonga por lo bajini.

—Espera que me lo ponga.

Lara Cosima no se mueve del sitio, intuyo que para demostrarme —o demostrarse— que en realidad no tiene problema alguno con quedarse a solas en un habitáculo con un hombre por el que se siente atraída y que resulta que la corresponde. No soy ni rápido ni lento al introducir los brazos por las mangas de la camisa, pero sí concienzudo cuando empiezo a abrocharme los botones de arriba abajo para asegurarme de que su mirada hace el recorrido descendente y, por tanto, más sugerente: cuello, esternón, vientre, ombligo. Obliga a su vista vidriosa a permanecer en la tirilla del bóxer negro hasta que cierro la bragueta del chino, a lo que sí le dedico todo el tiempo del mundo y más, y como todavía no ha girado la cara, me recoloco la entrepierna con una caricia premeditada, no muy brusca para no asustarla.

Eso puede con su fuerza de voluntad y por fin agacha la mirada.

—Te sienta bien.

—No me has mirado.

—Sí te he mirado.

—No es verdad.

Exasperada —y no sin razón—, alza la vista otra vez, se retira por unos pasos para recorrerme de arriba abajo, de abajo arriba, otra vez de arriba abajo; lo hace tantas veces y de un modo tan rabioso que podría haberme echado a reír si no me produjera una insólita satisfacción, además de unos nervios absurdos, tener sus ojos sobre mí.

—Visto. Nos lo llevamos.

Impido que se dé la vuelta y se vaya cogiéndola de la mano y tirando en mi dirección con suavidad.

—¿Y de cerca me sienta bien también? —pregunto en voz baja. Aprovecho que la tengo bien sujeta de los dedos índice y corazón para posar su palma sobre mi hombro—. ¿No te parece que me aprieta un poco el brazo?

Lara Cosima traga saliva.

—No. Está bien —responde como el robot de un contestador automático—. Es el brazo que tienes. No te lo podemos recortar.

—Pero este botón tiene pinta de que va a salir volando si me siento. —Guío su mano hacia la hilera de la camisa, en concreto a la zona que me cubre por debajo del ombligo, y ante un jurado alegaré que es cierto que me aprieta tanto que entre un botón y otro se ha abierto un espacio lo bastante amplio para introducir los dedos de Lara Cosima—. A ver si me van a criticar en redes sociales ahora por atacar a alguien cuando se me salte.

—Bueno, vale, es verdad. Voy a decírselo a Gilda para que el sastre te ajuste a la cintura la talla siguiente.

—¿Y el pantalón? —insisto, sosteniéndola ahora también por la otra muñeca.

Lara Cosima se permite lanzarme una mirada cargada de inquina y de vulnerabilidad: me pregunta qué coño me propongo y a la vez me ruega que por favor la deje en paz.

Respuesta a lo primero, *no lo sé*. Respuesta a lo segundo, *ni loco*.

—¿Qué le pasa al pantalón, DiMarco? —mastica de mal humor.

—Me aprieta.

Todavía no ha forcejeado conmigo para recuperar el dominio de su mano, así que la llevo a la altura de mi bragueta, ahí donde es cierto que me presiona el botón del chino, y la insto a confirmarlo introduciendo los dedos en la cinturilla.

Lara Cosima ha entrado en una especie de trance, como me indica su mirada fija y su boca entreabierta, y debo admitir que yo también. Hoy lleva un pintalabios algo más oscuro de lo habitual —aunque sigue siendo muy pálido—, y esa cobertura brillante que aplica encima una y otra vez, producto de un tic nervioso, me recuerda al glaseado de una tarta.

—El pantalón te queda como te tiene que quedar —murmura con voz ausente.

La intuición me dice que no va a salir huyendo si la suelto. Corro el riesgo recuperando el dominio de mis manos y procediendo a desabotonarme la camisa despacio, advirtiéndola con la mirada para que no se vaya porque pienso probarme el polo que he dejado en la percha.

Estoy tan poco acostumbrado a tener que emplear esta clase de jueguecitos que me sorprende mi propia originalidad a la hora de insistirle y me sorprende también estar disfrutando de algo que sé que no me va a llevar a ninguna parte. Porque una cosa tengo clara, y es que Lara Cosima no permitiría ni hoy ni si alguna vez aceptara que le atraigo que me la follara en el probador de un centro comercial con Gilda y sus *groupies* al otro lado.

Por lo general, me molesta no tenerlo todo *ya*. He trabajado la disciplina para conseguir lo que me propongo a largo plazo, sí, pero es una disciplina selectiva que solo aplica al fútbol, nunca al sexo. Si una mujer se hace la difícil, asumo que no le intereso lo suficiente y me largo. Será por tías en el mundo. El comportamiento de Lara Cosima no dista mucho del que despliega una chica tímida a la que le gusto pero le falta valor para decírmelo, prototipo que me saca de quicio y mando a pastar al toque.

Pero a lo mejor es que las otras chicas tímidas no permanecen inmóviles como estatuas de sal mientras me saco la camisa, casi como si las hubiera hipnotizado; no atienden al modo en que me

desvisto igual que un fotógrafo de animales salvajes, tensa de la cabeza a los pies y con el aliento contenido, no se le vaya a escapar el plano perfecto.

No estoy familiarizado con el silencio que se instala entre los dos mientras aguanto desnudo de torso. He estado más próximo al cuerpo de otras mujeres en circunstancias similares, pero el cuerpo de Lara Cosima tiene que ser distinto, porque me altero de pensar en acercarme. Tengo que sacar la cabeza rápido del polo para no perderme ni una sola de sus microexpresiones.

Para cuando estoy ya vestido, esperando su valoración de la prenda camel o beis —sigo sin saber cuál es cuál—, tengo la respiración extrañamente agitada y la polla dura.

Suerte que ella no se dará cuenta si no agacha la vista.

Lara Cosima desliza una mirada mucho más deliberada y pormenorizada por mi pecho con el polo enfundado. Vacila a la hora de decir algo, y al final renuncia a la opinión verbal. Avanza un paso, todavía indecisa —yo también estoy indeciso, porque yo también quiero decir algo y no sé el qué—, y alarga los brazos a mi cuello para cerrar uno solo de los botones del escote en pico. No me roza la piel siquiera, pero se ha detenido a un palmo de mi cara si me agachara a su altura, y desde arriba puedo ver la curvatura rizada de sus pestañas y que respira por la boca entreabierta.

¿Y si la beso? ¿Qué es lo peor que puede pasar? Es una idea que surca con vaguedad mi pensamiento y que sin embargo impacta en mi vientre como un gancho ascendente, como si todo mi sistema me dijera que sí, que sí, sí, sí, sí. Podría besarla en la mejilla. O en la punta de la oreja que asoma entre su pelo. O en la frente. No tendría por qué ser en la boca, quiero decir. Con poner mis labios en alguna parte de su cuerpo me podría conformar.

La idea va tomando forma y ocupándolo todo a costa de desterrar el sentido común, y mi vientre se va preparando enviando oleadas de calor hasta las puntas de mis dedos, que doblo y estiro, doblo y estiro, hasta que no puedo más y le acaricio un mechón de pelo.

Ella levanta la barbilla de golpe y me mira entre recelosa e inquisitiva.

—Tenías un... —me justifico con un ridículo balbuceo— un... una cosa ahí.

Lara Cosima pestañea tres veces seguidas. Por suerte para mí, la he dejado tan perpleja con mi repentino ataque de nervios que se le olvida que he estado provocándola hasta sacarla de sus casillas. De pronto es como si su frente se volviera transparente y pudiera leer sus pensamientos, porque así de expresiva es: «¿Qué le pasa a este tío? ¿Va de flor en flor y conmigo se pone a temblar como un niño?».

Yo estoy igual de pasmado.

Ella se recupera antes, supongo que porque no la ha atacado por la espalda el insoportable deseo de ponerme la mano encima, y logra encontrar la voz de las sentencias para decir:

—Nos quedamos ese polo para la entrevista con Farah. —Pausa en la que titubea—. Si te parece bien.

Soy incapaz de abrir la boca, todavía en estado de shock por lo que quiera que me haya pasado hace un momento. Solo asiento con la cabeza y me bato en retirada dando un paso atrás para protegerme de su influencia, que no tengo ni puta idea de cuál es pero empiezo a darme cuenta de que no me viene nada bien si no vamos a consumar.

Lara Cosima corre la cortina, pero antes de salir del probador me hace una advertencia que curiosamente me deja más tranquilo.

—Sea lo que sea que hayas hecho hace un momento, no lo vuelvas a hacer.

No me deja contestar. Me abandona mucho antes de que formule un pensamiento coherente que se asemeja bastante a una réplica que no por infantil es menos cierta: «Yo no he hecho nada. Me lo has hecho tú a mí».

Capítulo 7

Sexy on the cover

Lara Cosima

—Si dices que DiMarco no te gusta ni un poquito, te creo.

Dejo de consultar el móvil a la espera de la confirmación de Farah Fou para mirar a Samantha con legítima sospecha. No hace falta conocerla tan bien como yo la conozco —es Aries, su personaje favorito de *Pequeñas mentirosas* es Alison, de niña llevaba un parche en el ojo derecho— para saber que en esa frase vibra la presencia invisible de un «pero» como una catedral y no es ni la mitad de prudente de lo que se cree para tener la gentileza de reservárselo.

Espero con las cejas enarcadas a que dé su veredicto. Ella continúa con la vista fija en el material de preproducción en el que Morgan Reece, Perry Jackson y yo hemos trabajado a contrarreloj en los últimos días para afinar lo que pronto será un anuncio televisivo. Como Sam tenía que estar presente por narices como representante de los intereses de Gillette —yo represento mucho antes a DiMarco, y sus necesidades y objetivos pueden diferir—, he tenido la idea —que ya no me parece tan maravillosa— de mostrarle el *brief* de marca y el desarrollo del concepto visual. Ha estado convenientemente callada en tanto que leía los ganchos y eslóganes obvios —¡masculinidad moderna! ¡Piel perfecta! ¡Acabado suave! ¡Corte preciso!—, pero en cuanto ha llegado al *storyboard*, es decir, al diseño plano por plano de lo que sucederá en los treinta segundos de *spot* publicitario, una sonrisa enigmática se ha ido abriendo paso en sus labios.

Quince minutos más tarde, sigue pasando las páginas de los bocetos con una lentitud exasperante.

Inquieta por la que pueda ser su conclusión, lanzo una mirada rápida al set que los subcontratados de la agencia y el departamento de marketing han montado para simular un baño de lujo. El operador empuja la cámara por los rieles; el director, Perry, y Morgan Reece intercambian opiniones con grandes aspavientos; los técnicos de luz comprueban que los focos funcionan y que pueden graduarlos a su gusto; los encargados de sonido están tan relajados que se han sentado en el borde de un escalón y mastican sus

respectivos sándwiches de pastrami mientras bromean con los especialistas de la escenografía, o sea, los responsables de que tengamos paredes desmontables para rodar ángulos imposibles.

Del equipo de estilistas no hay ni rastro por ahora. Están ocupados en el camerino con DiMarco, del que he huido en cuanto le han pedido que se desnude.

—Pero —entona al fin Samantha. Reagrupa los papeles y los guarda en la carpeta antes de mirarme con regocijo— eso no es lo que da a entender tu propuesta publicitaria, cielo.

—¿Qué se supone que da a entender, más allá de que si tienes una buena barba y no la utilizas para parecer guapo, va tocando cortarla con la maquinilla Big Pro? He oído más de una y más de dos veces comentarios maliciosos sobre lo engañoso que es el maquillaje en las mujeres, pero ¿qué hay de los tipos que se dejan crecer el vello facial y lo perfilan para disimular que no tienen mandíbula?

—Mírate, intentando cambiar de tema. Qué monada.

—¡No intento cambiar de tema! Estoy esperando a que me expliques qué ves sospechoso.

—Para empezar, me parece sospechoso que eligieras a DiMarco como protagonista del anuncio. Es casi como si supieras que tendrías que verlo semidesnudo.

¡Como si necesitara una excusa para verlo semidesnudo! ¡Es un maldito exhibicionista!

—Elegí a DiMarco como protagonista del anuncio para matar dos pájaros de un tiro: de esto se van a beneficiar dos de los clientes de Velvet Room, por si no lo sabes.

—No, si es una idea excepcional. —Sacude la carpetita en mis narices con los ojos guiñados—. Es solo que sabiendo lo que sé sobre tu... relación con DiMarco...

—Mi relación laboral.

—... que es que no estáis en los mejores términos, me extraña o por lo menos me sorprende que pensaras en él como primera opción para actuar en un *spot* tan sexualizado. Habíamos quedado en que no era nada atractivo, ¿no? —Se abanica con la carpeta con fingido aire reflexivo—. Has cambiado de opinión muy rápido.

—A mí no me parece atractivo, pero la inmensa mayoría del público femenino sí. Y no lo he elegido porque la gente vaya a quedarse viendo la tele solo porque aparece su pecho. Lo hemos elegido entre Morgan, Perry y yo —recalco— porque tiene una barba perfecta.

—Por eso le vais a grabar empapado con nada más que una toalla anudada a la cintura y con la canción *Boombastic* de Shaggy sonando de fondo. —Hace una pausa dramática—. Porque tiene una barba perfecta.

—¡*Boombastic* le va al pelo!

—Oh, sí. *Mister Lover-Lover*... —canturrea Samantha en tono sugerente. Se acerca a mi oído y me recorre el cartílago de la oreja con la yema del dedo índice—. *Sexy on the cover.*

Me estremezco de repugnancia y la aparto de un manotazo.

—¡Estamos vendiendo una imagen de masculinidad sensual —defiendo mi idea débilmente—, y qué mejor que rematarlo con una canción que fue viral en TikTok!

—Entonces reconoces que su masculinidad *es* sensual.

—¡Yo no reconozco nada!

—Eso ya lo veo, ya. Pero me gustaría que al menos admitieras que no estás acompañando a tu cliente en el camerino porque sabes que se te pondría cara de cerda viendo que le llenan el pecho de vaselina para que brille como un muñeco de cera. No te juzgo, que conste —se digna a aclarar levantando las manos—. Yo también mantendría mis distancias si supiera que me va a costar controlarme.

—¡No estoy haciéndole compañía en el camerino porque lo iban a desnudar, y es importante respetar la intimidad y la sensibilidad de los demás!

—Cuando dices «la intimidad y la sensibilidad de los demás» te refieres a la tuya, ¿verdad?

Por descontado. DiMarco no se caracteriza ni por su sensibilidad ni porque tenga la costumbre de esperar a que haya abandonado la estancia para quitarse la toalla de la ducha, y yo no tengo por qué verle las partes pudendas a nadie.

Ni mucho menos al hombre para el que trabajo.

No tengo por qué verle los abdominales. Ni los hombros torneados. Ni los recios muslos. Ni la cintura estrecha. Ni los oblicuos que desembocan en...

Carraspeo ante la expresión expectante de Samantha. Adopto la postura discursiva de juntar las yemas de los dedos y mirarla con gravedad, a lo que ella finge disponerse a escucharme con toda solemnidad irguiendo la cabeza.

—Mira —intento razonar—. No tengo ni que explicarte el momento social que estamos viviendo, ¿verdad?

—Ya tardaba en llegar la explicación sociológica.

—Con el desnudo integral de Eric Dane en *Euphoria* comenzó un movimiento de destape en el cine y las series que hemos seguido pagando cada vez más caro, como se ve, por ejemplo, en las coreografías eróticas de *Los Bridgerton*. ¡Vivimos en un mundo que está a una temporada de *Élite* de pasarse al porno! ¡En un mundo en el que ya hasta Catherine y Heathcliff tienen sexo encima de una mesa y se meten los pulgares en las bocas, por favor! ¡Catherine y Heathcliff de *Cumbres borrascosas*! ¿Cómo no iba a escribir un anuncio televisivo que se adaptara a las corrientes actuales?

—Cariño, *True Blood* empezó hace casi veinte años y le vimos el culo a Alexander Skarsgård. No es un «momento social».

—Cierto. Es lo que pide el público desde siempre. Más en mi favor.

—Por ahí te vas a salvar, mona —acepta al fin—. Solo por hoy, que conste. No he terminado contigo, así que no te relajes.

No me da tiempo ni a respirar tranquila porque me haya dejado estar por un rato. Perry da una palmadita aliviada para captar la atención del equipo y exclama, no sin entusiasmo, que por fin ha llegado la estrella: DiMarco aparece en el set escoltado por el estilista contratado por Morgan Reece, la barbera profesional que le afeitará la barba entre planos para que quede perfecta, la maquilladora y el asistente de vestuario, que hoy va a trabajar más bien poco porque, como cabe esperar, el actor puntual se lucirá en cámara con tan solo una toalla de color blanco nuclear pulcramente planchada.

A estas alturas se podría decir que lo he visto más veces desnudo que vestido, pero todavía no me acostumbro. Y hoy es el día que

menos podría acostumbrarme, porque el equipo ha cuidado cada pequeño detalle. Le han echado el pelo negro hacia atrás salvo por un pequeño mechón rizado, que le cae sobre la frente como a un joven Elvis Presley, y le han embadurnado la piel bronceada con un producto aceitoso que la hace brillar como si estuviera sudando... o como si acabara de salir de la ducha, que es el caso.

DiMarco es, como siempre, ajeno a la conmoción que causa a su alrededor. Mira a un lado y al otro con la aprensión de quien no entiende lo que está sucediendo, una vulnerabilidad que podría encontrar adorable si no supiera que no tiene un pelo de tonto, y camina descalzo hacia donde le indica el deslumbrado Perry sujetándose el borde de la toalla con un brazo venoso.

—Dios mío —oigo que murmura Samantha, anhelante—. Esa cara va a romper internet.

No es la única que lo piensa. La estilista y la barbera profesional lo rodean con sonrisitas que, si pretenden disimular lo que andan pensando, mejor sería que las devolvieran al fabricante por producto defectuoso. En tanto que Perry ahonda en sus explicaciones sobre lo que DiMarco habrá de hacer ante la cámara, explicaciones a las que, como siempre, DiMarco atiende con la vista fija en el suelo, el equipo de mujeres le prodiga toda clase de atenciones innecesarias.

—Ya tiene suficiente bronceador en la frente, no necesita más —mascullo por lo bajo—. Ya tiene la barba lo bastante rizada y descuidada para que el cambio sea brutal, puede parar de darle toquecitos en la barbilla con el peine. ¡Lo que haría falta es que le pongan polvos translúcidos para controlar los brillos de la frente!

—Solo están haciendo su trabajo, LC, cariño.

—Se lo están trabajando, más bien —rezongo, y echo un vistazo rápido alrededor por si acaso algún técnico gracioso o alguna que otra ayudante de producción resentida con su salario estuviera grabando a escondidas el modo en que DiMarco alterna con el equipo femenino.

Parece que todo el mundo, hombre o mujer, se ha quedado deslumbrado con su físico. Incluida Morgan Reece, que, sin dejar de mirar a mi estrella —mala idea cuando caminas en la dirección contraria—, termina de darle algunas indicaciones al técnico de luces

y trota sobre sus deportivas hacia mí para sujetarme por los hombros.

—Tenías razón, Lara. DiMarco era la mejor opción. ¿Qué digo, la mejor opción? ¡La única! Tendría que haberte escuchado desde el principio. Menos mal que Perry compartía contigo la visión. Se levantó del asiento en cuanto le mencioné a tu candidato y, en completo silencio, tiró a la basura el resto de las fotografías que andaba barajando. ¡Gracias!

—Gracias a ti. Espero que no te importe que mi compañera, Samantha, grabe algunos vídeos y tome fotos. Nos gustaría montar un pequeño *teaser* en formato *reel* para el Instagram de DiMarco y algún que otro cortometraje del proceso para la página web de Velvet Room.

—¡Por supuesto, por supuesto! ¡Haced lo que queráis! Sí que os pediré que no publiquéis nada antes que nosotros, por eso de que la marca reciba el mayor número de visitas y *me gustas*, pero a partir de ahí DiMarco será tan vuestro como nuestro. —Morgan me guiña el ojo y se despide exclamando—: ¡Madre mía! ¿Quién se acuerda ahora del *paparazzi* de las gafas rotas?

Hace una semana no era un *paparazzi*, era un fotógrafo, y se mencionaban las gafas rotas como si le hubiera prendido fuego a su bichón maltés. Ahora se refiere al traicionero de la cámara con desprecio. Es el poder del marketing, de la publicidad meticulosamente estudiada: en efecto, ¿quién se va a acordar de ningún *paparazzi* y de ningunas gafas rotas cuando DiMarco aparezca en pantalla? Si el primer plano no convence al fanático de fútbol que verá el anuncio entre un partido y el siguiente o al ama de casa que despliega la plancha ante la televisión, los convencerá el plano que exhibe los músculos de su pecho y sus brazos contraídos mientras sigue la línea del mentón con la maquinilla.

Porque no, yo nunca he negado que tenga unas medidas corporales ideales. Yo nunca he negado que sea alto y atlético. Yo nunca he negado que los hombres puedan querer ser como él y las mujeres puedan desear *estar* con él. Más que nada porque negar lo que una tiene en las narices es un síntoma de estupidez, y lo que veo es que la barbera se ríe como una tonta mientras le oscurece

algún que otro pelito más claro con una brocha empapada de sombra negra.

—¿Y tú a qué te dedicas? —oigo que pregunta DiMarco.

—Además de barbera profesional, soy lo que se llamaría *groomer* especializada en piel masculina.

—Hay gente para todo —dice sin ninguna entonación concreta.

A mí me habría sentado mal el comentario, pero la barbera profesional y *groomer* especializada en piel masculina no está por la labor de que nada se interponga entre su objetivo de ligárselo y ella. Incluso si lo que se interpone en su objetivo de ligárselo es el hombre al que quiere ligarse.

Dejo a Samantha trasteando el iPhone de última generación para grabar el contenido y me acerco a DiMarco a toda prisa. Nada más verme llegar, su expresión incómoda, camino de la franca irritación, se suaviza completamente, y estoy segura de que habría suspirado de puro alivio si no tuviese la sospecha de que la barbera profesional y *groomer* especializada en piel masculina interpretaría como una invitación el solo hecho de que entreabriera los labios.

—¿Estás listo?

—Supongo.

Tan elocuente como siempre.

—No olvides que más allá de que tenga que vigilar la producción estoy aquí por si me necesitas. Si en algún momento crees que te piden que hagas algún gesto o digas alguna frase con la que no te identificas o que te da la sensación que podría convertirse en un meme de internet, llámame y lo negociaré por ti. Nada de liarse a voces con el director, ¿de acuerdo? Lo mismo te digo si sientes que el tono del anuncio contradice la narrativa que queremos vender o te violenta el modo en que alguien se dirige a ti —apostillo, y miro de reojo a la barbera profesional y *groomer* especializada en piel masculina.

Lo de *groomer* empieza a ser verdad, solo que en la acepción menos halagadora de la palabra, porque DiMarco no tiene una sola cana para justificar que siga aplicando sombra de ojos negra a la maldita barba.

Espero a que se percate de que alguien aquí la está juzgando y a que se retire a regañadientes en consecuencia para acercarme un paso más a DiMarco y advertir:

—Y nada de ligar con ningún miembro del equipo de producción, ¿me oyes? Quiero que estés al menos tres meses sin sacar a la calle a una mujer.

—¿Quieres que esté tres meses sin acostarme con nadie?

Todos los días aprendo algo con él. En este caso, que es un gran sacrificio ser célibe durante un trimestre.

Primera noticia.

—Acuéstate con quien te plazca, pero con la mayor discreción. No es nada discreto que te pongas a coquetear con alguien en un set de grabación en el que estamos trabajando alrededor de cuarenta individuos, muchos de ellos con amigos en la prensa y todos y cada uno con un móvil conectado a internet.

—No estaba «coqueteando» con nadie —se defiende, ceñudo. Escucho lo que no ha dicho, pero está implícito en su tono: «¿Por qué utilizas esas palabras? Pareces salida de *Downton Abbey*»—. No entiendo lo de salir desnudo en televisión si lo que queremos es vender la imagen de hombre tranquilo.

Dios mío, ¡es que no se estudia el guion del proyecto!

—A priori pretendemos quitarte el estigma de hombre problemático. Por eso me encargaré de que te hagan fotos paseando tranquilamente, haciendo deporte, riéndote con tus amigos o con un libro de bolsillo metido en el pantalón mientras esperas en el aeropuerto, como hizo Jacob Elordi para petarlo. Ahora bien; tenemos que trabajar por los dos frentes para que sigas siendo relevante. Si solo eres un buen tipo, nadie va a volver a mirar en tu dirección. Si, en cambio, trasladamos la idea de que eres de fiar y al mismo tiempo explotamos tu físico, o, lo que es lo mismo, lo bueno que tienes, conseguiremos que el público siga pendiente y espere tu próximo paso.

DiMarco me mira a los ojos fijamente.

—¿Crees que esto es lo bueno que tengo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que estoy bueno?

—¿A qué viene eso?

—Has dicho muchas palabras y me da la sensación de que eso es lo que significan.

—¡Claro que no pienso que...! —Me obligo a bajar la voz. Al menos Samantha estará vigilándonos, y es precisamente la opinión de Samantha lo que me conviene tener atado en corto. Avanzo un paso más y apunto a DiMarco con un dedo amenazador—. Claro que no pienso que estés bueno. Yo no voy pensando eso de nadie, ¿me oyes?

—Pensaba que las representantes tenían el deber de dar charlas motivacionales a su cliente. No me estás ayudando.

—¡Como si a ti te hiciera alguna falta que te den charlas motivacionales, sobre todo en lo relativo a tu aspecto!

DiMarco me aguanta la mirada con seriedad.

—¿Y por qué no? Me estás haciendo sentir inseguro.

—Pues recurre a alguna de las mujeres del equipo de estilistas. Estarán encantadas de decirte lo que quieres oír.

—Pero yo quiero que me lo digas tú. ¿No estabas aquí para satisfacer mis caprichos?

—Si ese era un capricho tuyo, haber rellenado el cuestionario que te lo preguntaba.

Perry me salva de una situación que solo Dios sabe cómo habría terminado tocándole el hombro a DiMarco y pidiéndole que se coloque sobre la marca delante del lavabo de escenografía para hacer algunas comprobaciones de plano. Él obedece sin rechistar a esta y a las órdenes que le siguen: métete en la ducha, un poco más a la izquierda, eso es, ahora corre la mampara, ¿dónde está el encargado de que la mampara esté empañada?, ¿por qué no está empañado también el espejo?, ¡empañadlos ahora mismo, ¿qué coño es esto?!, ¿es que nadie hace bien aquí su trabajo?, no es a ti, DiMarco, tú lo estás haciendo estupendamente, cielo; colócate sobre la cruz blanca del suelo, muy bien, ahora dame el perfil, ahora mira de frente, ahora pásate la mano por la nuca, ahora coge la maquinilla de afeitar, ahora haz un mortal hacia atrás, siente la superficie dentada, perfecto, estos van a ser los planos, ¡qué maravilla!, eres una estrella, chico.

Los cámaras terminan de situar sus mamotretos en posición —hay dos, la que sigue a DiMarco y la que pretende capturar otros puntos de vista más abiertos— y su técnico levanta el pulgar hacia Perry para indicar que puede comenzar la grabación.

Si el director va a respetar el *storyboard* que presentamos Morgan Reece y yo, la escena será la siguiente: DiMarco sale de la ducha atusándose el pelo y frotándose la barba con aire pensativo, meditando si habrá llegado el día de cortársela; se detiene frente al espejo, duda entre una cuchilla de marca blanca y la maquinilla Big Pro, escoge la segunda, la manipula con curiosidad y acto seguido comienza a afeitarse.

Lo cierto es que el tipo de escena respeta las dotes interpretativas del actor, porque DiMarco arrastra a todas partes o el ceño fruncido o el gesto reflexivo, y esas son las dos expresiones necesarias para vender el producto.

Eso y una sonrisa satisfecha al final.

He conseguido que acepte afeitarse la barba porque total, dentro de dos semanas la iba a tener igual que ahora, y eso es lo que hace según le va ordenando Perry. Estaba convencida de que dar su brazo a torcer había sido una victoria hasta que la barbera profesional y todo lo demás que ya sabemos procede a afeitarlo en condiciones.

Haciendo uso de más instrumentos aparte de la maquinilla de Gillette, todo sea dicho. Instrumentos que no comercializa Gillette y que no van a mencionarse en el *spot* publicitario.

El caso es que para cuando la especialista ha terminado su obra y a DiMarco le toca ser grabado acariciándose la línea de la mandíbula y aplicándose el *aftershave*, este sí marca de la casa, me veo obligada a aceptar que me he equivocado. No porque sea de esos tipos que sin la barba pierden un ochenta por ciento de su atractivo —a mí nunca me han gustado los hombres con barba, además—, sino por todo lo contrario.

Samantha debe leer en mi lenguaje corporal que se me han activado los nervios, porque se me acerca por detrás, iPhone en mano, y dice con retintín:

—¿Ni siquiera te gusta ahora? ¿Ni un poquito?

—¡Claro que no!

Y es verdad que no me gusta. ¿Por qué me iba a gustar? Simplemente ahora está más favorecido. Eso no es una opinión personal. Es un hecho fehaciente. No por nada, sino porque sin la barba de Tarzán de la jungla ahora se le ve la cara en condiciones, y eso, además de transmitir una imagen más higiénica, accesible y formal, le ayuda a aparentar la edad que tiene. Más que eso: revela datos que no estaban al alcance del público, como que su mandíbula consiste en cuatro cortes precisos, que tiene el cuello largo, grueso y masculino, que un hoyuelo sutil le marca la barbilla y que sus labios son...

Pues unos labios. Unos labios como otros cualquiera. Carnosos, perfilados por naturaleza. Ya está. Labios.

¿Qué es esto? ¿Un examen de anatomía?

La cámara lo graba secándose de la garganta la espuma que el pertinente encargado ha procurado que se derramara de un modo muy específico. Es el mismo profesional que ha procurado que los poros permanecieran cerrados y no hubiera irritación real al pasar la maquinilla. Se han grabado tomas de DiMarco con una barba más recortada y perfecta, DiMarco solo con el bigote y la perilla, y ahora DiMarco con el rostro liso como la piel de un bebé.

Si de repente me parece guapo es porque el poder de los estilistas no debe subestimarse, nada más. En cuanto pase cuatro días sin afeitarse, se me pasará el efecto. De hecho, se me pasará en cuanto se quite el aceite de los hombros y se calce el chándal que le viene enorme con la camiseta de AC/DC.

DiMarco me lanza una mirada desde el set, a unos cincuenta metros de distancia, y yo me pongo firme en el acto, como si me hubiera pillado *in fraganti* cuando eso es imposible: todavía no sabe leer la mente. Pero a lo mejor sabe leer algo más, como el lenguaje no verbal o el rubor facial, porque por lo menos se enteró de un asunto privado del que ni yo misma era consciente cuando fuimos al centro comercial a renovar su fondo de armario. Desde entonces siento que debo comportarme con cuidado a su alrededor, y eso hago enderezándome con lo que espero que se entienda como profesionalidad y me dirijo al satisfecho Perry ignorando que DiMarco me sigue con la mirada.

Capítulo 8

Don’t Touch Me There, You Perv!

Lara Cosima

—¡Ah, Lara! ¿Qué te parecen nuestras imágenes? —Perry me señala las pantallas del técnico, donde se observa a diversos DiMarcos con variados cortes de barbería—. Respetaremos tu propuesta de montar el vídeo al estilo de la vieja escuela pero con un deje de *fancam* de TikTok. ¿Añadirías algo más?

—Creo que le falta un poco de... humanidad —opino en voz alta después de examinar el material.

—¿Qué quieres decir?

—El hecho de que vendamos un producto para hombres y que el actor sea un jugador de fútbol apela al público masculino, pero ¿qué hay de las mujeres?

Perry esboza una sonrisa incrédula.

—Algo me dice que las mujeres también se quedarán muy satisfechas con lo que verán, Lara —me dice en tono condescendiente.

—Es Lara Cosima. Cosima es mi segundo nombre, no mi apellido. Y sí, sé que algunas mujeres agradecerán que les salte en los anuncios un... tipo atractivo —eso lo añado en voz baja para que el aludido no lo escuche—, pero me gustaría involucrar lo femenino más activamente en el *spot*, ¿sabes? Al final, son muchas las mujeres que compran la ropa interior, los cinturones, los perfumes y las maquinillas de sus maridos. Ellas también tienen que pensar: «Quiero esa maquinilla en concreto».

—¿No crees que lo decidirán sin dudar nada más ver a DiMarco?, ¿que no pensarán de manera inconsciente lo que pretendemos dar a entender: que si le compran la maquinilla a su hombre, su hombre pasará a estar tan bueno como el actor? Un poco como vemos con Calvin Klein. Te puedo asegurar que me compré los calzoncillos que promocionaba Aaron Taylor-Johnson con la esperanza de que en mí lucieran así de bien.

—A ver, sí, claro, la manipulación pasiva está ahí, como en todo anuncio, pero ¿y si introducimos algo más de guion para que su decisión de comprar la maquinilla no sea inconsciente, sino que les

parezca reflexionada? Cogemos a alguna chica del set y terminamos el anuncio con ella acariciándole la cara a DiMarco y sonriéndole. Eso reafirma el mensaje que venden todos los anuncios de perfume: ¡consigue el producto y no solo te sentirás bien contigo mismo, sino que conseguirás el amor de las mujeres! Y las mujeres, por otra parte, pensarán que el anuncio también va dirigido a ellas a pesar de vender una maquinilla. Entenderán que el acto de afeitarse es un asunto propio, algo que las beneficiará de alguna manera.

—Me gusta cómo piensas —confiesa Morgan, que no sé en qué momento se ha unido.

—Pero hemos alquilado el set solo para hoy —replica Perry—, y tardaríamos días en encontrar a la actriz adecuada.

—¿Te acuerdas de cuando utilizaron a Elsa Pataky para grabar un beso entre el personaje de su marido, Chris Hemsworth, y el personaje de Natalie Portman para una película de *Thor*? Natalie ya se había marchado a su siguiente proyecto y faltaba un plano, así que le pusieron una peluca castaña a Elsa y quedó resuelto. Lo que vengo a decir —me explico viendo que Perry se ha perdido— es que no hace falta que se le vea la cara a la chica. Puede aparecer de espaldas o en un perfil desenfocado, y para eso no necesita un graduado en Artes Escénicas. Ni siquiera el atractivo físico de una superestrella. Con que sea medio fotogénica bastaría, y veo en el set a suficientes chicas monas para cumplir el rol.

Perry y Morgan echan un largo vistazo a su alrededor. Sus ojos caen sobre las mismas posibilidades en el mismo orden. A sabiendas de los que son los criterios habituales, me sumo al proceso selectivo que me consta que están imitándose mentalmente el uno al otro diciendo:

—La ayudante de producción no. Es muy guapa, pero también morena, y está bronceada. —No sé de dónde sacará el tiempo para pasar por el solárium. Ser becaria consiste, grosso modo, en no tener tiempo ni para arreglarte las raíces ni para ir al solárium. En no tener vida propia, a secas—. En pantalla se suele buscar el contraste rubio-morena o morena-rubio por motivos lógicos: compartir características físicas generales con quien será tu pareja en la ficción

no contribuye a la estética que se diga, y a veces hace que parezcan hermanos.

—La barbera tampoco —aporta Morgan—. No tengo nada en contra de que las mujeres se rapen un lado de la cabeza y se hagan tatuajes hasta en el cuello, pero cuando la narrativa de un relato audiovisual enfrenta Lo Femenino con Lo Masculino, como va a ser el caso, tanto lo femenino como lo masculino debe ser visualmente estereotípico para apelar a la mayoría.

—La maquilladora es sexy —valora Perry—, pero en este caso lo veo problemático. La sensualidad la debe acaparar Myles DiMarco, que para eso es la estrella y quien vende la maquinilla.

Puedo entender por qué sus miradas caen sobre mí casi a la vez, por qué las acompañan de una sonrisa satisfecha. De estar en sus zapatos, yo habría tomado la misma decisión y la habría justificado así como lo hacen ellos:

—Tienes la altura adecuada para subrayar la supremacía física de DiMarco —determina Morgan después de mirarme de arriba abajo—, y eres lo bastante femenina en tu manera de vestir y gesticular, lo único que aparecerá en pantalla, para recalcar que DiMarco es el colmo de la masculinidad.

—No eres rubia, pero las mechas contrastarán con el pelo negro de DiMarco.

—Y de no ser por las marcas que llevas encima, que tendrías que quitarte —advierte Morgan—, no llamarías en absoluto la atención, algo que de nuevo contribuirá a engrandecer al personaje.

—Pero si decidieran fijarse en ti, raro sería que pensaran algo distinto de: «Sí, vale, es mona, me lo creo. Me creo que sea la mujer por la que Myles DiMarco se ha tomado la molestia de afeitarse».

—Se lo creerían porque tiene su parte de verdad, ¿no? Según me ha contado esta mañana, Lara tuvo que negociar con DiMarco para que se prestara a deshacerse del vello facial.

—Vale, ¡lo tenemos! ¡Me encanta improvisar! —exclama Perry. Despliega un eslógan invisible con un aspaviento y dice—: Vamos a aprovechar la escenografía que montamos el otro día para el anuncio de compresas y al final no usamos para grabarlo bajando las escaleras ya vestido, como si fuera a alguna parte, y reuniéndose

abajo con Lara Cosima de espaldas. Hoy tienes el pelo estupendo, querida. Con dos toques de secador y laca estarías lista. ¡Y no te tienes ni que cambiar! Ese vestidito veraniego es ideal. ¡Estilistas! —Chasquea los dedos para captar la atención del equipo, que ahora revoloteaba alrededor de DiMarco para quitarle los pelitos de la barba del pecho—. ¡Ponedle a ese hombre una camisa y un chino! ¡Negros, a poder ser!

Por supuesto, el equipo ya estaba preparado para esta eventualidad, porque el estereotipo de anuncio de afeitado delante del espejo solo era una de tantas opciones posibles. El encargado de vestuario desaparece corriendo para regresar con un perchero lleno de prendas, todas ellas adaptadas al estilo de DiMarco, de su talla e ideales para transmitir la imagen de símbolo sexual y elegante.

En tanto que este último ayuda a la estrella a cambiarse en la intimidad, los especialistas en escenografía disponen los detalles del set vecino arreglando las plantas y arbustos artificiales que enmarcan las escaleras por las que bajará. El peluquero y la maquilladora acuden hacia mí para ahuecarme la melena, retocarme la sombra de ojos y el pintalabios y pasarme una plancha por el vuelo de la falda.

Me convenzo de que solo es una prueba, nada definitivo, y nadie me reconocerá a excepción de quien haya tratado conmigo, que no es la mayoría de los Estados Unidos de América. Me convenzo también de que es muy probable que esto no supere el corte final porque el montador no lo verá apropiado ni fluido y simplemente lo descartará. Me convenzo de que incluso si se respetara, luego se reduciría la extensión del anuncio y lo que se reproduciría en televisión serían los diez primeros segundos. Es decir: la versión más breve en la que DiMarco es el único protagonista. Y me convenzo de todo esto porque siento que no conseguiré estar a la altura de lo que se me pide, que es bien poco.

Lo siento sobre todo cuando DiMarco regresa ya vestido de príncipe oscuro y ocupa su puesto en la cima de la escalera.

A mí me han colocado sobre una marca blanca a los pies de los peldaños con el bolso echado al hombro, como si hubiéramos quedado para dar un paseo. Ciertamente podría llegar a creerme la

narrativa, porque el decorado de los edificios y de la calle está muy conseguido, porque en el set se concentra el mismo calor que vengo sufriendo en el exterior, si no más, y porque DiMarco atiende a las indicaciones del director mirándome desde arriba con ese brillo en los ojos de las primeras citas que me desconcierta y me pone los nervios a flor de piel.

Ahora que lo pienso, podrían haber elegido a Samantha. Quizá es demasiado alta para que DiMarco destaque tanto como les gustaría, pero es rubia, es atractiva, va vestida con gusto e informalidad...

¿Qué digo? No se habría prestado a esta tontería. No cuando la alternativa era elegirme a mí, algo que, a juzgar por la sonrisa que me dirige sujetando el móvil en alto, la está haciendo mucho más feliz que rascar un minutito de fama.

—Ya sabes, Lara Cosima —me dice Perry—. Sonríele mientras baja, deja que te abrace y acaríciale la mejilla. Grabaremos un primer plano de tus dedos y su mandíbula.

—Vale —murmuro, agarrada al asa del bolso sin marca visible que me ha proporcionado la becaria por razones obvias: Prada no necesita más publicidad, y si la necesitara, nos tendría que contratar antes o pagar el equivalente al posicionamiento de producto.

En eso estoy pensando —Prada, publicidad, posicionamiento de producto— cuando oigo la palabra «acción» y alzo la vista hacia el punto que enfoca la cámara.

DiMarco desciende las escaleras trotando con paciencia, unas gafas de sol colgando del escote de la camisa que se cierra tres botones por debajo para dar la impresión de cuello alargado. Como la mayoría de los hombres, camina y corre con los pies ligeramente abiertos, como las bailarinas, y no sé si esto se lo ha pedido Perry o es de su cosecha, pero su actuación queda tan bien que por un momento me creo mi papel: alterna miradas distantes a un lado y al otro con una mirada hacia abajo y, por último, una mirada hacia mí.

Que lo capten las cámaras me es indiferente, porque antes lo capto yo. Capto que una sonrisa cálida se extiende por su rostro, capto que es la primera sonrisa sincera y sin barba que le veo desde que lo conozco. Lo que me parece a mí que no capto es que está fingiendo según las órdenes del director, porque mi cuerpo reacciona

antes que yo misma devolviéndole el gesto y alzando los brazos para recibirlo.

Por suerte, vuelvo a ser mi verdadero yo en cuanto DiMarco me devuelve el abrazo y me aprieta contra sí. El atrevimiento me deja catatónica —¿esto estaba en el guion?— y enseguida busco a mi alrededor, desorientada, a alguien que se haya dado cuenta.

Nadie dice «corten», nadie dice «menudo atrevido», nadie dice «llamad a la policía». De hecho, todo el mundo se me queda mirando expectante y luego fastidiado porque haya olvidado mi absurda aportación a esta fascinante pieza de cine. Me apresuro a reaccionar alzando la vista hacia DiMarco, que a duras penas contiene una sonrisita suficiente —ya no hay barba que valga para ocultar ni sus expresiones ni las connotaciones de las mismas—, y poniéndole la mano en la cara.

Él no se esperaba que en el proceso le diera una palmadita lo bastante contundente para que respingara.

Yo tampoco lo esperaba. Los nervios de actriz primeriza me han jugado una mala pasada.

—Vamos a repetirlo —dice Perry sin perder el temple—. La bajada ha estado bien. Haría falta que tu movimiento fuera más fluido, Lara. Ponle las manos sobre el pecho primero, si quieres, y luego ya le cubres la mejilla. Se la cubres, a poder ser. No le pegas.

Estoy separándome para recuperar la posición cuando DiMarco mira el director y aclara en voz alta:

—Yo no saludaría así a mi novia.

Perry ya se había dado la vuelta para hacerle una consulta al cámara cuando gira la cabeza de inmediato y atiende a DiMarco como si Dios mismo le estuviera hablando.

—Perdona, ¿has dicho algo, cielo?

El actor se mete las manos en los bolsillos. Yo, que no sé qué pretende ni qué diablos va a decir, permanezco inmóvil en la marca, como si así pudiera desaparecer.

—Se supone que Lara Cosima es mi novia, ¿no?

—O una chica que te gusta, sí, ¿por qué?

—Pues porque uno no saluda así a su novia ni a una chica que le gusta cuando la ve.

—Depende —replico después de carraspear. DiMarco me mira a los ojos desde el comienzo de la escalera—. No sabemos de dónde viene tu personaje. A lo mejor ha dejado en la calle al mío solo un momento mientras le hacía una consulta a un funcionario de correos y hace menos de cinco minutos que se han visto.

—No creo que se hayan visto hace menos de cinco minutos, porque lo que caracteriza a tu personaje es que está sorprendido de que me haya afeitado. Está claro que hace al menos un día que no se ven. De hecho, yo diría que mi personaje está saliendo de su casa.

—Por supuesto que no. Eso implicaría que mi personaje haya ido a buscar al tuyo a su puerta, y eso es algo que un personaje femenino en un anuncio que pretende hacer apología de la masculinidad no haría jamás.

—Entonces vamos a intercambiar nuestros puestos. Puedes ser tú la que baje y yo el que te reciba.

No me puedo creer que le estemos dando una dimensión profunda a dos figurantes de un anuncio de Gillette.

DiMarco deja de dirigirse a mí, como si supiera con exactitud lo que le voy a decir como siga replicándome —que se deje ya de mangonear a los profesionales—, y lanza una mirada expectante a Perry, que ha estado escuchando el intercambio. Hace un gesto con la mano que viene a indicar que repetimos desde arriba y me invita con un ademán a subir las escaleras del decorado.

Estupendo. De todos los directores de cortometrajes y anuncios publicitarios que hay en Norteamérica, hemos ido a parar con el único cuyo desmesurado ego no le impide ignorar cualquier sugerencia externa.

—Vamos a probarlo a la inversa, a ver cómo queda.

—Pero entonces yo ya no voy a salir de espaldas ni en un perfil borroso, sino que se me va a ver entera.

—¿Y qué pasa? —replica DiMarco.

—Pues que el protagonista eres tú, y a mí se me ha elegido precisamente para no destacar.

—¿Que se te ha elegido para no destacar? —repite, extrañado—. ¿Quién ha dicho que no destacas?

Le habría echado la bronca por improvisar un halago caballeroso delante de cuarenta personas si su perplejidad no hubiera sido genuina. Retiro la vista de su rostro despejado, que todavía no me puedo creer que pertenezca a él, y espero a la señal del director para bajar las escaleras con mi mejor actitud tranquila.

Sé que lo estoy haciendo mal antes incluso de llegar a mi destino: todo lo que tengo de mediocre, lo tengo de segura de mí misma al moverme, y como la cámara me siga a mí, esto va a pasar de ser un anuncio de Gillette a un plano de la película *El diablo viste de Prada*.

Lo que tampoco funciona es que me detengo en el penúltimo peldaño, de repente invadida por la timidez.

Desde luego parece que el hombre que tengo delante es mi novio, porque da un paso al frente, me rodea por la cintura y me levanta en vilo para girar conmigo en brazos, tomándose una licencia cinematográfica que no creo que se haya permitido ni el loco de Tom Cruise tirándose de un helicóptero. No es la vueltecita lo que me marea, sino que se agache lo justo para plantarme los pies en el suelo con gentileza y me retire el pelo de la cara con una caricia parecida a la que reprodujo en el probador del centro comercial.

La sensación que desata en mi cuerpo es idéntica y por eso mismo peligrosa. Me estremezco sin saber por qué y se me seca la boca.

—Bueno, lo hemos intentado —suspira Perry—, pero no me cuadra del todo. Que DiMarco sea quien baje y Lara Cosima quien espera, como al principio. Lo de la vueltecita ha sido adorable, pero esto no es un anuncio de tampones. Queda poco masculino. Si insistes en que el recibimiento sea algo más caluroso, abrázala bien por la cintura o darle un beso en la frente. Nada de volearla para demostrar que se siente fina y segura.

Con los brazos en jarras para disimular que me tiemblan las manos, le dirijo una mirada de horror a Perry, pero él no me está mirando, como tampoco me miran Morgan o Samantha. De seguro asumen, como asumirá toda la población femenina que vea el anuncio, que no tengo ningún problema con que este tipo me abrace por la cintura o me dé un beso en la frente cuando no se me ocurre nada peor exceptuando las uñas cuadradas y la bichectomía de Erin Moriarty.

Pero es inminente. Perry vuelve a exclamar «acción», una palabra con la que tendré pesadillas, y DiMarco hace lo propio imbuido de una nueva seguridad en sí mismo que por un segundo me hipnotiza.

No le tenía mucha fe a que protagonizara el anuncio, porque si bien cualquiera podría afeitarse delante de un espejo, exudar un cierto carisma y atractivo emprendiendo una tarea tan sencilla es irónicamente difícil. Una vez más ha quedado demostrado que tengo un olfato y una intuición para los negocios que más pronto que tarde me garantizará mi propia agencia de representación.

Pero no es eso en lo que pienso cuando DiMarco aterriza a mi altura, vuelve a sonreír de ese modo que parece de mentira y al mismo tiempo más sincero que nunca y su mano se desliza con detenimiento por mi cintura para luego estirar los dedos sobre mi baja espalda. Me atrae hacia sí y me besa en la mejilla, y no como hizo para agradecerme el detalle del helado, dos segundos y adiós, sino con una premeditación criminal: sus labios me rozan la comisura de la boca y permanecen el rato suficiente para activar un foco volcánico en mi interior y debilitarme los tobillos, quiero pensar que por el miedo escénico o la indignación.

—Mejor —determina Perry en tono cansino—, pero Lara Cosima, querida, has vuelto a olvidar acariciarle la cara. Vamos con un par de tomas más. Si no, lo dejamos.

Empujo —espero que no de forma muy brusca— a DiMarco por los hombros para alejarlo de mí y me peino la melena con los dedos débiles.

Asiento con la cabeza, de los nervios.

«Sí, a ver si lo dejamos ya».

Inspiro hondo para prepararme mentalmente. No pienso decepcionar a mi público ni siquiera en un sector que no es el mío. Si hoy soy actriz, voy a ser La Mejor Actriz.

Me dispongo, pues, a cumplir con creces las expectativas que sean han depositado sobre mí.

DiMarco vuelve a bajar las escaleras, ahora con un aire indiferente que solo acentúa su magnetismo, y repite la jugada a la que no quiero acostumbrarme: me abraza con las dos manos y sostiene mi cintura como quien sujeta un jarrón de porcelana china. Reparo en

que mi cuerpo parece minúsculo en comparación, en que con esas manos grandes de dedos largos con los dorsos salpicados de tendones fuertes y venas, mi cintura parece la de una muñeca, apenas un espacio en el que de ningún modo se pueden almacenar los órganos, y esa impresión me conmociona al tiempo que extrañamente me estremece de placer.

Alzo la mano hacia él y, con cuidado, deslizo los dedos desde la línea de la mandíbula hacia el pómulo marcado.

Ni siquiera tengo que fingir que me deleito con la suave textura. Estoy segura de que la cámara ha captado a la perfección el discreto jadeo que escapa de mis labios al sentir la superficie tersa y cálida bajo la palma. No lo estoy mirando a él. Estoy alucinando con el perfecto acabado de la barbera profesional a la que jamás volveré a referirme con condescendencia. Y sea porque no le gusta que no le preste atención o porque Perry le ha hecho algún tipo de indicación desde las bambalinas, DiMarco entra en acción rodeándome el antebrazo con la mano, esa mano que vuelve a dejar en paños menores el tamaño de mis extremidades, y prodigándole una caricia ascendente hasta sujetarme por la muñeca.

Me da igual si la cámara ha grabado mi piel de gallina. Lo que no me da igual es que él se haya dado cuenta de que se me ha puesto la piel de gallina. No me da igual que haya procurado esconder una sonrisa triunfal detrás de mi propia mano, sobre la que se ha inclinado para presionar los labios contra el canto, contra las venas oliváceas que se transparentan debajo, contra las yemas de los dedos.

Al principio parecía estar haciéndolo para molestarme. En sus ojos brillaba la diversión. Pero esa diversión se transforma en algo muy diferente, no sé si porque empiezo a respirar con dificultad o porque se ha percatado de que a mí no me hace ninguna gracia.

Me hace tan poca gracia que no me atrevo ni a moverme.

—Corten —dice Perry, demasiado tarde para mi gusto—. Un poco excesivo, ¿no te parece, DiMarco? Tampoco anunciamos condones.

El comentario levanta carcajadas que deberían haberme sacado del trance, pero noto la cabeza embotada y el cuerpo pesado y ardiendo. No puedo percibir nada más.

Él no le hace ningún caso al director. Me sostiene la mirada, ya sin reírse, y todavía demora en dar un paso atrás y regresar escaleras arriba a su propio ritmo, con la cabeza fija en las puntas de los zapatos.

La becaria tiene que indicarme que debo volver a colocarme sobre la marca para que vuelva en mí misma. El ruido ha desaparecido a mi alrededor, me pican las puntas de los dedos, me quema el centro de la garganta y ya no quiero hacer esto.

No lo digo como un niño en plena pataleta. Se lo estoy rogando al ser superior.

«Por favor, Dios mío. *No quiero hacer esto*».

Es casi como si supiera que todo va a salir mal.

E incluso si no saliera mal, ¿qué estoy haciendo?

Creo que esta no es la tercera, pero va a ser la vencida porque mi cuerpo no va a soportar mucho más la tensión. Me yergo con una sonrisa tirante y espero al personaje de mi noviete, porque, que conste en acta, solo sería mi noviete en un anuncio de Gillette. Pero la sonrisa se me tambalea en la cara y se convierte en una mueca que estoy segura de no haber compuesto en mi vida cuando DiMarco acude a mi encuentro sin sonreír, sin guiñarme un ojo, sin ninguna expresión remotamente parecida a la que uno esperaría ver en la cara de un hombre que ha echado de menos a su pareja.

Los ojos ya no le brillan en la cara; le arden las cuencas. No me rodea con los brazos con alegría juvenil; se lanza hacia mí como si nunca hubiera tenido otro destino, y en vez de sujetarme por la cintura, me rodea la nuca con una mano y con la otra me pliega a su torso.

Me apresuro a rodearle la mejilla, como indica mi breve guion, pero la mano me tiembla y la acerco sin querer a su nariz y su boca, y entonces él puede besarme en el lateral del pulgar en un movimiento fugaz al que pone la guinda con una mirada penetrante.

El corazón se me para cuando se inclina sobre mis labios. Reconozco que estaba dispuesta a dejarlo pasar porque, en fin, es solo un besito, no se van a escandalizar los niños que vean la televisión; un besito se dan sus padres cuando se despiden o cuando se saludan, un besito se dan ellos mismos con la chica que les gusta

del parvulario después de enviarle una nota preguntando «¿Quieres ser mi novia?».

Pero es que no es esa clase de besito.

DiMarco presiona mi nuca con la suavidad y la contundencia justas, como pidiéndome que no me aparte, como diciéndome que va a ser solo un momento, que no pasa nada, y se las arregla para entreabrirme la boca con sus propios labios y besarme con propiedad.

El primer beso tantea. El siguiente me lo roba con la cabeza ladeada. El tercero lo termina irguiendo la barbilla hacia arriba con la intención de rozarme la punta de la nariz con los labios ya húmedos.

Me juro que, si intenta algo más, le voy a abofetear delante de todo el mundo, pero yo misma me sorprendo por ese pensamiento, porque ¿quién es todo el mundo? ¿Hay alguien a nuestro alrededor? ¿Hay algo más aparte de la presión ardorosa que noto en la parte de atrás del cuello, el nudo que se me ha formado en el pecho? Además de DiMarco y los labios que me arrollan cada vez más hambrientos, ¿hay algo por ahí que esté vivo?, ¿que exista?

No sé explicar de otra manera el estado de enajenación en el que entro cuando ya se ha asegurado mi consentimiento y arropa mi lengua con la suya profundizando en un beso que me hace temblar. Todos los olores que me inundan las fosas nasales son deliciosamente masculinos, desde el *aftershave* a la colonia que el otro día descubrí que se aloja en su cuello, y su boca es tan suave ahora que la barba no se interpone entre los dos que puedo fingir por unos delirantes segundos que no es Myles DiMarco, que no es mi cliente, que es cualquier otro.

Pero es Myles DiMarco, mi cliente, y lo recuerdo demasiado tarde y por las malas cuando oigo a lo lejos que alguien gimotea por lo bajini algo de la familia de «madre mía, se van a follar aquí mismo».

Solo la pronunciación de esa espantosa palabra que empieza por efe podría haberme espabilado. Doy un paso atrás, mareada y sintiendo latir con vitalidad partes del cuerpo que una no debería sentir bajo ninguna circunstancia civilizada. Me habría gustado no verlo, pero claro que lo veo: DiMarco todavía deja los ojos cerrados unos segundos de más, los labios separados, como si tuviera la

esperanza de mi regreso. El corazón me martillea en el pecho, extasiado con su gesto anhelante, pero giro en redondo para abandonar el decorado y pasar por el lado del perplejo Perry.

—Eso lo vas a borrar —le advierto— como que yo me llamo Lara Cosima.

—Desde luego —me confirma él, turulato—. La intención era pasar el anuncio en horario infantil, ¿sabes?

Ignoro el comentario en beneficio de mi paz mental y prosigo mi camino hacia Samantha con fingida normalidad. Sé que si me escabullo al baño, la reacción del equipo va a ser mil veces peor, y una chica debe mantener la compostura en todo momento.

Mi compañera y amiga se había quedado varada en el sitio con la mano que sujeta el iPhone suspendida en alto pese a no estar grabando. Aunque lo que acaba de acontecer alimenta la narrativa que le interesa y sé que algún día lo sacará a colación con regocijo, al menos por el momento decide dejarlo correr, sea porque presento un aspecto lamentable o porque me siento peor aún.

—¿Qué hacéis ahí parados? —espeto en voz alta—. ¡Cada uno a lo suyo, que es para hoy!

Capítulo 9

Everybody's Trying To Ragebait Me Out

DiMarco

—Estás más huraño que de costumbre, tío. ¿Siguen acojonándote los aviones o qué?

No levanto la vista de la pantalla del móvil para responder como un autómata.

—Sí.

—Era una pregunta de cortesía. Sé que no estás rayado por el vuelo, o no solo por eso. A no ser que hayas decidido pagar el servicio de wifi porque alguien te vendiera la moto de que si activas los datos mientras surcas los cielos el boeing podría poco menos que reventar.

—Lara Cosima me dijo que tengo que estar localizable.

—Ah, es verdad. —Vinny se recuesta en el respaldo con gesto risueño—. ¿Cómo he podido olvidar que vives sometido a los deseos y caprichos de la gran y perversa heredera Médici?

—Lara Cosima no es perversa. Ni grande tampoco. Solo se pone unos tacones muy altos. No sé por qué hablas así de ella.

Vinny frunce el ceño por fin —prueba de que ha llegado a su tope — y me mira con una sonrisa incrédula.

—Tranquilo, Johnson's Baby. Estaba bromeando —se explica muy despacio para no dar pie a malas interpretaciones—. Entre lo mucho que la veo y lo que la menciona Lex, siento que tengo derecho a hablar de ella en según qué términos, pero lo hago siempre con el mayor de los respetos. Perdona, ¿vale? No sabía que era un tema delicado para ti —insinúa con un codazo.

—No es un tema delicado para mí.

—Vale, vale. Joder, estamos en uno de esos días en los que no se puede ganar contigo, ¿eh? —ríe, exasperado. Se rasca la nuca con una mueca de circunstancia—. Vaya nochecita has elegido para ponerte raro. Entre que vamos a llegar con la hora pegada al culo y el fabuloso humor del que te has levantado...

—Lo haré bien. No te preocupes.

Por supuesto que lo haré bien. Lo haré bien, en primer lugar, porque voy a un programa de entrevistas, y eso consiste en que una

persona te hace preguntas y tú solo respondes.

O sea, que no hace falta saber hacer malabares.

Sé que mi experiencia no ha hecho sino demostrar que una pregunta es para mí poco menos que un tiro en cada rodilla, pero aquí es donde entra la segunda razón por la que lo bordaré: porque me da la sensación de que es la única manera de redimirme con Lara Cosima. Estoy seguro de que si supero el lance con honores, me perdona por besarla en el set de grabación.

Y si no, pues no sé qué coño voy a hacer. Yo no tengo cestas de regalos valoradas en torno a los treinta mil dólares con las que sobornar al personal. Suelo sobornar al personal con largas noches de pasión y libertinaje, pero hasta yo sé que si eso es lo que me ha mandado al patíbulo de la indiferencia es porque no le haría ninguna gracia que utilizara mi cuerpo para disculparme.

Con Lara Cosima dejo de ser un hombre de recursos, qué le vamos a hacer.

Consulto de nuevo el teléfono móvil y confirmo que tampoco me ha contestado a este último wasap. Le he enviado alrededor de sesenta y cinco desde la semana pasada. Ella no ha respondido a ninguna pregunta de índole personal —«¿Estás enfadada conmigo?» es un ejemplo—, pero sí se ha explayado cuando tocaba ponerme al día sobre sus avances en el ámbito de la representación. He fingido interesarme por nuestros proyectos futuros con la esperanza de que hablar de su tema favorito —el trabajo— la fuera ablandando.

No ha habido suerte. Por eso ahora estoy tirando de la segunda alternativa.

Acosarla.

Tecleo la misma palabra que he tecleado siete veces en la última hora y media.

Hola.

Como me siento algo más desesperado por el nada desdeñable motivo de que estoy a veinte mil pies de altura respecto del nivel del mar, añado:

Estoy volando.

Y como me da pánico y no quiero morir sabiendo que Lara Cosima está mosca conmigo, envío un tercer mensaje.

A lo mejor el avión se estrella.
Deberías decirme algo por si acaso.

A ella o bien no le importa mi posible y traumática defunción o bien es de esas personas completamente imprudentes —psicópatas, incluso— que se montan en un avión y no piensan que esto de volar es una locura, que si los humanos no tenemos alas es por algo, que carece de sentido que se sostenga en el aire, que la comida sabe a mierda, que toda la tripulación de cabina está maquinando un motín, que alguien ha metido una bomba en la bodega.

Alguna de las dos será la respuesta correcta, porque sigue sin contestarme.

—¿Va todo bien, Myles? ¿Ha pasado algo?

Despego la vista de la pantalla blanca para mirar a Vinny.

Honrando ese carácter cotilla que él cree que se le da de maravilla disimular, estaba leyendo de reojo mi conversación con Lara Cosima.

Si es que se la puede llamar así.

Más que una charla bidireccional, nuestro chat reproduce el alegato desesperado de un abogado: «Señoría, no tengo la culpa, en realidad soy un buen chico, no me arruine la vida con una sentencia desfavorable, por favor, por favor, no es justo».

—Está mosqueada conmigo.

—¿Quién? ¿Lara Cosima?

—Sí. Solo me ha hablado para decirme lo que me tengo que poner, listarme los temas de conversación y preguntas que ha pactado con Farah Fou y darme la información del vuelo, el hotel y el chofer que nos recogerá en el aeropuerto.

—¿No es eso lo que hace una representante?

—Cuando le caigo bien es atenta. Me trajo helado a la consulta del dentista. Ahora creo que le da igual si me parte un rayo.

—¿La has cabreado de alguna manera?

Lo pregunta en el mismo tono en que preguntaría si Saturno es el planeta de los anillos. Y ¿sabe qué le digo? *¿Saben qué les digo*,

mejor dicho, tanto a la pitusa como al impertinente de Vinny Bravano? Que esta vez no he hecho nada. No he hecho absolutamente NADA, ¿de acuerdo? No he violado el acuerdo con la agencia de representación teniendo un acercamiento indecente con ella porque la afectada lo ha consentido, y si se consiente, ¿cuál es el problema?

Ninguno.

O eso dice internet. Y si internet me da la razón, es que la tengo. No por nada se recurre a Google para zanjar una discusión.

Tiene derecho a enfadarse porque no le gustara. Porque la abordara en público. Porque le quitara el pintalabios de los cojones, que supongo que vale un millón de dólares en rebajas. Porque el contacto le pareciera demasiado largo o demasiado corto. Por lo segundo estoy furioso yo también, así que podríamos pelearnos tranquilamente al respecto y luego remediarlo. Pero a lo que no tiene derecho es a decir que no quería que la besara.

¡Me devolvió el beso! ¡Me echó los brazos al cuello! ¡Me acarició la nuca! ¡Y el pelo también! ¡Y las mejillas! ¿Eso es «no querer»?

Ni siquiera en el planeta de los anillos significaría que no quiere.

A lo mejor está cabreada porque el anuncio no salió como ella pretendía, porque dije alguna de esas palabras malsonantes que le ponen los vellos como escarpias o porque se han agotado los zapatitos que quería comprarse, yo qué sé. A lo mejor el mosqueo no está relacionado conmigo, o no con el beso, y me lo estoy llevando a ese terreno porque mi mente lo ha nombrado Hiperfijación De La Semana con la solemnidad de un cardenal, en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y no he podido concentrarme en otra cosa desde entonces.

Está siendo tortuoso, de veras lo digo. Por culpa de andar distraído, me he chocado con el marco de la puerta tres veces —mi compañero de piso llegó a decirme, el muy bufón, que si estaba practicando embestidas para el campo—, se me ha olvidado que tenía que embarcar a las cinco menos cuarto —Vinny se ha presentado en mi casa a las cinco para recogerme; ya le estaba preguntando a qué coño se debía la visita sorpresa cuando me ha

explicado pacientemente lo del programa— y me he llegado a tirar una hora y media en la ducha perdido en mis pensamientos.

Perdido en mis pensamientos y reflexionando si sería buena idea masturbarme acordándome de ella.

No sé qué tienen las duchas. Uno empieza a enjabonarse el pecho y ni siquiera se lo plantea: da por hecho que se va a clavar una paja le apetezca o no. Es una obligación moral. Un acto reflejo. Creo que asocio el movimiento de verter el gel en la palma con el ritual universal adolescente de echarme crema corporal en la mano, coger papel higiénico y meterme bajo las sábanas para aliviar los ardores.

Pero, por algún motivo, esta semana me ha parecido grosero hacerlo. Lara Cosima acechaba desde un rincón de mi mente. Me disponía a tocarme y de repente me la imaginaba chasqueando la lengua, meneando el dedo índice y soltando la mítica regañina: «No puedes hacer eso, DiMarco, ¡es indecente!». Y aunque no solo no estoy de acuerdo con ella —¿indecente? Es *de justicia*—, sino que estos últimos días he necesitado masturbarme a nivel físico, mental y espiritual porque no he dejado de tener misteriosas erecciones, sí que coincido en que no le gustaría una mierda enterarse de que me moría por cascármela imaginando su cuerpecito.

Así que ahora, además de enfadado y confundido, estoy cachondo.

—Se le pasará —me asegura Vinny viendo que no voy a dignarme a responder a su provocación. Que si he hecho algo para cabrearla, dice, como si ella tuviera el monopolio del cabreo—. Verá lo bien que te desenvuelves en el programa y no le quedará otro remedio que felicitarte y comprarte otro helado.

Sé que no está siendo condescendiente, pero me jode que bromee con eso. Seguro que a él su madre le ha estado comprando helado hasta los veinticinco por sacar buenas notas, porque al niño se le cantaba en los cojones al pasar por delante de un carrito o porque simple y llanamente lo quiere y le gusta hacerle feliz. Por eso lo da por sentado.

Yo no.

Pero cualquiera le explica a un hombre afortunado lo que puede llegar a significar para un desgraciado que lo sorprendan con un

gesto amable.

—Bueno —refunfuño. Vuelvo a mirar el móvil. No hay respuesta—. Espero que me cubras.

—Para eso estoy aquí, ¿no? Y me alegro de poder cubrirte por una vez. En el campo eres tú el que nos vigila las espaldas.

—Ya.

A lo mejor si le devuelvo el detalle del helado se digna a dirigirse a mí de nuevo. Pero conociéndola un poco, lo más probable es que lo rechace con la excusa de ser alérgica a la lactosa o de que el azúcar engorda. Y luego me acusaría de que se lo he traído en un cucurucho para que me deleite contemplando cómo lame un objeto con forma fálica, lo cual supongo que no sería del todo mentira, porque eso me gustaría verlo.

Y si alguien piensa que estoy «complicando» el carácter de las mujeres en mi cabeza, eso es porque no ha hablado con ninguna lo suficiente.

Aterrizamos en el aeropuerto JFK una hora y media después del despegue. Me irrita que todo vaya según lo previsto —el avión ha sido puntual, desembarcamos los primeros, el chofer no ha olvidado recogernos—, porque si hubiera acontecido algún contratiempo, entonces a Lara Cosima no le habría quedado más remedio que llamarme por teléfono.

Para decirme que todo es culpa mía, de acuerdo.

Pero me habría llamado.

Por suerte para mí y por desgracia para ella, tendremos que coincidir en los camerinos del plató.

Supongo que es mi deber humano sentirme deslumbrado por encontrarme de cuerpo presente en un lugar legendario para los espectadores del canal. Este es el escenario donde Rihanna anunció alguno de sus novecientos embarazos, Katy Perry enseñó el anillo de compromiso que le regaló el antiguo primer ministro canadiense y Kanye West y Taylor Swift hicieron las paces. Por desgracia, no me suele conmover la combinación de escritorio, rótulo de neón —«Farah *Fou Talk Show*»— y *chaise longue*, así que voy a pasar de largo sin describir el set.

Tardo algo más de lo esperado en llegar al camerino porque Vinny conoce a media Norteamérica y la otra mitad quiere conocerlo a él, y él, como ha sido educado en hermosos valores, insiste en presentarme a un batería, un sonidista, una maquilladora, y ahí dejo de prestar atención, pero ya puedo asegurar que no es donde acaba la fiesta de la socialización, a la que siempre me invitan aun sabiendo que soy alérgico a las fórmulas de cortesía.

Enfilamos al pasillo media hora más tarde. Desde fuera oigo la vocecita aguda pero militar de Lara Cosima, así como un coro de risas y las notas de una canción pop. Rezo para que nadie se dé cuenta de que me pongo nervioso y me tiro del cuello del polo beis o camel —sigo sin enterarme— antes de entrar.

Lara Cosima está de espaldas a mí hablando con una mujer muy alta, teñida de rubia —lo sé porque tiene las cejas negro tizón— y trajeada con informalidad. Mi representante hace aspavientos que ponen a bailar su colección de pulseritas de oro.

Se ha calzado un vestido ceñido. Creo que eso es todo lo que importa. Lo del estampado atrevido y el pañuelo anudado al cuello al estilo de un acordeonista francés me es indiferente.

Al oír la voz de Vinny se le endurece la línea de los hombros. Como Farah ha cortado la conversación para ir a saludarlo calurosamente, se gira despacio, como si esperara toparse con un monstruo respirándole en la nuca, y me localiza inmóvil a unos tres o cuatro metros de distancia.

No sé qué esperaba. Lara Cosima no es de las que te gritan delante de una famosa entrevistadora cómo te has atrevido a meterle la lengua en la boca y solo aplica la ley del hielo por vía digital, pues únicamente por vía digital podría encontrar una justificación a su silencio que no la dejara en mal lugar. Pero supongo que esperaba algo más que verla dirigirse hacia mí forzando una expresión más o menos natural y mirarme de arriba abajo para confirmar que he respetado el código de vestimenta.

—¿Has tenido un buen vuelo? —pregunta con el tono de un contestador automático.

—Sí.

—¿Has comido bien y te has hidratado?

—Acabo de beberme una botella de agua entera.

—¿Has ido al baño?

—Sí.

—¿Aliento?

Me acerca la palma de la mano a la boca. Obedezco a su orden no verbal echando un vaharada de aire; ella confirma que, de hecho, me he lavado los dientes nada más terminar la chocolatina, cortesía de la aerolínea, y asiente convencida.

—¿Preparado?

—Supongo.

Hay tanto ruido a mi alrededor que no termino de concentrarme ni en su cara ni en lo que está diciendo. Sé que no es el lugar ni el momento de interrogarla a propósito de su actitud, pero no quiero salir a escena sintiéndome así.

Así *¿cómo?*

Pues no lo sé. No soy adivino.

—Suerte.

¿«Suerte»? ¿Ya está?

Evito que pase por mi lado sin prestarme más atención cogiéndola del codo. Lara Cosima me contagia sus nervios imposibles de aplacar echando un vistazo rápido al resto de la plebe. Yo también me aseguro de que la mayoría anda muy ocupada a lo suyo antes de acercarla a mí con discreción.

No pretendía sonar inquieto al preguntarle en voz baja:

—¿Por qué no me has respondido en toda la semana?

Ella no me mira a los ojos.

—Ya hablaremos de eso después —responde en el mismo tono. Se deshace de mi mano con un movimiento fluido y compone una sonrisa creíble para darle la bienvenida a Vinny.

Está claro que la fobia no es contra los jugadores de fútbol, sino conmigo en exclusiva. Me consta que Noah también le cae de pelotas. Claro que Noah le cae de pelotas a todo el planeta. Es el síndrome del *quarterback*. A veces pienso que *por eso* es el *quarterback*, y no por sus credenciales deportivas.

Creo que Lara Cosima no es consciente del estado en el que me manda al *chaise longue* de Farah Fou. Para cuando el cámara

anuncia que estamos en el aire, los focos me han deslumbrado, noto un pitido insistente en cada oído, siento que el polo me aprieta en los bíceps y me pica todo el cuerpo como si hubiera pillado la sarna, comparación que puedo hacer porque he pillado la sarna dos veces. Hay dos botellas de agua mineral en la mesilla auxiliar que sé que están ahí para Vinny y para mí, pero si la cojo la voy a vaciar entera y por lo que Lara Cosima me mostró en sus «vídeos referencia» los invitados suelen dar tres o cuatro sorbitos breves a lo largo de la hora.

Joder. Voy a estar una hora aquí.

No sé dónde cojones me he metido.

Intento permanecer recto y seguro en el sillón, dirigirme con el debido respeto a la plástica y seguro que perversa Farah Fou —nunca me he fiado de las mujeres muy rubias con las cejas muy negras, el contraste me produce una fuerte compulsión toquiana—, descruzar las piernas despacio, reírme cuando toca, ponerme serio cuando corresponde, mostrarme simpático con Vinny, meter baza solo si voy a soltar un comentario apolítico y brevísimo.

Con hincapié en «apolítico».

Lo intento con todas mis fuerzas hasta el punto de que empiezo a sudar y la botella de agua empieza a llamarme por mi nombre con voz erótica.

«Ya hablaremos de eso después», ha dicho ella.

Ha sonado definitivo, ¿no? Ha sonado a que después, cuando quiera que sea *después*, me va a sentar en la silla de la sala de interrogatorios del Mossad y me va a clavar agujas bajo las uñas. Ha sonado a que me va a atar de pies y manos y me va a lanzar al mar del Norte, de donde salen todos esos vídeos de barcos a punto de irse a pique con una canción tétrica de fondo; vídeos que se han convertido en una institución en TikTok y que me salen a partir de las tres de la madrugada junto con los de explotar granos y limpiar las herraduras de los caballos. Ha sonado a que va a despedirse, o despedirme, o como sea que funcionen las cosas en los mundos de Yupi en los que vive esta gente que se ha inventado trabajos que no existían hace cien años. Y si no existían, sería por algo.

Que sí, vale, el trabajo de jugador de fútbol americano tampoco existía hace cien años porque el fútbol americano no existía todavía entonces, pero no es lo mismo. Ser jugador de fútbol no implica decirle a alguien que se vista de beis porque el beis es un color relajante y te va a ayudar a hacer amigos.

Seguro que el beis no existía hace cien años.

—¿Qué hay de ti, Myles? —me interpela de repente Farah Fou. Debe de verme la cara de pánico, porque especifica con tiento—: ¿Cómo te sentiste al ganar la Super Bowl? Es tu primera copa, ¿verdad?

—No, hombre, me he tomado muchas antes y después de la celebración.

Farah suelta una carcajada de pecho que juraría que ha practicado en el espejo.

Siempre he sospechado del sentido del humor de los presentadores de este tipo de programas. Es imposible que todo te haga gracia. Es imposible que te hagan gracia RuPaul y Elon Musk al mismo tiempo. Es como ser de los Celtics y de los Lakers a la vez. Es como que tu hermano Gallagher favorito sea Liam y también Noel. Pero bueno, el resto del público también se ríe. Parece que estar nervioso de la hostia beneficia mi saber estar, porque Farah se dirige a mí unas cuantas veces y, a pesar de no sentirme del todo presente, salvo el culo.

—¿Cuál es tu gran amigo en el campo, ese Boston Beast al que le confiarías tu vida? ¿Es Vinny? ¿Por eso habéis venido los dos?

Sabe por qué hemos venido los dos porque Lara Cosima se lo ha explicado con peras y con manzanas, pero me brinda la oportunidad de inventar una bonita historia.

—Voy a tener que decir Vinny porque está delante y me tiene apuntado con una pistola por detrás del sofá. —Y añado por lo bajo —: Pero he venido con él porque Noah tenía clase de cerámica.

Más risas.

Ja, ja, sí, soy la polla.

¿De qué quiere hablar Lara Cosima conmigo?

—¡Ah, Noah, el *quarterback*! ¡El chico estrella! ¿No sentís celos de él a veces? ¿No soñáis con ocupar su rol en el campo? ¿Recibir sus

ovaciones?

—¡Qué va! Prefiero recibir palos por todas partes e ir al dentista cuatro veces al mes.

Qué divertido soy, no hay nadie como yo.

¿Lo estará viendo Lara Cosima?

«¿A qué crees que te habrías dedicado si no hubieras conseguido ser una estrella del fútbol?» es otra de las preguntas, a lo que yo contesto *influencer* de cuidado facial de forma irónica. «¿Te preocupan los altos índices de encefalopatía traumática crónica entre jugadores de esta disciplina?» es una de las primeras inquisiciones después de que la conversación adquiera tintes más serios. Por lo que sé —me lo han contado, claro, yo no consumo este tipo de televisión—, Farah Fou se diferencia de Jimmy Fallon en que combina el humor con la profundidad de los interrogatorios de Oprah.

Por suerte, esta segunda parte de confesiones serias no se prolonga demasiado.

—¡Bueno! Como es costumbre en el programa, y antes de pasar a los juegos —retoma Farah con el torso girado hacia el público—, brindaremos a nuestros queridos asistentes la oportunidad de hablar con los invitados de hoy. ¿A quién de vosotros le gustaría plantear una duda? ¡Hablad ahora o callad para siempre!

Para sorpresa de nadie, Vinny es receptor de la inmensa mayoría de las preguntas del público, y casi todas giran en torno a su relación con Alexia. Si piensa pedirle que se case con ella, si se siente amenazado por su éxito, si apoya el giro que le ha dado a su carrera, si se plantea formar una familia; preguntas de índole privada que no dejan de asombrarme.

Nunca entenderé por qué la gente se cree en el derecho de indagar en la vida personal de los demás. Sí, estamos en un programa de entrevistas, pero Vinny no es un comentarista de la prensa rosa, sino el *tight end* de los Boston Beasts. ¿Por qué no le piden que cuente cómo lo hizo para llegar a petarlo en un ámbito donde es complicado llegar a las grandes ligas? Y si es porque no les interesa, ¿para qué coño han venido? Seguro que Farah Fou trae mañana a Perez Hilton, quien de seguro sabrá resolver todas las

dudas citadas con anterioridad con mayor detalle que el propio Vinny.

—Yo me quiero dirigir a DiMarco —dice una chica en cuanto le ofrecen el micrófono. Se sube las gafas de vista con montura fina hacia el entrecejo. Mira el móvil para leer la pregunta, como si fuera periodista profesional—. Ya que has mencionado las copas antes, supongo que no está fuera de lugar preguntarte por aquella vez que tuviste un altercado con un *paparazzi*. ¿Tenías muchas copas encima o algo así?

Ah, genial.

El Temita en mayúsculas.

Vinny aprovecha que sostiene el micrófono aún para adelantarse con una de sus sonrisas carismáticas.

—Hola, cielo. ¿Cómo te llamas?

—Gina. Soy *influencer*. Y tengo que decir —añade con petulancia — que he estado comentando aquel asunto en redes. Se han barajado tantas teorías que a estas alturas mis seguidores apreciarían una respuesta en firme.

Mejor no digo lo que yo podría apreciar viniendo de sus seguidores y de ella.

—Vale, estupendo. Gina —le habla con franqueza—, yo estaba allí cuando pasó aquello y te puedo asegurar que...

—Te puedo asegurar que no —lo interrumpo después de haberme pegado al micro.

Convenzo a Vinny de entregármelo. No se opone físicamente porque estamos en el aire, pero mantenemos una pequeña conversación mental mirándonos desafiantes.

«Me ha hecho la pregunta a mí».

«Ya, pero vaya que se te ocurra soltar una lindeza».

«Confía, hombre, confía».

—¿No estabas borracho, dices?

—No. Pero tampoco estaba en plena posesión de mis facultades, como se pudo ver en el vídeo —explico en tono neutro. Lara Cosima me sugirió que intentara llorar si esto salía a colación (me ofreció un lápiz de cera con mentol y todo), pero no soy Viola Davis y, además, KJ y Ashton se estarían burlando de mí hasta el día de mi muerte—.

Te agradezco que hayas sacado el tema porque me había quedado debiendo una disculpa pública por mi reacción.

Gina arquea las cejas.

—Eso no fue lo que dijiste en la red social X.

—Ya. Pero he tenido tiempo para reflexionar, y se supone que vivimos en el país de las segundas oportunidades, ¿no?

—Supongo que no te has dirigido al fotógrafo en cuestión para referirle todo esto. ¿O sí?

—Por desgracia —intento no sonar sarcástico—, no sé dónde vive.

—¿Y a qué se debe el cambio de opinión? Sobre la agresión, quiero decir, porque en un principio te negaste a reconocer tu parte de culpa.

Recalca la palabra agresión para que quede claro que para ella no existen las segundas oportunidades.

Es una lástima, porque me importaba muchísimo que Gina me perdonase.

No sé cómo viviré a partir de ahora.

—Es verdad que en un principio estaba molesto por lo ocurrido —reconozco con un encogimiento de hombros—. Soy una persona muy celosa de su intimidad. Y la verdad es que no me gusta el lado oscuro de la fama. Pero ahora que estoy en manos de una nueva agencia de representación, mi equipo me ha hecho ver que no solo le debo a la gente un buen partido, sino también una buena imagen. Hay muchos chiquillos pendientes de lo que hago y no me gustaría que vieran en mí un ejemplo de comportamiento, ni mucho menos antes, cuando estaba tan equivocado. Es importante rodearse de gente que no tiene miedo decirte que has cometido un error y que debes enmendarte.

Vinny asiente, aliviado, en reconocimiento de mi diplomacia. Farah me sonríe detrás de su mesa, entusiasmada porque su programa haya sido pionero en retransmitir este momento de redención pública que pasará a los anales de la historia.

—O sea —insiste Gina—, que ya no opinas, y cito textualmente, que «el *paparazzi* se lo había buscado por colarse en una fiesta privada y meter las narices donde no le llamaban».

A falta de decirle que se calle, agarro el micro con fuerza. No me he topado con mucha gente como Gina porque procuro alejarme de la esfera pública, pero sí que he coincidido con algún que otro sujeto de su quinta para reconocer al vuelo a un buitre en busca de carroña.

Voy a darle lo que ha venido buscando.

—Claro que opino que por muy *paparazzi* que seas no puedes colarte en fiestas privadas, no puedes agarrar de la muñeca a una persona y no puedes insistir en sacar fotos cuando ya te han dicho que te pires. Lo único que digo es que no estuvo bien reaccionar con violencia.

—Es curioso que seas tú quien deslegitime lo que hace una persona de clase media para llevar el pan a la mesa. —*¿Qué coño dice?*—. Tuve la suerte de leer tus *tweets* antes de que te cerraran la cuenta y vi que defendías con tesón las necesidades y sacrificios del pueblo llano, o, dicho de otro modo, que cada uno se gane la vida como pueda.

Le sostengo la mirada en la distancia a la tal Gina, que baja entonces el brazo del micro con una ligera sonrisa satisfecha, orgullosa de haber proporcionado suficiente contenido para TikTok el próximo mes.

O los próximos dos días, que es lo que dura un tema en la conversación pública.

Me agarro bien al micrófono y le lanzo una mirada firme.

—Que un trabajo sea de clase media no lo hace automáticamente honrado —le suelto con desdén—. Un sicario de baja estofa también se puede considerar de clase media y me parece que la suya no es la forma más adecuada de ganarse la vida.

Gina suelta una carcajada fría y busca una reacción similar mirando a su alrededor.

—¿En serio estás comparando a un *paparazzi* con un sicario?

—¿No se dedican ambos acaso a vender información personal o utilizarla en contra de alguien a cambio de pasta? Un tío que vive de meter el hocico en vidas ajenas, llegando a violar el espacio, la privacidad y las intimidades de los demás, no es más que un carroñero.

Gina me sostiene la mirada con la seguridad de haber ganado.

—Pues no parece que hayas cambiado de parecer como pretendías hacernos pensar.

—Mira, nadie se merece que le soplen una hostia en plena jornada laboral, pero yo tampoco me merezco que se cuelen en la primera fiesta de cumpleaños que he tenido desde que recuerdo para molestar a una de mis invitadas. Porque ni siquiera me estaba molestando a mí. Estaba molestando a alguien que considero mi amiga. Y estoy seguro de que en esta misma sala hay al menos veinte o treinta personas que también se habrían interpuesto entre un fotógrafo y Alexia Lux para defenderla de un abuso.

—Yo el primero —confirma Vinny.

Por supuesto, no hace falta ni especificar que la inmensa mayoría del público, por no decir su totalidad, reacciona por primera vez con compasión y entendimiento cuando hablo de los sentimientos de la superestrella pop, que como todo el mundo sabe son más importantes que los de ninguna otra persona viva sobre la Tierra.

No tengo nada en contra de Alexia. Lo tengo en contra de la hipocresía. Apuesto a que del mismo modo que en su día hubo un movimiento en mi contra en defensa del fotógrafo, mañana habrá un movimiento a favor del bienestar emocional de la cantante y que sucederá a costa de denunciar y acosar al *paparazzi*, que ya no solo no podrá acudir a platos a sacar rédito de la noche que Myles DiMarco le acarició la cara, sino que perderá su trabajo por haber alterado la paz de una pobre chica con un patrimonio billonario.

—Bueno —carraspea Farah—. Qué conversación tan estimulante.

—Voy a añadir una cosa más —la interrumpo. Me pongo de pie con la mano libre sobre el muslo y hago un gesto hacia donde se acaba de sentar Gina con el morro torcido. Vuelven a encender las luces del público para que ambos podamos mirarnos—. Si tanto te preocupa que la gente de clase media pueda desempeñar su trabajo sin que lo acosen, lo agredan o simplemente recibiendo los honorarios que merece, como ha parecido que dabas a entender con tu discursito pseudoprogresista, podrías dedicar tu cuenta de TikTok, Instagram o lo que tengas a hablar de lo que está pasando con muchos inmigrantes y ancianos en Norteamérica, que sí que hacen

malabares con uno o varios trabajos precarios, algunos en negro, con tal de llegar a fin de mes. Eso sí que sería luchar por unas condiciones laborales dignas y por los sentimientos de los currantes, y no buscarle la boca en directo a un jugador de fútbol para rascar unas cuantas visualizaciones.

No puedo negar que me complazca ver cómo se le cae la cara de vergüenza. El encargado de ofrecer el micrófono se lo tiende a Gina, picado, para que responda si lo estima oportuno. Ella vacila, pero acaba agarrándolo por la base y replicándome con la voz alterada por la indignación.

—Yo también hago lo que tengo que hacer para comer.

—¿Y haces bien la digestión cuando recuerdas que estás comiendo gracias a generar polémica y a divulgar discursos de odio en la red?

—¡Es muy fácil criticar los medios de vida de los demás siendo millonario!

—Estoy de acuerdo, pero es que yo no soy ni cultural, ni histórica, ni éticamente millonario. No he heredado la industria petrolera saudí ni pertenezco a una familia con apellido compuesto. No me han estado educando en valores desde la tierna infancia para saber reaccionar con elegancia cuando se me tiran encima. Vengo del barro. No he tenido un puto duro hasta que me ficharon los Boston Beasts. Antes de eso curraba en los muelles de Jacksonville con mi tío, y antes de eso era un huérfano que iba de centro de acogida en centro de acogida. Si defiendo a la clase media en mis redes sociales a costa de menoscabar la reputación de los que de verdad son ricos es porque sé de lo que hablo, y si no defiendo a quien se busca un medio de vida que depende de joder a los demás es porque antes que rico hay que ser honrado; porque una cosa es ser trabajador y otra muy distinta es ser un oportunista de mierda como tú.

Farah Fou se pone en pie con precipitación y señala a la cámara.

—¡Y... dentro publicidad!

Capítulo 10

(Social) Murder On The Dancefloor

Lara Cosima

No estaba tan nerviosa desde que se me informó media hora antes de comenzar la función escolar que la actriz principal había contraído la varicela y yo, la suplente, tendría que cargar sobre mis hombros todo el peso de su protagonismo.

Huelga decir que estuve a la altura del papel de lady Macbeth —si no representas una obra shakesperiana siendo demasiado joven para entenderla, ¿de verdad has estado en el club de teatro del instituto?—, pero el ataque de ansiedad que sufrí entre bambalinas para mí se quedó.

Ser la mánager de un hombre con una destreza sociointeractiva limitada, por decirlo con elegancia, genera síntomas similares: pánico escénico, vergüenza ajena, necesidad de aplausos. Apuesto a que tener un hijo se diferencia bien poco de tener un protegido en el mundillo de la publicidad.

—Lo hará bien —me asegura Alexia.

Todavía no ha perdido el don de leer mis pensamientos.

Se ha aposentado en el hueco libre de la mesa de aperitivos que el equipo de Farah ha tenido la amabilidad de poner a nuestra disposición en la sala de visionado, ahí donde se aloja a los seres queridos de los invitados. Si esto fuera un episodio de *Got Talent*, la cámara alternaría planos de las notas más agudas de los participantes con las expresiones teatrales de Simon Cowell y las lágrimas de una madre orgullosa.

Pero aquí no hay madre orgullosa que valga. De parte de Vinny se ha presentado Alexia y de parte de DiMarco me he presentado yo, y el resto de gente que pulula por la estancia pertenece al equipo de estilistas —y amigos— de la primera, que como acaba de regresar de su última gira promocional por Norteamérica se niega a separarse de los incondicionales que la han acompañado.

Por supuesto, me refiero a Manish, el peluquero; a Paolo, el maquillador, y a su nueva estilista general, Jean Harper. Ha sido apodada en Nueva York y Los Ángeles la no-me-caso-con-nadie por no firmar contratos largoplacistas con ningún artista y limitarse a las

colaboraciones, pero sospecho que las hace de mánager de Alexia desde mi despido.

Conozco a Manish y a Paolo desde hace años. He convivido con ellos en caravanas, tráileres y hoteles de lujo durante algunas de las giras más rentables y con mayor impacto cultural de Alexia Lux. He visto a Manish sufrir una sobredosis de cocaína durante una de sus sonadas juergas y he acunado a Paolo entre mis brazos tras varias de sus aparatosas rupturas, que no fueron pocas porque tiene el síndrome del pirata: se echa un novio en cada puerto.

Fue en alguno de estos episodios delirantes cuando llegué a considerarlos mis amigos.

Mala mía.

Ahora tengo ante mis ojos la confirmación de que nunca lo fuimos, cosa que de todos modos podía sospechar dado que no volvieron a contactar conmigo una vez se formalizó el despido de Alexia. Llevan la última media hora ignorándome en favor de Jean Harper, la joven prodigio de la moda que captó la atención de Lex después de tomarle el relevo al mítico Law Roach y vestir a Zendaya para la última gala MET.

Al menos la cantante todavía me dirige la palabra. Pateando las piececitos como una niña en un columpio y armada con un refresco en una mano y un nacho con pico de gallo en la otra —en tiempos pasados le habría sugerido que bebiera agua mineral porque los refrescos le producen gases—, contempla los planos abiertos del programa con una sonrisa de embeleso. Su sonrisa se acentúa cuando la cámara enfoca a Vinny, cuando Vinny hace alguno de sus chistes, cuando Farah le dirige un halago a Vinny.

Vinny, Vinny, Vinny, Vinny.

No estoy en posición de exasperarme porque su vida haya quedado reducida a un nombre de cinco letras. Mi vida también solía estar reducida a un nombre —solo que de seis letras: el suyo— y ahora está supeditada a un apellido de tres sílabas.

—Ha sido un acierto decirle que se deje el pelo largo —comenta Manish. Tiene las caderas apoyadas contra la mesa de tentempiés, a un lado de Alexia. *Centinela número uno: en su puesto*—. Está muy favorecido.

—Además de que ya le iba tocando empezar a trabajar en su marca personal desde la estética —conviene Paolo. *Centinela número dos: preparado para el combate*—. Ya hay un jugador en los Boston Beasts con un *buzzcut*.

—¿Te parece poca marca personal ser el más encantador de todo el equipo? —protesta Alexia después de beber de la pajita. Que yo sepa no ha habido un acuerdo entre Farah y ella para salir a escena, pero aun así procura que no se le altere el maquillaje con el refresco —. Digo yo que vende más el carisma que las caras bonitas. Habría que preguntarle a la profesional, aun así —apostilla, y se gira para lanzarme un guiño.

Paolo y Manish complacen a Alexia sonriéndome también, aunque de un modo tirante, y de inmediato regresan a su conversación privada. Entiendo que el primero esté algo mosca conmigo por haberlo dejado tirado cuando lo cité para trabajar en el estilismo de DiMarco, pero ¿qué hay del peluquero? ¿Qué le he hecho?

En cuanto a Jean Harper, he podido comprobar de primera mano que es una mujer atractiva de un modo inusual y educada al estilo de las personas misteriosas. Está muy por encima del colegueo —apuesto a que es de las que llegan y dicen del modo más diplomático posible «yo he venido aquí a trabajar, no a hacer amigos»— y salta a la vista que no deja de preguntarse qué hace allí para enseguida responderse «un favor personal», algo que terminará por parecerle injustificado y a lo que le calculará el precio para incluirlo en su porcentaje salarial.

Nada resulta tan atrayente para el maquillador y el peluquero, sobre todo para el maquillador, como una mujer segura de sí misma con una talla treinta y cuatro de pantalón que para colmo sabe lucir un corte *bob* sin parecer Edna Moda o Lord Farquaad. Lo que viene siendo una suerte de Victoria Beckham de los noventa, cuando copaba las revistas con *buzzcut*-David, melena-larga-David, pelo-pincho-David, *etc.* A diferencia de mí, que espero con el aliento contenido a que mi antiguo equipo me dirija la palabra y me incluya en sus debates —nada *chic*, huele a desesperación, 0/5—, Jean Harper se ha marginado voluntariamente con el estilo que solo

puede conferir la estudiada indiferencia de los tiburones de Los Ángeles: *chic*, exuda carisma, 5/5.

Se entretiene consultando el correo electrónico. Esto en algunas esferas se tildaría de grosero, pero, como todo el mundo sabe, uno solo queda como un maleducado si la gente que le rodea piensa que es un maleducado. Si no, eres misterioso, inalcanzable y todos quieren ser tus amigos. Ni Manish, ni Paolo, ni Alexia —ni siquiera yo, maldita sea— denotan en ningún momento estar molestos con su silencio. De hecho, lo respetan. Le piden opinión de tanto en tanto, le dirigen alguna broma, y como ella contesta con afilado ingenio, recostada en la pared como un galán latino y rozándose el flequillo con las puntas almendradas de sus uñas sencillas, se ríen como adolescentes enamorados y continúan con la ilusión de haber recibido la venia de la reina.

Porque sí, a los treinta también hay abeja reina en las colmenas.

Yo observo desde el sofá la unidad que conforma el equipo con sensación de desamparo.

Hace tres meses formaba parte de ellos. Entendía sus bromas privadas. Tenía derecho a pinchar las sensibilidades de Paolo y él tenía permiso para devolverme las provocaciones hasta sacarme de quicio.

A lo mejor podría levantarme y meterme con calzador en la conversación, pero una chica tiene su orgullo. No pierdo de vista que nadie me llamó por teléfono ni me escribió un mísero mensaje después de enterarse de que no volvería a acompañar a Alexia a ninguno de sus eventos. Fue como si nunca hubiera existido.

Ahora también es así: *no existo*.

Excepto para Lex, que termina incorporándose de un salto y viniendo a sentarse conmigo. Me ofrece una Coca-Cola Zero que ha sacado de la neverita solo para mí y me da un pequeño codazo en el brazo. Para no ponerme de mal humor, me tengo que recordar que no puede saber que he dejado los edulcorantes porque yo no se lo he dicho. Pero entonces recuerdo por qué no se lo he dicho —porque rompió conmigo— y me reboto igual.

Solo que en la sombra.

Jean Harper no lo sabe, pero estoy compitiendo con ella. He de ganarle en aplomo, calma y sangre fría.

—¿Cómo va eso, Pumpkin? Estás muy perdida.

Entre líneas: «Me estás aplicando el tratamiento del ibuprofeno: una respuesta a mis mensajes cada ocho horas».

Agacho la vista hacia mis manos, que rodean la lata como si fuera una taza de té.

Está tan congelada que al rato no me siento los dedos.

—No quería molestarte mientras estabas de gira con *The Life of a Rockstar*.

—Tú nunca molestas. Lo que sí es molesto —prosigue con las cejas arqueadas. Ha probado a afinárselas de acuerdo a la moda dosmilera. Yo jamás habría dado luz verde a ese despropósito— es que me haya enterado por Vinny antes que por ti de que has firmado un acuerdo de representación con nada menos que DiMarco. Por lo poco que sé, no es tu persona favorita del mundo mundial.

«Tampoco pretendía que lo fuera. Mi persona favorita del mundo mundial ya me despidió. Pero bueno, ¿quieres más pico de gallo?».

—No está tan mal. Ha sido un giro interesante en mi carrera. Aunque en Velvet Room nos hayamos especializado en celebridades de la industria musical, Roberta opina que da caché conquistar otros ámbitos. —Me encojo de hombros, tensa—. En eso estoy.

Alexia me mira interrogante, a sabiendas de que me estoy reservando muchísima información. Pero ¿qué espera? ¿Que le cuente que DiMarco es la personificación del huracán Katrina, un desastre de proporciones épicas?, ¿que me lleva al límite de la paciencia incluso los días que no lo veo y que tuvo la desfachatez de robarme un beso en público? ¿Para qué? ¿Para que se lo cuente a Vinny en cuanto concluya el programa y se vayan juntos a cenar a un bistró francés con patio interior, así como Vinny le trasladará cada retazo de información que se le escape a brinde DiMarco más por casualidad que con la intención de cotillear?

Nunca me ha simpatizado compartir mis asuntos privados con una mujer enferma de amor. He observado de cerca las consecuencias mil y una veces. Las lealtades se le desdibujan, y aunque te quiera de aquí a la luna, como supongo que es el caso —todavía estamos

analizando su presunto afecto fraternal en el laboratorio: no hay resultados concluyentes—, no le importaría sacrificar la confesión íntima de una buena amiga con tal de entretener a su hombre.

Entiendo que cuando convives con alguien se pueden agotar los temas de conversación y no hay nada más tentador que virar de lo personal al comadreo. Cuántas veces no habré dedicado madrugadas a debatir con Alexia los modelitos de las actrices en la alfombra roja de los premios Óscar o el último escándalo hollywoodense. Pero también entiendo —y comparto— la naturaleza egoísta e hipócrita del ser humano y confieso que no me gustaría que me hicieran lo que yo ya hago.

—Que le hayas conseguido a DiMarco una oportunidad como esta me dice todo lo que tengo que saber... que es lo que venía sabiendo, porque soy la prueba viviente de que tu talento para catapultar a alguien al éxito es único —señala Alexia con orgullo—. Pero ¿estás contenta con el reto?

Respuesta corta y diplomática: «Hombre, pues claro que sí. Nada como una crisis reputacional para poner en marcha mecanismos de emergencias que nunca tuve que emplear contigo y que hasta cierto modo me regocijan, porque me permiten seguir aprendiendo».

Respuesta larga y sincera: «No, no estoy contenta. Yo quería ser tu mánager para siempre. Yo quería ser esa anciana con el maquillaje cuarteado en las ojeras y el código de barras, la nube de pelo ralo teñida de rojo, las perlas al cuello y la nube pestosa de Chanel nº5 que escucharía detrás de la cámara el testimonio personal que darías en el último documental sobre tu carrera artística. Yo quería ser esa extensión de ti que terminaría comprándose una casita unifamiliar al lado de tu mansión en Beverly Hills para no tener que conducir o tomar un avión para llegar puntual a los viernes de cócteles, a los sábados de musicales de Stanley Donen, a los domingos de tomar el sol junto a la piscina. Yo quería ser nombrada gestora de tu discografía completa, madrina de tu boda y de tus hijos, sombra cosida a tus talones. Pero me despediste y ahora solo soy la representante de alguien que para colmo no quiere que le represente ni valora mi experto consejo en absoluto».

Antes era mucho más. Antes no iba a trabajar; antes había quedado con mi mejor amiga, que resultaba —y esto era una casualidad que me sorprendía a diario— que era una superestrella del pop, ahora del rock también.

No voy a volver a tener un vínculo así, una química similar, una complicidad casi mágica, con ningún cliente que le siga a DiMarco... siendo DiMarco, por supuesto, la persona menos indicada del planeta para tomarle el relevo a Alexia.

Pero eso ella no tiene por qué saberlo. Me importaría un comino que se sintiera culpable —ise lo habría buscado!—; lo que sí me importa es que me compadezca.

—Es un cliente muy distinto —respondo al fin, mirando todavía la Coca-Cola. Se está derritiendo entre mis manos—. Tengo tanto trabajo que hacer con él que no me da tregua, pero ya sabes que eso es lo que me gusta. Estar ocupada.

Ocupada para no pensar en que me traicionaste, mala pécora.

Si de verdad fuera una malvada Médici, como me decía ella misma a menudo, la habría envenenado. Pero en realidad soy más Lara que Cosima y la que se envenena con pensamientos autodestructivos es la servidora a sí misma.

—Lo está haciendo estupendamente —subraya Alexia. Señala la pantalla con sus uñas recién hechas: mucho más largas que como las llevaba antes, pintadas de negro brillante y con cadenitas y calaveras, todos los elementos idiosincráticos del estilo rockero al que se ha pasado para decepción de su público joven—. Eso es cosa tuya, ¿no? A DiMarco lo conozco muy bien, y que se haya prestado a esto ya dice mucho.

Alzo la vista hacia la pantalla y observo la sonrisa de plástico de mi cliente, su pose rígida en el diván, las miradas nerviosas que le dirige a la botella de agua.

Nadie que no lo conozca como yo dirá que está incómodo. Antes quedará deslumbrado por la sonrisa, que, de mentira o no, es una sonrisa en la cara de un hombre atractivo. Supondrá también que la línea de sus hombros es perfectamente horizontal porque gracias al trabajo colecciona contracturas y no porque le va a dar un jari.

La verdad es que no le estoy prestando tanta atención como debería porque me siento violenta. Me violenta que Alexia esté aquí, dándome conversación como si nada, reprochándome con naturalidad que no responda a menudo sus mensajes. Me violenta que Paolo y Manish ignoren mi existencia insultándose entre ellos como antes nos insultábamos nosotros.

Sobre todo, me violenta fijarme en la cara que hace una semana tuve pegada a la mía.

Le estoy mintiendo con descaro a Alexia porque, a) antes muerta que revelando que me va fatal desde que me abandonó como a un perro, y b) me quedan dos telediarios representando a este atrevido. No le he arrojado a la cara todavía los papeles de la rescisión porque ya teníamos cerrada la entrevista con Farah Fou y soy, ante todo —ahora es cuando la gente repite al unísono—: *una profesional*. Pero en cuanto la presentadora se despida con su icónico «hasta la vista, *baby*», robado de la película *Terminator 2* —ella dice que es «una referencia»; para mí es una plagiada con todas las de la ley—, se le hará entrega a Myles DiMarco de la resolución contractual.

No creo que Roberta vaya a echarme en cara que me haya tomado la justicia por mi mano. Al final, ¿no había trazado ella misma el límite en el contacto físico? Si necesita testigos traumatizados que corroboren mi causa, bastará con que cite en su despacho a Samantha. Estará encantada de proporcionarle detalles sórdidos del Acontecimiento.

Estaba decidida a ignorar el resultado de la entrevista en cuestión —DiMarco dejará de ser mi asunto en menos de una hora y media, tictac, tictac—, pero entonces Farah anuncia la ronda de preguntas del público. Lo único que no he podido pactar con la presentadora.

No voy a decir que la primera me dé en la frente porque Vinny recibe sus flores y las de DiMarco a lo largo de cinco o seis intervenciones. No obstante, era cuestión de tiempo que alguien con muy mala baba se sacudiera la faldita vaquera con altanería y clamara:

—Yo me quiero dirigir a DiMarco.

Con el cuello rígido por la tensión, clavo la vista en la chica con gafas, *babylights* y un modelito aceptable que no me cabe duda de

que han invitado a plató para la ocasión. La ocasión de proporcionar carnaza al público a costa de enervar a DiMarco, quiero decir. Sujeta el micrófono con una convicción moral totalmente absurda, como si fuera a hacer justicia en algún sentido tocándole las teclas al *wide receiver* cuando lo único que hará será buscarse la ruina.

Debería limitarse la venta de micrófonos como se limita la venta de alcohol. No todo el mundo necesita tener una opinión, y menos aún una plataforma para expresarla.

—¿Otra vez con esas? —bufa Alexia en cuanto la chica ha arrojado su pregunta: que si estaba borracho cuando atacó al *paparazzi*—. Cómo me jode que le vaya a perseguir de por vida el altercado aquel. ¡El tío se me tiró encima! ¡Se *nos tiró* encima! ¿Qué iba a hacer? ¿Abrazarlo?

Doy gracias al cielo y a la madre de Vinny por haber alumbrado a una criatura que sabe en todo momento cómo proceder. Me estaba tocando la moral que se hiciera tan visible cuando solo ha ido al programa como muleta de DiMarco, no como superestrella invitada, pero cumple su función. Se arroga el derecho a contestar con la diplomacia que le caracteriza cuando la situación es incómoda.

Por desgracia, mi cliente no podía permitir que luchara su batalla y le arrebata el micro.

Lo que yo diga. Hay que limitar el reparto de micrófonos en este país.

Aguanto la respiración a la espera de una respuesta fuera de lugar. DiMarco nos sorprende a todos, y cuando digo «a todos» estoy incluyendo a Jean Harper, que baja el móvil y levanta las cejas. Suena tan severo como justo al disculparse por su arrebato.

—Inesperado —valora la estilista.

La chica no iba a dejarlo correr así de fácil. Reconocería a una *influencer* a primera vista en cualquier parte, y está claro que esta en concreto no se dedica a recomendar los libros del top ventas como si fuera la única que lo has leído, sino a hacer leña del árbol caído: *clean look*, ácido hialurónico en labios, barbilla y pómulos y ambición de llegar al millón de seguidores.

—Como siga provocándolo... —murmura Alexia.

Sí que tiene que conocerlo bien, porque en esos puntos suspensivos cabe lo que yo ya sé. Que va a haber fuegos artificiales como poco.

Diciendo que asisto al intercambio de pullas entre Gina y DiMarco con los glúteos apretados es quedarse corto. Quién me iba a decir a mí que encomendarme a las energías divinas para que me ahorren otra crisis reputacional sería más beneficioso para mi fortalecimiento muscular que las clases de pilates y el día de pierna. Antes de darme cuenta, me he puesto de pie con la Coca-Cola Zero aún en la mano y me he plantado delante de la pantalla de la televisión con la respiración suspendida.

En cuanto DiMarco pronuncia la primera palabra malsonante, saco el móvil del bolsillo como un pistolero su revólver y, sin apartar la vista del primer plano de su expresión sombría, clico sobre el *trending topic* #LaNocheDeFarah.

No hace falta ni que refresque la página. Los adictos a las redes sociales ya están aportando sus impresiones sobre la batalla campal entre DiMarco y quien por lo visto es una *influencer*, sí, pero de muy bajo rango. Las de mediano rango anuncian marcas de joyería emergentes que aún no tienen tienda física; las de alto rango entrevistan a las celebridades en las alfombras rojas; esta chica, Gina, por pertenecer al último escalafón, todavía promociona productos de cuidado facial sin contrato con la esperanza de que Clinique le envíe muestras gratis o Nyx le regale un calendario de Adviento de maquillaje.

¿Quién puede culparla? Yo también quiero que me regalen un calendario de Adviento de maquillaje.

—La está cagando —oigo que dice Manish.

—Si es que vaya tela —suspira Paolo—. ¡Anda que mandarlo a un programa de entrevistas con la boca que tiene!

—Pues yo no creo que le falte razón —interviene Jean Harper. El alegato de DiMarco ha conseguido que bloquee la pantalla del móvil y se aproxime también a la televisión—. Dudo que esto vaya a hacerle un favor a su carrera, pero también es importante lanzar este tipo de mensajes. Y se está quedando a gusto —apostilla con una sonrisita cargada de simpatía.

Contempla el rostro de DiMarco con el admirado candor que se dirige a un niño que está aprendiendo a caminar.

—Debería haberle dicho que sí a Farah —se lamenta Alexia. También se ha puesto en pie y me franquea por el lado izquierdo—. Podría haber metido baza en la conversación para defenderlo.

Y eso habría ayudado de forma significativa, porque basta con que DiMarco mencione a Alexia y el riesgo que presuntamente corrió a las puertas del bar para que el público, al que el cámara enfoca con mucho tino, relaje los hombros y se mire entre sí con aprobación.

En mí no hay más que asombro y un calor inexplicable cuando se pone de pie y termina la discusión de un modo inapropiado por su vehemencia y contenido político. Sobre todo es inapropiado porque todos los discursos aleccionadores resultan sonrojantes, tengan o no una buena intención. A nadie le gusta que le lean la cartilla, y menos cuando viene a divertirse con los *sketches* de la banda y las bromas de Farah. Pero mencionar las casas de acogida y su pasado humilde me ablanda hasta a mí, que ya me estaba preparando para llamar a Roberta y decirle que tenemos que matarlo en directo, pues solo un sacrificio al estilo de Kennedy lo redimiría de tan bochornosa intervención.

—¿Casas de acogida? —repite Paolo con un hilo de voz—. Qué fuerte.

—¿En serio ha soltado eso en televisión? —jadea Manish, incrédulo.

—Se nota que no lo ha guionizado —aporta Jean Harper.

—Por supuesto que no. DiMarco no habla de sí mismo ni con sus amigos. Vinny me contó que tardó años en mencionar a su tío Henry —confirma Alexia, que mira la pantalla con gesto compasivo.

Me aterra consultar las redes sociales para averiguar cómo se ha recibido la noticia, pero es mi deber valorar los daños para poner en marcha cuanto antes la acción publicitaria que los contrarrestará.

Y he aquí la prueba de que sin importar cuánto la estudiemos o cuán listillos nos creamos los expertos en marketing, la opinión pública es una criatura caprichosa e impredecible. Por supuesto que hay usuarios de la rama ideológica contraria que lo critica a hierro,

pero la inmensa mayoría de los comentarios son no ya positivos, sino devotos.

—¿Lo están funando? —inquiere Jean Harper, asomándose a mi pantalla iluminada. Levanta las cejas, no menos sorprendida que yo, y se ríe—. ¿En serio han subido una foto suya con la hoz y el martillo de fondo? Qué rápida e ingeniosa es la gente cuando quiere.

Los memes inundan la red tan solo cinco minutos después de la repentina pausa publicitaria. Van *in crescendo*, y no para peor: los usuarios se refieren al discurso de DiMarco como la primera piedra de la revolución socialista, crean *fancams* con imágenes suyas jugando al fútbol —las únicas que han podido encontrar en la web— mientras suena de fondo el himno de *La Internacional* o la canción *She Don't Give a Fo*. Veo un *collage* de *La libertad guiando al pueblo*, el cuadro de Delacroix, pero con la bandera estadounidense en lugar de la francesa y la cara de DiMarco sobre la del personaje principal. Alguien ha grabado el programa y ha colgado un vídeo de él hablando con el micrófono con un rótulo inferior informativo que reza: *Hoes Mad*.

Más allá del posicionamiento positivo manifestado con sentido del humor, muchas cuentas con numerosos seguidores, algunas de ellas verificadas, expresan su conformidad. El líder del Partido Demócrata y algunos políticos de rama socioliberal secundan el mensaje. También unas cuantas celebridades de las industrias del cine y la música, entre ellas Susan Sarandon y Mark Ruffalo.

La propia Alexia se apresura a sacar su teléfono móvil del bolsillo y aportar su granito de arena.

—Ha caído de pie —sentencia Jean Harper. Prorrumpe en lentos aplausos—. Bravo.

No solo ha caído de pie, sino que aun sin tener idea alguna de cómo jugar al ajedrez de la publicidad ha sabido hacer jaque mate, demostrándome que puede ganar ateniéndose a sus reglas y no a las mías.

Porque he de reconocer que mi estrategia no había estado surtiendo efecto. Lo más seguro es que la entrevista hubiera pasado desapercibida si no le hubiera cantado las cuarenta a la *influencer*: hasta el momento de la discusión parecía que solo Vinny hubiera

acudido al sofá de Farah, y mi —ahora veo que vana— esperanza era que le alabaran por su constricción y su saber estar.

Ahora le están alabando por su corazón rebelde.

Pero yo apenas pienso en eso. Solo puedo pensar en lo elocuente que se ha vuelto defendiendo los intereses de quienes considera los suyos, en la inteligencia que ha denotado; en que, para variar, no parecía una impresora sin tinta que escupe frases inacabadas porque no da para más.

Me ha dejado estupefacta y sintiéndome tan culpable que hasta Alexia se ha dado cuenta.

—Esto es una buena noticia, ¿no, Pumpkin? ¿Cómo es que no lo estás celebrando?

—Yo... —balbuceo. Siento las miradas de Paolo, Manish y Jean Harper clavadas en mí. Alexia es la única que espera mi respuesta sin expectación, segura de que tengo un muy buen motivo para haber perdido el habla. En otra tesitura, con cualquier otro cliente, habría estado haciendo llamadas y gritándole a todo el mundo—. No me lo esperaba.

—¿La reacción del público o la de DiMarco?

Me ruborizo de vergüenza y espero a que el equipo de estilistas se enzarce en una conversación paralela para dirigirme a Alexia.

Trago saliva antes de confesar:

—Que sea listo.

Ella tarda en reaccionar.

—¿Cómo dices?

—O sea, siempre he sabido que tiene opiniones políticas, pero eso no es indicativo de sabiduría o ingenio, y pensaba... pensaba que era... no voy a decir «cortito de entendederas», pero sí un tanto...

Cada vez estoy más roja. Lo noto en el modo en que me arde la cara.

Echo un vistazo de reojo al móvil, donde siguen acumulándose las opiniones sobre el exabrupto del jugador.

«Voy a empezar a ver los partidos de los Boston Beasts», promete un usuario. «Además de guapo, ¡con conciencia de clase! ¿Qué más se puede pedir?», dice otra. «¡Así es como uno tiene que usar su influencia y su plataforma!». «¿Habremos asistido en directo a la

caída de los *influencers* como piedra base de la sociedad? ¿Le ha cortado la cabeza DiMarco Robespierre a la reina María Antonieta?».

Dios mío, ¿cómo que cortar cabezas? ¿Por qué la gente suelta esa clase de animaladas con total impunidad?

—¿Un tanto? —insiste Alexia.

Cuadro los hombros, consciente de mi derrota, y me dirijo a ella con humildad.

—Creía que soltaba comentarios polémicos por el placer de llevar la contraria, porque era un odiador profesional, no sé. Pero parece que le apasionan algunas cosas y que sus opiniones no son simple y llana rebeldía.

Alexia se echa a reír y me pasa un brazo por los hombros.

—DiMarco no es nada tonto, Pumpkin. Solo es un pelín desastre, se distrae mucho y no puedes pagarle para que se interese por las cosas que no le llaman la atención, pero tiene un coco alucinante. Es un placer discutir con él de política porque está muy informado, y mira quién lo dice; a mí no me gusta posicionarme.

»También le interesa muchísimo la ciencia. Un día, cuando quedé con los del equipo, hizo una ponencia divulgativa sobre las teorías astrofísicas de Stephen Hawking. Te sorprendería la cantidad de libros que ha leído.

—Eso no es lo que yo tengo entendido por quién es DiMarco —refunfuño.

—Es verdad que una lo ve tan grande, callado y con esa cara de pocos amigos que piensa que ha venido al mundo a jugar al fútbol y nada más. Tampoco le ayuda esta imagen pública de «me encantan las tetas, cuantas más, mejor» —cabecea con una sonrisa divertida —. Pero es un buen chico. Le juega en contra lo desconfiado que es. Luego se abre contigo y es como si te hubieras metido un tripi: de pronto tu mente se llena de colores y figuras que no habías visto antes. Deberías probarlo.

Y me guiña un ojo.

Capítulo 11

I fantasize about it… but only sometimes!

Evidentemente, no pienso probar los tripis ni nada que se le asemeje. Si quiero hacer un viaje sideral, lo haré bajo mis condiciones, o sea: honrando mis tradiciones familiares y mis raíces culturales calzándome nueve cócteles Sazerac, que para eso son la joya de la corona de Luisiana.

Pero sí que tengo que enfrentarme en persona al tripi que está resultando ser DiMarco.

No iba a ponérmelo fácil como el animal salvaje que es. Según me han contado, en cuanto ha concluido el programa después de la segunda parte —Farah improvisa unos *sketches* divertidos sin sus invitados, a los que manda al rincón de pensar durante la otra media hora para calmar las aguas—, mi representado se ha arrancado el pinganillo y el micrófono de corbata, inactivo durante las preguntas del público, y se ha despedido de los técnicos con un brusco «a tomar por culo».

Tan elegante.

Es difícil confundir estas migajas de pan con otro Hansel.

Asumo que se ha escabullido solo al hotel y lo confirmo cuando coincido con un exasperado Vinny. El *tight end* me sacude el móvil con cara de circunstancia y me informa de su paradero leyéndome el mensaje que le ha enviado: «Tengo que ducharme».

—Ya sabes —lo ha excusado Vinny—. Johnson's Baby.

Por primera vez le agradezco a DiMarco una de sus groserías épicas. Me concede la excusa perfecta para yo desaparecer del radar de Alexia antes de que se le ocurra invitarme a pasar la noche con ella, su novio y mis examigos, que no dudo que habría concluido conmigo hecha un ovillo en la cama viendo vídeos antiguos. Como aquel en el que Paolo tuvo que descorchar la botella de champán con unos alicates, lo único que localizamos en la caravana. O aquel en el que rapamos el lustroso cabello de estrella de Bollywood de Manish por una apuesta. O aquel en el que Alexia se rio tanto que se le escapó un pedo y todo el grupo entró en ese trance de hilaridad en el que ya no te carcajeas, solo enrojeces y te asfixias con la boca

abierta. Yo era la que sujetaba el móvil que grababa y recuerdo que la imagen estaba borrosa porque no podía parar de temblar.

Llego al palaciego hotel Plaza después de cruzar medio Manhattan en un taxi que no creo que cumpla las medidas sanitarias. Aun sabiendo que no lo apreciará en absoluto, le he reservado a DiMarco una de las suites con recibidor, salón amplio, cama *king size* —de su tamaño, quiero decir— y con una barra de mármol por si quisiera festejar su acierto o su fracaso con unas bebidas espirituosas. He escogido el Plaza y no The Pierre, mi primerísima elección cuando viajaba a NYC con Alexia por un tiempo breve, porque volver a cruzar los lujosos pasillos del segundo me habría traído dolorosos recuerdos.

Mi madre siempre se ha burlado de mí con que soy una sensiblera.

Supongo que he de darle la razón.

Llamo con los nudillos a la puerta de la suite de DiMarco rezando para que nadie me vea. No creo que a ningún buen cristiano se le ocurriera confundirme con una prostituta a domicilio, si bien estoy convencida de que el Plaza está encantado de proporcionar el número de escorts así como garantizar su acceso con la mayor discreción si y solo si tienes dinero para pagar el servicio. Pero por si acaso alguien tuviera el desatino de tomarme por una chica de compañía, vuelvo a llamar con más impaciencia y mascullo su nombre para que sepa que soy yo.

Entonces caigo en la cuenta de que está sonando una canción de rock a todo trapo. Me escudo en la posibilidad de que no pueda oírme para sacar la réplica de su llave —¿cómo no la iba a solicitar, si este tipo es capaz de ahogarse en la bañera en un despiste?— y cruzo el umbral a toda prisa. El Plaza cumple lo que promete —protección a las superestrellas—, pero cubrirse las espaldas nunca está de más.

DiMarco es el borrón del correcaminos cuando me planto en la sala de estar. Camina de un lado para el otro pasándose las manos por el pelo. Se saca el cinturón a tirones y lo arroja sobre la cama de la estancia contigua. Hablaba para sí mismo, sacudiendo la cabeza, hasta que repara en mi presencia. Los dedos que ya había guiado a

la bragueta —está desabrochada cuando me mira— se quedan suspendidos en el aire.

También su paseo frenético y su respiración.

Me echa un vistazo de arriba abajo y aprieta los labios.

—¿Se puede saber por qué has desaparecido del plató? —me apresuro a intervenir por miedo a que se le ocurra una lindeza.

—Porque se me estaban inflando los cojones.

Suspiro con cansancio.

—¿Es necesario que emplees expresiones tan gráficas?

—¿No crees que sea muy fiel a la verdad? ¿Acaso no has visto cómo me los inflaban?

—La pregunta era esperable, DiMarco —vuelvo a suspirar—. E ibas avisado de que iban a someterte a un interrogatorio.

—¿Vas a negarme que la *influencer* haya ido a matar? ¿Vas a negarme que elegiste a Farah Fou y no a Jimmy Fallon porque sabías que ella prioriza sonsacar datos personales y no divertir al personal con un *sketch*?

El sudor del estrés le ha formado círculos oscuros bajo las axilas y tiene el rostro brillante.

No sé por qué no me parece antihigiénico. Es lo que suelo pensar en estos casos.

—Elegí a Farah porque Jimmy no tenía hueco para hacerte, ¿de acuerdo? Y nadie te ha sonsacado datos personales, como has podido comprobar tú solito durante la prudentísima y estrictamente futbolística entrevista —añado con las manos en alto—. Si has hecho una confesión en *prime time* ha sido porque has querido.

—Claro, porque seguro que la habría hecho si la tía esa no hubiera ido a degüello.

Practico para mis adentros un argumento apaciguador en tono razonable y me acerco a él.

—No hace falta que te pongas a la defensiva.

—Ya. Solo tú te puedes poner a la defensiva, ¿verdad? Solo tú te puedes cabrear y puedes montar pollos. Habías venido a echarme la bronca, ¿a que sí? Pero como has visto que yo también tengo de qué quejarme, porque tú y solo tú has sido la responsable de que no

aten en corto al público y me pusiera nervioso, vas y das marcha atrás.

—Pues no, no he venido a echarte la bronca, listillo. Es cierto que tengo alguna que otra crítica constructiva que hacerte, como que de ahora en adelante deberías vigilar el tono en el que te expresas, pero no estoy enfadada ni decepcionada con el modo en que te has desenvuelto. Es más: pasaba a decirte que la reacción de los espectadores en redes sociales ha sido mayoritariamente positiva. Estaré monitoreando X, TikTok y demás en los próximos días, pero en principio calculo que un setenta e incluso ochenta por ciento de la opinión pública...

—Me la suda la opinión pública —me corta, todavía sin moverse—. ¿Qué opinas tú?

—Yo no tengo opinión, DiMarco. Estoy al servicio de tus intereses. Todo lo que resulte en que te aplaudan me viene de perlas. Da igual si lo hacen por tus discursos humanitarios o porque has salido en un videoclip de Dua Lipa.

—O sea, que estarás o no estarás satisfecha conmigo dependiendo de lo que digan un puñado de soplapollas.

—¡Estoy satisfecha contigo! —trato de aplacarlo, perpleja con su reacción emocional. No diré que me acerque sin reservas, porque reservas tengo siempre, pero siento que es necesario palmearle el brazo para reafirmar mi mensaje alentador—. ¿Lo estás tú? Has dicho lo que querías en el programa, ¿no? Te has explayado y desahogado de lo lindo. Estamos todos contentos, pues. ¿Por qué sigues enfadado?

—No estoy enfadado —masculla con la vista fija en la mano que he descansado sobre su antebrazo. Tiene las pestañas húmedas y se ha mordido tanto los labios que ha dejado marcas enrojecidas—. Estoy nervioso.

—Ibas a darte una ducha, ¿no? ¿Quieres que te pida algo de cenar?

—Necesito correr.

—¿Correr?

—Sí. Moverme. Hacer ejercicio. Correr. —Pausa—. O follar.

Se me atraganta la respiración al oírlo, más cuando acompaña la urgencia de una mirada penetrante.

—Pues vete a Central Park —balbuceo enseguida, sospechando que, si no soy directa y contundente, va a llevar a cabo otro movimiento brusco. Me apresuro a retroceder dos pasos. Por si acaso, me cubro los hombros con las manos—. Está abierto a estas horas.

Su mirada se intensifica sobre mí con una emoción rayana en la rabia.

—¿Y tú cuándo coño abres, eh? ¿Tú cuándo estás disponible?

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—A la semana que te has pasado sin hablarme porque «estabas muy ocupada». —Imita las comillas con los dedos que forman las orejas del conejito, un gesto natural pero también infantil que me distrae un segundo. No imaginarías a un hombre de sus dimensiones haciendo según qué ademanes—. Lo de que estabas ocupada me lo he tenido que imaginar, claro. No tuviste la decencia de decírmelo para que dejara de rayarme.

—¿Que yo no he tenido la decencia de...? ¡El valor que hay que tener para reprocharme *a mí* una falta de decencia! ¡Sobre todo siendo tú un...! —Corrijo la senda que había tomado para evitar sacar a colación el incidente en el set—. ¿Para qué querías que te escribiera? ¡Si nunca lees mis mensajes, no se diga ya contestarlos!

—Sí que los leo. A veces.

—¡No las veces suficientes!

—Bueno, pues ahora estoy aquí. En carne y hueso. —*Por desgracia. No hace falta que lo jure*—. ¿Tampoco me vas a decir nada?

—Ya te he dicho que has estado bien en el programa, y que...

—El programa me vale tres hectáreas de verga, como dicen los compas mexicanos. Quiero que me digas qué te pasa y de qué se supone que íbamos a hablar después. Me has enviado al sofá de Farah Fou con la cabeza dándome vueltas, Elsie. Eso no se hace —añade, y aunque no suena del todo vulnerable, me ablanda ligeramente.

—¿Cómo me has llamado?

—Elsie. Las letras de tu nombre son la L y la C, ¿no? Es un diminutivo apropiado.

—¡No te he dado permiso para ponerme apodos!

Pero es cierto que me parece muy mono.

Elsie.

¿Cómo es que a nadie se le había ocurrido antes?

—No me has dado permiso para hacer nada, así que a lo mejor deberíamos discutir los límites del contrato ese, ¿no te parece? Porque ahora mismo tiene unas cuantas cláusulas que, si no son abusivas, por lo menos desencadenan situaciones desagradables.

—¿A qué te refieres?

—A lo de que esté prohibido besarte, por ejemplo. No es justo. Y tampoco es justo que me ignores cuando lo hago.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que te diera otro de regalo?

—Por qué no.

—¡Porque no! —aúllo, histérica perdida. ¿Por qué tenemos que mantener esta conversación en la suite de un hotel?, ¿una que me consta que han ocupado parejas de luna de miel?—. ¡Estás tú para quejarte de que te desechen como un trapo sucio después de un pequeño... encuentro! ¡Alguien debía darte a probar de tu propia medicina!

DiMarco se cruza de brazos y me mira desde arriba como si yo no fuera más que un pingajo.

—¿Se supone que me tengo que creer que me besuqueaste para vengar a todos los fantasmas de mis exnovias, si es que así se pueden llamar?

—¿Y por qué te iba a besuquear, si no?

—Porque te gusto —responde con una tranquilidad aplastante—. Me miras como si me quisieras comer. Ahora, sin ir muy lejos, lo estás haciendo.

Siento que mi anclaje al suelo pierde fuerza y la habitación da vueltas a mi alrededor.

—¿De qué estás hablando? ¡Tú alucinas!

—¿Ah, sí? ¿Alucino? —Cruza la distancia entre los dos. No consigo retroceder a tiempo y él retira un mechón de mi cara, pero no con la tímida delicadeza con la que lo hizo en el probador. Mantiene el

mechón contra mi sien sujetándome la cabeza con una mano firme —. Si mira cómo te pones cuando te toco el pelo, Elsie —añade en voz baja.

Esa entonación cuidadosa, casi tierna, me mece y por un segundo no sé qué decir.

—¡Porque... porque me fastidia que me lo puedas engrasar!

—Engrasar —repite con una sonrisa incrédula—. ¿También te «fastidia que te engrase» si te toco aquí? —Me rodea la barbilla con el pulgar y me la levanta hacia él, obligándome a hacer contacto visual. La mano libre la desliza por la cintura hacia abajo, hacia mis nalgas. ¿Mis nalgas? Espera un momento, ¡espera un momento!—. ¿Te has ruborizado ahora mismo porque te preocupa que te manche con mi manos de bruto?

—Basta. ¿Qué haces? Esto es impropio, indecente, y...

—Lo buena que estás sí que es indecente —me suelta como si le mosqueara—. Lo cerdo que me pones es indecente.

—¡DiMarco!

—Si vas a fingir que estás cabreada conmigo y me vas a ignorar días enteros por haberte dado un besito...

—¡Aquello no fue un besito!

—... bien podrías cabrearte por razones de mayor enjundia, ¿no? —Me roza el nacimiento del pelo con los labios entreabiertos y los desliza en una caricia por el óvalo de mi rostro—. Porque te he metido mano, por ejemplo. Porque te he quitado la ropa y te he follado como un animal.

—¡No me amenaces! —lo interrumpo a trompicones, a estas alturas sedada por la vergüenza.

DiMarco me sostiene la cara por la mandíbula y clava la vista en mi boca. Siento que se me cae el alma a los pies y pierdo del todo el equilibrio sobre los zapatos. Los labios que me devoraron el otro día están a una distancia crítica de los míos, y da igual si es miedo, indignación o deseo lo que me bloquea la garganta, porque el resultado es el que es: una tensión insoportable.

—No te amenazo —murmura con dulzura—. Solo te ruego que no pases de mí.

—¿Cómo no voy a pasar de ti si te comportas como el hombre de cromañón? ¡Esto no puede ser! —balbuceo, enferma de los nervios. Mis ojos se desvían a sus labios entreabiertos, a la mandíbula que aprieta con impotencia—. Esto no puede ser, ¿me oyes? —repito sin voz.

Deja correr unos segundos que a mí se me hacen eternos.

—Vale —concluye al fin.

Mi decepción tiene que ser visible, porque DiMarco ni se aparta ni retira las manos de mi cuerpo. Permanece rígido como una estaca en el sitio, esperando que le den una orden que no va a llegar porque a duras penas controlo mi aliento. Lo que sí hace es ladear la cabeza sin dejar de contemplarme —es la palabra adecuada, porque no me mira, no me observa; me contempla como se contempla una idea, como se reflexiona— y recorrer mi mandíbula y mi cuello con los dedos.

No hay nadie mirando, ¿verdad? No, no hay nadie mirando. Somos él, yo, un salón provisto de sillones estilo Luis XV y mi estúpida fascinación. Porque sí, que Dios me perdone, pero *qué guapo es*. No he visto un hombre tan guapo en toda mi vida, con esas pestañas tupidas, esos ojos egipcios, esa piel de bronce. Huele a colonia masculina entremezclada con sudor, algo que, lejos de producirme algún tipo de rechazo, aviva mis nervios y me insta a acercarme todavía más, a presionar mis labios contra su garganta o contra su hombro o contra su barbilla rasurada o contra lo que sea. La única condición es que huela a él. A hombre.

DiMarco me tiene que leer el pensamiento, porque se humedece una comisura con la punta de la lengua. Con los párpados entornados por la ligera sospecha o quizá la misma emoción que me abruma a mí —apenas me aguanto de pie—, se acerca al filo de mi barbilla con la boca entreabierta y amaga un beso rozándola con la mía. Y a esta estúpida servidora no se le ocurre nada mejor que ponerse de puntillas sobre los de por sí altos *stilettos* para alcanzar la boca que por lo visto quiero que sea mi surtidor.

Pero él no solo no me besa, sino que se aparta lo justo para que el corazón se me encoja de miedo a lo que me consta que va a decir a continuación.

Y lo dice, claro que lo dice.

—Si no me quieres comer —me susurra—, ¿qué acaba de pasar, entonces? ¿No me estabas pidiendo un morreo?

Noto a nivel visceral que me arden todas las células del cuerpo y el rubor me estalla hasta en la frente, en parte porque me ha pillado, en parte por lo espantosa que es la palabra utilizada.

Tratando de convencerme de que es ira lo único que siento, me aferro a mis propios puños crispados para rugirle que se largue, pero un sollozo frustrado me quiebra la voz:

—¡QUE TE DEN!

Abochornada por la debilidad que se ha apoderado de mí, y no sé si porque llevo muchos días luchando contra mis pensamientos —los mismos que he dedicado a ignorarlo con fervor—, agacho la cabeza para esconderme de él.

Se me ha formado un nudo en la garganta.

Y, por si eso fuera poco, también se me saltan las lágrimas de pura rabia.

DiMarco impide que salga de la habitación rodeándome por la cintura como el condenado día del anuncio, como si alzara a un bebé en brazos, y con una facilidad alarmante me atrae hacia sí y me pega los labios al oído y la bragueta a la falda.

—No hace falta que te pongas a llorar, Elsie. Te voy a besar igual.

Me debato entre sus brazos sin energía, no porque no me quiera librar de él, porque *de verdad me quiero librar de él*, sino porque este hombre de aquí me drena las fuerzas.

DiMarco me da la vuelta con la misma facilidad que si fuera un trompo. Yo me niego a alzar la barbilla, pero es peor, porque en mi campo de visión se despliega un torso masculino ancho como un barco y con un escote que insinúa el vello oscuro del pecho.

Ni yo misma entiendo este acceso de sentimiento, pero no me hallo en condiciones de descifrarlo porque la amenaza de DiMarco no es latente: es física e inminente, y he de concentrar mis esfuerzos en hacerla desaparecer.

Me armo de coraje para enfrentarlo con un merecido rapapolvo... E igual que la determinación ha entrado en mi sistema, se desvanece al contacto con la mano que me acaricia el cuello. Algo

pienso cuando se inclina sobre mí y me besa sin tanteos ni gentileza alguna, pero no me van a convencer de confesar el qué ni prometiéndome la primera fila en la Semana de la Moda de Milán.

DiMarco se agacha sin soltar mi boca y me levanta en vilo cogiéndome de la parte trasera de los muslos. El corazón se me encoge de pensar que pueda llevarme a la cama, pero solo me sienta en la cómoda empotrada en la pared del recibidor.

—Es que me duele el cuello de doblarlo para besarte —se justifica.

Resuelta ya la duda que al menos yo no tenía, planta las manos sobre los huesos de mis caderas y se acerca más ladeando la cabeza para seguir besándome.

¿Qué importa ya?, me digo. Aquí no nos ve nadie, y si un árbol cae en el bosque y nadie lo escucha, ¿realmente hace ruido? La respuesta es que no. «No» es también la respuesta a si esta vez me pienso contener, porque la que sí suena soy yo jadeando en busca del aliento entre un beso y otro, que le devuelvo con un frenetismo en el que no me reconozco.

Le echo las manos al cuello, a la cabellera, y acaricio entre los dedos ese pelo suave y salvaje que tiene; también las mejillas suaves como la seda que normalmente refugian la lengua que se entrelaza con la mía.

No entiendo dónde están mis reparos y escrupulosidad cuando el beso se torna violento y húmedo, una combinación de saliva, gruñidos e impotencia. No entiendo dónde me he dejado el respeto a mí misma cuando DiMarco introduce la mano bajo mi falda, se abre camino entre la tela de las bragas y me acaricia ahí donde me quema. No entiendo dónde me he dejado el sentido común al abrir más los muslos y arrastrar las caderas en dirección a sus dedos, que me estimulan el clítoris con un movimiento constante, rítmico y por completo enloquecedor.

Si los hombres no saben hacer dos cosas a la vez, ¿cómo es que DiMarco sigue, aun así, tomando mis labios con urgencia desesperada? Si las mujeres no tenemos tantas ansias sexuales como ellos, ¿por qué yo cruzo los tobillos a su espalda, le araño la espalda y, sollozante, busco rozarme con su pecho porque su boca no parece suficiente?

—Dios mío —gimoteo contra sus labios.

Él no me deja hablar. No me deja ni respirar. Es como si quisiera matarme, y se lo agradezco porque de lo contrario habría dicho algo que habría vulnerado mis principios. Habría admitido ante Myles DiMarco que tiene razón, que una parte dormida de mi lado femenino, el que desea y acepta ser deseado, despertó cuando lo conocí y por eso he pasado una semana entera enferma de ansiedad de pensar en volver a verlo.

Como si hubiera leído mis pensamientos —*como si hiciera falta.* Creo que está quedando todo dicho—, se separa de mí ruborizado, con la boca brillante de *gloss* y los ojos tan brillantes que parecen una noche en Alaska. Sin apartar la vista de mi cara congestionada y sin recuperar tampoco el aliento aún, se arrodilla ante mí y me separa los muslos.

Parece pendiente de mi reacción y al mismo tiempo no. Por suerte, se pierde mi mueca de asombro y mi impulso de alejarlo al esconder la cabeza entre mis piernas y besar y lamer la fina tela húmeda de mis bragas.

—¿Qué haces? —tartamudeo. Lo agarro del pelo a la altura de la coronilla y tiro para intentar apartarlo, pero él insiste en cubrir de besos mis ingles y la cobertura cada vez más empapada de mi ropa interior, un arrebato de debilidad pasional que sin embargo encuentro terriblemente erótico—. DiMarco...

—Joder, qué bien hueles —gruñe.

—¿Qué dices?

Siento que me sube la vergüenza desde el cuello y tiro de nuevo, ahora con más fuerza.

—¡Auch! —protesta, pero no abandona el que ha decidido que va a ser su lugar. Solo me lanza una mirada de advertencia desde abajo —. Vuelve a hacerme daño y te vas a enterar.

El comentario me eriza todo el vello, y él, regocijándose, demuestra haberlo advertido llevando una mano a mi pezón erecto. Sin apartar los dedos de ahí, me ordena alzar las caderas para subirme la falda con dos tirones impacientes y bajarme las bragas por las piernas. No se detiene a confirmar que son de La Perla y vuelve al ataque con incluso más ansias, como si mi cuerpo fuera un

imán: en concreto la parte íntima que se lanza a lamer con la boca bien abierta, como si no quisiera dejar desatendido ni un solo rincón.

Mi mano permanece anclada a su cabellera. No pretendo hacerle ningún daño, pero la presión de la lengua contra el pliegue superior, amenazando con adentrarse entre los interiores y secándome a la vez que humedeciéndome más aviva en mí la necesidad de defenderme y lo agarro con fuerza.

No sé si quiero que siga, no sé si quiero que esto vaya muy lejos, no sé qué está haciendo, no sé cómo hemos llegado hasta aquí, solo sé que esto no me lo han hecho nunca y el placer que experimenta mi cuerpo no consigue entender por qué.

Me arqueo hacia él y tirito involuntariamente, y aunque estoy roja y catatónica por la vergüenza, también jadeo incrédula, y suspiro, y gimoteo, y me arden todavía en los ojos las lágrimas que ahora entiendo que son de haberme reprimido de una manera tan brutal.

DiMarco clava los dedos en mis muslos y me atrae más hacia sí. Su cabeza se mueve como si estuviera besándome —¿qué está haciendo, si no?—, sus manos me recorren desde las rodillas hasta las nalgas ahora descubiertas y de las nalgas hasta los tobillos, y de los tobillos hasta las ingles, y de pronto tiene entre los dientes la delicada piel de mi sexo y succiona mientras me penetra con dos dedos.

La inesperada combinación de dolor y de placer me produce un espasmo, otro espasmo, otro espasmo, y para cuando quiero darme cuenta de lo que está pasando, descubro que esto es «alcanzar el clímax».

Dicho de forma coloquial, *tener un orgasmo.*

Mi cuerpo sufre una parálisis momentánea, tensión hasta el paroxismo, y durante unos segundos no soy nada, no soy nadie, solo floto y me estremezco, vulnerable. DiMarco sigue tocándome y chupándome con hambre hasta que reconoce la contracción de mi bajo vientre y poco a poco va bajando el ritmo.

En tanto que consigo recomponerme y recobrar el juicio, DiMarco me besa el pubis, la ingle y por último el ombligo, y se levanta tan tambaleante como sospecho que lo estaré yo cuando baje de la cómoda.

Él y yo nos miramos a los ojos; él sin haberse saciado, yo seguro que con miedo a su próximo paso. Pero no aparto la vista de sus siguientes movimientos, que son pasarse la lengua por la boca húmeda y limpiarse la barbilla brillante de mis fluidos con el dorso de la mano.

—Qué rica —me parece que murmura.

Se acerca a mí otra vez, tembloroso, y me agarra con tanta fuerza de los muslos que me hace daño. El corazón se me sube a la garganta de pensar que pueda seguir, que pueda tensar la cuerda aún más...

... Pero no.

—Por hoy te vas a librar de mí —me advierte con un ronroneo—. No volverás a tener tanta suerte.

DiMarco me suelta con dificultad, como si las suyas fueran las garras de una pantera y yo su próxima víctima, y se aparta con aire desvalido para salir por piernas de la habitación.

Capítulo 12

If You Like It Then You Shoulda Set A Date For Me

Lara Cosima

Alguien ha tenido que contarle a DiMarco lo que significa «donde las dan, las toman», porque es el lema que viene adoptando desde hace siete días: los que llevo, *en vano*, tratando de contactar con él por todas las vías imaginables para que firme la resolución del contrato.

Porque si alguien pensaba que iba a abandonar mi pretensión está muy equivocado. Puede que «unos besitos», como los describió el susodicho, puedan distraerme *in situ*, pero hacen falta herramientas infinitamente más contundentes para disuadirme de manera efectiva.

Como dice Samantha, y no le falta razón, soy la Agenda Humana. Tengo grabadas en el cerebro, como si de inscripciones de lápida se tratase, cada uno de los guiones de mi lista de tareas pendientes, y la responsabilidad más acuciante que brilla por encima del resto es librarme de Myles DiMarco. Él, que lo sabe porque no es ningún idiota —aunque pensara lo contrario—, se las ha ingeniado para posponer el momento de la verdad.

No me ha dejado otra opción que volver a comprar un billete destino Boston para presentarle el papeleo en persona.

Vengo sabiendo que no cree en las últimas tecnologías, y prueba de ello es que utilice WhatsApp con una parsimonia que haría parecer frenética la correspondencia victoriana, pero tenía la esperanza de que tratándose de un tema serio se prestara a poner su firma digital en los márgenes inferiores.

Ingenua de mí.

A veces olvido que él también sabe jugar. Jugar sin atender a las reglas, jugar sucio, pero jugar, al fin y al cabo. Y aunque ignorar mis mensajes sea su pan de cada día, la indiferencia de las pasadas jornadas tiene otro cariz, uno de indignación masculina que las sabuesos como yo podemos oler —no porque tenga una gran experiencia en el mundo de las citas, cabe decir, sino porque si no supiera olerlo, ¿cómo habría aplacado las numerosas crisis de ego que han sufrido tantos clientes masculinos de Velvet Room?—: me

está devolviendo triplicado el castigo de la pasada semana y me está diciendo entre líneas que si no doy la cara ya me puedo estar olvidando de su autógrafo.

«Pues aquí me tienes, Myles DiMarco. Lista para el combate».

Así que allá voy yo por el pasillo principal del estadio de los Boston Beasts, donde me consta que lo encontraré porque, *cariño, tengo tu horario.* Camisa blanca *oversized* de algodón rígido pero ceñida a la cintura de Jil Sander, falda larga negra de lana estructurada, Mary Janes de Le Monde Beryl, bolso minimalista de The Row y gafas de sol *vintage* para ocultar que llevo unas cuantas noches sin dormir en condiciones.

¿A que no se nota nada que estoy sufriendo una crisis por culpa de un zoquete?

—¡Pero mirad quién está aquí! —exclama Vinny nada más reconocer mi figura. Estaba charlando con otros dos sujetos delante de una de las vitrinas de exposición de su saloncito de la fama particular, todos ellos con sendas latas de cerveza. El novio de Alexia extiende los brazos y me recibe con una de sus sonrisas beatíficas—. ¡La reina de la fiesta!

Le sigo la gracia con una breve reverencia y me cuelgo las gafas del escote de la camisa. Sus acompañantes se revelan como Noah y Ashton, *quarterback* y corredor respectivamente. Hace un par de horas desde que concluyó el entrenamiento, y no solo lo denota el hecho de que esté cayendo el sol, sino que todos ellos lleven el pelo húmedo y se hayan calzado el cómodo chándal del equipo, prendas de algodón púrpura con líneas y detalles en blanco plateado.

—¿Vienes a regañarnos un día más? —pregunta Ashton con la cabeza ladeada.

—Tendrá negocios que hacer con DiMarco —presupone Noah, y le da un sorbo lento y reflexivo a su lata sin dejar de atenderme con curiosidad.

No es solo que sus ojos sean azules, sino que revelan una inteligencia que trasciende lo racional. Siempre que posa en mí una mirada circunspecta me da la sensación de que está leyéndome el pensamiento.

De ser así, tendría que matarlo.

—De hecho —anuncio después de una larga inspiración. Le doy una palmadita a mi bolso y con la otra mano rechazo con amabilidad el ofrecimiento de Ash, que se había agachado hacia las latas húmedas para ofrecerme una—, vengo a resolver nuestro contrato de representación.

—¿Ya? —se sorprende Vinny—. Es verdad que en cuestión de semanas has conseguido lo inimaginable. Entre la reacción de la gente a su alegato en el sofá de Farah Fou y las fotitos promocionales que anda subiendo Gillette, va camino de convertirse en el sueño húmedo de Norteamérica. Pero ¿tú crees que es suficiente?

—Por supuesto que no es suficiente. Por más que esté a una foto paseando a su diminuto caniche de que lo fichen para la próxima película de Ryan Murphy, no he conseguido lo que me proponía, que es meternos en el bolsillo a los inversores de los Boston Beasts. Pero me rindo.

Vinny y Ashton lanzan una exclamación ahogada. El segundo la acompaña apoyando una palma afectada sobre el corazón. Noah no finge haberse quedado catatónico con mi más que esperable decisión y solo levanta las cejas.

—Nunca pensé que llegaría el día en que pronunciarías esas dos palabras —reconoce Vinny—. ¡No puede ser que Myles te haya vencido! ¡No puede ser que nadie sobre la Tierra te haya vencido!

—Solo soy humana.

El *tight end* y el corredor vuelven a exagerar un grito espantado.

Se miran entre ellos.

—El infierno se está congelando ante nuestras narices, Vinny. ¿Qué será lo siguiente?, ¿que los Buffalo Bills ganen la Super Bowl?, ¿que los Detroit Lions se clasifiquen siquiera para la final?

—No lo entiendo —admite Vinny—. Vienes sabiendo, y mucho mejor que nadie, cómo se las gasta DiMarco. No se puede decir que no estés avanzando con él. ¿Ha pasado algo grave?

¿Que si ha pasado algo grave? Me dan ganas de preguntarle a este grupo de homínidos qué clase de animal suelta «qué rica» después de una situación erótica con una mujer. ¿Cómo que «qué rica»? ¿Qué clase de valoración es esa? Ricos están los *beignets*.

«Rico» huele un perfume cuando el que lo ha probado es dominicano o venezolano, porque si no eres dominicano o venezolano no tiene ningún sentido que digas que un perfume «está rico».

¡Y rico es Bill Gates, no el cuerpo de una señorita!

Pero, de nuevo, esa es información que solo podría sonsacarme el IDF mediante tortura.

—¡Es un desastre! —acabo exclamando con los brazos extendidos.

Necesito desahogarme, ¿y quién mejor para posicionarse de mi lado que quienes padecen a diario las fechorías del *wide receiver*? ¿No es acaso un buen comienzo que me hayan preguntado qué ha hecho *él*, y no por qué soy una cobarde? ¿No es buena señal que los tres asientan con resignación ya con mi primera apreciación?

—Pero eso no es nada nuevo —le defiende Noah.

—¡Claro que es nuevo! Podía imaginarme que no sería el caballero de brillante armadura, pero su falta de compromiso con todo y con todos me agota. Nunca coge el teléfono ni contesta mensajes, así que es imposible mantenerse en contacto con él —comienzo a enumerar señalándome el dedo índice con el de la mano contraria—; llega tarde a todas partes porque se le olvida dónde tiene que estar y a qué hora; no me escucha o al menos no parece que me escuche, porque rara es la ocasión que retiene los datos que le doy o que me mira a la cara cuando le estoy explicando lo que habrá de hacer... ¡Y es un maleducado! ¿No lo visteis en la entrevista? Cuando no pasa de ti, te interrumpe mientras estás hablando, se pone de un humor huraño de repente y actúa todo el tiempo sin pensar en las consecuencias. ¿Cómo se supone que se lidia con un kamikaze, eh? ¡Vosotros diréis!

La reacción de los jugadores es homogénea y la prueba fehaciente de que, pese a estar de acuerdo conmigo, quieren igual —si no más — a DiMarco: se miran entre ellos con una mezcla de exasperación e inevitable ternura.

Me habría arrepentido de mi arrebato incluso si se hubieran unido a mí para criticar al sujeto. ¡Son sus amigos, por Dios! Van a pensar que intento ponerlos en contra de él cuando nada más lejos de la realidad. Solo necesito que alguien confirme que no son minucias lo

que hace que me hierva la sangre, que no estoy viendo fantasmas donde no los hay.

Es Noah quien rompe el silencio comprensivo dirigiéndome una mirada seria.

—Pero sabes que todo eso es por el TDAH, ¿no?

El nudo que se me había formado en el estómago sube y aprieta hasta bloquearme la garganta.

—¿Qué?

—DiMarco tiene TDAH. Diagnosticado por varios profesionales —puntualiza Vinny, que ha copiado la expresión del *quarterback* y vigila mi reacción sin saber cómo tomarse mi ignorancia—. No quiero decir con esto que tus quejas sean injustificadas, porque claro que molesta que no te miren a la cara cuando hablas, que estés a gusto con tu colega y de repente se agobie y se quiera largar y que llegue tarde o ni se presente el día de tu cumpleaños..., pero al menos a mí me consuela saber que no lo hace adrede.

—¿Os estáis quedando conmigo? —es lo único que se me ocurre decir después de pasear la vista por los distintos rostros—. ¡Pero si no me ha dicho nada!

—A nosotros tampoco —responde Ash con un encogimiento de hombros—. Nos enteramos porque nos lo dijo el entrenador, que es quien lo mandó a hacerse las pruebas por tercera vez. La primera corrió a cuenta de una trabajadora social que le reconoció los síntomas en la casa de acogida y la segunda opinión la pidió su tío Henry.

—Si no se lo ha contado a Lara Cosima, por algo será, ¿no? —interviene Noah. Se dirige solo a Ash, al que reprende con el ceño fruncido—. Ya te digo yo que el motivo por el que se lo ha callado no es porque quiera que seas tú quien airee sus asuntos privados.

—Tener TDAH no es un delito. Habrá que normalizarlo.

—Pues que lo normalice quien lo tiene, no tú, capullo.

—Solo quería ayudar, ¿vale? —se defiende Ash con las manos levantadas—. Y no es como si se lo hubiera largado a sus enemigos de los Miami Dolphins. Es importante que lo sepa su representante para no llevarse sus groserías al terreno de lo personal, ¿no te parece?

Noah sigue sin estar de acuerdo, como confirma sacudiendo la cabeza, pero no le lleva la contraria. A lo mejor es porque Ash tiene razón al decir que el TDAH no es un delito ni nada de lo que avergonzarse.

Yo, en lo personal, ni siquiera lo percibo como un trastorno tan estigmatizado como la bipolaridad o la depresión, que según he observado generan todavía una inquietud recelosa entre la gente. Claro que esta es mi visión particular porque recuerdo que un chico de mi clase del instituto recibió este diagnóstico y nunca me pareció preocupante. Era muy nervioso, sí, y sus capacidades atléticas eran inversamente proporcionales a su facilidad para el estudio —le exigía Dios y ayuda concentrarse, no ya en casa, sino en lo que duraba la lección—, pero ¿acaso no es habitual que los ases del fútbol no destaquen por sus calificaciones y a menudo consigan becas para estudiar en universidades de prestigio solo por su rendimiento deportivo?

Cierto es, aun así, que solo era «un chico de mi clase»; alguien tan ajeno a mi propia vida como un primo segundo. En aquella época estaba más preocupada por la diabetes de Nick Jonas —por algún motivo pensaba que le acabaría costando la vida—, así que supongo que sería más sincero admitir abiertamente, pero a regañadientes, porque odio reconocer mi propia ignorancia, que no tengo una remota idea de lo que comporta el TDAH en el día a día para quien lo sufre.

¿«Lo padece»? ¿«Lo tiene»? ¿Cuál sería la palabra adecuada?

Esa es una de las preguntas que podría hacer. También podría preguntar por qué lo lleva en secreto, como si hubiera matado a alguien; sobre todo con la moda emergente y cada vez más consolidada de utilizar las neurodivergencias como arma arrojadiza o excusa para salirte con la suya en una discusión, algo que he visto y vivido muy a menudo viniendo de según qué personalidades victimistas.

A lo mejor él es diferente en ese aspecto y no justifica las actitudes que pueden leerse como desmanes precisamente para «no victimizarse». ¡Como si no hubiera una diferencia abismal entre explicarse y victimizarse!

Yo no lo criticaría en tal caso, que conste. Cuando en el instituto me insultaban por estar demasiado delgada, me faltaba tiempo para gritar que no era culpa mía, sino de mi hipertiroidismo. Y si hubiera podido, habría culpado también al hipertiroidismo de mi voz de pito, de que mi cejas sean pelirrojas y de que mis compañeros me encontraran intragable.

Pero lo que pregunto al cabo de un rato catatónica no es nada de eso.

Tampoco menciono el hipertiroidismo porque a nadie le ha importado nunca.

—¿Dónde está ahora DiMarco?

—Creo que sigue en el campo. —Vinny señala con el pulgar hacia las puertas—. Los días que entrenamos por la tarde suele quedarse practicando hasta el agotamiento.

Asiento, invadida por los nervios, y cuadro los hombros para enfilar con una mínima seguridad hacia la cancha.

Me gustaría decir que esta nueva información no ha cambiado en absoluto la manera en que lo percibo y que mi plan es el mismo: ofrecerle un bolígrafo para que firme su conformidad, hacerle entrega de la copia de la rescisión y desaparecer de su vida como si nunca hubiera existido.

Pero no sería verdad.

Lo encuentro tendido boca arriba en el centro del campo igual que un niño dibujando sus alas de ángel sobre la nieve. Se ha quitado el casco, pero no las protecciones, y contempla los últimos minutos de cielo anaranjado con una mirada pensativa. Conforme me acerco, advierto que se lleva a los labios un cigarrillo y vigila con los ojos entrecerrados el humo que expulsa, que se deshace en su ascenso en espiral como el polvo de un hechizo.

El corazón se me encoge y me planteo prestarle una visita otro día, cuando la luna todavía no haya aparecido.

«¡Nada de eso! ¡Ponte firme!».

Obedezco la voz interior a regañadientes. Pero ¿qué se supone que voy a hacer? ¿Decirle hola y tirarle los papeles a la cara aprovechando que la gravedad me ayudaría? ¿Exigirle que se ponga en pie y me preste atención? Solo de imaginarlo me siento patética.

Por suerte, él me localiza antes de que me plante, indecisa, a tres pasos de distancia y me aferre al asa de mi bolso con mojigatería. No esperaba que reaccionara con tanta naturalidad palmeando el césped a su lado, invitándome a imitarlo.

—No pienso tumbarme ahí. Voy de blanco.

—La falda es negra.

Bueno, ahora sabemos que daltonismo no tiene.

«¿Ahora haces bromitas? Cuando la inteligencia artificial haya desarrollado el modo de revelar en voz alta los pensamientos privados, te van a funar por insensible».

«Tener pensamientos no es ningún delito. No puedes castigarte por algo sobre lo que no actúas y para colmo careces de control alguno», me respondería mi psicoanalista.

Por eso la quiero y por eso le pago.

—Al menos siéntate —insiste él.

La falda es negra, vale. Y también es larga. Pero eso no significa que pueda imitar la posición del loto sin sacrificar la elegancia.

Sin embargo, lo que me parecería aún menos elegante sería soltar la perorata de la resolución contractual de pie, y ese no es el único tema serio que quiero tratar, así que termino obedeciendo con la mayor dignidad que soy capaz de reunir.

—¿Puedes fumar aquí?

—No —responde con sencillez. Ladea la cabeza hacia mí y espera a haberme detallado para decir, como quien ofrece el parte del tiempo—: Estás guapa.

Para mi inmenso bochorno, me ruborizo, y no solo de vergüenza; también de regocijo porque se haya dado cuenta. No estoy en posición de negar que me haya arreglado conscientemente para esta última reunión, si es que así puede llamarse.

Gracias a sus escasos conocimientos estilísticos no se habrá percatado de hasta qué punto.

—¿Por qué no me has dicho lo de tu TDAH? —suelto a bocajarro.

Puestos a ser poco elegantes...

DiMarco no tiene ninguna clase de reacción emocional. Devuelve la vista al techo del cielo, da una calada premeditada al casi

extinguido cigarrillo y hace una mueca con la boca con el mismo significado que un encogimiento de hombros.

—Porque yo no creo en esas cosas.

Su respuesta me deja de una pieza.

—¿A qué te refieres con «esas cosas»? —Se me escapa una nota de incredulidad—: ¿A la psicología?

—A patologizar la personalidad.

Mi asombro solo va en aumento.

—Entonces asumo que no mantienes a raya los síntomas con la... pertinente medicación.

DiMarco me mira como si le hubiera hablado en arameo.

—No consumo anfetaminas, si es lo que me estás preguntando.

Vale. Ahora estamos a la defensiva. *De acuerdo.*

Me podía imaginar que no había aceptado el tratamiento más frecuente del TDAH. Al fin y al cabo, y ahora que lo pienso, su sintomatología es de libro. La falta de concentración. La impulsividad. La necesidad de estar constantemente en movimiento.

No sé si hay mucho más.

—¿No te pareció que debiera saberlo?

—Ya sabes que soy un poco descuidado y olvidadizo. No tenía que ponerle un título psiquiátrico. Nadie tiene por qué ponérselo, empezando por los que te lo hayan dicho.

Percibo rencor. Noah estaba en lo cierto insinuando que no le gusta que se debata el tema.

Hay vacilación entre mi pregunta y la siguiente. Es un asunto serio para él, pero no por las razones que uno pensaría. Siento que debo abordarlo con mucha delicadeza.

—Aunque no estés de acuerdo con él —empiezo, procurando sonar ecuánime—, deberías haberme informado del diagnóstico de los profesionales, ¿no crees? Así te habría entendido mejor y no habría pensado que me ignoras a propósito. No es que mi tranquilidad esté por encima de la tuya —añado enseguida, preocupada por si lo ofendo—. Solo digo que nos habría facilitado la comunicación y yo no habría perdido los estribos contigo. Varias veces.

—¿Necesitas un papelito que justifique el comportamiento de la gente para ser paciente y amable con ella?

—No tergiverses, DiMarco —le advierto con el dedo—. Soy muy paciente y muy amable hasta que veo que se toman a risa mi tiempo y mis esfuerzos. No habría estado de más que me dijeras que no es que te la tomes a risa, sino que no puedes tomártela de otro modo. Creo que no estoy tratando el tema como debería —admito con un suspiro después de una larga vacilación—. ¿Por qué no me ayudas?

—Porque no hace falta. El tema está agotado.

Agacho la vista a mis manos, que no he dejado de retorcer en el regazo desde que me he sentado.

¿Insisto? ¿Tengo derecho a insistir? ¿Es lo educado? ¿Mi ansias por interrogarlo nacen de esa perniciosa curiosidad de los morbosos o de verdad quiero entenderlo? He venido a Boston con un objetivo clarísimo y él lo ha desmontado incluso antes de aparecer en mi campo de visión. Podría desentenderme sacando el papeleo del bolso y largarme sin profundizar, pero eso sería cruel y tengo muchos más escrúpulos de los que se me reconocen.

Durante un rato me limito a mirarlo en silencio. Tantas emociones se me agrupan entre los costados que me duele el estómago y respiro de manera irregular. Él puede hablar y actuar con llaneza porque imagino que separarle las piernas a una mujer y enterrar la cabeza en medio es su *modus operandi*, el *hobbie* de una tarde de lunes cualquiera, pero para mí no. Él puede ignorar mi deseo de hablar y mis esfuerzos por mantener la compostura porque es un hombre en el sentido cultural de la palabra y ni está acostumbrado a abrir su corazón ni tiene interés en aprender a hacerlo, pero yo me estoy ahogando.

Llevo una semana soñando con él todas las noches, incluso durante las breves siestas de diez minutos que me concedo entre el almuerzo y la segunda parte de la jornada, y me muero de impotencia, me tortura la incomprensión y sobre todo me abruma no saber remediarlo.

Suelo saber cómo remediarlo todo.

Al fin y al cabo, me dedico a negociar y a solucionar problemas.

Me da rabia que se hayan cumplido mis augurios. He terminado donde sospechaba que terminaría si intimaba del modo que fuera con este sujeto: dando vueltas de campana en una espiral de locura. No entiendo cómo ha podido pasar —es la primera vez que me sucede— y al mismo tiempo sé con exactitud por qué ha ocurrido: porque lo he permitido.

—Sí que me medicaba —dice él de repente—. Antes.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Cuando me ficharon. Capobianco veía que era errático, impulsivo, y me mandó al psicólogo del equipo. Me hicieron otra vez las pruebas. Salió lo mismo. Me recetaron las pastillas.

—¿Y? —pregunto con el alma en vilo.

El músculo de la ira contenida palpita en su mandíbula. Se incorpora con agilidad y, sin girarse hacia mí, apoya los codos sobre las rodillas.

—Me convirtieron en un cero a la izquierda, así que las dejé.

—¿Cómo que en un cero a la izquierda?

—Mi rendimiento bajó. Ya no jugaba bien. Se me nublaba la mente. Estaba cansado todo el tiempo. Me ponía de mala hostia porque sí. No dormía bien. Fueron unos meses de mierda —admite en voz baja, frotándose los nudillos—. Si no las hubiera dejado, me habrían largado.

—A lo mejor tomabas la dosis inadecuada, o...

Por primera vez en toda mi vida, renuncio a barajar opciones y me limito a asentir.

Claro que pienso que a lo mejor tomaba la dosis inadecuada. Claro que pienso que quizá le mandaron las pastillas equivocadas. Claro que pienso que, a lo mejor, a no todo el mundo le sientan bien las anfetaminas. Pienso, también, que no porque el tratamiento no haya funcionado debe rechazar de lleno el diagnóstico, llegando a referirse a él como «su personalidad».

Pero puede que piense todo esto porque no tengo ni idea de lo que conlleva tener TDAH.

—Yo solo sé que jugar al fútbol es mi vida. Si algo me lo impide, sea un medicamento, una persona o lo que se te ocurra, le van a dar por culo. ¿Te vale con eso?

Me mira a los ojos esperando una única respuesta: «Sí, señor». Cualquier otra alternativa será debidamente ignorada.

—Bueno, pues... —me aclaro la garganta—. En otro orden de cosas, y ya que no te apetece hablar de eso, voy a comentarte la razón de que haya venido. Como te dije por WhatsApp, iMessage, correo electrónico y burofax, traigo aquí conmigo la rescisión de nuestro contrato de representación. Seguro que no tengo que explicarte los motivos... a no ser que no hayas leído mis múltiples mensajes. Como la agencia no quiere perderte como cliente y el contrato con Gillette seguirá vigente hasta que se cansen de que seas la cara del producto, he pensado en transferir tu caso a mi jefa, la magnífica Roberta Montessore...

La mención de la dueña de Velvet Room termina de fruncirle el ceño.

—No pienso trabajar con otra agente.

—No es «otra agente». Es la profesional más aclamada de todo Nueva York. De toda la Costa Este, si me apuras.

—Como si sabe hacer pajas con los pies. No me interesa.

—¡Los comentarios sexistas sobran!

—No es sexista porque los hombres también pueden hacer pajas con los pies. Pero si te molesta, me corrijo: como si sabe hacer un mortal hacia atrás. No me interesa —repite.

Y para desproveer de toda solemnidad nuestra conversación —que ya de por sí escaseaba—, se saca por la cabeza la camiseta y las protecciones, todo empapado de sudor, y las arroja a un lado para volver a tumbarse sobre la hierba fresca.

Se le escapa un suspiro de alivio al contacto con el césped, suspiro que me distrae un instante y me trae recuerdos de la noche del programa.

«¡Céntrate!».

—Pues entonces limítate a firmar la rescisión a secas, ignorando el segundo contrato donde figura el nombre de Roberta, y así me puedo marchar de una vez. —Saco el contrato del bolso y se lo tiendo—. No tengo todo el día.

DiMarco clava la vista en los papeles grapados. Por un segundo parece que va a obedecer. Pero cuando alarga el brazo no es para

coger el bolígrafo que le acerco con la otra mano, sino para agarrarme de ambas muñecas y tirar de mí para sentarme en su regazo.

Su nombre se me atraganta por el asombro e intento escabullirme empujándolo por el pecho, pero en cuanto mis palmas tocan su piel cálida y húmeda me apresuro a retirarlas y a encoger los brazos como un tiranosaurio.

—¿Por qué te enfadas conmigo? —pregunta en voz baja. Lo miro a los ojos, extrañada por el cambio de tono, y advierto que su expresión se ha dulcificado—. No estoy rechazando a tu jefa porque piense que es una inútil. Es que no quiero obedecer las órdenes de nadie más.

—Las órdenes de Roberta serían las mismas que las mías —balbuceo, haciendo hasta lo imposible para no rozarme con su cuerpo más de lo necesario. Pero ¿cómo no me voy a rozar? Estoy sentada en sus muslos, y él me abraza por la cintura sin ejercer presión—. La estrategia sería idéntica.

—Lo que pasa es que no hay dinero en el mundo para que yo le haga caso a alguien que no seas tú.

—¡Como si a mí me hicieras mucho caso!

—Ah, ¿no te hago caso? —Arquea las cejas mirándome con severidad bajo el flequillo—. ¿Piensas que me he afeitado la barba porque quería estar presentable? ¿Piensas que me he dejado sexualizar en un anuncio televisivo porque me encanta flexionar los músculos? ¿Piensas que me expuse a que me vacilaran en directo porque me gusta generar polémica? Yo solo me esfuerzo para que estés contenta.

—¡Pues eso no funciona así! —protesto con la cara ardiendo. El pulso se me ha disparado, cosa que solo me empeora el humor. El colmo de males es mirarlo a los ojos y descubrir que está tan tranquilo como siempre, como si me hubiera dicho que va a cenar judías verdes—. ¡Yo no quiero trabajar por y para alguien que no cree en nuestro proyecto! ¡No le veo ningún sentido!

—No creo en el proyecto, pero creo en ti. —Se encoge de hombros—. Por eso tienes que estar en él si esperas mantener a los inversores. Porque o me ayudas tú o no me ayuda nadie.

—¿Me estás chantajeando?

—Te estoy hablando en plata. Si eso es chantajear, pues vale.

—Los dos sabemos que no quieres que te ayude yo por mi profesionalidad o mi talento. Quieres tenerme alrededor para seguir comportándote de un modo inapropiado.

—Eso es verdad.

Ya ni me sorprende su audacia.

—¡Y más allá de eso, eres imposible como cliente! ¡No me apetece estar encima de ti todo el tiempo!

—Ahí sí veo un conflicto de intereses, porque yo sí quiero que estés encima de mí todo el tiempo. Pero puedes ponerte debajo, si lo prefieres. —Sin darme tiempo a replicar, DiMarco lleva a cabo un movimiento ágil e impredecible para invertir nuestras posturas. Mi espalda (y, con ello, mi camisa blanca) toca el césped húmedo, y él me acorrala con su propio cuerpo colocando las rodillas a cada lado de mis piernas. Con las manos franquea mis hombros—. Esto se llama «placaje». Es un movimiento aceptado en el fútbol americano siempre que el golpe para ejecutarlo se dé por debajo del cuello y por encima de las rodillas.

—¡Me vas a manchar la ropa!

DiMarco sonríe por primera vez a cámara lenta —yo lo veo a cámara lenta— y sacude la cabeza. Se mantiene en equilibrio con una sola mano para ajustarme el cuello de la camisa con los dedos de la otra y seguir la hilera de botones en sentido descendente.

Chasquea la lengua.

—Tú y tus trapitos —dice con aire distraído.

—¡Vale ya de tonterías!

—¡Vale ya de tonterías! —repite con una imitación muy acertada de mi voz y de la mezcla de acentos que se me escapa cuando pierdo los nervios. Vuelve a colocar la mano sobre el césped y se inclina para besarme la mejilla. Su voz ronca se me mete bajo la piel —: No puedes abandonarme, Elsie. Sin ti estaré perdido. Lo que hay que hacer es cambiar algunas cláusulas del contrato, eso es todo.

—¡Sí, claro! ¡Para incluir la del acuerdo prenupcial de Ben Affleck y Jennifer Lopez, ¿no?! La que obliga al cónyuge a tener cuatro relaciones sexuales semanales con ella.

DiMarco abre mucho los ojos.

—¿Solo cuatro?

—¡Ya basta! —me quejo, y le doy un puñetazo débil en el pecho que, por supuesto, no le hace ningún daño—. ¡Cualquiera diría que no te gustó que te sexualizaran en el anuncio! ¡Una persona normal habría aprendido la lección, pero aquí estás tú, sexualizando a los demás! ¡A tu agente, para colmo!

DiMarco deja de sonreír. No se aparta de mí, aun así. Recorre mi rostro con una mirada ávida de conocimiento, empecinado, como siempre, en encontrar la grieta de mi máscara de mojigatería; esa por la que termina colándose para cumplir su santa voluntad.

—Lo siento. Es que me gustas —admite en un murmullo. Se muerde el labio, fastidiado y sorprendido con su propia confesión, y añade con el ceño fruncido—: Me gustas mucho.

Se me escapa una risotada incrédula.

—¿Cómo te voy a gustar? ¿Te has vuelto loco? ¡Míranos! —Vuelvo a reírme, esta vez con la voz estrangulada. Miro hacia todas partes menos a él—. Qué ideas tienes.

—¿Qué significa eso de «míranos»? Hacemos buena pareja. Los dos somos guapos.

—Con «míranos» me refería a que un día más estás medio desnudo y yo voy muy tapada con prendas de diseñador.

—Eso lo soluciono en un momento. —Y hace ademán de desabrocharme la camisa.

Cruzo los brazos sobre mi pecho como una momia para protegerme de él.

—¡No me refería a eso!

—¿El hincapié era en lo de «prendas de diseñador»? Porque el problema no puede ser el nivel socioeconómico. Tengo bastante pasta —señala como quien indica que hoy es lunes.

—¡Claro que el problema no es ese! ¡El problema es... es...! Tú y yo no... —Aprieto los labios, exasperada—. No pegamos nada, ¿de acuerdo? Como tú muy bien dijiste en su día, no soy modelo, sino «una pija de Alabama». A lo mejor no comparto tus valores, ¿te has parado a pensar en eso? Y nuestras prioridades son distintas. Vivimos cada uno en una ciudad, y yo no renunciaría a Nueva York

por nada en el mundo. Y no sé nada de fútbol, y tú no eres un hombre sensible. A mí me gustan los hombres sensibles, ¿vale? Y...

Se me entrecorta la respiración cuando DiMarco me coge de la muñeca y guía mi mano a su entrepierna, ahí donde arde una erección descomunal.

—Sí que soy sensible —se defiende en voz baja—. Sobre todo contigo.

—¡Eres un cerdo!

Pero no encuentro la voluntad para apartar el brazo, en parte por la curiosidad, en parte por el asombro. ¿Cómo es posible que se haya puesto así de repente? Me consta que la excitación masculina es un misterio, porque he tenido compañeros de clase que sufrían una erección repentina en plena lección de Matemáticas y no se podía decir que fuera porque encontraban atractivas las derivadas. Pero él sostiene que soy yo y nadie más que yo la que lo provoca.

Cosa que no deja de sorprenderme. Mi experiencia sexoafectiva es, por decirlo de algún modo, *limitada*. ¿Cómo no iba a serlo cuando el trabajo consume mi vida?

Pero no puedo pensar en el trabajo, ni en mis carencias psicosociales, ni en el contrato de rescisión, ni en el TDAH, ni en nada, porque DiMarco interpreta correctamente la blandura de mi cuerpo y reclama un beso de mis labios todavía encima de mí.

No me resisto más, falta de control como por lo visto siempre que se trata de él, y le rodeo el cuello con las manos para mantenerlo pegadito, haciéndome sombra bajo las estrellas que empiezan a brotar en el cielo.

Es solo un beso, me digo, pero con DiMarco nunca es solo eso. Lo demuestra que empiece a rozar sus caderas contra las mías.

—Estate quieto —le ordeno con voz débil—. Esto es...

—Indecente, lo sé.

—¡Pues sí! ¡Estamos en un espacio público! ¡Nos van a ver!

—Nadie nos va a ver. El campo está cerrado para todo el que no sea un Boston Beast.

—Yo no soy un Boston Beast.

—Pero tienes a uno comiendo de tu mano, que es lo importante.

Y se inclina para volver a besarme, por primera vez tan enfermo de los nervios que no puedo sino apiadarme de él. Es un alivio que esto que nos traemos le afecte tanto como a mí. No sé qué haría si no me acompañara en el sentimiento.

¡Pero no es un sentimiento! ¿Qué va a ser un sentimiento? ¡Es una emoción pasajera! El deseo no tiene ninguna dimensión profunda. No es importante; simplemente es acaparador y exigente, y por eso le doy cabida... ¿a que sí? No significa nada. Solo significa que estamos DiMarco y yo arropándonos el uno al otro con nuestras pieles en el corazón de un campo de fútbol, que me da igual que la humedad y el verdor de la hierba me calen la camisa de diseñador y que no estoy hecha de piedra.

¿Qué más va a significar, si no? Pues nada. ¡NADA!

DiMarco se separa de mi boca para repartir besos por mi barbilla y la línea del mentón. Yo me dejo hacer con los ojos a ratos cerrados, a ratos abiertos, y le transmito la que es mi voluntad acariciándole el pelo con los dedos, suspirando cada vez que me eriza el vello tocando un rincón sensible: el cartílago de la oreja, justo debajo del lóbulo, el hueco entre el cuello y el hombro, la clavícula que la camisa deja a la vista, y de nuevo los labios. Y luego de nuevo la garganta. Y luego de nuevo el pecho. Es como un marinero que ha perdido el rumbo y navega según deciden las caprichosas corrientes. Se frustra igual, como nos frustramos todos cuando nos acordamos de que el cuerpo tiene limitaciones —y, por tanto, también los besos que se le pueden dar— y de que tarde o temprano esto se va a acabar.

—No sé qué tienes —reconoce DiMarco en tono lastimero. Recorre mi cuello con la punta de la lengua antes de volver a repararme los labios para tomar lo que quiere—, pero lo tienes, Elsie.

Repito sus palabras para mis adentros y me regocijo con vanidad. Me gustaría decir algo, pero sigo aprisionada entre sus brazos —y él entre los míos, que conste, aquí todos vamos a sufrir por igual— y me da vueltas la cabeza. Este es el único mareo agradable. El del deseo. Esta es la única distracción justificada y hasta anhelada, la única por la que olvidaría lo que he venido a hacer, nuestras obvias diferencias y hasta el sentido común.

Estoy incorporándome para tomar las riendas de la situación, cada vez más nerviosa, más excitada, sintiéndolo todo a flor de piel, cuando de repente noto que se me mojan el pelo y los brazos. Abro los ojos de golpe, sospechando que sea lo que sea esto es culpa de DiMarco, y observo que él también ha alzado la vista. Confirmamos a la vez que los aspersores del campo se han puesto en marcha y nos miramos también a la vez para compartir las mismas emociones, como si en el fondo fuéramos una sola persona: primero pasmo y luego diversión.

Estoy segura de que si yo no me hubiera reído primero, él no se habría reído inmediatamente después. Estoy segura, también, de que al igual que es la primera vez que lo escucho reír, también es la primera vez que yo me río delante de él. Me lo hace saber estrechándome fuerte por la cintura, y, sonriendo todavía, me dice en tono juguetón:

—Tus ropitas, Elsie. Se están mojando.

—Culpa tuya. Como siempre.

—Como siempre —suspira con aire risueño. Se pone de pie sin prisa, porque de seguro a él no le importaría que nos quedáramos aquí (a mí tampoco), y sin preguntar me coge en brazos como a las novias antes de cruzar el umbral. Alcanzo a coger mi bolso y su casco, no así las protecciones, y a escuchar que murmura en referencia a «mis ropitas»—: Habrá que ponerlas a salvo.

Trota por el campo como si yo pesara menos que una pluma. La risa le ha dejado un rastro de luz y un brillo infantil en la expresión. Parece que se haya tragado el sol y lo esté iluminando desde dentro, como los farolillos de los festivales tailandeses. Y luego esto yo, que aunque no haga frío ni haya dado tiempo a que la humedad me empape, he dejado de sentirme la cara y las manos y solo puedo sonreír, anestesiada, hasta que se agacha para que me baje con una delicadeza que desmiente su fama de bruto.

DiMarco no dice nada por un buen rato. Yo tampoco. Solo nos aguantamos la mirada, los dos mojados. Al menos una humilde servidora lo mira, es lo único a lo que se atreve. Él siempre hace otra cosa, lo lleva más lejos; me sondea con esos ojos de rey moro que tiene enmarcados por pestañas tupidas.

Y de repente se me ocurre que no es que mire con lascivia, que lo he malinterpretado todo este tiempo. La suya no es la obsesión de la lujuria simple y llana. Es la fijación de querer conocer, entender, estudiar. No es un hombre malvado que se regocija en lo que ve, sino un niño curioso.

Siente curiosidad por mí.

Un escalofrío interrumpe el hilo de mis pensamientos, y menos mal. Le tiendo el casco en un gesto de amnistía que él acepta sin perder la expresión pensativa —¿cómo le hará pensar el TDAH? ¿Pensará demasiado? ¿Será caótico? ¿Piensa en mí?— y me agarro a mi bolso a modo de autodefensa.

—¿Te puedo dar otro beso?

Acompaña la pregunta inocente de una caricia distraída al cuello de mi camisa, que ahora recuerda a un papel mojado.

«Sí», gritan las células de mi cuerpo, incluso las neuronas, lo que ya quiere decir que estoy en serios problemas. «Sí», dice también la mánager, porque, en fin, él y yo vamos a disolver nuestras relaciones laborales y sería un buen modo de despedirse. «Sí», determina asimismo mi sentido común, esto no sé por qué.

¿Queda alguien por decir que sí?

Le aparto el brazo de un manotazo impaciente.

—Mira, si tanto te gusto —me sorprendo diciendo—, intenta demostrarlo de una manera que no nos vaya a costar una denuncia por escándalo público... y que no me haga terminar empapada. ¡No en ese sentido! —lo regaño al ver la amenaza de una sonrisa en sus labios. Pero él sonríe igual, divertido, y yo, abochornada por haberle dado motivos, le cubro la boca con las dos manos—. ¡Lo digo en serio, Myles! ¡Deja de tratarme como a una amante ocasional! ¡Si quieres algo de mí, tendrás que llevarme de cita! ¡Como los caballeros!

Establecida ya mi advertencia, que no me cabe la menor duda de que ignorará —como suele ignorar lo que implique un sobreesfuerzo —, me retiro con la barbilla alzada. Me apresuro a dar media vuelta y largarme, a poder ser por los pasillos en los que no vaya a cruzarme con nadie.

Me puedo imaginar que la camisa blanca, ahora transparente, me ha puesto en un brete.

Capítulo 13

Welcome To The Jungle (Dating Version)

DiMarco

—No puedes sacar el móvil en plena partida de póquer, Johnson's Baby —me regaña Noah desde la otra punta de la mesa.

¿Cómo lo sabe? Ni siquiera ha levantado la vista de su mano de cartas.

Será que la luz de la pantalla blanca me ha iluminado la jeta, o que sus ojos, aparte de ser azules, ven más allá de lo cognoscible.

—¿Por qué no, Astronauta? No estamos jugando al Trivial. No puedo hacer trampas.

—No es por las trampas. Es por simple y llana educación.

—Eso —corrobora Vinny—. O estás en esto o estás en eso, DiMarco. Elige.

—Tú también sacas la maquinita cada dos por tres para responder los wasaps de tu novia, Bardo —le recrimina Noah—. O todos moros o todos cristianos.

—No es lo mismo —replica Ash mientras reagrupa los naipes con gesto concentrado—. Tiene que tenerla al tanto de sus movimientos para que no se preocupe.

—¿Por qué le iba a preocupar la partida de póquer quincenal?

—Porque lo vamos a sangrar —resuelve Ash con naturalidad.

—Ya te gustaría —se mofa Vinny, que solo entonces depone el iPhone, se frota las palmas de las manos y recoge sus cartas con gesto remilgado para echarles un vistazo—. Hoy tengo una buena sensación, amigos míos.

—Eso dijiste la semana pasada —señala Noah con expresión sarcástica.

—Y la anterior —apostilla Ash.

—Bueno, ya sabéis lo que se comenta. —Vinny se abanica con su abanico de naipes sonriendo risueño—. «Buena suerte en las cartas, mala suerte en el amor». Y viceversa.

—Desde que tienes novia no hablas de otra cosa —rezonga el *quarterback*—. Antes eras más divertido.

—Pero no era tan feliz. Alegraos por mí o pensaré que estáis celosos.

—¿Celosos? ¿Nosotros? ¿De sufrir el deterioro cognitivo que viene con el enamoramiento? —Ash pone los ojos como platos—. No, gracias.

—Tú ya venías deteriorado de fábrica, Forrest Gump —contraataca Vinny—. Podrás correr muy rápido, pero eres bien lentito de entendimiento.

—¿Vas a dejar que este sujeto tiranizado por la parienta nos insulte, DiMarco? —Ashton señala a Vinny con el pulgar—. Si alguien mete baza siempre en estos temas, ese eres tú. Vamos, aséstale el golpe de gracia. Te lo he dejado aislado y vulnerable.

Podría. Tengo un cargamento de insultos originales para los pagafantas que se echan pareja y de buenas a primeras parecen o bien lobotomizados o bien fruto del experimento de alguna clase de condicionamiento psicológico: ven un cartón de leche de soja y lo único que se les ocurre es mencionar que su novia es más de «bebida de avena» o conocen a un tipo que ha estudiado en la UCLA y su brillante aportación es comentar que su novia hizo un año allí antes de cambiarse a Magisterio en la ciudad de Phoenix. Empiezan a emplear el plural mayestático para brindar opiniones que a lo mejor solo comparte uno de los dos miembros de la pareja: «No nos ha gustado lo último de Christopher Nolan» —normal—; «Es que no comemos carne» —eso ya no es tan normal—; «Estamos probando el acroyoga» —eso es directamente demencial—.

No sé si eso es pasar a ser tiranizado por la parienta, un síntoma de deterioro cognitivo o vivir acosado por el fantasma de un vivo que se cernirá sobre ti o se desvanecerá para siempre si no lo mencionas cada cuatro frases. Pero sea lo que sea, me parecería hipócrita burlarme de Vinny cuando estoy utilizando el móvil para informarme sobre las acepciones y significados de la palabra que Lara Cosima mencionó hace dos días.

«Cita».

He buceado en tres blogs femeninos, uno de ellos centrado en la menstruación aparte del asunto que me tiene absorto. No había ninguna clase de advertencia de contenido sangriento y violento en este que menciono, así que ha sido como ponerte una adaptación de

Orgullo y prejuicio y toparte con que son todos zombis y se comen los cerebros.

Que, por cierto, existe. Se llama *Orgullo y prejuicio y zombis*.

Pero bueno, todos los días se aprende algo, y a veces ese «algo» son las distintas etapas del ciclo menstrual.

Lo que quería decir antes de mencionar a los zombis es que tras mi experimento he sacado dos verdades universales en conclusión. La primera es que he cometido todos los errores que un hombre puede cometer con una mujer —no solo con Lara Cosima—, y cuando digo todos me refiero a los que abarcan de la A a la Z, incluyendo la Ñ que no usamos en inglés. La segunda es que los hombres venimos cagándola por sistema porque nos da la gana o porque no sabemos utilizar internet, esa magnífica herramienta a disposición del pueblo, esa fuente de sabiduría inagotable, pues puedo asegurar que ahí viene todo explicado con peras y con manzanas...

... lo que no quiere decir que sus exigencias sean escasas o comprensibles, por lo que supongo que está justificado caer en el error. Pero después de haber leído sobre la regla me siento muy poco inclinado a darle la razón a mi género, la verdad.

Aun así, pongo un ejemplo de la complejidad de la idiosincrasia femenina: hay mujeres que no te perdonarán que no pagues la cuenta, hay mujeres que se ofenderán si pagas la cuenta y hay mujeres a las que no les importa si pagas o no la cuenta. Pero he aquí el quid de la cuestión, y esto es incontestable: todas esperan *que te ofrezcas* a pagar la cuenta.

Cabe señalar que hace tiempo que hacerse cargo del gasto del restaurante es una cuestión cultural, no un símbolo de caballerosidad, dato a tener en consideración porque no se triunfa del mismo modo en Madrid que en Abu Dabi... claro que todas las generalizaciones las carga el demonio. Pero *disclaimers* aparte, vamos a adentrarnos en las especificaciones que a mí me están dando dolor de cabeza.

Una mujer quiere que pagues la cuenta si le has gustado. Significa que te ve digno y competente para hacerte cargo de ella. No quiere que la pagues si no le interesas en lo más remoto, porque no piensa

acostarse contigo y no le gustaría sentirse en deuda contigo. Sugerir pagarla a medias es un insulto con todas las de la ley, porque, perdona que te diga, ella ya ha invertido un dineral en depilación láser, manicura, pedicura, lociones, perfumes, peluquería, maquillaje y hasta un nuevo modelito si la monada es coqueta, como coqueta es la monada que me gusta a mí —así que a medias: descartado—. ¡Ah!, pero es que al mismo tiempo puede que a una mujer le hayas gustado tanto que *ella* insista en pagar la cuenta, y puede que le hayas gustado tan poco que espera que la pagues tú porque ¡solo faltaría hacerse cargo del gasto después de escucharte hablar dos horas y media sobre el último partido de fútbol y para colmo mencionar tres veces a tu ex!

Pero, oye, si volvemos a la generalización: cada mujer es un mundo y nada está escrito.

Apáñatelas como puedas y buena suerte, compañero.

Creo que se entiende de lo que hablo cuando digo que es imposible acertar. Solo llevo media hora consultando el oráculo femenino y ya estoy derrotado.

Esa es la pose en la que me encuentra Savannah cuando llega, siempre a la hora que ella estima oportuno —en todos los blogs se coincide en que una mujer puede aparecer hasta quince minutos tarde. Es su venganza porque no hayan ido a recogerla—: codos apoyados en la mesa, cabeza derrumbada sobre las manos y móvil Android iluminándome la mueca de desesperación.

—¿Y esa cara? —se ríe nada más verme. Deposita la bandolera sobre el asiento que su hermano Vinny le ha reservado a su lado, y con la naturalidad de la costumbre le roba un beso rápido en la coronilla. Él la saluda diciendo «hola, Toots» con una vocecita adorable. A continuación, Savie choca los nudillos con Ash, le dirige un cabeceo lejano a Noah y acude a mi encuentro para abrazarme por la espalda—. ¿Qué estás...? —El pasmo la silencia de repente. Se yergue, ceñuda—. ¿Por qué estás consultando una web sobre salud vaginal?

—¡Hostias, DiMarco! —exclama Ashton—. Cada vez tienes fetiches más raros.

—No es eso. Estaba buscando inspiración.

Cualquier soldado en mi tesitura vacilaría al explicarse. Si he recurrido a internet y no a mis buenos amigos es porque me consta que mis buenos amigos van a estar burlándose de mí y de mi romántica iniciativa hasta el día en que me muera. Pero supongo que es mucho peor que crean que me pone cascármela leyendo los espantosos testimonios de las víctimas de la endometriosis, que por lo que he leído es bastante peor que una patada en los cojones —esta es, como todo el mundo sabe sin necesidad de consultar blogs escritos por hombres, la unidad de medida universal de dolor masculino—, así que me explico:

—Una chica me ha dicho que si tanto me interesa tendré que invitarla a salir.

—¿Y te interesa tanto? —inquiere Noah, sorprendido—. Como para traicionar tus principios, me refiero.

—Que no haya invitado a mujeres a salir con regularidad no significa que vaya contra mis principios. Simplemente no ha encartado.

—Pero has salido con muchas mujeres —replica Ashton—. Cuarenta y pico, o eso leí en una página de internet.

—¿Por qué lees páginas de internet que teorizan sobre las novias de DiMarco? —se mofa Vinny.

—Porque no tengo novia.

—Me he acostado con cuarenta y pico, pero eso no significa que haya salido con cuarenta y pico. Una cosa es que te guste follar con una mujer y otra muy distinta es que te guste estar con ella.

—Eso te ha quedado precioso, Myles —aplaude Savannah con ironía.

—No pretendía que sonara misógino —me defiendo, cansado—. Me gusta tu compañía, por ejemplo. Y me gusta también la de esta chica que te digo. Por eso quiero invitarla a salir.

—Sí, porque a mi hermana no la vas a invitar, eso ya te lo adelanto.

—¿Y para pedir una cita tienes que informarte sobre el vaginismo?

—Hablan sobre todo de la endometriosis y del ovario poliquístico, para tu información —corrijo a Savannah, que me mira con un brillo divertido en los ojos—. Y no. Para eso tengo que informarme de qué

podría gustarle. Yo la llevaría a comernos una hamburguesa, pero apuesto lo que sea a que no come con las manos. Ni consume hidratos de carbono.

Es una pena, porque me gustaría ver cómo se las ingenia para comerse la hamburguesa triple de mi tío Henry. Seguro que se le desmontaría sobre la joyería dorada y terminaría enfurruñándose y pagándolo conmigo.

Ni que decir tiene que me lo pasaría en grande.

—¿Qué tal ha ido la búsqueda de inspiración, entonces? —pregunta Savannah, todavía a mi lado. Ha puesto los brazos en jarras, y observa el contenido del móvil que desbloqueo para mostrarle mi última conversación con la IA—. ¿Por qué te metes en...? Myles, ¿le has preguntado a Chat GPT a dónde puedes llevar a una chica? ¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Es un buscador de información que sintetiza las opiniones de la red. Me ha parecido que sería más exhaustivo y directo. Y no es como si me fiara solo de él. He complementado sus fuentes con los comentarios de las usuarias de www.caballerorrojo.com.

—«Él» —repite Savannah—. Ahora hasta lo humanizamos, ¿no?

—No sería el primero —interviene Ash—. A estas alturas, hasta los doctores universitarios usan Chat GPT.

—Pues yo no lo uso.

El *quarterback* le sonríe a Savannah desde la otra punta de la mesa.

—Lo dices como si eso te hiciera moralmente superior.

—No solo moralmente superior. También me hace intelectualmente superior. Y lo que es más importante, me mantiene en contacto con el mundo real —zanja ella sin pestañear. Se dirige a mí de nuevo—. Pero, por favor, veamos qué te ha sugerido la magnífica inteligencia artificial.

Debo reconocer que no estoy acostumbrado a echar mano de estas herramientas de dudosa eficacia y contaminantes para el medio. Por lo general, si tengo una pregunta, primero decido si me urge la respuesta o si puedo aguantarme sin saberla —la gente se sorprendería de la cantidad de veces que decides lo segundo, y lo

que es más: lo poco que te importa el asunto al cabo de cinco minutos—; luego, si se trata del primer caso, recurro a las fuentes clásicas, que no son otras que Wikipedia y Reddit.

Pero Wikipedia y Reddit eran inútiles en este caso, algo que nunca pensé que diría, así que he malgastado alrededor de seis intentos tratando de elaborar el *prompt* adecuado. Por lo que se ve, Chat GPT te dará una respuesta más o menos precisa dependiendo de la precisión de tu pregunta.

La lista de mis *strikes* ha quedado más o menos así.

> Hola. Necesito que me des ideas de sitios a los que llevar de cita a una mujer que tiene en torno a treinta años.

He aclarado la edad para que no me mandara a la piscina de bolas.

Luego he quitado el saludo porque, en fin, me estaba dirigiendo a un robot.

> Dame ideas de sitios a los que llevar de cita a una mujer que tiene en torno a treinta años.
> Es una pija de Luisiana y le gusta vestir de marca.

Me he sentido fatal por el uso del imperativo, y aunque he seguido sin decirle «hola» —es un robot, insisto—, he empleado una fórmula de cortesía normal.

> Me gustaría que me dieras ideas de sitios a los que llevar de cita a una mujer que tiene en torno a treinta años. Es una pija de Luisiana y le gusta vestir de marca. Cuenta su vida entera en redes sociales. No le da miedo el dentista. Es un poco puritana. Porque es de Luisiana, creo. Tiene un caballo llamado *Diamond Duchess*.

Las ideas que Chat GPT empezó a darme con la mención del caballo fueron horribles. Me sugería que la llevara a una carrera, como hacen los aristócratas ingleses —y para lo que encargan sombreros que parecen parálisis del sueño—.

Tuve que eliminar su interés por los cuadrúpedos.

> Me gustaría que me dieras ideas de sitios a los que llevar de cita a una mujer que tiene en torno a treinta años. Es una pija de Luisiana y le gusta vestir de

marca. Cuenta su vida entera en redes sociales. No le da miedo el dentista. Es un poco puritana. Porque es de Luisiana. No tiene ningún caballo, eso era broma, jajajaj. Era la mánager de una artista muy famosa, aunque creo que eso no le gustaría que se lo recordara porque es obvio que la hace sufrir. No le interesa el fútbol. A mí sí. A lo mejor se te ocurre algo intermedio para los dos, porque a ella le gustan las compras y a mí no me interesan en absoluto. No creo que vaya a acostarse conmigo después. Eso me da pena, pero tampoco mucha, en el fondo quiero conocerla mejor, porque fíjate que no se me ocurre qué más decirte y quiero saber más. Es muy guapa. A lo mejor hay alguna asociación entre ser guapa e ir, por ejemplo, al minigolf. Por eso lo digo. Pero obviamente no la voy a llevar a que se haga una prueba de maquillaje en Sephora, algo que creo que hacen las mujeres guapas. En fin. Por favor, dame propuestas interesantes para que se lo pase bien. Gracias. Y adiós. Aunque seas un robot sin sentimientos.

—Eres adorable —concluye Savannah después de leer todas mis preguntas y todas mis respuestas. Me roba un beso rápido en la sien y enseguida me pone firme señalándome con un dedo acusador—. Pero no vuelvas a preguntarle nada a Chat GPT. ¡Tienes una amiga! ¿Por qué no me has llamado?

—Porque eres Savannah —contesto con llaneza.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres virgen y nunca has tenido ni vas a tener novio —resuelve Vinny, que ya se ha concentrado en la partida de cartas.

Previendo que mi conversación con la recién llegada va a prolongarse, me han excluido de las primeras manos.

Savannah pone los ojos en blanco, acostumbrada a sus idioteces.

Idioteces que comparto, por cierto, aunque sean idioteces destinadas a fracasar. Nos guste o no, es improbable que Savannah sea virgen y será imposible que al menos uno solo de los capullos que le van detrás, que puestos en fila sobre el Atlántico podrían tender un puente entre Nueva York y la costa de Portugal, se las ingenie para echarle el lazo. Es preciosa bajo cualquier consideración, con esa melena rubia larga hasta la cintura, lustrosa de tanto cepillarla, y los ojos castaños más dulces del mundo.

Me aterra imaginarla en brazos de un hombre. Sobre todo si es un hombre como yo, que las mujeres de los blogs describen como *fuck boys*. Es decir: tíos que te envían un mensaje de tres letras que viene a significar qué haces o dónde andas y te mandan acto

seguido la chincheta de su ubicación para que te presentes allí la mayor brevedad, a poder ser con un ahumado negro, una gabardina y nada debajo.

Y si pagas tú los condones, mejor.

Esto es un fragmento de literatura robado a una usuaria, que conste. Yo no sé lo que es «un ahumado negro» —¿algo relacionado con el salmón noruego?— y no espero que nadie venga a mi casa con una gabardina. Las gabardinas me dan muy mal rollo. Es lo que se ponen Sherlock Holmes, los vampiros modernos y Victoria Beckham, y no me gustaría que ninguno de los tres se presentara en mi puerta.

Aunque si tuviera que elegir a uno de los tres, preferiría que fuera Victoria Beckham.

Pero volviendo al asunto que nos ocupaba, que me distraigo:

—No te ha dado malas ideas —reconoce Savannah a regañadientes—. Sobre todo con la descripción que le has proporcionado. Yo también llevaría a una chica con ese perfil a algún lugar fotogénico con comida sana y mucho trasiego de celebridades. Se me ocurre un sitio de *brunch* ideal en el centro de Boston que pone las mimosas a mitad de precio los viernes. Con vistas a la ciudad, además... Oye, ¿puedo preguntar por qué has sentido la necesidad de mencionar que no le dan miedo los dentistas?

—Porque es un rasgo de su personalidad que admiro.

—Ir a pillar un *açai bowl* y dar un paseo también podría ser una buena opción —tercia Ash, pensativo. Vinny y Noah dejan de prestar atención a las cartas y lo miran como si le hubiera salido un cuerno en la frente—. ¿Qué pasa? ¿No me pueden gustar los *açai bowls*?

—¿Qué coño es un *açai bowl*? —pregunto, desorientado—. Suena como un movimiento de *krav maga*.

—¿Qué es el *krav maga*? —inquiere Savannah, también desconcertada.

—Supongo que hay dos tipos de persona en el mundo —medita Noah después de robar una carta y consultarla con su patentadísima cara de póquer. No siempre gana, pero desde luego nunca se delata —. Los que no saben lo que es un *açai bowl* y los que no saben lo que es el *krav maga*.

—Yo sé lo que son ambas cosas —declara Vinny con una sonrisa orgullosa.

—Pero tú no tienes consideración de persona desde que sales con Alexia. Ahora eres una extensión de su cuerpo, como un brazo biónico.

—Porque no hay nada más patético que comprometerte con una mujer a la que quieres, ¿verdad, Noah? —sugiere Savannah con falso candor—. ¿Qué es lo más aterrador, en tu humilde opinión? ¿El compromiso o el amor?

Él ni se inmuta.

—Tanto monta, monta tanto. De esta ronda voy a pasar, chicos.

—Los *pokes* también están muy ricos —continúa meditando Ash—. Me encantan los que tienen edamame, wakame, atún crudo... Los que son una especie de ensalada de sushi, vaya.

—Querrás decir una especie de ensalada japonesa, ¿no? —le corrige Vinny—. No todo lo que comen los japoneses es sushi.

—El sushi puede tener atún y wakame.

—Bueno, y el *grilled cheese sandwich* puede tener pepinillos y salsa Worcestershire —replica Vinny en tono cansino, como si estuviera hablando con un tipo cortito—, pero entonces ya no es un *grilled cheese sandwich*; es un sándwich con queso, pepinillos y salsa Worcestershire.

—Si vas a ponerte petulante con alguien, al menos aprende primero a pronunciar la palabra Worcestershire —contraataca Ashton.

—Tú tampoco la has pronunciado bien —se burla Noah—. Es *wuss-ter-sher*.

—Has dicho solo tres sílabas.

—Es que se pronuncian solo tres sílabas.

—Pero es una palabra de cuatro sílabas.

—Pero se pronuncian tres.

—Entonces ¿por qué tiene cuatro? —se empecina Ashton.

—Por la misma razón por la que tú tienes decenas de millones de neuronas y solo usas una: por ahorro energético.

—Esa ha sido buena —le celebra Vinny, y procede a chocar los nudillos con Noah—. No te vayas a picar, ¿eh, Ash? Hoy la hemos

tomado contigo, pero mañana le vamos a dar al *quarterback* para el pelo. O a DiMarco, que para eso anda informándose sobre problemas uterinos.

—Sobre eso de los problemas uterinos, las semillas de chía van muy bien para las mujeres cuando están en esos días del mes. Regulan el ciclo hormonal —sigue aportando Ashton. Debería haber recurrido a él para este propósito. Basta con que le pidan ayuda para que se vuelque en el tema hasta volverse insoportable—. A lo mejor puedes invitarla a un *porridge*.

—¿Y qué le va a decir? —se mete Noah—. ¿«Avísame cuando tengas la regla y quedamos ese día para regularte el ciclo hormonal con un *porridge*»?

—Si quedáis cuando tiene la regla, no podrías acostarte con ella —apostilla Vinny.

—¿Y eso quién lo dice? —replicamos Noah, Ashton y yo a la vez.

Los tres nos quedamos mirando a Vinny con fijeza a la espera de su siguiente movimiento.

Él se resigna levantando las dos manos.

—Yo opino lo mismo, amigos, pero no quería retratarme como un jodido *berserker*. Veo que a vosotros os importa una mierda.

—Si me importara una mierda concretamente, más bien tomaría el camino de barro...

—Ashton, joder, que hay una dama presente —rezonga Vinny.

—¿Y qué pasa? ¿Las damas no prueban el anal?

—¿No lo prueban? —finge extrañarse Noah—. Entonces ¿con quién lo he probado yo?

—Sois asquerosos —rezonga Savannah, y se dirige a su hermano con una mirada afilada—. ¿Cuál sería el problema si tuviera la regla, de todos modos? ¡No quisiera Dios que no se llevara a la cama a la chica en la primera cita!

—No es mi prioridad —reconozco. Siento que se están adueñando de mi conversación, de mi diatriba y, por tanto, de Mi Cita. No me gusta que metan las narices en Mi Cita. Es un asunto privado entre Lara Cosima y yo. Por si acaso, aun así, añado—: Aunque si pasara, no me quejaría. Pero ella no es de esas.

—De esas ¿cuáles? —me invita a continuar Savannah.

—De las que se acuestan con un hombre en la primera cita —explica Noah por mí—. No creo que lo haya dicho con ninguna connotación peyorativa, Savannah. Puedes relajarte y disfrutar de la compañía sin buscarle los tres pies al gato, ¿sabes, graduada en Teoría de género?

—Yo no le busco nada a nadie, graduado en Fútbol Americano. Solo intento asegurarme de que todos hablamos de lo mismo y de que somos conscientes de qué estamos diciendo y cómo lo decimos. A lo mejor tienes un problema con ello porque eres el primero que suele meter la pata.

Noah apoya los codos en la mesa y levanta la barbilla hacia ella con una sonrisa.

—Luego me disculpo y no pasa nada. Tengo la suerte de que a mí se me perdona todo.

—No te confíes tanto. El favoritismo no te va a durar para siempre —le advierte Savannah, y de inmediato vuelve a mirarme a mí—. ¿Qué va a ser? ¿*Açai*, *poke* o *porridge*?

—Supongo que ninguna. No puedo invitarla a salir por la mañana o al mediodía. Los dos tenemos cosas que hacer. Además; una cita no es una cita en serio si no la llevo a cenar, ¿no? Lo he leído en los blogs.

—Si lo has leído en los blogs, no hay más que hablar —zanja Noah con sorna.

A Vinny le surge una duda de repente.

—Oye, ¿y cómo es que te estás tomando tantas molestias con ella? ¿Puede ser que por fin alguien haya tocado hueso contigo? ¿Crees que has encontrado a la definitiva?

—No. O sí. La verdad es que no lo sé. Ella es...

—Por favor, no me vayas a salir con que «es diferente de las demás chicas». —Savannah pone los ojos en blanco.

—No creo que sea diferente de las demás chicas, solo me hace sentir diferente de las demás chicas. Para mí es especial.

Espero pacientemente a la reacción habitual cuando a un miembro del equipo se le ocurre soltar una cursilería histórica. El procedimiento es exclamar al unísono un «oh» teatral, venir a palmearme la espalda de uno en uno y decirme que ha sido un

placer haberme conocido, porque «sabe Dios que van a dejar de verme el pelo».

Pero nada de eso sucede.

Noah y Vinny ya habían dejado las cartas boca abajo sobre la mesa para intervenir en condiciones en la conversación. Ashton, que es quien faltaba, las suelta con solemnidad y asiente convencido.

—Te puedo conseguir una reserva en un restaurante mediterráneo que han abierto en Back Bay —sugiere Noah—, que es una zona pintoresca y... ¿cómo lo habíais llamado? ¿Fotogénica? Las reservas van por diciembre, pero conozco al dueño y me colaría en la lista. Aparte, se supone que la comida española, italiana y griega son algunas de las mejores del mundo, además de saludables. Y tiene un ambiente íntimo y agradable. Le podría gustar.

—Yo siempre compro las flores en Centerpiece Flower Shop, por si te interesa —añade Vinny—. Allí te asesorarán los profesionales, pero si te sirve mi opinión, en esta época del año los girasoles están radiantes y son muy originales. En el caso de que sea una mujer más convencional, las dalias y los lirios están en flor durante el verano.

—Y no la vayas a llevar luego a tu piso compartido —me advierte Ashton—. Si todo va sobre ruedas y la fiesta sigue después de la cena, ve a mi *penthouse* en Seaport District. Ahora mismo estoy viviendo en las afueras, pero te encontrarás la nevera bien surtida.

Savannah me pone las manos sobre los hombros y se asoma por un lado para guiñarme un ojo.

—Ve a recogerla en coche. Da muy buena impresión. Pensará que te importa su seguridad y que eres un caballero de los que ya no quedan.

—¿Y pago yo la cuenta? —pregunto con ansiedad.

Las diversas versiones de las usuarias de internet siguen atormentándome.

—Por supuesto —responden todos a la vez.

En realidad, eso lo dice Savannah. Uno contesta que sí, otro que por descontado y el tercero que cómo se me ocurre siquiera dudarlo.

Menos mal que hay unanimidad. Me habría vuelto aún más loco.

—Bueno, ¿y quién es la afortunada? —indaga Savannah, que por fin rodea la mesa para tomar asiento. Coge la baraja de cartas, reúne los naipes que los chicos habían abandonado en sus respectivos espacios y las mezcla con maestría—. A ver si adivino: una modelo.

—Pues no.

—¿Puedes comprobar si el amigo aquí presente tiene fiebre? —le pide Noah a Vinny, que está sentado a mi derecha. El *tight end* hace ademán de acercarme el brazo, pero se lo aparto con un manotazo que le hace reír entre dientes.

—Me alegra que hayas superado la fase de tener que demostrar que eres el más hombre entre los hombres aprovechando tu privilegio para salir con mujeres inalcanzables —comenta Savannah. Mira de reojo a Noah—. Claro que para algunos no es una fase, sino ley de vida.

—A mí me gustan más las cantantes, qué queréis que os diga —suspira Vinny, batiendo las pestañas con aire risueño.

—Yo, por más que intenten encasillarme —aporta Noah, mirando a Savannah con desafío—, no le hago ascos a nada mientras tenga sentido del humor y no se dedique a reprenderme.

Lara Cosima no tiene sentido del humor y se dedica a reprenderme. Me alegra saber que Noah nunca podrá robármela.

Me alegra saber, también, que Savannah no puede leerme la mente. Me habría echado la bronca por referirme a una persona como algo que se puede quitar.

—Pues yo siento debilidad por las madres solteras —suelta Ashton. Se rasca la nuca con una mezcla de timidez y regocijo—. Son muy dulces, tienen su propia vida y si te eligen es porque les gustas en serio. Y lo único que quieren al principio es follar. Follar hasta reventar. Me dejan hecho un trapo, qué barbaridad. —Sacude la cabeza.

—Eres un romántico de los que ya no quedan —ironiza Savannah —. ¿Entonces? ¿Quién es ella, Myles?

Me imagino la cara de Lara Cosima descubriendo que le he contado a los miembros más importantes del equipo que la he

llevado a cenar. No es una cara que quiero que ponga. Sobre todo porque la podría acompañar de un bofetón de revés.

Puede que la pitusa sienta la imperiosa necesidad de informar a media Norteamérica y parte de Europa de que todas las mañanas consume un chupito de jengibre, esto según su Instagram, pero me extrañaría que quisiera que la recibieran como «la señora de DiMarco» entre silbidos y sonidos de besitos la próxima vez que viniera a la cancha de fútbol. Además; si la cita sale mal, una posibilidad que he de contemplar —soy la subraza, el *fuck boy*, estoy fichado por la Interpol de los Hombres Malos, en búsqueda y captura a lo largo y ancho del planeta—, de poco habrá servido revelar su identidad.

Así que por lo pronto se tendrán que conformar con lo básico.

—Simplemente una chica que me gusta.

Capítulo 14

Crying Laughing Loving Lying… Dating?

Lara Cosima

A estas alturas tendré que comprar un bono de diez viajes mensuales entre Nueva York y Boston. O sacarme el carné de conducir. Y luego comprar un coche. Y ya estoy sonando como DiMarco, enumerando lo que me va viniendo a la mente como quien envía mensajes con *walkie-talkies.*

Porque no, no ha cambiado el modo en que se dirige a mí. El último texto que he recibido de su parte decía: «Se ha presentado algo urgente. Intenta estar a las siete de la noche en el aeropuerto». Le ha faltado el «cambio y corto».

Por otra parte: ¡a las siete! ¿Qué horas son esas para citar a una joven y respetable mánager que cena a las ocho y media para estar a las nueve en punto con la sábana al cuello y la rutina de cuidado facial haciendo brillar su rostro como Edward Cullen bajo el sol? ¿Por qué cree que voy a sacrificar mis previos al descanso y por eso mismo sagrados tres cuartos de hora de TikTok para acudir a su ambiguo llamado?

Solo Dios sabe. Pero será la misma y misteriosa razón por la que efectivamente he decidido privarme de mi ritual llegando puntual al Boston Logan para atender su requerimiento.

He intentado por todos los medios sonsacarle datos acerca de la precipitada citación. A lo mejor le han invitado a una fiesta y exige mi presencia para al menos tener pululando en las proximidades un rostro conocido... o una correa humana que le contenga si pierde los papeles. O tal vez haya algún tipo de reunión secreta con los patrocinadores de los Boston Beasts. O, no lo quieran los santos, ha asesinado a alguien en uno de esos voluntos que le sobrevienen y pretende hacerme partícipe del crimen.

Me pongo muy nerviosa en mi camino a través del aeropuerto. Aferrada a lo único que he traído, mi bolso de Guess —*lo sé, demasiado provinciano. He salido de casa corriendo, ¿de acuerdo?*—, trato de hacer memoria por si acaso nuestro contrato especificara alguna cláusula al respecto.

Uno de los beneficios de firmar con Velvet Room es el estricto acuerdo de confidencialidad, que se prolonga aun después de su finalización para proteger al cliente de posibles vendettas personales. Ya ha habido numerosos exagentes vengativos acudiendo a platós televisivos para airear los trapos sucios de sus representados, y nosotras estamos —o procuramos estar— muy por encima de eso, aunque solo sea por no caer en los tópicos. Pero imagino que sucede como con los psicólogos: si crees que alguien está en peligro o tu pagador confiesa haber matado a alguien, no solo se puede, sino que *se debe* traicionar la confianza con el paciente, ¿no? ¿O los agentes somos como los curas? ¿Solo Dios podría juzgarle? ¿Tendría que cargar yo sola con el peso de un delito de sangre? ¿Tendré que cargar con el peso *literal* de dicho delito arrastrando el cuerpo exánime de un hombre de metro ochenta al maletero de un 4x4?

Supongo que es una buena señal que me imagine a una víctima masculina y esbelta. Significa que pienso lo mejor de mi cliente: solo se metería con un tipo de su tamaño.

Para cuando la brisa fresca de Boston me acaricia la cara a las puertas del aeropuerto, he decidido que voy a ser optimista —todo lo optimista que se puede ser con una coleta relamida, una camiseta de algodón translúcido y un bolso de Guess—: DiMarco me ha citado para darme una buena noticia. Eso es todo. Va a pagarme una prima por mi bendita paciencia, mi generosa dedicación a su causa y mi excelso sentido de la moda, que sigue ahí aunque no lo esté haciendo notar ahora mismo.

Inspiro hondo, repito para mis adentros los mantras de la compasión que mi instructora de yoga me enseñó y me dirijo con seguridad a la hilera de taxis. Toda mi calma se desvanece, sin embargo, al reconocer sobre los techos de los coches la cabeza morena y el ceño fruncido de un hombre que sortea el tapón de tráfico como cualquier criatura con sangre en las venas sortea los tapones de tráfico: con una mala leche que podría parar un tren.

Extrañada al ver a DiMarco aquí, y con un mal presentimiento cada vez mayor, levanto la mano para que me localice. Pero resulta que él me había localizado ya, porque camina directo hacia mí

zigzagueando entre los vehículos, a veces metiendo el hombro como si estuviera en un partido, a veces demostrando su agilidad de deportista efectuando quiebros magníficos.

O a lo mejor solo me parecen magníficos porque por primera vez en mi vida lo veo con una americana perfectamente entallada a los hombros y el pelo no ya recién lavado, sino seco y peinado con pulcritud.

Mi pasmo no hace sino aumentar cuando su cuerpo emerge de entre la fila de taxis, Uber y Lyft igual que Moisés de las aguas del Mar Rojo.

En una mano lleva las llaves de un coche. En la otra carga un precioso ramo de dalias blancas y de todos los tipos de rosa: rosa pastel, rosa bebé, rosa francés, rosa salmón, rosa melocotón, rosa *nude*.

Creo que se entiende el concepto.

Lo único que me salva de desmayarme de la impresión es que lo sujete como un guerrero yemení su jambiya, con el puño crispado rodeando los tallos y las corolas apuntando al suelo.

¿Quién sostiene así un ramo de flores?

—Me han puesto una puta multa —es lo primero que bufa en cuanto llega a mi altura. Lanza miradas fulminantes a un punto a su espalda, y en un momento dado levanta una mano para hacer un corte de mangas con el que se podrían haber aludido hasta veinticinco conductores—. ¿Y yo qué coño sé si no se puede aparcar ahí? ¿Acaso lo pone?

—¿Dónde has aparcado? —atino a preguntar en plena confusión.

—En la zona de taxis, parece. Porque la zona de taxis tiene que ser la prioritaria, claro que sí. No vaya a ser que alguien sea recogido por su familia o sus amigos y no se gaste una pasta en un trayecto de mierda hasta el centro. ¿A ti te parece normal que ocupen la mitad del jodido aeropuerto? Habría que cargarse el monopolio del servicio de transportes.

Me dan ganas de preguntar a qué monopolio se refiere, si hasta donde me alcanza la vista hay al menos tres tipos de vehículo de tres empresas diferentes, pero mis ojos siguen fijos en el ramo de flores.

Por alguna razón se me ha acelerado el pulso.

¿Son para mí?

Bah, ¡qué van a ser para mí! Las habrá encontrado tiradas en una papelera cercana.

Tonterías. ¿Quién tiraría un ramo así? Debe valer al menos cien dólares; ciento cincuenta a juzgar por la calidad de las flores, reconocible por el aroma fresco que emanan, y el intrincado diseño que el florista ha improvisado colocando distintos brotes de temporada entre las dalias.

—No me has llamado porque te han multado en el aeropuerto y pretendes que me haga cargo de la cifra, ¿verdad? ¿O es que has llegado a las manos con el policía que te ha extendido la factura? ¿Tengo que hacer algún control de daños? Porque todavía no hemos zanjado si voy a seguir siendo tu mánager o no.

Lo más lógico sería lo segundo: que ni hablar del peluquín.

DiMarco deja de maldecir por lo bajo a los taxistas, a los de Uber, al sindicato de transportes, al gobierno estadounidense y, ya que está, a los lobistas de Silicon Valley y a la madre que lo parió. Alza la vista hacia mí y solo entonces repara en que yo soy yo, estoy aquí en cuerpo y alma y llevo un rato varada en medio de la entrada a la terminal.

Su expresión pasa de la irritación a la insólita timidez. Agacha la vista hacia mis pies, cambia el peso de pierna y me dice mientras se rasca la nuca:

—No, ¿qué dices? Te he llamado para la cita.

—¿Qué es «la cita»?

—Me dijiste que te invitara a salir, ¿no? —Levanta la mano del ramo y lo señala con la barbilla. Todavía vacila un momento antes de extendérmelo con la rigidez de un niño malhumorado—. Pues eso he hecho.

La perplejidad me impide abrazar sin objeciones las preciosas dalias.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Esta mañana. Te envié un mensaje. Y lo has visto. Por eso has venido.

—¿Te refieres al mensaje que me decía que había una urgencia? ¿Esa era tu manera de... invitarme a salir? ¿Se supone que yo tenía que deducir que iba a venir a Boston, a una hora y media de vuelo de Nueva York, cinco en coche, para ir a una cita contigo?

Ni siquiera él, con sus más que evidentes dificultades para entender y ni mucho menos acatar las normas sociales implícitas o explícitas, puede mirarme a los ojos y decir que lo suyo ha estado bien hecho.

No lo hace. Vigila mis visajes de reojo con la desorientación y la sospecha de un perro cuando descubre que pretendes echarle una foto a traición.

—Es que si te lo pedía con todas las letras a lo mejor me decías que no.

Estoy a punto de preguntarle por qué pensaría que le diría que no cuando fui yo la que lo amenazó con el celibato si no se comportaba como un caballero, pero resulta que me conoce mejor que yo misma.

¡Por supuesto que le habría dicho que no! O sea, le habría dicho lo que hubiera correspondido para evitar sentirme como me siento ahora que sé lo que se me viene encima: tan nerviosa que noto la boca anestesiada y he dejado de tener el control sobre los músculos faciales.

—En resumen, me has emboscado.

DiMarco medita si he utilizado o no las palabras adecuadas para al final asentir con la cabeza. Enseguida cae en la cuenta de que no ha sido su mejor trabajo. Casi al mismo tiempo comprende que a pesar de eso se va a salir con la suya. De ahí que me lance una mirada entre traviesa y mortificada y me sonría discretamente para no sacarme de la estupefacción, pues debe constarle que mi siguiente parada sería la indignación.

—Ya que estás aquí podemos ir a cenar.

—¿Me quieres llevar a cenar?

—Es lo que se hace en las citas, ¿no? Tengo el coche allí aparcado. Ya que me han multado, me he tomado la libertad de dejarlo un rato más.

—¿Es eso legal?

—Creo que no. ¿Entonces las quieres?

Vuelve a interponer el ramo de flores entre nosotros con esperanzada impaciencia.

—Claro —musito con la garganta atascada.

No me da pie a agradecerle el gesto. Gira en redondo en cuanto las agarro por el papel coreano que envuelve los tallos, perdiéndose así mi estúpido rubor y mi conmovida sorpresa al reparar en que le habían estado sudando las manos.

Vale. Recapitulemos. Estoy escoltando a Myles DiMarco, *wide receiver* de los Boston Beasts y actual ¿o pasado? cliente de Velvet Room a su coche. Un coche que pondrá en marcha en cinco minutos y nos llevará a un restaurante. Un restaurante en el que comeremos. Cara a cara. *Tête à tête. Face to face*. Allí mantendremos una conversación estable, al principio torpe por los nervios, después más fluida gracias a las copas de vino, pero siendo en todo momento benevolentes con el otro porque se supone que buscamos agradarnos.

A lo mejor después sugiere tomar una copa en un local de moda. Tal vez para rematar la noche me invite a su apartamento. Eso es, en sus palabras, lo-que-se-hace-en-las-citas.

Pero ninguna cita que yo haya tenido ha empezado nunca con una trampa, una multa, un puñado de ladridos y la entrega indiferente de las flores más bonitas del universo.

Claro que no he tenido *muchas* citas. Solo las suficientes para considerarme inexperta y por ello ser buena conmigo misma: «Es normal que la histeria te esté devorando por los pies, Lara Cosima, cariño. De hecho, es normal que la histeria se esté dando un festín con tus vísceras, como el águila que Zeus envió a Prometeo. ¿No ves que no se te da bien el amor? ¿No ves que lo tuyo es trabajar?».

Si aunque la mona se vista de seda, mona se queda, ya puedo adelantar que aunque la niña rica más odiada de Abita Springs se disfrace de triunfadora neoyorquina, sigue y seguirá siendo la niña rica más odiada de Abita Springs con todas las inseguridades que eso comporta.

DiMarco no me dirige la palabra en todo el camino hacia el corazón de Boston. La niña odiada de Abita Springs lo agradece —he

perdido la voz como Adele en 2011—, pero la triunfadora neoyorquina está anotando su nefasta actitud en la libretita/marcador cuya puntuación final determinará tras la conclusión de la noche si se celebrará una segunda cita o no.

«¿Todavía no ha empezado la primera y ya piensas en la segunda? Te recuerdo, cielo, que Myles DiMarco es tu cliente hasta que se demuestre lo contrario».

Me abrazo a mis flores como si pudieran defenderme de mí misma. Me he sentado en el asiento del copiloto y junto las piernas a presión, como una mujer que ha roto aguas en el taxi y ha sido amenazada por su conductor de no manchar la tapicería nueva. Miro de reojo hacia mi izquierda, donde DiMarco está tan concentrado en la carretera que parece que vaya a practicarle una cirugía a corazón abierto a un recién nacido —¿qué me pasa con las comparaciones de bebés y embarazadas?—.

A lo mejor el TDAH le impide prestarme atención y atender a las señales de tráfico a la vez. A lo mejor me está concediendo un tiempo para hacerme a la idea de lo que va a suceder, nada menos que una c-i-t-a. A lo mejor no quiere que su conversación me distraiga de los hechos que podrían aplacarme o, en su defecto, empeorar el nudo en mi estómago: que se ha echado unas gotas de perfume masculino, lleva una camisa negra *slim* —entallada a la cintura, para quien no entienda la jerga— y es la mano más grande y venosa del mundo la que conduce el vehículo.

—Te pedí que evitaras salir en público con mujeres hasta que terminara contigo.

—Es de dominio público que eres mi mánager —resuelve enseguida. Está claro que ha visto venir este reparo en concreto—. No pasa nada si nos pillan cenando.

—Depende de dónde cenemos. ¿Me vas a llevar a McDonald's?

—No. —Me mira de reojo—. ¿Habrías preferido McDonald's?

Lo cierto es que me encanta McDonald's, pero sé que no es un rasgo en línea con mi personaje. Cuando se me antoja un menú infantil procuro anudarme la *pashmina* bajo la barbilla y colocarme unas gafas para que nadie me reconozca, y siempre me siento a comer detrás de la puerta del aseo.

—No —musito, alisándome las arrugas de la falda.

Para aparcar en paralelo tiene que maniobrar dando marcha atrás. Mejor no digo cómo reacciona mi cuerpo viéndolo apoyar el codo sobre el respaldo, girarse y mover el volante con el canto de la palma, como si fuera muy poco masculino rodearlo con los dedos.

¿Qué tendrá ver a un hombre maniobrar la marcha atrás —¡no *esa* marcha atrás!—, que me provoca un cosquilleo?

Apenas me da tiempo a desarrollar curiosidad por el lugar de su elección, ocupada como estoy dedicando los momentos previos a la hora de la verdad a preocuparme por asuntos más acuciantes. Por ejemplo, y no necesariamente en orden de importancia:

- El estado de mi pelo.
- El estado de mi maquillaje.
- El estado de mi ropa.
- El estado de *su* ropa. Ha seguido mis consejos de estilismo, eso es evidente.
- Su estado de ánimo.
- Su estado de salud, pero eso es porque llevo días leyendo sobre el TDAH. A Dios pongo por testigo de que jamás volverá a pillarme con la guardia baja sin tener ni idea sobre algo.
- ¿Qué ropa interior llevo?
- ¿Me voy a quitar la ropa interior?
- ¿Pretende quitarme la ropa interior?
- ¿Es quitarme la ropa interior su único objetivo?
- ¿Es que me quite la ropa interior *mi* único objetivo?
- No me importaría en absoluto que fuera su único objetivo porque también es mi objetivo.
- Al mismo tiempo: ¡ni de broma me voy a quitar la ropa interior! ¡Llevo unas bragas de algodón viejas!

Pero cabe la posibilidad de que dé mi brazo a torcer, porque baja del vehículo, le tiende las llaves a regañadientes al trajeado encargado del aparcamiento —¡el local tiene encargado de aparcamiento!—, rodea el capó y me abre la puerta. Con los movimientos robóticos de quien tacha una obligación de la lista, sí, pero me la abre. Eso es sexy.

Dejo las flores en el asiento del copiloto con reticencia —*volveré, pequeñas*—, y apenas me he colgado el bolso del hombro cuando la mano de DiMarco sale disparada hacia la mía y me la agarra como si estuviéramos en la montaña rusa y le aterraran las alturas.

Busco su perfil, desconcertada, y descubro que un sudor nervioso arranca destellos a su frente morena.

—Si me coges de la mano no voy a parecer tu agente —le recuerdo en voz baja.

—Seguro que en alguna parte del mundo la gente se coge de la mano de forma no-romántica.

—Ya, pero nosotros somos estadounidenses. Tenemos la cultura de coger de la mano solo de forma romántica.

DiMarco se detiene ante el encargado de las reservas y me lanza una mirada que debería haber sido exasperada, amenazante o suplicante, pero solo es humilde.

—¿Podrías no criticarlo todo?

Me lo pide con tanta gentileza que enmudezco de inmediato.

Bueno, ¿y qué pasa si me coge de la mano? Solo que se va a dar cuenta de que estoy sudando, pero él también está sudando. Nadie más sabe que estamos sudando. Y si alguien lo sospecha porque asume que somos una pareja enamorada, sigo siendo Lara Cosima. Mañana me inventaré una historia que justificará que nos suden las manos si algún tabloide osa comentar nuestra cena, y tendrán que creerme porque en eso consiste mi trabajo. Hacer que se traguen la narrativa que me apetezca improvisar.

El interior del restaurante termina por convencerme de lo que ha estado flotando entre los dos pero no he querido o podido asimilar: se está esforzando. Dudo que eligiera este restaurante a todas luces romántico, caro y de moda para cenar con sus amiguitos. Él es un hombre de placeres simples y solo tiene un gusto exquisito en lo que a mujeres respecta, y no lo digo por mí, sino por Terry, el nuevo rostro de Dior al que el hombre que me ha invitado a comer nunca amó.

Dios mío. Voy a cenar con un hombre que nunca amó al nuevo rostro de Dior. Mi padre, que es la persona que más me quiere en el mundo, se refiere a mi cara como la de la ratita presumida, y está

siendo generoso. ¿Qué me cabe esperar de la cita, sino el fracaso y la desolación?

«Tú también has salido con hombres atractivos, Lara Cosima».

«¿TAN atractivos? ¡Y un cuerno!».

El encargado de las reservas nos escolta a través de un *lounge bar* de mármol claro y piedra natural. Cruzamos unos arcos inspirados en la arquitectura griega con detalles en latón envejecido y un primer comedor repleto de comensales entusiasmados por haber encontrado sitio. Nuestra mesa está recogida detrás de unos maceteros con olivos de tamaño razonable y ya provista de copas de cristal finísimo y vajilla artesanal.

Me siento procurando disimular que no soy ni puedo ser una persona normal al respecto de esta cita. Despacio. Con cuidado de no arrugar la falda. Sonriendo de manera escueta. Aceptando el menú con un cabeceo agradecido. Fingiendo que presto atención a los entrantes.

¡Eso es! ¡Soy muy normal! ¡No sufro ataques de inseguridad paralizantes cuando un hombre me lleva a cenar! ¡No me tiemblan las manos! ¡No me estoy acordando con delirante detalle de cuando me acosaban en el instituto por no ser lo bastante guapa! ¡No me preocupa llevar la braga faja de Bridget Jones!

—No entiendo nada —dice DiMarco en tono lapidario. Alzo la vista y descubro que contempla el menú con cara de derrota. Él no está pensando en ninguna braga faja, eso es evidente. Menos mal—. «Carpaccio de gamba roja de Palamós con cítricos, aceite arbequina y caviar oscietra». Solo entiendo la palabra gamba. Me consta que lo normal es que el hombre pida por la mujer, o al menos eso hace Richard Gere en *Pretty Woman*, pero creo que va a tener que ser al revés.

—¿Has visto *Pretty Woman*?

—Todo el mundo ha visto *Pretty Woman*. Aunque yo la he visto muchas veces más que la persona promedio, estoy seguro. Es de las películas favoritas de mi tío Henry. Le gusta mucho Richard Gere.

Imagino al tío de DiMarco como un culturista que abre botellines de cerveza con los dientes. Seguro que se ha equivocado y su actor

favorito es Bruce Willis. O Tom Cruise. O alguno de esos héroes del cine de acción.

—¿Por qué?

—Es su tipo de hombre. Y además hizo la película *Chicago*, que es su musical favorito.

La sorpresa me impide seguir preocupándome por mis carencias físicas.

Por una causa perfectamente razonable —yo y la psicología general sostenemos que nuestro carácter es el resultado de nuestra crianza—, me había imaginado a su tutor legal como una réplica treinta años mayor de él mismo: lo que uno llamaría *The Macho Machest*, un caballero con la altura y la dedicación deportiva —que no las afiliaciones políticas— de Arnold Schwarzenegger, algo así como una mezcla de mecánico aficionado a colgar en su taller calendarios de conejitas Playboy y luchador de artes mixtas.

Pero si me dice que Richard Gere es su tipo de hombre y no su tipo de protagonista hollywoodense o su modelo a seguir en lo que a cuidado capilar refiere, entonces es que...

—¿Tu tío es gay?

—Sí —responde con naturalidad, todavía frunciéndole el ceño al menú—. Pero a mí me gusta *Chicago* y no soy gay. —Hace una pausa para sonreír como si recordara una anécdota verde—. Me gusta Catherine Zeta-Jones.

—Normal —me oigo contestar. Gracias al mantel de lino blanco puedo ocultar que retuerzo las manos en el regazo—. *Chicago* es el musical perfecto. Y Catherine también.

—Mira. —Saca el móvil del bolsillo del pantalón, sospecho que para evitar seguir torturándose con los carpaccios, los tartares y el foie gras, y me enseña su fondo de pantalla. Aparece cogido del hombro de un tipo más bien bajito, rubicundo y con una gorra de los Knicks calada hasta las pobladas cejas—. Mi tío.

—No os parecéis mucho.

—Soy adoptado —resuelve sin más ceremonia.

Por supuesto. Yo ya lo sabía por lo que contó en el programa de Farah Fou, pero se me ha olvidado porque los nervios sulfúricos me han frito la mitad del cerebro. *Yay*.

Él se queda mirando el fondo de pantalla con afecto. Me enternece ese segundo de más que tarda en bloquear el móvil, como si le costara despedirse.

Luego me mira a los ojos.

—Tú no eres adoptada. —*Curiosa manera de seguir el tema*—. He visto a tu padre en tu Instagram y sois iguales.

—¿Me has gulusmeado el perfil?

—Sí. También he visto que tienes un caballo llamado *Diamond Duchess*. De eso te quería hablar.

—¿De eso me querías hablar?

—Me parece un nombre muy poco apropiado para un caballo. ¿Has pensado en cambiárselo?

—Buenas noches, pareja —interrumpe un solícito camarero. Nos dirige sendas sonrisas—. ¿Qué puedo ponerles para beber?

—Una cerveza.

¿Nos ha llamado «pareja»? ¿Y eso está permitido según el protocolo? ¿Y si no lo fuéramos? ¿Y si acabáramos de romper en el aparcamiento pero no quisiéramos perder nuestra reserva porque somos *foodies* y tenemos que subir contenido? ¿Y si fuésemos primos hermanos que se aman en secreto y por la presión social no pueden estar juntos y ha metido el dedo en la herida?

La palabrita me pone el vello de punta, y sin poder aguantarme más a mí misma, me levanto precipitadamente.

—Voy al baño. Ahora vengo.

DiMarco parece pensar que miento, que no pienso volver, que de hecho me voy a sacar del bolso la DeLorean para que me escupa en la casa de mis padres cuando eran jóvenes con tal de no estar en su compañía. Al menos esa es la cara que pone. Pero yo no puedo sentarme en una mesa con él y fingir ser una persona corriente sin antes haber revisado mi aspecto.

Por suerte, el baño del restaurante goza de un espejo de cuerpo entero y de una iluminación perfecta para valorar críticamente mi atuendo. Porque solo puedo valorarlo críticamente. Llevo un bolso de Guess, por el amor de Dios. Y una camiseta de algodón básico por dentro de una falda de tubo negra. Podría ser la azafata de una aerolínea de bajo coste. Podría ser la vigilante de un museo que se

dedica a decir «las fotos sin flash, ¿vale?» mientras juega al *Candy Crush* encorvada en su taburete de la esquina. Lo peor de todo. ¡podría ser cualquier otra mujer que se hubiera traído al restaurante!

La puerta se abre. *Lo que me faltaba.* Seguro que ahora viene a aplicarse la segunda capa de pintalabios una señora con un sentido de la estética intachable y un bolso de una marca que no está ni trillada, ni pasada de moda, ni es la referencia de las catetas que empiezan a interesarse por los artículos de medio lujo pero no tienen ni la menor idea de cuáles merecen la pena.

Resulta que ese no es el perfil de individuo que interrumpe mi crisis autocompasiva.

Doy un respingo al oír la voz de DiMarco cerca de mí.

—¿Estás enfadada?

—¡Dios! —exclamo con la mano en el pecho. Con la otra le suelto un manotazo en el hombro—. ¡La leche! ¡Qué susto!

—Perdón. ¿Estás enfadada?

—¡No! ¿Por qué?

—Porque has salido corriendo.

—Solo he venido a... a... —Mi vacilación solo me hace ver espantosamente culpable de los cargos, y aunque sus métodos no han sido muy ortodoxos que se diga, le ha puesto cariño a la cita. Y quiero estar aquí, esa es la verdad. Me alegro de estar aquí. Podría intentar demostrarlo, para variar—. Quería ver qué aspecto tenía.

DiMarco me mira de arriba abajo sin entender.

—¿Qué aspecto se supone que tienes?

Vuelvo a arrearle un sopapo en el hombro. Me viene de perlas para desahogarme.

—¡Uno muy poco apropiado para una cita! ¡Ya te vale! ¡Podrías haberme dicho que me arreglara!

—Tú siempre te arreglas.

—¡Me habría arreglado más!

—¿Eso es posible? ¿Qué ibas a ponerte? ¿El vestido de quinceañera?

—No celebramos fiestas de quinceañera en Luisiana.

—¿Qué celebráis? ¿La comunión?

—Por ejemplo.

—Pues el vestido de comunión. Seguro que todavía te queda bien.

Acaba de señalar que estoy delgada, o lo que es lo mismo para los estándares de belleza, que tengo un tipín.

Podría empezar a disculparlo.

—Me habría vestido de otra manera para una cita. ¡Y me habría lavado el pelo! ¿No ves que me he hecho el *clean look*?

—¿Y qué pasa?

—¡Que una mujer nunca se hace un *clean look* para una primera cita!

—Eso no lo leí en los blogs —murmura.

—¿Qué blogs?

DiMarco se mete las manos en los bolsillos.

—Ningunos.

Incluso en esa pose sigue sin parecer inofensivo. En todo caso, lo sería tanto como una pantera echando la siesta bajo la sombra de un roble. O un sauce. O la clase de árbol que haya en la Sabana, si es que las panteras viven en la Sabana, o en la selva, o qué sé yo.

¡Ahora hasta desvarío!

Decido rendirme a lo evidente, incluso si no es evidente para él. Este hombre me ha besado, se ha restregado conmigo y me ha practicado sexo oral. Creo que no estaré poniéndome en ningún compromiso confesando que:

—No es que esté enfadada. Estoy nerviosa, ¿vale?

—Yo también estoy nervioso. —Se lo piensa antes de ceder a la verdad, como siempre reacio a expresarse, sospecho que por miedo a pifiarla y no por vergüenza—: Siento que la puedo cagar en cualquier momento. Y no la quiero cagar.

Su respuesta me enternece, pero pongo los ojos en blanco.

¡No hace más que empeorar mi agobio siendo adorable!

—¿No ves que da igual que la cagues? ¡No has hecho otra cosa desde que te conozco y me... —aprieto los labios— me interesas igual!

—¿Por qué estás nerviosa tú, entonces? Es el mismo caso. Ya me gustas. No puedes hacer nada mal.

—No es cierto. Siempre me ves siendo dueña de mí misma, resolutiva, desenvuelta...

DiMarco me desconcierta con una sonrisa incrédula.

—Resolutiva y desenvuelta puede ser, pero ¿dueña de ti misma? Siempre que te veo estás de la olla. Y no pasa nada. Mejor, ¿no? Si hemos visto lo peor el uno del otro, ahora solo se puede ir para arriba.

—Visto de esa manera... —mascullo de mala gana.

Odio cuando tiene razón.

—¿No quieres volver y probar alguna de esas gambas de arbequina y caviar rojo, o lo que cojones sea?

—Sí, pero antes necesito un momento.

Para hacer mis respiraciones de yoga.

—Vale.

No denota la menor intención de largarse.

—A solas —recalco.

DiMarco me mira a los ojos.

—¿Te vas a escapar por la ventana?

—No hay ninguna ventana. Y eso solo pasa en las comedias románticas.

—Bueno. A lo mejor puedo hacer algo para que te sientas mejor. —Avanza un paso y me pone las manos sobre las caderas—. Ya sabes, para que se te vayan los nervios... aunque yo no quiero que se te vayan los nervios. Si no estuvieras nerviosa, no serías tú.

—Estos nervios son diferentes.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé. La verdad es que salgo poco —confieso con la boca pequeña—. Es la primera cita que tengo en un año y medio, y antes de eso no es que los hombres se pelearan por llevarme a cenar. No quiero decir con eso que no ligue, sino que... estoy muy ocupada. Y no me suelo sentir atraída por... Digamos que me gusta más la idea del amor que el amor en sí mismo. No quiero decir con eso que lo que tú y yo estemos haciendo sea amoroso, o sea, no es amistoso, pero tampoco amoroso, ¿no? Lo que pretendía explicarte es que no estoy acostumbrada a la tensión de una primera cita, y menos todavía a que una primera cita no me decepcione a los cinco minutos.

DiMarco consulta el reloj.

—Te he recogido hace media hora. Parece que voy mejor que los demás.

—¿Ahora te vas a poner competitivo?

—Siempre. —Aprovecha que sus manos siguen sobre mis caderas para tirar de mí hacia él, pero no me mira mientras piensa si decirlo o no, si no decirlo o sí. Al final masculla—: No me ha gustado imaginarte con otro tío. Me alegro de que todas tus citas fracasaran.

El comentario está tan fuera de lugar aun dentro de que pretende transmitir un sentimiento noble que se me escapa una carcajada.

—Deberías ensayar lo que vas a decir antes de soltarlo. Yo empiezo a acostumbrarme a tus sincericidios, pero el resto del mundo podría no tomarse bien tus perlitas.

—A mí me da igual el resto del mundo mientras no te enfades tú. —Se encoge de hombros con sencillez. Clava en mí una de sus miradas penetrantes y reflexivas, inocentes pero no por eso menos intimidantes—. Voy a darte el beso que te debo del aeropuerto. El que se me ha olvidado por culpa de la multa. A lo mejor así nos tranquilizamos.

A sabiendas de que mi consentimiento está implícito en mi expresión y en el nudo tembloroso en el que se ha convertido mi cuerpo con su proximidad, no me importa que se incline a reclamarlo sin esperar mi afirmativa. Le echo las manos al cuello, ahí donde enseguida confirmo que ha vertido gotas de colonia, y recibo la caliente presión de su boca como agua de mayo.

Se me escapa un suspiro de alivio y de agonía al mismo tiempo. Es cierto que se deshace de mis nervios de colegiala rozando la lengua con la mía, pero a costa de imponer ese impertinente caos de emociones que me nubla la razón y hace que se me olvide comportarme como una señorita.

Lo abrazo por los hombros para acercarlo más a mí y me permito trasladarle secretamente, con mi lenguaje corporal, que me gusta. Me ha gustado la torpeza inocente de su trampa, me ha gustado su manera de ofrecerme las flores-jambiya, me ha gustado el restaurante con su menú jeroglífico, me ha gustado que me siguiera preocupado al baño y que no quiera que me escape por la ventana. Me gusta todo lo que hace, lo haga bien o lo haga mal, porque

siempre lo hace de corazón. Yo no puedo decir lo mismo. Salvo cuando él está involucrado, que entonces —y desde que acepté que me gustaba— también hago y deshago en función de lo que siento.

Se separa lo suficiente para apoyar la frente contra la mía.

—¿Mejor? —me pregunta con los ojos cerrados.

—Creo que sí. Ahora vuelve a la mesa, ¿quieres? ¡Van a pensar que nos hemos encerrado en el baño para hacer suciedades!

—Vale. —Gira en redondo de mucho mejor humor. Ya está empujando la puerta con la palma cuando dice—: Para que lo sepas, en el mundo árabe y en Oriente Medio los hombres se dan la mano en la calle como muestra de camaradería y afecto. No es nada romántico. Lo acabo de mirar.

—Pero nosotros no somos del mundo árabe.

—Pues yo creo que podemos ser y hacer lo que nos dé la gana.

Y desaparece.

Capítulo 15

I Wanna Be Your Dog (But Also Your Cat And Your Lover) DiMarco

Creo que ella piensa que la cita ha sido un desastre, porque nada más sentarse en el coche me dice: —La cita ha sido un desastre.

Su aseveración me sorprende. Sobre todo porque está ruborizada de placer —uno sabe cuándo el rubor es de placer—, se ha reído unas cuantas veces en el transcurso de la noche y se ha comido mi postre.

Esto último después de decir que no quería postre.

Tampoco quería una cucharilla para compartir el mío.

Debería haberlo visto venir. ¿A medias de qué, si Lara Cosima es Alejandro Magno? Tiene que conquistar toda Asia y ya de paso mi *coulant* porque con Macedonia —o, en este caso, con una macedonia— no le basta.

—Ya hay que tener valor para decir que la cita ha sido un desastre luciendo una mancha de chocolate de *mi* postre en la comisura de la boca.

Lara Cosima se apresura a mirarse en el espejo retrovisor y limpiarse con la yema del dedo. Todavía abochornada por el comentario —qué fácil es sacarle los colores, es adorable—, se gira hacia mí con solemnidad, como si en lugar de estar en una cita fuéramos a debatir las obligaciones de un tratado de paz europeo.

—¿No estás de acuerdo conmigo?

¿Que si estoy de acuerdo? Remontémonos a las últimas dos horas y media.

Nada más volver a la mesa, me ha dado por culo que estuviéramos tan separados y he arrastrado la silla para sentarme a su lado. Elsie me ha preguntado en voz baja, avergonzada, que ¡qué hago!, que ¡por qué no me estoy quieto! y que ¡estoy llamando la atención! Yo le he explicado que si me separa de ella poco menos que el río Mississippi no le puedo acariciar la rodilla bajo el mantel. Ella me ha prohibido de manera terminante acariciarle la rodilla bajo

el mantel. Aun así no he vuelto a ponerme enfrente porque uno debe defender sus principios hasta el final.

Luego se ha puesto a hacerme preguntas sobre el TDAH, pero dudo que la cita le haya parecido un desastre por eso. Por ese motivo debería habérmelo parecido a mí, que me he planteado crear un blog masculino sobre nuestros *must* y nuestros *mustn't* en las salidas románticas solo para especificar que a un tío nunca le apetece hablar del Adderall y del Ritalin delante de un plato de gambas rojas, que eran rojas de verdad, rojo sangre.

Ha tenido el valor de mosquearse porque quería cambiar de tema y así conocerla mejor. Y porque he dicho: «Venga, hombre, como si no te gustara hablar de ti misma».

En su opinión eso ha sido un «comentario desacertado».

Pero nos hemos recuperado.

También es cierto que me ha reprochado que no la mire a los ojos cuando me cuenta una anécdota, pero si está enfadada por eso entonces es una falsa. He resuelto el problema enseguida diciéndole que la estoy escuchando aunque no mantenga el contacto visual y le he repetido palabra por palabra lo que venía relatando sobre los concursos de equitación.

—Has criticado que tenga un caballo —empieza a enumerar ahora, en el coche—, has dicho que mi padre es un *redneck* de libro...

—He dicho que lo parece.

—... has torcido la boca cuando te he contado que mi familia vive de la manufactura del petróleo y el carbón, como si fuera culpa suya heredar un imperio...

—No es culpa suya, pero tampoco se lo han ganado.

—... has insinuado que te gusta Catherine Zeta-Jones...

—Pero si tú has dicho que a quién no le va a gustar Catherine Zeta-Jones.

—¡No se menciona el nombre de otras mujeres en la mesa!

—Es una mujer casada de cincuenta y seis años y no la conozco.

Evito mencionar que me la suda que tenga cincuenta y seis años, que me la follaba igual.

—¿Y qué? ¡También hemos discutido por las que son nuestras prioridades en la vida! ¡Me has dicho que soy adicta al trabajo! ¡Y

que creer en Dios está pasado de moda!

—¿Te he ofendido?

—No es eso.

—¿Lo has pasado mal?

—Tampoco es eso —insiste cansinamente.

—¿Entonces?

—Las citas están para averiguar si dos personas tienen valores y objetivos suficientes en común para seguir conociéndose, DiMarco. ¿No ves que tú y yo acabamos de confirmar que somos incompatibles?

—¿Y eso lo afirmas solo porque me sorprende que siga habiendo católicos en esta economía?

—¡Lo afirmo porque somos la noche y el día!

—¿Eso no significaría que nos complementamos?

—¿Por qué insistes en darle la vuelta a todo? ¡Tú también has estado ahí cuando discutíamos! Supongo que es mejor para nosotros que no haya salido bien —medita para sí, acariciando el borde de las flores con la yema de los dedos—. Así podemos continuar nuestra relación profesional con la espinita ya sacada, sin seguir corriendo el riesgo de complicarla. Si hubiera ido en condiciones, habría tenido que volver a decepcionar a Roberta anunciando que dejo a mi segundo cliente importante en el mismo año. ¡Qué horror!

Al final la cita va a ser un fracaso, pero porque me da la gana a mí, no porque se la dé a ella.

—¿Te preocupa más decepcionar a tu jefa con tu vida sentimental que decepcionarte a ti misma privándote de ella? ¿Y luego te ofendes porque te llamo adicta al trabajo? No es mi culpa que te tomes como un insulto los rasgos capitalistas que tú misma has cultivado.

Lara Cosima me mira sorprendida. Solo la iluminan los focos blancos del aparcamiento exterior del restaurante y la luz anaranjada del interior del coche, que he encendido porque me gusta su cara y estoy aquí para vérsela.

—¿A qué viene eso?

—A que yo también tengo opiniones —mascullo devolviendo la vista al frente. Tamborileo los dedos contra el volante. Como

siempre, la pierna se me mueve sola—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Te llevo al aeropuerto? ¿A un hotel? ¿Borro tu número? ¿Me uno a una tribu amazónica para que no tengas que verme nunca más?

Ella se queda en silencio. Continúa acariciando las flores, no sé si nerviosa, distraída o dándole vueltas a su más reciente sentencia.

—Oye —dice en voz baja—, no es que lo haya pasado mal. Te agradezco la invitación. Ha sido divertido, y... No te enfades conmigo.

—¿Cómo no me voy a enfadar? Parece que es imposible hacerlo bien contigo, joder. Siento que te has agarrado a la primera excusa que se te ha ocurrido para escurrir el bulto porque no quieres complicar las cosas.

—¡Alguien tiene que preocuparse de que no acaben como el rosario de la aurora, y ese alguien no ibas a ser tú, que parece que quieras precisamente complicarlas! ¿O no eres el que me pidió que no dejara de ser su agente?, ¿el que me lo pidió mientras me besaba en un campo de fútbol, de hecho? ¡No puedes tenerlo todo!

—Pero podré tener algo, ¿no? —Agarro el volante con fuerza, frustrado—. Si debo elegir entre una cosa y otra, lo veo claro. ¿No puedes o no quieres ser mi mánager si estamos liados? Pues vale. Me la pela. Prefiero salir contigo.

Le extraña tanto mi orden de prioridades que pasa por alto que he dicho que me la pela.

—¿Cómo vas a preferir salir conmigo por encima de mi desempeño profesional? Lo primero podría fracasar mientras que ha quedado demostrado que lo segundo es tan fiable como la ley de la gravedad.

Su perplejidad al arrojarme la pregunta me descoloca.

—¿En qué mundo iba a preferir lo contrario? Me gusta la persona que eres, no lo que haces por mí. No te voy a negar que sea difícil distinguir lo uno de lo otro, porque parece que toda tu vida se reduzca a Velvet Room, a Roberta no sé qué pollas y a tus desayunos con tu compañera Samantha, dos tías que me parecen dos pedazos de gilipollas, por cierto.

—¡No hables así de ellas!

—Pero lo hago. Lo distingo —continúo—. La verdadera pregunta es si tú quieres salir con alguien por encima de lo que quieres un cliente; si eres capaz de pasar el rato con un tío sin racionalizar las ventajas, inconvenientes, oportunidades de negocio y todo ese rollo de mánager. Que no opinemos igual en algunas cosas será una mierda cuando vas a representarme. Supongo que hay que estar de acuerdo para sacar adelante un proyecto o una nueva imagen de marca. Pero si vas a salir conmigo tampoco será para tanto que no me guste el nombre de tu caballo o que tu padre se peine con gomina.

—Salir con alguien también consiste en sacar adelante un proyecto, DiMarco.

—Uno que no te has tomado en serio nunca porque sigues llamándome por mi apellido.

—¡Todo el mundo te llama DiMarco!

—Tú no eres todo el mundo. Y puede que quedar en plan romántico sea un proyecto, vale, te lo compro. En ese caso, con más razón puedes extrapolar nuestra experiencia como agente y cliente al otro ámbito. ¿O no hemos demostrado ya que podemos ponernos de acuerdo? Me he cortado la barba.

—No quiero tener que decirle a Roberta que te he abandonado como cliente para poder acostarme contigo.

—Pues haber empezado por ahí.

—¿En serio tengo que explicarte que sería vergonzoso? ¡E irresponsable!

—¿Y qué le hacemos si lo eres?

Se tensa físicamente.

—¿Perdona?

—Eres irresponsable. O demasiado sensible para dedicarte a esto, si lo prefieres. Tus clientes más tochos hemos sido Alexia y yo. Tu mejor amiga y un tío que te gusta. A lo mejor no estás hecha para el trabajo. Salta a la vista que te falta frialdad para vivir pegada al culo de alguien sin implicarte emocionalmente. O eso o necesitas aprender a diferenciar el curro de la vida privada.

—¿A qué viene esto ahora?

—Lo estás pasando mal porque te has visto obligada en un corto período de tiempo a separar lo laboral de lo personal, primero con tu amiga y luego conmigo. Y como te da vergüenza no ser profesional, eliges lo laboral. Lo has hecho con ella y lo estás haciendo conmigo. ¿Cómo no vas a sabotear mi cita si hasta has saboteado tu relación con Alexia?

Me lanza una mirada no sé si más rabiosa que pasmada o al revés.

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡Y quien la saboteó fue ella!

—Alexia te despidió como mánager y tú la despediste como amiga, ¿o crees que no me di cuenta de que la cosa está fría cuando os vi en el camerino el otro día? ¿Crees que no se da cuenta la propia Alexia, Vinny y los demás?, ¿que no se comenta? Puede que sea una mierda que renuncien a tus servicios, pero si hasta yo me he enterado de los motivos de Lex y empatizo con ellos, ¿por qué no los aceptaste tú? Pues porque eres incapaz de diferenciar que no quieran trabajar contigo de que no te quieran a secas. Y si las diferencias, es para mal: ¿que no puedo sacar rédito profesional? Adiós muy buenas. ¿Tan imposible te resultaría tener una relación significativa con alguien que no está vinculado a la puta agencia de Roberta no sé qué pollas? ¿También dejarías de ser colega de Samantha si cambiara de empresa? ¿Y qué harías si te despidieran? ¿No volver a salir de tu casa?

La mente debe de traicionarla respondiendo de inmediato que sí, claro que sí, porque palidece y agacha la barbilla para que no le vea la cara.

—No sé por qué me estás diciendo todas estas cosas —musita.

—Pues porque me cabrea que me quites de en medio sin más. Eres una adicta al trabajo insoportable, joder, y lo peor es que no te das ni cuenta de que todo tu mundo gira alrededor de eso. Apuesto a que ni siquiera lo habías pensado hasta ahora. Pero aun así quiero que estés cerca de mí —admito en voz baja, frustrado—. No me preguntes qué coño me pasa contigo, porque no lo sé, ¿vale? Solo sé que si me dejas te voy a intentar convencer de que vale la pena.

Ella sigue con la mirada orientada hacia las flores, que ha tendido sobre las rodillas en cuanto ha entrado al coche. Ya no acaricia las

dalias. Ha crispado la mano alrededor de la parte más estrecha del embudo que es el ramo, imagino que impotente porque yo, entre todas las personas del mundo, le haya echado la bronca... y conmocionada por el hecho de que también yo, entre todas las personas del mundo, esté en lo cierto.

Al final aprieta los labios como el protagonista de una película de acción cuando decide salvar el mundo y me mira con esos ojos grandes que tiene.

No se lo voy a decir, pero es verdad que hoy no se ha arreglado especialmente. Así también me gusta. No parece menos Lara Cosima por no llevar sus estrambóticos trapitos. Solo parece más accesible con el sujetador transparentándose bajo el algodón desgastado de la camiseta, sin maquillaje y con unas bailarinas que emulan la pezuña de una cabra en lugar de los habituales tacones.

Un hombre se contiene para no reírse de sus zapatitos y aun así le dicen que «la cita ha sido un desastre». Pues vale.

—¿Qué ibas a querer hacer después? Después de cenar, me refiero. Si todo marchaba.

Mi corazón da un brinco esperanzado.

Qué cursilería. Pero es la verdad.

—No sé —murmuro, procurando contener mi entusiasmo—. Ash me ha dado las llaves de su *penthouse* con vistas a no sé dónde. Me dijo que te gustaría más que mi piso compartido. No cree que mi zulo sea apropiado para las damas.

—Por lo que sea, prefiero ver tu casa que la de Ashton Creed —ironiza.

No sabe de lo que habla. Nunca sé lo que me voy a encontrar cuando cruce el umbral. El otro día llegué tarde porque los bestias del equipo y yo nos echamos unas birras después del entrenamiento y me crucé a Louis montándoselo con su exnovio en el sofá del salón. Gordon, por su parte, se estaba fumando un canuto en el balcón.

Lo segundo casi seguro que te lo vas a encontrar. Da igual cuándo estés leyendo esto. Y ahora que lo pienso, lo primero también es bastante frecuente. Debería preguntarle a Louis si es consciente de que puede volver con su exnovio. Aunque solo sea para no darnos la

tabarra luego a Gordon y a mí con que «no sé por qué me hago esto», «tengo que dejar de caer en dinámicas destructivas», «debería contárselo a mi psicoanalista».

Hablando de psicoanalistas, la pantalla de mi móvil se ilumina anunciando que tengo una notificación del grupo de los Boston Beasts. La desbloqueo por si acaso se tratara de algo importante relativo al entrenamiento de mañana..., y no.

Resulta que solo son los cuatro plastas de siempre.

Vinny
Cómo va eso???? Progresa adecuadamente??

Ashton
hostias, es vd q la cita era hoy

Ashton
x lo menos llevará 3 horas con ella

Ashton
no la habrás llevado a por el poke bowl, supongo

Noah
@ashton estás dando por hecho que sigue con ella.
A lo mejor la ha espantado.

Vinny
Apuesto cincuenta palos a que no la ha espantado
en absoluto :p

Ashton
yo apuesto 25 a q se la lleva a su casa y todo

Noah
¿Y a cuánto se paga que dejéis ser al chaval?

Ashton
ha visto los mensajes!!! DiMarco di algo pon el emoji del calabacín si vas a ser

un hombre afortunado

Vinny

Que grotesco eres Ash jajaj

Vinny
Pero pon un pulgar hacia abajo si

la cosa ha ido regular

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardarlo sin molestarme en contestar.

—Vale. Vamos. Pero no te vayas a asustar si ves mucho desorden. Creo que hoy he dejado el cuarto en condiciones... Aunque nunca se sabe.

Capítulo 16

We Are The Champions, Baby

DiMarco

—¿Quieres poner música?

Lara Cosima se encoge de hombros, sumida en ese ánimo entre tímido y huraño en el que nos quedamos todos los que tenemos autocrítica cuando nos leen la cartilla. Podría aprovechar para reproducir algún temita de Bon Jovi, que eso a mí me suele alegrar el día, pero como ofrenda de paz me decanto por una canción aleatoria de Dolly Parton porque ser de Tennessee y ser de Luisiana es lo mismo, porque una vez la escuché canturreando *Coat Of Many Colors* y porque a todo el mundo le gusta Dolly Parton.

Sé que no se ha mosqueado conmigo, pero tampoco tiene ganas de seguir tensando la cuerda. Yo la dejo ser. Siempre intento dejar ser a los demás con la esperanza de que luego me devuelvan el favor cuando me toque a mí ponerme estúpido.

Eso rara vez sucede.

Lo de que me devuelvan el favor, no lo de que me ponga estúpido.

Rompe el silencio cuando estoy a punto de aparcar y la curiosidad la ha convencido de mirar por la ventanilla.

—¿Vives en Dorchester?

—¿Conoces los barrios de Boston?

—Más o menos. Hice aquí un curso de marketing hace algunos años.

—¿Esperabas que viviera en un dúplex en el distrito financiero?

—Ahora que lo dices, no. No sería tu estilo. Pero como has dicho que Ash tiene un *penthouse* y me consta que ganas dinero... —Sacude la cabeza—. Esta conversación no es nada elegante. Olvida lo que iba a decir.

Sé a lo que se refiere porque todo el mundo lo piensa, no solo ella. No hace falta ser un pijo revenido para flipar cuando te enteras de que el *wide receiver* del último equipo ganador de la Super Bowl comparte piso con un universitario y un artista en ciernes en una de las zonas más baratas. Ashton directamente «no lo entiende», esto en sus palabras, y Vinny, aunque apoya que me rodee de compañía porque así tengo quien me corrija los despistes, no apoya tanto las

humedades de la casa. Pero Noah, que viene también de una familia más pobre que las ratas, se desmarca de la conversación en cuanto sale porque sabe que no es asunto suyo y porque él también procura ser conservador con los ahorros por si acaso.

Nunca me ha dado vergüenza la persona que soy, pero en presencia de Lara Cosima me siento un poco intimidado abriendo la puerta del *triple decker* de Fields Corner. Si le da asco el abandono del patio y el óxido de las barandas —los chavales y yo acostumbramos a bromear con que los ladrones no saltan la valla por si pillan el tétanos—, ni lo dice verbalmente ni lo expresa con una mueca.

Está jugando en mi favor que siga meditabunda.

La cojo de la mano con delicadeza, dándole la oportunidad de apartarme si sigue pensando que soy imbécil y me he metido donde no me llaman. Pero ella se deja conducir a través del pasillo principal, iluminado solo por el brillo de la televisión.

Gordon está tirando en el desvencijado sofá echándose un cigarrito con olor a naturaleza mientras ve un episodio de *Rick y Morty*.

Durante la cena, Elsie me ha dicho que vive en Manhattan, la zona más cara de la ciudad de Nueva York. Me imagino lo que puede estar pensando de mi ruinosa habitación, que antes de mudarme yo tuvieron que ocupar los hermanos gemelos o mellizos de un matrimonio feliz. Como nunca he tenido por costumbre invitar a nadie a mi madriguera y el casero me podría sablar por alterar el medio de la vivienda, nunca me he tomado la molestia de quitar el papel de pared infantil o sustituir la litera por una cama.

Esto último es lo que le llama la atención a Lara Cosima.

—De todas las cosas que podría haber imaginado, creo que esta es la última que me esperaba. ¿Una litera infantil? ¿Para un hombre de metro noventa... o lo que midas?

—Noventa y ocho. Y no sobresalen tanto los pies como puedas pensarte. Estoy acostumbrado a las literas por los centros de acogida y la casa de mi tío, por eso no me jodió quedarme esta habitación.

—¿En casa de tu tío también duermes en una litera?

—Claro. Vive en una casa de un solo dormitorio. Yo dormía arriba y él abajo.

—¿Me estás diciendo que duermes en la cama de arriba? ¿En serio? ¿Y no se cae?

Disimulo que estoy nervioso metiendo las manos en los bolsillos.

No debería ponerse a hablarme de camas.

—Por ahora no se ha caído, no.

No me pide permiso para husmear dando un lento paseo por el dormitorio.

No hay mucho que ver. Apenas he colgado en la pared un póster de Metallica y un calendario físico con casillas grandes para agendar las citas. Encima del escritorio que nunca uso hay un par de portarretratos. En uno aparezco yo con mi tío; en el otro sale todo el equipo.

—Anotabas nuestros compromisos —comenta Lara Cosima. Señala con una de sus largas uñas la casilla del día dos, marcada con permanente negro y con varios signos de exclamación—. Se te olvidan de verdad —añade en voz baja.

—Sí.

Lara Cosima lanza una mirada a «la cama sobre la cama», como la llamaba cuando era un crío.

—Nunca he dormido en una litera. Ni siquiera cuando he ido de colonias. Ni en casa de alguna amiga con hermanos. Era una de esas cosas que soñaba con hacer de pequeña, ¿sabes? Dormir en la cama de arriba. Creo que para sentirme alta, como cuando te subían en un camión o ibas en el primer asiento de la segunda planta de un autobús.

—¿Las princesitas como tú también se ilusionaban con lo de ir delante en un camión?

—Pues claro. —Se muerde el labio un momento, indecisa. Tiene que buscar mi mirada en la parcial oscuridad para que me dé cuenta de que no he encendido la luz de la habitación, solo la del pasillo, e iba a ponerle remedio cuando ella me para cogiéndome de la manga —. ¿Te importa si duermo aquí? Es tarde para buscar un hotel. He venido sin prever nada. Pero no me quiero imponer ni molestarte. Solo he pensado que ya que tienes una litera, pues...

—Puedes dormir en la de arriba si te hace ilusión. Aunque es la mía. A lo mejor huele mucho a zorro.

—A mí me gusta cómo hueles —admite en voz baja.

Alarga una mano indecisa hacia mí, creo que con la intención de acariciarme el cuello o la cara, pero al final solo me arregla el cuello de la camiseta. Aprovecho el gesto para entrelazar los dedos con los de ella y hacer lo que llevo muriéndome por hacer desde que empezamos a cenar: besarla en la mejilla, en el lateral de la nariz y en la boca, ahí recreándome mucho más.

No sé cómo coño puede decir que la cita ha ido mal, que alguna cita entre nosotros puede ir mal, cuando tiembla cada vez que me acerco y yo me siento desfallecer en cuanto la veo cerrar los ojos y separar los labios para responder a mi contacto.

—Voy a dejarte una camiseta —mascullo cuando da un paso atrás, ruborizada.

No puedo verlo con claridad, pero lo sé.

—Gracias.

Escojo una del montón de la ropa limpia que me ha quedado debiendo distribuir en los cajones. Da la casualidad de ser una de mis preferidas, la de Iron Maiden. Solo imaginarla con *merchandising* de uno de mis grupos favoritos me ablanda, así que se la tiendo a riesgo de que arrugue la nariz o la rechace con una de sus ya clásicas crisis de dignidad: «¡No pienso ponerme algo que has comprado en Primark!».

No hace nada de eso, e iba camino de sorprenderme por su modestia cuando caigo en la cuenta de una gran obviedad: puede que sea una pijita, pero no es ninguna maleducada. Sabe mejor que yo lo que corresponde hacer cuando ha sido invitada a casa ajena.

No necesita pedirme que me gire para no verla en pelotas. Tomo la iniciativa dándole la espalda y entrelazando ahí las manos. No voy a negar que eche de menos un espejo que capte traicioneramente la curvatura de su culo, los dos hoyuelos que puede o puede no tener grabados justo encima de las bragas y la línea continua de la espalda. No lo hay, así que no me queda más remedio que imaginármelo mientras me planto un pantalón de deporte.

En tanto que Elsie usa el baño de la segunda planta, me tumbo en la cama de abajo con los dedos detrás de la nuca y me fijo en los tablones de madera. La primera y última vez que le eché un vistazo a los grabados de los últimos inquilinos fue hace años, cuando supervisé el estado de la madera para asegurarme de que no se derrumbaría bajo mi peso.

Había olvidado que los críos que ocupaban la litera eran unos románticos.

—¿Qué miras?

Lara Cosima ha vuelto del servicio con la cara lavada y un moño sencillo. Espera mi respuesta o una valoración de su aspecto de pie bajo el umbral, como si necesitara que le diera mi beneplácito para adentrarse en la caverna.

La camiseta le queda lo bastante grande para cubrirle más de la mitad de los muslos. Las costuras de los hombros le llegan por el codo. El cuello de la prenda, que a mí se me cierra bajo el gaznate, a ella se le abre simulando una especie de escote.

¿Tanta diferencia de tamaño hay entre nosotros?

—Ven.

Obedece con esa timidez que siempre acaba contagiándome y, cuando no, inspirándome a portarme mejor. Se mete en la cama conmigo sin taparse —esta noche hace calor, y más aún en mi dormitorio, y más aún con ella al lado— y presta atención a lo que alumbra la linterna de mi móvil.

Hay un cromo de Pokémon pegado a uno de los tablones y varios dibujos de monigotes, soles y nubes. Luego, las clásicas formas fálicas.

Yo no estoy para criticarlos. Era el rey de la pintura parietal erótica en el colegio.

Un par de nombre se repiten, asumo que los de los hermanos: Peter y Richard y sus respectivos diminutivos, Pete, Richie, P., R. Por eso sé que Roxanna es la primera y última chiquilla de la que el dueño de la cama de abajo se enamoró a los tiernos ¿diez?, ¿once años?, porque conforme va mejorando su letra —o sea, conforme pasan los años—, deja de escribir Pete + Richard, Pete & Richard

Para Siempre, para poner Pete + Roxie, Peter y Roxanna, Peter <3 Roxanna, Roxanna Te Kiero, o solo Roxie Roxie Roxie Roxie ROXIEEEE.

—Pensaba que esto solo lo hacíamos las chicas —admite Lara Cosima, sonriendo a mi lado. Ha entrelazado las manos sobre el pecho y contempla las inscripciones amorosas con los ojos iluminados—. Qué esperanzador.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—En una litera no, pero en mis cuadernos del colegio sí. De pequeña estaba muy enamorada de un chico un año mayor que yo, el presidente del club de teatro. Me tiré seis años participando en las funciones solo para estar cerca de él. Imagínate cómo estaban los márgenes de los guiones: ¡parecía que estuviera practicando caligrafía con su nombre! Cuando se graduó me pasé el fin de semana entero llorando. No lo he vuelto a ver.

—¿Nunca intentaste nada con él?

Ella me mira espantada.

—¡Claro que no! Una chica jamás debe dar el primer paso, eso para empezar. Si un hombre no lo da, es porque no le gustas, y si no le gustas, no deberías intentar convencerlo de lo contrario.

—Eso es verdad. Al menos en mi caso y en el de los tíos con los que trato.

—Además...

—¿Además?

—No creo que lo entiendas, pero para mí era más cómodo suspirar por él en la distancia. Siempre he sido así. Cuando me empezó a gustar otro compañero, igual. Me conformaba con mirarlo de lejos, con que inspirase mis fantasías. Estaba segura de que estar con él no sería mejor que soñar con él. Me ha pasado al menos tres veces, y de la última hace ya muchísimo tiempo. Cuando he querido darme cuenta, he cumplido treinta años y no he tenido ninguna experiencia significativa. Solo he estimulado mi imaginación.

—Yo he cumplido treinta y uno y tampoco he tenido novia, si te refieres a eso.

—Ah, pero novio sí he tenido. Uno. Entre los dieciséis y los diecinueve.

—Cuando te gustaba el friki del teatro.

—¡No era un friki! Pero sí, mientras me gustaba el friki del teatro.

Me tumbo sobre el costado para poder mirarla en condiciones.

—¿Y cómo era ese novio tuyo? ¿Un pijo de Luisiana también?

—Sí, era un amigo de la familia. Es —se corrige—. Sigue pululando por los círculos de mi padre. Se lleva muy bien con él. Cuando voy a Abita Springs suelo encontrármelo.

—Estoy intentando adivinar qué sientes por el fulano ese, pero no me ayudas cuando te pones en plan misterioso.

—No siento nada por él. Si acaso aprensión. Salíamos porque no quería ser menos que Alexia. Ella siempre estaba enamorada o interesada en alguien, ¿sabes? Siempre había un chico en su vida. Y a mí ya me apetecía tener novio y hacer cosas de novios... o eso pensaba. Fue un error. No era la persona que mejor me trataba. O sea, era normal, pero...

—¿Pero?

Elsie agacha la mirada a las manos, que hace rato ha apartado del pecho para arrancarse los padrastros, deporte nacional de los ansiosos.

—Tienes que saber que no es que no me gustes —susurra de repente—, ni que me moleste tu cercanía, ni que... Obviamente me abrumas. Me has abrumado siempre, desde que te conozco, pero lo confundía con molestia cuando era simple... incomodidad. No de la mala, sino de temer... No estoy diciendo nada con sentido. Mira, me gustaría tener sexo contigo, ¿vale? —suelta sin más en un tono brusco que en otras circunstancias me habría hecho reír—. Al menos en un sentido teórico.

—¿En un sentido teórico?

—Quiero tener sexo contigo porque me atraes y mi cuerpo me lo pide. Pero si me remito a la práctica, a mi experiencia, no quiero tener sexo contigo porque siempre me ha resultado desagradable. Y como me resultaba desagradable, llevo sin tenerlo mucho tiempo. Ya está, ya lo he dicho. Ahora no te rías de mí.

Me da pena que piense que me voy a reír de ella. No me reí de ella ni nada parecido cuando saqué la conclusión que me acaba de revelar, y de aquel entonces hace ya meses. Basta con fijarse en la tensión de sus hombros y su cuello cuando se le acerca un hombre

con intenciones evidentes para saber que no está muy en contacto con sus deseos que se diga.

—Así que resolvamos —continúa después de tragar saliva— que es al revés.

—¿El qué?

—Que no es que ahuyente a la gente ni reniegue de las relaciones para centrarme en el trabajo, como has teorizado tú. Más bien me vuelco en mi trabajo para no tener que decepcionarme en el ámbito personal. Queda mejor decir que no sales con nadie porque estás enfocada en tu carrera que porque estás segura de que te vas a llevar un chasco.

—Hace más de diez años de lo del gilipollas ese con el que salías. ¿No crees que exageras un poco asumiendo que todo el mundo te va a decepcionar?

—Me han decepcionado todos los hombres con los que he quedado. Reconozco que es problema mío, porque ya vengo de casa convencida de que solo buscan sexo y yo no pienso dar mi brazo a torcer en ese sentido: hasta que no me sienta cómoda y en confianza, nadie me va a poner la mano encima. Pero sea por lo que sea, nunca me he divertido tanto con un hombre de carne y hueso como fantaseando con él.

—Fantasear es lo cómodo, y no pareces una persona que vaya a lo fácil.

—No es por comodidad, sino por control. El trabajo lo gestiono yo, ¿sabes? Si algo sale mal, es por mi culpa, y aunque no lo sea, casi siempre lo puedo arreglar. Pero en las relaciones muy poco depende de mí, de mis habilidades o mi disposición. En las relaciones todo es una moneda al aire. ¿Y tú? —me devuelve la pregunta, avergonzada de haber hablado tanto.

—¿Yo qué?

—Tus relaciones, tu visión de ellas, tu pasado. En las citas se habla de esas cosas, no solo de caballos y de *Chicago*.

Me froto un ojo con los nudillos, no tan cansado como debería por culpa de su estimulante cercanía.

—Alguna vez he creído estar enamorado, pero luego resultaba ser un espejismo. Conocía a alguna tía y me obsesionaba con ella. O

«me hiperfijaba», como lo llaman los psicólogos. Pero al poco tiempo se me pasaba y empezaba a ignorarla. No está bien, lo sé, pero tampoco podía evitarlo. Por eso ahora me ando con cuidado. Aunque no lo parezca, pongo en cuarentena todo lo que se me pasa por la cabeza antes de actuar. No es agradable romperle el corazón a nadie.

—Eso te pasa por el TDAH. He leído que uno de los síntomas son las relaciones inestables.

—Sea por lo que sea, no fui justo y ya está.

—No hace falta que te pongas a la defensiva.

—Pues no saques el TDAH todo el rato.

—No lo saco todo el rato.

—Una mierda que no.

—Si te vas a poner en ese plan, me subo a la cama.

El pecho se me encoge agónicamente, como si me hubiera amenazado con matarme o algo así. Mi primera reacción es pasarle el brazo por la cintura y pegarla a mí.

—Qué pequeña pareces cuando te quitas tus tacones y tus *pashminas* y tus historias. O tus zapatitos-pezuña.

—¿Zapatitos-pezuña? ¿Te refieres a las tabis de Maison Margiela? —replica con retintín.

—Parecen pezuñas.

—Bueno, ¡pero es que ese es el objetivo!

—Luego si te digo que estás como una cabra no me digas que no viene a cuento, porque vaya cosas te pones.

Lara Cosima emite un bufido de protesta, pero sabe que no hay más que hablar, es la pura verdad. Suerte que a mí me gusta hasta con sus bailarinas de mamífero. Y con las uñas tan afiladas que podrían tener consideración de arma blanca. Y con el iPhone que lleva pegado con *superglue* a la palma de la mano.

Apoyo la barbilla en su coronilla.

—Buenas noches.

—¿Cómo que buenas noches?

—¿No tienes sueño?

—Sí, pero...

—Has dicho que no quieres que te toque nadie con quien no tengas confianza.

—Ya, pero...

—Y como no me dejas mencionar a Catherine Zeta-Jones me has quitado toda la conversación.

—¡Eres imbécil!

Intento verle la cara a través de las sombras. Es tarea imposible. Apenas podría describir el borde de su rostro con ayuda de la luz de las farolas que entra por la ventana.

Se cree que no le hace falta explicar el «pero» solo porque me acaricia el pecho con los dedos y se aprieta contra mí.

Pues lo lleva claro.

—¿Qué quieres, Elsie? En el coche te querías librar de mí y me acabas de decir que te da asco que los tíos solo quieran sexo. No hay quien entienda a las mujeres.

—¿Qué quieres tú? ¿A ti sí es fácil entenderte? ¿Me montas un pollo, luego me das un beso de los tuyos y ahora me deseas las buenas noches, como si estuviéramos en un campamento religioso?

—¿Qué coño voy a ir yo a un campamento religioso?

—Ya empezamos. —Se aparta de mí de golpe y se incorpora—. ¡Si es que tendría que haberme hecho caso a mí, no a ti, y haberme buscado la vida por ahí para acabar la noche!

—Pero ¿y ahora por qué te cabreas? —La cojo de la muñeca antes de que escape de la cama. Ella insiste en montar la escenita, lo lleva en las venas, es lo que le gusta. Es lo justo decir que se lo ha buscado solita cuando se da un coscorrón con las tablas de madera del somier de arriba. Suelta un grito agudo y yo un suspiro cansino —. Se nota que nunca habías dormido en una litera, sí.

—¡Encima te ríes!

—No me he reído, niña tonta. Ven aquí.

La cojo por la cintura y la arrastro de vuelta a la madriguera del conejo, o algo así parece una litera de abajo cuando dos personas adultas intentan dormir juntas: una especie de cueva reducida. Le cubro la raya del pelo con la mano, como si la bendijera —ahora vamos a estar con el temita de la religión, ¿eh?—, y la froto despacio

hasta que se tranquiliza y deja de farfullar palabras malsonantes, o lo que para ella son palabras malsonantes: «maldita sea» y «jope».

Acaba reclinándose hacia mí y dejando que reparta besitos por su cabeza testaruda.

—Eres un grano en el culo, ¿eh? —la reprendo cariñosamente.

—¡No, si va a ser mi culpa!

—No va a ser la mía, que pretendía que nos fuéramos a dormir.

—¿Por qué tanta prisa por dormir?

—Porque así hay menos probabilidades de decepcionarte como los demás.

Ella se queda callada.

Nunca pensé que diría esto, pero parece que hay unas palabras mágicas para aplacar a Lara Cosima y yo las suelo encontrar. No son siempre las mismas, pero a la vista está que todas ellas resultan disuasorias cuando se mosquea y seductoras cuando se vuelve mojigata.

En lugar de retarme, me peina los mechones de la sien con los dedos y me acaricia el lateral de la cabeza hacia la nuca, donde me agarra de los vellos más cortos. Tira de mí hasta pegarme a su cuerpo, a sus pezones duros, e introduce una pierna entre las dos mías.

Me besa primero en la barbilla, creo que porque se confunde, porque no ve, y luego en la boca que la esperaba entreabierta, lista para comérmela entera.

Sé que es tímida y todo eso, pero ha demostrado que hay algunos aros por los que está dispuesta a pasar —por los que *quiere que la haga pasar*— y el aro de que le meta mano está de sobra conquistado. Y yo lo necesito. Sin exagerar. Necesito enterrar la mano bajo su ropa, abrirme un hueco entre sus muslos, toquetear las partes de su cuerpo que suelen estar jodidamente calientes.

Ella suspira cuando rozo la fina tela de las bragas.

—¿Qué quieres, entonces? —silabeo contra sus labios—. En esta cama no se puede follar, y en la de arriba tentaríamos a la suerte. Sospecho que el suelo está muy duro y es indigno de su majestad. El sofá está ocupado. A la ducha le hace falta lejía. Pero te llevo al

suelo, echo al capullo del sofá y me pongo a limpiar la ducha si me lo pides.

—No hace falta —susurra con voz ahogada. Siento su caricia en el centro del pecho, en el ombligo, y un momento después sus dedos están jugando con el borde del pantalón de deporte, con la tirilla del bóxer—. No sé... Creo que quiero...

La cojo de la muñeca y la guío al interior de mi pantalón. Ella no se resiste, no retuerce el brazo, no dice mi nombre de esa manera tan repelente pero que me pone cachondo, como cuando me regañaba la profesora de matemáticas: «DiMarco, deja de mirar por la ventana»; «DiMarco, presta atención».

Lara Cosima no me tiene que pedir que me concentre porque cuando se trata de ella tengo los cinco sentidos hiperdesarrollados de un animal mitológico, el sexto sentido arácnido, soy los siete magníficos y los siete samuráis a la vez y me voy a deleitar con las ocho maravillas del mundo que tiene esta chica en este día nueve de julio, y ella me va a tener que poner un diez solo porque todavía no se puede poner un once. Me muero por sentir su mano y sus uñas en mi carne. Me muero porque note cómo reacciono a ella y me muero por ver la cara que se le queda cuando me siente duro entre los dedos.

—Qué fácil lo tenéis los hombres —musita entre exhalaciones al acariciarme la polla—. Os excitáis con nada.

—Más bien tú lo tienes la hostia de fácil conmigo.

La animo a masturbarme rodeándole la mano con la mía. Ella no solo acepta la ayuda, sino que toma la iniciativa por su cuenta acercando la otra mano al mismo sitio y acariciándome la franja inferior del ombligo. Pensaba que me haría cosquillas, pero en todo caso serían unas cosquillas eróticas. El vientre se me contrae y mi mente invoca un pensamiento lujurioso que me obliga a acercarme más a ella.

La sujeto por la parte trasera del cuello para llamar su atención y le exijo un beso que enseguida me concede sin interrumpir el ritmo al que me acaricia la polla. Lo hace así como es ella, con dominancia, con firmeza, pero lo que a mí me hace rechinar los dientes no es la caricia en sí, sino el quién. Aunque no pueda verla

con toda claridad, su perfume está por todas partes, es como si se lo echara en los huesos y no en la ropa, o como si le salieran flores en lugar de pelo por el cuerpo. Huele un poco a eso. A flores. Cuando pasa demasiado rato cerca de mí, me coloco de colonia y siento que floto, y al mismo tiempo nunca he estado tan anclado a la tierra y a mis miserables impulsos, como el de morderle la barbilla, apretarle la nuca con los dedos, meter la otra mano bajo la camiseta y agarrarle un pezón.

Ella emite un «ay» lastimero tras mi apretón y yo me disculpo con un beso suave en la cara, no sé en qué parte, me da igual, me gusta toda su cara, *voy a besar toda su cara*.

—¿Te gusta? —pregunta con la voz débil.

Hasta esa voz débil me excita.

No me resisto y le doy otro mordisco, este en la oreja.

—Me gusta todo lo que me haces.

—A mí también me gusta todo lo que me haces —confiesa entrecortadamente.

—Me calienta que te pongas romántica con mi polla en la mano. Solo tú puedes hacer esas dos cosas a la vez.

—No me digas esas groserías —se queja por lo bajini, pero me consta que no le importa porque le toco la cara y la tiene ardiendo, la toco entre los muslos y está chorreando.

Yo sé que Noah apoya la gratificación aplazada, eso de posponer al máximo el sexo para que luego, cuando llegue la hora, sea una experiencia mágica e incomparable, pero yo no sé si tengo la paciencia o la disciplina necesarias para aguantar. Estoy a un «DiMarco» o un «Myles» pronunciado con voz erótica de convertirme en el primer adulto de la historia que ha follado en la cama de abajo de una litera infantil aplastando con su cuerpo a su amante.

Por suerte para los dos, para mí porque me ahorro que me rechace y para ella porque se ahorra rechazarme, siento que me voy a correr cuando me aprieta más con los dedos y aumenta el ritmo. Se lo advierto entre dientes, convencido de que no le haría ni puta gracia mancharse, pero Elsie ni retira la mano ni se aleja.

Creo que ha entrado en un trance. Solo sé que está aquí porque me anilla la polla como si quisiera ordeñarme y porque hace unos

ruidos que me ponen a sudar.

Le rozo la barbilla y la mejilla con la boca, oliéndola como si a continuación fuera a hacer submarinismo sin bombona de oxígeno. Precipitadamente, ella intenta evitar que salpique las sábanas escurriéndose hacia abajo, y yo la ayudo angustiado por el orgasmo a colocar la hinchada erección entre sus dos muslos. Me corro aplastado por sus piernas, cobijado bajo la tela húmeda de sus bragas, y mientras lo hago no consigo resistirme a rozarme bruscamente con ella como si estuviéramos follando.

Ni después de vaciarlo todo me detengo; Elsie ha empezado a gemir en voz alta y se agarra a mi hombro clavándome las uñas. Yo le hago los coros agarrado a su mandíbula tensa de pasión.

—El día que te la meta va a ser el más feliz de mi vida —le gruño a sus labios.

—Calla...

—En el fondo sabes que te gusta que te lo diga.

—Puede ser —confiesa con un hilo de voz—. Dios mío, voy a...

Espoleado por sus gemidos y suspiros, música para mis oídos, insisto en el movimiento, insisto en frotarme y frotarme con su clítoris y su coño empapado, y para mi sorpresa y sobre todo la suya, se corre tanto que nos mojamos los dos.

Literalmente.

Yo tardo un segundo en entender lo que ha ocurrido, pero ella, que es de naturaleza vergonzosa e ignorante en estos asuntos, no demora en preguntar, espantada:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

—Creo que has hecho *squirt*.

—¿*Squirt*? —repite como si la acabara de traumatizar.

Me echo a reír, primero incrédulo, después en voz muy alta, y ella me echa la bronca por no explicarme. Llega incluso a darme un golpe en el hombro con el puño cerrado, todavía con mi erección entre los muslos húmedos.

Yo la protejo en un abrazo-placaje ante el que no le queda otro remedio que rendirse.

—La que has liado. Menos mal que vas a dormir en la de arriba —sigo riéndome.

—Y tú también, ¿no?

—Y una mierda. Yo voy a revolcarme sobre tus fluidos.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¡A veces hablas como un enfermo!

—Es que estoy enfermo —me lamento con la voz aguda. Restriego mi cara contra la suya, que me entristece no poderle ver—. Tengo *Laracosimitis*. Es muy grave. ¡Terminal!

Ella sigue insultándome entre refunfuños que esconden una carcajada mortificada.

—Estás de manicomio, Myles DiMarco.

—Sí, sí, mucho quejarte y poco apresurarte a desaparecer en el baño y limpiarte mi esperma. A ver si no vas a ser una loquita tú también.

—¿Yo? ¡Para nada!

Pero todavía nos quedamos un rato más peleándonos en la estrecha pero ahora perfecta camita de Peter, cuyo romance adolescente —correspondido o no— hemos consumado Elsie y yo.

Capítulo 17

Accounts Are A Manager's Best Friend

Lara Cosima

—Te noto distraída, LC. ¿Pasa algo?

—Solo estoy muerta de cansancio. No he dormido bien. Tendría que empezar a plantearme coger exclusivamente clientes que residan en Manhattan. Al final, ¿es o no es verdad que me mudé aquí porque se supone que es donde está el mercado?, ¿porque es una ciudad que se puede recorrer a pie? No estoy aprovechando ninguna de sus ventajas pagando vuelos cada dos por tres al puñetero Boston.

Claro que en Boston hay otras ventajas de las que no goza Nueva York, pero son ventajas que una joven respetable no puede ni debe mencionar en voz alta mientras el sol brilla en el cielo. Los pecados pertenecen a la noche, a un *triple decker* de Dorchester y a una litera infantil.

He procurado contestar sin alzar la vista, sin revelar mi aspecto, consciente de que la más mínima expresión podría delatarme. Solo existen dos explicaciones razonables a que me haya levantado con el guapo subido: una es que haya tenido sexo y otra es que me haya realizado un tratamiento facial, y lo segundo no puede ser porque Samantha sabe que no me hago tratamientos faciales sin ella, así que como era de esperar esboza una de esas sonrisas lascivas propias de adolescente.

«¡Lara Cosima y DiMarco están muy juntitos! ¡Uy, uy, uy, aquí hay tomatito!».

—Conque no has dormido bien, ¿eh? A lo mejor no estás aprovechando las ventajas de vivir en Manhattan, pero por lo que se ve sí que andas exprimiendo al máximo tus ratitos con el *wide receiver*. Dime... —Samantha apoya los codos sobre la monstruosa fotocopiadora de la sala común y descansa la barbilla en la mano para mirarme soñadora—. ¿Cómo va eso?

Miro a un lado y al otro, como si lo necesitara para asegurarme de que no hay nadie en las inmediaciones. Y por supuesto que no lo hay. Es viernes y son las nueve de la noche, y solo Samantha y yo vendríamos a la oficina a estas horas. Roberta está de viaje en Los

Ángeles tratando de conseguirle un papel protagonista en una superproducción de Hollywood al actor de Broadway que lleva seis meses representando.

Ashley, la becaria, se ha ido con ella.

—Es posible que anoche durmiera con él.

Lo confieso como si estuviéramos en un callejón, Samantha fuera traficante de drogas y yo acabara de pedirle un kilo de coca. O un gramo. No sé lo que se compra porque soy la única mujer de negocios de Nueva York que no consume.

En según qué modas prefiero quedarme atrás.

—¡Lo sabía!

—¿El qué sabías?

—Que terminarías durmiendo con él.

Supongo que a un nivel interno demasiado profundo para ser consciente de ello, yo también lo sabía. Lo que no sabía era que iba a tener que inducirme una tortícolis de padre y muy señor mío por culpa de hacerlo hecha un ocho en la cama de abajo de una litera.

Estos minutos que está deshojando el reloj de pared son los últimos que pasaré siendo la agente de Myles DiMarco. Tal vez me dé tiempo a despedirme de mi rol por todo lo alto con un gran gesto, como lo sería pedir por Amazon una *California king size* y enviarla a su domicilio con un gran lazo rojo.

Todavía me cuesta asimilar la escasa importancia que le da a todo, incluido su descanso.

He tenido que echarle la bronca por teléfono esta mañana:

—¡Te dedicas a jugar al fútbol! ¡No puedes dormir en una cama infantil de la que te sobresalen los pies, para colmo con un colchón de cinco centímetros de grosor! ¡Y necesitas una almohada viscoelástica con la forma de tu cuello!

—¿A dónde te has ido? —fue su pregunta somnolienta.

—Anoche te dije veinticinco veces que iba a coger el avión a primera hora de la mañana porque debía estar en la agencia. ¿Podrías por favor prestar atención cuando te explico estas cosas?

—No te has despedido.

—Estabas dormido como un tronco.

—Prueba de que mi cama está perfectamente bien.

—No, no lo está, y lo sé porque he dormido en ella. Si lo que quieres es una cama alta, te buscaré un piso con el dormitorio a doble altura y te conseguiré el canapé más grande del mercado, ¡pero tienes que darle prioridad a tu descanso!

—Yo a lo que le doy prioridad es a que me he despertado y no estabas.

—Tengo que trabajar, Myles —acabé suspirando.

La historia no ha acabado ahí. Ha seguido bombardeándome a lo largo del día con mensajes, como si quisiera redimirse por las primeras semanas que pasó ignorándome. Por suerte, en uno de esos mensajes ha agradecido mi preocupación —a su manera, lo que significa que me dijo algo del estilo de: «Solo tú te rayas por esas cosas»— y ha prometido buscar una cama nueva.

«A ver si así duermes bien y no te vas de repente», ha apostillado.

Yo le he tenido que sonreír a la pantalla, claro.

—Es una persona especial —reconozco ante la mirada expectante de Samantha—. Estos días he podido conocerlo mejor, y... Está lleno de sorpresas.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Has desenvuelto sus huevos Kínder?

—Por Dios, Sam. —Me pulso las mejillas ruborizadas sin apartar la vista de la impresora, que se dispone a imprimir los papeles de la rescisión y el nuevo contrato adaptado—. Me refiero a que se está abriendo conmigo. Y ahora lo entiendo mejor. No es que sea maleducado; es que le diagnosticaron TDAH.

—¿Cómo?

—Yo tenía esta idea preconcebida de que las personas con TDAH pasaban el día mirando por la ventana o corriendo por el jardín. Resulta que no. La cosa va más allá. Me gustaría que me contara cómo es que su tío no lo animó a tomar la medicación en su día para suavizar los síntomas. Escuchándolo a él cuando habla de su diagnóstico, uno pensaría que el señor DiMarco es un negacionista de la psicología (alguien se lo ha tenido que inculcar a él), pero Myles me ha dicho que a su tío le chifla el musical *Chicago*. Me niego a aceptar que un hombre con un gusto excelente y moderno es tan mala persona como para meterle a su niño en la cabeza que lo que dicen los especialistas no es más que un puñado de tonterías.

—Espera, espera, espera. Mucha información. ¿Que le gusta *Chicago*? ¿Su padre es gay?

Es asombroso cómo a veces Sam y yo hacemos las mismas conexiones neuronales.

—Lo llama tío, no sé por qué. Es el hombre que lo adoptó.

—Lo que sea. Qué noticia tan maravillosa, ¿no? ¡Es justo lo que necesitabas para seguir impulsando la imagen de DiMarco! En cuanto Norteamérica se entere de que el *wide receiver* es un hombre sensible y apoya a la comunidad *queer*, se va a meter en el bolsillo hasta al público *woke*. ¡Un giro maestro!

Saco de la impresora los papeles todavía calientes con una sonrisa incrédula.

—No es el público *woke* al que tenemos que meternos en el bolsillo, Sam. Los alternativos no son los que pagan los gastos del club. Y me extrañaría que hubiera un solo fanático de *Chicago* o de Broadway en general viendo el fútbol. Y estoy segura de que a DiMarco no le haría ninguna gracia.

Samantha se encoge de hombros y se aparta de la fotocopiadora para recuperar el *iced latte* que se ha preparado en la oficina.

Ni siquiera en la ciudad de Nueva York puedes conseguir un cafecito de especialidad a las nueve de la noche... a no ser que consigas mesa en un restaurante de diseño que cuenta incluso con servicio de barista. De eso sí hay en NYC.

¿Qué es lo que no hay en NYC? *Wide receivers* de los Boston Beasts.

Por algún motivo, eso cada vez me gusta menos. Nunca pensé que llegaría el día en que la ciudad de Nueva York perdería encanto para mí.

—Tampoco le hacía gracia cortarse la barba y míralo, cedió por ti. Ahora babean por él hasta las adolescentes, que todas sabemos que se pirran por los barbilampiños hasta que entran en la universidad y empiezan a fantasear con acostarse con su profesor de Escritura Creativa, que sí que lleva un bigotito canoso de lo más sexy.

—¿Tu profesor de Escritura Creativa llevaba un bigotito canoso? —adivino.

—De lo más sexy, sí, me alegra ver que me sigues. —Me guiña el ojo—. El caso es que con DiMarco es cuestión de apretarle las tuercas. ¡Y que dé las gracias porque vayas a publicar información real sobre él! La mayor parte de las veces lo que se cuenta es una mentira como la copa de un pino.

«Que dé las gracias».

El comentario me sienta como una patada, y lo que es peor, me sume en la estupefacción, porque al principio no entiendo el motivo de mi malestar.

—¿Qué información real? ¿Lo de su tío?

—Y lo del TDAH, claro. A la gente le dará lástima y le perdonará las tropelías. Ya ves cómo es el público: «¡Le dio un ataque de ansiedad y por eso le zurró al *paparazzi*!».

Ese comentario me sienta aún peor, si es que es posible, y en este caso sé por qué.

Porque a DiMarco le pondría de muy mal humor.

Y con razón.

—Eso no funciona así, Samantha.

Llevo en torno a diez años trabajando en el sector de la representación y la publicidad. Conozco las estrategias mejor incluso que ella, que se dedica a las redes sociales en exclusiva. ¿Cómo es que de repente me parece sórdido y de una frialdad escalofriante vender la vida privada y las dificultades de un famoso? ¿No utilizamos acaso todas las relaciones sentimentales de Alexia como anzuelo para publicitar sus álbumes, directa o indirectamente?

Lo más impactante ni siquiera es empezar a tener dudas sobre los límites de mi trabajo, que, como muy bien —y muy a traición, también— señaló DiMarco, conforma los cimientos de mi vida. No exagero un pelo cuando digo que de él depende más mi estabilidad mental que mis ingresos económicos. Lo más impactante es, como decía, que miro a Samantha, mi compañera y amiga, y siento un rechazo inmenso hacia su idea, que en otra instancia —quizá si otra persona fuera la involucrada— me habría parecido prueba de su brillantez.

La miro, la miro y la miro mientras sorbe con delicadeza su *iced latte* con leche de soja y me da la impresión de que nos separa el

mayor abismo que te puede separar de alguien, que descubro con pasmo que no es la falta de sentido de la moda, sino de identificación moral.

—No lo veo claro, Sam —replico con tiento, procurando disimular mi incomodidad—. Ni siquiera sé si voy a seguir representándolo.

Esta vez es su turno para dirigirme una mirada larga y suspicaz.

—¿Perdona? ¿Se puede saber por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque salgo con él y no se pueden mezclar negocios y placer!

—¿Que no se puede? —Sus cejas salen disparadas hacia arriba como luces de bengala—. ¿Tú crees que Angelina Jolie y Brad Pitt se reunieron en un *lounge bar* y, en un ejercicio de franqueza y generosidad hacia el prójimo, acordaron abandonar el proyecto de *Señor y señora Smith* para no mezclar el negocio del cine con su mutuo placer? ¡Si es por no acordar, ni acordaron decírselo a Jennifer Aniston para al menos ahorrarle la humillación pública!

—¡Hollywood es un mundo aparte! ¡Yo soy una persona normal!

Samantha me hace una caída de ojos.

—Te puedes permitir un alquiler en Manhattan, eres la mejor amiga de Alexia Lux y llevas un pañuelo de seda de Hermès. No eres ninguna persona normal, LC. —«¿Y solo por eso tengo que ser mala gente?», me dan ganas de replicar—. Él menos aún. Te recuerdo que ha ganado la Super Bowl y Dios lo bendijo con el atractivo de un hombre lobo, un cubano o los dos.

—¿Y eso nos excusa para comportarnos de manera poco profesional?

—No solo os excusa para comportaros de manera poco profesional, sino que vuestro idilio podría alcanzar el grado de legendario. ¡Quedaríais de lujo en las portadas de las revistas!

—Hay vida más allá de las revistas.

Si ni yo misma sé de dónde sale el comentario, pronunciado con toda la intención de ampliar ese agujero que acaba de abrirse entre las dos, Samantha menos. Baja la mano del *iced latte*, que había mantenido próxima a los labios, y prolonga la mirada que me había estado dirigiendo enviando persuasivas ondas mentales para convencerme de su voluntad.

No cabe en su asombro.

—¿Te está calando la propaganda progre de DiMarco o qué? Estás más rara que un perro verde.

—No hace propaganda de ningún tipo —replico a la defensiva—. Solo se preocupa por los demás y dice lo que piensa.

—Oh, por favor. —Bizquea—. Lo mencionas como si fuera un rasgo positivo.

—¡Lo es!

—Decir lo que uno piensa es de pésimo gusto, LC. Y una utopía.

—A lo mejor es así en el mundo de la publicidad, pero...

—Nadie dice lo que piensa —me corta con impaciencia—. Nadie. No solo en el mundo del famoseo. También te callas tu opinión en la peluquería, cuando te cortan de más las *curtain bangs* para hacerte un micro-flequillo que no has pedido; en la casa de tu suegra, cuando te pregunta si quieres otra ración de judías y dices que sí con la bilis a punto de salirte a propulsión del gaznate; ¡le contamos milongas hasta a nuestros amigos, por Dios! «Me voy a apuntar al gimnasio este marzo y voy a iniciar una dieta sin hidratos de carbono porque me preocupa mi salud, y no porque quiera lucir un tipazo este verano aun si el precio a pagar es unirme a la fiebre de la vigorexia».

—Pues a lo mejor deberíamos ser más sinceros.

Samantha me sostiene la mirada como si hubiera perdido el juicio.

—¿Para qué? La realidad en la que vivimos es una pantalla. Un anuncio publicitario. ¿En serio me vas a venir a decir ahora que quien no se minimiza para encajar es un alma libre, la única persona real, un colmo de franqueza cristiana? ¡Lo que Myles DiMarco es, Lara Cosima, es un desubicado y un maleducado! ¡Eso es!

Es la primera vez en años que Samantha me grita. Puede que incluso sea la primera vez que grita a secas, porque se ruboriza de vergüenza en cuanto repara en que ha perdido el aliento.

Se apresura a mesarse las mechas que le enmarcan la cara y a recuperar la pose indiferente, pero es tarde para mí. Era tarde antes de que empezara a intentar persuadirme de volver a su extremo de la frontera, porque antes de eso me exigieron Roberta y ella que cruzara a la de DiMarco y puede que me haya dejado seducir por su

visión. Puede que me apetezca quedarme un ratito. Puede que vaya a quedarme para siempre aquí, en este lado, con esta percepción de las cosas.

—Yo creo que lo que DiMarco es —respondo sin perder la calma— es una buena persona.

Samantha se echa hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

—¿Y eso qué significa? ¿Que yo soy una mierda?

—No, pero yo sí podría serlo si vendiera su intimidad para reducirlo a una mera historia de superación con la que la gente pudiera sentirse identificada. Es una persona, ¿entiendes? Con miedos, con dudas, con ilusiones... Y con... —pienso en lo reacio que es hablar del TDAH— algunos asuntos que aprender a gestionar, también.

No me puedo creer que haya tenido que hacer esa aclaración. Menos todavía me puedo creer —y esto lo digo con bochorno— que me esté sorprendiendo yo misma conforme lo digo.

¡Sorpresa! ¡La gente tiene sentimientos, Elsie!

—¿No es él tan sincero? —se burla, cruzada de brazos—. ¿Entonces por qué querría mentirle a nadie sobre la orientación sexual de su tío?

—Reservarte información no es mentir. Es una medida de protección.

—¿De qué coño quieres protegerlo, Lara Cosima? ¿Del éxito y del amor del público?

Su pregunta no me sacude tanto como la visceralidad de mi respuesta inconsciente: pues mira, quiero protegerlo de convertirse en un animal sediento de validación externa y capaz de vender a su propia madre con tal de engrosar su cuenta bancaria. Quiero protegerlo de esconder su verdadera personalidad o moldearla para parecerse más a los clones estéticos e idearios que pueblan la red y cambian de discurso dependiendo de la corriente ideológica que impere. Quiero protegerlo de eso en lo que nosotras, las agentes y publicistas, hemos transformado a nuestros talentosos clientes con nuestra ambición.

Pero Samantha no entendería mi planteamiento porque no conoce a Myles. Yo también me habría reído en la cara de alguien que

hubiera venido a decirme que ha encontrado a una persona llana y ajena al ritmo de vida contemporáneo, alérgica a las redes sociales y enemiga de los deberes y necesidades sociales que nos ha creado la publicidad. «¿Ah, sí? Pues dale mi más sentido pésame», habría contestado una humilde servidora, pues habría creído de corazón que no duraría ni dos minutos en mi mundo.

Como si eso fuera algo bueno. Como si uno debiera querer durar cinco segundos en un espacio superficial y crítico como Samantha está desvelando ante mi cara de estupefacción que es Velvet Room y su competencia. Como si no fuera tremebundo que la fidelidad a uno mismo te tuviera que costar la marginación social.

Resulta que, aunque al principio te choque, te puede llegar a gustar tener a tu lado a un hombre que te mira como si le hubieras hablado en arameo cuando le dices que no importa lo que uno quiera, sino lo que se supone que es bueno para él —y lo que es «bueno» para él es que el público aplauda—; que cree que es fundamental devolverle el golpe a quien lo está atacando en lugar de quedarse callado con elegancia incluso si están reproduciendo el vídeo en directo, porque la opinión de un usuario de Wisconsin no importa un carajo; que no le rinde culto a su cuerpo para ganar admiradores porque de hecho encuentra detestable y esclavizante el fenómeno fan, sino porque de verdad le gusta hacer deporte.

Ese es el quid de la cuestión. Que hace o deshace en función de lo que le gusta, de aquello en lo que cree, de lo que siente que podría querer, y no dependiendo de lo que se lleve, lo que apoya la mayoría o lo que le dicen que debería interesarle.

Samantha está como yo hace unas semanas. Piensa que es imbécil, hablando mal y pronto, porque no se somete a los mandatos de la vida moderna. A lo mejor también algún día está como yo ahora, preguntándose: «¿Y no seré yo la imbécil por intentar jugar a ser Dios controlando mi narrativa y la de los demás? ¿No puedo intentar ser Lara Cosima, y en el proceso respetar lo que quieran ser mis allegados? ¿Incluso si eso que quieren ser es un completo desastre según los estándares actuales?».

—No te habría animado a follártelo si hubiera sabido que te iba a lavar el cerebro, cariño. De todas las mujeres del mundo, eres la

última a la que me imaginaba siendo *dicknotized* —me suelta como si nada.

—No tiene nada que ver con eso.

¿O sí?

Ella pasa por mi lado con una expresión distante.

—Mira que sacrificar una oportunidad de oro, decepcionando a Roberta en el proceso y cayendo en picado en el *ranking* de representantes de Nueva York solo porque no sabes llevar dos cosas al mismo tiempo... Aunque a lo mejor es lo que quieres, no sé.

—¿El qué?

Su voz me llega amortiguada cuando desaparece en el interior de su despacho abierto. Sale enseguida con el bolso al hombro, un magnífico Longchamp que se compró conmigo.

El recuerdo de aquella tarde de chicas me produce un retortijón de culpabilidad en el estómago.

A lo mejor me he pasado con ella. A lo mejor ella es quien tiene razón.

Cuando pasa por mi lado hacia el ascensor, levanta las cejas con una mueca circunstancial.

—No serías la primera mujer que arruina su carrera profesional por un hombre.

—Estás exagerando —me apresuro a balbucear. Samantha pulsa el botón y se gira hacia mí de brazos cruzados con una expresión de vacío calculado. Intento sonreírle con simpatía—. Sam, solo voy a pasarle el cliente a Roberta porque no quiero que mi vida personal interfiera en mi desempeño. Quiero lo mejor para Velvet Room y para el futuro de DiMarco. Aunque no lo parezca, es una decisión que prioriza mi carrera.

Ella ladea la cabeza como los niños cuando no entienden lo que dices.

—¿En qué te va a ayudar darle a entender a la jefa con tu abandono que ya no te tomas en serio el trabajo? Dejaste escapar la cuenta de Alexia Lux y ahora pasas de la de DiMarco. Puede que Roberta sea impredecible, pero no me cuesta imaginar cómo reaccionará cuando sepa que has antepuesto follártelo a tu responsabilidad con Velvet Room.

—¡Sabes que perder la cuenta de Alexia no fue culpa mía!

—Claro que lo fue. —Corre a un lado la verja del antiguo ascensor y se mete sin darme la espalda—. Lux no estaba contenta con tu trabajo, y para evitar que eso afectara a vuestra amistad, te largó. Y tú lo aceptaste sin luchar porque hiciste lo mismo que ahora: priorizar dicha amistad. —Hace una pausa que siembra en mí la duda y me produce una punzada de dolor—. ¿Dónde está esa bonita amistad ahora? ¿Cuándo fue la última vez que quedasteis para abrir vuestros corazones?

Deja que la respuesta a esas dos preguntas me envenene y utiliza la llave magnética para poner en marcha la bajada.

Tengo que pestañear rápido para no echarme a llorar.

—Eso ha sido un golpe bajo —consigo decir a pesar del nudo en la garganta.

—No ha sido más que la verdad, cariño. Yo que tú lo pensaría mejor y reordenaría mis prioridades —se despide de mí con un encogimiento de hombros—. Y te lo digo porque te quiero, ¿o qué crees que gano con esto? Es puro sentido común. Tu carrera no te sustituyó por un álbum de rock y por la polla de Vinny Bravano, y no te sustituirá tampoco por la próxima modelo de pasarela cuando se canse de ti. Ya sabes: los hombres vienen y van..., ¡pero los diamantes son para siempre!

Capítulo 18

(I Can Get) (Thanks To You) Satisfaction

Lara Cosima

Tres horas después de la conversación con Samantha sigo en la oficina. He depositado el contrato de rescisión sobre la modesta mesa de mi aún más modesto despacho y no dejo de mirarlo como un adicto a sus pastillas, como en aquel meme popular de Lois Griffin.

Está en mi mano destruirlo, decirle a DiMarco que he cambiado de opinión sobre todo esto de salir juntos y limitarme a partir de ahora a conseguirle campañas publicitarias y patrocinios en la distancia, reduciendo por supuesto nuestra comunicación a llamadas telefónicas y al acompañamiento en eventos públicos.

Me encanta tener la sartén por el mango, pero esta responsabilidad en concreto me abruma.

Apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza jaquecosa entre las manos.

Este es uno de esos momentos en los que uno necesita una amiga. O, mejor dicho, *otra amiga* con una opinión diferente a la primera por un tema de contrastes, segundas opiniones, lluvias de ideas... «Todos esos rollos de mánager», como lo describió DiMarco.

Me gustaría decir que habría llamado a Alexia si Alexia no me hubiera sustituido por un álbum de rock y por la... Bueno, *eso* de Vinny Bravano, pero no es cierto. No la llamo porque me falta el impulso de la costumbre.

En los últimos diez años jamás me ha hecho falta contactar a nadie en busca de consejo o asesoramiento. Era y soy la dueña de mi destino, la comandante de mi propio barco, etcétera. O, expresado de otro modo, en la extensión de una década no me ha sucedido nada relevante a nivel personal como para requerir apoyo emocional. Todo lo que pasaba era lo que le pasaba a Alexia, así que solo cogía el teléfono en momentos puntuales para llamar a Roberta y gritar: «¡Brian la ha dejado en un *tweet*! ¡Será cerdo! ¿Y ahora qué hacemos?». A lo que Roberta contestó —o habría contestado *en el caso de*, porque no recuerdo si la llamé para eso en específico—: «Aprovecha el tirón para anunciar el próximo *single*. O publica el

teaser del álbum. A poder ser, con la parte de la letra de la canción que referencie una ruptura o el empoderamiento femenino».

Como si el cielo se hubiera contagiado de mi estado de ánimo, ha empezado a descargar una furiosa tormenta de verano sobre la bochornosa Nueva York, absolutamente intransitable entre los meses de junio y agosto. Si abro las ventanas, seguro que entra una vaharada propia de sauna con los efectos adversos del gas lacrimógeno.

He puesto música por si así podía inspirarme. Una canción de Dolly Parton, como la que reprodujo DiMarco en el viaje en coche esperando aplacarme por haberme llamado adicta al trabajo.

Todavía me pregunto por qué me sentó tan mal. Lo expresó a las mil maravillas para tratarse de un hombre de elocuencia limitada: «No es mi culpa que te tomes como un insulto los rasgos capitalistas que tú misma has cultivado».

Buena pregunta, Myles DiMarco. Gracias por provocarme una crisis existencial.

¿Por qué me tomo como un insulto los rasgos capitalistas que yo misma he cultivado? ¿Será porque me apetece estar contigo tanto como a ti estar conmigo, y me molesta que lo que me lo impida sea mi sentido de la responsabilidad? *¿Eh? ¿Imbécil?*

Miro el móvil con reticencia. No quiero llamar a Alexia, pero sí la quiero llamar. O sea, no la quiero llamar, pero *necesito* llamarla. O no necesito llamarla, pero lo *quiero* hacer. Una fuerza se opone y otra suplica. Pero ¿para qué contactarla, si ya sé lo que me va a decir? Cuando has crecido con una persona y la has visto prácticamente cada día de tu vida desde antes de que te bajara el periodo, la voz de tu conciencia acaba adoptando sus principios morales y su entonación.

«Creo que ya has priorizado bastante tu carrera profesional, Pumpkin. Es el momento de que te des un respiro permitiéndote el amor. No es como si fueran a esfumarse todos estos años de sacrificio. Lo que se esfumará es tu juventud y tu ilusión si no aprovechas ahora».

—Pero ¿qué amor? —espeto en voz alta—. ¿Es amor que un hombre te diga cuatro palabras bonitas, pague la cuenta y no pueda

parar de besarte? ¡Ni que me hubiera pedido matrimonio!

«Como seguro que no te pide matrimonio es mandándolo al carajo ahora», responde Alexia en mis pensamientos. «Le diste tiempo al tiempo a tu carrera. Le diste tiempo al tiempo a la mía. ¿Por qué el amor va a ser diferente? Puedes sacarlo todo adelante a la vez, Pumpkin. Y si no, mírame a mí».

Desde luego, ella ha sacado adelante la música y alrededor de doscientos novios al mismo tiempo.

Después estoy yo, que con una *situationship* ya se me viene encima el mundo.

A lo mejor no soy tan resolutiva como creía. Porque no, no eres resolutiva solo porque sepas abordar problemas parecidos una y otra vez. Lo eres porque sabes abordarlos todos, los que no te esperas y que te trastornan inclusive.

El sonido de las puertas del ascensor abriéndose y la verja corriéndose a un lado me sacan de mi desmoralizadora charla unilateral. Enderezo el cuello con el oído aguzado y escucho con toda claridad el peso y chapoteo de unos pasos abriéndose camino en la oficina.

El reloj anuncia la medianoche. Samantha no ha podido olvidarse nada, es imposible que Roberta esté aquí y Ashley, que va allá donde vaya la jefa, tampoco puede ser. Todas ellas vienen entaconadas a Velvet Room y esos son los andares de un hombre.

¿Cómo ha entrado a estas horas sin la llave magnética?

Con el pulso disparado, agarro el flexo que había estado iluminando el contrato. Tiene un diseño victoriano precioso. Me apenaría utilizarla para defenderme de un malhechor, la verdad, pero qué remedio. La desconecto de la fuente de energía y camino de puntillas sin los zapatos hacia el marco de mi pequeño reino.

Apoyo la espalda contra la pared translúcida y espero con el aliento contenido a que el ladrón se manifieste.

¡Anda que venir a robar a una agencia de representación! Si fuéramos los mánagers de un jugador de baloncesto, quizá le pudiera interesar llevarse unos anillos de campeón, pero ¿qué podríamos tener aquí de valor? ¿La primera edición sin revisar de la última novela de Bret Easton Ellis? ¿Los trofeos de Roberta a la

mejor agente de Nueva York? ¿El libro de moda editorial que le regaló Anna Wintour por su último cumpleaños...?

Ahora que lo pienso, yo robaría eso último.

Oigo los pasos sospechosos aproximarse por mi lado, y justo cuando he calculado que va a atreverse a invadir mi espacio, me giro con la lamparita-flexo en alto.

Soy yo la que grita, no él. DiMarco solo me mira con una mezcla de extrañeza y diversión.

—¿Me ibas a pegar con ese armatoste? ¿Qué coño es? Parece una seta.

—¡Qué susto me has dado! ¿Se puede saber cómo has entrado aquí? ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Se puede saber por qué estás...? ¡Madre mía! —Suelto el flexo cuanto antes en el suelo y me apresuro a cubrirle la cara empapada con las manos—. ¡Estás helado! ¡Te vas a poner malo!

—Hacen veinte grados ahí fuera. Haberme mojado con la lluvia me ha venido bien.

—Lo que no te va a venir bien es quedarte con la ropa calada puesta.

—Pues quítamela.

Intentando disimular en vano que su presencia me ha puesto nerviosa y noto los tobillos flojos —los síntomas de rigor, tendría que empezar a acostumbrarme—, busco por todo el despacho una toalla o algo que pueda servir, entre otras cosas, para que no llene de agua Velvet Room.

Al final tengo que sacrificar mi pañuelo de cachemira para secarle las mejillas y el pelo.

DiMarco se deja con una sonrisa encandilada.

—Ahora sí me dejas tu *posh-mina*.

—A estas alturas qué más da. Está maldita desde que la usaste para limpiarte el sudor.

—Pues bien que procuras tenerla a mano.

La verdad es que no la he lavado porque huele a él.

Carraspeo y empleo mi tono reprensivo:

—No me has dicho qué haces aquí.

—El portero se ha ofrecido a abrir el ascensor con su propia llave. Por lo visto sabe que eres mi agente y es fan de los Boston Beasts, así que no ha visto problema. No tenía nada que hacer y quería verte.

—Es medianoche, Myles, y... ¡Estás temblando! Aquí no te puedes duchar. Tendrás que...

—No es por el frío. El vuelo ha sido espantoso. Muchas turbulencias. Pero bueno.

Entonces recuerdo su miríada de mensajes de texto del período que estuve haciéndole el vacío. Le dan miedo los aviones, o a lo mejor simplemente no entiende su funcionamiento y esa incertidumbre le incomoda.

Le dan miedo también los dentistas. En ese aspecto es un niño.

Me ablanda pensar que lo primero en lo que ha pensado nada más concluir el entrenamiento es que quería verme y ha conducido hacia la escena del crimen de su última multa para subirse al espantoso pájaro de hierro.

«¿Y eso no es amor?», me pregunta Alexia, que todavía no se ha largado de mi mente.

«Cállate y vete con tu álbum de rock y con Vinny Bravano, que estás tardando».

—Haces lo que te da la gana. —Él se encoge de hombros y evita que me escape rodeándome por la cintura y apoyando la barbilla en mi hombro—. ¡Oye! ¡Que me vas a mojar!

—Solo es agua. —Gira la cabeza para besarme el cuello. Una corriente me estremece entera, y en lugar de abandonarme, se ancla a mi vientre en la forma de un deseo urgente. Él sigue besándome el lateral de la garganta, el borde de la cara, y en cuanto yo le concedo permiso, en la boca—. Qué bien hueles... Hola.

—Hola —balbuceo, todavía sin devolverle el abrazo. Estoy tan cansada que solo me dejo vapulear como un juguete con muchos botones, inmóvil pero entregada.

—Hola —repite. Frota la mejilla contra la mía, como un gatito mimoso.

Un gato enorme, mojado, contento y más cálido que el sol.

—En realidad... —tartamudeo con los ojos cerrados— me viene bien que hayas aparecido. Tengo que hacer negocios contigo.

—¿Es lo de disolver el contrato que me has dicho?

—Está relacionado, sí. ¿Puedes soltarme un momento?

—Puedo. Pero no quiero.

—Myles —lo regaño.

—Bueno.

Aunque rompe el contacto físico, la huella de su cuerpo permanece en el mío combinando el fresco de la ropa empapada con el calor que siempre me contagia. Los recuerdos de la noche anterior —los dos leyendo las muescas en los tablones del somier, peleándonos por vicio, toqueteándonos como si acabáramos de descubrir el sexo— me invaden como *flashbacks* bélicos en mi camino al escritorio. Sumados a la mirada con la que sé que me persigue, me ponen los nervios a flor de piel.

Para cuando me siento, estoy temblando yo también y se me ha olvidado todo o casi todo lo que me ha dicho Samantha.

Él espera pacientemente mi discurso de hoy al otro lado de la mesa con las manos en los bolsillos del vaquero. El pelo mojado le cae sobre la frente, abriendo ríos artificiales de lágrimas falsas en sus mejillas. Lleva la camiseta tan ajustada a la cintura y el pecho que replica sus contornos como una armadura romana.

Con perdón por la ordinariez y la chabacanería, pero ¿qué coño tiene un diamante que hacer al lado de este hombre? ¿A quién le importa un diamante?

Me pellizco el puente de la nariz, sobrepasada por la sorpresa, el cansancio, la preocupación, el agobio, el miedo a decepcionar, el miedo a *decepcionarme*. Él se da cuenta de que hoy no estoy para tirar cohetes y se acerca hasta que sus caderas chocan con el borde del escritorio. Alarga el brazo hacia mí y me coge de la mano sin decir nada, y así nos quedamos no sé si unos segundos, unos minutos o una vida entera.

—Mira, estoy en una encrucijada —confieso en voz alta. Él solo prolonga el silencio esperando que continúe. Se me escapa una mueca de desesperación, o de rabia, o de pena, no lo sé—. Mis padres nunca han visto con buenos ojos que trabaje. Nunca han

apoyado que me mudara a Nueva York, que estudiara marketing, que metiera cabeza en el mundillo de «la farándula», como ellos lo llaman. Dedicaron años a intentar persuadirme de sacrificar la vida contemplativa en Luisiana y pasaron otros tantos enfriando adrede nuestro vínculo para darme una lección. Ahora se han hecho a la idea. Ahora todos mis allegados se han hecho a la idea —especifico —, no solo mi familia: aquellos que no creían en mí, aquellos que se burlaban de mi apariencia, aquellos que me desdeñaban porque era demasiado joven o demasiado provinciana. Ahora, después de largos años, esfuerzo, sudor y lágrimas, soy respetada, ¿entiendes?

Sé que me escucha con atención precisamente porque tiene la vista fija en nuestras manos entrelazadas. Con los dedos libres juega a girar un bolígrafo que descansa sobre la mesa.

—Sí.

—Dejar a un cliente de categoría como puede serlo un jugador de fútbol de las grandes ligas, y para colmo con la intención de salir con él, es la clase de comportamiento irresponsable y errático por el que la comunidad te pierde el respeto.

—Entonces sigue siendo mi mánager. No serías la primera que se acuesta con su compañero de trabajo. Y lo de Alexia funcionó durante años, ¿no? Ser amigas y compañeras.

—Funcionó casi que por ciencia infusa —admito con la boca pequeña—, porque el problema es este, Myles, y tú bien lo sabes: un representante prioriza la opinión pública sobre la opinión del cliente. Y una pareja, o simplemente una chica con la que te ves de vez en cuando, prioriza tu opinión sobre la de nadie más. O al menos defiende tus intereses privados, no tu éxito o tu dinero. Son relaciones incompatibles, ¿entiendes?

—O sea —recapitula él paseando la vista por el escritorio— que tienes que elegir.

—Y me da miedo elegir mal. Me da miedo pelearme con mi jefa, que deje de confiar en mí, que me vaya degradando, para que luego tú...

—Yo ¿qué?

Me humedezco los labios, incómoda.

—Te suceda como con las otras chicas y se te pase la hiperfijación conmigo.

—Ese riesgo lo correrías con cualquiera, no solo con un tío despistado. —*Y dale.* Sigue erre que erre con que su TDAH es simplemente un rasgo de su carácter—. Y también puede suceder a la inversa. Que yo te decepcione como los otros hombres con los que has salido.

«Eso no lo contemplo», estoy a punto de añadir. Pero la verdad es que no puedo saberlo, y, aparte, la regla número uno de la vida es no revelar demasiado pronto la clase de información que podría posicionarte en un lugar de inferioridad.

—Myles, si te digo todo esto es porque tengo la sensación de que...

«De que puedo confiar en ti», responde la voz interior.

La mía, no la de Alexia.

La revelación me sacude por dentro y me insta a mirarlo con suspicacia. ¿Qué ha hecho él para que yo sienta esto? ¿Tiene una persona que hacer algo para merecer tal cosa, o es siempre una cuestión visceral: el cuerpo te dice que es de fiar y tú debes aceptarlo?

—¿De que...?

—No de que me vayas a entender, eso seguro. Para ti el mundo de la publicidad y la representación es tan ajeno como el chino mandarín.

—Sí que lo entiendo. A grandes rasgos —me sorprende replicando—. Mi prioridad también ha sido siempre el fútbol.

Claro. Es por eso, ¿verdad? Confío en él porque es un hombre que se niega no ya a tratar su condición, sino a aceptarla, porque conllevaría rendirse al hecho de que podría no ser tan buen jugador; de que de algún modo la energía inagotable y ansiosa que viene con el TDAH es responsable de su éxito y no su esfuerzo.

—Pero el fútbol no interfiere conmigo.

Él sonríe como si hubiera dicho una adorable estupidez.

—Claro que interfieres en el fútbol.

La vehemencia de su respuesta me saca de mis cavilaciones.

—¿Qué quieres decir?

Sigue sin mirarme cuando se encoge de hombros con circunspección.

—Que no paro de pensar en ti. Ni siquiera cuando estoy entrenando. Me distraigo más que nunca. Más que nada porque antes no me distraía; el deporte es una de las pocas cosas de las que no me canso, que no pospongo y de las que jamás me olvido. O lo era hasta que apareciste —murmura con la vista clavada en la mesa. Me aprieta la mano—. Por supuesto que afectas a mi rendimiento. Luego lo harás a los resultados de los partidos, y a lo mejor hasta te conviertes en la tumba de mi reputación y por tu culpa acabo viviendo en la calle.

—¿Cómo dices esas cosas? —me horrorizo, pero el pulso se me ha disparado.

Él se ríe por lo bajo.

—Tengo la esperanza de haberme calmado para cuando empiece la temporada, no te preocupes. Quedan dos meses. Digo yo que en dos meses uno se tranquiliza, ¿no? Vamos, la gente se tiene que tranquilizar tarde o temprano por cojones, porque si no, no entiendo cómo sobreviven a tanta angustia —masculla por lo bajo, frustrado. Me mira a través de las pestañas—. No me aguanto a mí mismo, Elsie. Me dan pánico los aviones, pero es que tenía que verte. Tenía que averiguar qué trapo te has puesto hoy y si te has acostumbrado ya a que te bese de repente o todavía te pones roja. Tenía que olerte. No sé si eso es por el puto TDAH o todo el mundo se obsesiona cuando alguien se le atraviesa, pero en cualquier caso es cosa mía y no me planteo huir de ello. Siento que esto es algo que debo hacer y que es donde debo estar y ya está. No tiene más ciencia.

—¿A qué te refieres con «esto»?

Señala con un introvertido gesto de barbilla nuestras manos entrelazadas.

—A eso. Por ejemplo. Además de que es capitalista renunciar a tu vida personal por un trabajo. Hay muchos trabajos en el mundo.

Podría responderle que no hay trabajos que llenen como el mío, que esta es la carrera que yo he elegido y que sería demencial sacrificar los esfuerzos de una vida para luego emprender en otra

industria, pero no quiero decirle nada de eso. No quiero decirle nada que tenga sentido. No quiero decirle nada que no sea que me aprieta el corazón que me rehúya la vista y que esté nervioso y que aun así no le falte nunca valor para decir lo que siente.

—Esa es la rescisión, ¿no? —Apunta hacia los papeles impresos y grapados. Asiento con la cabeza—. Pues dame el bolígrafo que más rabia te dé y a tomar por culo.

Le ofrezco uno de botón con tinta negra en un gesto automático. Me inspira que no vacile ni un instante en echar las respectivas firmas en el margen inferior derecho. Una y otra vez. Firma cada página, y cuando termina, vuelve a la primera y empieza a firmar también por arriba.

Su entusiasmo impaciente me arranca una carcajada.

—¡Vale ya! ¡Para! ¡No tienes que hacer todo eso!

Él arroja el bolígrafo sobre la mesa con mucho gusto y me mira a la cara.

—A ver qué te inventas ahora para quitarme de en medio.

La sonrisa se me va diluyendo en los labios.

«Si es que no te quiero quitar de en medio», contestaría. Ese es el problema. Que empiezo a pensar que no lo he querido quitar de en medio nunca, y que llamé a Vinny para conocerlo, y que robé una cesta de Velvet Room para verlo, y que iba a Boston siempre que podía con Alexia para encontrármelo. Está claro que hay un duendecillo en la mente de cada uno que sabe más que la mente consciente y que espera con gesto suficiente, repantigado en un sofá con una copita de *pinot noir*, a que un día te des cuenta de tu Verdadera Voluntad, aquella de la que hablaba Michael Ende.

(A veces me canso de las revistas de moda y leo libros. Este al que me refiero es *La historia interminable*.)

Se me acumula el cansancio de los últimos días, las horas sin dormir, el deseo contenido y la presión de las decisiones. Todo esto se cristaliza en un sollozo bufado y en unos ojos aguados.

—¡Es que yo no sé cómo esto no te da miedo o no te da vértigo o no te da angustia! Ahora te irás a Boston, o te irás mañana, y en cuanto cierres la puerta sentiré que por fin puedo respirar. Dejaré de vigilar y someter a análisis todos mis gestos y todos los tuyos y

podré pensar en algo que no sea «está muy cerca» o «está demasiado lejos» o «¿cuándo va a besarme?» o «qué mono cuando se rasca la nuca». ¡Me doy vergüenza ajena! Todo esto que me haces sentir... No estoy acostumbrada a... Dios mío. —Rompo el contacto con él para cubrirme la cara—. Las cosas en las que pienso, las fantasías que tengo... ¡Es bochornoso!

—¿En qué piensas? —Sacudo la cabeza escondida detrás de las manos—. Cuéntamelo.

—¡No! ¡JAMÁS!

Oigo sus pasos rodeando la mesa. Muy pronto, sus dedos calientes están rodeando mis muñecas para disolver la barrera física, y yo me dejo porque soy débil.

¡Soy débil, ¿vale?! ¡Que me arresten!

—Piensas... —murmura con gesto meditabundo. Me acaricia la cara con el pulgar para distraerme de su siguiente movimiento, ágil e impredecible: me levanta cogiéndome por las nalgas y me sienta sobre el escritorio— ¿... en esto?

DiMarco apoya los puños en el borde de la mesa rozándome los muslos con los nudillos. Ladea la cabeza para robarme un beso en el lateral derecho del cuello. Otro en el lateral izquierdo. Un tercero en el mentón.

Es tan lento, dedicado y persuasivo que se me cierran los párpados.

—Caliente, caliente —musito.

Él presiona las comisuras de los labios para detener la prolongación de una sonrisa jactanciosa, sonrisa que solo me vale en este contexto en el que DiMarco no desempeña otro papel que el de comandante de mi barco, dueño de mi destino, etcétera.

Va a resultar que le sobran razones para creerse el rey del mambo. *Es* el rey del mambo.

Se quita la camiseta mojada tirándose del escote trasero y la arroja en completo silencio sobre la silla giratoria. Tiene el pecho salpicado de gotitas de agua y huele a lluvia de verano.

Vuelve a echar el peso sobre los nudillos para cernirse sobre mí con los ojos brillantes.

—Piensas... —continúa cavilando. Traza con el dedo índice un círculo perezoso alrededor de mi pezón, que se endurece junto con el resto de mis músculos y mis vellos de los brazos. Se agacha para darme un pequeño mordisco por encima de la prenda, un top lencero de satén azul bebé— ¿... en algo así?

Se me escapa un jadeo.

—Algo así, sí. Puede ser.

Me sorprende mi propia desesperación por leerle la mente cuando sacude la cabeza muy despacio, descartando un pensamiento que le hace sonreír secretamente; por ponerle las manos encima cuando lo que siempre he sentido con los hombres es que necesitaba que ellos las apartaran de mí *ya*, *right now*, *tout de suite*.

—¿Piensas en cosas como...? —retoma en voz muy baja. Introduce la mano bajo la gomilla elástica de la falda. Me muerdo la lengua para no reírme con su cara de asombro. Busca mi mirada con alegría infantil—. ¿Tampoco llevas bragas?

—Con este tipo de prendas se notan las costuras de la ropa interior y no me gusta. Queda chabacano. Y hace calor.

—Joder que si hace calor —gruñe. Cubre mi entrepierna entera con toda la mano y presiona hacia arriba como si quisiera levantarme por ahí. Jadeo intermitentemente y agacho la barbilla, pero no veo nada. Solo facilito que sus labios se estrellen en el nacimiento de mi pelo y los deslice óvalo abajo hasta apoyarlos en el espacio entre la oreja y la mejilla—. Me pones como un toro, Elsie. Te veo la cara y solo quiero enterrar la nariz entre tus piernas. ¿Eso es algo en lo que pienses, o solo lo pienso yo? ¿Solo yo fantaseo con comerte el coño las veinticuatro horas del día?

Lo agarro de las mejillas —porque no hay otra palabra para describirlo: lo agarro como se agarra Tarzán a la liana— y lo pego a mí.

—No.

Él sonríe con visible alivio. Sus labios solo se estiran más cuando me apoyo en la mesa para alzar las caderas y frotarme contra sus dedos, que se mueven por su cuenta para producir la fricción deseada.

No puedo contenerme, ya no, y estiro el cuello para besarle una clavícula e intentar atrapar entre los dientes ese mínimo porcentaje de grasa que recubre la impresionante zona pectoral. DiMarco me facilita el mordisco acercándose más a mí, encajándose entre mis rodillas. Me acerca a él presionando mi baja espalda con los dedos. Su urgente masturbación me exaspera e inspira a pelearme con el cinturón que mantiene su vaquero aún en el sitio.

No quiero ni puedo dejar de mirarlo y eso me ralentiza y entorpece el proceso de bajarle el pantalón. Respira por la boca y una gota de agua, o quizá de sudor, resbala por su sien. Me aprieta la cadera con la mano que yo no atrapo entre mi piernas para darme placer.

Se le entrecorta un suspiro en cuanto le gano la batalla al cinturón y le bajo la bragueta. Está tan duro y caliente que me sorprende y por un segundo no sé qué hacer. Solo puedo mirarlo con el cuerpo estremecido, un golpe de calor en la nuca y la boca salivando.

Anoche lo toqué sin verlo. Me limité a sentirlo.

Ahora puedo hacer ambas cosas.

DiMarco se muerde el labio con el primer roce de mis dedos al glande. Lo rodeo con la palma entera y retiro la piel satinada despacio, temblando con el simple contacto.

Entierra la boca en mi hombro y ahí toma aire y lo suelta como si viniera de correr.

—Quiero verte desnuda —gruñe con voz erótica.

Acompaña la petición (¿o la exigencia?) de una caricia por debajo de mi falda, y retuerce los dedos dentro de mí como si pretendiera recordarme que no estaría fuera de lugar porque ya estamos portándonos fatal.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. ¿No te parece apropiado? En tu sitio favorito del mundo —se mofa—. El trabajo.

—Si lo hacemos en... No podré volver a sentarme a hacer gestiones sin acordarme de esto.

—Mejor —susurra contra mis labios—. Me alegraría mucho que te viniera a la cabeza todo el rato. Y que me escribieras cada vez que te acordaras.

—¿Para que luego me ignores? —contesto con la misma voz borrosa.

Coqueteo con la punta de su nariz rozándome con ella.

—No te estaría ignorando. Yo también pensaría en esto todo el rato.

—Myles, hoy... Es que no... no tengo preservativos.

—Yo sí. La vasectomía, nena. —Me guiña el ojo.

Se asegura de convencerme empujándome la lengua con la suya, el comienzo más erótico de un beso que me haya dado nunca nadie. Ni siquiera él. Me mueve la cabeza a su antojo según me quiere con la barbilla erguida o más ladeada; solo tiene que tirarme del pelo, como si me gobernara un titiritero.

Ese beso es el detonante del orgasmo que me asalta igual que una explosión y me deja tiritando entre sus brazos, a merced de las inclemencias de su boca, con la que sigue besándome hambriento hasta que me advierte con un bramido animal de que no puede aguantar más.

Se separa de mí bruscamente y con la misma impaciencia me saca por la cabeza la camisa. Le dedica un beso a cada uno de mis pechos —un delicado muac a cada pezón erecto— y me tiende despacio sobre la mesa, lo bastante ancha para alojarme con los brazos extendidos. Pero no los extiendo, asaltada por la timidez que viene con la desnudez... que no es integral hasta que saca la mano de la falda y me la baja de un tirón por las piernas, así como un mago revela a su compañera intacta después del truco de aparición y desaparición.

—¡No me mires tanto! ¡Me da vergüenza!

Levanta las cejas, como queriendo preguntarme si lo estoy retando, si le hablo en serio. Me coge de las corvas de las rodillas y tira de ellas hacia sí hasta que mis caderas están en el borde. Sonríe, malvado, antes de separármelas al máximo.

Me ruborizo hasta las puntas de las orejas e intento juntar los muslos, pero él me chista cariñosamente y pone una mano sobre mi sexo.

—Aquí no te me pongas brava o desobediente, ¿estamos? Fuera mandas tú, pero en estos momentos mando yo.

—¿Perdona? Siempre mando yo, ¿o crees que estaríamos en esta tesitura si...?

DiMarco me interrumpe pegando su erección a la abertura de mi sexo. La sensación de calor y humedad me aplaca y solo puedo mirarlo entre desvalida y recelosa, pero por encima de eso anhelante. Él me desafía a continuar la frase rozando la suave punta del miembro contra mis pliegues. Cada delirante amago de penetración me manda al borde de la locura terminal, ahí donde solo puedo gimotear y juntar los labios para no suplicar. Cada premeditado roce contra el clítoris envía un escalofrío a mi espina dorsal y un chispazo eléctrico a mi bajo vientre.

Como si lo supiera a la perfección, abre la palma de la mano justo entre el pubis y el ombligo y ahí la deja sin presionar, haciendo cálculos.

—Yo creo que va a llegar hasta aquí —murmura, y me da un pellizco en un punto dos dedos debajo del ombligo.

Me ruborizo de nuevo, pero no me da tiempo a reprocharle sus absurdos comentarios. Se abre camino en mi cuerpo empujándose despacio, tan despacio que el aire se me va de los pulmones y quedo suspendida por un segundo entre la vida y el limbo.

Él me mira con muchísima atención, al principio como si fuera algo delicioso, algo que se va a comer, y luego con una sonrisa burlona.

—Qué exagerada eres, pitusa. Si está entrando suave como la seda.

Salva los últimos centímetros de sopetón, encajándose con una brusquedad inesperada que hace que me inunde una sensación de calor acaparadora y gelatinosa, como un estallido de lava.

Se toma un momento para apreciar el volumen de su propio miembro bajo mi piel, para acostumbrarnos a ambos al hecho de haberme penetrado, y nos miramos en silencio. Se besa los dedos de la otra mano, me acaricia el bajo vientre con ellos con una dulzura enternecedora y acto seguido me coge de los tobillos y se los apoya en un hombro.

Un mordisco en el empeine después, está golpeándome con las caderas a un ritmo sereno y tan profundo que se me olvida cómo se habla. Cómo se piensa.

Me habría perdido por completo en la sensación de no haber sido porque es tan sumamente expresivo que me hipnotiza: cómo apoya la mejilla, como una criatura somnolienta, en mis piernas alzadas; el modo que echa la cabeza hacia atrás o entreabre los labios con el ceño a medio fruncir, la manera en que se muerde el labio o aprieta la mandíbula, la forma en que dice mi nombre y las palabras malsonantes que se le ocurren. Y aquí no me molestan porque es verdad que aquí no soy brava y sí muy obediente. Y lo soy porque de pronto todo me parece bien. Me parece bien que me apriete un pecho hasta arrancarme un gritito de dolor, me parece bien que presione con el pulgar mi clítoris, como si no tuviera suficiente con el ritmo criminal de sus penetraciones; me parece bien que solo se detenga para darme la vuelta, apoyarme el torso sobre la mesa y volver a llenarme de un modo que pensaba que sería humillante pero que es terriblemente íntimo, porque así noto su pecho sudoroso pegado a mi espalda y la riada de besos que derrama sobre mis hombros.

Nuestros cuerpos se arquean para acoplarse, para fundirse hasta la desaparición. Una mano suya me cubre la nalga, otro brazo suyo me encierra presionando a la altura del estómago; luego una mano suya me asesta un azote, después otra se enreda en mi pelo. Oigo su respiración agónica contra mi nuca, su aliento de fuego chocando contra mi piel sensibilizada; siento la humedad deslizarse entre mis piernas y escucho sus susurros desgarrados —«Me encanta tu culo», «qué bien hueles», «mira cómo tiemblas, Elsie», «por fin te estoy follando»— y todo eso me parece bien.

Me parece perfecto.

Retira mi melena de la espalda y me rodea la barbilla desde atrás para hablarme con la mejilla pegada a la mía.

—¿Te estoy tratando bien, Elsie?

—Sí... sí.

—Me voy a correr dentro —dice con la misma dulzura—, ¿tienes algún problema con eso? —Solo consigo negar con la cabeza. La garganta me sabe a serrín y hasta me duele de soportar también el impacto de sus embestidas, que resuenan por todo mi cuerpo—. Muy bien, pero tienes que correrte tú también. Quiero que te corras

tanto que se te resbale por las piernas. Quiero que te corras tanto que luego te tenga que limpiar lo tuyo y lo mío.

—Myles...

No sé si alcanzamos el orgasmo a la vez. La ola del clímax arrasa conmigo y pierdo la percepción de lo que sucede a mi alrededor... salvo de que está sucediendo con él.

El placer es agonizante. Me oxigena entera y consigue ponerme los ojos y la cabeza del revés con su erección todavía latiendo inmensa dentro de mí.

Busco su cuerpo con las manos con el miedo íntimo a que me deje sola en un momento así, pero eso no sucede. Entrelaza los dedos con los míos y lleva nuestros brazos a mi pecho para de este modo poder arroparme con todo lo que es él, con manos, con codos, con bíceps, con hombros.

Me siento como un cachorro vulnerable, pero DiMarco es mi techo y mi protección.

Como yo he decidido que voy a ser la suya.

Capítulo 19

Walking Down (Undesirable) Fame Street

DiMarco

Me despierta la conciencia de que estoy en un lugar que no conozco y al que no me he tomado el tiempo de practicar un reconocimiento exhaustivo. Lo sé por la suavidad y el olor adherido a las sábanas. También porque una agresiva luz blanca entra a machete por la ventana. Una muy poco práctica si no pretendes madrugar un sábado, y yo nunca lo pretendo.

Lo siguiente que me ayuda a ubicarme es el perfil de una mujer. Tendida boca arriba a mi lado, mantiene la vista fija en el techo con los labios fruncidos. Se tapa hasta el esternón y mantiene las manos sobre el pecho como un cadáver embalsamado.

Entonces llegan los recuerdos.

El espantoso vuelo nocturno. La tormenta de verano que me bañó en el camino a Velvet Room —vaya nombrecito—. La firma. El sexo en el despacho. Los besos en el taxi. Los besos en el ascensor. Más sexo en el salón. Sexo en el dormitorio. Creo que la seguí a la cocina cuando fue en busca de una botella de agua y tuvimos sexo también allí. Y en la ducha que nos dimos para al fin caer rendidos en la cama de invitados con tal de no entretenernos cambiando las sábanas de la habitación principal.

Con razón no me ha despertado la sensación de que debo ponerme en marcha cuanto antes. Estoy tieso y devastado.

Podría morirme de felicidad.

Me froto los ojos con los nudillos. Mi otra mano despega con seguridad y sentido de la dirección y aterriza sobre una de sus tetas. Ahí se queda.

—¿Cuánto rato llevas despierta? —Arrugo la nariz—. ¿Por qué pones esa cara?

Su expresión se ensombrece más aún.

—Creo que en Velvet Room hay cámaras.

No contesto enseguida. Acompaño un estiramiento por encima de la cabeza de un bostezo que podría haberme desencajado la mandíbula. Luego dejo caer los brazos de cualquier manera y ruedo

hacia ella para cercarla por la cintura y restregar mi cara en su hombro desnudo.

—Estás de suerte. Tengo el fin de semana libre, así que si quieres que destruya el metraje y las propias cámaras también, puedo ir contigo.

—¡No tiene gracia! ¡Me las vería en un gran problema! Debería llamar a Samantha y preguntarle para asegurarme de que estamos a salvo.

—Mm.

—Te da igual, ¿no?

—Absolutamente. —Le doy un beso en la clavícula para apaciguarla—. Lo siento.

Comprende que es poco lo que puede hacer, tanto si en efecto hay cámaras como si no, y lanza un largo suspiro. Se tiende sobre el costado como buenamente se lo permite la constricción de mi abrazo exigente y me lo devuelve pasándome las manos por la espalda.

—Vamos a hacer algo.

—Yo estaba pensando lo mismo —ronroneo.

—Algo como salir a dar un paseo. Ir a un museo. Comer algo rico.

—Entonces no estábamos pensando en lo mismo —me desdigo sin ápice de lástima—, pero me suena bien lo que dices. Estoy empezando a necesitar actividad.

—¡Pues vamos!

Se me escapa una mueca apenada cuando me aparta por el pecho para ponerse en pie. Hago otro puchero que ella se pierde al verla ponerse las bragas y dirigirse al enorme vestidor del que saldrá con ropa.

Por favor, léase con la misma entonación que si fuera a reaparecer con un chaleco bomba.

—Tendrás que ponerte una gorra —me advierte desde allí dentro —. Y las gafas de sol.

—No le importo tanto a la gente como podrías pensarte. Le pegué al *paparazzi*, ¿recuerdas? Y piensan en mí menos todavía en Nueva York, que es una ciudad en la que te puedes encontrar a Nicole Kidman en la panadería.

—Nicole Kidman es australiana. Pero entiendo lo que dices. Una vez me crucé a Dicaprio.

—¿Crees que el neoyorquino promedio, acostumbrado a cruzarse a Dicaprio, va a poner el grito en el cielo por ver a DiMarco? Hay una diferencia cualitativa importante entre un «Di» y otro.

—¡Tú hazme caso! No querrás que te saquen una foto paseando conmigo.

—¿Por qué no iba a querer que me sacaran una foto contigo? —Alcanzo el móvil, que había dejado en la mesilla de noche, y me levanto para hacernos un *selfie* a traición. Como ella estaba ocupada poniéndose los pendientes ante el espejo del vestidor (se viste siguiendo un orden muy extraño), sale frunciéndole el ceño a la cámara y con la boca entreabierta. Contemplo el resultado con gran satisfacción—. Reconozco que no me gustan las fotitos, pero mira, ya tenemos la primera.

—¡Borra eso! ¡Salgo horrible!

—Ni de coña.

Elsie termina de ahuecarse el pelo y me encara con los brazos en jarras.

—Desde que firmó la rescisión está muy desobediente, señor DiMarco. Permítame recordarle que aunque ya no sea su representante, sigue teniendo la obligación de escucharme y hacer lo que le digo.

—Pues dime que te dé un beso o algo agradable, para variar, y no me ladres tanto.

Ella bufa de un modo muy poco señorial y se da media vuelta para perderse en el baño. Renuncio a seguirla para seguir admirando mi nueva y preciada posesión, el primer *selfie* que he hecho desde que un *smartphone* cayó en mis manos. Aparezco asomado por encima de su hombro, desnudo por el corte atrevido del top que ya se había calzado. Como le da el sol en la cara, cortesía de la ventana, sus ojos castaños brillan como caramelos de café. O como la Coca-Cola bien fría. O como cualquier otra cosa que me gusta mucho.

Elsie se asoma bajo el umbral del servicio con el pelo ya cepillado, las pestañas ya pintadas, y que nadie me pida más datos porque soy

incapaz de reconocer el maquillaje. Lo de las pestañas lo noto porque le han crecido y se le han oscurecido. Tampoco soy imbécil.

Su expresión pretendidamente fastidiada me hace esperar con atención su próxima orden.

—¿Entonces qué?

—¿Qué de qué?

—¿Me vas a dar ese beso o ahora tus amenazas son baldías?

—Baldías —repito, burlón. Acudo a su encuentro regocijándome para mis adentros y cumplo su justo mandato doblándola sobre sí misma como el marinero a la enfermera de la foto histórica. Acallo su gritito impresionado con el beso en cuestión, y ya que estoy le guiño un ojo—. ¿Has visto que cuando estoy de acuerdo con tus órdenes siempre las satisfago?

—Anda, vístete —refunfuña, ruborizada. Se saca mis manos de encima con golpecitos impacientes—. ¡Qué tonto te levantas tú por las mañanas!

—¿Sabes cómo me levanto también? —insinúo con fingida inocencia. La agarro por detrás de la cintura antes de que se me escabulla y la alzo en vilo. Elsie se revuelve entre quejas y risas hasta que la arrojo de espaldas sobre la cama, que entonces ya no se ríe tanto porque esto va muy en serio. Abre mucho los ojos al ver que me despojo de la camiseta y me encaramo sobre ella con una sonrisa malvada. Le rozo la mejilla con la nariz y susurro—: Cachondo como un hijo de puta.

—Myles, por favor —gimotea débilmente—. Ya me has tenido toda la noche despierta. No voy a poder soportar ni un asalto más.

Tiro de las comisuras de la boca hacia abajo y exagero un puchero que la hace sonreír.

—¿Ni una? —musito haciéndole cosquillas en la cara con la nariz —. ¿Una sola?

—¡No!

—Tengo TDAH. Necesito desfogar.

Compone una mueca indignada y me suelta uno de sus característicos manotazos en el hombro.

—¡Ah! ¡Ahora tienes TDAH! ¡Solo cuando te conviene! ¡Válgame Dios!

La voz se le va apagando conforme me deslizo hacia el borde inferior de la cama. Con los ojos abiertos de par en par y la palabra interrumpida, se incorpora lo justo para verme separarle las piernas y prodigar una caricia a las dos rodillas que asciende a la ingle, todavía cubierta solo por la ropa interior.

—Las bragas más afortunadas del mundo, sí, señor.

Elsie traga saliva mientras vigila mi próximo movimiento, que consiste en depositar un beso en el lacito de la prenda y otro en la suave curvatura de la entrepierna.

Todavía no he hecho nada y su respiración ya se ha alterado.

—Myles, por favor... Me duele todo.

—¿Quieres que pare?

Ella se avergüenza al tener que admitir en voz baja, no vaya a enterarse de sus propios deseos y necesidades:

—Solo quiero un respiro de sexo propiamente dicho. Hacía mucho tiempo que no me acostaba con alguien y ya te habrán dicho que tienes una...

—¿Una...? —la animo con la ilusión de oírla pronunciar la palabra.

—Una cierta dotación.

—¿Quieres decir una polla enorme?

Me lanza una mirada furiosa y dobla una rodilla para ponerme el pie en la cara.

Como si eso fuera un problema. Me encantan sus pies.

—¡No hace falta ser un cerdo! ¡Hasta que no aprendas modales no me vas a tocar!

—Pues menuda maldición acabas de arrojar sobre ti misma, porque a lo mejor eso significa que no te vuelvo a tocar en la vida. Una pena. Sobre todo porque me ha parecido entender que solo quieres un respiro de «sexo propiamente dicho», lo que puede significar que sí que me dabas permiso para...

Enrollo los dedos en el borde de las bragas y amenazo con bajárselas por la cadera derecha. Levanto las cejas varias veces y saco la lengua para lamer superficialmente la tela de algodón que me separa de su sexo.

Ella se estremece.

—Bueno —retoma en tonillo remilgado—, como has tenido la decencia de parar de hablar ahí y dejar el comentario obsceno al aire, te voy a permitir que hagas lo que quieres hacer.

—¿Comerte el coño, dices?

—¡Lo tienes que arruinar todo!

—Solo te estoy educando, pitusa. Algún día tendrás que acostumbrarte a mi forma de hablar. Igual que yo me he acostumbrado a la tuya.

Lo que pasa a continuación no lo voy a describir porque ha sucedido ya tantas veces que estaría repitiéndome y todo el mundo conoce la mecánica de un polvo. Pero sí voy a anunciar, y con gran satisfacción, que a pesar de que le duele todo, hace mucho tiempo que no se acostaba con alguien y yo tengo *una cierta dotación*, hemos terminado follando hasta el mediodía.

Como es de Dios.

Luego, como sucede con las parejas, igual que ella me ha complacido a mí, a mí me toca complacerla a ella. O al menos tengo entendido que en el mundo de las citas debe respetarse el toma y daca. Me someto a sus planes para el día de hoy, que consisten en conseguir algo de comer en uno de esos carritos ambulantes aparcados en las aceras anchas de las avenidas y echar a andar por Central Park entrando por la puerta que colinda con el museo Met. Su intención es salir por la desembocadura que coincide con el edificio ante el que mataron a John Lennon y almorzar en su pizzería favorita, que es la de la mayoría de los neoyorquinos y supongo que pronto también la mía.

Pero bueno, todavía no hemos llegado ahí. Seguimos en la parte del carrito ambulante.

Por supuesto, me he calzado la gorra y me he puesto las gafas de sol. Lo que diga su majestad. Lo gracioso es que le he soltado de broma que ella se las tiene que poner también y ha obedecido. Lleva la gorrita blanca calada en la frente y un modelo Wayfarer muy favorecedor. Yo parezco un pérfido mafioso y ella se asemeja a la sexy María Sharápova en su mejor momento deportivo.

Creo que pegamos.

—¿Quieres algo de comer? —le pregunto por encima del hombro.

—Pues claro. Aparte del café americano, va a ser un dónut de chocolate, un sándwich de pastrami, otro de queso y uno de esos que llevas ahí. —Señala el pretzel que tengo en la mano. Después le arquea la ceja a mi cara de pasmo—. ¿Qué? ¿Te parece raro que tenga hambre? Te recuerdo que vengo de las Olimpiadas de gimnasia rítmica —suelta con rencor y las mejillas ruborizadas.

Me muerdo la lengua para no soltarle que ni que la hubiera obligado a follar. Estoy seguro de que si lo digo se enfada conmigo y ni pizza ni hostias, y quiero probar la pizza.

—Pensaba que no comías nada. Como estás tan delgada...

—Tengo hipertiroidismo y muy buena genética...

—Si tienes hipertiroidismo, tan buena genética no será.

—... Pero no me extraña que pienses que evito las grasas saturadas. No es como si te hubieras estado juntando hasta ahora con la confederación de luchadoras de sumo —insinúa con inquina—. Tu prototipo de chica rompería a llorar si le tiraran una barra de pan a la cara.

Espero a haber pagado el pequeño botín alimenticio con la correspondiente propina para mirarla con una sonrisa incrédula.

—¿A qué viene eso? ¿Te molesta que me haya acostado con modelos o solo con mujeres delgadas? Porque también hay modelos de tallas grandes. Y con esas también me he acostado. —No me considero la persona más brillante sobre la faz de la Tierra, pero se apresura a esconder de mi vista una mueca reveladora que me hace comprender enseguida lo que pasa. Me asomo por encima de su hombro antes de que le dé el segundo mordisco enfadado a su pobre pretzel—. No me digas que estás celosa.

—¡Pues claro que no! ¡Me encanta ser la chica número cuarenta y siete con la que sales desde que eres famoso!

—Eres la chica número uno con la que salgo desde que tengo uso de razón. Con las otras no salía. Más bien yo entraba.

—¡Madre mía! —exclama, exasperada—. ¡¿Puedes parar con el temita?!

—Has empezado tú mencionando a las modelos. Déjalas en sus casas, que están muy bien allí, ¿quieres?

Menos mal que me ofrezco a sujetar la bolsa con sus chucherías, le doy la mano y se le pasa lo que he empezado a llamar Crisis de Dignidad. No delante de ella, claro, porque si no le da otra Crisis de Dignidad, y no queremos eso ni por asomo. Hace un día fantástico, hay espacio en el parque para pasear y tenemos toda la tarde por delante para hacer lo que nos dé la gana.

Ella debe ser de la misma opinión, porque al cabo de cinco minutos caminando en silencio, se le relaja la frente y empieza a admirar los mosaicos que la luz del sol proyecta sobre la hierba a través de los árboles, a sonreírle a todos los perros que se cruza, con preferencia por los chihuahuas, los caniches, los pomerania, los *yorkshire* y los *teckel* —creo que se nota cuál es su preferencia de tamaño en lo que a canes se refiere—, a comentar conmigo si combina o no combina el top deportivo que se ha puesto una chica con las mallas o las zapatillas de correr y a estirar los brazos sobre la cabeza entre suspiros placenteros.

Me parece que no sería un buen momento para decirle que estoy un poco sobreestimulado con tanto tránsito humano y perruno. Procuro disimularlo sacando tema de conversación.

—¿Por qué te mudaste a Nueva York?

—¡Porque es la ciudad donde los sueños se hacen realidad!

Aunque la respuesta es cursi a más no poder y yo le habría torcido el morro a cualquier otra persona que la hubiera pronunciado, a ella la miro con curiosidad, porque lo dice en el mismo tono en que la protagonista de una película Disney exclama su deseo vital: «Voy a intercambiar mis cola por unas piernas para casarme con el príncipe», «voy a unirme al ejército chino para luchar por el honor de mi padre» o, en su defecto, «voy a intentar dejar de ser un oso», o lo que cojones sea que quisiera la princesa Mérida, que es algo que nunca he entendido.

Odio esa película.

Pero que me distraigo.

—Yo creo que con lo disciplinada que eres podrías haber cumplido tus sueños en cualquier sitio. Podrías ser la presidenta de los Estados Unidos si te hubieras creado una campaña política nada más levantarte en lugar de trazar una agradable salida de sábado.

Ella me agradece lo que entiende por un cumplido —no lo era. Su autoritarismo militar es aterrador— dirigiéndome una sonrisa que enseña todos y cada uno de los dientes y poniéndose de puntillas para plantarme un beso en la boca. El gesto es tan espontáneo que me pilla desprevenido, pero no sin recursos, eso nunca: la abrazo por la cintura con fuerza y la beso en condiciones.

Cuando he terminado con ella, está despeinada, no lleva las gafas, se le ha caído la gorra y mira su alrededor con la respiración agitada, como si acabara de pasarle un torbellino por encima.

—Otra cosa que me gusta mucho de Nueva York —comenta con la voz temblorosa. Se agacha a recoger los complementos y se los pone exagerando su dignidad— es que a nadie le importa lo que hagas. Puedes montar un espectáculo como ese en Central Park y ni un alma se va a girar a mirarte.

—Has empezado tú dándome un beso.

—¡Siempre es culpa mía!

—Pues claro. —Le sonrío y me aseguro de tener su mano bien agarrada antes de retomar el paseo—. Si no fueras tan mona, podría comportarme.

Incluso sin verlo, sé que ha puesto los ojos en blanco. Lo que sí veo es el rubor, claro, que confirma mi teoría, mi lema, mi ley, la colina en la que moriré: que es mona a rabiar.

—Mono es un perrito, no una chica.

—He utilizado esa palabra porque me ha parecido la más educada y digna de su majestad, pero si quieres te cambio el cumplido por otro. Como que eres igual que la Sharápova de veinte años y estás buena de cojones.

—Vale, vale —masculla, calándose la gorra—. Lo capto. Ahora dame mi dónut.

Se lo entrego y nos hago otro *selfie* en el que «sale mal».

Yo no pienso que salga mal. Solo sale comiendo y con cara de asco.

Es oro.

—¿A ti te gusta Boston? —Me mira atentamente con el dónut en la mano—. Como has crecido en Jacksonville... A lo mejor habrías preferido quedarte allí.

Tendría que ser idiota para no darme cuenta de que espera mi respuesta con el aliento contenido, supongo que porque es una pregunta que podría salir en su cuestionario infernal.

Del que por suerte me he librado.

A no ser que Roberta Montessore, quien ahora será mi agente, me exija que lo rellene.

Clavo la vista en el pretzel a medio comer.

—Echo de menos el agua, la verdad. Mi tío trabaja en el muelle y yo le echaba una mano, así que veía atardecer todos los días sobre el río St. John. Y me encanta la playa. Él vive a las afueras de la ciudad, en Neptune Beach, y podía escaparme a nadar cuando me daba la gana.

—Boston tiene playa —me recuerda con exagerada prudencia, como si estuviese cruzando uno de esos puentes colgantes a los que les faltan tablones y se balancean como un péndulo.

—No es lo mismo. Claro que me he escapado alguna vez para ver el mar, pero hace un frío que te cagas. Fue muy decepcionante.

Ella sonríe con curiosidad.

—¿Tanto te gusta la playa?

—Me encanta. Cuando era pequeño nos llevaban a veces a los críos del centro de acogida. No salíamos de excursión a menudo, pero la mayoría eran al mar. Las esperaba con ganas. No solo porque podíamos hacer algo divertido, sino porque allí todos nos caíamos bien, ¿sabes? Yo tenía mis enemigos como cualquier otro chaval raro. A lo mejor más que los demás por eso de que chupaba el balón cuando jugábamos al baloncesto y porque parecía que nunca hacía ni puto caso en clase, así que pensaban que era medio gilipollas. Pero en la playa todos éramos amigos. Sería por el ambiente, o por el sol, o qué sé yo. Echábamos partidos de vóley y carreras a nado, hacíamos castillos de arena... Las trabajadoras sociales te regañaban si hacías el panoli o te ponías en peligro y te echaban crema en los hombros, como si fueran tu madre. Lo normal aunque no fueras normal. Sí, es eso —decido, distraído—. Me sentía normal por un rato.

En cuanto termino de hablar y dimensiono la turra que he soltado en un momento, me invade una vergüenza paralizante, de esas que

primero te anestesian la boca y después hacen que te queme la cara.

Carraspeo como si así fuera a llevarse el viento mis últimos comentarios.

Me arde a la altura del pecho una rabia injustificada hacia Lara Cosima por haberme hecho la pregunta, por haberme despertado el recuerdo, y también otra rabia, esta más justificada, hacia la vida que llevaba antes del tío Henry.

Siento su mano en mi brazo. Evito por todos los medios girarme, pero ella no se rinde e insiste hasta que le lanzo una mirada fastidiada.

Su expresión dulce me desconcierta el doble cuando dice:

—Claro que no eres normal. Tienes una polla enorme, ¿recuerdas?

Lo inesperado del comentario me arranca una carcajada de pecho. El remolino de la risa se lleva todo lo demás, dejándome solo con un par de emociones que no sabría cómo describir. ¿Agradecimiento? ¿Ternura? ¿Extrañeza? ¿Todo eso a la vez? Si no lo sé yo, más difícil debería resultarle a ella deducirlo, pero ha dado en el clavo. Ha averiguado la manera de aplacarme. Y mejor aún, ha decidido hablar mi idioma a costa de sacrificar el suyo para que no me sienta avergonzado.

Espera a que hayamos retomado el paseo y yo me haya distraído con la canción de rap que han puesto un par de chicos en su pícnic improvisado para volver a la carga.

—Qué bien que te mudaras con un hombre que vivía junto a la playa, entonces. ¿Le regalabas los vidrios y las conchas que encontrabas en la orilla, como hacíamos todos los niños?

—No, pero no por falta de ganas. Yo ya era muy mayor cuando él me adoptó. Con quince años para dieciséis no recoges vidrios. Bueno, sí los recogía. Y pensaba en dárselos. Pero también pensaba: «Se va a creer que soy imbécil y me va a devolver» —me río para restarle hierro.

—Dudo que tu tío pensara eso. —Hace una pausa, como si quisiera prepararme para la siguiente pregunta. Está haciéndome un cuestionario, pero al menos este es personalizado y ahora sí le

importan las respuestas, así que no me ofende tanto—. No te gusta hablar del centro de acogida, ¿no?

—Son años borrosos —contesto sin apartar la vista del parque.

Los dos chicos del pícnic me han reconocido. Se han puesto firmes sobre la manta y cuchichean entre ellos acercando la mano al bolsillo, de donde sacarán el móvil en cualquier momento. Como puedo ser más rápido que el flash de una cámara, no me cuesta librarme de una foto a traición apretando el paso. Si consiguen darle al clic, habrán captado nuestras espaldas y no nuestras caras.

No es que me importe que haya imágenes mías pululando por internet. Raras veces las suben si no aparezco hostiando a alguien dentro o fuera del campo. Son para uso personal, o, lo que es lo mismo, para enviarlas al grupo de amigos exclamando: «¡Mirad a quién he visto!». Lo que sí me podría importar es que Elsie se enfade porque, en su defecto, haya imágenes suyas conmigo dando bandazos por la web.

Salvo este primer obstáculo, pero, como suele pasar, me predispone a buscar posibles *paparazzis* entre los corredores, las parejitas, los paseadores de perros y los grupos de turistas. Es al concentrarme en las caras que por lo general no consigo detallar como descubro que la gente me está mirando. No me miran sin verme porque mi cuerpo aparezca en su campo de visión, sino que sus miradas fijas me persiguen desde que me localizan hasta que me pierden de vista.

Un par de chicas en edad universitaria en concreto detienen su camino por el sendero y esperan a que las haya adelantado para reanudar la marcha, solo que esta vez detrás de mí.

Son tías. No me van a hacer nada. Y aunque fueran dos rusos mazados de dos metros con un pasado en la Bratva y cuatro lágrimas tatuadas bajo la comisura del ojo también podría reducirlos... a no ser que fueran armados, que entonces lo tendría jodido. El caso es que me molesta de todos modos la persecución porque no sé qué pretenden. Savannah tendrá que perdonarme si peco de sexista, pero los fans de los Boston Beasts que me piden autógrafos no suelen ser rubias de veinte años.

Y si es porque he ligado, ¿es que no ven que estoy con una chica o qué? ¿Tampoco saben que voy por ahí zurrándole a la peña? ¿No les doy miedo? Para algo positivo que podría tener la mala propaganda, que es mantener a la gente a una distancia de tres brazos...

Lara Cosima me está hablando de algo, pero no oigo nada de lo que dice porque un grupo de chavales jóvenes suelta una risita burlona cuando pasamos por delante. Desconozco la razón, y lo mismo no tiene nada que ver conmigo. Aun así —y por si acaso— les lanzo una mirada hostil que los silencia en el acto.

Hay sujetos que no conocen el instinto de supervivencia. Calentarme las narices nunca le ha salido a cuenta a nadie.

—Por lo menos ya sabemos que él no ha heredado el gen —me parece oír que comentan.

—¿Porque va con una tía? Eso no significa nada.

Ceñudo, freno en seco y me giro con la intención de exigirles que me expliquen qué coño quieren decir. Lara Cosima me pregunta algo —que qué me pasa, supongo—, pero yo estoy ocupado rastreando una por una las caras de los críos; la del afroamericano, la del que tiene acné, la del guapito con pinta de surfero, la del que luce una sudadera de los Patriots —normal, considerando dónde estamos—, la del asiático que me mira con desprecio.

¿Que me mira con desprecio?

¿Y este quién cojones se ha creído que es?

—Perdona que te moleste...

Me cuesta salir de la enajenación repentina y centrarme en la cara pecosa de la chica que se dirige a mí a tres pasos de distancia. Al ver que enfoco la vista en ella, se anima a sonreír con timidez y avanza un poco más con las manos sobre el regazo.

Su amiga vigila mi reacción con recelo y una especie de advertencia, síntomas que reconozco porque yo soy el primero que vigila así a los demás cuando estoy con Savannah o con alguien a quien siento que debo proteger.

—No te quiero robar mucho tiempo —se disculpa a trompicones. Mi mirada sale disparada hacia el banco de los niñatos. Han empezado a desalojarlo uno a uno con distintas expresiones; unos

sonriendo con superioridad, otros torturados por una misteriosa duda. El asiático escupe al suelo antes de levantarse de un salto y me mira una última vez de arriba abajo. Si no salgo a preguntarle cuál es su puto problema es porque la chica continúa hablando—. Es que me ha parecido providencial encontrarte hoy aquí. Mi hermano es un forofo de los Boston Beasts, tú en concreto eres su jugador preferido, y... y, bueno, solo tiene trece años. Quiere estudiar comunicación para ser periodista deportivo y retransmitir los partidos de la NFL, y cuando le diagnosticaron TDAH...

La palabrita me distrae de mi conflicto —a lo mejor unilateral— con la juventud. Centro en ella una mirada imagino que sombría, porque deja de sonreír, de pronto nerviosa.

Pero debe creer que es tarde para echarse atrás. Continúa su discurso balbuceando:

—... pensó que no iba a poder estudiar por todo ese estigma que hay de que los niños con TDAH no son muy brillantes académicamente, un estigma absurdo, claro, y cuando ayer salió eso de que tú también lo tienes se sintió muy feliz e inspirado, y... y... me preguntaba si a lo mejor podrías...

Siento que alguien golpea mi pecho desde dentro con un par de puños americanos, o a lo mejor solo es mi corazón a punto de salir disparado.

—¿Que ha salido qué? ¿Tú cómo sabes eso?

La chica intercambia una mirada espantada con su amiga. Esta segunda es la que da un paso adelante, llegando a interponerse entre los dos, y me responde con sequedad.

—Está en internet. Lo han publicado fuentes fiables.

—¿Qué fuentes fiables? ¿De qué coño estás hablando?

—Myles —me advierte Lara Cosima, tensa a mi lado.

Sin arredrarse con mi tono cortante, la amiga saca el móvil del bolsillo, teclea en la pantalla y espera a que la conexión la redirija a la página web.

Apenas alcanzo a ver el titular en negrita.

> ¿Quién es el hombre se esconde detrás del uniforme *moriblanco*? Lo contamos todo sobre Myles DiMarco, el huérfano con TDAH adoptado por un hombre gay.

—Dios mío —oigo que jadea Lara Cosima.

Reacio a creerlo y con un zumbido en los oídos, recurro a mi propio teléfono para confirmar que así es, que no me están gastando una broma.

La noticia que la amiga me ha enseñado no es la única que aparece debajo del buscador de Google cuando escribes mi nombre. Todos los medios tradicionales y digitales, fiables o no, se han hecho eco del rumor —que es completamente cierto— y han reproducido el contenido con los mismos pelos y señales en sus diarios. Leo por encima y tan rápido como puedo dos, tres, cuatro periódicos distintos y descubro que, según algunos, me pegaban en el centro de acogida y por eso soy un tipo violento. En otros piden disculpas públicas por haber insinuado que he recurrido al dopaje alguna vez, pero achacan mi rendimiento deportivo a la energía incansable del TDAH y no a mis esfuerzos. En páginas web mucho menos diplomáticas y de clara inclinación amarillista se atreven a teorizar sobre el tío Henry, al que exponen con una biografía breve de su página de LinkedIn, lo único que habrán podido encontrar, y con una de las pocas fotografías que ha subido a su cuenta de Instagram.

Cuenta de Instagram que se creó solo para ver lo que subimos los Boston Beasts y yo y comentar afectuosamente.

—Myles —me llama Lara Cosima—. No pasa nada. Voy a gestionarlo.

El exceso de información —falsa o no— empieza a presionarme la cabeza desde el interior, como si el cerebro me hubiera crecido y ya no me cupiera en el cráneo. Me sudan las manos y el cuerpo me pide, me ruega, me exige que me largue de aquí cuanto antes. ¿Para ir a qué sitio?, me pregunta el sentido común con lógico desvalimiento. Pues al sitio que sea, cualquiera menos aquí, donde estas dos chavalas se empapan de mi reacción, donde la mirada se me va al banco en el que de seguro se estaba comentando la orientación de mi tío, donde Lara Cosima sigue balbuceando que lo va a solucionar, que todo está bien.

Lara Cosima.

Consigo enfocar la vista en su palidez culpable, en el movimiento frenético de sus dedos recorriendo la pantalla en busca de unos contactos telefónicos.

—¿Lo has hecho tú? —pregunto con la voz de otra persona—. ¿Se lo has contado a los medios?

Su reacción es intensa a la vez que genuina.

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Y cómo coño se han enterado, eh?

—Oye, no le hables así —interviene la amiga, ahora mirándome atravesada. Lo estaba esperando con ansias—. Anda, vámonos, Daisy, no vaya a ser que se le crucen los cables y acabes pagando tú los platos rotos.

En otras circunstancias, el comentario me habría resbalado. Pero recuerdo que la chica se había acercado con buenas intenciones y apenas me da tiempo a intercambiar con ella una mirada en la que se aglomeran las mismas sensaciones: los dos estamos conmocionados, inquietos y espantosamente decepcionados.

Me habría gustado pedirle perdón, pero no me acuerdo de por qué debería pedírselo, no recuerdo nada de lo que me ha dicho, no pienso en nada más que en el escupitajo del chaval y en que antes de eso estaba dándole un beso a Elsie y también en que antes de conocerla a ella nadie sabía nada de mí y yo estaba muy tranquilo.

—Puede que le dijera a... —empieza a balbucear—. Ayer, hablando con Samantha... Es mi amiga, una de mis amigas más íntimas.

—¿Una de tus amigas más íntimas? ¿Una tía que trabaja contigo en la industria más superficial del puto planeta es tu amiga íntima?

—No se me ocurrió que... No pensé que... No creo que sea ella, no debe ser ella. Ella no haría eso.

—Quien no lo iba a hacer es mi tío —la interrumpo fríamente—, que lleva sesenta y siete años en el armario.

Los ojos se le llenan de lágrimas de horror. Se las limpia antes de que hayan llegado a derramarse del todo, y me mira en busca de un consuelo que no va a encontrar en mí haciendo pucheros involuntarios.

Yo no la veo ni a ella ni sus lágrimas. Me imagino a mi tío abriendo la puerta de casa y enterándose gracias a un vecino joven o un

compañero de trabajo conectado a la red de que ahora toda Norteamérica lo conoce. Me lo imagino metiéndose a Instagram para curiosear mi perfil y dar «me gusta» a todo lo que le aparece en la páginas de inicio —vídeos de animales divertidos, entre otras cosas — y topándose con su propia foto y un titular que podría convertirse con facilidad en su peor pesadilla.

—Lo siento, Myles —sigue diciendo ella lastimosamente—. Lo voy a arreglar. Te lo prometo.

Se acerca para intentar aplacarme con su tacto. Retrocedo por instinto, interponiendo las manos entre los dos, y mi hombro sufre un tic repentino espoleado por el asco, el rechazo, la rabia todavía caliente por la incredulidad.

Con la mente en blanco y nada salvo la sensación de que esta catástrofe es imposible de solucionar, incluso si cae en las manos mágicas de Lara Cosima, suelto en el suelo la bolsa con las bebidas y me largo del parque completamente enmudecido.

Capítulo 20

No. 1 Party Is Over

Lara Cosima

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué, eh?

Así es como entro a la oficina de Velvet Room, y Dios sabe que me he contenido. Podría haber sido mil veces peor, porque he pasado la noche entera sin dormir tratando de retirar las noticias, no he conseguido aplacar la espantosa migraña que me ha producido el asunto y llevo alrededor de dieciséis horas sin saber nada de Myles.

Samantha ha tenido el detalle de cortar su conversación con Ashley sobre el regreso del *animal print* para dirigirme una mirada que pone la guinda al pastel de mi furia decepcionada.

Hay que tener valor para hacerle una caída de ojos a alguien después de un movimiento tan rastrero.

—¿Has sucumbido a la estética *Lux* de Rosalía? —inquiere después de echar una ojeada a mi atuendo, apenas una camiseta blanca de tirantes y unos pantalones de lino—. Porque pareces una monja en las vacaciones de verano.

—¡Estoy hablando en serio, Samantha! Te confié algunos detalles personales de DiMarco porque te considero mi amiga. No los estaba poniendo a tu alcance para que lo traicionaras.

—¡Para que lo traicionara, dice! ¡Serás dramática!

—¡Es que es una situación dramática!

La secretaria de Berta, Ashley, alterna una mirada de ojos anfibios entre la una y la otra, pasmada al vernos discutir por primera vez en la historia por algo distinto de si el láser de diodo es mejor que el de alejandrita.

(Es mejor el diodo. Se ponga como se ponga.)

Samantha se cruza de brazos.

—Yo no le debo ningún tipo de lealtad suprema a Myles DiMarco. Y no me hables como si no le hubiera hecho un favor. ¿No has mirado redes? ¡A todo el mundo le parece adorable su historia de niño adoptado por un hombre solitario que jamás ha encontrado el amor y que...!

—Has sacado del armario a una persona que llevaba sesenta y siete años llevando su vida sexoafectiva con estricta privacidad.

Es solo ahora, al presenciar la deseada caída de la máscara, la rotura de su pose soberbia, cuando por fin consigo coger una gran bocanada de aire y empezar a tranquilizarme.

Vale, nada de esto significa que me haya asestado una puñalada para vengarse de lo que le dije hace dos días. Solo significa que se ha equivocado. Todavía no es una mala persona. Hay salvación.

—Mierda. —Eso es todo lo que dice.

—A DiMarco no le ha hecho ninguna gracia, Samantha. Vas a tener muchísima suerte si no te denuncia. Y no creas ni por un momento que esta vez nuestro Tyler Fox salvaría Velvet Room, porque un jugador de fútbol también tiene dinero y podría sacar adelante una demanda.

—Tampoco exageres —desestima con impostada indiferencia—. Además: si denunciara, tú y yo estaríamos igual de arruinadas. No sé por qué me apuntas solo a mí.

«Porque yo jamás le habría hecho daño adrede y tengo la esperanza de que lo sepa, aunque ahora mismo esté enfadado. Algo aún peor, en realidad: está callado».

Sé que esto no va sobre mí. Esto va sobre Henry DiMarco y sobre su hijo o sobrino Myles. Pero una servidora está implicada en primera persona y resulta que tiene sentimientos. Fui violentamente reprendida en Central Park, acto seguido abandonada sin miramientos en público e ignorada durante el resto de la tarde, la noche y la mañana de hoy, que parece discurrir con lentitud de caracol para desquiciarme del todo los nervios. Eso no deja impasible a una mujer con la sangre caliente y el corazón de pollo como yo.

—¡Te apunto a ti porque eres quien envió un correo a la redactora jefa de un periódico en un acto despechado!

—Podemos quedarnos aquí, reprochándonos la una a la otra, o podemos ir al despacho de Roberta, localizar a DiMarco y pensar entre las tres un modo de solucionarlo.

—¿Así es como vas a fingir que no ha sido para tanto?, ¿que esto no ha sido más que un pequeño error de cálculo?, ¿una campaña publicitaria que no prospera? ¿Haciéndote que la Virgen te habla? Puede que me urja arreglar esta crisis, pero también me gustaría

que me explicaras por qué has querido sabotearme y hacerme daño a través de él.

Samantha me mira con los labios apretados. Luego lanza un vistazo veloz e inquieto por encima del hombro. En lugar de responder, teclea un texto breve en la aplicación Notas del móvil y me lo muestra.

No he ido a sabotearte, idiota!! Llamé a Roberta dsps de nuestra discusión xra informarla de tu propósito de soltar a DiMarco y le expliqué el xq. Somos un equipo, ya lo sabes. Nos lo contamos todo para ir a la par. Y con más razón le debía la info de tu caso ahora que ella era la representante de DiMarco y tú tenías q ponerla al día de las particularidades del caso. Así q Roberta decidió filtrarlo a la prensa, no yo!!! Yo pretendía respetar tus deseos aunq estuviera en contra!!! Pero la opinión de la encargada de redes sociales es un 0 a la izquierda, eso también lo sabes de sobra. Me jode q pienses q haría algo así. No soy tan capulla.

«¿Por qué me lo escribes?», deletreo con los labios.

Samantha gesticula dramáticamente hacia la única puerta del despacho, y entonces caigo en la cuenta de que si Ashley estaba aquí es porque Roberta ha regresado de Los Ángeles.

—¿Me estás diciendo —retomo en voz baja— que no pretendías poner a DiMarco en mi contra haciendo esto? ¿O convencerme de alguna manera retorcida de volver al redil?

Samantha respira hondo.

—¿Que me molestó cómo me hablaste hace dos días? Pues claro. Me dijiste que era una persona superficial y poco menos que malvada.

—¡Yo no dije eso!

Pero lo pensé, así que mejor no la discuto.

—¿Que opinaba y sigo opinando que exponer las peculiaridades de la vida personal de DiMarco para que el público se muestre más inclinado a empatizar con él era la opción correcta? También. ¿Que creo que estás cometiendo errores garrafales que pagarás con tu carrera profesional? Por descontado. Pero de ahí a propiciar una pelea de enamorados por rabia hay un trecho. Trabajo doce horas al día, LC. No me sobra tiempo para tramar venganzas bíblicas. Y si me sobra, voy a que me hagan un masaje en los pies.

—¡Llevas desde el minuto uno insistiéndome en que tenga algo con él! —le recuerdo, mirándola decepcionada—. ¿Y ahora me sales con estas?

—Yo te animaba a pasártelo por la piedra, Lara Cosima, no a echártelo de novio a costa de cabrear a Berta y perder influencia en Velvet Room. Y sobre todo te animaba a añadirlo a tu cartera de clientes. Por Dios, LC, ¡piensa! —exclama por lo bajini. Me coge del hombro y tira de mí hacia el otro extremo de la salita, donde estaremos a salvo de la mirada omnisciente de la jefa y de la cara de pánfila de Ashley—. Aunque hayas bebido margaritas de coco con Roberta y le hayas comprado tampones a su hija gótica, sigues siendo su empleada. ¡Y llevas dos *strikes*! ¿Crees que te va a perdonar la vida solo porque le consiguieras un Birkin? No se llega a lo más alto sin tener la frialdad de sacrificar a los peones cuando ya no dan para más, y la Montessore es la mejor agente de la Costa Este. No le dieron el título en un dos por uno de Saks, ¿entiendes? Se lo dieron porque es una puta cabrona.

Había venido a Velvet Room con toda la intención de reprender a Samantha hasta que se pudiera de rodillas y me pidiera perdón. Ya de entrada era un deseo ingenuo, porque yo nunca he conseguido pelearme con nadie en el sentido agresivo y definitivo de la palabra: o espero sentada a que me disculpen la escenita o me las ingenio para fingir que no ha pasado nada. Pero haberme planteado siquiera convertir a Samantha en un genio maligno cuando la conozco desde hace ocho años me hace sentir una pésima amiga.

El corrector de Fenty Beauty por el que le estará eternamente agradecida a Rihanna bien podrá corregir la tonalidad violácea de las ojeras, pero no así los surcos profundos que llegan para quedarse cuando la falta de descanso es crónica. No solo trabaja doce horas, sino que trabaja durante los anuncios que cuelan entre sus programas televisivos favoritos, trabaja en el centro de belleza mientras le hacen las uñas o le ponen las mechas, trabaja en los tramos de metro, trabaja almorzando de pie en un Shake Shack. Ha reconocido ir sonámbula a Velvet Room y despertarse en su mesa de trabajo y sorprenderse hablando de Roberta durante horas y horas con sus primeras citas, que, como es lógico, huyen despavoridas.

Estaba claro que su prioridad no iba a ser el corazoncito de DiMarco, sino la Montessore, del mismo modo que para mí la prioridad siempre ha sido Roberta y no mi vida personal. ¿De verdad puedo echarle en cara, pues, que haga lo posible y lo imposible por conservar su puesto y seguir creciendo en la empresa, aunque solo sea para poder descansar una hora más al día o ganar un sueldo que justifique el sacrificio de su alma y su tiempo de ocio? Y voy a subir la apuesta: ¿en serio podría reprocharle que hubiera obrado desde el rencor contra mí?

—Si dijera que no te entiendo, estaría mintiendo —confieso en voz baja—. Las numerosas veces que Alexia se presentó ante mí con tres horas de siesta iluminándole el cutis, un margarita en la mano y un albornoz de lujo cruzado a la cintura para descartar mis propuestas publicitarias, alegando desde la superioridad moral que eran «inhumanas», habría llamado al New York Times con muchísimo gusto para contarles que sí, la Lux es una diva incapaz de sentir compasión..., cuando no algo peor. Porque yo sí que me estaba sintiendo inhumana después de haberme tirado tres noches sin dormir confeccionando una propuesta para que la desechara sin haberse leído el PowerPoint de las narices porque «estaba muy cansada».

Samantha suspira con más hartazgo que alivio.

—Hija, ni que lo digas. Cuando llevas diecisiete horas sobre unos tacones, se han burlado de ti dos productores por jovencita o por provinciana, la secretaria que se acuesta con ambos te ha mirado por encima del hombro, como diciendo «aquí no gana la mujer empoderada, aquí gana el parásito del sistema que juega bien sus cartas» y tu jefa te ha insinuado que no estás llegando a los objetivos anuales, lo último que necesitas es que venga una privilegiada (o solo una mujer con mejores condiciones que tú) a llamarte alienada al sistema y perra del infierno. Aunque te lo merezcas.

—¿Así se sintió mi numerito de la otra noche?

—Me temo que sí. Te habría dado dos bofetones, *Miss Luisiana*.

Agacho la cabeza, abochornada.

—Supongo que estoy hecha un lío. Tambaleándome en la línea que separa el compromiso laboral de quitarme la venda de los ojos. Nunca he querido aceptar esto. Siempre he sentido que era mucho más. O que lo sería algún día. O que por lo menos significo algo para Roberta. Pero parece que no; que tú y yo solo somos un mandado y le dan igual los principios y sentimientos de todo el mundo.

Las dos nos miramos con esta espantosa revelación enturbiándonos el ánimo.

Ella cierra los ojos un segundo, muerta de cansancio, y me aprieta el hombro.

—Lo siento, LC. Siento también no poder hacer nada. Pídele perdón a DiMarco de mi parte, por si sirviera de algo.

Como si la hubiéramos invocado con nuestro pesimismo —y yo en concreto con mis argumentos socialistas—, la puerta del despacho de Berta se abre de par en par.

Normalmente la empuja despacio porque suele ir con el móvil en la mano, que consulta por encima de las gafas de vista cuadradas procurando no fruncir el ceño recién inyectado de bótox. Esta vez es directa y no se molesta en ocultar que lo que tendrá lugar en las entrañas de la estancia no agradará a nadie.

Ni siquiera pronuncia mi nombre. Me localiza sin necesidad de buscarme clavando en mí una mirada rapaz. Hace un gesto vago con la mano cuyo significado interpreto al vuelo: tengo que acompañarla *ya*.

Roberta me espera sentada al otro lado del escritorio con un tobillo cruzado sobre la rodilla contraria, ambos enfundados en un pantalón fluido inspirado en los *hakama* japoneses. Sujeta con las dos manos una estilográfica Montblanc, como si estuviéramos a punto de tener una sesión de sexo en el rol de alumna díscola y profesora intransigente. Hoy lleva las gafas de vista puestas: montura de ojo de gato de Dolce & Gabbana con sendas cadenitas de oro colgando de las patillas.

Dios mío. Me revienta que tenga tanto estilo.

Cierro la puerta y espero de pie con las manos sobre el regazo.

—¿Qué tal Los Ángeles? —pregunto con una sonrisa impostada.

—Siéntate, *per favore*.

Acudo a la silla de diseño libre como un cerdo al matadero. Su expresión ha adquirido un deje reflexivo, como si estuviera escribiendo en el pergamino de su mente el discurso con el que pretende despedirme.

«¿Despedirme?», repite a gritos mi voz interior.

Solo de pensarlo se me hiela la sangre.

No puede despedirme. Abandonar la cuenta de DiMarco no ha sido para tanto... ¿Verdad?

«¡Habías venido para exigir una explicación a su movimiento rastrero!», me recuerda el sentido de la justicia, el único de mis sentidos que no tengo bloqueado y que todavía puede pensar en lo de ayer y no en lo que se me viene encima.

—*Dieci anni*, Lara Cosima —pronuncia Roberta con solemnidad. Balancea el asiento orientado de perfil a mí y lanza miradas nostálgicas al hermoso ventanal—. Llevas *dieci anni* trabajando en Velvet Room. En una década, jamás hemos discutido. Jamás me has decepcionado. Te podrás imaginar mi sorpresa y mi inmensa tristeza cuando hace dos noches me enteré de que habías rescindido el contrato de representación con Myles DiMarco. —Tuerce la boca y alza las palmas—. Sin consultarme previamente, para colmo. Sin pedirme siquiera opinión. Me tuvo que informar la chica de redes sociales.

«La chica de redes sociales», reverbera en mi mente. Está hablando de Samantha, con quien ha ido a bailar a los clubes del SoHo los cuarenta primeros fines de semana después de su no tan traumático divorcio; de una fiel amiga que se hizo pasar por la hermana mayor de su hija para ir a una tutoría escolar a la que ella no podía asistir. ¿Cómo hablará de mí delante de Samantha? ¿Seré «la chica que tenía la cuenta de Alexia Lux»? ¿«La pesada que insiste en que la llamen por sus dos nombres»? ¿«La paleta de Abita Springs que se cree alguien por llevar ropa de archivo»? ¿Estoy proyectando?

—Iba a contártelo, claro que sí. Es solo que estabas ocupada en Los Ángeles con Nick Carrigan y a mí me urgía tomar una decisión.

Siempre me has dado libertad de movimiento para hacer y deshacer con mis clientes...

—Te la daba cuando no estabas en cuarentena por los últimos, digamos, tropiezos —me corta, y solo entonces me dirige una mirada de acero—. Esto no es un centro de beneficencia, *cara*. Aquí todo tiene ánimo de lucro. Si me haces perder dinero y he de recortar gastos, lo primero en menguar será tu nómina.

»No quería ponerme así —continúa con un suspiro—, pero no me has dejado elección.

—No hemos perdido a DiMarco —me apresuro a explicar—. Sigue siendo nuestro cliente, solo que no puedo llevarlo porque él y yo... —La certeza de estar siendo tratada de un modo injusto se me cruza como un rayo, y entonces espeto—: Fuiste tú quien estableció en nuestra última reunión que el único motivo aceptable para remitir un cliente a otro agente era mantener con él una relación.

Berta me mira con verdadera curiosidad.

—¿Qué te ha hecho pensar que esa sería una justificación razonable para aplacarme? Has iniciado la relación cuando ya era tu cliente, algo fácil de evitar si estás comprometida con tus obligaciones. A no ser que tuvieras algún tipo de contacto anterior con él y me lo ocultaras —insinúa, entornando los ojos.

—¡No! ¡Claro que no! Berta, yo pensaba que estaba haciendo lo correcto.

—¿Al sustituir tu única cuenta —recalca esas dos palabras de un modo que me produce un escalofrío— por un hombre, quieres decir?

—No, no es eso...

—Ayer me llamó una periodista de uno de los muchos diarios con los que mantengo contacto profesional y me comentó que tenía una jugosa exclusiva de uno de nuestros clientes. —Espera a que yo misma ate cabos sosteniéndome la mirada—. Myles DiMarco. ¿Te suena?

—Roberta...

—Por lo visto, una chica le había escrito para contarle un episodio horrible que había presenciado en primera persona en Central Park. Lo tengo por aquí. —Alarga un brazo hacia el ratón del ordenador de mesa. Clica un par de veces y se ajusta las gafas sobre el puente de

la nariz—. El jugador «le gritó a su amiga, que solo se había acercado a pedirle un autógrafo para su hermano de trece años, y luego a su mismísima acompañante, una chica de más o menos su edad que parecía su novia». —Se quita las gafas y deja que le cuelguen de la cadena de oro sobre el pecho—. Entiendo por qué la periodista pensó que podría interesarme silenciar su talentosa pluma con una más que digna suma económica. Entre que siempre es escandaloso que un hombre violente a una mujer en público y que este hombre en concreto ya se ha granjeado una determinada fama...

—No fue así —lo defiendo enseguida—, él...

—¿Ese es el... —hace una mueca— sujeto por el que has desplazado tu carrera? ¿Un tipo que te grita en plena calle delante de dos universitarias impresionables y ni se le caen los anillos? Porque sé que es a ti a quien le gritó. La chica proporcionó fotografías.

Gira la pantalla del Mac hacia mí, y entonces me las veo de frente conmigo misma.

La imagen está borrosa, como siempre que usas el zoom, pero se me ve con las mejillas llenas de lágrimas e intentando cogerlo del brazo. Roberta va pasando las fotos pulsando la tecla de la flecha: yo alargando la mano, él quitándome de en medio con un gesto desdeñoso, él alejándose sendero arriba, yo llorando con la bolsa de los pretzels en el suelo.

La sensación de injusticia, humillación y dolor que experimenté me ataca por detrás y por un segundo no puedo moverme.

—No es como lo cuentas —me atrevo a murmurar. Saco fuerzas de los puños, que aprieto con toda la intensidad de mi impotencia, y no levanto la vista del suelo para evitar que Roberta me intimide—. Todo iba bien. Estábamos contentos. Pero entonces descubrió que habías sacado a la luz información muy sensible para él. Se quedó petrificado. —Inspiro hondo y me encomiendo a Dios antes de mirarla a los ojos—. No tenías derecho a publicar la orientación sexual de su tío o sus dificultades con el TDAH, sobre todo porque no conoces el alcance de lo segundo o su sentir al respecto, y al proporcionar datos a medias has abierto la veda a la especulación.

Aunque el cuadro del TDAH sea muy específico, cada persona que lo tiene es un mundo, y...

Antes que su respuesta, me silencia la mirada cargada de lástima que me dirige.

—Mírate. Justificando el maltrato y la humillación pública de un hombre a costa de tratar a tu jefa de perra inmisericorde.

—No he hecho eso. ¡No he dicho eso!

—Siempre he pensado que eres la mejor mánager que se ha visto jamás en Velvet Room. Tenías en todo momento la cabeza sobre los hombros. Sabías diferenciar la decisión correcta de la equivocada. Alguna que otra vez llegué a verte como la única digna heredera de mi agencia. —Extiende los brazos para abarcar toda la oficina, toda su grandeza, todo lo que es ella: lo que siempre he querido ser—. Pero ahora estás cometiendo el mismo error que tus predecesoras. Dejar que te gane la fibra sensible. Volverte blanda. —Chasquea la lengua—. *Una vera desilusione*.

Mi indignación y mi sentido del deber son reemplazados por el ruego.

—Sigo teniendo la cabeza sobre los hombros, y sigo queriendo crecer y mejorar, y...

—¿Y cómo vas a crecer y mejorar cuestionando mis decisiones? En el momento en que soltaste a Myles DiMarco como cliente y él pasó a ser mío, adónde fueran sus datos personales, sensibles o no, dejó de ser asunto tuyo para convertirse en mi responsabilidad. Pero considerando que te has ofendido en el nombre de sus sentimientos, será que al señorito no le ha gustado la estrategia (efectiva, por cierto) de humanizarlo ante sus detractores. Ya que sois tan buenos amigos, te tocará apaciguar sus ánimos convulsos y convencerlo de no hacer ninguna tontería... como demandarnos. —Berta alza la barbilla hacia mí y me dirige su sonrisa de pega—. Entiendes lo que te digo, ¿verdad, *cara*?

Capítulo 21

Blurred Lines Everywhere

Lara Cosima

Por supuesto que lo entiendo. Dudo que DiMarco conozca sus derechos o haya pensado en ejercerlos: habrá priorizado el bienestar de su tío y encontrar un lugar lo bastante profundo y discreto para esconderse hasta que su nombre deje de ser tendencia.

Pero yo sí sé que se ha vulnerado su derecho al honor, el compromiso de la agencia con la protección de datos y que, en un juzgado, el abogado de la acusación podría llegar a alegar que se ha violado su intimidad y se ha dañado su imagen pública. Llevar el asunto a los tribunales sería costoso, traumático y destruiría la reputación de Velvet Room. Nadie quiere contratar a una agencia de representación y publicidad que vende tus secretos a los periódicos. Yo soy la primera que no desea trabajar en una empresa carente de escrúpulos.

Pero es que no sabía que carecía de escrúpulos.

A lo mejor no he decepcionado a Roberta ni he metido la pata en diez años de dedicación, pero ella tampoco me había decepcionado a mí. Sus máximas siempre han sido la confidencialidad y priorizar una relación estrecha entre agente y cliente para garantizar la comodidad y la permanencia del segundo, ¿y se supone que soy la mala de la película porque intentando estrechar esa relación haya terminado desarrollando sentimientos románticos?

¿Es que acaso soy un maldito robot?

Quizá lo sea. Al final, ni siquiera después del golpe bajo me es indiferente una posible demanda de DiMarco contra Velvet Room. Ni siquiera con la revelación de Roberta como genio sin escrúpulos puedo desentenderme de Velvet Room.

Adoro este sitio. Adoro estar aquí. Adoro mi rutina de café, aplicación de pintalabios, conversación con Samantha, gritos al teléfono, reuniones improvisadas; decir en los establecimientos que trabajo en Velvet Room y que me miren con respeto. Sigo persiguiendo la posibilidad de ser algún día un activo importante. Es lo que me he despertado y acostado pensando desde que cumplí diecinueve años y leí en la revista Forbes un artículo sobre Roberta Montessore. A modo de manifestación, el recortable estuvo doblado

en mi cartera con el mismo mimo que la fotografía de la novia de un soldado durante la guerra. No lo saqué hasta medio lustro más tarde, cuando Berta ya me había nombrado *talent manager* independiente.

—Hablaré con él —le prometo.

—Estupendo, *cara*. —Esboza otra sonrisa, esta de diferente calibre, y se levanta para acompañarme a la puerta agarrándome amistosamente por el hombro—. Todo esto es por tu bien, Lara Cosima. Por el bien de tu carrera profesional y también el de tu corazón. Me partiría el alma verte destruida por un hombre con problemas para gestionar la ira. ¡Me hirvió la sangre al ver esas imágenes! ¡No te lo puedes ni imaginar!

Desconecto de la conversación con mi cara-pantalla, esa expresión de copia y pega que se caracteriza por su sonrisa benigna y su mirada lejana.

Roberta no solo me guía hasta la salida de su despacho, sino que continúa hacia el ascensor, subrayando así la que es mi misión: encontrar a DiMarco dondequiera que se haya metido y quitarle de la cabeza como sea el deseo de destruir la agencia. Sigue parloteando sobre el peligro de dejarse seducir por un hombre con sangre italiana —dudo que la tenga; solo es el apellido de su tío adoptivo. ¿Es que no se ha leído los informes que he escrito sobre él?—, sobre lo nocivo que es el amor para una mujer ambiciosa, sobre lo admirable que es todo cuanto he conseguido hasta ahora, sobre lo mucho que merece la pena sacrificar el deseo, tan voluble e impermanente, en beneficio de los frutos materiales, que jamás te abandonarán: «¡Una casita en la playa de Santa Mónica para veranear!», «¡Un vestidor solo de zapatos!», «¡Un viaje anual a Europa para descubrir algún país mediterráneo!».

Sus palabras siguen zumbando a mi alrededor como un enjambre de avispas vengativas cuando salgo del ascensor. El mundo se ha convertido en un ruido de fondo indescifrable, ajeno a mí. Solo soy consciente de que sujeto con fuerza el bolso, de que las recepcionistas se preguntan entre cuchicheos qué me ha pasado, si es que estoy enferma, si es que han atracado mi armario y me han dejado solo con la ropa de deporte.

Un cansancio indefinido y más fuerte que yo se va apoderando de mí, y para cuando he salido a la calle, se me doblan las rodillas y necesito sentarme en la acera para no derrumbarme. Nunca he fumado, pero un cigarrillo me habría venido que ni pintado.

Una única pregunta da vueltas por mi mente.

¿Dónde se ha metido Myles?

—Cielo —me llama una voz familiar. Su dulzura me pone el corazón en un puño.

Alzo la cabeza y le devuelvo una sonrisa llorosa al portero, Bob, que me tiende un pañuelo de tela. Al principio lo miro sin entender, pero no tardo en comprender que es para que me seque las lágrimas.

—Oh —murmuro, sorprendida. Más me sorprendo aún pasándome la esquina por las mejillas bañadas. Se me escapa una risita quebrada—. Vaya... Qué raro. No sé qué me pasa.

—Un día duro, ¿eh?

—Sí, supongo que sí. Qué bochorno. Esto no me suele ocurrir.

El portero me sonríe con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? Al menos una vez a la semana sales de la oficina hecha un mar de lágrimas, Larita —señala con tiento. Espera a que reaccione, atendiéndome con una mezcla de incredulidad y compasión. Viendo que me quedo estática, se apresura a aclarar—: Pero no es asunto mío. Perdona.

¿Al menos una vez a la semana? Ha tenido que confundirme con otra persona. Puede que yo sea de lágrima fácil, pero cuando se trata de mi trabajo estoy más feliz que unas pascuas; ¡soy Wonder Woman y nada puede atravesar mi armadura!

¿No?

Compruebo que Myles no ha contestado todavía ninguno de mis tropecientos mensajes.

Tampoco me ha devuelto las llamadas.

No quería violar su intimidad ni su deseo de distancia, pero termino recurriendo a la aplicación de Mapas, donde me basta con clicar sobre su fotografía para localizarlo. Me sorprende y a la vez no me sorprende en absoluto que la chincheta de su ubicación se encuentre en Jacksonville, Florida, muy cerca de Neptune Beach.

Le pido al portero que me ayude a levantarme.

—Oye, Bob —le pregunto aprovechando que me escolta hacia la parada de taxis. Me recuesto contra su brazo firme—. ¿Qué hace Norma por ti cuando te enfadas con ella? Ya sabes, ese gesto de redención que te inclina a perdonarla.

Bob se ríe de buena gana.

—Yo no tengo permiso para enfadarme con Norma. Puede que a veces me saque de quicio, pero todo lo hace con la intención de ayudarme. No sería justo para ella que me mosqueara.

Mi sonrisa cortés se desinfla.

—Ya.

—Aunque unos mimos nunca hacen daño cuando estoy de mal humor —sugiere al verme derrotada—. Y no creo que haya un solo hombre en el mundo que pueda resistirse a la vulnerabilidad de su chica.

Bob no ha mencionado que los hombres encuentren irresistible que «su chica» —las comillas son necesarias, ahora más que nunca — tome un avión de última hora destino Jacksonville para plantarse a traición en la casa de su única familia... a la que resulta, por cierto, que acaba de arruinarle la vida. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer si es alérgico a los teléfonos y ahora, para colmo, no quiere verme ni en pintura?

Pensaba que la *app* Mapas no sería infalible y estaría dando tumbos por los alrededores de Neptune Beach otras seis horas de ruta. Para mi inmensa sorpresa, la aplicación me chiva la dirección exacta y resulta que el taxista conoce a Henry DiMarco —fueron juntos al único instituto de la zona—, así que me guía con mucho gusto por las calles tranquilas de la zona residencial.

A través del cristal no advierto un solo rascacielos o vivienda de lujo. Es un barrio propiamente dicho, con su ambiente relajado y su modesta hilera de casitas, algunas en primera línea de playa.

—Aquí es, señorita.

Me recibe una agradable brisa. En el sureste de Norteamérica la temperatura es mucho más indulgente; a estas horas de la tarde el

sol sigue acariciándote la piel, aunque con la incisión justa para no tener que preocuparte del protector.

Henry vive en una casita baja y blanca de una sola planta con el tejado a dos aguas envejecido por acumulación de salitre. Cuenta con un porche evocador del cine norteamericano, con su mesita de café y sus sillas de plástico, su neverita portátil y su cenicero improvisado: en este caso, una lata de cerveza cortada por la mitad. Se accede por un trío de escaleras salpicadas de arena y con la pintura desconchada por influencia del sol, pero por lo demás en perfecto estado.

Repantigado en su mecedora, un hombre orondo y pequeñito rasca las últimas horas de la siesta. Tiene un aspecto confiable. Fuma tranquilo con una mano arrugada y morena por los años de exposición al eterno verano de Florida; la otra pasa las páginas de una novela de bolsillo gruesa y con las páginas abombadas por la humedad. Lleva una camisa azul de manga corta encima de la *wife-beater* blanca, unas bermudas estampadas y unas cangrejeras.

Alza la cabeza al verme de pie al otro lado del porche, a donde me he dirigido después de sortear los arbolitos de la propiedad y la manguera enrollada sobre un charco de agua. Levanta las gruesas cejas con curiosidad, revelando así un rostro muy parecido al de Martin Scorsese. Tiene que mirarme por encima de las gafas de cerca para ¿reconocerme? ¿O solo saludarme?

Yergue una palma como un jefe indioamericano y prueba a sonreír.

—Hola, desconocida —saluda con acento miamense—. ¿Necesitas indicaciones para ir a alguna parte?

Me coloco las gafas de sol como diadema y guiño los ojos para responderle.

—Si estoy hablando con Henry DiMarco, he llegado a mi destino.

Él vacila antes de depositar a un lado el libro, formando una casita sobre la mesa, y se levanta como si tuviera las articulaciones desengrasadas, la dificultad propia del cansancio acumulado.

—¿Eres periodista? Porque ya le he dicho a varios que no concedo entrevistas. Quiero que me dejen tranquilo.

Es una respuesta que podría haber dado el DiMarco que conozco, pero su tío se expresa con gentileza, sin perder en ningún momento los modales.

Supongo que con la edad acaba llegando la resignación.

O que este hombre sí está a favor del contrato social.

—Soy amiga de Myles. Vengo a ver cómo está. Y cómo está usted —añado con tiento.

—Oh. —Mira hacia sus bermudas manchadas de arena. Se las sacude con prisa y gesticula hacia mí para invitarme a pasar al interior de su casa, abierta de par en par y solo protegida de la brisa y los insectos por una mosquitera—. Ha salido a correr, pero pasa, princesa, pasa.

Me adentro en la casa de la infancia de Myles con el respeto que merece una experiencia así. Tal y como me explicó, vivió —y su tío sigue viviendo— en un modesto «semiestudio», que no por pequeño está desaprovechado o resulta poco acogedor. Al contrario. Me sorprende el metodismo de su organización y distribución, la extrema pulcritud, lo encantadora y apropiada que es la decoración playera. Aunque el sofá es antiguo y la casa en sí debe datar de los años setenta, todo se conserva de maravilla, la anecdótica cocina y el anticuado televisor inclusive.

—¿Quieres un café? ¿Una cerveza? —pregunta en su paseo a la nevera—. No suelo recibir visitas, pero como Myles llegó anoche, trajo algunos víveres. Tengo Jai Alai de Tampa, que es artesanal, y Bud Light. El niño es más de clásicos.

La dulzura que encierra ese «el niño» me distrae de mi implacable curiosidad.

—Agua está bien, gracias.

No creo que proceda llegar, ocupar su casa y beberme su oro líquido para luego empezar a deshacerme en disculpas por haberle arruinado la vida.

Aunque no parece atormentado.

Henry regresa con una botella de cristal de agua fría y una lata verde de Jai Alai. Toma asiento en un sillón reclinable que cruje bajo su peso y me invita a enfrentarlo en el sofá.

—Tú eres la chica, ¿no? La que tiene los dos nombres.

Su comentario me sorprende.

—Supongo que sí.

—Myles nunca ha tenido muchos amigos, y amigas menos aún. —Da a entender la opinión que esto le merece meneando la cabeza con desaprobación—. Pero me ha mencionado a una mujer especial.

—No sé si especial —murmuro con un nudo en la garganta—. Hasta hace poco yo era su representante, y tiene usted que saber que de una manera u otra he sido responsable de que salga a la luz que... No hay palabras en el mundo para expresar cuánto siento lo que ha pasado, señor DiMarco.

—Llámame Henry, mujer. ¿Dices eso que ha salido en la prensa y en internet? —Asiento con el cuello rígido. Él desvía la vista un segundo a la pared de encima del sofá, donde ha colgado unos paisajes marinos al óleo. Al cabo de un rato, encoge un hombro—. Myles llegó anoche muy acalorado por el mismo tema. Lo hecho, hecho está. No hay que flagelarse.

—Aun así, tenía que disculparme.

—No ha sido para tanto. Verás... Yo no he sido discreto al respecto porque me preocupara la reacción de la gente, sino por facilitarme las cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Trabajo en un sector muy masculino, si quieres describirlo así, y me muevo con hombres conservadores. Hombres que, si lo hubieran sabido, no se habrían sentido cómodos que digamos a mi alrededor. Pero cuando hoy he llegado al trabajo nadie parecía sorprendido. Nadie me ha tratado diferente. Nadie ha hecho ninguna broma desagradable. —Se encoge de hombros otra vez—. La mitad lo sospechaba y le parecía bien, y a la otra mitad le daba igual. Eso de los cotilleos son cosas que solo importan en Nueva York, ¿me entiendes? Aquí estamos «en otra onda», como decís los jóvenes.

Los jóvenes llevan sin decir eso al menos veinte años, pero me conmueve su intento de acercamiento y le sonrío de corazón.

—Me alegra saber que está usted bien.

—Yo siempre estoy bien. —Se encoge de hombros por tercera vez. Empieza a parecer un tic—. Aunque sí me molesta que Myles se agobie con el asunto de su TDAH. No le beneficia en nada ponerse

nervioso. Se vuelve muy irritable, deja de dormir... Todas esas cosas que ya sabrás.

«Ojalá las supiera. No me las quiere contar», me tienta responder.

—¿Usted no es de la opinión de que quizá le vendría bien... —carraspeo— medicarse?

Henry es un hombre agradable, pero no me habría extrañado que me mandara a meterme en mis propios asuntos. No solo no me sugiere arder en el infierno, sino que se muestra encantado de poder hablar «del niño» con alguien.

—Yo esperaba continuar el tratamiento que ya le administraban en el centro de acogida. Los centros tienen convenios con empresas de salud, psicólogos en plantilla y demás, así que Myles ya estaba recibiendo medicación para el momento de la adopción. A las pocas semanas de empezar a vivir juntos descubrí que las tiraba por el retrete —suspira, pero una sonrisa de «no tiene remedio» suaviza su expresión. No puedo sino compadecerme de él, porque cuántas veces no he pensado lo mismo, a veces exasperada, pero al final con ternura—. Lo confronté y me explicó que llevaba haciéndolo desde siempre. No quería pastillas, me dijo. ¡Es como si lo estuviera viendo ahora mismo! ¡Estaba tan enfadado que se le marcaba el músculo de la mandíbula! Según él, estaba bien así. Y, además, le daban miedo los efectos adversos porque había observado cómo afectaban a otros compañeros con el mismo diagnóstico. A raíz de eso presté más atención a su comportamiento y su actitud, y viendo que era un chaval como otro cualquiera, si acaso algo más distraído y enérgico, decidí respetar su deseo. ¿Quieres algo de comer, princesa?

Lo cierto es que llevo sin llevarme nada a la boca desde que DiMarco me dejó tirada en Central Park, pero sigo y seguiré teniendo el estómago cerrado hasta que lo vea.

—No, gracias.

—¿Vas a quedarte a dormir? Puedo preparar el sofá. O seguro que el niño te cede la cama.

—No, no, no. —Extiendo las manos—. No se me ocurriría, después de todo. Seguro que Myles está furioso conmigo, y usted... a usted no me gustaría ponerle en un compromiso.

—¿Qué compromiso, si te lo he ofrecido yo? Y tutéame, mujer, que no soy ningún señor. Con tu permiso —se pone en pie—, yo sí voy a prepararme algo para picar. Siempre estoy hambriento. ¡Así de gordo me he puesto! ¡Eso sí que me habría molestado, que me hubieran llamado gordo en el periódico! —exclama, y se echa a reír de buen humor.

Recostada en el sofá, observo maravillada los movimientos fluidos de Henry.

Hay toda una vida diferente a cinco o seis horas en avión respecto del aeropuerto JFK, pienso. Una vida más lenta. Una vida contemplativa. No osaría decir que Henry no esté hasta el cuello de trabajo —ahora entiendo la queja de DiMarco en el programa de Farah Fou cuando reclamó que los mayores sigan aportando al sistema: su tío tiene sesenta y siete y continúa arrimando el hombro —, pero desde luego se lo toma todo de otra manera. Para él nada es el fin del mundo. Para él, nada que no pueda tocar con los dedos existe. Durante cuarenta y ocho horas —y a lo mejor durante otras setenta y dos más, lo que el asunto demore en desvanecerse—, ha sido y será el hombre gay más famoso del Mundo Libre, un título vertiginoso y desconcertante cuando se viene de no ser ni siquiera un hombre abiertamente gay en la pequeñita Neptune Beach.

Pero ¿y qué? «Eso de los cotilleos solo importa en Nueva York». Podría habérmelo dicho con desprecio, y, sin embargo, ha sonado llano y tranquilo, como si me hubiera informado de que en Praga se paga con coronas checas.

Entre la temperatura de la casa y la agradable conversación de Henry, que arranca a contarme a lo que se dedica en el muelle de Jacksonville y los fines de semana que Myles viene a verlo, mi cuerpo va asimilando el cansancio acumulado y me voy volviendo pesada como un ancla en el sofá.

Nada me parece más interesante o importante que saber por qué eligió a Myles de entre todos los niños, un chico de quince años huraño, independiente y, a la vez, terriblemente vulnerable por sus necesidades especiales. Nada me parece más interesante o importante que saber qué comen en Navidad, cómo era un día en su vida cuando compartían casa, si despedirlo para mudarse a Boston

le partió el corazón, qué opina de su dedicación al fútbol. Pero mi cabeza deja de responder y voy sumiéndome poco a poco en un sueño tan denso y oscuro que no hay espacio ni siquiera para los sueños.

Capítulo 22

HONEY (ARE YOU STAYING?)

DiMarco

Como siempre, se me ha ido el santo al cielo.

Mi objetivo era ir corriendo de Neptune Beach hasta la estación naval de Mayport, a nueve kilómetros de distancia en llano siguiendo el camino más fácil; casi doce si vas pegando a la playa tanto como lo permite la ruta, que es lo que yo quería. En total estábamos hablando de una hora de ida y otra de vuelta, tiempo suficiente para darle a mi tío su espacio pero no tanto como para desaprovechar lo que me resta de fin de semana con él antes de retomar los entrenamientos.

Al final he salido a las tres de la tarde y estoy volviendo a las ocho menos cinco, cuando el sol ha empezado su descenso a la oscuridad. A lo largo del trayecto, mi mente no ha dejado de trazar planes, algunos inasequibles, como cruzar a pie hasta la isla de Fanning. He tenido que coger el ferry para darme el chapuzón que quería en las aguas transparentes del parque estatal de Fanning Spring, uno de mis rincones preferidos cuando era un crío. Necesitaba refrescarme las ideas y quitarme de encima esta sensación de angustia y suciedad que, más que acompañarme, me ha perseguido.

Al final, el problema no ha sido un problema. El problema ha dejado de serlo en cuanto he mirado a la cara al tío Henry y he confirmado que se lo ha tomado con filosofía. El problema es que mi cuerpo piensa, y si me quedo quieto, exploto, me ahogo o me sobrecargo de electricidad y sufro un cortocircuito físico y mental.

Pero sobre todo mental, que es lo peor.

No pretendo huir del agobio corriendo, sino solo vaciar la cabeza empujando los pensamientos negativos con la densidad del cansancio; liberar la presión del pecho, la tensión en la mandíbula y los hombros; ponerme en manos de la urgencia de hacer algo ya y al mismo tiempo salvarme de ella a través de la extenuación.

Cuando llego a casa, estoy envuelto en una gruesa capa de sudor. Hago una pausa en el porche para apoyarme en las rodillas y recuperar la respiración.

Sentado en la mecedora, como siempre que el cielo lo entretiene con el espectáculo de color de un atardecer veraniego, está el tío Henry.

—¿Mejor? —me pregunta en voz alta.

No, la verdad es que no. Esta vez no he conseguido deshacerme de la idea que me torturaba, que no ha cesado de darse de golpes con las esquinas de mi cabeza como una puta bola de *pinball* o como el jodido logo del salvapantallas de los antiguos DVDs que cambia de tono al contacto con las paredes.

—Voy a pedir tacos. Tenemos visita. Aunque no creo que despierte para entonces; estaba muerta de cansancio, la pobre. ¡Hay que ver con la vida neoyorquina! ¡Eso no es vida ni es nada!

—¿Visita? —repito sin aliento. Necesito hacer una pausa para coger una gran bocanada de aire—. ¿Quién ha venido a verte?

—Ha venido a verte a ti. Y también un poco a mí, pero sobre todo a ti.

El corazón se me encoge.

No puede ser, ¿no? No sabe dónde estoy.

Me he escondido de ella adrede, no voy a negarlo. Es el comportamiento más infantil y patético de todos los que he desplegado desde que recuerdo, pero no cabía otra opción. Si tenía que verla, iba a reaccionar de un modo que no nos iba a gustar a ninguno de los dos, y no porque me sobrepasara la rabia, como podría pensarse, sino porque me aturdiría la debilidad que de todas formas me enmudece al subir las escaleras y retirar la mosquitera.

—Sé bueno, ¿eh? —me pide el tío Henry.

Eso me dice desde que tengo uso de razón. No era como los cuidadores del centro de acogida, ni como los profesores de la escuela, ni como la mayoría de personas que me he cruzado en mi vida adulta, que me decían y me siguen diciendo «párate quieto», «cállate un poco», «deja de interrumpir», «baja los humos», «no seas desagradable», «no seas impertinente», «no seas como eres».

Nada de eso. Lo único que me ha pedido el tío Henry es que sea bueno.

Y lo intento. Pero a veces no me sale.

Relajo los hombros y me adentro en la casita esperando toparme con una Lara Cosima erguida y cruzada de brazos, lista para reprenderme por no estar a la altura de su exquisita educación. No sé por qué es lo que me imagino cuando no es así como nos despedimos y mi tío ha dicho que está dormida. Lo que me encuentro es un ovillo de carne y hueso —más hueso que carne— enrollado en el sofá de quien en realidad es mi padre, aunque ninguno de los dos nos atrevamos a pronunciar la palabra.

Me acerco con cuidado, aunque si el ruido infernal del viejo ventilador no la ha despertado, no lo van a hacer mis pasos. Respira suavemente con una mano retorcida bajo la mejilla y la otra engurruñida contra el pecho, en una de esas posturas raras y preocupantes que adoptan algunos fetos inviables en el vientre de su madre. El sudor le ha pegado a la frente un par de mechones castaños, oscurecidos por la humedad.

Me hago un hueco en el borde que sus piernas dobladas han dejado libre, sintiendo que el corazón me late desaforado y que el nudo de agonía crece y crece en mi garganta.

Fantástico. Correr veinte putos kilómetros, andar otros tantos y nadar hasta el hartazgo no me ha servido de nada. Estoy en el mismo punto que cuando salí escopeteado de Manhattan.

Me va a preguntar si estoy enfadado, eso lo primero. Y con esa primera pregunta ya estaré jodido. Vendido. No podré contestar. Porque si le digo que no, que es la verdad, querrá saber qué es lo que me pasa entonces, por qué la he ignorado, y yo no podré usar el TDAH como excusa porque nunca lo uso como excusa y porque además esta indiferencia de la que se me acusará con razón ha sido forzada.

¿Qué le contesto, entonces? ¿Que durante ese segundo que la he creído capaz de traicionarme me he sentido absolutamente indefenso?, ¿tan indefenso, de hecho, que lo único que se me ha ocurrido ha sido venir a refugiarme con el tío Henry?

Claro que necesitaba saber que él estaba bien. Claro que necesitaba permanecer a su lado para capear un temporal que al final solo ha sido una brisa. Pero también necesitaba protegerme de la revelación de que Elsie puede hacerme daño.

Así que esto es estar enamorado, ¿no? Es las dos cosas: querer hacerme *selfies* con ella en Central Park y luego no saber gestionarme ni soportarme cuando me decepciona. Es no poder cansarme de ella y no poder enfadarme con ella. Es una combinación de contrariedades y emociones intensas que no se calman ni poniendo más de mil millas de distancia.

Es, sobre todo, aterrador.

Y muy humillante, porque soy orgulloso, competitivo y obstinado y no quiero estar enamorado a solas. Quiero que ella se sienta igual, y no creo que lo haga.

Aunque me ha buscado y me ha encontrado. Es lo que yo, que siento esto, habría hecho.

Elsie se revuelve en sueños y estira los brazos doloridos por la postura. Saber que está a punto de despertarse me llena de inquietud. Cambia de postura, tendiéndose boca a arriba, y se frota los ojos manchados de rímel antes de parpadear somnolienta.

Me mira sin ver más que un borrón y tuerce el morro, desorientada. Murmura mi nombre y tarda unos segundos en reparar en que no soy una aparición, sino que estoy aquí en carne y hueso. Entonces se incorpora de golpe y me coge con fuerza de la muñeca, como si temiera que fuera a desvanecerme.

—Myles —balbucea. Me aprieta el brazo, que no llega a poder abarcar con los dedos, y enseguida se lanza a abrazarme repitiendo mi nombre otra vez—. Myles... Estás... mojado.

—Vengo de correr.

No se aparta al descubrir que es sudor y no agua.

—Hueles a playa —murmura con los labios pegados a mi hombro. Yo trago saliva y le devuelvo el abrazo con torpeza—. Por fin estás en tu playa.

—Sí.

Se separa con timidez y se peina el pelo hacia atrás en un movimiento nervioso.

—Tengo que hablar contigo de lo del otro día. —Le sostengo la mirada sin saber qué decir. Ella lo interpreta como que le doy carta blanca para desahogarse y se sienta en condiciones, poniendo los pies descalzos en el suelo—. Yo no filtré nada. No le envié la

información a nadie. Me quedé tan sorprendida como tú. Tienes que creerme. Sé que no quieres que nadie sepa... que no querías darte a conocer por tus diagnósticos, y lo de tu tío fue una jugada sucia, y... y no te quepa duda de que he ido a confrontar a Samantha y a Roberta al respecto, pero ya que está hecho solo podemos esperar que la gente lo olvide. Están siendo benevolentes, al menos. Aseguran entender mejor algunas cosas de tu carácter, y...

Arrugo el ceño.

—¿Qué cosas entienden mejor, si no me conocen? ¿Entienden mejor que empujara a un *paparazzi*, dices? Porque eso no fue el TDAH. Por más que algunos de los síntomas sean la irascibilidad y que me abrume un pronto y necesite actuar para desaparecer cuanto antes, cualquier persona con sangre en las venas habría hecho lo mismo. ¿O te refieres a que entienden mejor que sea o haya sido promiscuo, que juegue bien al fútbol, que no quiera estar en sitios que me sobreestimulan? ¿Qué es lo que hay que entender? Yo no le he pedido a nadie que me entienda —termino espetando—. Solo que me dejen en paz.

Ella escucha con los labios sellados y espera a haberse cerciorado de que he acabado.

—Samantha me ha pedido que te traslade que siente mucho lo sucedido, y Roberta... Roberta espera que podamos llegar a un entendimiento. No cree que sea pertinente que te enemistes con la agencia cuando su intención era buena, y...

—O sea, que has venido a hacer control de daños —la interrumpo con voz neutra.

Ella se olvida del discurso preparado y busca mi mirada, pero yo estoy demasiado cansado para esto. Al escucharla me ha inundado una decepción tan honda que tengo que largarme a lamerme las heridas.

Me levanto del sofá y salgo de la casa intentando disimular que la pena me corroe y la desorientación me impide pensar con claridad. En mi camino a la orilla del mar, a tan solo cien metros de la casa, me parece oír a mi tío mencionar que va a acercarse a la taquería de confianza y va a esperar a que le preparen los pedidos. No le gusta sacar a nadie de su casa para que le traigan de comer.

Llevo solo unos pantalones deportivos que no me importa mojar. Me adentro en las aguas iluminadas por los últimos rayos del atardecer, asqueado por mi propio sudor —«¡Johnson's Baby!», gritaría Vinny entre risas—, y me sumerjo hasta que noto que me fallan los pulmones.

Cuando me yergo entre las suaves olas y miro hacia la orilla, Elsie está ahí, esperándome con agónica impaciencia. Viendo que no pienso salir, se adelanta con aprensión —no querrá mojarse los trapos, aunque solo lleva una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones anchos— y acude a mi encuentro. El agua le llega por la cintura cuando me pone una mano en el antebrazo para no perder el equilibrio.

—Por favor, deja de escabullirte —me pide con cansancio—, y no me tortures por esto. Sabes que desde el principio tú y yo hemos estado unidos por un acuerdo laboral. Todo lo personal que ha pasado después sigue inevitablemente vinculado con Velvet Room.

—Se supone que firmé el otro día para que dejara de estarlo.

—Pero las cosas requieren tiempo. No es tan fácil. Y tú sigues siendo un cliente. No el mío en concreto, pero sí un miembro valioso en la cartera de la empresa en la que trabajo.

—No entiendo cómo no te has presentado allí a dimitir después de lo que me han hecho.

Deja que el reproche le cale, lo encaja con humildad, pero no renuncia a su visión.

—Llevo diez años allí. Velvet Room es mi vida. No puedo largarme sin más.

—Claro que puedes. Solo es un puto trabajo.

Su expresión replica lo contrario. Aun así, continúa sin perder el temple.

—Mi jefa controla todo Nueva York. ¿Qué crees que sería de mi carrera si me planto en la oficina, le grito que es una mujer falta de escrúpulos y anuncio mi despido? Entraría en la lista negra. Me tendría que ir a la otra punta de Norteamérica, o a Canadá, o al Reino Unido. Y allí no se come muy bien —añade con una sonrisa, una débil ofrenda de paz.

Aparto la mano con la que se sujeta a mí y la dejo a merced del oleaje.

—No me pidas que entienda que te importen más el dinero y la reputación que tus principios. Si es que los tienes —mascullo.

—¡No me pidas tú a mí que sacrifique todo lo que he construido por un hombre que en cuanto se cabrea desaparece y actúa como si hubiera muerto para él! —grita de pronto. Su arrebato emocional detiene mi camino hacia la orilla. Me quedo mirándola ahí donde rompen las olas—. ¿Crees que este es el modo de hacer las cosas?, ¿que te puedes enfurecer, gritarme en medio la calle, tirarme el desayuno a los pies y desvanecerte? ¡Te has largado a otro estado, Myles! ¡Y no tenías la menor intención de informarme! ¿Qué ibas a hacer después, eh? ¿Qué ibas a hacer si no venía a buscarte? ¿Ignorarme para siempre? ¿Fingir que nunca me conociste? A lo mejor lo siguiente que sabía de ti era que me habías denunciado.

—No te iba a denunciar. —Es lo único que puedo decir en mi defensa.

—¿Y qué más? —solloza, ya sin la contención de la ira para reprimir la tristeza—. Tampoco me ibas a escribir. No me ibas a dar la oportunidad de hablar contigo. No me ibas a dejar disculparme o explicarte lo que ha pasado. No me ibas a volver a dirigir el saludo, ¿verdad?

Sus preguntas me abruman.

—No lo sé, Elsie. No sé qué iba a hacer. Yo no planeo las cosas a dos semanas vista como tú. No puedes reprocharme que funcione de otra manera, que tenga otro carácter distinto al tuyo, y menos aún que me pirara a visitar a mi tío y no quisiera verte. Además; no te he echado de la casa. Estoy hablando contigo. ¿Qué más esperas? ¿Qué quieres?

—¡Un poco de compasión!

—¿La que tu puta jefa ha tenido con nosotros? ¿Te refieres a esa?

—¡Tu tío está perfectamente!

—Eso no significa que lo que le han hecho sea perdonable.

Elsie se obliga a relajar los hombros cogiendo una gran bocanada de aire.

—Entiendo que esto ha herido tus sentimientos, y por eso lo siento. Lo siento también por la parte de culpa que me corresponde. Pero eso no te da derecho a pisotearme. Tú... —la interrumpe el choque de una ola en su salida del mar. El agua le ha calado la ropa, que se le ciñe al cuerpo como un neopreno... Solo que las prendas son blancas y se le transparenta la piel. No puedo mirarla a la cara por la rabia que siento. Tampoco quedarme donde estoy. Eso a ella le da igual, porque sigue desahogándose caminando detrás de mí—. Me has tenido preocupada, ¿comprendes eso? ¿Eres capaz de empatizar? ¿O es que como a ti no te ha importado nunca ninguna mujer con la que te has acostado crees que nosotras, las demás, no desarrollamos una... un sentimiento de algún tipo?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Otra vez me sales con las novias de las narices?

—¡No puedes hacer esto! ¡No puedes hacerlo otra vez, DiMarco!

—¿El qué, joder?

—No puedes insistir e insistir en salir conmigo, perseguirme hasta conseguirlo, y, en cuanto cedo en contra de todo y todos, tratarme como... como... ¡como una mierda! —acaba exclamando—. ¡Yo no hago estas cosas con nadie! ¡Yo no...!

Intenta por todos los medios imponerse al llanto con ayuda de la fuerza de voluntad, la inspiración del orgullo y la rabia de no poder hacerse entender, pero la impotencia y la tristeza arrampla con ella y acaba rompiendo a llorar de verdad.

Yo reconozco ese tipo de llanto porque lo he sufrido. Es el peor de todos. El que mezcla la incredulidad de experimentar un sentimiento tan intenso con el alivio de haber puesto fin a la represión emocional. Llora intentando liberar tensión y purgar la dolorosa certeza de que algo escapa a su control.

Me doy la vuelta hacia ella y la levanto por la cintura para sacarla del rompeolas antes de que una se la lleve por delante. La deposito con cuidado en la arena aún caliente y la miro a la cara congestionada por el llanto sintiendo que me arde el pecho. Tengo que secarle las lágrimas con los pulgares y envolverla con los brazos, proteger su cabecita con la mano y refugiarla contra mi cuerpo.

—No llores, pitusa.

—¡Pues no seas tan cerrado y testarudo, ni tan vengativo, ni...! ¿De verdad crees que yo te haría daño adrede?, ¿de verdad piensas que merezco que me castigues?

Me encantaría aludir al argumento definitivo, ese que vence en todos los casos: «Esto no va sobre ti y lo estás convirtiendo en algo que va sobre ti», pero no me gusta mentir. Va sobre ella total, completa y absolutamente. Todo va sobre ella desde antes de que firmara ese primer contrato de representación cuyas cláusulas me pasé por el forro cuantas veces pude. Va sobre Elsie porque la quiero —qué cosas, ¿no?— y no soporto pensar que hasta su trabajo de mierda, su trabajo explotador, cruel, podrido desde la base de su planteamiento y preñado de víboras sea más importante para ella que yo. Porque, joder, a lo mejor el fútbol es crucial para mí, imprescindible, de hecho, pero a mí el fútbol no me manipula ni me está arruinando la vida.

Aun así, la beso en la frente. ¿Qué voy a hacer, si no? Es lo que hacen los caballeros de las películas románticas cuando la protagonista está llorando y se encaminan al ansiado momento de hacer las paces. Yo quiero hacer las paces. También quiero borrar las últimas veinticuatro horas de mi memoria. Habría preferido descubrir que Elsie me ha conquistado mientras me calentaba la cabeza contándome datos curiosos de la exposición de trapos del Instituto del Traje del Met, cuando se manchara el labio de kétchup comiéndose una hamburguesa del Wendy's o cuando la viera correrse debajo de mí, no de un modo tan traumático.

¿Que ella no hace estas cosas con nadie? Yo sí que no hago estas putas cosas con nadie.

Elsie se separa de mí para arreglarse los tirantes arrugados de la camiseta. Se la despega del vientre y hace lo mismo con los pantalones, airearlos por la pernera, excusas y más excusas para no mirarme a la cara.

—Es verdad que no debería haberte dejado allí tirada —admito con un nudo en la garganta—. No fue adrede.

—¿Ah, no? ¿Te abdujeron los alienígenas?

—O sea, no pensé «que te jodan» y me piré. Es difícil explicar lo que me pasó por la cabeza... lo que me suele pasar. No es que haya

un proceso racional previo a estallar. Ocurre algo que me descoloca y sube el volumen interno de golpe. Todo se vuelve insoportable: mucho ruido, mucha gente, muchos problemas. La mente me da vueltas de campana, me saturo y reacciono como me sale. No lo puedo controlar. El agobio es superior a mí.

Ella me examina con una expresión novedosa, exenta de recelos o fastidio.

—¿Y eso te gusta?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Si eso te pasa por el TDAH...

—No sé por qué me pasa —la corto—. Me pasa y punto.

—No es «me pasa y punto», Myles —se desespera—, porque te pasa, sufres muchísimo, y ya de paso nos haces sufrir a los que te quedamos cerca. Te pasa y le rompes las gafas a un fotógrafo. Te pasa y empiezas a atacar a una chica del público de un programa televisivo. Te pasa y de repente sientes la necesidad de decirme que Alexia ya no es mi amiga porque soy muy tajante, porque solo me importa trabajar, sin tener en cuenta mis sentimientos y que volvemos de una cita agradable.

—Dijiste que la cita había sido un desastre.

—Si te sucede por una condición tratable y no te tratas...

—No quiero hablar de eso. ¿Puedes respetarlo? —le espeto de mal humor—. ¿Puedes respetarlo o no? Porque si no, ya sabes dónde está la puerta.

—Puedo respetarlo, claro. ¿Puedes respetarme tú a mí? —contraataca con el cuello rígido.

Es una pregunta trampa, porque si se refiere a que respete la repugnante superficialidad de su trabajo, si se refiere a que respete a la hija de puta de su jefa, si se refiere a que respete a la imbécil de su compañera de trabajo, entonces no, no puedo respetarlo.

También es una pregunta trampa porque si se refiere a que la respete con los pezones transparentándose bajo la camisa, las bragas a la vista bajo el pantalón mojado, tampoco la puedo respetar.

Ella se da cuenta de que la miro de arriba abajo con desesperación. Ya no es ni hambre ni ganas de follar; no es ni

lujuria. Es pura angustia por poner fin al debate de nunca acabar y fundirme con el único cuerpo en el que pienso más que en el mío. Elsie deja clara su postura al respecto cubriéndose el pecho con las manos, pero se pasa la lengua por los labios y eso me atrae más que el fuego a las mariposas.

—Estoy muy triste —me advierte al ver que me acerco al acecho —. No quiero sexo y no he venido para eso. ¡Y me ofende que en esta tesitura pienses siquiera en tenerlo! ¡Guarro!

—No es sexo lo que busco —replico, y es verdad. Cojo aire y me inclino por ser sincero, aunque me deje en una situación de inferioridad—. Solo sentir que todo está solucionado y que me quieres otra vez. O que te caigo bien otra vez. Lo que sea.

Mi respuesta le provoca un puchero que se ocupa de mantener a raya con disciplina. Rompe la barrera humana que eran sus brazos cruzados, señal más que suficiente para acercarme, poner una mano en su cintura, otra alrededor del pezón helado y besarla debajo del lóbulo, en esa pequeña cueva que se forma entre la oreja y el cuello.

Todo se vuelve absurdo e incomprensible cuando la oigo suspirar de alivio. Me dan hasta ganas de reírme. ¿Que ahora todo el planeta sabe que tengo TDAH? ¿Que mi tío va a ser el homosexual más famoso de Jacksonville? ¿Que la planté en Central Park? ¿Que su jefa es Satanás? ¿Qué es todo eso y qué me importa a mí? Aún huele a su perfume pesado y mareante y ha tenido que volver a quererme, porque me devuelve los besos que le doy con la misma intención con la que salí a correr: para volver a sentirme dueño de mí mismo y no a merced de lo que mi mente haga conmigo.

Pero Elsie es más dominante y poderosa que mi propia mente. A ella también la ha domado, como demuestra que mis pensamientos rebajen la intensidad, dejen de insistir, se vayan adormeciendo. El alivio es inmediato, me inunda como un trago de agua fresca. Lo único que permanece latente, intentando volverme loco, es esa pulsación constante y totalmente temeraria que me pide que me libere diciéndole que la quiero. Es lo que saldría de mi boca si no la tuviera ocupada besando sus labios y la obstinación no me cerrara la garganta: te quiero, Elsie, y me da miedo. *Me das miedo.* Puedes hacer conmigo lo que quieras.

Capítulo 23

Life (Outside New York) Is Worth Living

DiMarco

El devenir de la noche termina de suavizar los ánimos, en parte porque yo sé —y Lara Cosima puede imaginarse— que mi tío se interpondrá entre cualquier amago de discusión. Por suerte, no hace falta que emplee sus dotes de mediador. Basta con que nos reunamos en torno a la mesa del salón con los tacos de Manuelito, su colega de la taquería de siempre, para disfrutar de una velada divertida.

El tío Henry le cuenta algunas anécdotas graciosas de cuando era un adolescente huraño y ella se ríe como siempre, cubriéndose la boca abochornada de ser tan guapa. A mí, por mi parte, me toca descojonarme cuando su estómago sigue rugiendo de hambre después de calzarse entre pecho y espalda la mitad de la bandeja de nachos. Mi tío se lamenta de no haber pedido más comida por haber creído que la talla de la invitada se correspondería con su apetito, pero ella lo apacigua disculpándose por tragona.

Ahí donde él se sienta en el sillón reclinable, Elsie y yo ocupamos el suelo justo enfrente. La opacidad de la mesa cubierta por el mantel me permite mantener la mano sobre su muslo en todo momento, muslo desnudo por la camisa hawaiana que le he prestado después de la ducha.

Una que nunca me pongo, obviamente.

Mi tío se excusa con que tiene que descansar para estar en pie a primera hora de la mañana y nos deja a solas en el salón. Nada más cierra la puerta del dormitorio, levanto a Elsie por la cintura y la siento en mi regazo. Así nos quedamos teniendo nuestras típicas conversaciones de besugos, pinceladas de manotazos indignados, besos y pellizcos, hasta que la luz nos hace daño en los ojos irritados por el largo día y optamos por acostarnos a oscuras.

—Si quieres me voy a la litera. O te vas tú —sugiero en voz baja —. Aquí vamos a estar muy estrechos.

—Me da igual. —Se pega más a mí y se enrosca a mi cuello—. No quiero que nos separemos.

Yo tampoco, así que me viene bien su negativa. Me viene bien también que me deje meter la mano bajo la camisa y mantenerla rodeándole un pecho mientras seguimos susurrándonos. Ella imita mi postura acariciándome el torso desnudo con los dedos y la nariz.

Si se puede estar relajado y a la vez histérico de la hostia en presencia de alguien, yo lo estoy. Me calma su cercanía y me altera a la vez.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te enfades? —pregunta en voz muy baja.

—Qué remedio —contesto en el mismo tono.

Ella deja correr un silencio hasta dar con el modo correcto de verbalizarlo. Como si quisiera suavizar el impacto de su próxima inquisición, hunde la mano en mi pelo todavía húmedo de la ducha y me lo peina despacio.

—¿Por qué el TDAH es un asunto delicado para ti? ¿Lo que te preocupa es que la gente piense que tu talento como jugador se debe a eso o se trata de otra cosa?

No sé si esta ha sido su intención desde el principio, pero no se puede negar que, a base de mencionarlo, ha terminado convirtiendo el tema de mi diagnóstico en otro cualquiera, como podrían serlo mis películas favoritas y los resultados de los últimos partidos.

Pero por los partidos no pregunta nunca, claro. No ya porque no le interesen —que tampoco—, sino porque la temporada no empieza hasta septiembre.

—Es por eso. Aunque también hay otra cosa.

—Me lo imaginaba. ¿Me lo quieres decir?

—Tanto como querer, pues no.

—Por favor.

El amor será milagroso, pero no te puede convertir en una persona que no eres, ¿no? Si acaso, como mucho sacará lo mejor de ti. Es indudable que yo quiero saberlo todo sobre ella, pero nunca querré que nadie sepa según qué aspectos sobre mí.

Por desgracia, también entra en juego el hecho de que no quiero negarle nada.

Por eso me decido a hablar.

—No se han estudiado en profundidad las causas del TDAH —le explico con susurros. La oscuridad, no poder ver su cara, me ayuda a sincerarme—, pero casi todos los estudios están de acuerdo en que una de ellas podría ser la heredabilidad.

—¿Sabes si tu madre o tu padre biológicos lo tenían?

—Ni lo sé ni me importa. No quiero saber nada de esas personas.

—¿No?

—Por lo general, nunca he pensado en ellos. Yo no era como los otros niños del centro: a mí no venían a visitarme los responsables de mi nacimiento cuando salían de la cárcel o del centro de rehabilitación, y no me importaba. No me preguntaba por mis padres como hacían los huérfanos. Me daba igual. No volvería a haberle dedicado un solo pensamiento a esa gentuza si no hubiera sido por el TDAH. Tener esta mierda es un recordatorio constante de que existieron y de que nunca les importé una mierda.

—Pensaba que murieron.

—Según mi informe, mi madre era drogadicta y mi padre su camello. Ella murió de sobredosis al poco tiempo de tenerme y él sigue en la trena. Lo condenaron a veinte años o algo así.

»Hay otros estudios que dicen que el TDAH puede ser resultado de los hábitos de la gestante durante el embarazo. Si lo he desarrollado porque se drogaba sin pensar ni por un momento en mi salud o mi futuro... —Aprieto los labios—. Es que no quiero pensarlo. No quiero ni recordarlo. No quiero hablar de ello.

—De acuerdo, de acuerdo, no mencionaremos el tema. Solo déjame decirte una cosa y ya me callo —me promete con dulzura—. Sea o no algo que has heredado de ellos o que tu madre provocó sin querer de alguna manera por su adicción, tienes que aceptar que llevas su genética. Es un hecho que has heredado rasgos de... esas personas, como tú las has llamado. Y la mayoría de esos rasgos son positivos. Uno de los dos seguramente tenía los ojos oscuros y unas pestañas larguísimas, uno de los dos era muy cariñoso, uno de los dos o quizá los dos eran deportistas brillantes en su juventud. Además, no deberías odiar algo de ti mismo porque provenga de tus progenitores. Al final, nos parecemos y somos sobre todo la persona que hemos construido con tiempo y disciplina.

—Ya, pero me enfado cada vez que tengo un problema por culpa del TDAH. Me enfado con ellos y conmigo mismo. A veces me siento tan mal que creo que me han maldecido.

—No quiero seguir sacando el temita, pero si no te gusta nada tenerlos presentes en tus síntomas, ya sabes que hay una forma de erradicarlos... o al menos controlarlos. Eso no sería una victoria de ellos, como me da la sensación de que piensas. Sería una decisión tuya y, por ende, una victoria tuya.

Su reflexión me deja pensativo.

—Claro que he sentido que si consumía anfetaminas o lo que se le ocurriera al farmacéutico de turno y me convertía en un chaval anestesiado, sin energía y dormilón, una persona con la que no me identifico, estaría perdiendo de alguna manera —confieso—. Quizás eso implique admitir que estoy en guerra con ellos, que siempre tendré esos dos enemigos. O a lo mejor solo significa que nunca terminaré de hacer las paces con mis genes y la forma en que funciona mi cabeza. Sé que cualquiera de ambos casos es triste. Pero me he sentido en un callejón sin salida a este respecto desde que recuerdo.

Tal vez ella tenga razón y lo que hago al no tratarme es aceptar vivir con lo que me ha tocado, que sería un símbolo de humildad y tierna aceptación si lo que me hubiera tocado hubiesen sido unos padres buenos pero con un problemilla. Pero como lo que me ha tocado son no uno, sino dos progenitores inservibles, estar jodido y joder a veces a los demás sin querer es más bien doblar el lomo, resignarme a su legado sin oponerme; dejar que ellos prosperen y sigan puteando a través de mí.

Elsie se abraza más a mí y me besa en la mandíbula hasta que la tensión se desvanece.

Lo que sobre todo me alienta es mantener en el pensamiento su enumeración de virtudes.

—¿Piensas que soy cariñoso?

—Muchísimo. Y muy bueno.

—¿En el campo, dices? ¿En la cama?

—En la vida, Myles. A veces no lo parece porque eres de mecha corta, pero ahí está tu buen corazón. —Me cubre el pecho con la

mano.

Rodeo sus dedos con los míos, al principio para apartarla y así no se dé cuenta de que su proximidad y su ternura me aceleran el pulso. Pero qué más da. La mantengo allí, dándole calor, y me acerco a ella hasta aplastarla contra el mullido respaldo del sofá.

—Me gustaría follarte —susurro—, pero me parece de mala educación con mi tío al lado.

—A mí también me lo parece.

—No le quiero faltar el respeto.

—Yo tampoco.

—Pero necesito sentirte más cerca.

Ella no responde enseguida.

—Y yo —confiesa con un suspiro entrecortado.

«Dile que la quieres y ya verás lo cerca que la sientes», me sugiere una vocecita kamikaze.

Una mierda, hombre. No le voy a decir algo así en casa de mi tío. Si no siente lo mismo, la estaré poniendo en un compromiso, y si hay algo que no le gusta nada a Lara Cosima es que la pongan en un compromiso.

—¿Y si te llevo a la playa? —murmuro contra su frente. Está tan caliente por el verano, la temperatura de la casa y mi insistencia por cubrirla que parece tener fiebre—. Cojo una toalla grande, y...

—Sí —me interrumpe con impaciencia—. Sí.

Y eso hacemos.

Como ya he dicho, no me gusta negarle nada.

Salimos de puntillas al porche con una toalla de playa echada sobre el hombro. Una vez salvadas las tres escaleras que conducen a la arena, la cojo de la mano y echamos a correr hacia la orilla. Lo único que nos salva de la oscuridad son las luces lejanas de algunas de las casitas del barrio y alguna que otra farola que muy cortésmente nos enciende a veces el ayuntamiento.

Insisto: a veces.

Iba a extender la toalla con cuidado, pero Elsie no puede aguantar más y se engancha de mi cuello para besarme como si nos fuéramos a morir los dos. Suelto lo que estaba sujetando y le rodeo la cintura. Me molesta el tejido de la camisa hawaiana, me molesta todo

aquello que no sea su piel, así que se la saco por la cabeza y la arrojo a cualquier parte con impaciencia. Mis manos, que no dependen de la iluminación para saber a dónde quieren ir, le cubren un pecho y la cadera izquierda solo para empezar. Luego se distraen y se vuelven excepcionalmente generosas recorriéndola con caricias desde la barbilla hasta la entrepierna.

La oigo jadear al primer contacto de mis dedos entre sus pliegues, tan húmedos como dura está mi polla después de una sesión de caricias insinuantes en el sofá. El calor del deseo se me agolpa en la nuca, ahí donde ella se ha agarrado para seguir bebiendo de mis labios, y para sofocarlo tengo que girarla para apretar mi erección entre sus nalgas.

Se me escapa un bufido de alivio y locura cuando separa las piernas para que la roce entre los muslos con el prepucio.

Le retiro el pelo del hombro para besárselo, o ese era mi plan hasta que se le escapa un gemido erótico; entonces la tengo que morder y sorber, morder y sorber, y de este modo dejarle una hilera de chupetones desde el desfiladero del hombro hasta debajo de la oreja.

Ella no ha apartado la mano de mi mejilla y empuja las caderas hacia atrás para producir la deliciosa fricción entre nuestros cuerpos.

—Túmbate —le ordeno al oído—. Quiero lamerte entera.

—¿Y si hacemos otra cosa, para variar? —consigue decir—. Me gustaría probar algo.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Elsie me suelta. Tiene que utilizar las manos para apartar las mías como si la estuviera molestando —ya te digo que la estoy molestando; la estoy torturando—. La luz del porche de la casa de mi tío me permite apreciar más o menos su expresión decidida. Deposita un beso dulce en mi barbilla, donde ya aflora la barba que tanto odia —¿u odiaba?—, otro en mi pecho, el siguiente sobre el ombligo y el último entre el vello púbico.

Más que estremecerme, siento que algo me ha poseído al reconocer el suave tacto de su boca entre mis testículos y recorriendo el perímetro de mi polla con los labios entreabiertos, todavía sin mojarme con su saliva.

El acceso de pasión es tan brutal al ser víctima de sus provocaciones que me mareo y casi pierdo el equilibrio. Tengo que agarrarme a su melena para que no me derribe la incredulidad.

¿Elsie va a chupármela? ¿En serio?

¿Elsie?

Agacho la barbilla, resignado al hecho de que no podré apreciar su semblante en todo su esplendor sexual, y acierto de pura chiripa al querer prodigarle a su barbilla una caricia con el pulgar.

—¿Qué he hecho para merecer esto?

—Nada. Lo voy a hacer porque es de noche y no me vas a ver.

Pero las ansias con las que empieza a lamerme dicen lo contrario: dicen que he hecho algo grandioso, algo espectacular, para merecerme esto. O a lo mejor esta es su manera de disculparse y terminar de zanjar la pelea. Aunque ya no flota entre los dos, sabe tan bien como yo que ha abierto una pequeña grieta en una relación que no debería agrietarse. No tan pronto, y no en la confianza.

Pero quién coño piensa en la confianza, en las disculpas y en las relaciones cuando lo agarran con fuerza de una de las caderas para que no se mueva mientras se la maman. Esto es lo último que me imaginaba viniendo de Elsie; lo último que la imaginaba disfrutando hasta el punto de hacer sonidos eróticos con la garganta mientras efectúa los quiebros de cabeza perfectos para metérsela en la boca hasta donde quiere.

Me tienta sujetarla por la cabeza y empujarme hasta asfixiarla, en parte porque es mi proceder en estos casos, en parte porque me apetece follármela a lo bestia a modo de exorcismo y venganza. Pero en el fondo no me seduce tanto como dejarla hacer a ver de qué modo se desenvuelve.

Y se desenvuelve así como es ella, con la ansiedad de los que tienen prisa todo el rato y a la vez con un remilgo que solo hace de la mamada algo aún más morboso. Claro que el remilgo le dura poco, porque se va animando con mis comentarios sucios, con mi manera de peinarla mientras tanto, y después del preliminar del preliminar, consistente en tentadores besitos y lamidas tímidas, enrosca la lengua alrededor del glande y a posteriori se encaja mi erección en la boca.

Su osadía me deja perplejo. Por un momento, la suelto y aguardo con el aliento contenido, las manos suspendidas en el aire y los ojos fijos en el movimiento entre las sombras. Elsie no acepta mi falta de colaboración y busca mi muñeca con la mano libre para instarme a dominarla, pero es ella la que me domina a mí succionándome enérgicamente, casi desesperada, como si fuera a echarse a llorar. Solo me sale balbucear su nombre entre gemidos cada vez más graves y cerrar el puño sobre su coronilla con unos cuantos mechones atrapados entre los dedos.

Elsie busca el apoyo de mi cintura y después de mis nalgas, en las que hunde las uñas para acercarme más a su boca y enterrarse mi polla en la garganta. El calor húmedo que ahí se concentra, sus músculos prietos, me estimulan entero y vuelvo a marearme.

—Joder. De verdad te gusta esto.

Espoleada por lo que pretendía ser un cumplido, aumenta el ritmo y mama con tanto ímpetu que podría haberme hecho daño: me lo hace al morderme sin querer o queriendo, pero en lugar de bajármela, su agresividad me pone tan duro que me arriesgo a acercarle la cabeza a mi ingle.

Siento que me voy a correr al oír su quejido ahogado.

—Dura más, por favor —musita ella con la voz cascada—. Quiero seguir.

Inspiro hondo y expulso el aire en una especie de bufido animal. La separo un momento, le limpio las babas de la barbilla con los dedos y me sujeto la polla un par de segundos. Cuando noto que me he sobrepuesto de la llegada del orgasmo, avanzo de nuevo y yo mismo le abro la boca y le apoyo el glande sobre la lengua. Ella acepta el ofrecimiento con tanto gusto que de nuevo se me encoge el vientre, y retoma las lamidas con una alegría inusual que me arranca una carcajada pasmada.

—Si continúas así, voy a acabar corriéndome en tu boca. No sé qué te parece eso.

—Por favor —musita, poniéndole la guinda al pastel de mi perplejidad.

Sostengo su cabeza por las sienes para que se detenga, y procurando al principio no excederme, muevo las caderas hacia

delante y hacia detrás para ahorrarle el dolor de cuello. Elsie relaja la garganta —*así es, cariño, qué bien lo haces todo*— y se deja penetrar a placer. Entre su adorable disposición y que tengo prisa por enterrarme en su cuerpo, en darle lo que es suyo, mío y también lo que es bueno, aumento el ritmo hasta que entro del todo en combustión y me vacío en la calidez de su boca con un bramido liberador.

Habría pagado incluso el dinero que no tengo para verle la expresión al tragarse mi esperma. Como la luz no me ayuda, lucho contra mi precario equilibrio para colocarme a su altura, arrodillándome también, y le rodeo el cuello con una mano para al menos sentir cómo le baja por la garganta.

Ahora también podría decirle que la quiero, pero conociéndola, seguro que le sienta mal que se lo haya soltado en estas circunstancias y me espeta que soy un guarro. No se equivocaría. Pero me da a mí que seguimos demasiado cachondos para que me ponga a explicarle que ser un guarro y quererla son realidades perfectamente compatibles, así que en su lugar digo:

—Me toca.

Capítulo 24

Managers Just Wanna Have Beef

Lara Cosima

Han pasado días. La mayoría los hemos echado más juntitos que mis dos nombres propios. Se supone que hemos vuelto a la normalidad; a la que es nuestra normalidad. Y, pese a todo, soy incapaz de apartar la frasecita de mi cabeza:

« Has venido a hacer control de daños».

Nos vemos en Nueva York o en Boston, esto dependiendo de nuestros quehaceres. Inventamos planes. Tenemos momentos de intimidad. Y cuando estoy con él, todo es perfecto, magnífico, estupendo. Pero en cuanto se marcha, o si soy yo la que toma el taxi o coge el avión, de nuevo regresa a mi mente la manera en que Myles pronunció el comentario. Como si no le sorprendiera nada y, aun así, le quedara un resquicio de esperanza traicionada para lamentar que lo hubiera decepcionado. Como si no hubiera esperado nada mejor que eso de mi parte, pero todavía le doliera recibirlo.

No sé cómo se sentirá él al respecto, pero yo tengo la sensación de que mi control de daños flota entre los dos como una nube negra. Nunca llega a enturbiar nuestros ratos a solas. Tampoco se diluye del todo. Me genera una combinación de culpabilidad y frustración, más que nada porque una parte de mí, esa que no se digna a cerrar el pico, me recuerda de manera incesante que lo que dio a entender es cierto.

Iba a hacer control de daños.

La única vez que un conjunto de palabras en cierto modo premonitorias se adhirieron a mi cerebro como las *community managers* a su iPhone, el pronóstico terminó cumpliéndose. Alexia me llevó a su garaje para cantarme la canción que acababa de componer y la interpretó solo para mí. Eran las primeras letras que escribía, y, viéndolo en retrospectiva, ambas coincidiríamos en que eran demasiado sencillas, propias de una principiante. Pero yo recuerdo haber estado allí sentada y haber pensado: «Va a convertirse en una estrella». Ese pensamiento me acompañó durante los días, semanas, meses y años posteriores, y hoy día lo sigo sosteniendo con plena convicción.

Alexia siempre le resta importancia a mi don para prever el principio del fin y el comienzo de algo grande. Al menos se la resta cuando narro la anécdota de su concierto a pequeña escala en Abita Springs alegando que ni mi talento ni mi pasión por el tarot tuvieron nada que ver, y que es un hecho que todo lo que empieza en un garaje está destinado a la gloria eterna: le pasó a Los Ramones, le pasó a Steve Jobs y obviamente le tenía que pasar a Alexia Lux.

«Has venido a hacer control de daños» es una frase que se ha quedado dando vueltas en mi consciente y subconsciente del mismo modo que «ha nacido una estrella», y en este caso es peor porque la premonición va sobre mí y está basada en hechos fehacientes. Mi olfato de mánager —o mi tendencia al catastrofismo, que diría mi psicoanalista— me está diciendo que eso va a estallar por alguna parte, y, en efecto, o será el comienzo de algo grande o será el principio del fin.

Una chica como yo no puede vivir su vida como si tal cosa sabiendo que ha tenido lugar un acontecimiento presagioso de su futuro cercano sin mirar por encima del hombro, por las esquinas y debajo de los muebles para tratar de averiguar cuándo sucederá. Y lo que es más relevante: *el qué*.

Alexia me saca de mis cavilaciones reapareciendo en el saloncito de mi piso del norte de Little Italy. Se le conoce como *Nolita*, pero no me gusta llamarlo así porque a) los apodos se les ponen a los amigos, y este barrio ya ha demostrado que no es colega mío —tus colegas no te cobran una pasta por un apartamento de dos habitaciones—, b) se parece demasiado a *Lolita*, y todo lo que gira en torno a la novela y las películas me pone el vello de punta, y c) suena como una palabra en castellano, y si apenas pronuncio bien el acento americano canónico, menos aún el español.

Como Lex tiene una copia de mis llaves —no le iba a pedir que me las devolviera, ¿no?—, ha podido cumplir mi mandato de no poner un pie en mi casa sin un cargamento de patatas fritas, chucherías, palomitas de colores y, huelga decir, líquidos variados para preparar margaritas.

—¡Ya está todo! Sé que solo habías pedido Lays verdes, pero he visto esto —quiebra el hombro hacia un lado para levantar un poco

más la bolsa de palomitas de colores— y me han recordado aquella vez que las comimos en la gira de *Lionhearted* y se nos pusieron los labios rosas. ¡Menuda bronca me echó la maquilladora cuando aparecí con la boca pringosa de un niño tragón de algodón de azúcar...! —Le cuesta mirarme por encima de la montaña de causas de caries y enfermedades cardiovasculares, pero no es como si necesitara verme para captar mi estado de ánimo—. ¿Va todo bien, Pumpkin? Estás poniendo una de tus caras.

—¿Qué caras?

—Pues tienes unas cuantas, todas ellas adorables, pero esta de ahora es la que pusiste la semana que esperamos la llamada de Larry que daría luz verde a mi sexto proyecto. Estabas que te ibas a arrancar las uñas.

—Ya.

Evito mirarla en lo que tarda en distribuir el picoteo sobre la mesita de cristal del salón. No le va a gustar verme esta otra cara, la que no reconocerá de otras veces porque es la primera vez en nuestra historia que la pongo... *o que me la deja*, mejor dicho. Es la cara de tristeza y decepción que se le escapa a tu mejor amiga de la infancia cuando cae en la cuenta de que habéis llegado a ese punto de no retorno en el que ya no podéis ni queréis crear recuerdos nuevos y os dedicáis a veros de higos a brevas porque el único encanto de los reencuentros es rememorar vivencias pasadas.

Aunque en teoría hemos quedado para ver un par de comedias románticas recientes para criticarlas como las expertas del género que somos, algo más o menos novedoso. Y antes de eso pretendemos ver la entrevista que Roberta le cerró a DiMarco la semana pasada con nada menos que Oprah Winfrey.

Por supuesto, esto último lo ha propuesto Alexia. Yo he aceptado como quien no quiere la cosa.

Si sabe que estoy quedando con él, desde luego no se habría enterado por mí, que llevo nuestro pseudorromance en la más estricta confidencialidad, así como lo que me gasté en mi última salida de compras, el beso que me di con Frederick Olsen en el intercambio de quinto de Primaria y la pesada bola de rencor que he estado alimentando hacia Alexia los últimos meses.

Ella se quita los zapatos a la manera ahorro-de-tiempo, empujándose el talón con los dedos el pie contrario, y se arroja sobre el sofá con un largo suspiro. Saca el móvil del bolsillo del pantalón de chándal y me enseña la pantalla brillante.

—¿Qué te parece?

Echo una ojeada pretendidamente desinteresada. Exhibe el anuncio de venta de uno de los pisos de las casitas de ladrillo tipo *brownstone* que caracterizan el barrio bostoniano de Back Bay. Se encuentra en una perpendicular de la lujosa y céntrica Newbury Street.

Interior reformado. Dos habitaciones con luz exterior. Cocina independiente. Terraza con vistas al parque. Noventa metros cuadrados en total.

Dos millones y medio de dólares.

—¿Te vas a mudar a Boston?

—No... o sí... No sé —finge dudar. Le hago una impaciente caída de ojos que viene a significar «te conozco como si te hubiera parido, no me vengas con monsergas». Ella entiende la indirecta y se muerde el labio—. Savannah se va a París en tres semanas y estará allí al menos un año entero. Vinny ha estado comentando que no le hace mucha gracia vivir solo en el piso que compartía con ella, que se le va a hacer enorme y solitario, y a mí no me gusta alojarme de prestado en la casa de nadie, ni siquiera si mis visitas son muy espaciadas en el tiempo, así que...

—Te quieres mudar con él —resumo con voz neutra.

—¿Es una locura?

Sé lo que quiere que le conteste: lo que he procurado contestar siempre que me ha venido con locuras similares porque las representantes y las mejores amigas tienen en común una única obligación, y es no arruinarle el día a su ojito derecho sacando a colación los elevados índices de divorcio. Pero puedo asegurar que cada una de las veces que he exclamado que ¡no, no es una locura en absoluto pensar que ese hombre que acaba de romper con su prometida de siete años y te está haciendo *love bombing* está enamorado de ti!, que ¡no, no tiene nada de raro que tu novio haya ido a una fiesta el viernes y no te haya contestado los mensajes

hasta el lunes siguiente! y que ino, no deberías preocuparte de caerle fatal a tu suegra porque eso nunca influirá en la opinión de tu pareja!, lo que de verdad quería preguntarle es:

1. ¿Has perdido el juicio?
2. ¿Eres imbécil?

Y terminar el cuestionario con un sencillo «cariño, HUYE de ese tipo».

—Sí —respondo esta vez—. Lo conociste en febrero y estamos empezando agosto.

Ella intenta por todos los medios disimular que mi sinceridad la ha pillado con la guardia baja.

—Ya, lo he pensado. Pero todo va muy bien, y...

La interrumpo levantando una mano.

—Esta historia me la sé, Alexia. Es la que me llevas contando desde que te echaste tu primer novio. Que si tenéis una conexión especial, que si estás muy enamorada, que si nunca habías sentido nada parecido, que si el sexo es único, que si baja la tapa del inodoro... Es el príncipe azul y tú has vuelto a ser rescatada de la más alta torre, donde siempre te parece que has vivido acosada por un dragón cuando lo que pasa es que simplemente has estado un rato en el mundo de las solteras, lo más parecido al infierno que se te puede ocurrir. Lo que ya tiene mérito, por cierto, porque vives en el puñetero Nueva York y vienes de Abita Springs, que infernales son un rato.

La perplejidad la deja de una pieza. Acaba jadeando una risita nerviosa y echándose hacia atrás mientras se masajea las cervicales.

—Guau, vaya, de acuerdo. ¿A qué ha venido eso? ¿Es que no te gusta Vinny?

—Me encanta Vinny. Creo que de todos los sujetos con los que has salido es uno de los pocos que reúne las mejores características de sus predecesores: es guapo, es divertido, es rico por su cuenta y es evidente que te adora. Pero sigue siendo demencial que te mudes a otra ciudad, y no precisamente de alquiler, porque haya utilizado el

éxodo de su hermana para insinuar que le gustaría dar contigo el siguiente paso. ¿Por qué no te lo pide sin rodeos?

—Lo hemos hablado como dos adultos, si es eso lo que te preocupa.

—Ah, que ya está decidido. Estupendo. Entonces ¿para qué pides mi opinión?

—No está decidido aún —replica muy despacio, haciendo acopio de toda su paciencia para no ponerse de mal humor. Me coge de la mano y me la aprieta—. Y te la pido porque me importa. Me importa tu opinión.

—¿Vas a dejar pasar la oferta del piso si te digo que es una locura?

Alexia sabe tan bien como yo que eso es improbable, por no decir imposible, porque cuando se enamora se lanza de cabeza sin pensar en las consecuencias y en esta ocasión el precio a pagar por su temeridad va a ser de dos millones y medio de dólares.

Que todo lo malo sea eso, por otro lado. La mayoría de las veces el coste ha sido un corazón roto, una humillación pública o los dos.

—A lo mejor —responde ambiguamente—. Mira, lo mismo no me mudo a Boston, pero no es mala idea tener mi propio piso en la ciudad en la que vive mi pareja para moverme con libertad, ¿no?

—Supongo que no. —Alcanzo las palomitas de colores y las abro con movimientos airados. Las declaro mías y solo mías clavándolas en el hueco de mi regazo, ese rombo horizontal que se abre entre las piernas en posición de loto, y busco el canal en el que Oprah Winfrey entrevistará a DiMarco—. Tú lo sabrás mejor que yo, que eres la que tiene experiencia sexoafectiva. Es ridículo que me pidas que le enseñe a clavar clavitos al mismísimo Pablito —añado en voz baja, sacudiendo la cabeza con exasperación.

Alexia ha estado saliendo con alguien desde que me alcanza la memoria. Su primera pareja tuvo que ser alguno de los niños tímidos que mandaban a sus amigos a preguntar a la chica de su interés si quería ser su novia en el patio del recreo, y que para la hora de volver a casa ya habían roto por alguna diferencia irreconciliable propia de la edad, como que él quería hacer el pajarito con el papel pinocho color azul y ella quería utilizar la cartulina rosa.

Su facilidad para el enamoramiento me ha parecido, en el mejor de los casos, un regalo del cielo, porque le ha permitido superar rupturas espantosas; en el peor, se me ha antojado algo a caballo entre la psicopatía y el resultado de un miedo aterrador a permanecer cinco minutos a solas con sus pensamientos.

Pero en general es de admirar.

Y ya ni hablemos de su éxito entre el público masculino. Aunque no hubiera ni quinientos adolescentes de nuestra edad en Abita Springs, se las arregló para echarse unos cinco novios serios antes de cumplir dieciocho. A partir de ahí se han sucedido universitarios —aunque no fue a la universidad—, cantantes, productores, estrellas de cine, aspirantes a actores, modelos femeninas, modelos masculinos, hombres veinte años mayores, hombres cinco años más jóvenes, amigos míos, amigos suyos, amigas de las dos, un jugador de béisbol, pobres desconocidos que le gustaron en la cafetería de especialidad o la atendieron en Taco Bell y, ahora, para terminar de hacernos el bingo, un jugador de fútbol americano.

¿Quién será el ganador?

Históricamente, he estado tan ocupada siendo su mánager que no tenía tiempo para preocuparme de si estaba celosa de sus triunfos románticos o solo me exasperaba que el noventa por ciento de nuestras conversaciones versaran sobre el sexo masculino —o el sexo a secas—. Ahora que me sobran ratos ociosos para refocilarme en la miseria, puedo admitir que la envidio y que alguna que otra vez, cuando ha hecho comentarios exasperantes respecto a nuestras distintas maneras de afrontar la vida sentimental, me he tenido que morder la lengua, o de lo contrario nuestros caminos se habrían separado. Pero no me creo especial por eso, porque ¿quién no ha querido soltarle un bofetón a su guapa, talentosa y carismática amiga cuando le ha prometido con una sonrisa entre bobalicona y condescendiente que «el hombre de sus sueños llegará cuando menos se lo espere»? Daban ganas de espetarle que sí, que algún día tendría que llegar por narices, pero que si atendíamos a la estadística era más probable que ella se lo quedara.

Su inesperada réplica me pone firme:

—Alguna experiencia tienes que haber adquirido tú en estos últimos tiempos. Cuando me has mandado a tu dormitorio a coger las almohadas me ha parecido ver un cinturón masculino. Y no me tomes por tonta diciendo que ahora está en boga que las mujeres lleven cinturones masculinos, porque la correa era negra y tú odias con toda tu alma las correas negras. Crees que se llevan toda la atención de un modelito o en última instancia se lo cargan, a no ser que estemos hablando de un *full black look*, estilo que tampoco apoyas porque te parece o bien mediocre de tan facilón o bien apropiación cultural de los góticos.

Eso es verdad.

Casi la vuelvo a querer por denotar que me conoce en profundidad.

—Me siguen faltando unos cuantos romances para llegar a tu nivel de sabiduría —refunfuño.

Carece de sentido intentar escurrir el bulto.

—¡Entonces es verdad! —Da un bote entusiasmado en el asiento —. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? ¿Es guapo? ¡Enséñame una foto!

En lugar de animarme con el interrogatorio, el pozo de mi tristeza no hace sino agrandarse.

Si otras fueran las circunstancias, estaría encantada de narrarle la historia con pelos y señales, porque me consta que suspiraría como una heroína romántica y se partiría de la risa a partes iguales; es un público estupendo cuando le cuentas una anécdota.

Pero llega tarde.

—Todavía no es nada serio.

—No quieres gafarlo. Comprensible —deduce ella con un asentimiento piadoso—. Pero ¿no puedes darme alguna pista? ¿De dónde es, por ejemplo? O si es rubio, moreno...

—Me has hecho más preguntas sobre el hombre misterioso en medio minuto que sobre cómo me va la vida en los últimos meses — se me escapa. Es tarde para desdecirme, y si me echo a reír para restarle importancia voy a parecer la versión femenina de Dr. Jekyll y Mr. Hyde (o una loca a secas), así que me limito a subir el volumen

de la televisión. Ahí permanece anclada mi mirada aun sintiendo los ojos de Alexia sobre mí—. Ya empieza el programa.

Al principio no entiendo por qué la pantalla se apaga de repente. Se me ocurre que ha habido un cortocircuito eléctrico o que he pulsado sin querer el botón que no era.

Resulta que Alexia se ha apropiado del mando y pretende que le ponga toda mi atención.

—Estás siendo una auténtica imbécil esta noche —me dice en el tono de las advertencias—. ¿Para eso me invitas a tu casa? ¿Para arruinarme la ilusión de que mi relación avance, lanzarme pullitas sobre la ajetreada vida sentimental que he tenido y hacerme reproches sobre nuestro mutuo —recalca— distanciamiento? Si lo llego a saber...

—No vienes, ¿no? Si lo llegas a saber, no vienes —completo con indiferencia—. Tampoco has estado viniendo muy a menudo aun pensando que te encontrarías a tu querida amiga de siempre, así que no me voy a tomar a pecho el comentario.

—¡He estado de gira, Lara Cosima! ¿Qué querías? ¿Que me clonara?

—Has estado pasando de mí. Eso es lo que has estado haciendo —zanjo con frialdad—. Has estado pasando de mí para estar con tu nuevo novio porque es lo que haces desde que tienes uso de razón: obsesionarte con alguien, desaparecer durante el período de luna de miel y luego, cuando concluye, venir a contarme la historia de horror y devastación para que te meza entre mis brazos hasta que estés lista para el siguiente.

—Eso no es verdad —replica muy seria—. Siempre estamos juntas, tenga novio o no.

—Estábamos juntas todo el tiempo porque era tu representante y no te quedaba más remedio que responder a mis llamadas y citarte conmigo. Pero ahora que no lo soy, ha quedado demostrado de sobra que éramos «amigas» —hago las comillas con los dedos— porque nos unía un contrato laboral.

Le quito el mando de la mano y vuelvo a pulsar el botón de encendido. Ella tarda unos minutos en procesar el reproche que me

ha dejado taquicárdica, pero no duda en arrebatarme el mando una segunda vez y apagar la televisión.

Se asegura de quedar en mi campo de visión ladeándose fuera del sofá. La densa melena pelirroja teñida, propia de una sirena o de una malvada vampiresa de la saga *Crepúsculo —te estoy mirando, Victoria*—, la acompaña en el movimiento.

—¿Se puede saber qué estás diciendo, Lara Cosima?

—Y solo para que lo sepas —añado con retintín—, no decirte lo que quieres oír no es «arruinarte la ilusión». A lo mejor deberías rodearte de gente que no te coma las mierdas como esos palmeros de Paolo y Manish. Aprenderías lo que de verdad es una relación sana y bidireccional.

—¿Que no me coma las...? ¿De dónde has sacado esa expresión? —alucina. «De DiMarco, probablemente. Todo lo malo se pega»—. ¿Y por qué hablas con tanto desprecio de Paolo y Manish? Son tus amigos.

Su aseveración me descuelga la mandíbula del pasmo y tengo que dirigirme a un público invisible para compartirlo.

—¡Y todavía tienes el valor de llevarme la contraria cuando te digo que vives por y para Vinny Bravano! ¿Cómo puedes decir que Paolo y Manish son mis amigos cuando no me han vuelto a dirigir el saludo desde que me despediste?, ¿cuando ni me miraron en el camerino el día de *La noche de Farah*? ¡En serio, Alexia! ¡Tienes un serio problema! ¡Si alguna vez te has enterado de algo, es porque ahí estaba yo, dándotelo todo bien mascadito!

Una expresión sabedora sustituye la indignación de Alexia.

—Es por eso, ¿no? —Asiente con la cabeza, concediéndose la razón, y cuadra los hombros—. Estás todavía ardida porque te despidiera. Nunca aceptaste mi decisión, ¿verdad? Fingiste que lo hacías, y cuando fui a disculparme y a ofrecerte de nuevo el trabajo, arrepentida, me rechazaste por venganza, por orgullo o por los dos.

—¿Cómo iba a aceptar tu decisión? ¡Mi vida entera cambió de la noche a la mañana!

—¡La mía también!

—¡Tú tenías a Vinny para consolarte, entretenerte o ambas! ¡O mírame a la cara...! —Un sollozo me interrumpe y tengo que

carraspear—. ¡Mírame a la cara y dime que tú lo has estado pasando mal! —Al verme emocionada, y sabiendo que la verdadera respuesta no es halagüeña, Alexia aprieta los labios para contener también un puchero—. ¡No, claro que no! ¡Te has ido de gira con tu nuevo y reluciente novio y me has dejado a mí, sola, soportando las miradas de lástima de Samantha y los reproches velados de Roberta a propósito de tu despido! ¿Se te ha ocurrido pensar en cómo afectaría eso a mi trabajo más allá de mis sentimientos? ¡No es que no acepte tu decisión! ¡Es que no acepto tu puta indiferencia! ¡Eres una cabrona y no te soporto y ya no te quiero ni me apetece verte la cara y además LÁRGATE DE MI CASA YA! ¡Y LAS PALOMITAS DE COLORINCHIS ME LAS QUEDO YO!

Me levanto de un salto y cruzo el salón tan rápido como me lo permiten las piernas débiles para encerrarme en el baño de un portazo. Giro el pestillo por si acaso y ahí rompo a llorar para desahogar la tensión que he estado padeciendo desde que Alexia llegó al apartamento.

Si de verdad estuviera a solas, podría desahogarme de verdad, pero en este piso se oye hasta cuando el vecino tira de la cadena. Apuesto a que desde la salita está escuchando mis humillantes sollozos.

Saco el móvil del bolsillo y tecleo unos mensajes con los dedos temblorosos.

Sé que vas a salir ahora con Oprah pero estoy muy triste

He discutido con Alexia y le he dicho cosas horribles

Soy una mala amiga.

¡¡¡Pero ella también!!!

Asombrosamente recibo una respuesta inmediata, y es tan buena respuesta que me pregunto si no le habrá pedido consejo a Chat GPT.

No eres mala amiga

¿Qué hago para que no estés triste?

¿Quieres que deje la entrevista y vaya contigo?

NI SE TE OCURRA, MYLES DIMARCO.

Vale, pero no me grites

¿Qué estás haciendo ahora?

Estoy llorando en el baño

No me digas eso

Si te amenazo con ridiculizar a Oprah yéndome ahora ¿dejarás de llorar, saldrás del baño y te perdonarás con Alexia?

No valen las amenazas ahora. Dime algo bonito.

O mándame una foto de tu bello rostro.

Espero con el móvil en la mano que obedezca. Lo hace. Es el primer *selfie* que me envía, y observando mi reacción —me devuelve el pulso, me devuelve la sonrisa y me seca las cuencas lagrimales—, espero que no sea la última. Lleva una camisa blanca con los últimos botones abiertos que contrasta con su piel morena. Un mechón negro se le riza sobre la frente como a un coqueto Danny Zuko.

Se ha hecho la foto desde abajo, un ángulo con el que todos salimos poco favorecidos. Él es la excepción, porque no le afea ni siquiera el ridículo puchero que está fingiendo.

Así estoy sabiendo que no puedo irme contigo

Así estás sabiendo que no puedes huir de la entrevista, más bien

No es verdad. Oprah me cae bien.

Ahora te toca a ti

Me debes una foto

Suspiro y me limpio el rímel corrido de las mejillas. Decir que salgo fea en las doce primeras pruebas es quedarse corto, pero supongo que si pretendo que este hombre me dure tendré que hacer sacrificios. Como mostrarme al natural.

Una Lara Cosima en pleno ataque de histeria es una Lara Cosima en su estado natural.

Procuro hacerme la mona levantando el móvil para que se me vean sobre todo los ojos aclarados por el llanto y fotografiándome con una mano en la mejilla.

Qué guapa es mi Elsie

¡¡¡Lo dices para calmarme!!!

Lo digo porque lo eres

Y también para calmarte. Es verdad.

Ha pasado un rato cuando oigo que unos nudillos llaman a la puerta. En defensa de Alexia voy a decir que ha transcurrido el número de minutos ideal para perdonarle la descortesía de permanecer en mi casa.

También en su defensa añadiré que si no hubiera insistido me habría enfurecido el doble.

—Anda, sal, Pumpkin.

—No quiero. ¡Y te he dicho que te vayas!

—También me has dicho que no me quieres y eso es mentira, así que voy a hacer lo que me dé la gana. Y si no te parece bien, pues te aguantas.

No me queda otro remedio que salir. Nada que ver con que Alexia me haya amenazado, sino con que DiMarco está a punto de salir a escena y no me lo quiero perder.

Puede que ya no sea su mánager, pero sí soy su Elsie. Eso conlleva unas obligaciones.

Reaparezco bajo el umbral del baño con la postura rígida de una reina orgullosa. En cuanto miro a la cara a Alexia me vengo abajo de nuevo. Todo era perfecto sobre el inodoro con mis mensajitos de Myles. Ahora de nuevo soy forzada a alternar con la mujer que me partió el alma.

A pesar de que soy —fui— la mánager, Alexia siempre ha sabido manejar las crisis mejor que yo. No tiene ningún mérito, que conste. Yo también manejaría las crisis personales de maravilla si estuviera acostumbrada a pelearme con mis parejas, mis miles de amigos y mis millones de fans. Mi círculo es más bien reducido. Solo podía pelearme con Samantha y con Berta, y por lo que sea no me convenía discutir con ninguna de las dos. Lo he hecho una sola vez y he tenido suerte de no salir perjudicada porque Myles opina que soy guapa, que, si no, me habría partido las gafas.

Alexia me coge de las manos y me las estrecha sosteniéndome la mirada.

—Es verdad que no he sido justa. Es verdad que no he estado presente. Es verdad que conocer a Vinny me ha cambiado. Pero también es cierto que mi distancia ha sido algo meditado y necesario. Estaba segura de que nos iba a venir bien separarnos un tiempo breve y que no tenerme encima te beneficiaría de cara a los próximos proyectos que me juraste que te estaban lloviendo —recalca mi mentira enarcando las cejas—. Ahora veo que me he equivocado, que me mentiste a ese respecto y que te hacía más falta una amiga que nunca.

»Dicho esto, las relaciones, como tú misma has mencionado, son bidireccionales. Si estabas triste, si te hacía falta hablar del despido largo y tendido, si tenías problemas encontrando nuevos representados, si te apetecía insultarme, bastaba con que descolgaras el teléfono.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—¡Como si fuera tan fácil!

—¿No es fácil llamarme? Llevas haciéndolo veinte años, cariño. Y sí, vale, a lo mejor no cojo la llamada si vas a contarme lo último que has leído de Ali Hazelwood o estoy teniendo un día de perros, pero creo que he demostrado en infinidad de ocasiones que responderé siempre que te haga falta un consejo o solo desahogarte.

—Es fácil llamarte. Lo que no es fácil es admitir ante la mayor superestrella pop de todos los tiempos que estoy pasando por un mal momento porque me siento sola, reemplazable, humillada y, para colmo, mi jefa no hace sino reafirmar todo eso utilizándote como símbolo de mi fracaso.

—No lo irás a decir porque te cueste humanizarme, ¿verdad? O peor aún: porque te da vergüenza que sepa que eres vulnerable. Me has visto enferma de mononucleosis con una fiebre en el labio que parecía una mutación, vomitar a propulsión como la niña de *El exorcista* y amenazar con tirarme por una ventana estando borracha porque Richie acababa de volver a romper conmigo. ¡Hasta me pillaste una vez teniendo sexo con Brian, por favor1

—Estabais teniendo sexo en el jardín. Yo no llamaría a eso «ser pillada», sino «habértelo buscado».

—Pues también es cierto —consiente, divertida—. El mensaje es: no seas ridícula, ¿quieres? De las dos, la única que sigue teniendo su dignidad intacta eres tú. Y dejar de pensar en ti como mi superheroína, además de mi mejor amiga y la persona a la que más quiero en el mundo entero, requiere de algo más que saber que estás pasando por un mal momento.

Según parece, la foto de DiMarco no ha bloqueado del todo las cuencas lagrimales como yo había pensado. Tengo que pasarme las manos por la cara una y otra vez para detener un llanto incontrolable.

—¿Y qué requeriría que dejaras de quererme?

—No tengo ni idea. Juraría que es imposible.

—Pues no soy ninguna superheroína. Soy una histérica.

—Eso no es lo que eres; eso es tu superpoder.

Se me escapa una carcajada de la que ella se hace eco.

—¡Te odio! ¡Debo de parecer un mapache de tanto llorar y tú, mientras tanto, perfecta para una sesión de fotos!

—Llevo un chándal FILA.

Sorbo por la nariz después de mirarla de arriba abajo y gemir de manera lastimosa.

—Otra razón para echarte de mi casa. Qué poco gusto.

—No puedes echarme. Sabes que necesitas a alguien a tu lado mientras ves cualquier entrevista que se le ocurra conceder a DiMarco, aunque sea para pagar conmigo la frustración que ahora mismo no podrás pagar con él.

¿Cómo se atreve a insinuar que es un desastre?

Sé que es un desastre, pero solo *yo* puedo decirlo.

—Eso es verdad —respondo aun así.

Alexia se ríe de buena gana y se lanza a abrazarme.

—Te prometo que no volverá a pasar una sola semana sin que nos veamos. Da igual dónde estés. Iré a donde sea que te encuentres y te secuestraré aunque sea para comprarte uno de esos cafés aguados y repugnantes de Starbucks que te siguen gustando. Y antes de eso tendremos una conversación seria, madura y larga sobre lo que acaba de pasar, ¿de acuerdo? Te vas a salvar solo

porque parece que no estás en condiciones de hablar ahora y porque nos espera Oprah.

—Vale. Pero con una condición.

—Lo que me pidas.

—Tienes terminantemente prohibido mencionar a tu novio lo que queda de noche.

—Me parece justo. —Se cruza de brazos y sonríe con suficiencia—. Pero te tocará a ti mencionar al tuyo.

Pongo los ojos en blanco, fingiendo que la posibilidad de hablar de DiMarco no me tienta, que no me aprieta la historia de los últimos meses en el gaznate, y paso por su lado con toda la dignidad que soy capaz de reunir para volver a ocupar mi lugar de honor en el sofá.

Ella me sigue con una sonrisa, porque sé que está sonriendo, y tiene cuidado de no perturbarme abriendo un espacio significativo entre las dos. Sabe de otras veces que me he enfadado con ella —nunca de este modo— que necesito distancia física hasta reponerme de la discusión.

Nada más encender la tele, ahí está él. Tan guapo que me dan escalofríos. Que, de hecho, me dan ganas de abrir la ventana y ponerme a gritar: «¡Poned la televisión! ¡El canal donde está Oprah! ¿Lo veis? ¿Lo estáis viendo? ¡Pues es MÍO! ¡SOLO MÍO!». Lo más parecido a eso sería señalar la pantalla con una sonrisa jactanciosa y decirle a Alexia que ese es nada menos que el Hombre Misterioso, aquel al que le perdono que lleve un Cinturón Negro.

Podría hacerlo ahora que se supone que nos hemos perdonado, pero todavía no se ha cerrado la herida. Quiero asegurarme de que piensa enmendarse antes de trasladar ningún tipo de información delicada.

—Qué atractivo es, ¿eh? —comenta Alexia desde ese lugar recóndito en el que se sume cuando tiene una bolsa de patatas fritas en la mano.

Dale unas Lays y un programa televisivo y desaparece en la cuarta dimensión.

—Tú a callar, que tienes novio.

—Pensaba que no podíamos hablar de él.

—Tú no puedes. Yo sí.

—¿Tampoco puedo mirar? ¿Desde cuándo echarte pareja te ciega la vista?

Como si Oprah nos hubiese escuchado, le sonríe a su acompañante, que hasta el momento había estado hablando con timidez sobre su TDAH, y dice:

—¿Qué hay de tu vida sentimental, Myles? ¿Hay alguien en tu cabeza ahora mismo?

—Hay que ver qué bajo caen algunas. Hasta Oprah. Quién la ha visto y quién la ve. De sonsacarle a Meghan Markle el acoso que recibió por parte de la Casa Real a preguntarle a Myles DiMarco si tiene novia —me mofo para disimular.

Aunque es verdad que pienso que no ha vuelto a hacer una entrevista del nivel de la del príncipe Harry.

—Pues sí —contesta él, y no es la respuesta lo que me pone el corazón en un puño, sino los esfuerzos que hace por reprimir una sonrisa y sostenerle la mirada a Oprah cuando está claro que quiere desviarla a sus manos entrelazadas—. Sí, la verdad es que sí. La he dejado en casa un poco tristona. Quiero mandarle un beso desde aquí.

¿Perdona?

—¡Eh! —ruge Alexia con la boca llena. Señala la pantalla como los hombres cuando un árbitro pita falta injustamente—. ¡Vinny no me ha contado nada...! Perdón —se disculpa enseguida—. No volveré a mencionar su nombre.

—Vas a tener que meter un dólar en una hucha cada vez que lo digas.

—¡Un dólar! Joder, cómo está la inflación. Solían ser veinticinco centavos.

—¿Es alguien a quien ves de manera casual, Myles? ¿O podríamos estar hablando de algo serio?

La pregunta me tensa, pero no tanto como la respuesta.

—¿Casual? No, nada de eso. Es mi novia.

—¡Novia! —aúlla Alexia, que casi ha empezado a levitar—. ¡Voy a matar al hombre que no debe ser nombrado!

—A lo mejor no lo sabe todavía —me siento obligada a mediar—. Deberías considerarlo. Es de DiMarco de quien estamos hablando.

—No te falta razón.

¿Le habrá dado Roberta indicaciones sobre lo que responder a las preguntas de Oprah? A juzgar por la comodidad de Myles, diría que está dejándose llevar, pero nunca se sabe.

Lo mismo es que simplemente, y tal y como él me ha dicho, Oprah le cae de maravilla.

—Conque novia. Felicidades. Debe de ser la primera joven que presentas desde que saltaste a la fama.

—La primera y espero que última.

¿Qué?

A estas alturas debería empezar a plantearme que haya formalizado con una chica y no me lo haya contado.

Dios mío.

¿Ha formalizado con una chica y no me lo ha contado? ¿Qué chica? ¿De qué va?

—¿Podrías describirla para este público curioso?

—Madre mía, Oprah está incluso más picada que yo. Apuesto a que esto no estaba en el guion —murmura Alexia, incapaz de despegar la vista de la pantalla.

En una competición de asombros, yo le ganaría a Oprah y a Lex, eso por descontado.

La cámara enfoca las manos grandes de DiMarco, manos que anoche estuvieron donde no es delicado o elegante mencionar —pero aun así los recuerdos me invaden como escalofríos— y que esta noche se frotan y se vuelven a frotar en señal de nerviosismo.

—Es una persona muy especial —responde, ahora sí sonriendo—. Para que veas lo especial que es, se llama Lara Cosima.

Toda la sangre me baja a los pies. Y eso que tengo los pies en alto.

Experimento a nivel sensorial, material, visceral y hasta espiritual la mirada inyectada en sangre de Alexia.

—¡No soy yo! —me apresuro a explicar con las manos en alto, como si me estuviera apuntando con un arma.

—¡Y una mierda que no, hombre! ¿Qué va a ser? ¿La única persona sobre la Tierra que conoce a dos Lara Cosimas?

—¿Cuál sería el plural si ambos nombres funcionan como sustantivo? ¿Lara Cosimas? ¿Laras Cosimas?

—¡No escurras el bulto! ¿Siquiera hay dos mujeres llamadas Lara Cosima en el mundo?

—¡Si las hay, desde luego tienen que estar en Nueva York! ¡Todo está en Nueva York!

—¡Eh! ¡No te levantes! ¡Párate ahí! ¡Ni se te ocurra huir de tu propia casa! ¡Con dos numeritos ya hemos tenido suficiente!

—¡No estoy huyendo! ¡Es que me he dejado el móvil en el baño y tengo que llamarlo! ¡Este se va a enterar de lo que vale un peine!

—Pero ¿cómo lo vas a llamar si sigue con Oprah?

Me detengo a punto de abrir la puerta del salón.

—Es verdad. —¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?—. Voy a insultarlo por WhatsApp.

—¿Por qué?

—¡Por decir mentiras!

Alexia tiene que percibir en mi voz la sincera perplejidad, porque relaja el ceño y solo observa mis movimientos aún más anonadada que yo.

—¿No eres tú?

Quien le responde no soy yo, ni DiMarco, ni Oprah. Le responde el anuncio televisivo al que la entrevistadora redirige al público: aquel que grabamos hace alrededor de un mes y medio.

Incluso su versión de quince segundos es un espectáculo del que no se puede apartar la vista. No sabía que lo emitían hoy aprovechando el programa de Oprah. Me quedo igual que Alexia al verme a mí misma al pie de la escalera de un bien conseguido decorado recibiendo a DiMarco con los brazos abiertos y dejando que me bese.

Perry fue lo bastante prudente para recortar parte del beso —se quedaron con *esa* toma, maldita sea— y pasar al siguiente anuncio. Pero sigue siendo un beso, sigue siendo una revelación, una admisión de culpa.

Y si alguien me reconoce de espaldas, esa es Alexia Lux, que gira la cabeza despacio, como si tuviera el cuello desengrasado, y me dedica una sonrisa demente.

—Parece que aparte del nombre te han robado la figura.

—¡Vale, joder! ¡Sí, soy yo!

No me extraña un pelo descubrir que también mis conocidas más cercanas me han bombardeado con mensajes, entre ellas Samantha. «Si no estás viendo el programa de Oprah, ¡¡¡enciende la tele ya!!! ¡¡¡Vas a flipar!!!». Otra persona que me ha escrito es mi madre: «Llámame cuanto antes, Lara Cosima. Tenemos que hablar».

Santo Dios. ¡Hasta mi madre!

La risa divertida y amistosa de Alexia me hace levantar la vista. Ya se había puesto en pie para perseguirme. Ahora solo pone los brazos en jarras mientras menea la cabeza.

—Bueno... —empieza, a punto de echarse a reír de nuevo—. Eso ha respondido a las dos preguntas que me torturaban: de quién es el cinturón negro y quién te ha enseñado a decir «comer las mierdas».

Capítulo 25

Girl, You'll Be My Woman Now

DiMarco

—¿Se puede saber qué has hecho? ¿Te has vuelto loco?

Entre el tono de Generalísimo que puso y que apenas concluyó mi cita con Oprah ya me estaba vibrando el móvil en el bolsillo, me quedó claro que no le había gustado mi gesto improvisado para animarle el día.

—¿Te refieres a lo de la entrevista? ¿No he estado bien?

Yo creía que lo había hecho bien.

—¡Me refiero a lo de darme a conocer delante de toda Norteamérica!

—Tus padres son millonarios. Ya se te conoce en Norteamérica.

—¡No es lo mismo! ¡Y no te hagas el graciosito ahora!

Reconozco que en un principio me fastidió, me preocupó y hasta me decepcionó que su reacción al anuncio hubiera sido la misma que cuando escupí un diente ensangrentado a sus pies. Estaba satisfecho con el modo en que me había desenvuelto en la entrevista y estaba también ilusionado porque acababa de sacarme la espinita del secretismo.

Que ella no sintiera lo mismo al respeto me arruinó la noche. Lo creí una premonición de que no sentía lo mismo por mí a secas.

—Antes querías mantener en secreto que salíamos porque a mi imagen le convenía el celibato y porque eras mi mánager, pero ¿cuál es la excusa ahora? Te enfadas por todo.

—¿Que me enfado por todo? ¡Para empezar, una cosa es contárselo a nuestros amigos de manera individual, lujo y privilegio que me has arrebatado con tu momento Roberto Benigni en el Festival de Venecia, y otra muy distinta es pregonarlo en un programa de audiencia mundial! ¡Y para seguir, Myles, no soy tu novia!

Eso terminó de descolocarme por completo.

—¿Cómo que no?

—¡Como que no!

—Salimos juntos y follamos. Si eso no es ser novios, ¿qué es? Primos desde luego que no.

«Aunque hay primos que follan, ahora que lo pienso».

—¿Acaso me lo has pedido en algún momento?

—Te he invitado a salir. Varias veces. Y, en tus palabras, «te he desflorado».

—¡Hay una diferencia abismal entre estar saliendo y ser pareja!

—Pues me acabo de enterar. ¿Cuál es?

—Lo primero es informal y lo segundo es un compromiso.

—¿Y no crees que tengamos un compromiso? Porque, entre otras cosas, si yo veo esto tan serio es sobre todo porque dejaste de representarme para poder estar conmigo. Y porque has conocido a mi tío. ¿Los novios no se presentan a sus familiares?

—Sí, pero...

—¿Y no se quedan a dormir en casa del otro?

—Claro que sí, pero...

—¿Y no se escriben todo el tiempo?

—¡No nos escribimos todo el tiempo! ¡Casi siempre vas a tu bola!

—¿Y no se supone que los novios priorizan el bienestar de su pareja al suyo propio? ¿No es eso lo que he hecho al seguir trabajando con Velvet Room y la imbécil de tu jefa para evitar que te despidan?, ¿al aceptar esta... supuesta oportunidad que representa una entrevista para hablar del TDAH, que es mi tema menos favorito después de los Miami Dolphins?

—No es una supuesta oportunidad. Es una oportunidad real. ¡Estás hablando de Oprah!

—¿Oprah es una hincha del fútbol? ¿Sus espectadores suelen ser hombres entre los quince y los sesenta años? Porque si no, no sé en qué me ha beneficiado esto. Aparte de para que me eches la bronca una vez más —añadí de mal humor.

—¡Te lo tienes merecido! ¡No puedes anunciar que soy tu pareja en televisión sin antes consultármelo!

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? ¿Le concedo mañana una entrevista a la competencia y les comento que hemos roto?, ¿o que he alucinado y en realidad nunca fuimos nada? ¿Me disparo en la sien en directo?

—Se me ocurre que podrías dejar de estar a la defensiva y aceptar tu parte de culpa —repuso con retintín—. Luego ya veríamos.

—¿Cómo quieres que deje de estar a la defensiva con el pollo que me has montado? ¿Es que te avergüenzas de mí o qué?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

—La pregunta es cómo esperas que piense lo contrario. Mira la que me estás liando, macho. Y yo que pretendía ser romántico.

—Me molesta que hayas actuado por libre. Me preocupa cómo vaya a reaccionar Roberta, porque se sobreentiende que puede e incluso debe manejar lo que la prensa sabe de tu vida privada. Y, sobre todo, ¡me ofende que no me lo hayas pedido primero!

—¿Lo de ser novios se tiene que pedir?

—¡Evidentemente! Compras unas flores y unos bombones, u organizas una cena bonita, o vienes al pie de mi balcón a cantarme una serenata... ¡y te preparas un discurso!

—No le hagas caso. Ha visto muchas películas —oí la voz de Alexia —. Pero estoy con ella en que hablarlo, lo que es *hablarlo*, pues sí hay que hacerlo.

—¿Todo bien? —me preguntó Oprah, que había estado educadamente callada a un par de metros de distancia. Procuraba no moverse mientras los técnicos le quitaban el micrófono.

—Sí. Es que se ha picado con algunas cosas que he dicho. —Señalé hacia el móvil.

Oprah me sonrió.

—Envíale unas flores y se le pasará.

Terminé por superar mi indignación inicial y por empatizar con la suya. Salvando las distancias, a mí tampoco me gustó enterarme por la prensa de que tengo TDAH y mi tío es gay, y eso que yo ya sabía ambas cosas.

Estaría enfadado conmigo mismo por no haber previsto la reacción de Elsie —es una chica tradicional, ¿de qué me sorprendo?— si no fuera porque en el fondo, muy en el fondo, ahí donde puedo ser un genio maligno de la manipulación estratégica, lo que pretendía era ponerla contra las cuerdas y obligarla a ser mi novia solo porque Oprah, que es el equivalente humano de Dios, lo sabe.

Esto no es nada feminista y no recomiendo que lo hagan en sus casas. Yo me voy a salir con la mía, pero a cualquier otro lo habrían desollado vivo con mucha razón.

He tenido una semana entera para pensar en el asunto y hacer una lluvia de ideas con tres de esos millones de habitantes que fueron informados de mi estado civil. O del que yo pensaba que era mi estado civil. O del que yo *quería* que fuera mi estado civil.

Los Boston Beasts me recibieron en el vestuario a la mañana siguiente distribuidos en dos columnas en el pasillo. Se pusieron de acuerdo para prorrumpir en aplausos en cuanto aparecí. Algunos se atrevieron a estrecharme el hombro, otros se besaron las puntas de los dedos unidos en un gesto de chef italiano. Noah Armstrong era el único que ya había empezado a colocarse las protecciones en el interior del vestuario y sacudía la cabeza con exasperación.

—Por fin otra persona normal —agradecí al cruzar el umbral.

—¿Otra? —repitió abriendo mucho los ojos. Terminó de anudarse los cordones de las zapatillas y plantó el pie en el suelo con una ceja arqueada—. ¿Dónde está la primera? No te estarás refiriendo a ti mismo, ¿verdad? Nos hemos enterado gracias a Vinny de cómo se vivió el anuncio de tu compromiso en Villa Lara Cosima.

—¡Venga ya! —intervino el aludido—. No le hagas ni caso al amargado este. Solo faltaría prestar atención al enfermo crónico de soltería. Fue un gesto de puta madre.

—Dijo el hombre que tal baila —ironizó Noah—, que besó a una mujer en el directo de la Super Bowl sin antes preguntarle.

—No sabía que tenías problemas de estreñimiento, *quarterback* —fingió lamentarse Vinny, agarrándome todavía por el hombro—. Te va a venir bien entrenar para destaponar las posaderas, que falta te hace.

—Luego se mete con Savannah por *woke* —intervino Ashton. Se situó a mi izquierda y se cruzó de brazos—. Tú sí que eres *woke*, colega. No se puede ser más papista que el Papa.

—*Woke* o no, es verdad lo que dice. —Me encogí de hombros—. A Elsie no le hizo gracia. Quiere que le pida compromiso serio en condiciones.

—Hablando como la gente normal, ¿no? —completó Noah, y tuve que asentir en señal de connivencia.

Como es el protocolo habitual, no me importó que siguiera pinchándome. Es raro que no hable con la voz de la razón.

—Me dijo algo de unas flores, bombones, cita romántica, discurso amoroso y serenata.

—¿Y qué va a ser? —Vinny levantó las cejas hasta tres veces.

—¡Yo voto por las flores y los bombones! —apoyó Ash alzando la mano—. Un clásico infalible.

—¿Un clásico infalible? ¿A quién le has regalado tú flores y bombones? —se extrañó Vinny.

—A mi madre —resolvió Ash, y se quedó tan pancho.

Comprensiblemente, nadie se metió con él. Vinny también adora a su madre, y Noah y yo no tenemos.

—Unas flores y unos bombones siguen sin darle a su opinión el lugar que debe tener —repuso el *quarterback* con el hastío de estar tratando con un hatajo de animales salvajes—. Lo lógico sería llevarla a cenar, decirle lo que sientes y esperar su respuesta.

—Pues yo estaba pensando en la serenata —confesé.

—Estoy bastante seguro de que añadió esa sugerencia en broma —advirtió Vinny.

—A lo mejor. Pero me parece más original que otra puta cena. Va a pensar que la estoy engordando para luego comérmela a la brasa.

Me la imaginé desnuda y embadurnada de salsa barbacoa y me gustó la idea, por cierto.

—¿Sabes tocar algún instrumento? —inquirió Noah.

—La guitarra acústica. Y no se me da mal cantar.

—¿Has pensado en la canción? —preguntó Vinny, que pese a la reticencia inicial había aceptado de inmediato mi decisión. Él es así.

—Sí. Necesitaré una guitarra eléctrica con amplificador... a no ser que vaya a hacer *playback*, pero no sería lo apropiado. ¿No?

Los tres se quedaron parados. Intercambiaron sendas miradas entre ellos, debatiéndose entre la extrañeza, la carcajada, la pregunta que flotaba en el aire: «¿Se te ha ido el puto pistón?».

Al final fue Noah quien se levantó con aire solemne.

—¿Lo dices en serio? ¿Le vas a dedicar un concierto a los pies de su balcón?

—Si lo dudas por la logística, es plausible. No vive en un rascacielos en plena calle principal, sino en un segundo piso en Nolita.

—Entonces has ido a su apartamento —se regocijó Vinny. Enseguida miró al *quarterback*—. Nos debes cincuenta y veinticinco pavos a mí y a Ash respectivamente, chaval. Nuestro número 69 triunfó en esa cita.

—¿Y tú qué sabes si triunfó la noche de la apuesta o la siguiente? Dudo que se la llevara a Manhattan para la copa posterior a la cena si habían quedado en Boston.

—¿Estás subestimando el superpoder de un avión privado?

—Yo no tengo un avión privado. —Arrugué la nariz—. Ni me interesa.

—Pero Alexia lo tiene. A lo mejor se lo prestó.

—Claro, porque un avión privado es como un bolso —se mofó Noah.

—Alexia lo usa como tal. —Vinny se encogió de hombros.

—Y tan orgulloso que estarás de ella por eso.

—Que haga lo que le dé la gana.

—Triunfé —resumí con tal de frenar la discusión. No le iba a gustar a ninguno que me metiera a opinar sobre el avión privado, a Vinny el que menos—, pero nos fuimos a mi casa, no a la suya. De todos modos, he visto la suya. Es mejor que la mía.

—Porque tú quieres —me recordó Ash—. Podrías vivir donde te saliera de los cojones.

—Ya vivo donde me sale de los cojones.

—Pues «donde te sale de los cojones» es un lugar bastante inhóspito, tío. A lo mejor deberías vivir donde me sale a mí de los míos. Es un buen barrio.

—¿Por qué no me dejas tranquilo?

—Porque luego me invitas a tu casa a tomar unas cervezas y hay dos tíos follándose en el sofá en el que estoy sentado.

—¿Tienes algún problema con los gays?

—Tengo un problema con que la gente del género que sea se folle en el sofá en el que estoy sentado.

—¿Y no te inviten, quieres decir? —se rio Vinny.

—¡Si alguien se tiene que follar en el sofá en el que estoy sentado, qué mínimo que seamos una tía y yo! ¡Y punto! ¡No me gusta mirar!

—¿Entonces va a haber serenata o no? —suspiró Noah—. Me ofrezco a colaborar tocando la guitarra. Tengo una eléctrica por ahí.

—Me uno a la banda musical. Podría hacerte los coros. Alexia me enseñó a entonar un día.

Noah le palmeó la espalda a Vinny.

—Seguro que aprendiste muchísimo en veinticuatro horas.

—Es una maestra excelente.

—Yo te puedo acompañar con la pandereta —se postuló Ash.

—No hay pandereta en la canción que he elegido.

—Pues chasqueo los dedos así. —E hizo una demostración de talento mediocre moviéndose al son de un temita silencioso haciendo castañetas con una sonrisa bobalicona. Hubo que reírle la gracia. No es más tonto porque no se entrena—. Es que no me quiero perder el concierto. Aunque sea déjame mirar desde el coche. Prometo aplaudir después.

—Pensaba que no te gustaba mirar —se burló Vinny.

—Venga, sí. Cuantos más instrumentos tenga, más profesional parecerá. Y si algo le gusta a mi novia es la profesionalidad.

—Todavía no es tu novia.

—Cállate, Astronauta. Me lo vas a gafar.

Capítulo 26

The Adults Are Singing

DiMarco

Lo bueno de que no entrenemos los fines de semana hasta que empiece la temporada —para lo que queda todavía todo el mes de agosto— es que puedo llevarme a los tres miembros del equipo a Nueva York con una guitarra y una pandereta facturadas sin que el entrenador se cruce.

El viaje en taxi hasta North of Little Italy en el bajo Manhattan es la hostia de divertido para mis compañeros, pero no tanto para mí, que además de un instrumento sobre las rodillas llevo un nudo de nervios apretando en la boca del estómago.

No me he sacado ningún máster en serenatas, pero por lo que entiendo no solo sirven para declararle a una mujer tus intenciones con ella, sino también tus sentimientos. Al tiempo que vocalizo y entono, voy a tener que decirle que estoy enamorado.

Mi experiencia en este aspecto es nula. Desconozco cuáles puedan ser las palabras adecuadas. A lo mejor está tan furiosa por lo de Oprah —aunque hemos hablado con normalidad estos días— que no existen dichas palabras adecuadas y me va a echar con cajas destempladas diga lo que diga.

Como si me hubiera leído el pensamiento —no tengo muy claro todavía que *no* sepa hacerlo—, Noah me pone la mano en el hombro.

—Va a ir bien, Myles. Puedes dejar de zarandear la pierna. Más que nada porque con la fuerza que tienes vas a abrir un boquete en el suelo del coche.

—A lo mejor no me corresponde —murmuro por lo bajo. Ashton y Vinny están en su propia conversación, gracias a Dios. Miro a Noah a los ojos—. A lo mejor solo me quiere por mi cuerpo. Me lo tendría merecido por la manera en que me he comportado con las mujeres. Si existe Dios y toda esa mierda, me hará pagar mis fechorías a través de Elsie.

Él esboza una sonrisa benévola.

—Las cosas no funcionan así. Los buenos no siempre tienen lo que se merecen y los malos solo reciben mal karma de vez en cuando, y más por el modo en que la vida está diseñada (ya sabes, una de cal,

otra de arena) que porque alguien allí arriba lleve la cuenta de nuestras virtudes y defectos. Y creo que tú en concreto estarás a salvo.

Intento enumerar todas las razones por las que creo que Elsie podría quererme. Es un ejercicio curioso; por lo general, cuando necesito calmarme, cuento hasta cien o recito todas las marcas de coche que se me ocurren. Ahora no. Ahora hago memoria y me acuerdo del helado en el dentista, de que me intentó comprar una cama, de que quiso salir a la calle a hacer cosas conmigo el primer día en Nueva York, de que se presentó en casa de mi tío a pesar de mi penoso comportamiento en Central Park.

«No se encaró con Roberta Montessore ni la mandó a pastar a pesar de que te jodieron bien jodido», dice la voz interior.

«Cállate».

Estoy tan nervioso que no se me ocurre mucho más, tan nervioso que decido que nada de eso es suficiente.

Lara Cosima es atenta por naturaleza. Ningún detalle que haya tenido conmigo significa que me quiera. Si me pongo en sus zapatos —preferiblemente los tacones, no los que tienen forma de pezuña—, pensaría que es demasiado pronto para enamorarse de nadie.

La voy a asustar.

—¿Cuánto tiempo tienes que pasar con una mujer para que anunciar que estás enamorado sea razonable y no un signo de psicopatía? —pregunto justo antes de que el taxi pare frente a la casa de ladrillo *brownstone* de Nolita, esa en la que ya he amanecido varias veces.

No las suficientes.

Noah agarra la guitarra por el mástil y el amplificador por el asa y me sonríe nada más apearse.

—Es como si preguntaras cuánto tiempo tiene que pasar para que sea razonable volverse loco. Enamorarse nunca es razonable. No debe serlo nada de lo que digas o hagas cuando te sientes así.

—¿Cómo sabes tú eso? —se ríe Ashton—. Ni que te hubieras enamorado alguna vez.

—Te sorprendería —replica Noah sin inmutarse ni ofrecer más explicaciones. Paga el trayecto en taxi y se reúne con nosotros en la

acera, poco transitada a estas horas de la noche.

Por suerte contaremos con la romántica iluminación de las farolas para mejorar la puesta en escena.

—Yo tuve la decencia de esperar un par de meses para declararme —cuenta Vinny con una sonrisa nostálgica—, pero, si te soy sincero, lo habría hecho la segunda vez que la vi, cuando me tiró el cubata por encima. Estoy a favor de guardar las formas al principio, claro que sí. Solo hasta que el cuerpo y la mente se alíen y te digan: «Hasta aquí hemos llegado. Ahora vamos con todo».

Espero a que Ashton haga su aportación mirándolo con fijeza. Él tarda en darse cuenta de que por un segundo será la atracción principal, ocupado como andaba acariciando los discos plateados de la pandereta.

—Tío —me suelta con vehemencia. Extiende los brazos—. El que tenga miedo a morir, que no nazca. ¿Me entiendes?

Pues no le falta razón.

Con la guitarra acústica ya colgada del hombro —no sé cómo voy a tocar con estos dedos torpes—, saco el móvil y le escribo a Elsie que por favor se asome a la ventana, que tengo una sorpresa para ella. Como el iPhone es su sexto dedo de la mano derecha, ve el mensaje enseguida. A mi señal —un cabeceo en su dirección—, los chavales defienden sus puestos: Noah prueba un riff de guitarra eléctrica, Vinny pone la percusión de fondo en el altavoz, Ashton empieza a marcar el ritmo con la pandereta —*yo esto no lo tengo muy claro*— y el menda procede a reproducir la melodía original con la guitarrita acústica y la voz *a capella*.

Antes de que Lara Cosima abra la ventana y se cuelgue de la baranda con el pelo recogido en el turbante de la ducha y nada más que una batita de andar por casa, nosotros ya nos hemos metido de lleno en la canción. Yo no debería apartar la mano de las cuerdas —estoy oxidado, necesito ver qué coño estoy percutiendo—, pero tengo que fijarme en su cara. Las farolas me ayudan en mi propósito descubriendo para mí su expresión de pasmo y su balbuceo a medio construir: —¿Pero qué...?

Ashton se ríe como un crío y Noah disimula una sonrisa agachando la barbilla.

Que disfruten ellos que pueden. Mi deber es concentrarme en la letra que me toca aullar en plena calle.

Little Susanna, down in Louisiana

Pretty as she can be
All the boys want her, they even say she's gonna
But she don't want nobody but me

Now I'm a lucky fella, 'cause they all try to tell her
Girl, you better leave him alone
But none of them can see what she sees in me
She loves me way down to the bone

Compruebo con vistazos rápidos a través de las pestañas húmedas —no estoy llorando, solo faltaría. Sudo de los nervios— que ella levanta las cejas y se cubre la boca con la mano.

Tiene que estar de acuerdo conmigo en que la cancioncita de Sammy Kershaw es ideal para dedicársela. El cantante es de Luisiana, salió publicada en la década de los noventa —la década en la que ella nació— y la letra le va que ni pintada.

She's Louisiana hot sauce, hotter than a fireball

Smoother than strawberry wine
She's lookin' good as I've seen, strollin' in her tight jeans
Drivin' me out of my mind

Believe me, there's no other that comes in up above her
She knocks me right down to my knees
Well, I know I could never have it any better
She spins me like a washing machine

—¡Baila un poco! —exclama Vinny desde abajo con el pie apoyado en el altavoz.

Dudo que ella lo haya escuchado o sepa siquiera que está ahí. O sea, tiene que saberlo porque somos cuatro pardillos, cuatro instrumentos, y porque ella repara en todo, pero es tal y como lo dice el cantante de country: solo le quedan ojos para mí.

Al menos en lo que dura el concierto.

Noah me transmite que está yendo como la seda acercándose un par de pasos en mi dirección, sin perder la concentración en el sencillo riff que acompaña el tema. Cuando vuelvo a alzar la vista hacia ella, la veo con los codos y el cuerpo descansados sobre la baranda, la barbilla en las manos y una adorable sonrisa de incrédula mortificación.

—¡Eh! ¡Es casi medianoche! —berrea un tipo del edificio colindante—. ¿Qué coño estáis haciendo? ¡Esto es ilegal!

—¡Cállate, amargado! —le aúlla Ashton en mi nombre.

—¡Voy a llamar a la policía!

—¡¿Y por qué no llamas a tu exmujer para que te recuerde por qué te dejó?!

Dudo que la policía pudiera llegar a tiempo para detenernos incluso en Nueva York, donde hay pasma en cada esquina y rara es la noche que no te pase zumbando por el lado un coche patrulla con las luces prendidas: para cuando el sujeto desaparece en el interior de su casa, listo para consumar su venganza, nosotros ya hemos terminado, y somos un grupo musical de un solo éxito.

Como Lara Cosima está demasiado pasmada para aplaudir, Vinny y Ashton hacen lo propio y Noah se une batiendo las palmas en

cuanto se extingue la última nota de la guitarra.

Yo mantengo la cabeza alzada hacia ella en completo silencio.

Podría aprovechar para decir algo ingenioso, algo que ponga la guinda al pastel, como «aquí tienes tu serenata» o «eres la primera y última Julieta de toda esta calle del barrio de Nolita», pero estoy tan nervioso que solo prolongo el silencio.

—¿Dejarás caer tu pelo, Rapunzel? —bromea Vinny.

—¡De eso nada! ¡Lo tengo muy fino y se podría partir!

—¿Nos invitas a subir por nuestra cuenta, entonces? —exclama Ashton.

—¿Por qué te invitaría a ti a subir, si no has hecho nada distinto del panoli con la pandereta? —se mofa Vinny. Coloca las manos alrededor de la boca como una bocina—. ¡Pero a DiMarco deberías dejarlo pasar! ¡Aunque sea para servirle un vaso de agua! ¡Ha cantado bien, ¿eh?!

Elsie se lleva las manos a la cabeza, donde sigue el turbante. Algo me dice que está ruborizada, pero no lo sabré hasta dentro de cinco minutos, cuando ella, con un asentimiento tímido, me haya dado luz verde para saltar las escaleras del edificio de dos en dos y plantarme ante su vivienda con nada más que lo puesto.

Elsie me abre con el pelo húmedo sobre los hombros y la batita de gasa semitransparente arrastrando por detrás, como si fuera el fantasma de una novela victoriana.

En efecto, tiene las mejillas sonrosadas y le cuesta mirarme a los ojos.

—Anda que como te hayan grabado y lo suban a redes sociales... —murmura con la vista clavada en el suelo—. ¡Roberta va a estar contenta!

Me armo de valor para pasar al recibidor, obligándola a ella a retroceder unos pasos, y cierro la puerta de un puntapié.

—Ya sabes que Roberta me la suda. Esto era para ti, no para tu jefa. Querías una serenata, ¿no? ¿Lo he hecho bien?

—No sabía que cantabas —sigue hablando en voz muy baja.

—Te dije que me gustaba *Chicago*. He crecido escuchando todas sus canciones. Y las de *Wicked*. Y las de *Hamilton*. Y las de *Waitress*. De tanto cantar en casa, algo se queda.

—Si lo que querías era demostrarme tu... tu... interés o cariño, podrías haber elegido una canción romántica, no *Louisiana Hot Sauce*. Esa es un tanto ordinaria.

Sigo avanzando hacia el salón y ella sigue retrocediendo sin ver por dónde va con una torpeza encantadora.

A estas alturas no me siento más que las orejas taponadas por la sangre. ¿Es normal querer tanto a alguien que tienes la impresión de que vas a petar como una olla exprés? Incluso si me dijera que no solo no me corresponde, sino que me odia, me quedaría donde estoy con tal de seguir mirándola.

—Es que yo soy un tanto ordinario.

—¡Pero yo no!

—¿Te estás quejando porque no te ha parecido bien, o solo por vicio? ¿Preferías los bombones de entre todo lo que enumeraste?

Elsie choca de espaldas contra la pared del fondo de la salita, justo debajo de una composición de cuatro fotografías monocromáticas al estilo Warhol.

—No... —Se muerde el labio—. Me ha gustado la canción. —Todavía tarda unos segundos en alzar la vista. Lleva la cara lavada. Huele a jabón, a su colección de cremas pijas entre otros potingues, al perfume que se echa antes de dormir porque «la ayuda a conciliar el sueño» y «así se siente sexy». Esboza una sonrisa introvertida que me corta la respiración y se pone de puntillas para besarme la mejilla—. Gracias.

—De gracias nada. He venido para lo que he venido. Tu respuesta tiene que ser sí o no, no un agradecimiento, y yo prefiero que sea que sí. ¿Vas a ser mi novia o qué?

Elsie compone una mueca contrariada.

—Qué brusco eres.

Pongo las dos manos a cada lado de su cabeza para que no se le ocurra escabullirse.

—A lo mejor te vuelves brusco cuando sabes lo que quieres, sí. Qué le hago.

Casi la oigo tragar saliva.

—¿Estás seguro de que quieres... un compromiso conmigo? Porque yo creo que no lo has pensado bien. Tendrás que esforzarte

para estar ahí cuando te necesite, en los buenos y los malos momentos, y no podrás justificarte con que «eres así» cuando te despistes.

—Anotado.

—Tendrás que responder siempre mis mensajes, y tendrás que llamarme a menudo, y tendrás que aceptar mis defectos de maniática, obsesiva, tiquismiquis...

—Me parece bien.

—A lo mejor tienes que conocer a mis padres.

—Me parece bien también.

Bueno, bien lo que es *bien*, no. Pero hay que aguantarse.

—Vives en Boston y yo en Nueva York.

—Vendré los fines de semana.

—Esas serían muchas molestias. —Sacude la cabeza—. No deberías...

—No te estás enterando del asunto, ¿no? ¿No te enteras o no quieres enterarte? Porque no eres nada tonta. Aunque utilices Instagram como una.

—¡Eso sobraba!

La sujeto por los hombros y la separo de la pared para acercarla a mí. Está igual de rígida que una columna. Parece minúscula con solo una capita de ropa, el pelo mojado y sin zapatos.

Yo no estoy menos vulnerable.

Elsie me mira a los ojos, y tiene que ver ahí, en los míos, lo que estoy a punto de decir, porque abre mucho los suyos y se apresura a balbucear: —¿Qué importa si te digo que sí o que no? A ojos de Dios, o, lo que es lo mismo, de Oprah, los habitantes de Norteamérica y las redes sociales, tú y yo ya tenemos un noviazgo. No necesitas mi beneplácito. Ya lo soltaste sin más porque te dio la gana.

—No, porque me dio la gana, no. Porque te quiero.

Lara Cosima tiene una reacción corporal brutal, como si algo la hubiera golpeado por dentro.

—¿Qué dices? ¿Cómo me vas a querer? ¿Ya? ¿Así, sin más? No. No puedes quererme.

—¿No?

—¡No!

—¿Me lo prohíbes?

—¡Te lo desaconsejo!

—¿Por qué?

—Porque no tenemos nada en común. Te saco de quicio, tú me sacas de quicio a mí, venimos de una situación laboral que nos obligaba a estar pegados y eso puede haberte confundido, soy la única chica con la que te has visto en varios meses, y...

—Y te quiero —completo—. ¿Tú a mí no?

Todavía sujeta por mis brazos, que a cada segundo que pasa la aprietan más y más por los hombros como si así pudieran exprimirle una confesión, Elsie se encoge sobre sí misma.

—Yo... yo... yo... acababa de ponerme una mascarilla viral de aguacate e iba a meterme en la cama a dormir —balbucea, histérica. Parece que se le haya perdido algo en el suelo, algo que no encuentra y la desespera—. ¡Hace un rato estaba cenando un yogur mientras veía vídeos de TikTok!

—Vale. Pues ahora te estoy preguntando si me quieres.

—¿Qué pasa si te digo que sí?

—Que me haces muy feliz y nos ponemos a follar de inmediato. O lo que quieras. Podemos ver *tiktoks*, si lo prefieres.

—¿Y si te digo que no?

Necesito un segundo para reflexionarlo.

No me gustan las opciones que se me ocurren.

—Sinceramente, Elsie —confieso con el alma en vilo—, me pondré muy triste y me piraré. ¿Es eso lo que me vas a decir?

Me mira a los ojos con una mezcla de emociones que no sé por dónde empezar a desenredar.

Está aterrada.

—Es que... es que...

—¿Tan complicado es para ti? —interrumpo, abrumado por mi propia angustia—. No te he pedido que compongas una palabra en *Scrabble* con la letra z. Solo te he pedido que respondas.

—¿Cómo te voy a decir que no? —termina musitando—. ¿Quién te puede decir que no?

—¿Lo dices porque te estoy presionando? ¿Porque le rompí las gafas a alguien? Nunca te rompería las gafas, Elsie.

—Lo digo —repite más despacio— porque es imposible no quererte.

Estoy bastante en desacuerdo con esa afirmación —y muchos me apoyarían—, pero entre que no se me dan bien las discusiones con argumentos inteligentes y que de repente no puedo pensar, renuncio al gusto de llevarle la contraria.

Aún con las manos alrededor de sus brazos, la apoyo con cuidado en la pared y así la mantengo, como si fuera a interrogarla, a robarle o solo disfrutara de su debilidad cuando nada de eso. Necesito no hacer nada por un momento para asumir la magnitud de la confesión. Necesito que no me toque en tanto que voy asimilando lo que esto supone.

Rastreo su expresión sobrecogida y le busco una explicación razonable a su silencio.

—¿Me quieres?

Elsie asiente con la cabeza despacio. Como no puede liberarse de mi bloqueo, levanta las manos hacia mí todo cuanto puede teniendo los brazos clavados en la pared y me sujeta por las muñecas. Ladea la cabeza hacia una de mis manos y roza la mejilla recientemente untada en aguacate con mi dorso antes de robarme un beso en los nudillos.

Sigo respirando. Si no, estaría muerto. Pero creo que no lo hago como una persona normal.

Hay alguien que me quiere. Y no es cualquier alguien. Es ella.

Un golpe de calor me sube por el cuello. No es rubor; es algo más fuerte que la vergüenza y que la ira juntas, más poderoso que el miedo o la fobia. Tiene que ser un síntoma de enajenación. Un brote de locura o algo así. O eso o el cerebro se me ha ladeado y se han derramado todos sus contenidos como un vaso de leche. Ni pienso con claridad ni encuentro palabras. Las emociones primarias se adueñan de mí y creo que solo jadeo entrecortadamente antes de atraerla hacia mí y abrazarla con fuerza, llenarle de besos el pelo mojado, la cara pegajosa y brillante por los potingues.

Ella tiembla entre mis brazos y yo la aprieto más fuerte, como si lo que le pasa fuera que se muere de frío cuando sé muy bien que no es eso, que es, de hecho, lo mismo por lo que tiemblo yo.

Porque sentimos lo mismo.

Lo mismo.

Aprovecho que justo a su lado hay una ventana y la abro tirando con fuerza hacia arriba. Confirmo que los Boston Beasts siguen abajo manteniendo una conversación tranquila, como un grupo de rock de novatos que acaba de salir de un concierto en un garaje. Noah se fuma un cigarrillo con la guitarra cruzada a la espalda como una katana; Ash se estira imitando a una profesora de aerobic —como si hubiera hecho algo, el cabrón— y Vinny hace aspavientos que parecen describir el modo de acceso a una casa y sus muchas dependencias.

—Me quedo aquí —anuncio desde arriba—. Adiós.

No espero una respuesta —aunque escucho los vítores aun así— y cierro la ventana de un golpe. Sin mayor demora, alzo a Elsie en vilo, como a una princesa adorada.

Lo que es.

No dudo que sea así como se siente con su vaporosa batita de gasa ondeando en el aire.

A no ser que prefiera sentirse como una princesa secuestrada. También podría ser el caso.

La echo sobre la cama de su dormitorio. Desde ahí me mira con el aliento agitado y los ojos muy abiertos, como si fuera la primera vez que lo hago. Me saco la camiseta por la cabeza y contemplo su figura vulnerable sobre la colcha mientras me quito el cinturón con tres movimientos secos.

—Vamos a ver si es verdad que me quieres.

Elsie extiende los brazos hacia mí y me rodea la espalda amorosamente en cuanto me encaramo sobre ella. La cerco por las rodillas en lo que tardo en abrir la bata tirando del lazo.

Lo siguiente que sé es que está desnuda ante mí.

—No me puedo creer que esto esté pasando —confiesa con un hilo de voz.

Le cubro la mejilla con la mano, no menos sobrecogido.

—Yo no me puedo creer lo guapa que eres. Tienes la cara más bonita del mundo.

Elsie hace una mueca cómica que le perdono en este momento solo porque como sigamos poniéndonos románticos nos va a dar un ataque epiléptico.

A mí por lo menos.

—¿Perdona? Te recuerdo que has salido con el nuevo rostro de Dior.

—¿Y esa quién es?

—¡Terry, Myles! —se exaspera—. ¡Es Terry!

—Ah, la bendita Terry. Dios la tenga en su gloria por haber ocasionado que nos conociéramos.

—No me digas que solo te acuerdas de ella por eso.

—Ya te digo. Aunque estoy seguro de que nos habríamos conocido igual... —me inclino a besarla en el cuello, que me ofrece arqueando la espalda y girándose hacia un lado de un modo provocativo— y de que tú y yo habríamos terminado del mismo modo.

—De hecho, vas a terminar acostándote conmigo esta noche me mientas sobre el valor estético de mi cara o no, así que admite ahora mismo que Terry es más guapa.

—Terry no se parece a María Sharápova. Tú sí.

Elsie arruga el ceño, pensativa.

—María Sharápova es rubia —decide al final.

—Y tu doble —me empecino.

—Nunca se la ha conocido por ser guapa.

—Pues en mi casa se la conoce por ponérmela como el cemento armado.

Espero a que me eche la bronca por soltar una barbaridad, pero debe de estar verdaderamente fuera de sus cabales por mi serenata y mi declaración, porque solo se cubre las mejillas con las manos y ahoga una carcajada abochornada.

Me mira de soslayo con los ojitos brillantes de emoción.

—Myles, por Dios bendito... —cae en la cuenta de algo y extiende los brazos—. ¿Estás diciendo entonces que María Sharápova es más guapa que yo?

—María Sharápova nunca se pondría unos zapatos-pezuña.

—Pues que sepas que tú eres idéntico al Eric Bana de *Troya*.

—No sé quién es ese. Y cállate ya, que como no te dé un beso, reviento.

Sofoco su risita coqueta con la boca. Deslizo la mano desde el hueso de su cadera hasta la ingle, y de la ingle doy un salto a la entrepierna.

Elsie me sorprende pegando los labios a mi oído y musitando:

—¿Ves cómo es cierto?

—El qué.

—Que te quiero. —Se revuelve de manera erótica para sentir mi mano íntimamente—. ¿O no lo notas?

Me muerdo la lengua para reprimir uno de esos accesos violentos de amor que me atacan a veces por la espalda y que en un descuido podrían convencerme de asfixiarla a besos.

—Lo noto. Ahora vamos a medir cuánto.

Capítulo 27

Woman I Need

DiMarco

Cuando estás enamorado dices una cantidad de imbecilidades al día que es para hacérselo mirar. Por ejemplo, nada más levantarme he pronunciado las palabras «voy a ir a por el desayuno. ¿Cómo te gusta el café?», cuando siempre he sido partidario de que cada uno se lo guise y se lo coma por separado o de que, en última instancia, si tengo el gesto de ir a comprar un café y una magdalena, te bebas el café y te comas la magdalena tal cuales son, aunque seas intolerante a la lactosa y alérgico a los arándanos. De lo contrario serás un puto desagradecido.

(Por lo visto, ahora me importan las preferencias de la princesa, a la que no he arrancado de la cama tirando de las sábanas como habría despertado a otra para que me dejara a solas con mi Lego a medio construir cuanto antes. Luego no construía el Lego porque se me olvidaba que estaba ahí. Pero lo importante era que se largara para que yo no hiciera lo que tenía que hacer e hiciera en su lugar lo que no pensé que iba a ponerme a hacer hasta que lo hice. Espero haberme explicado.)

Ya en las calles, le he preguntado al florista qué ramo le puedo regalar a una mujer que entiende de flores para que sepa que la aprecio. Más que nada porque el otro día me enteré de que hay unos brotes apropiados para los funerales y que uno regala lirios blancos con unos objetivos y rosas rojas con otros distintos.

Me traje las rosas rojas, claro. Representan la pasión o no sé qué.

Horas después he sido el jodido colmo de la cursilería. Estábamos subiendo juntos en ascensor a las oficinas de Velvet Room y se me ha ocurrido una estupidez de proporciones homéricas como solo puede serlo decir: «¿Cuántos besos crees que puedo darte en un trayecto de tres plantas?».

Me consolaré pensando que es una pregunta que un físico podría haber traducido en una ecuación y yo solo estaba llevando a cabo el experimento para despejar la incógnita. No era una payasada, sino una aportación al mundo de la ciencia.

Supongo que entiendo a Elsie cuando me dijo algo así como que se abrumaba a mi alrededor. A la vista está que no sé comportarme como una persona normal si anda cerca. De repente muto a la subraza Tocón de Metro, con la suerte de que ella me da su consentimiento, o sea que no soy un Tocón de Metro Malvado, sino un Tocón de Metro Aceptable, si es que eso es un concepto válido y un Tocón de Metro no es en su definición un pedazo de hijo de puta.

En fin, que me enrollo.

—¿Sabes para qué quieren reunirse conmigo? —le pregunto en cuanto cruzamos el umbral.

Ya he estado aquí antes. De hecho, le tengo un cariño especial a estas cuatro paredes por razones que no voy a desarrollar porque si no Elsie me dice que soy un grosero. Pero una cosa es prestar una visita clandestina a medianoche, cuando solo ella y su aroma dulzón ocupan el territorio, a hacerlo de buena mañana y con la intención de reunirme con Roberta Montessore, a la que todavía no conozco en persona.

Podría haber vivido feliz el resto de mis días sin que me la presentaran.

—Ni idea —confiesa Elsie en voz baja—. Por motivos evidentes, Berta no me ha vuelto a hablar de tu cuenta.

Cualquiera diría que se movería como Pedro por su casa, si no porque es uno de los activos más importantes de Velvet Room, al menos porque lleva tantos años trabajando que ya la considerará su segunda residencia.

O su primera. Seguro que ha pasado más horas en el despacho que en el piso de Nolita.

Pero no es así. La línea de sus hombros se endurece nada más cruzar el ascensor, se yergue al menos tres centímetros por encima de su estatura y se asegura de acudir con la solemnidad de un soldado con la aspiración de un ascenso a las puertas del despacho de su jefa.

Reconozco esa expresión, esa manera de clavar la vista al frente e impedir que ningún movimiento periférico te distraiga de tu objetivo. Es la actitud que yo mismo enarbolo cuando empieza un partido o cuando he acudido a un evento social y tengo que disimular que no

existe nada a mi alrededor, o de lo contrario sufriré un ataque de pánico.

Elsie frena ante la puerta cerrada —«Roberta Montessore», reza el rótulo dorado— y me encara con una mirada severa. Saca del puño ese dedo marimandón que me controlo para no morder, juguetón, y solo porque dos rubias nos están vigilando de lejos.

Imagino que una de las dos será Samantha.

—Sé educado —me advierte. Yo asiento con la cabeza de manera robótica—, sé simpático y sé obediente.

—Creo que el diálogo de Viola Davis en *Criadas y señoras* no era así, pero vale.

Decía lo siguiente: «Eres buena, eres lista, eres importante». No lo voy a especificar porque creo que admitir que he visto y llorado mil veces con *Criadas y señoras* se sale bastante de mi personaje.

—¡Lo digo en serio, Myles!

—¿No puedo decir lo que pienso?

—Solo en un caso extremo.

—Define «caso extremo».

Lara Cosima se detiene a pensarlo. Luego vuelve a mirarme como un entrenador a su boxeador estrella.

—Que sientas que se pisotean tus derechos humanos. Pero solo los derechos humanos. Tus derechos individuales pueden esperar. Recuerda que Roberta está haciendo esto por tu bien.

Elijo callar y esconder las manos en los bolsillos, lo primero porque no la quiero mosquear a las siete de la mañana y lo segundo porque si no inutilizo los dedos voy a acabar toqueteándola debajo de la blusa, una prenda con transparencias que insinúa el sujetador.

—¿Vas a hacer las esquinas? —le he preguntado medio en broma medio en serio cuando ha salido del vestidor con el modelito.

Ella ni se ha planteado echarme una bronca por mi comentario presumiblemente sexista. Mucho antes la ha ofendido que no entendiera que las transparencias vuelven a estar de moda y que lleva la camisa abrochada con pudor hasta el cuello.

—Ya, pero se te ve el sujetador —he respondido yo. No voy a negar que me inquietara.

—Trabajo solo con mujeres heterosexuales —ha dicho ella.

Tampoco voy a negar que eso me tranquilizara.

«¡Machista!», me gritaría Savannah.

No se equivocaría porque nunca se equivoca.

Unos momentos después de la advertencia letal, estoy cruzando el umbral del despacho de dirección con la misma ropa que me puse ayer para viajar a Boston con los BB, tocar la guitarra acústica en la calle y magrear a Elsie. Creo que Roberta piensa que le sonrío con calidez al estrecharle la mano porque la adoro o, peor, la respeto, cuando en realidad sonrío porque la hebilla de mi cinturón ha tintineado a mi paso y me ha recordado una escena de anoche:

—Alexia averiguó que estaba saliendo con alguien porque te dejaste esa pieza horrorosa en mi dormitorio —me dijo Elsie, y señaló la correa de cuero.

—¿No te gusta? —repliqué yo, a lo que aseguró que la quería lejos de su vista.

La puse fuera de su vista atándole con ella las muñecas al cabecero de la cama.

«Soy un hombre de recursos», proclamé, orgulloso, y Elsie se ruborizó.

—Por fin nos vemos las caras, DiMarco —saluda Roberta, que también es una mujer de recursos. De los que le ha robado a mi novia, si queremos ser más específicos—. ¿Un compatriota? Ese apellido es italiano.

—Tendría que preguntarle a mi tío.

—Ah, sí, tu tío. ¿Cómo se encuentra?

Cuestiono el verdadero interés detrás de su pregunta arqueando las cejas.

Ni olvido ni perdono que diera la orden de publicar la información relativa a mi TDAH y a mi única familia. Y como ya dejé bastante claro en las reuniones que tuvimos por videollamada para cuadrar la entrevista de Oprah, solo sigo en la agencia porque Lara Cosima me lo ha pedido y no quiero revivirle el trauma de Alexia haciéndola perder una cuenta que podría valerle el despido.

Así que este es el mensaje: «Estoy aquí, pero no me toques mucho los cojones o con la misma cojo y me largo».

Todo el mundo sabe lo que pienso de las mujeres con las cejas muy oscuras y muy gruesas y el pelo teñido de rubio. En esta vida hay que elegir: o eres rubia o eres morena, pero las dos cosas te convierten en una persona débil y poco fiable.

Lo que es Roberta Montessore, que no vale una mierda sin Lara Cosima. ¿O acaso es ella la que consiguió a Alexia Lux? ¿Es ella la que me consiguió a mí? No, ¿no? Pues a callar.

Estoy deseando que me vacile para ponerla en su sitio, porque es evidente que Elsie no lo va a hacer. Saluda a Roberta empleando ese tono de voz meloso que solo utiliza conmigo cuando nos abrazamos en la cama. Le falta poco para dirigirle una reverencia decimonónica.

No puedo evitar mirarla de reojo con una mezcla de espanto e indignación.

¿Por qué utiliza esa voz con su jefa? Esa voz me pertenece a mí.

—No te vayas, Lara Cosima, *cara* —le pide Roberta nada más ocupa su asiento, el que está al otro lado de una mesa fea con avaricia y plagada de fotografías lo contrario a espontáneas. Si hago un esfuerzo, puedo oír las indicaciones que se gritaron para tomar una de las que tiene enmarcadas, en la que aparece riéndose con una chica vestida de negro: «¡Finge que te estás divirtiendo, joder! ¡Eso es! ¡Como si tuvieras una madre que te quiere!»—. Esto os concierne a los dos. Sentaos, *per favore*.

No me gusta la cara que se le queda a Elsie. Si hasta yo noto que palidece bajo el maquillaje, el bronceador en *spray* y la piel oscurecida por el solárium, es que esta mujer la aterra. Lo vengo sospechando por el modo en que se le traba la lengua al referirse a ella y la reverencia monárquica con la que alaba —y defiende de mis mofas— su figura.

Aun así, verlo en vivo y en directo es doloroso.

Por suerte, a mí no me dan ningún miedo las mujeres a las que se les acaba el decolorante antes de aplicárselo en las orugas sobre los ojos. No reacciono cuando apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia nosotros.

—Aprovechando que estabas en Nueva York, quería hablar contigo *in faccia* sobre los resultados de la entrevista de Oprah. Nuestra *community manager*, Samantha Hollis, ha hecho un sondeo en redes

sociales y la opinión pública es mayoritariamente positiva después de que te abrieras sobre tu TDAH y tu relación con Harry.

—Henry.

—No te sorprenderá saber que fue un éxito, *sopratutto* porque mencionaste que habías renunciado a tu... ajetreada vida amorosa para centrarte en una mujer concreta.

Alargo la mano bajo la mesa para agarrar la de Lara Cosima, pero ella mantiene las suyas entrelazadas sobre el regazo. Da muestras de no querer que la toque apretando los labios. Su repentina actitud me desorienta —me estaba besando en el ascensor hace un momento—, pero lo dejo pasar.

—Mm-hm.

—Deberías habernos avisado de que ibas a soltar esa bomba —señala Roberta, lanzándome una mirada conminatoria que de alguna manera equilibra con una pequeña sonrisa, como si le divirtiera lo que entiende por una pequeña travesura.

—¿Y tenía que avisar también de que me iba a echar novia?

—Por lo general, los mánagers estamos enterados también de lo que se cuece en el ámbito sentimental del cliente, sí —responde sin inmutarse por mi ironía. A Lara Cosima le ha sentado regular. Se remueve en el asiento con la rigidez de un animal disecado—. Nos ayuda a prevenir que se divulguen falsos rumores, *per esempio*.

¿Por qué coño dice palabras en italiano? ¿No sabe que lo de mezclar idiomas solo se lo puede permitir Pitbull, *Mr. Worldwide*?

—Bueno, pues ya lo sabéis.

—Yo no tenía ni idea de que iba a pasar —se apresura a aclarar Elsie. Se alisa las arrugas invisibles de la falda de manera compulsiva.

Roberta le dirige una sonrisa afectuosa.

—¡Ni falta que hacía! Si no, la sorpresa no habría tenido golpe de efecto. Disfruta de estos grandes gestos de amor, Lara Cosima, *cara*, porque no duran para siempre.

La ceja me vuelve a escalar con el comentario.

¿Y qué coño sabe si duran o no para siempre? No recuerdo haberme acostado con ella como para que se ponga a hablar con

potestad sobre mi tendencia a cansarme rápido de las mujeres —de las cosas en general, siendo justos y fieles a la verdad—.

¿Qué pasa?, ¿porque ella esté divorciada todo el mundo se tiene que divorciar?

—Entonces qué —retomo yo con impaciencia—. ¿Me has citado para felicitarme?

—Os he citado a ambos para daros una noticia mala y una buena. ¿Cuál queréis oír primero?

—La mala —decimos al unísono.

Lara Cosima se gira hacia mí, sorprendida de que estemos en sintonía, y me sonríe tímidamente. Por primera vez desde que hemos entrado al despacho, siento que una burbuja de confianza e intimidad nos aísla de la frivolidad de Velvet Room.

—*Allora* —empieza Roberta. Se mira las manos entrelazadas como si lo necesitara para brindarse valor, nada más que un teatrillo absurdo para alimentar el suspense—. Esto no pillará con la guardia baja a Lara Cosima, que, como ya sabes, es una experta del mundillo de la representación, pero quizá a ti no te guste demasiado.

Estoy seguro de que no, no me va a gustar. No me gusta nada de esto. Cada vez menos.

—El qué.

—Nuestro objetivo contigo, DiMarco, es humanizarte ante la gente. Para ello nos hemos esforzado por borrar tu problemático pasado y desmarcarte de futuras polémicas. Tu nuevo estilo personal y tus últimas confesiones te han acercado al ciudadano promedio..., pero temo que todos estos esfuerzos se vayan por el desagüe presentando a Lara Cosima como tu *fidanzata*.

Me puedo figurar qué significa *fidanzata* por el contexto, pero, insisto, ¿por qué cojones me tiene que hablar en un idioma que no controlo?

Primero miro a Elsie, que la ha estado escuchando con los párpados tan abiertos que cualquiera diría que se oye con los ojos. Como no reacciono, me da por pensar que la conclusión a la que va a llegar no va a ser absurda.

Me equivocaba.

—Y por qué iba a ser un problema.

Roberta toma una gran bocanada de aire y se reclina hacia atrás en la silla con los brazos extendidos. Compone una expresión cordial.

—Es evidente, ¿no? Queremos *molto* a Lara Cosima, es nuestra *principessa*, pero no es la clase de joven a la que elegiría un hombre que desea una vida de perfil bajo y enarbola los valores de la rectitud y la modestia.

—Ya sé que molesta que salga con modelos, pero no es el caso. Elsie es normal.

—¿Normal? Proviene de una familia rica de la América Profunda, una zona fundamentalmente republicana, y tus valores, como ya has establecido en varias ocasiones, son más bien demócratas. Incluso socialistas —añade en voz muy baja, no vaya a enterarse la CIA—. Es una chica que se mueve en el mundo de la farándula: asiste a las fiestas de alto copete organizadas por y para la aristocracia neoyorquina, viste prendas de diseñador y de archivo, en su agenda de contactos destacan nombres como Alexia Lux…

—Yo también tengo el número de Alexia Lux.

—Vive entre grandes lujos, en definitiva. Esta nueva imagen de hombre sensible y sencillo que te hemos construido hilando muy fino... que, de hecho, Lara Cosima se ha esforzado por labrarte —recalca, y la odio por ello, porque solo por eso no puedo interrumpirla y preguntarle si se le ha ido la olla. He de respetar el trabajo de Elsie—, se irá al garete en cuanto aparezcas en un evento o se te vea por la calle cogido de la mano de una heredera millonaria.

Lara Cosima no reacciona. Ha agachado la vista hacia su regazo, donde ahora sus manos juegan a arrancarse los padrastros. Viendo que ella está fuera de combate, me dispongo a inaugurar mi duelo a dos con Roberta.

—¿A quién coño le importa con quién salga?

—A todo el mundo, *caro mio*. ¿No has visto la cantidad de memes que abundan en internet sobre las jovencísimas novias de Dicaprio y el hecho de que las deje antes de que cumplan veinticinco años?

—No es lo mismo.

—No lo es, no. Tu caso es peor. —Sus ojos centellean—. ¿O acaso has visto a algún famoso que cometa la indignidad de salir con una chica inapropiada? Aparte de Timothée Chalamet, claro. Pero me sirve de ejemplo para ilustrar mi argumento. El público ha sido tajante al determinar que su relación con Kylie Jenner es una humillación para él. Desde que sale con ella, ha dejado de percibirse como un genio sensible y artístico y ha caído en desgracia para las hordas femeninas, que eran las que sobre todo apoyaban su carrera. No cabe la menor duda de que perdió el premio Óscar, además de haber fracasado en esta última entrega de premios, por juntarse con una mujer plástica y chabacana, lo contrario a él.

—Pues a mí me parece muy bien que salga con Kylie Jenner o con quien le salga de las pelotas. Su novia es un monumento y seguro que le hace feliz. En cuanto a mí, no tengo que hacer campaña ni para ganar Óscars, ni premios BAFTA, ni hostias. Si gano, es porque he jugado bien. Da igual la novia que tenga. Y si en algún remoto caso importara eso, sumaría para bien. Desde que Vinny sale con Alexia Lux, más gente viene a los partidos y también los ve por televisión.

—Alexia Lux es apreciada por todos los sectores: adolescentes, universitarios, adultos; hombres, mujeres; enamorados de las artes y aficionados a la cultura popular; amantes del pop y seguidores del rock. Digamos que es como el buen humor, favorece a todo el mundo. No se puede decir lo mismo de lo que en redes sociales denominarían una *nepobaby*. Insisto en que los aquí presentes adoramos a Lara Cosima, pero digamos que... *non è per tutti i gusti.*

»Tienes que entender, DiMarco, que un hombre con tu relevancia social no debe dejarse ver con una mujer poco agraciada, que tenga una talla treinta y ocho o superior, que ostente un empleo noble pero sencillo o, en tu caso específico, porque no olvides que esta es la reputación que te labraste al posicionarte políticamente, con la heredera de una familia republicana con dinero de orígenes, digamos... dudosos.

—No pienso dejarla —sentencio, y miro de reojo a la inmóvil Elsie —. Ni ella a mí.

No me gusta un pelo cómo sueno, o, mejor dicho, cómo me hace sonar Lara Cosima al no intervenir en ningún momento: como si la estuviera obligando a estar conmigo. Apuesto a que Berta se ha dado cuenta de esto —de los significados de su silencio, de mi irritación— y por eso esboza una sonrisa.

—¡Jamás se me ocurriría interferir en vuestra vida personal! —aclara con las manos en alto—. Podéis hacer cuanto os plazca en la intimidad. Lo único que digo, *caro*, y es una humilde sugerencia, es que mantengas la identidad de Lara Cosima a resguardo.

—Ya he pronunciado su nombre en el programa de Oprah.

—Ah, bueno, pero eso es un escollo salvable —desestima Roberta con un aspaviento—. La próxima vez que se te pregunte al respecto puedes limitarte a decir que te inventaste el nombre o que improvisaste el de tu exagente porque querías proteger el anonimato de la chica. Lo más cómodo sería admitir que mentiste sobre su existencia, pero nadie se tomaría bien que te hubieras inventado una *coppia*. Empezarían a cuestionar todo cuanto has dicho, desde el diagnóstico de TDAH hasta los resultados de tus partidos.

—Eso es algo que no se puede falsear.

—A nadie le importa si algo *è vero* o es falso, DiMarco, siempre y cuando sea verosímil.

—Es que no es verosímil. Los partidos se graban. Todo lo que pasa está ahí.

—¿Y qué hacemos, entonces? —interviene Lara Cosima por primera vez.

He estado resistiéndome a mirarla para no proyectar sobre ella la intensidad de mi decepción, pero es inevitable cuando descubro que espera la respuesta de Roberta como una suerte de intervención divina.

Es verdad que sigue pálida, es verdad que no le ha gustado la «sugerencia» —es una orden con todas las de la ley—, pero procura disimularlo evocando un rictus inexpresivo, casi abnegado.

—Considerando que muy pronto empezará la temporada y los Boston Beasts estarán en el ojo público más que nunca por el tema de sus últimas victorias en la NFL y en la XFL —finge reflexionar sobre la marcha. Está claro que lo había decidido mucho antes de que nos

presentáramos en el despacho; mucho antes de que yo volara ayer a Nueva York—, creo que DiMarco debería iniciar un romance de conveniencia con una chica más apropiada. Solo por interés mediático, como se hizo con Vinny y Alexia. Las «relaciones de relaciones públicas», valga la redundancia, siempre dan muy buenos resultados. Es una estrategia que funcionó de maravilla con Sydney Sweeney y Glen Powell durante la gira promocional d*e Cualquiera menos tú*, con Lady Gaga y Bradley Cooper cuando salió *Ha nacido una estrella*...

—Yo no tengo que vender ninguna puta película —alucino—, ¿qué estás diciendo?

—Myles —me advierte Lara Cosima sin girarse, sentada con rigidez.

—¿Qué pasa? ¿No te parece absurdo? No tengo por qué anunciar quién es Lara Cosima en específico, ni llevarla a ningún evento, ni...

—No tiene un nombre muy común, y tarde o temprano os harán una foto mientras cenáis *in qualche luogo*. La gente ya ha empezado a teorizar que se trata de tu exagente, y...

—¡La gente está aburrida de la hostia! ¿Por qué voy a tener que fingir nada? ¡No necesito la aceptación de nadie! ¡Me da igual! ¡Yo no quiero vender nada! ¡Solo juego al fútbol!

—Hasta el fútbol es una cuestión politizada y mediatizada —insiste Roberta sin perder las formas—. Yo no pongo las reglas, DiMarco. Solo las sigo.

—Pues yo me las paso por el forro.

Lara Cosima se pone en pie de repente.

—¿Te importa si lo discutimos en privado a lo largo de estos días y te digo algo? —le pregunta a Berta, de nuevo con esa voz que me gusta cuando la usa conmigo y odio a muerte en esta tesitura.

La jefa compone una mueca calculadamente comprensiva.

—Por supuesto. Entiendo que es una cuestión *personale* y requiere mucha delicadeza.

Lara Cosima se lo agradece con una pequeña y deleznable sonrisa y esquiva la silla en la que ha parecido empalada durante los últimos veinte minutos. Me hace un gesto distante pero contundente para que la siga hacia la puerta, y solo cuando estamos los dos ahí, a

punto de enzarzarnos en lo que a todas luces será una discusión encarnizada, Berta exclama:

—¡Ah! Lo olvidaba. ¿No quieres oír la buena noticia? Seguro que DiMarco te acompañará en la celebración. —Espera a que Lara Cosima la mire con curiosidad, yo con desconfianza, y se pone en pie para anunciar con los brazos abiertos—: ¡El Colegio de Agentes de Nueva York ha concluido su deliberación anual y me ha chivado que serás galardonada con el premio a joven talento del año! La ceremonia será el fin de semana que viene. ¡Enhorabuena, *cara mia*!

Será porque soy un ceporro, porque no me parece que vaya a recibir algo distinto de un trofeo roñoso y los aplausos de personas como Roberta o porque a Lara Cosima le cambia la cara, como si nada de lo ocurrido previamente importara, pero no consigo alegrarme por ella. No consigo aplaudir ni sonreír en lo que ella rehace sus pasos y se abraza a la pseudoitaliana manipuladora como si fuera su mejor amiga. No me ve, feliz como está por lo que supongo que es un logro, y menos mal: no le habría gustado descubrir mi expresión sombría.

La única que cabe tener cuando acabas de presenciar cómo han comprado los principios de tu novia.

Abandono el despacho con tal de no atestiguar los brincos de alegría, hastiado de tanta e innecesaria expresión en la lengua latina, y cruzo la oficina sin dirigirme a nadie. Al cabo de unos minutos estoy en la acera de la calle pidiéndole un cigarrillo al guardia que me concedió acceso a Velvet Room hace ya unas semanas. Él está encantado —incluso emocionado— por poder darme el gusto y no impido que se una a mi episodio autocompasivo.

—Tú eres fan de los Boston Beasts, ¿no?

—Hasta la muerte.

—¿Y te importa una mierda con quién salga?

—¿Quién sea tu novia, dices? Para nada. Total; mi mujer no me dejaría ni opinar al respecto si fuera guapa.

—Es guapa —mascullo—, pero está muy equivocada.

Y también está en la acera conmigo un rato después, cuando estoy estrellando la colilla contra el asfalto. La pisoteo con la suela

del zapato, fingiendo no oír la exclamación cantarina con la que saluda a Bob.

—¿Por qué te has ido así? No me gusta que me dejes tirada cada vez que te cansas, te molestas, o...

Me giro tan rápido y con tal cara de pocos amigos que antes la silencia mi mueca que mi réplica:

—¿Me vas a decir que no tengo razones para estar molesto?

Ella deja de sonreír enseguida. Me coge del brazo para alejarme de la puerta, de las ventanas abiertas de Velvet Room, de este cementerio de sueños que es el SoHo neoyorquino.

—A mí tampoco me gusta la idea. —Su voz baja solo pone la guinda al pastel. ¿Por qué tanto secretismo? ¡Le dije que es mi novia a Oprah! ¡A Oprah, coño!—. Pero es una buena acción de cara a tu futuro.

—¿Cómo se supone que es bueno para mi futuro fingir que salgo con alguien que no es la persona con la que quiero un futuro? A lo mejor soy un imbécil y no me entero de nada, pero me lo vas a tener que explicar.

—No eres imbécil. Simplemente te estás dejando llevar por uno de tus brotes de rabia.

Me separo de ella, rompiendo así el contacto.

—¡Esto no es un brote de rabia injustificada! ¡Tengo motivos para estar cabreado!

—No me grites, Myles.

Me obligo a inspirar hondo.

—¿Te avergüenzas de mí o algo así?

—¿Qué? ¿Por qué no dejas de preguntarme eso? ¡No y no!

—¿Y por qué parece que te importa un carajo que me quieran juntar con otra tía? Te recuerdo que la última vez que forzaste una... relación promocional, o como coño se llame esa estrategia de mierda, las dos personas involucradas se enamoraron. Ahora se van a ir a vivir juntos a la puta Back Bay de Boston.

—A ti también te lo ha contado Vinny.

—Claro que me lo ha contado Vinny. Eso es lo que haces cuando quieres a alguien y construyes algo con él: informar a tus seres queridos de quién es ese alguien y qué sacrificios o cambios estás

haciendo en tu vida para que entre a formar parte de ella. Pero a lo mejor no sabes de lo que hablo o te da igual porque vas a recibir un premio de no sé qué.

Lara Cosima aprieta los labios.

—Deberías alegrarte por mí.

—¿Alegrarme por ti? ¡Te acaba de manipular en la cara y no te has dado ni cuenta! No seré el tío más inteligente del planeta, pero la estrategia de contar la noticia buena después de la mala para que enfrentes con benevolencia la segunda es más antigua que el mundo.

—Hemos sido nosotros quienes hemos elegido oír primero la mala, Myles.

—¡Todo el mundo elige primero la mala!

—¡Que no me grites!

—¡Tú siempre me gritas a mí! ¡Por Dios, Elsie! —exclamo, desesperado. Me paso las manos por la cara e intento deshacerme de los nervios caminando de la acera a la calzada y de la calzada a la acera, y nada. Me fuerzo a tranquilizarme cogiéndola de las manos, gesto que ella acepta con los dedos exánimes y la mirada perdida—. Por favor, abre los ojos —le ruego con un hilo de voz—. Llevas diez años en la industria. Diez. Tú conseguiste a Alexia, que fue lo que hizo despegar la agencia. Tú y nadie más. ¿Cómo coño vas a recibir un puto premio al descubrimiento del año? No eres un joven talento; eres una puta institución. Eres Velvet Room.

—No, no soy un joven talento, eso es verdad. Tampoco soy modelo —apostilla con frialdad. Enseguida se me pone la cara de a-qué-viene-eso, pero por suerte recuerdo a tiempo que ha parafraseado un comentario mío—. Pero parece ser que, a pesar de mis carencias, le valgo a los del comité de agencias y del mismo modo te sirvo de apaño a ti.

—¿Cómo que «de apaño»? No eres un apaño. No he dicho que no seas modelo con ningún retintín. Elsie —insisto, apretándole las manos y agachándome a su altura. Tengo que intentarlo una última vez—, esa mujer es un demonio.

—¿Qué dices? ¡Solo hace su trabajo! ¡Que tú no respetes el oficio es otra cosa!

—No me vengas con monsergas. He respetado tu oficio cuando tú me has respetado a mí. Aunque en un principio tuviéramos nuestras diferencias, nos hemos entendido a las mil maravillas. He cedido a lo que me has pedido siempre porque he comprendido el trasfondo. Pero esto no lo entiendo. No lo comparto.

—Tienes un contrato con Velvet Room que...

—A mí, Elsie, la agencia, mi reputación y lo que piense la gente de mis modales me la trae al pairo, y sobre todo no me importa una mierda si lo comparo contigo. No quiero tener que pasearme de la mano con otra persona, ¿comprendes eso? No quiero estar con una mujer que no seas tú ni siquiera en broma. No te cambio ni por dinero, ni por fama, ni por nada en el mundo.

Lara Cosima parece despertar del trance de hipnosis en el que Roberta la ha sumido con su asqueroso canto de serpiente. Alza la barbilla por fin y enfoca la vista en mi rostro, que debe ser el de un hombre absolutamente desesperado, porque las durezas de su expresión se ablandan, el color vuelve a sus mejillas y me ve como lo que soy, no como su enemigo, sino como sus ojos, sus manos, la persona que intenta llegar hasta ella.

Elsie me abraza con fuerza. Sé que un gesto vale más que mil palabras, sé que hay cariño de su parte al intentar aplacarme, sé que no quiere que me ponga nervioso porque es consciente de que sufro con ello y no tanto porque pretenda evitar una escena. Pero que no me diga también que ella tampoco me cambiaría, que a ella también le da igual todo menos yo, me deja plantado en el sitio con la sangre helada y un nudo en el estómago.

A lo mejor estoy siendo muy caprichoso. No entiendo el amor romántico. Nunca lo he experimentado hasta ahora. No sé si es incondicional, si puede situarse por encima de la gloria laboral o la validación de un jefe. Por lo que he visto en las películas, no, ni por asomo; el amor lo vence todo.

Pero esto no es una película. Es nuestra vida, y la suya parece en manos de Roberta Montessore.

Capítulo 28

Show Must Go Off

Lara Cosima

—¿Estás segura de que no quieres que vaya? Estoy a tiempo. Puedo llegar a Midtown Manhattan en veinte minutos. No necesitaría ni cambiarme de ropa.

«Eso habría que verlo», me cuido de replicar. Alexia siempre ha tenido un aspecto ideal gracias a los apropiadísimos modelitos que yo le conjuntaba, pero desde que ha renunciado a la estética pastel/pop en pro del negro y las cadenas, ha dejado de salir en las revistas como un genio de la moda. No me gustaría que se presentara en la entrega de premios del Colegio de Agentes con según qué pintas. Esta noche tengo el sentido del ridículo potenciado.

Aparte está el motivo obvio por el que le he pedido expresamente que no venga:

—Me robarías el protagonismo, y hoy todo va sobre mí.

Alexia se ríe al otro lado del teléfono.

—Válido, muy válido. Pero todo va siempre sobre ti, ¿eh? No solo hoy. ¿DiMarco acudirá como tu acompañante o tampoco quieres que te robe el protagonismo?

La mención de su nombre me eriza el vello de la nuca. Aprovecho para apartarme el móvil del oído y consultar el centro de notificaciones aún dentro de la llamada.

Ni rastro de él.

Sabe que hoy es el gran día, no he hablado de otra cosa desde la semana pasada y le he pedido —no, ¡exigido!— que se arreglara a conciencia con las prendas que yo le elegiría, puliera sus modales y practicara reverencias ante el espejo si fuera necesario para celebrar a mi manera el que podría ser uno de los momentos más importantes de mi vida.

—Como mi acompañante, no —contesto de forma ambigua—. Pero se le espera esta noche. Han reservado un asiento en la mesa de Velvet Room para él y para otros cuantos clientes estrella de la agencia.

Por supuesto, él ha insistido en venir en calidad de novio, pero eso contraría los legítimos deseos de Roberta, que ya manifestó en su

despacho hará una semana. De cara a la galería, Myles DiMarco no es ni mi pareja ni nada que se le parezca, sino mi antiguo representado.

Me estoy temiendo que haya elegido la noche de hoy para cabrearse por la estrategia de represión y ocultación de Berta y se ponga en huelga. Que no viniera no supondría ninguna pena para nadie del comité o de Velvet Room, pero sí para mí.

Por eso vuelvo a echar un vistazo a la pantalla.

Todavía son las seis y veinte y la gala comienza a las siete y media. Le he pedido que al menos me acompañe en taxi al evento y esté conmigo mientras me preparo en el hotel que han puesto a mi disposición. Esto no ha podido ser, pero todavía hay margen de tiempo para que se presente.

—¿Va todo bien, Pumpkin? ¿Estás contenta?

—Solo un poco nerviosa.

Pero eso es quedarse corta.

Me atuso las patillas del peinado de peluquería y me contemplo en el espejo desde todos los ángulos posibles.

No se puede decir que no haya conseguido armar un atuendo digno de pasarela con tan solo una semana de reflexión. Sexy pero elegante; moderno pero respetando la etiqueta; y, sobre todo, favorecedor. Dos mechones de la melena húmeda por el famoso efecto pelo mojado se me pegan a las sienes, destacando así el ahumado azul con toques plateados que conjunta con mi vestido asimétrico y ajustado color medianoche.

Creo que nunca en toda mi vida he estado más guapa, ni siquiera aquel lunes laborable que volví a casa sacándome los zapatos a patadas porque no me podía creer que hubiera desaprovechado semejante atuendo para un día aburrido; ni siquiera en mi graduación; ni siquiera la noche que Alexia ganó su primer Grammy, celebración para la que me preparé con un mimo especial porque las encuestas apuntaban a que saldría vencedora.

Nunca he estado más guapa en un sentido estilístico y de imagen, no, pero no es así como me siento. Estoy nerviosa. Con hincapié en cada sílaba.

«¿Y eso es malo?», me preguntaría Myles. Por lo general, no lo es, pero en esta ocasión sí, porque estos no son los nervios de una mujer deseosa de recibir un galardón, histérica por el miedo escénico y la presión de dar un discurso que haga historia. Son unos nervios que no identifico y que por eso mismo me incomodan. Por eso mismo me tienen pálida, con los ojos opacos e incapaz de sonreír de corazón. Por eso mismo necesito que Myles aparezca.

Sí, es eso. Cuando lo vea se me pasará. Solo estoy un poco triste porque me he preparado sola, pero no me he preparado sola porque *esté sola*, sino porque le he pedido a Alexia que me *deje sola*. Porque Myles no ha podido venir antes por los entrenamientos. Porque Samantha está ocupada arreglándose en casa.

De todos modos, no quería que Lex y Sam estuvieran aquí.

O sea, sí quería que estuvieran aquí, pero al mismo tiempo no.

Es difícil de explicar y no me sobra el tiempo.

La pantalla de mi móvil se ilumina a las siete menos cuarto: el chofer está en la puerta del hotel para llevarme al pabellón de Midtown, el corazón corporativo y mediático de Manhattan donde se va a celebrar la gala. En mi fantasía, Myles me abría la puerta del coche nada más detenerse a las puertas del edificio, me ofrecía el codo y él y yo podíamos entrar felizmente juntos.

Pero no hay de lo que lamentarse. Le beneficiará que se le vea con otra clase de mujer. Además: nunca se sabe de qué pie se habría levantado hoy. A lo mejor, si hubiera acudido en calidad de pareja, se habría comportado como se comporta a veces.

O sea, sin el menor sentido del decoro.

La distribución de la sala de actos es anfiteatral. Cuenta con una ligera pendiente hacia el escenario. Se han esmerado reproduciendo una estética lujosa pero sin ostentación vulgar, respetando en todo momento la idiosincrasia de las ceremonias neoyorquinas añadiendo un *photocall* a la entrada con los logos de las mejores agencias de Manhattan y una refinada barra de cócteles al estilo *speakeasy.*

Como no puede ser de otro modo, la prensa pulula con sus acreditaciones, móviles colgados del cuello y cámaras y/o micrófonos en la mano. La mayoría de los invitados han llegado ya. Se distribuyen por el espacio iluminado por focos dorados bebiendo de

sus copas de champán. Los hombres visten combinando elementos de media etiqueta con prendas más informales, como americanas o deportivas.

Consulto el móvil de nuevo.

Al ver que no hay respuesta aún, vuelvo a escribirle.

¿Dónde estás?
Va a empezar en cualquier momento.

—¡Lara Cosima, querida! —exclama una voz familiar con marcado acento sureño.

Reconozco la estrecha y esbelta figura de mi madre junto a la voluptuosa de Roberta. Mi jefa ha localizado a mis padres antes que yo y se ha tomado la molestia de servirles algo de beber y entretenerlos con una buena conversación. Samantha también está con ellos, aunque se nota que preferiría escabullirse a la barra libre a flirtear con el barman.

O a lo mejor no se nota tanto, pero yo lo sé porque la conozco y porque el barman es su tipo: corpulento, velludo y con cara de malas pulgas.

Acudo junto a ellos con una sonrisa de oreja a oreja. Mi madre me felicita por el logro con su languidez habitual, imitando un beso en la mejilla —no quiere ni arruinarse el pintalabios ni afectar mi exquisito maquillaje—; mi padre me envuelve en uno de sus cálidos abrazos y me estrecha con fuerza.

—Enhorabuena, princesa.

En otros tiempos, a mis padres no se les habría pasado por la cabeza asistir. Ni siquiera llamar por teléfono o enviarme un mensaje para reconocerme la victoria. Por suerte, solo tienes que pasar diez años trabajando como una esclava y amasando una razonable fortuna para ganarte el respeto de los responsables de que estés en el mundo.

«¿Trabajando como una esclava?», repite mi voz interior. «¡Qué exagerada, por favor!».

—Estaba negociando con tus padres una pequeña cenita para celebrar el premio en los próximos días —me cuenta Roberta. Está

exuberante dentro de su vestido recto de satén—. ¿Qué te parecería que fuese dentro de un par de noches? ¿Te viene bien?

No, no me viene nada bien. Tengo que hacerme cargo de las cuatro cuentas que Roberta me ha endosado para entretenerme en tanto que consigo otro cliente de la talla de DiMarco.

Pero no es una persona a la que le puedas decir que no, así que sonrío y asiento.

De eso va esta noche. De sonreír y asentir.

—*Meraviglioso!* Te enviaré los detalles por mensaje de texto, ¿sí? Ahora os dejo a solas, familia, que seguro que tenéis mucho de lo que hablar... *Ciao!*

Le hace a Samantha un gesto que podría haberle dirigido a su perro para que la acompañe a charlar con el periodista que no ha dejado de dirigirle miradas anhelantes para un optimista y acosadoras para un realista. Mi compañera la sigue con la cabeza muy alta, pero antes me echa un vistazo elocuente y se lleva los dedos pulgar y meñique a la oreja: «¡Pégame un toque si quieres que te salve!», quiere decir, y luego se lleva las puntas de los dedos a los labios para besarme un: «¡Estás per-fec-ta!».

Por supuesto que estoy perfecta. Por supuesto que acabaré queriendo que me salve. Al menos de mi madre, que es quien espera con una leve sonrisa en los labios a que tome la palabra.

—Pensaba que no vendríais.

—¿Por qué no íbamos a venir? Es una noche importante para ti.

—Bueno, es la costumbre. —Me encojo de hombros con humildad —. Os he invitado siempre a todas estas cosas y nunca os habéis presentado.

—Eso es mentira —desestima mi madre con un aspaviento. Tiene una facilidad asombrosa para negar la evidencia. Tanto así que más de una vez he creído que me lo estaba inventando yo y que, como acostumbra a refunfuñar, «no hago sino darle mala fama»—. Y no te encojas de hombros de esa manera, Lara Cosima. Es muy poco elegante.

—Lo sé. Lo siento.

—Estás guapísima, cielo —interviene mi padre, que siempre ha tenido mano izquierda.

—El azul no es el color que mejor te sienta —replica ella—, pero podrías estar peor.

Él vuelve a acercarse a mí, a sabiendas de que lo necesito para encajar el golpe, y me besa la mejilla con suavidad.

—Me alegro de que tus esfuerzos estén dando fruto. No me gusta que eso se traduzca en menos visitas a tu viejo papá —admite con sinceridad—, pero entiendo que es importante esto que estás haciendo en la Gran Manzana.

—Gracias —murmuro de corazón, emocionada por su pequeño discurso. Nunca pensé que llegaría el día, y así intento hacérselo saber—: La verdad es que...

—¿Dónde está tu... pareja? —interrumpe mi madre, mirando alrededor con el cuello muy estirado—. Myles DiMarco, ¿no era ese su nombre? ¿El del jugador de fútbol que te mencionó en el programa de Oprah? Imagino que habrá venido a mostrarte su apoyo.

Esbozo una sonrisa de plástico para ganar tiempo.

No puedo explicarle a Annabelle Sutton que me nombró su novia en televisión y ahora Roberta pretende que se desdiga y salga a pasear por la Quinta Avenida de la mano de una mujer más apropiada. Más que nada porque creo que si hablo de «una mujer más apropiada» que yo, primero le da un infarto, después sufre un ataque de epilepsia y por último se muere del disgusto. Es como si la estuviera viendo: «¿Cómo que una mujer más apropiada que tú? ¿Quién hay más apropiado que tú? ».

A esa pregunta, yo respondo: ¿supongo que literalmente cualquier mujer sobre la Tierra, considerando que, según ella, me dedico a un trabajo de pandereta que solo me degrada y además llevo siempre colores que no me favorecen? Hoy le ha tocado pagar el pato al azul medianoche, pero habría dicho lo mismo sobre el carmesí, el escarlata, el bermellón, el granate, el burdeos, el coral, el rubí, el rojo tomate; el naranja, la mandarina, el ámbar, el albaricoque, el melocotón, el cobrizo, la terracota; el amarillo, el amarillo limón, el amarillo canario, el mostaza, el dorado, el ocre, el amarillo pálido; el verde, el verde esmeralda, el verde oliva, el verde menta, el verde lima, el verde bosque, el verde militar, el verde jade, el verde

pistacho; el azul, el azul marino, el azul cielo, el azul celeste, el azul turquesa, el azul cobalto, el azul petróleo, el azul índigo, el azul hielo; el violeta, el lavanda, el lila, el malva, el púrpura, el berenjena, el ciruela; el rosa, el rosa palo, el rosa chicle, el fucsia, el rosa salmón, el rosa cuarzo, el rosa viejo; el marrón, el beige, el arena, el taupe, el café, el chocolate, el avellana, el canela; el blanco, el blanco roto, el marfil, el crema, el hueso; el negro, el negro azabache, el negro carbón; el gris, el gris perla, el gris humo, el gris plomo, el gris antracita; el plateado, el dorado metálico...

Creo que se entiende.

Mi madre tiene que ver cómo se cuestiona la calidad sanguínea de mi exquisito linaje republicano en un ambiente que estima inferior para dirigirme un cumplido.

Envenenado, sí, pero cumplido al fin y al cabo.

—Debe estar al caer.

—¿No ha venido contigo?

—Vive en Boston y tenía entrenamiento.

—¿Por qué no se lo ha saltado para estar aquí, apoyándote?

«¿Por qué no te saltabas tú las reuniones de té con las amas de casa de Abita Springs o los *brunches* con cóctel en el club de campo para estar aquí, apoyándome?», me dan ganas de rebatir.

Tengo que hacer un esfuerzo muy superior al de otras veces para contenerme.

Supongo que esta noche todo se intensifica, o que Myles me ha pegado una chispa de su espíritu beligerante.

—Empieza la temporada en unas semanas y ha de estar al pie del cañón. Él también es famoso, trabajador y responsable, como ya sabrás. Tiene cosas que hacer.

Claro que eso ella no lo entiende porque lo único que hace es comprar de manera compulsiva por internet y perseguir a mi padre por toda la casa reprochándole lo poco que la lleva de viaje —solo cuatro veces al año—.

«¿Qué te pasa, Elsie? ¡Deja de quejarte de tus padres! ¡Han venido y te quieren!».

Reviso de reojo la pantalla del móvil por si Myles hubiera dicho algo. Mi cuerpo está revolucionado, y no soy tan idiota como para

atribuirlo a algo distinto de su silencio.

Aunque termináramos solucionando la pelea patrocinada por la reunión con Roberta, una parte de mí intuye que no se ha quedado satisfecho, que me guarda rencor por no haberlo luchado más, que odia a mi jefa y, en definitiva, que no quiere apoyar nada relacionado con mi premio.

La ansiedad me está advirtiendo que es muy probable que me deje tirada.

—Sí, he estado leyendo sobre él en internet —confiesa mi madre. Ha clavado la vista en el borde de su copa de champán, que gira entre los dedos como quien no quiere la cosa—. Es un hombre muy... particular, ¿no? A pesar de haber sucumbido a la fiebre de los trastornos inventados y haberse sumado a la propaganda *queer*, todavía no le ha dedicado un rato a pulir sus modales. Imagino que no tiene educación de ninguna clase, como la mayoría de los deportistas. Es uno de esos «jóvenes talentos» que en cuanto dejen de ser jóvenes dejarán de tener talento y habrán de vivir con el dinero que hayan podido ahorrar... que en su caso será más bien poco, por todo eso de que hasta conocerte lo ha estado dedicando a dilapidarlo en clubes de *strippers*.

Mi madre se me queda mirando con una expresión entre expectante y afable, como si acabara de preguntarme qué tal me van las cosas y esperase una respuesta larga y tendida. Su exposición ha sido sin duda ensayada hasta el aburrimiento en el avión o frente al espejo veneciano de su dormitorio para pillarme con la guardia baja.

Y lo ha conseguido.

La sangre se me ha helado al mirar a Myles con los ojos de Annabelle Sutton.

—Lo que tu madre quiere decir —tercia mi padre con su característica diplomacia— es que está muy sorprendida con tu elección de pareja, y he de admitir que es también así en mi caso. Estoy preocupado por lo que he leído sobre el muchacho. Es... problemático cuanto menos, ¿no?

—Dios ha contestado mis plegarias sin tener en consideración mi pobre sensibilidad —masculla mi madre, sacudiendo la cabeza—. Me

espantaba la idea de que cumplieras treinta años sin haber presentado a un hombre decente a la familia, a poder ser un joven sureño de buena familia. Ahora lamento haber perdido el tiempo dirigiendo súplicas tan vagas al cielo. ¡Debería haber sido más específica!

Asiento con la cabeza muy despacio.

—Habéis venido para eso, claro. Para reprocharme que salga con alguien que no os gusta. Ya decía yo —añado por lo bajini, sonriendo desinflada. Miro a mi madre a los ojos—. Tú, que tanto te jactas de tu flamante educación, podrías haber tenido la gentileza de esperar a que concluyera la ceremonia para atacarme.

Annabelle compone una de esas expresiones de exasperada diversión con la que viene a decir: «¡Uy, cómo te pones! ¡Qué susceptible estás, hija!».

—No te ataco, querida. Te invito a reflexionar. Veo que estos círculos que frecuentas son tan exquisitos y prestigiosos como podría serlo el nuestro; salir con ese joven siendo mánager te conviene muy poco. ¿O acaso no necesitas a tu lado una persona que no llame demasiado la atención, o que al menos no la llame para mal? ¿Me vas a negar que sea esa la razón por la que no está aquí, acompañándote en este momento tan especial?, ¿porque sabe que no haría sino arruinar tu reputación con alguno de sus escándalos?

Lo peor es que no puedo refutarlo. Yo misma he tenido ese repugnante pensamiento hace tan solo unas horas. Temía y sigo temiendo que se haya levantado ofuscado, como se ofusca a veces, como se ofuscó con o sin razones en Central Park y el otro día durante la reunión, y me ponga en un brete delante de periodistas, otros agentes o, no lo quiera Dios, de mi madre.

Pero no cedo a su discurso quedándome para aplacarla o, en su defecto, contradecirla.

Les dirijo a ambos una sonrisa cortés.

—Tengo que ir a hablar con la prensa. Disculpadme un momento.

No me importa que la mirada de halcón de mi madre me escolte hacia la barra y no hacia los fotógrafos que esperan que pose con mi jefa. Noto los tobillos débiles y el corazón muy sensible, tan sensible que podría llorar, cuando me detengo junto a Samantha, que ya se

había acodado en el mármol italiano y miraba hacia la colección de licores sobre la estantería con aire desvalido.

—El barman es gay —me informa con pesar—. Se acabó la diversión.

Su frivolidad me hace sonreír.

Empiezo a descubrir que la suya es la única superficialidad que me gusta, la única superficialidad en la que creo, porque es fácil identificarse con ella. Lo único que preocupa a Samantha en una ceremonia de premios a los mejores agentes del año es estar guapa y ligar con un hombre atractivo, o, dicho de otro modo, sentirse empoderada y encontrar el amor por una noche. Puedo respetar eso. Nace de la primerísima naturaleza humana, que no es otra que recibir validación propia o ajena.

No puedo respetar tanto, sin embargo, lo que mi madre ha sugerido con su nada sutil bronca; tan poco sutil ha sido que sigo conmocionada.

No es para nada su estilo. Siempre ha sido más de andarse con rodeos.

—Seguro que puedes encontrar otro hombre sexy en la zona.

—¿Que no sea gay? —Hace una pausa dramática—. O, peor: ¿que no sea un psicópata? Pareces nueva, LC. Esto es como el Colegio de Farmacéuticos. Aquí no hay ni un hombre que no tenga Grindr o el corazón podrido de ambición.

—Todas tenemos el corazón podrido de ambición.

Samantha se queda de una pieza con mi comentario, pero lo disimula colocando delante de la boca su cóctel *Sex On The Beach*.

Le encanta cómo suena. Dice que le recuerda a sus vacaciones en Hawái; las únicas que pudo tomarse en ocho años, por cierto, y solo porque se rompió la pierna.

«¿Por qué te estás acordando con amargura de estas cosas ahora?», me reprocho. «¿Y qué si no tiene vacaciones? ¡Al mundo se ha venido a trabajar!».

—Bueno, a ti todavía te queda algo de alma. —Me sorprende que suene compasiva, como si fuera un cumplido cuando no hay mayor defecto que ese en el negocio—. Berta me dijo que no te había

gustado mucho la estrategia de la relación por imagen entre DiMarco y Adora Relish.

Levanto la cabeza con brusquedad.

—¿Adora Relish? ¿Ya se ha elegido a la susodicha?

—Por lo que sé, el agente de Adora y Berta han mantenido conversaciones.

—¿Y quién es esa mujer?

—¿No conoces a Adora Relish? Es una joven promesa de la gimnasia. Dicen que va a ser la sucesora de Simone Biles. También es afroamericana. Tiene veintitrés años, veinticinco medallas entre Juegos Olímpicos y Campeonatos Mundiales y, siento decirlo, el mejor culo de Norteamérica. Ah, y ha venido a la gala de hoy. La ha invitado Berta. —Hace una pausa para sondear mi expresión, que no quiero ni puedo imaginar cuál es. Se me ha drenado la sangre de la cara—. A tu señal trazaré un plan para matarla. No creo que a nadie le extrañe que se resbale sin querer con los taconazos que lleva.

—No pasa nada —me oigo decir con la voz de otra persona. También sonrío con la energía de otra persona, con la boca de otra persona. Hace semanas desde que soy otra persona cada vez que hablo con alguien relacionado con Velvet Room—. Obviamente no le iban a endosar a Myles DiMarco una mujer que no fuera atractiva. Y es lógico que le hayan buscado una novia deportista.

—¡Y racializada, por supuesto! ¡Para que case con sus opiniones progresistas! —apostilla Samantha con obvia ironía. Me sorprende que haya adoptado una postura clara y radicalmente contraria a la estrategia de Roberta, y así se lo hago saber mirándola ceñuda. Ella no necesita que incurramos en un forcejeo verbal para sincerarse—: Por Dios, LC. No hace falta que finjas conmigo. Más que nada porque ya nos dijimos de todo aquel día. Este nuevo proyectito de Roberta es rastrero a más no poder.

—No pensabas eso cuando se me ocurrió juntar a Alexia y a Vinny.

—Alexia y Vinny se gustaban y ambos estaban solteros cuando se conocieron. DiMarco ya tiene un compromiso con alguien. Contigo —recalca—. No sé. A lo mejor, si la novia de DiMarco fuera otra persona, me importaría una mierda su relación de cara al público.

Pero vivir la experiencia de cerca... —Sacude la cabeza, frustrada—. Solo hay que verte.

—¿Por qué? ¿No tengo buen aspecto? —pregunto con ansiedad, alisándome la falda—. Estoy bien, lo juro. Me parece razonable lo que dijo Roberta.

Samantha me hace una caída de ojos.

—Cariño, no te van a quitar el premio por admitir que te jode que vayan a juntar a tu novio con ese bombón de ahí.

Sigo la dirección en la que cabecea y el corazón se me cae a los pies.

Quien solo puede ser Adora Relish y quien sospecho que es su agente charlan animadamente con Roberta, los tres disfrutando de sendas copas de champán. Samantha ha sido justa describiéndola: se le nota que tiene veintitrés años, se le notan en los músculos y la postura regia las veinticinco medallas olímpicas y nacionales y se le nota el mejor culo de Norteamérica incluso viéndola de medio perfil. Es una de esas mujeres que pueden lucir con estilo un *pixie cut* rizado —solo ella y Tyla pueden conseguirlo— y que saben, porque además de talentosas y guapas son amantes de la moda, que a ese corte de pelo le va que ni pintado el escote *halter*. Está al tanto de cuáles son sus puntos fuertes: los brazos y hombros torneados que deja a la vista y las largas piernas que se insinúan bajo la raja de la falda de raso dorada.

—Esperaba que fuera paticorta —admito con un hilo de voz—. Y más bajita.

—Ya. La mayoría de las gimnastas tienen esas hechuras. Pero se han buscado a esa una entre un millón. Sabes mejor que nadie que Berta se toma en serio su trabajo.

«Lo que no se toma en serio es a mí o mis sentimientos».

«¡Corta el rollo!», me aúllo, desesperada. «¡Basta de refocilarte en la miseria!».

Vuelvo a mirar el móvil, ahora incapaz de reprimir o solo disimular la ansiedad que me está devorando. DiMarco sigue sin aparecer, no contesta mis mensajes y el reloj marca casi las ocho: la ceremonia dará comienzo a la mayor brevedad.

El corazón se me encoge de rabia y pena de pensar que vaya a perderse por orgullo mi discurso y el momento en que recibiré el trofeo. Al mismo tiempo, una parte de mí ruega para que no venga. Así no conocerá a Adora Relish.

«Solo estarías posponiendo lo inevitable».

Aparte de al propio DiMarco, a mis padres, a mi jefa, a Samantha y hasta a mí misma, ¿a quién quiero engañar con la pose indiferente? No he sido indiferente a nada en toda mi vida, ni siquiera a las cosas que objetivamente me importaban un carajo. Menos todavía lo voy a ser al hecho de que quieran que mi novio aparente una relación romántica con una mujer más joven, más talentosa y más sexy que yo.

¡Y aunque no fuera mejor que yo!

No lo soporto. Esa es la verdad. Tuve que controlar las lágrimas después de la reunión y fingir naturalidad ante el frustrado DiMarco para no echar más leña al fuego, pero en cuanto llegué a casa tuve que encerrarme en el baño y abrir la llave del agua de la ducha para disimular mi llanto.

No es justo. Por fin he encontrado a alguien que quiero y siento que me lo están robando.

—¿Y qué quieres que haga, Sam? —mascullo en un arrebato—. Es verdad que no soy la novia indicada para un humilde y progresista jugador de fútbol americano. Conmigo debería salir uno de los hijos de Trump. El mundo funciona así. —Recuerdo entonces las palabras del tío Henry y solo me siento aún más miserable—. Al menos, Nueva York funciona así.

Samantha se apiada de mí, primero con una mirada larga, luego con un apretón en el hombro. No es una persona cariñosa, pero eso, en su idioma, equivale a un abrazo de oso, un beso en la frente, un Venmo de mil dólares para comprarme algo bonito y el preciado blíster de alprazolam que lleva consigo a todas partes como un talismán.

Solo hoy se me ocurre que quizá nadie se merece tener que llevar un blíster de alprazolam al trabajo para sobrevivir a la jornada.

El pitido de los altavoces interrumpe nuestra conversación. El presentador de la gala prueba el micrófono con un par de toquecitos

y anuncia que la ceremonia dará comienzo en unos minutos, que por favor cada uno ocupe su asiento y que si alguien tiene alguna duda sobre la distribución acuda a los acomodadores.

Lanzo una mirada entre triste e impotente hacia la puerta de acceso.

No hay rastro alguno de ningún moreno de metro noventa y ocho.

«Te ha abandonado. No le importas en absoluto. Está enfadado contigo por haberte compinchado con Roberta. En realidad no te quiere. No se alegra por ti. Solo pretendía acostarse contigo y ya se ha aburrido».

No son los pensamientos que una deba o quiera tener en los momentos previos a recoger un premio, pero no puedo evitarlo. Una vez sucumbo a la negatividad, me cuesta sacar la cabeza del hoyo.

En lo que se alarga la hora de introducción, pincelada por pequeños discursos de grandes agentes que alaban a sus sucesores y predecesores y ensalzan el gremio, no hago otra cosa que mirar el móvil debajo de la mesa y lanzar vistazos hacia la puerta.

Lo único que consigue poner freno a mi angustia es un sencillo y fugaz pensamiento.

¿Desde cuándo solo me importa que él esté o no esté? Mis padres han venido. Alexia habría venido si la hubiera dejado. Y aunque no hubiera venido nadie, voy a recibir un premio en honor a mi trabajo. No necesito nada más. Nunca he necesitado nada más.

Finito.

Mi nombre es de los primeros en mencionarse porque esto va por orden de importancia: en primer lugar, las jóvenes promesas, luego los que ya tienen un recorrido a sus espaldas y, para terminar, los agentes a punto de retirarse que serán galardonados por su excelente servicio a la comunidad.

Subo al escenario hecha un manojo de nervios.

¿Cuántas veces no he soñado con este momento? Puede que de pequeña no aspirara a ser la representante de alguien, sino más bien la artista a la que representarían: la superestrella pop, la pintora moderna cuyo rostro se desplegaría en un inmenso cartel a las puertas del MoMa para anunciar su exposición temporal, la flamante escritora de columnas de moda. Lo que fuera. Con nueve

años ya me colocaba delante del espejo sujetando un micrófono invisible —o apoyando las manos en el también invisible atril— y agradecía a todos mis seres queridos que hubieran creído en mí para llegar a donde estaba, que era, dependiendo del día, el escenario de los Grammys, los Óscars o hasta del premio Nobel.

¿Hay un premio Nobel de la moda? Pues ese quería yo.

El caso es que he fantaseado despierta y dormida con esta gratificación. Pero cuando me detengo junto al presentador, un hombre de mediana edad que no disimula cuánto le gusta la caída de mi vestido, las palabras abandonan el recipiente de mi cerebro y se me adormece la lengua. Intento encontrar la inspiración en la mesa de Velvet Room, desde donde Roberta, Samantha, mis padres y una silla vacía me están mirando más o menos expectantes.

Esa silla vacía resalta no solo la ausencia de DiMarco, sino el despido de Alexia. No olvido ni por un segundo que ella podría haber estado aquí en calidad de clienta.

«¿Realmente alguien se alegra por ti?», decide preguntarme mi cerebro justo ahora.

Sigo mirando la mesa de Velvet Room, ahora con angustia. Mis padres no se alegran, no; mi padre todavía intenta fingirlo por el bien de la familia, pero si anunciara que abandono esta carrera para regresar a Luisiana, organizaría una fiesta que dejaría en paños menores al Carnaval de Río de Janeiro. Samantha me estaba dirigiendo toda su lástima hace tan solo unos minutos, y aunque me aprecie, estará pensando que ella merece un premio más que yo porque así es el negocio. Las dos hemos competido siempre por la aceptación de Roberta.

Y en cuanto a Roberta...

Solo Dios sabe qué siente por mí, porque lo que quiere está claro. De la *cara* Lara Cosima espera prestigio y dinero a espuertas. ¿Esperará también que sea feliz, o cuando nos cogíamos de la mano, cada una tendida en una camilla del spa, estaba fingiendo?

¿Por qué fingiría? ¿Qué necesidad hay?

Aparto la vista de la mesa y la dejo vagar por todo el salón. No sé por qué. Algo me dice que debo hacerlo, o a lo mejor es mi

optimismo natural convenciéndome de que encontraré a DiMarco al fondo, apoyado en una columna o detrás de alguna cortina.

No es su aparición estelar la que me sobresalta, sino la presencia de una conocida figura femenina muy próxima a la puerta blindada por los dos miembros de seguridad del evento.

Alexia me sonríe y me guiña un ojo a lo lejos. Lleva un pañuelo en la cabeza, cubriendo la característica melena roja, y un conjunto tan discreto como olvidable. Entre eso y el hecho de que no se haya movido del acceso, comprendo que solo ha venido a escucharme y que luego se irá para no robarme el protagonismo y también para respetar mis deseos y no tensar más la cuerda, porque sigue tensa aun después de nuestra conversación.

El corazón se me llena de agradecimiento y por un instante estoy a punto de llorar. Otra razón para odiarla: no le habría perdonado que se me saltaran las lágrimas por su culpa delante de los peces gordos del mundo de la representación y se me corriera el rímel ante las cámaras. A la vez no podría odiarla porque su presencia me recuerda cómo he llegado aquí. Me lo recuerda de un modo agridulce, pero esto no es responsabilidad suya, sino del modo en que he decidido llevar mi carrera profesional: sin prestar atención a nada más.

¿Por qué no tengo un hermoso discurso que pronunciar para conmover a la multitud? Porque mi vida ha sido Alexia Lux, y ahora no puedo darle las gracias a Alexia Lux porque todos saben que ya no soy su agente. No tengo un hermoso discurso que pronunciar porque ninguna pareja me ha estado apoyando emocionalmente para que llegue a lo más alto, ninguna madre se ha hecho cargo de mis necesidades materiales más directas para que yo pudiera concentrarme en mi trabajo, ninguna persona empeñó sus joyas para que me mudara a Nueva York con una mano delante y otra detrás. No tengo en mi haber ninguna de esas historietas inspiradoras que se suelen viralizar en internet porque apelan al afán aspiracional de la gente. No tengo nada, a secas. Tenía una cuenta que me brindaba un sueldo millonario, entretenimiento, objetivos a corto y largo plazo, y ahora...

Ahora no tengo ninguna cuenta.

Pero sigo teniendo una amiga, porque allí está ella, mirándome con los ojos brillantes como si nunca hubiera visto nada más bonito que a la paralizada y aterrorizada Lara Cosima encima de un escenario aceptando su galardón con la mano y los labios temblorosos.

Al final el nudo en la garganta se impone. Tengo que limitarme a levantar el trofeo en su dirección, solo en su dirección, porque es cierto que su carrera ha impulsado la mía, la mía ha impulsado la suya, y reconocerlo es de justicia.

Alexia asiente con la cabeza en la distancia, junta las manos y se agacha al estilo japonés, como si me dijera:

—Gracias a ti, siempre.

Capítulo 29

Breakin' Dishes, And Why Not Faces Too?

DiMarco

Llego una hora tarde. Me va a odiar.

O peor: se va a pensar que yo la odio a ella.

Porque sí, ya la conozco lo suficiente para saber que debajo del «alisado japonés» —no entiendo por qué es japonés si te lo hacen en Manhattan— y la ropa cara hay un puñado de inseguridades que tienden a estallar en el momento más contraindicado.

Claro que no es contraindicado enfadarse con alguien por haberse perdido el discurso de agradecimiento después de recibir un galardón. Eso es más bien de cajón. Yo también me lo habría tomado mal. Por eso cruzo el salón de actos con pies de plomo, vigilando que nadie se me acerca por el lado para interrumpir mi propósito de localizarla cuanto antes.

Allá donde mire hay mujeres con el físico, los gestos y el estilo de vestir de Lara Cosima: todas calzan la misma talla, todas llevan el pelo lacio por debajo de los omoplatos o, como mucho, por los hombros; todas potencian su estatura y esbeltez montadas sobre unos tacones que desafían el equilibrio —al menos desafiarían el mío —; todas se maquillan según el canon estético de la *influencer* de turno y eso las hace parecer bajo las luces cálidas el clon de una única persona.

A pesar de la repetición, Elsie es especial. Por eso la ubico al cabo de un rato de agonía.

Odio los eventos de etiqueta. No sé en qué se diferencian de una fiesta de disfraces. Bueno, sí lo sé: en las fiestas de disfraces está bien visto que te claves diez copas en el curso de la noche y llegado cierto momento a nadie le importará si te da un amarillo después de darle una calada a un porro. Aquí te miran con desaprobación si se te ocurre coger una copa de champán para bebértela y no para decorarte la mano.

Creo que estamos a un par de años de capitalismo rampante de que las mencionadas copas de champán se conviertan en el atrezo de una película y el contenido se trate en realidad de agua tintada, o lo que sea que utilicen para las tomas cinematográficas.

Lara Cosima está sentada en la mesa redonda de Velvet Room cuando llego. Reparo con una sensación angustiosa en que el trofeo reposa junto a su bebida.

Ya ha subido.

Me acerco por detrás con todo el sigilo del que soy capaz y apoyo las manos en el respaldo mullido del asiento. La sorprendo con un beso en la raya del pelo húmedo —supongo que adrede, quién entiende estas modas— y le susurro al oído:

—Enhorabuena.

Y lo digo de corazón. Es verdad que me cabreé el otro día, pero con tiempo, espacio y perspectiva —una semana, señores, una semana—, uno puede superar cualquier clase de episodio irascible.

Su trabajo no me gusta una mierda. Su jefa me parece la heredera de Mussolini. Su compañera está algo mejor, pero sigue siendo un despropósito de ser humano. No son buenas influencias para ella. La manipulan según conveniencia. Y estoy seguro de que como no se largue a tiempo de Velvet Room, el curro acabará ocasionándole un infarto de miocardio por acumulación de estrés a la tierna edad de treinta y tres años, y sin resurrección posible en su caso.

Pero claro que me alegro de que la hayan premiado por no solo haber aprendido a vivir con niveles insostenibles de cortisol, sino por haber conseguido catapultar a numerosos famosillos al éxito en tan tortuoso proceso. Como todo aquello que no soy capaz de hacer, lo admiro desde la distancia profundamente intimidado.

Lara Cosima respinga y demora un segundo —es un segundo apenas, pero yo lo noto— en girarse hacia mí. Sé que sonríe solo porque toda la mesa nos está mirando y no porque se alegre de verme. Es una sonrisa que no le llega a los ojos. Tampoco dice la verdad al darme las gracias e invitarme a tomar asiento en una silla ubicada entre Roberta y Samantha.

Por la cuenta que les trae a ambas, espero que no me dirijan la palabra en toda la noche. Bastante he tenido con subirme a un avión de última hora y haberme plantado un traje de corbata.

Con los huevos en la garganta, ocupo mi lugar en el patíbulo y saco el móvil con disimulo.

El corazón se me encoge comprobando que me ha estado enviando mensajes hasta hace cuarenta y cinco minutos, a cada cuál más urgente. Le lanzo una mirada desde la otra punta de la mesa, pero ella no me presta atención. Orienta el rostro inexpresivo hacia el escenario, donde un hombre de mediana edad está recogiendo su trofeo a la superficialidad.

Lo siento. Se me ha ido el santo al cielo y he perdido el vuelo que me traía a las 6. He tenido que coger el siguiente.

Lo envío y espero, mirándola con fijeza, a que haga lo propio.
Por lo que sea, esta noche no tiene el iPhone cosido a la mano.

Estás guapísima

Sigue sin haber respuesta.

Oye, te juro que no lo he hecho adrede. Sabes que a veces me pasa, que pierdo la noción del tiempo. Aunque me importe el evento que me espera o la persona con la que he quedado. Soy así. Perdóname.

Ella sigue sin prestar atención a la pantalla del móvil, que se ilumina y apaga conforme va recibiendo mis notificaciones. De repente, coge el iPhone y le da la vuelta para que deje de distraerla.

Vale, me lo tengo merecido, pero ¿qué quiere que haga? No puedo viajar en el tiempo.

—¿Cómo estás, DiMarco? —me pregunta Roberta con una sonrisa cordial—. Me alegra que hayas podido venir. Lara Cosima ya ha recogido su premio y nos ha deleitado con un *bellissimo* discurso, pero creo que su padre lo ha grabado. Podrás verlo en diferido.

Eso, tú haz leña del árbol caído, bruja.

La palabra «padre» la salva de que le conteste con el mismo y perverso regocijo. No he reparado hasta ahora en que a la mesa se sientan, aparte de numerosos rostros que no conozco —clientes de Velvet Room, supongo—, los que sí podría asociar a Lara Cosima por su parentesco. La madre, Annabelle, es una versión más adulta de ella misma, y del padre, Edmund, ha heredado la sonrisa publicitaria. Ambos asienten en mi dirección con nada más que educación, y yo

les devuelvo el saludo con el mismo entusiasmo, que es ninguno hasta que caigo en la cuenta de que podría ser importante para Elsie que les haga la pelota.

Va a ser difícil, porque la mesa es redonda, hay al menos veinte invitados y ellos se sientan justo enfrente. Como no me ponga a gritar por encima de las copas en pleno discurso del otro galardonado...

Seguro que eso a Elsie no le gustaría.

Por suerte para mí, que me estaba agobiando con esto de permanecer sentado teniéndola furiosa tan cerca y a la vez tan lejos, tras la entrega de premios nos invitan a levantarnos y a seguir alternando los unos con los otros hasta la hora de la cena.

Creo que la gente ha venido a hacer contactos, porque parece que alguien hubiera disparado la pistola de una media maratón. La peña coge carrerilla y se levanta de sus sillas habiendo puesto ya la mirada en el sujeto de su interés, al que imagino que le hará la corte el resto de la noche.

No podía imaginar que alguien entre el público me la habría puesto a mí. A mí, que he venido con una única razón, y esa razón ha procurado abrir toda la distancia posible entre los dos en cuanto la entrega de premios ha concluido.

—El hombre de las manos de élite —dice una voz grave y aun así femenina. Pertenece a una afroamericana bajita pero bien proporcionada—. Dicen que nunca hay que conocer a los ídolos, pero algo me dice que contigo no corro el riesgo de decepcionarme. —No espera a que pregunte quién es y me tiende la mano de manera muy profesional—. Adora Relish.

Ahora entiendo por qué me sonaba.

—La gimnasta —me sorprendo, admirativo.

Le acepto el apretón porque a la gente no se la puede dejar con el brazo levantado a cuarenta y cinco grados en horizontal. Sobre todo en Europa. Aunque tal y como están las cosas en el mundo, a lo mejor ya no te multan por hacer según qué salutaciones.

Adora me dedica una sonrisa tan genuina como su voluntad de acercarse, y no voy a negar que algo tan sencillo como eso me ayude a calmar los nervios. Dejo de sentirme sumergido con una

herida sangrante en una piscina plagada de tiburones. Esta chica es una aliada.

—No me saco de la cabeza el partido que hiciste en la última liga nacional. Sigo la NFL con mucho interés y lo de la Super Bowl fue un espectáculo. —Sonríe como si todavía no pudiera creérselo y recupera su mano para acompañar de aspavientos su explicación—. Tus rutas fueron quirúrgicas. Especialmente ese *out route* en tercer *down*. Y la manera en que atrapabas el balón y lo asegurabas en contacto todas las veces... Cambiaste completamente y tú solo el ritmo del partido en cada uno de los momentos estrella. Eres una máquina.

El halago me abruma.

—Tengo una buena conexión con el *quarterback* en el campo —me excuso, rascándome la nuca.

—¿Una buena conexión? ¡Parecía que os leyerais la mente! Se nota que te confiaría su vida, y hace bien. Lo puso todo en tus manos en doble cobertura y estuviste a la altura. Siempre lo estás. No eres solo un *wide receiver*; eres el sistema ofensivo entero, DiMarco.

Me sentiría incómodo con tanto halago si no fuera porque sabe de lo que está hablando al tiempo que lo improvisa y porque le brillan los ojos como me brillan a mí cuando se me presenta la oportunidad de hablar de los temas que me gustan.

No sé cuánto tiempo hacía que no me paraba a debatir las estrategias de un partido con alguien ajeno a los Boston Beasts, pero me resulta tan agradable que por una vez acepto los cumplidos con deportividad.

—Fue un partido complicado el de la Super Bowl, la verdad. Terminamos jodidos.

—Sí que se vio al equipo un tanto alicaído —reconoce con un asentimiento—, pero Ashton Creed y tú seguisteis ganando separación incluso en el último cuarto. No bajasteis el nivel en todo el partido. Consistencia total. Es lo primordial en el fútbol; cuando no gana la maña, gana la fuerza. Por eso entiendo lo que dijiste en el programa de Oprah sobre no querer tratarte el TDAH. Esa energía excepcional que tienes es tu punto fuerte. Un rasgo de ganador.

—Completamente de acuerdo. Gracias —me apresuro a decir. Hasta se me ha disparado el pulso con el gesto de empatía—. Ahora ve y se lo dices a mi novia.

Adora se ríe con sentido del humor.

—Yo te entiendo porque también me dedico al deporte y aspiro a ser la mejor, pero estoy segura de que ella solo quiere que estés bien.

—Ya eres la mejor —respondo sin ánimo de lucro—. Tu D-*score* es de otra liga. Estás forzando al código a adaptarse a ti y no al revés.

Adora agradece las flores con una mano sobre el pecho; con la otra reproduce una pomposa reverencia que me hace sonreír aliviado.

Al menos hay alguien en todo este sitio con la voluntad de ser ella misma, incluso si ser ella misma implica respetar el arte de hacer el payaso en público.

—Hago lo que puedo para alcanzar a Simone. Quiero por lo menos igualarla, y, a poder ser, superarla. Pero si viera que no consigo llegar al grado de legendaria, me retiro, eso que lo sepas. Mi familia dice que soy demasiado radical.

—Hay gente que no lo entiende y se justificará como sea para no tener que aceptarlo.

—Y tanto.

Nos entretenemos hablando sobre los últimos Juegos Olímpicos, la manera en que los Boston Beasts limpiamos a todos los equipos de la XFL antes del verano, cómo se prevé la temporada que comienza en el mes de septiembre; qué planes a futuro tiene ella. La conversación se centra en el deporte en exclusiva hasta tal punto que en un momento dado me pregunto si acaso le interesará algo que no sea su dedicación. Al menos a mí sí hay algo que me importa bastante y que está muy alejado de la NFL, y es la mujer vestida de azul que no localizo por ninguna parte por más que busco por encima del hombro de Adora.

Los acomodadores nos avisan de que la cena está servida y nos guían al comedor. Me da por suspirar de puro alivio al comprobar que nos sentarán en una mesa más pequeña y rectangular que favorecerá la conversación. Aquí las sillas no llevan el nombre de los

comensales y puedo ocupar de inmediato la que colinda con Lara Cosima, que ya está sentada junto a sus padres para cuando llego.

—¿Has visto mis mensajes? —pregunto en cuanto planto el culo en el asiento. Mi mano acude como imantada a su rodilla, que aprieto para llamar su atención. Empiezo a quedar como un pobre desesperado—. ¿Estás enfadada?

—No. No importa.

Arqueo las cejas.

—Ese ha sido el «no, no importa» más «sí, claro que importa» que he oído en mi vida.

—Ahora mismo no me apetece discutir —masculla sin mirarme.

No me ha mirado en toda la noche, de hecho.

—Vale. Pero si me quieres insultar, adelante. Sabes que puedo con todo.

Lara Cosima no contesta verbalmente. Aparta mi mano de su pierna y la cruza sobre la otra para alejarla aún más de mí.

Me resigno a aceptar su enfado con un suspiro. Hasta yo sé que este no es el lugar ni el momento para pincharla hasta que me grite como seguro que necesita para desahogarse.

—Me alegro de que hayas podido venir al evento —dice la madre de Lara Cosima. Mientras, dobla con cuidado la servilleta de tela a su derecha.

—Tendría que haber llegado antes —me disculpo enseguida—. Ha habido un problema con el vuelo.

—Oh, descuida. No te has perdido gran cosa. Y no es como si te hubiera mencionado en el discurso.

Me molesta el modo en que la madre lo suelta, con una sonrisa pretendidamente cordial pero que esconde una mala intención.

—Ni falta que hacía. Yo tampoco habría mencionado a alguien que no estaba presente.

—Bueno, bueno. Otra cosa distinta habría sido que no nos hubiera incluido en los agradecimientos de su aceptación del premio Óscar, pero estamos hablando de una distinción del mundo de la representación. Diez años en Nueva York y solo ahora te reconocen tus esfuerzos. Da que pensar, ¿no? Se ve que es un mundillo que se toma su tiempo.

—Lo es —conviene Roberta. No se ofende lo más mínimo por la pullita hacia la industria. Sabe que Annabelle no está insultando el oficio, sino a su hija, y se suma a la jugarreta con su ya clásica manipulación—: Esta ha sido la manera que ha encontrado el Colegio de Agentes de animarla a seguir centrada en su carrera. El premio de joven promesa es una advertencia: no te desvíes ahora del camino o perderás todos tus privilegios.

—Seguiré esforzándome —promete Lara Cosima con una sonrisa lejana.

—Espero que ese esfuerzo no te impida venir a visitarnos más a menudo —tercia el padre.

No esperaba que fuera una persona normal.

Mala mía por haber pensado que un tipo repeinado y que fuma puros es el diablo.

—¡Eso es! Todo el mundo se acuerda mucho de ti y nos pregunta a menudo qué andas haciendo en Nueva York. Yo, como no entiendo de estos... —deja la palabra deliberadamente al aire— trabajos modernos, no puedo profundizar en mi explicación, pero al menos la gente asume que como estás en Manhattan procuras convertirte en alguien de provecho.

—Y eso está haciendo —aclaro yo—. Diría que ya lo ha conseguido, de hecho.

Annabelle centra en mí una mirada gélida. Dura apenas un segundo, justo lo que tarda en esbozar la sonrisa más falsa de las sonrisas falsas, pero yo lo percibo y sé antes de que vuelva a separar los labios que, aunque se dirija su hija, la próxima puñalada va dirigida a mí.

—Quien te echa muchísimo de menos es Felix. Siempre que lo vemos pregunta por ti. Felix es su exnovio —considera necesario añadir para toda la mesa en tono explicativo—. Tuvieron que romper su preciosa relación porque Lara Cosima se marchaba a la Gran Manzana.

Si Elsie no me mintió, que lo dudo, ni la relación era preciosa ni rompieron porque ella se marchaba a ninguna parte. Me quema la lengua en el paladar de las ganas de corregirla, incluso de dejarla en

ridículo delante de los comensales, pero procuro contenerme con tal de tener la fiesta en paz.

—Salúdalo de mi parte —se limita a responder Lara Cosima.

Annabelle apoya el codo en la mesa, algo que según tengo entendido es de mala educación, y descansa la barbilla en la mano con aire nostálgico.

—Qué lástima que los amores fracasen porque entre ellos se interponga la fantasía de un trabajo.

—Otros dirían que es una lástima que una mujer renuncie a sus sueños por un hombre. Otros dirían, incluso, que es anticuado e innecesario que lo haga, porque el hombre adecuado no le cortará las alas y, además, las mujeres pueden sacar adelante una relación y un trabajo sin problema. Bueno —hago una pausa calculada y le sonrío a Annabelle—. Algunas. No todas.

A juzgar por el brillo indignado que cruza como una estrella fugaz sus ojos claros, ella entiende lo que quiero que entienda. Además, se queda patidifusa. No es la primera ni será la última en pensar que como me dedico al fútbol no sé poner a la gente en su sitio sin alzar la voz o portarme como un animal.

No hay nada que me suscite menos respeto en esta vida que la gentuza sin oficio ni beneficio que dedica sus días a inventarse *hobbies*. Por culpa de las tías como Annabelle Sutton existe el yoga, el *patchwork* y probablemente la harina de garbanzo.

—DiMarco es un hombre con unas opiniones muy liberales —señala Roberta con una sonrisa serena—. Nuestro cliente más especial, sin duda.

—Yo diría que son opiniones de cajón. Pero vale.

—Pues yo diría —replica Annabelle. No es de las que se dejan pisotear. Está claro de dónde le viene a Lara Cosima la insistencia— que se ha puesto en boga entre las jovencitas neoyorquinas confundir independencia con precariedad bien vestida. Habrás visto el apartamento en el que vive mi pequeña; es un tanto... ¿cómo lo diría? Escueto para lo que está acostumbrada.

—Apuesto a que ya se ha acostumbrado a él después de una década viviendo allí —la defiendo.

—El problema no es que se acostumbre, sino que se conforme con lo primero que ha encontrado.

No soy ningún lumbreras, pero habría que ser imbécil para no sobreentender a qué se refiere.

Dejo una pista: no es al apartamento.

—Para mí, conformarse es quedarse donde uno es menospreciado, no salir por patas y buscarse la vida en otra parte.

Annabelle decide que le he cortado el rollo más de la cuenta y ya no queda elegante marear la perdiz. Toma la senda de la indignación femenina:

—No es muy educado insinuar que el modo de vida ajeno al neoyorquino es indigno.

—Tampoco es educado mencionar al exnovio de una mujer estando presente su actual pareja.

Annabelle finge sorpresa.

—¿Lo eres? Por lo que he visto y me han mencionado, pronto se filtrará en la prensa que estás saliendo con Adora Relish.

—¿Adora Relish? —repito, perplejo.

Busco la explicación de Berta, que no se hace de rogar.

—Es en quien hemos pensado para la relación de cara al público. Parece que habéis hecho buenas migas. Eso es una excelente señal.

—¿Adora lo sabe? Porque yo no. —Me giro hacia la pálida y silenciosa Lara Cosima—. Yo no sabía que era la supuesta novia que me iban a endosar, Elsie.

—No estoy en desacuerdo con la estratagema, más que nada porque coincido en que mi niña y tú os movéis en... círculos distintos —dice Annabelle—. Puede que a ti no te importe la reputación, DiMarco, pero desde luego a mi hija y a su familia sí. Ella no es la única que podría perjudicarte. Tú tampoco estás a su altura.

Miro a Annabelle a la cara. Luego desvío la vista hacia Berta. Está callada por conveniencia, como el emperador romano cuando organizaba una pelea de gladiadores y bestias: deja que sus esclavos se peleen entre ellos, que le hagan el trabajo sucio.

—¿Os habéis puesto de acuerdo para unir vuestras fuerzas y meteros en la vida de Lara Cosima o ha sido conexión a primera vista?

—Oh, la señora Montessore y yo no podemos diferir más en nuestros deseos. A Roberta le gustaría convertir a Lara Cosima en la heredera de Velvet Room y a mí me encantaría traerme de vuelta a mi hija a Luisiana. Pero es cierto que ambas coincidimos en que no eres la persona adecuada para ella.

—Por supuesto que coincidís en eso —contesto sin entonación—. ¿Cómo no vais a coincidir? Soy el único que se opone radical y abiertamente a vuestra manipulación. Antes de pelearos por ella como buitres por la carroña, tendréis que deshaceros del enemigo común, ¿no?

Roberta le resta importancia con una carcajada.

—¡Qué exagerado! Solo queremos lo que estimamos mejor para ella, y yo, en lo personal, también *per te*.

La miro a los ojos con gesto neutro.

—Creo que piensas que te hace muy interesante intercalar palabras en italiano mientras hablas. Como yo también quiero lo mejor para todo el mundo, te voy a hacer el favor de decirte que no quedas bien, sino que pareces una gilipollas pretenciosa. Te lo menciono porque salta a la vista que quieres ser alguien que no eres, y lamentablemente das la impresión de ser eso y nada más que eso. Lo que eres. Gilipollas, pretenciosa, etcétera.

Ya no se ríe tanto. De hecho, le suben los colores por el cuello.

Apuesto a que es la primera vez en años que alguien le ha hablado así.

Que se joda.

Como es obvio, esperaba que toda la mesa se enzarzara en una discusión que yo habría sido acusado de provocar, pero no imaginaba que quien tiraría la primera piedra sería Lara Cosima.

Las patas de la silla de mi izquierda chirrían cuando se echa hacia atrás de golpe y se levanta. No hace falta que diga nada: recoge su móvil, lo guarda en el bolso de mano, coge su *pashmina* de abrigo y abandona el comedor sin decir ni pío.

Yo hago lo que todo hombre que se precie de serlo tiene que hacer en estos casos: salir detrás de ella aunque a mi espaldas esté dejando una casa en llamas.

No es mi casa, así que me da igual que arda.

—¡Elsie! —la llamo en cuanto salimos al salón de actos.

Ella no me oye o finge no oírme y aprieta el paso.

¿Siempre ha sido tan rápida sobre los tacones, o es que hoy ando falto de reflejos? Sea cual sea el caso, empuja las puertas que dan a la transitada acera del corazón de Midtown Manhattan y hace ademán de pedir un taxi. Impido que llegue a parar al que subía por la carretera cogiéndola de la muñeca. Pretendía hacerla girar sobre sí misma, pero ella no reacciona, y enseguida entiendo por qué: tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Elsie? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —repite sin voz—. Qué *no* pasa, más bien. Lo que acaba de suceder ahí dentro no puede volver a repetirse. No va a volver a repetirse —sentencia por lo bajo. Parece que busque algo en la acera, que esté conversando consigo misma—. No puedes hablarle así a mi madre. Ni a Berta.

Su actitud no me sorprende, pero no por ello la dejo correr.

—¿Y ellas sí pueden hablarte a ti así?

—No me han hablado de ninguna manera.

—¿Que no te han hablado de ninguna manera? —Abro mucho los ojos—. ¿Es que estás sorda? ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Asegurar que tampoco me han hablado a mí de un modo inaceptable?

Lara Cosima alza la barbilla hacia mí con el gesto contraído en una mueca de impotencia.

—¿Cómo esperas que te hablen si llegas tarde, no saludas a toda la mesa y procedes a tirar pullitas? ¿Dónde crees que estás? ¿En una batalla de gallos? ¡Es mi madre y es mi jefa! ¡Y era mi noche!

Intento sonar razonable al defenderme.

—Ya te he dicho que he perdido el avión. Pero estoy aquí, ¿no?

Ella vuelve a desviar la vista.

—Podrías haber evitado fácilmente ese despiste.

—¿Qué quieres decir con eso? —La ira pellizca mi vientre—. ¿Vas a volver a sacar el puto tema de la medicación del TDAH?

—¿Y por qué no? —contraataca—. A lo mejor se acabaría lo de ser incapaz de contestar mensajes, ser puntual, estar presente y evitar estallidos rabiosos. ¿No ves que nos afecta? A ti el primero, y a mí después.

—Alucino contigo, Lara Cosima. La que está ciega y no ve una mierda eres tú. ¿Qué crees que nos afecta más?, ¿que yo llegue tarde a un sitio o que pagues conmigo tus frustraciones laborales? Esta noche ni siquiera es la primera que te quedas callada cuando Berta empieza a mover las fichas de tu vida como si fuera tu puta titiritera. No abriste la boca el día que filtró la orientación sexual de mi tío, no abriste la boca cuando me anunciaron sin opción a réplica que empezaría a salir con una desconocida y no la abres ahora que se alía con tu madre para decirme que soy poco menos que una mierda. Esa gente y esa abnegación sí que nos hace daño a los dos, pero por algún motivo los culpables somos yo y mis despistes.

—¡No son solo despistes! ¡He subido al escenario y no estabas! ¡Ha sido uno de los momentos más importantes de mi vida y lo recordaré como algo amargo porque No. Estabas. Allí! —deletrea con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre que te cabreas, te abrumas y desapareces. En Central Park. En la casa de tu padre. En la reunión con Berta. Simplemente te borras, como si te diera igual si solucionarlo o no. ¿Qué tiene eso de despiste?

—Ya me disculpé.

—¡No sirve de nada que te disculpes cuando lo vuelves a hacer!, ¡cuando yo *sé* que lo vas a volver a hacer! ¡No es agradable esperarte en un sitio y estar histérica porque siempre cabe la posibilidad de que me decepciones! ¡Y a lo mejor esa posibilidad existe porque no me quieres tanto!

De todo lo que ha dicho, ese comentario es el que peor me sienta.

—Cuestiona lo que te dé la gana, Lara Cosima. Cuestiona mi educación o mi sentido común o mis modales, pero eres la única persona en este mundo a la que le he dicho que la quiero.

—¿Por cuánto rato?

—¿Qué?

—¿Por cuánto rato? —repite en voz alta. Ha ganado confianza para cuando aprieta los puños y me enfrenta, llorosa—. ¿Hasta que empieces a salir con Adora Relish, por ejemplo? He ido a buscarte antes de la cena y te he oído hablando con ella. Necesitaste semanas, ¡semanas!, para hablar conmigo sobre el TDAH, y lo hiciste solo porque Vinny y Ashton me lo chivaron, que si no, a saber dónde

estaríamos. Ahora la gimnasta lo saca a relucir como si nada y tú tan contento.

—Si me resulta fácil mencionarlo es precisamente gracias a ti. Y gracias a que tuve que hablar del tema en el programa de Oprah porque a tu jefa le salió de los cojones —añado con retintín—, pero sobre todo por ti. Son temas de conversación fáciles para mí porque me has cambiado.

—¿Ah, sí? ¿Es gracias a mí? ¿Por eso me mencionaste con desdén? Era la primera vez que hablabas con esa mujer y no tardaste ni dos segundos en ponerme por debajo.

—¿Qué dices?

—¿Qué dices tú? ¿«Ahora ve y se lo dices a mi novia»? ¿En serio? Si no sientes que te comprenda o que pueda comprenderte, ¿qué estamos haciendo, Myles?

Su pregunta me descoloca.

—Nada es perfecto, ¿no? Algo tendrás que tener que no me guste.

—¡Nuestra principal carencia no puede ser que no nos sintamos apoyados y respetados por el otro!

—Ah, ¿ahora no te sientes apoyada por mí? Llevo un jodido traje —le recuerdo entre dientes—. He venido a tu gala de premios...

—¡Oh, bueno, no sabía que te suponía un gran esfuerzo!

—... estoy siendo serio, decente; ¡voy a salir con una puta desconocida de cara a la galería porque tú me lo has pedido, joder! ¿Qué más quieres de mí?

—¡Que te trates el TDAH!

Creo que es la primera vez que soy yo quien la señala con el dedo.

—¡No me voy a meter anfetas porque tú me lo digas!

—¡No es porque yo te lo diga! ¡Es porque lo necesitas!

—¡No lo necesito! ¡Soy así y ya está!

—Pues si eres así y ya está, no hay nada más que hablar.

—¿Cómo que «ya está»? ¿Tan metida en la cabeza tienes la mierda de que debes arreglar y mejorar a los demás que no puedes estar conmigo si no me medico?

—¡No es por la medicación o la falta de ella! ¡Es porque me afecta! ¡Todo esto me afecta! Me haces sentir estúpida por trabajar en Velvet Room, me haces sentir fatal por tener los padres que

tengo, me haces sentir mal por preocuparme por ti, ¡me haces sentir mal por todo!

—Es que deberías sentirte mal por anteponer un curro a tu felicidad, que ya de paso es la mía. ¡Les has dado vía libre para que presenten a Adora Relish como mi novia, por Dios!

Lara Cosima me dirige una mirada vacía.

—¿Acaso tú no priorizas el fútbol sobre tu bienestar? ¿Se supone que no prefieres también tu rendimiento estrella a mi felicidad? Tratarte el TDAH te beneficiaría personalmente, a ti y a quienes están a tu alrededor, y no lo haces porque antepones una Super Bowl a mejorar tu concentración y suavizar la ansiedad, por mencionar dos beneficios. ¿Qué diferencia hay entre lo que haces tú y lo que hago yo? Mi trabajo estaba antes de que llegaras y estará también después, cuando te hayas ido.

—No me he ido a ninguna parte. Me estás echando tú.

—Te estás echando tú solo, Myles. Es evidente que ha sido muy buena idea juntarte con Adora; hacéis muy buena pareja.

La voz se le quiebra al pronunciar el nombre de la gimnasta. Se da la vuelta para que no vea cómo las lágrimas regresan a las cuencas de sus ojos y emprende la marcha calle abajo, dejándome a mí en medio de la acera con un palmo de narices.

Un impulso visceral me impide quedarme quieto y enseguida troto hacia ella hasta alcanzarla. La cojo de la mano e intento que entre en razón.

—Vamos, no te enfades conmigo.

—No estoy enfadada —murmura. Se deshace de mi agarre y se abraza los hombros para impedir cualquier contacto—. Se acabó, Myles.

La contundencia de su sentencia me petrifica.

—¿Cómo que se acabó?

—Que ya basta. Esto no funciona.

—¿Te vas a atrever a echarme a mí la culpa de que «no funcione», lo cual es bastante discutible? Tu jefa —repito más despacio. A estas alturas el cabreo y la desesperación me han conquistado por completo y no puedo ni hablar, solo escupir veneno— nos hizo algo espantoso a mi tío y a mí y tú ni pestañeaste. La mujer a cuyos

brazos me has tirado como si no te importara una mierda se ha acercado a hablar conmigo, le he hecho caso ¿y ahora te crees en el derecho de ponerte celosa? ¿Por qué no dices la verdad y nos dejamos de rollos? La historia es mucho más breve que eso: te avergüenzas de mí.

—Eso no es verdad.

—Por supuesto que es verdad. Me dejas porque no confías en que vaya a estar a la altura de tus deseos, ¿y sabes qué te digo, Lara Cosima? Que no te equivocas. Nunca voy a estar a la altura de tus putos deseos, porque tu deseo es que me calle y asienta mientras observo una injusticia tras otra. Tu deseo es que sea como tú, que no haga nada mientras te joden, y yo nunca voy a permitir eso. Así que sí, a lo mejor haces bien en deshacerte de mí. A lo mejor hiciste bien en deshacerte de Alexia y de los que te llevan la contraria o te ponen un alto. Es la única manera que tendrás de prosperar en el objetivo de autodestruirte.

—¡No te tienes que...!

La silencio con un aspaviento cortante y me doy la vuelta.

—Ni te molestes. Ya lo has conseguido. Me largo. Que tengas muchísima suerte, Lara Cosima. Ahí te quedas con tu puta vida de mentira.

Capítulo 30

I Couldn’t Be More In Angst

Lara Cosima

Berta organiza la cena privada con mis padres en Casa Cipriani, el restaurante de Bajo Manhattan al que acuden todas las estrellas que desean intimidad. Se trata de un hotel de lujo de cinco estrellas que aloja un club privado de «gente que disfruta de los placeres simples».

No sé a qué placeres simples se referirán. Beber Moët & Chandon en copas de cristal veneciano y recibir masajes a ocho manos mientras una mascarilla de oro de Dubái te exfolia el rostro no me parece el más simple de los placeres. Quizá porque ahora, demasiado tarde, sé lo que es un placer simple y no se asemeja en absoluto a eso, sino más bien a comerte un pretzel con alguien a quien quieres mientras te cuenta por encima lo difícil que fue su infancia.

«Borra eso. Bloquea eso. Olvida eso».

Esta tarde me he rendido ante el espejo por primera vez en mi vida. No lo hice cuando me salió un grano de las dimensiones de un OVNI la noche previa a mi graduación del instituto. No lo hice cuando descubrí un vellito enquistado en el bigote antes de hacerme las fotos del pasaporte. No lo hice cuando dormir con una lentilla me provocó un orzuelo y debía reunirme con el dueño de la discográfica de Alexia al día siguiente. Todas y cada una de las veces me las ingenié para salir a escena con un aspecto impecable y conquistar a mi público.

Hoy no he podido. He decidido aceptar que las ojeras que llevo por los tobillos formarán parte del atuendo, que no hay gotas en el mundo para disimular el cerco de los ojos enrojecido y que en menos de tres horas no se puede solucionar un sarpullido provocado por el estrés.

A lo mejor otro día lo habría intentado. Habría movido cielo y tierra para descubrir que si mezclas lágrimas de sirena con huevas de dragón consigues una piel lisa a pesar de la erupción en menos de lo que dura un padrenuestro.

Pero, insisto. Hoy no.

Me presento veinte minutos tarde con el pelo recogido en un moño elaborado y los Louboutins negro brillante con la suela roja que son la envidia de mi colección de calzado. En esta ocasión no pretendo hacer ostentación de mis dotes de peluquera o de las dimensiones y el valor de mi armario de zapatos, sino, con un poco de suerte, desviar la atención de los comensales a mis pies o mi cabeza: lo que sea menos mi cara cenicienta y la debilidad articular con la que convivo desde hace tres días.

Si no me tuerzo un tobillo y no derramo una copa de vino va a ser un milagro.

He estado antes en Casa Cipriani. Es uno de los pocos clubes en los que podía cenar con Alexia si no queríamos que los fans nos molestaran. Madera lacada por todas partes, tapicería italiana y en su mayoría aterciopelada, iluminación cinematográfica gracias a las lamparillas con pantalla clásica... Si miras a la izquierda, los ventanales conceden vistas al East River y al puente de Brooklyn; si miras al techo, te topas con el pan de oro de un antiguo palacio.

Ya de lejos, mi madre advierte mi llegada. Conforme me voy acercando, ella levanta las cejas más, y más, y más, y así hasta que su perplejidad explota en un sencillo:

—Santo Dios, querida, ¿qué te ha pasado en tan solo setenta y dos horas?

Mi padre, sentado a su lado, palidece al verme. Berta aún no ha llegado, pero sí un tercer invitado al que no esperaba. La mujer que enfrenta a mi madre en la mesa se gira con una sonrisa cálida que se le hiela en los labios con mi nombre a medio pronunciar.

No me extraña que Alexia haya sido invitada a la feliz reunión. Debe de haberse preocupado al no haber sabido nada de mí en varios días, y, además, conoce a mis padres desde cría. Era obvio que querrían verla y que ella accedería por simple educación.

Le pido a Alexia con una mirada cansada que no haga acotaciones respecto a mi imagen. Lex, que se había quedado suspendida en una postura que no era ni erguida ni sentada, a caballo entre saludarme y permanecer en el sitio, vuelve a ocupar su lugar con excesiva prudencia, sin apartar ni por un segundo la vista de mí.

Si le hubieran dicho a la Lara Cosima de hace dos meses que se alegraría de que se hubiera acoplado de manera sorpresiva a una cena, no se lo habría creído. Ahora lo celebro. Así no tendré que quedarme a solas con mis padres y con Berta.

«¿Y eso no te dice nada?», me pincha la voz interior.

Ocupo la silla que colinda con el ventanal para admirar de lejos las luces de la ciudad. Al principio intento formar parte de la conversación, pero muy pronto mi padre se da por vencido con mis monosílabos y se une al animado y orgulloso interrogatorio con el que mi madre tortura a Alexia, a la que al principio acusaba de rara y hasta mala influencia y enseguida terminó apreciando. Primero por su carisma. Luego por su notorio éxito.

En el estado de ensimismamiento en el que me encuentro desde hace días no encuentro la inspiración para ofenderme o sufrir de nuevo por sus injustos favoritismos.

Myles no descubrió la pólvora al señalar los desprecios de Annabelle Sutton. Siempre he sido tan consciente de ellos como de que no puedo ni debo hacer nada al respecto, y de que pese a todo le debo a mi madre el mayor de los respetos.

Esta mañana, Samantha me ha hecho llegar un mensaje devastador: Adora Relish ha sido invitada a la premier de una película de la que ha formado parte como doble de acción de la protagonista, que borda el papel de una gimnasta ambiciosa, y se espera que acuda de la mano de DiMarco para anunciar oficialmente su relación de mentira.

Que supongo que podría llegar a ser de verdad. No sería la primera vez.

Como por desgracia no soy ni la mitad de psicópata de lo que él cree, me he pasado todo el día llorando. Ahora consulto el móvil cada minuto para refrescar la página de X que retransmite en directo la alfombra roja del evento para comprobar con mis propios ojos que la pesadilla se va a hacer realidad.

Es curioso. Me afecta más que vaya a llevar a cabo la estrategia de Berta ahora que no somos nada que antes, cuando tenía asegurado su cariño.

—Vaya —oigo que exclama mi madre—. No sabía que tu pareja y la de Lara Cosima eran buenos amigos.

—¿No? —se sorprende Alexia con una sonrisa tan cortés como incrédula—. Juegan en el mismo equipo, los Boston Beasts. A lo mejor la próxima vez que vengáis podríamos traerlos a ambos para que los conozcáis.

—A Myles DiMarco ya lo conocemos. No podemos decir que fuera un placer.

Acariciando la servilleta junto al cubierto, Annabelle hace una mueca que ruega, pide, *exige* que le pregunten: «¡Oh, no, ¿qué ha pasado?!». Alexia procura disimular su perplejidad, y lo cierto es que saca adelante la actuación divinamente. No por nada conseguí que la contrataran para hacer algunos cameos en películas y programas de televisión.

—Es cierto que DiMarco tiene un carácter peculiar y es difícil que a uno le cuadre de primeras. Siempre lo comparo con la cerveza negra. Pero una vez le coges el puntillo, te vuelves adicto. Y al final lo importante es que haga feliz a Lara Cosima, ¿verdad?

Introduce ese sibilino «¿verdad?» con un tino y una suavidad de admirar, poniendo a mis padres en la complicadísima tesitura de asentir, o de lo contrario perderían toda credibilidad.

Se me ocurre hacer lo peor que se puede hacer, que es preguntarme *qué habría pasado si*. ¿Qué habría pasado si Alexia se hubiera quedado en la entrega de premios y hubiese estado en la mesa con Berta, con DiMarco, con mi madre, conmigo? ¿Habría escalado la discusión tan deprisa? ¿Habría conseguido retenerme en el sitio, aunque fuera por la fuerza, de manera que yo no me escabullera y terminara rompiendo con él en la calle? ¿Me habría inspirado con su implacable serenidad a defender mi postura sin perder los papeles?

Lo que está claro es que me habría respaldado.

De seguro habría respaldado a DiMarco también.

Ella tiene el don para hacer esas cosas. Sabe estar de parte de todo el mundo siempre y cuando sea justo.

—No me opongo a conocer a tu chico, Alexandra —concluye mi madre—, pero si puedo elegir, preferiría no volver a coincidir con

su... amigo.

Alexia ya está abriendo la boca para replicar cuando decido intervenir sin apartar los ojos de la cristalera.

—No tienes de qué preocuparte. No lo harás. Y yo tampoco.

—¿Qué quieres decir? —inquiere mi padre, que no ha dejado de revolverse en el asiento con visible culpabilidad.

—Discutimos la noche de gala. Ya no estamos juntos.

Annabelle recibe la noticia como agua de mayo. Reacomoda su postura en la silla, tratando de disimular que habría dado un bote de alegría si los modales lo encontraran aceptable. Presiona las comisuras de los labios hacia dentro para controlar la explosión de una sonrisa.

—¿Cómo? —murmura Alexia. Siento sus ojos clavados sobre mí con preocupación—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Oh, fue espantoso, Alexandra, querida. ¡Si hubieras estado allí...! No iba a sacar el tema a colación porque quiero respetar las decisiones de Lara Cosima, pero ¡Dios mío! ¡No me extraña nada que se levantara y se marchara! ¡Ni que luego le reprendiera por su comportamiento! Tampoco me extraña que él no tolerara la reprensión y se esfumara, porque apuesto lo que sea a que eso fue con exactitud lo que sucedió. Es incapaz de encajar una crítica, ese... ese... hombre —dice al fin, como quien pronuncia la palabra «bestia».

«Ese... ese... hombre».

«Ese... ese hombre» que me miró con los ojos relucientes de cariño y desafío y me preguntó cuántos besos le daría tiempo a darme en lo que durara el trayecto en ascensor hasta Velvet Room. «Ese... ese hombre» que se aficionó a echarme fotos desprevenida para luego contemplarlas con una sonrisa bobalicona. «Ese... ese hombre» que incluso dormido sentía el impulso de robarme un beso en el hombro.

Ese es el hombre del que está hablando.

—¿Pumpkin? —me llama Alexia, que ya no finge prestar atención a Annabelle.

Yo no encuentro el valor para girarme. Sé que en cuanto la mire romperé a llorar.

—Será mejor que no intentes recordarle a la pobre ese momento tan espantoso. Fue horrible, ¡horrible! Mi pequeña yendo a recibir un premio que le reconoce sus esfuerzos, tan bien vestida, tan ilusionada, ¡y él arruinándolo todo con su genio! Una fatalidad. Odio decir esto, pero... intenté decírselo, claro que intenté decírselo. Ese tipo no era trigo limpio.

Ahora resulta que iba bien vestida y que se reconocieron mis esfuerzos.

Cómo cambia la narrativa en un segundo.

—No creo que eso sea justo para ninguna de las partes, Annabelle —replica Alexia con buen tono, pero de manera perentoria.

¿Tanto me habría costado a mí decir algo así? ¿«Eso no es justo»? ¿«Eso no es verdad»?

¿Tanto me sigue costando?

—Es cierto que se comportó de un modo inapropiado —corrobora mi padre, vacilante—. Escandalizó incluso a Roberta.

—¡Sí! Qué bien que vaya a unirse. Así podrá contarte la historia con pelos y señales. Nunca había vivido un momento tan incómodo, ¡y eso que no duró ni lo que tardaron en servir los entrantes! Me sentí humillada, ultrajada, ¡y qué decir de Roberta! No me sorprende que se opusiera a que mi hija saliera con él. Ser su mánager, salve, pero ¿su pareja? No todo el mundo está preparado para tener novio o novia.

—No, no todo el mundo lo está —confirmo.

Yo, por ejemplo, no lo estoy.

—¿Por qué dices eso, Pumpkin? —me pregunta Alexia, que sigue intentando atrapar mi mirada.

—Porque llegó tarde, no se presentó, empezó a mirarnos a todos con desdén y a gruñirnos, ¡como si fuera un perro al que iban a quitarle la comida! —exclama mi madre—. Y eso no es todo...

Mientras Annabelle se extiende detallando los errores de protocolo que DiMarco cometió y que por lo visto ponen en tela de juicio no ya sus modales, sino su condición humana, reparo con una mezcla de sorpresa y resignación en que los recita en el mismo orden que yo establecí para reprocharle a él: le dije que había llegado tarde, que no estrechó la mano de los comensales, que se dedicó a tirar pullas.

Y estaba convencida de que eso era poco menos que un delito, algo peor que disparar a un niño hambriento a quemarropa, pero en boca de Annabelle suena tan estúpido, tan ridículo. Tan fuera de lugar, sobre todo.

Es cierto que las recriminaciones han de hacerse en el momento adecuado, pero especialmente ha de hacerlas la persona pertinente, que en ningún caso es ella. Annabelle nunca ha llegado tarde porque nunca ha llegado a secas, tampoco mostró disposición a estrechar la mano de Myles y se esforzó por provocarlo como jamás se había esforzado antes por hacer nada en su vida.

Pero no digo nada. ¿Para qué? ¿De qué me va a servir defender sus sentimientos y su dignidad ahora? ¿Y qué mayor prueba hay de que a mí su forma de ser me valía que el hecho de que no solo accediera a salir con él, sino que *ardiera en deseos* de salir con él?

No sé que es lo que provoca que Alexia se ponga de pie de golpe, abandonando a la vez la pose de invitada complaciente. Supongo que ha llegado a su límite después de oír desdenes hacia alguien a quien aprecia.

—Lara Cosima —me llama en tono exigente—. ¿Me acompañarías un momento al servicio?

—¿Al servicio? —repite mi madre, fingiendo que no se da cuenta de que ha conseguido agotar la paciencia de Alexia. Como para no darse cuenta. A Lex siempre se le ha notado todo en la cara—. Roberta debe de estar al caer...

—No creo que haya problema con que nos ausentemos unos minutos. Por favor —añade dulcificando el tono en mi dirección.

No estoy en condiciones de que me sometan a un interrogatorio, pero haría cualquier cosa con tal de quitarme de la vista de mi madre. Termino cediendo con una languidez que no es impostada, que de hecho es irremediable con mi embotamiento, y rodeo la mesa para seguir a Alexia hacia el fondo del pasillo.

Para su inmensa decepción, Berta elige este momento para aparecer, y no con la sonrisa que le ha abierto camino en una de las industrias más difíciles de la contemporaneidad.

—Lara Cosima —ruge. Ha pasado por el lado de la mesa de mis padres, a los que ha despachado por el momento con un saludo

apresurado, y me ha seguido hasta la puerta de los aseos—. ¿Qué diablos has hecho?

Una parte de mí se regocija porque Alexia haya oído —y se haya escandalizado aún más que yo— con la insólita frialdad de su tono. Lex y Berta han tenido que tratarse en pocas ocasiones —una servidora era la intermediaria—, pero cuando lo han hecho ambas se han adherido a la extrema cortesía.

—¿Qué he hecho? —murmuro yo, y me dan ganas de añadir un irónico «ahora».

Por lo visto, no he dejado de meter la pata desde que perdí la cuenta de Alexia.

O desde que nací. Depende de a quién le preguntemos.

—¡DiMarco nos ha enviado esta tarde un abogado! —jura entre dientes. Se asegura de que ninguno de los clientes nos observa, y entonces me agarra del brazo—. Nos ha amenazado con que si no rescindimos su contrato de representación de inmediato, emprenderá acciones legales por la divulgación de datos sensibles.

El único pensamiento que mi mente es capaz de formular es que eso significa que no va a presentarse con Adora Relish en la premier de la película. Que me invadan el alivio y la alegría en lugar de la preocupación por mi empresa y, por ende, mi puesto de trabajo, es tan revelador que no consigo reaccionar.

Roberta lo interpreta como mi aceptación de culpa y me zarandea.

—Eh —interviene Alexia. Coge a la jefa de la muñeca, pero sin ejercer presión, y le sostiene la mirada con el mismo antagonismo del que se valen sus guardaespaldas para meter en cintura a los fanáticos—. Suéltala.

Roberta obedece a regañadientes.

—¿No te habías encargado de disuadirlo de tomar la vía legal? —insiste, aun así, y a falta de amedrentarme físicamente, avanza un paso y me habla de manera rápida y precipitada. Nunca la había visto tan nerviosa—. ¿A qué viene esto? No te quepa la menor duda de que si no lo solventas, se va a ver reflejado en tus ganancias anuales. ¡Y tendrás que dar las gracias si no te despido sin referencias!

Mi mirada vuela hacia su expresión iracunda como un pájaro aletargado.

—Yo no fui la que filtró esos datos sensibles —me oigo decir. No sé de dónde sale mi valor. Quizá del cansancio acumulado, quizá del subidón de adrenalina al saber que Adora Relish y DiMarco no serán una unidad, ni en la vida real ni en la vida de mentira—. No sé por qué tendría que ser yo quien pagara la demanda con mi trabajo.

—Ah, ¿no lo sabes? ¿Crees acaso que habría tenido que valerme de según qué herramientas si no hubieras estado jugando a la familia feliz en horario laboral?, ¿si hubieras sido una persona seria? Todo esto ¿para qué, Lara Cosima? ¿Por qué? ¿Por cuatro polvos que no llegan a la categoría de romance veraniego? Porque sé que se ha acabado. El abogado nos lo ha comunicado para desentenderse cuando le he informado que su novia estaba en la empresa y no le convendría atacarla.

Le ha comunicado que lo nuestro se ha acabado.

Podría haberme quedado con eso, pero lo que me hiela la sangre es que Roberta usara la carta de mi relación con él para librarse de las consecuencias de la violación de intimidad. No puedo evitar mirarla con la profunda decepción que siento, una decepción que en el fondo es exagerada, es mentira, porque la triste verdad es que me ha decepcionado tantas veces que ya no debería sorprenderme.

Recuerdo lo que me dijo Bob, aquella frase tan sencilla pero tan reveladora: «Al menos una vez a la semana sales de la oficina hecha un mar de lágrimas, Larita».

—Tienes razón, Roberta —admito al fin—. No soy ni he sido una persona seria. Dejo que mis sentimientos se interpongan entre mi trabajo y yo. No tengo la frialdad que requiere trabajar en una agencia de alto copete. He sido irresponsable y egoísta.

—¡Así es! ¡Más te vale ponerte en marcha para arreglar este tinglado, o...!

—Por eso —continúo sin atenderla. No puedo ni enfocar la vista— lo mejor sería que consumaras tus amenazas de una vez por todas y me proporcionaras la carta de despido. O no, si no quieres. Me encargaré yo misma de presentar mi dimisión.

La cara de Roberta es un poema.

—¿Estás de broma? Estás de broma, claro que sí. No es el momento de hacerse la graciosa, Lara Cosima. Podríamos estar viviendo una crisis en Velvet Room, y...

—Si Myles quiere denunciar a la agencia porque se ha sentido menospreciado, utilizado y hasta vendido, que la denuncie —la corto. Una parte de mí está horrorizada y no entiende de dónde sale todo esto. La otra por fin puede respirar—. Ya no soy ni su mánager ni su novia como para hacerle sugerencias sobre lo que debe o no debe hacer. Es una persona autónoma y libre, y con un gran sentido de la justicia, por cierto. Si no querías verte en esta tesitura, no deberías haberle pulsado los botones. Pero supongo que contabas con que yo lo calmara, ¿no? Qué importa si lo llevabas al límite; ahí iba a ir Lara Cosima, con sus superpoderes de lameculismo y su falta de escrúpulos, para convencerlo de su voluntad con... ¿cómo habías dicho? ¿«Cuatro polvos»? Al final, aprendí el arte de la manipulación de la mejor, ¿verdad?

Roberta sigue sin dar crédito.

—¿Se puede saber qué te ha dado?

—¿Qué te ha dado a ti —replico, envalentonada—, que de pronto no metes palabras italianas cada dos frases? Será que estás muy preocupada. Si es así, te sugiero que vuelvas cuanto antes a la oficina y pongas en marcha unas disculpas públicas, desactives las redes sociales y te vayas de vacaciones una temporada. Sabes mejor que nadie cuál es el protocolo cuando se te viene encima una campaña de desprestigio.

A sabiendas de que no conseguiré mantener el tipo por mucho más tiempo, embotada como estoy por la falta de sueño, el anuncio de la resolución contractual de DiMarco y su amenaza, me giro en redondo para desaparecer en el baño.

Roberta intenta detenerme cogiéndome del hombro, pero Alexia, a la que hoy le ha tocado ser mi ángel de la guarda, vuelve a impedirle que tire o presione.

—Te he dicho que no la toques. No hace falta para mantener una conversación.

—¿Cómo puedes defenderla en este episodio autodestructivo que está sufriendo? ¡Ha perdido el juicio, Alexia! ¡Ella no es así! ¡Ese

hombre le ha lavado el cerebro! Vamos, Lara Cosima. Vayamos a la oficina y tracemos una estrategia de defensa que...

—¿No me has oído? —replico en un arrebato—. ¡Dimito!

—No lo dices en serio. No puedes dimitir. Quieres ser la jefa algún día, quieres convertirte en una gran representante, quieres...

—Ya es una gran representante —tercia Alexia, recalcando cada sílaba. Cuando quiere puede ser muy intimidante—. Lo que pasa es que la gente a su alrededor se ha estado beneficiando de sus éxitos y de cara a la galería parece que ha triunfado por ayuda externa cuando ha sido al revés.

—¿Disculpa?

—Haznos un favor a todos y no intentes darle la vuelta a la tortilla, ¿de acuerdo? Conmigo presente no, al menos. Recuerda que he visto lo que hay de primerísima mano, y lo que he visto es que hasta que Lara Cosima no me trajo a Velvet Room, tú no eras nadie. Ni la peor ni por supuesto la mejor agente de Nueva York. Simplemente nadie.

No puedo ver la cara de Roberta porque tengo que esconderme de lo que para mí ha sido siempre mi casa, mi referente. Tengo que esconderme o de lo contrario retiraré lo dicho, me disculparé y reproduciré paso por paso el ritual de sacrificio de carácter y voluntad que vengo ensayando a diario desde hace años, pero especialmente desde hace tres meses.

Si la miro y veo reproche, veo decepción, veo rabia, el mundo se me va a venir encima, y ella lo sabe. Sabe qué cables cruzar, porque sentencia:

—Olvídate de Velvet Room y olvídate de trabajar en Manhattan si mañana por la mañana no has vuelto a la oficina para rogar que te mantenga en plantilla. Estoy dispuesta a tener manga ancha contigo por los diez años de amistad que nos unen, pero...

—¡Venga ya! —exclama Alexia. Su exasperación me sorprende, e imagino que también a Berta—. ¡No es que estés dispuesta, es que *tienes* que tener manga ancha con ella porque no eres nada sin su profesionalidad! Diez años de amistad... —resopla—. La amistad no tiene nada que ver en este asunto.

Qué fácil ha sido para ella descartarlo: la amistad no tiene nada que ver en este asunto y ya está. A lo mejor me habría ahorrado unos cuantos problemas y frustraciones si hubiera llegado a esa conclusión. Roberta no es mi amiga y solo a los amigos se les debe lealtad.

A los amigos y a los hombres de los que estás enamorada.

Temblando de pies a cabeza como si acabara de emerger de aguas gélidas, me cuelo en el aseo de mujeres, amplio como un loft, y me agacho ante el lavabo para humedecerme la cara.

¿Ya está? ¿Lo he hecho? ¿Me he despedido? ¿Sin más? ¿Después de diez años? ¿Después de pelearme con DiMarco? ¿Después de todo? ¿Por qué? ¿Así de sencillo es? Contaba con que si esto alguna vez sucedía, la sensación de que el mundo se desmoronaba a mi alrededor me bloquearía la garganta y moriría de ahogo, de angustia o de los dos. Esperaba que mi despido o dimisión fuera el día más importante de mi existencia y, como tal, aconteciese de un modo solemne, sin gritos, pero con gran dolor. Y no. Los grandes momentos de la vida de una mujer siempre suceden de pronto, después de haber estado cociéndose a fuego lento durante largo tiempo y en lugares tan mediocres como el pasillo de un restaurante. Son tan impredecibles como llamar por teléfono a un hombre guiada por un interés personal y terminar hablando con otro que cambiará para siempre tu manera de ver las cosas.

Sé que Roberta se ha marchado porque Alexia entra en el baño conmigo, cierra la puerta y gira el pestillo, todo eso con el mismo y fluido movimiento.

Sin perder el semblante adusto, se cruza de brazos.

—¿Me vas a explicar qué está pasando?

No rompo a llorar porque haya alzado el tono, porque no lo ha hecho. Me habla desde la desesperación de no saber cómo ayudarme, del miedo a estar al otro lado; es consciente de que si continúo abriendo distancia, más pronto que tarde dejará de conocerme.

Ni yo ni ella queremos que deje de conocerme. En lo que a mí respecta, nunca he querido que deje de conocerme, ni que se aleje, ni que me olvide, ni que me sustituya.

Apoyo la espalda en la pared de azulejos del baño y me presiono los párpados con los cantos de las manos. Ella se apresura a atenderme. Al principio no sabe cómo, pero improvisa de todas las maneras: intentando apartarme las muñecas con delicadeza, poniéndome una mano en la cabeza, rodeándome en un abrazo.

—No puedo más. No puedo más.

—Pumpkin, por favor. —Se le quiebra la voz a ella también al tomarme de las mejillas. Me limpia las primeras lágrimas con los pulgares, pero muy pronto desiste. El llanto es imparable—. No puedo verte así. Déjame ayudarte de alguna manera.

Tiene que permanecer en silencio durante largos minutos hasta que por fin recupero la voz.

No tardo en perderla de nuevo, sobrepasada por la intensidad de mis propios sentimientos.

—Lo quiero mucho, Lex —sollozo entre hipidos.

—Eso estoy viendo, cariño. ¿Cuál es el problema, entonces? Él también te quiere a ti. No puede haberlo olvidado por una discusión. Ayúdame a entenderlo —insiste.

—¿Samantha tiene razón? —Veo a través de las lágrimas que ella hace una mueca de incomprensión—. Me dijo que hasta las torres más altas caen, que cuando una mujer se enamora parece hipnotizada y que su condena es arruinar su vida laboral. ¿Es eso lo que me he hecho? ¿Me he autodestruido?

—¿Por enamorarte? No, claro que no.

—¿Entonces? ¿Es él quien tiene razón?

—¿En qué?

Sorteando el obstáculo de los accesos de llanto, consigo relatarle el que ha sido el origen del problema desde el principio, pero haciendo hincapié en la primera vez que intenté disuadirlo de salir conmigo —en la cita en Boston— y en su premonitoria frase: «Así que has venido a hacer control de daños».

Alexia escucha atentamente. Tan atentamente que me cuesta creer que alguna vez pensara, en pleno bajón, que yo no le importaba un rábano.

—¿Y si dice todo eso de Sam y de Berta porque está enamorado de mí y pretende echarle la culpa de nuestros problemas irresolubles

a los que me rodean? ¿No crees que está sesgado y que no es para tanto?

No tira de la vía obvia —«¿En serio tienes esa duda después de lo que acaba de pasar con Roberta?»— y en su lugar señala:

—De todas las personas del mundo, DiMarco es la menos sesgada de todas. Ni aunque te quiera te va a decir lo que deseas oír. Pero en este caso podría haberte dicho eso precisamente porque te quiere, porque eso hacemos los que te adoramos: decirte la verdad.

—¿Acaso estás de acuerdo con él?

—Por supuesto. Yo sé que tú tiendes a mezclar el trabajo con lo personal, pero tienes que entender que tu jefa no es tu amiga. Ni mucho menos esta que tienes, Pumpkin. Claro que debe aprovecharse de tu trabajo, en eso consiste sacar adelante una empresa y contar con unos cuantos asalariados, pero ¿aprovecharse de tu vida privada? ¡Es el puto colmo!

—Lo sé —sollozo incontrolablemente—. Lo sé, Lex.

—¿Qué sabes?

—Que Berta me ha manipulado. Que en Velvet Room se han cruzado líneas infranqueables. Que el deseo de validación me ha llevado a lugares oscuros.

—¿Entonces? ¿Por qué no nos vamos lejos de esos lugares oscuros?

—¡Porque la gente no puede abandonar sin más! ¡Yo no soy una cobarde que se va cuando las cosas se ponen feas!

Alexia se me queda mirando con compasión.

—Cielo, eso es lo que has hecho con DiMarco. ¿No te preocupa más huir de alguien que te quiere que de alguien que te utiliza?

Su sencilla respuesta, aunque pronunciada con dulzura, me produce una fuerte reacción.

—No soporto pensar que he pasado los últimos diez años de mi vida tolerando desaires de familiares que no respetan ni apoyan lo que hago y rodeándome de personas que ni siquiera me perciben como un ser humano. Y, sobre todo, no soporto que él me obligue a ver eso. A aceptarlo. ¡A hacer algo al respecto!

—Sé que es duro mirar a la verdad a los ojos, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Pasar los próximos diez años de la misma forma o

incluso peor?

—¿Cuál es la alternativa? —le devuelvo la pregunta—. ¿Que Myles siga viendo que soy una vendida?, ¿que siga viendo que soy una pringada y que no tengo amor propio ni valgo nada?

—Basta —me corta, y para asegurarse de que no sigo hablando me cubre la boca con las dos manos—. Es imposible que DiMarco vea algo que no es cierto. Más que nada porque no es una persona con una gran imaginación. —Intenta aplacarme con una sonrisa—. Lo único que ha visto es que estás atrapada, que estás sufriendo y que tienes miedo, Pumpkin, y ha intentado ayudarte a su manera más o menos diplomática. Eso es todo.

Cierro los ojos para no verme reflejada en sus pupilas.

—No quiero aceptar que esta vida no sea para mí, Lex. Me gustó ser tu representante. Me gusta controlar, organizar, pensar, crear. Me gusta sentarme a escuchar e idear estrategias en función de las necesidades de quien me habla. Me gusta ser importante.

—Y eres estupenda haciéndolo. Simplemente has dejado que te convenzan de que dependes de Roberta Montessore para cumplir tu sueño.

—¡Porque es verdad!

—Lara Cosima —dice con seriedad—, tú y solo tú eres responsable de que yo sea Alexia Lux. Tú. No necesitas más currículum que ese y, aun así, lo tienes. Coge tu experiencia, tu galardón y tu ilusión y funda tu propia agencia. Aquí, en California, en Londres; donde quieras. ¿O me vas a mirar a la cara y me vas a decir que no eres capaz? ¿De qué no vas a ser tú capaz, eh? Convertiste a una niña de Abita Springs en una superestrella y a un tipo huraño como DiMarco en un auténtico caballero, porque anda que no es caballeroso acudir a salvar a la princesa de los peores dragones que hay: ¡su madre y su jefa!

Se me escapa una risa débil. Ella interpreta la carcajada como una buena señal y no se detiene ahí. Entrelaza los dedos con los míos y se asegura de mantener atrapada mi mirada en la suya.

—Me he destruido la vida, Lex. Ahora tendré que volver a Luisiana con mis padres. Se acabó para siempre, ya has oído a Roberta. Todo se acabó para siempre —repito—. DiMarco... DiMarco también.

—No es el fin del mundo. Una vida nueva, no mucho más diferente y sí especial, se abre ante ti. Da un miedo aterrador emprender, lo sé. Yo lo he hecho recientemente. Renuncié a mi querida representante, a la música comercial, al novio que conocía, y heme aquí. Sigo en pie. No se puede decir que me vaya mal. ¿Por qué te iba a ir mal a ti?

—Porque no soy Alexia Lux.

—Eres tú misma, y eso es igual de bueno o mejor —me asegura con vehemencia—. Vente conmigo a Boston. Que le den a Vinny. Compartiremos tú y yo el piso que voy a comprar. Una habitación para ti y otra para mí. O podríamos utilizarlo para establecer tu nueva oficina, de la que solo tú serías la jefa. Yo invertiría en el negocio. Metería el dinero que te hiciera falta.

»No me digas que no lo ves. No me digas que no sería increíble. ¿Qué importa Nueva York? ¿Acaso no se puede ser mánager en Boston? Que conste que no pretendo traerte a mi terreno, ¿eh? Si quieres quedarte aquí, lo mismo te digo. Invertiré. Te dejaré mi piso. Lo que necesites.

—Espera, espera, espera —ruego con voz vacilante—. Me estás abrumando un poco.

—Sí, te voy a dejar tranquila para que asientes la información —se ríe ella.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Tan culpable te sientes por la pelea que me ofreces vivir contigo?

—No seas ridícula. Te lo ofrezco porque te quiero, y aunque no lo parezca (o no lo haya parecido) mi prioridad es que estés bien. Por encima de todo y todos. Ahora y siempre.

—¿Ahora y siempre?

—Eso mismo —mueve la cabeza afirmativamente con total determinación—. Yo nunca hablo en vano, ya me conoces. Vamos a solucionarlo todo, Pumpkin, y vamos a empezar ahora mismo largándonos de aquí.

—Dame un segundo para que me lave la cara, por favor.

—Claro. Te espero fuera.

No vuelvo a coger aire hasta que Alexia ha cerrado la puerta tras ella, dejándome a solas con mi patético reflejo en el espejo. Como nos pasa a todas las pelirrojas naturales sin excepción, el llanto me ha ruborizado y parece que la cara se me haya hinchado. Pero debajo de las ojeras y la inflamación hay una chispa de esperanza. Estoy sobreexcitada porque haya sido Alexia quien me ha sacado del atolladero, porque haya sido mi mejor amiga quien me ha inspirado como tantas veces intenté yo tranquilizarla a ella. No estoy sola en el mundo, al fin y al cabo. Ni siquiera si no consiguiera solucionar las cosas con Myles.

Me limpio las lágrimas y saco el móvil del bolsillo con una mano temblorosa. Él no me ha escrito en estos días. Yo tampoco, y no por falta de ganas, sino porque estaba convencida de que, si respondía, lo haría cien años más tarde y para entonces ya habría sucumbido a una locura digna de internarme. Aterrada por lo que acaba de ocurrir e ilusionada también por el horizonte que se abre ante mí, tecleo un sencillo mensaje.

No has ido a la premier con Adora Relish.

No esperaba que contestara inmediatamente.

¿En serio creías que iba a pasarme?

Tenía la esperanza de que no fueras, la verdad.

Pues ya has visto que las esperanzas se cumplen.

Tú misma decías que Nueva York es la ciudad donde los sueños se hacen realidad.

Me quedo mirando su respuesta defensiva pero nostálgica con los ojos ardiendo.

Voy a llorar otra vez, maldita sea.

Me queman los dedos por escribirle que lo quiero, que lo adoro, que lo echo de menos, que necesito que me aplaste con uno de sus abrazos, que se ría como un idiota después de sacarme una foto a traición y que me encoja los hombros cuando se enfada igual que un niño introvertido.

Nuestra discusión fue escandalosa, pero no tan grave. Ni siquiera eran tan graves las razones que nos han separado. Solo era grave el hecho de que ninguno de los dos diera su brazo a torcer. Solo es peligrosa la posibilidad de que ninguno de los dos dé su brazo a torcer.

Recuerdo de nuevo lo que dijo el tío Henry en su gran sabiduría de hombre maduro: solo en Nueva York importan según qué frivolidades.

Los de alguna gente, puede ser.
Los míos empiezo a sospechar que solo se cumplirán en Boston.

Capítulo 31

Farewell, Savannah

DiMarco

—Pues eso sería todo, ¿no? —pregunta Vinny con un deje pretendidamente despreocupado.

No engaña a nadie. A Savannah menos que a ninguno de los que hemos venido al aeropuerto JFK para despedirla. La estrella de la fiesta comprueba que su equipaje facturado desaparece cinta abajo y a continuación mira a su hermano mayor con ese cariño exasperado con el que lo trata a él y a todos los Boston Beasts.

A veces parece que sea ella la adulta, la que nos cuida a nosotros, la que nos aconseja, la que nos mete en vereda.

—Eso sería todo, sí. Ahora pasaré el control de seguridad —le explica con paciencia.

Tanto Vinny como yo —y como el resto del trío— conocemos el protocolo de aeropuerto. Pero todo se olvida o parece novedoso de un modo hostil cuando no es uno el que se larga a vivir a París durante al menos un año. Y digo «al menos un año» porque si se quedara para siempre a mí no me sorprendería un ápice. Estoy de acuerdo con la manera en que Vinny ha decidido llevar la relación con su hermana —que, más que su hermana, a ratos parecía su hija o su paciente—, pero ella no tanto. Sospecho que en cuanto cate las mieles de la vida independiente lejos del gorila sobreprotector de Vinicius Bravano, no volverá a conformarse con menos.

—Bueno —retoma Vinny con los brazos junto a los costados—. Pues nada.

—¿Ahora te vas a quedar sin palabras? —se burla afectuosamente —. ¡Pensaba que me darías la chapa con un discursito hasta que cruzara las puertas de embarque!

—Para darte la chapa con un discursito tendría que decirte algo que no supieras, y los dos sabemos que todos los consejos que pudiera ofrecerte son consejos que tú ya me has referido a mí antes, así que... —Se mete las manos en los bolsillos y repite—: Pues nada.

—Él que se quede callado, si quiere, pero yo no —rezonga Ashton. Al igual que un servidor, se había retirado unos pasitos de la escena

entre hermanos para respetar su prioritaria despedida—. Te voy a echar de menos, Savie.

Savannah acepta que Ash la envuelva en uno de sus abrazos de oso —una vez hizo un *ranking* de los mejores abrazos de los Boston Beasts, y él quedó el primero por encima de su hermano— y descansa la mejilla en su hombro con una sonrisa plácida.

—Pórtate bien, ¿eh? Que nos conocemos. Nada de romper corazones, defraudar impuestos o entrenar por encima de tus capacidades cuando estés lesionado.

—Tampoco me digas eso, que suena como si no fuéramos a volver a vernos.

—Creo que en estos últimos años hemos intimado lo suficiente para conocernos, ¿no te parece? Y precisamente porque sé de qué vais, me consta que más pronto que tarde os vais a presentar en París-Saclay por sorpresa.

—En París-Saclay no se nos ha perdido nada —replica Ash—. Nos presentaremos en tu casa, más bien.

—Pues ya habéis visto lo minúscula que es. A ver cómo esperáis que os acoja a los tres.

Ha dicho tres porque Noah aún no ha llegado. O no va a venir. O a lo mejor lo ha excluido porque no contempla que el grandioso *quarterback* se tome la molestia de subir a un avión y cruzar el Atlántico para prestarle una visita de cortesía.

Hago como la gente normal sacando el móvil del bolsillo y ojeando el grupo de WhatsApp por si acaso hubiera justificado su tardanza, pero nada de nada.

De todos modos, no era eso lo que en realidad quería mirar. Era la excusa para comprobar una vez más que Elsie no me ha vuelto a escribir desde la premier de Adora Relish. Está respetando punto por punto las obligaciones de las rupturas, siendo la primera y más importante la de no contactar con el otro.

A lo mejor ella piensa que yo también estoy respetando esas obligaciones, pero no es verdad. Lo bueno de que sea una publicadora de historias de Instagram compulsiva es que puedo saber en todo momento dónde está y qué hace y con eso establecer una especie de diálogo unilateral pero reconfortante que me sirve

para autoengañarme con que no ha desaparecido de mi vida. Es una mentira que me hará daño a largo plazo. Ya me lo hace en el corto.

Aun así la elijo.

No me extraña que la gente viva viciada a las redes si es lo único que les queda cuando alguien se esfuma de su rutina de la noche a la mañana, sumiéndolo en un trance de locura y devastación en el que no caben ni el sueño —llevo una semana y media durmiendo de manera intermitente—, ni la concentración, ni por supuesto la paz mental.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues? —oigo que pregunta Vinny en un desesperado intento por retener a Savannah solo unos minutos más. Ella cede magnánima y sabedoramente cruzándose de brazos y meditando con la vista en los altos techos.

—Creo que iré al Museo de Bellas Artes del Petit Palais. Poca gente lo conoce, y aunque lo conozca, prioriza el Louvre por razones obvias, pero por lo visto tienen allí uno de mis cuadros de Waterhouse favoritos...

—Si tanto te gusta la pintura, ¿por qué no te quedas en Harvard estudiando la carrera de Historia del Arte en lugar de irte a París a hacer un máster de... lo que quiera que hagas?

—Sabes de sobra qué es «lo que quiera que haga», Ash, no seas despectivo.

—Claro que soy despectivo. Los Estudios de género te van a alejar de mí. ¡Son mis mayores enemigos!

Savannah se ríe de buena gana y vuelve a cogerlo de la mano para apretársela.

Siempre he admirado lo bien que Savie se desenvuelve en situaciones sociales de cualquier tipo. Nunca ha renunciado a ser ella misma, con sus silencios y sus bromas pesadas, sus repelentes correcciones y su tendencia a poner los ojos en blanco, pero a diferencia de mí cuando hago lo mismo, jamás parece fuera de lugar.

A lo mejor es porque sabe lo que se hace. Sabe que en estas circunstancias concretas tiene que aceptar los comentarios de los Boston Beasts porque estamos todos con las emociones a flor de piel. Sabe que tiene que seguirnos el juego y mantener los espíritus arriba para que no haya derramamientos de lágrimas absurdos. Sabe

que tiene que disimular que la ausencia de Noah es, además de evidente, incomprensible, y conformarse con lo que le queda más a mano. También tiene que saber que Vinny romperá a llorar de un momento a otro, sensible como es con todo lo relativo a su hermana.

Se acerca a ella de nuevo cuando ha terminado de pelearse con Ashton.

—Avísame cuando aterrices, Toots —le pide en un murmullo. Estrecha sus manos más desesperado que afectuoso, pero también afectuoso, eso siempre—. Y avísame cuando ya estés en la habitación terminando de desembalar el equipaje. Y avísame cuando hayas formalizado la matrícula en la universidad, y cuando empiecen las clases, y...

—Y que te avise también cuando le den ganas de mear —se mofa Ash.

Vinny lo castiga lanzándole una mirada perdonavidas ante la que el corredor no puede sino agachar la cabeza.

—Haré todo eso —le promete Savannah—. Despídete de Alexia por mí, ¿vale? Ya la vi ayer en Boston, quedamos para tomarnos unos cócteles y me hizo un regalo precioso, pero sé que le pesa no haber venido al aeropuerto... aunque lo haya evitado por razones obvias —apostilla, y no tiene ni que explicarlas. ¿Alexia Lux en un aeropuerto? El ochenta por ciento de la gente perdería adrede su vuelo para unirse a la cola que le pediría autógrafos—. En fin. Va siendo hora de que pase el control.

Pero se gira con determinación hacia mí y acude a mi encuentro. Solo entonces reparo en que he estado apartado de ella y de la despedida, así como de la idea de que se vaya, desde que hemos bajado del taxi.

Una parte de mí cree que si se mantiene mirando desde fuera como un espectador aislado no sufrirá la ausencia. Pero cómo no la voy a sufrir. Cómo no la *vamos* a sufrir. Llevo viendo a Savannah prácticamente todas las semanas desde que me uní al equipo. Ha participado en cada noche de póquer. Nos ha acompañado en la mayoría de las celebraciones de la liga. Ha venido a casi todos los partidos. Ha sido la principal organizadora de nuestros cumpleaños.

Se ha mantenido al corriente de nuestro estado y progreso cuando nos hemos lesionado y ha procurado mimarnos y consentirnos en ese turbulento período con visitas y regalos.

Me coge de la mano y espera unos segundos para hablar.

—¿Tan triste estás que no puedes ni refunfuñar, la que es tu actividad preferida? —me pregunta con suavidad. Sonríe con exasperación cuando niego con la cabeza, luego asiento y al final vuelvo a negar otra vez—. No me puedo ir si te veo así de preocupado. Siento que antes te tengo que ayudar a solucionarlo.

—No creo que tenga solución. Y no es culpa tuya.

No le he dicho a nadie que Elsie y yo rompimos en las calles de Midtown Manhattan durante la gala de premios del Colegio de Agentes. No ha hecho falta. A buen entendedor, pocas palabras bastan, y aunque los Boston Beasts seamos medio lelos en según qué aspectos, todavía sabemos leernos las caras de derrota, fracaso y desolación.

Como después de algunos años han aprendido que para tratarme hay que dejarme tranquilo, ninguno ha osado hacer una intervención. Por una parte me alegro. Por otra no tanto. Me gustaría que alguien me mirara como lo está haciendo Savannah, que por supuesto también se ha enterado, y me dijera que sí tiene arreglo, que cabe la esperanza.

Y que de paso me explicara qué hacer paso por paso, porque como no se va a arreglar es conmigo quedándome paralizado, eso por descontado.

—¿Seguro que no la hay? ¿No hay solución? —pregunta ella en voz baja—. Vamos, apuesto a que le has dado alguna que otra vuelta y has llegado a conclusiones.

Eso no se lo voy a negar.

Vinny y Ash se acercan como quien no quiere la cosa, más por rascar sus últimos minutos con Savannah hasta, no sé, Navidad, que porque crean poder aportar algo.

—Creo que hay algo que puedo hacer —murmuro con la vista clavada en mi bolsillo izquierdo, donde he enterrado una mano—, pero no sé si me conviene. Hace unas semanas no me lo habría planteado ni loco y ahora lo estoy barajando.

—Si lo que planeas es marcarte otro gran gesto de amor en televisión —señala Savannah con humor—, permíteme sugerirte que lo descartes.

—No es eso.

Aprieto los labios un momento, indeciso sobre si compartirlo o no compartirlo. Una ridiculez, porque ya sabe todo el mundo que tengo TDAH. Si es por saber, hasta están al tanto de cómo me siento al respecto. Si vacilo es porque una parte de mí —cada vez más pequeña, todo hay que decirlo— sigue siendo demasiado orgullosa para ceder a las sugerencias de Elsie. Por suerte o por desgracia, la otra parte de mí la echa tanto de menos que empieza a descubrir que haría cualquier cosa para traerla de vuelta.

—Estoy pensando —confieso al fin— en, a lo mejor... probar a... tratar el TDAH.

Savannah me sostiene la mirada esperando información extra. Como no llega, es implacable al responder:

—No me gusta cómo suena eso. No el hecho de que te trates, que me parece tan válido como que no lo hagas, sino que sientas que si lo haces podrás recuperarla. ¿Es que te dio un ultimátum a ese respecto?

—No. Es verdad que ella quiere que haga algo con el TDAH. Y es verdad que una de las razones por las que... nos peleamos —soy incapaz de decir en voz alta que hemos roto— es que mi impulsividad y mi falta de atención a veces le hacen daño. Pero no pretendía manipularme. Creo que solo estaba saturada y tomó la vía rápida.

—Entonces lo estás pensando por tu cuenta.

Lo estoy pensando por mi cuenta, sí, pero porque las conversaciones con Elsie me han hecho acordarme más del tema. Me han «inspirado», si se quiere ver así. Aparte, la visibilidad que le he dado al diagnóstico en televisión ha producido una oleada masiva de opiniones, sugerencias y apoyo a gente con TDAH en redes sociales. Me he tirado los últimos días leyendo testimonios de peña que se medica y por qué, de peña que no lo hace y su motivo; peña a la que le van bien las anfetaminas, peña que toma antidepresivos efectivos para la sintomatología de la alteración neurobiológica, peña

que se ha decantado por opciones no estimulantes que regulan sobre todo la noradrenalina...

Nunca había leído tanto del asunto —sobre un asunto en general — y había sentido que me estaba informando de verdad en lugar de desinformando con las múltiples teorías dispares; que estaba comprendiendo el fondo de la cuestión y poniéndolo todo en su lugar en vez de confundiéndome más.

La de cosas que se le ocurre hacer a uno cuando se siente como una puta mierda y necesita distraerse como sea, ¿eh? La de ideas que se te pasan por la cabeza cuando entiendes que alguien a quien quieres no pretende volver a verte porque la has cagado a pesar de que ella también la ha cagado contigo.

Supongo que esto también es estar enamorado: empatizar con su visión aunque me haya cabreado, decepcionado y matado con su cabezonería y su puta ceguera.

A veces puedes tener razón y al mismo tiempo no tenerla en absoluto.

Creo que eso nos pasa a los dos.

—¿Te has decidido a probar la medicación? —pregunta Vinny con interés.

Me encojo de hombros como si nada.

—Tengo cita con la psiquiatra del equipo pasado mañana, a ver qué me dice. No sé.

—Por probar no pierdes nada —apoya Ash—. Es lo que hace la gente cuando le pasa algo, ¿no? Toma pastillas y si no le van bien no las toma más. Así de simple.

—No es tan simple —replica Savannah—, pero es verdad que tampoco es el fin del mundo. Si lo haces por tu bien, porque crees que podría ayudarte, entonces me parece de maravilla. Ahora bien: no hagas nada porque te sientas obligado por alguien que no está en tus zapatos.

Es verdad que a ratos me he sentido presionado por ella, pero no solo en lo relativo al TDAH. Lara Cosima es una persona que presiona para todo, y no hay mayor prueba de que no lo hace por maldad que el hecho de que dé ejemplo llevándose a sí misma al límite. No te quiere mandar, ni joder, ni sacar de quicio. Quiere que seas tu

mejor versión. Y por simplista que sea deducir que medicando a una persona solucionarás su trastorno, es comprensible y hasta conmovedor que lo proponga porque viene del deseo de ayudar, de la preocupación sincera, del respeto a la farmacología y los resultados que puede obrar.

Y la verdad es que a base de hablarlo, a menudo en contra de mi voluntad, me he dado cuenta de que siempre he creído que si ignoraba que el problema estaba ahí, tarde o temprano desaparecería.

No es así. El TDAH es para siempre, y el mío en concreto es jodido.

Elsie no se equivocó al decir que yo soy el primero al que perturba y altera, soy el primero que sufre. Pero imagino que cuando estás acostumbrado a vivir de una determinada manera, a tomarte tus necesidades y padecimientos por el pito del sereno, impacta y hasta fastidia que alguien venga a señalarte que a lo mejor estás existiendo por debajo de tus posibilidades —llegando a estar en la mierda— por simple y llana cabezonería.

Y por miedo.

—No me siento obligado. Me siento inspirado —la defiendo, en parte porque yo no hice nada distinto cuando discutimos que intentar «inspirarla» a desprenderse de lo que la está torturando—. Al final, me ha abierto los ojos a algo que yo sabía pero que me parecía normal y aceptable: que estoy ignorando una cosa que podría tener tratamiento solo porque me aterra jugar peor. Porque eso es lo único que me detiene ahora. —Miro a Vinny y miro a Ash. Me han estado escuchando en silencio—. ¿Y si dejo de ser la estrella del equipo?

El corredor arquea las cejas rubísimas.

—La estrella del equipo soy yo, perdona.

—No te flipes —replica Vinny—. La estrella soy yo.

—Estábamos teniendo una conversación seria —nos recuerda Savannah antes de que nos enzarcemos en un debate desenfadado —. Y la estrella es Noah Armstrong, que para eso es el *quarterback*. Sigue, Myles.

—No hay mucho más. Es eso. ¿Qué voy a hacer si pruebo las pastillas, me van de puta madre para todo lo que es mi vida diaria,

pero mi rendimiento baja?

—Pues harás lo que hacemos todos los demás que no contamos con la hiperactividad para derrochar energía durante los cuatro cuartos de partido —interviene Noah. Me giro y lo descubro con la respiración agitada de haber venido corriendo. Lleva unos vaqueros y una camiseta de lycra que le queda ligeramente corta por abajo. Mira a Savannah en señal de reconocimiento, como diciendo «estoy aquí por ti», pero se acerca a mí y me pone la mano en el hombro —: entrenar más y muy duro, DiMarco. Entrenar más y muy duro.

—Eso es —conviene Vinny con una media sonrisa—. Puede que seas el puto amo del fútbol, en parte, por el TDAH. Pero también lo eres por el físico que tienes. También lo eres porque te esfuerzas como un cabrón. Sigue haciéndolo como el resto de los mortales y tu rendimiento no tendrá por qué bajar.

—Exacto —apoya Ash—. ¿O es que crees que todos los campeones de la NFL son tíos que nacieron con una flor en el culo? Es verdad que tenemos que tener unas hechuras y todo eso, pero, colega, aquí la mayoría no hemos nacido para jugar. Simplemente nos lo hemos currado.

Busco la mirada de Savannah, que es la que queda por hacer su aportación. No sé si ha sido la llegada estelar de Noah o el apoyo que me han brindado los Boston Beasts, pero algo ha iluminado su expresión y le ha bajado la guardia.

Me aprieta la mano, que no había soltado en ningún momento.

—Tú solo ten presente que, hagas lo que hagas, te vamos a querer igual. Más o menos hiperactivo, más o menos despistado, más o menos irascible, más o menos depresivo; como sea, porque debajo de cualquier cuadro clínico estás tú.

Y si hay una persona en el mundo que puede decir eso y que yo no solo la crea, sino que le tome la palabra, es ella. Savannah sabe mejor que nadie lo que es que a uno le reduzcan a su cuadro clínico y o lo lleven entre algodones o lo miren con curiosidad, recelo o ambos.

Extiende las manos para darme el abrazo de despedida.

Cuánto me va a costar acostumbrarme a su ausencia. Cuánto me ha costado siempre aceptar los cambios radicales y bruscos, las idas

y venidas de la gente, los nuevos comienzos. Para muestra, un botón: el desvanecimiento de Elsie de la noche a la mañana me ha dejado perdido en una ciudad que no conozco y sin poder pedirle a nadie indicaciones porque no hay quien hable mi idioma.

La marcha de Savannah solo empeora mi sensación de desamparo.

Pero se tiene que ir. Claro que sí.

Lara Cosima no se tenía que ir. Hay una gran diferencia.

Me besa en la mejilla y a continuación se despide de su hermano —luego se despedirá de él otra vez, y otra, y así hasta que haya cruzado el control de seguridad y a Vinny no le quede otro remedio que dejarla ir—; después le toca el turno a Ash, que la levanta del suelo con un bramido de pecho, clásico movimiento graciosito al que recurre siempre el corredor en los momentos de solemnidad para restarle hierro al asunto.

Por último, Savannah se gira con razonable reticencia hacia el tardón de Noah, que ha estado esperando su turno con una expresión cifrada y las manos en los bolsillos. Ella se acerca a él con pies de plomo, casi como si esperase un movimiento brusco. El *quarterback* responde a su avance rodeándole la cintura con un brazo y atrayéndola hacia su costado para besarle la frente.

Savannah cierra los ojos un segundo, pero muy pronto la vence la frustración o la rabia hacia quién sabe qué y se yergue. Igual que se yergue, no obstante, se vuelve a ablandar cuando Noah le dirige una sonrisa leve y le dice algo que no alcanzo a escuchar.

Ligeramente ruborizada, Savannah se aparta, recoge del suelo el equipaje de mano y hace un saludo militar en nuestra dirección para dirigirse acto seguido al control de seguridad. Vinny sale detrás de ella, como no puede ser de otro modo, y la ayuda a extraer los líquidos del neceser.

Ash, Noah y yo nos quedamos en el sitio con cierto aire desvalido.

—Pues una que se nos va —suspira el corredor—. A ver si el siguiente no vas a ser tú, cuando las pastillas te dejen inútil y Capobianco te eche del equipo.

—Cállate, gilipollas —espeto, pero no me molesta que bromee con el tema.

Es el primer indicador de que todo podría salir bien. De que no es para tanto.

Noah permanece en silencio viendo a Savannah cruzar el umbral.

Ya no se ríe.

—Vamos a ir comprando los billetes de avión para ir a París, ¿no? —sugiere Ash—. A mí me viene bien finales de febrero, cuando hayamos ganado la liga de este año. Es temporada baja, así que será barato, ¿no?

Saca el móvil para hacer las pertinentes consultas en la web. Es el único de los tres que aparta la vista de Savannah hasta que desaparece en el *duty free* que conecta con las puertas de embarque. Noah y yo esperamos a que su figura se pierda con las demás para que el alma nos vuelva al cuerpo, y entonces nos miramos un momento.

No nos decimos nada. No somos tan parlanchines como Ash o Vinny. No somos tan obvios. No necesitamos comunicarnos con palabras para entendernos. Se limita a presionar hacia el lado una comisura de la boca, emulando una sonrisa resignada o incluso despectiva hacia sí mismo, y hace un breve gesto con la cabeza que viene a significar «qué le vamos a hacer».

Yo comprendo a lo que se refiere y comprendo también que, igual que ha venido por su cuenta, se largue por su cuenta antes que los demás. Se despide de mí diciendo simplemente:

—No seas huevón, anda, DiMarco, que las mujeres no te esperan para siempre.

Capítulo 32

To New York & Back

Lara Cosima

—No lo has pensado muy bien esta vez, ¿eh?

Alexia no pretende hacer leña del árbol caído. Todo lo contrario. Está entusiasmada porque yo, Lara Cosima, mundialmente conocida por sus habilidades para la organización, haya tenido —y llevado a cabo— una serie de ideas a cada cuál más absurda. Entre ellas la de entrar al primer partido de la temporada de septiembre, Boston Beasts contra Buffalo Bills, con una tarrina de helado.

No he sido tan estúpida como para comprarla sobre la marcha, ¿vale? La he traído muy congelada. Por desgracia, mi relativa previsión no ha evitado que empiece a aguarse el fondo del bolso.

Ni que se me desquicien los nervios.

—¿Por qué no sale? ¿Cuándo va a salir? ¡Siempre ha salido cuando he venido!

—Sale, salir, salido; has conjugado el verbo tres veces en una sola frase.

—No sé si «salir» es una conjugación. Es el infinitivo. ¿Piensas responder? ¿Por qué no lo veo por ninguna parte? ¡¿Dónde está?!

—¿Qué más da que no lo veas? Estará en el banquillo o en los vestuarios. No pretenderías parar el partido en medio de una jugada maestra para entregarle el helado de la paz y sentarte a hablar con él sobre el futuro, ¿no?

—Tanto como parar el partido, pues no. ¡Pero esperaba verlo jugar un rato, aunque fuera! ¡Así tendría algo que decirle al respecto! ¡Que ha estado estupendo, por ejemplo!

A lo mejor hasta podría rascar un puñado de halagos específicos, como los que Adora Relish le dirigió en la noche de la gala. Noche que poco a poco me voy viendo en condiciones de rememorar sin sentir que se me cae el alma a los pies.

Nunca va a ser agradable para mí revivir el espantoso recuerdo de la conversación breve pero innegablemente cómplice entre Adora y Myles; la sonrisa que él esbozaba al escucharla con una especie de ilusión infantil. Pero ahora que me enfrento a lo ocurrido entre los dos con perspectiva y optimismo, comprendo que fue injusto hacerle

reproches por eso y que estaba en su derecho de entretenerse en un sitio hostil para él conversando con la única persona que lo entendería.

Los milagros que obran un par de semanas de gestión emocional, intensivos de yoga y la urgente obligación de reestructurar una vida entera en otra ciudad, ¿eh?

—Si sale y en efecto juega bien, te chivaré algunos términos relativos a la figura del *wide receiver* para que te ayuden a quedar de lujo —me promete Alexia.

Ha estado en tantos partidos ya que ha aprendido a compartimentar la mente y dividir su atención sin problema: sus ojos siguen con fijación los movimientos de la equipación *moriblanca*, en concreto la del *tight end*, el número 81, pero su apoyo, su corazón y su espíritu están conmigo.

—¿Es que cabe la posibilidad de que no salga?

—Cariño, están a punto de hacer el descanso intermedio y todavía no hay ni rastro del 69. Yo diría que ni siquiera lo han convocado. ¿O te ha parecido ver su número en el banquillo?

—¿Y me lo dices ahora? —me horrorizo—. ¿Por qué estoy tragándome esto, entonces?

Alexia me lanza un guiño y se lleva un puñado de palomitas a la boca.

—Porque te gusta estar conmigo. Porque a mí me gusta estar contigo. Porque...

—¡No he venido a ver ningún partido! ¡Quiero hablar con Myles!

—Haberle escrito un mensaje, niña caprichosa.

—Ya sabes cómo es con los mensajes. Y con las llamadas. Y me habría resultado violento presentarme sin avisar en su apartamento, o durante el entrenamiento, o... No sé cómo están los ánimos, no quiero hacer el ridículo, tengo miedo, y... y... ¡Ya hemos hablado de esto! Es la medida que me parecía menos invasiva. Además: así le demuestro que lo apoyo y que valoro su trabajo, como él intentó demostrarme a mí yendo a la gala a pesar de que no era su lugar favorito del mundo. En eso estamos a mano —añado por lo bajo.

Tengo motivos para ser optimista respecto a nuestro inminente reencuentro.

a) Nos hemos escrito un par de veces en las últimas semanas. O sea: no nos hemos bloqueado.
b) He dejado Velvet Room, uno de los obstáculos que se interponían entre nosotros.
c) Planeo pedirle disculpas por mi exabrupto el día de la gala. He practicado frente al espejo para no cometer el error de restarle importancia a mis sentimientos. El simple hecho de tomar la iniciativa ya es de valorar, ¿no?
d) Llevo una tarrina de helado encima. Aunque está muriendo.
e) Si no es un psicópata, no ha podido dejar de quererme en quince días, ¿no? Yo no lo he dejado de querer en quince días y a veces puedo ser una psicópata. Al menos, soy más psicópata que él.
f) Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar.
g) Me he puesto la minifalda de cuero que tanto le gusta.
h) El punto G —*qué apropiado*— es un argumento a favor de lo que expongo en el punto E. Ponerme la minifalda de cuero que tanto le gusta es manipulación pasiva y los psicópatas son fundamentalmente manipuladores.

—¿Cuándo acaba la primera parte? —pregunto, ansiosa—. Me escabulliré a los vestuarios por si estuviera allí. Porque dices que no lo has visto en el banquillo, ¿no? —Le quito los prismáticos que te proporcionan en los lujosos palcos acristalados y echo un vistazo a los jugadores fuera de la banda. Reconozco al chico del tatuaje del dragón y al chico del *buzzcut* decolorado. Ni rastro de Myles DiMarco —. Vale, pues voy a buscarlo.

—¿Es que no puedes esperar?

—¡El helado no puede esperar!

¡Y yo tampoco!

En cuanto se pita el intermedio, me levanto a toda prisa, me echo un vistazo rápido al reflejo de la pantalla de mi móvil y salgo volando.

No creo que sea tan difícil de entender para alguien que una chica con una misión —una misión en la que no tiene experiencia alguna; jamás me he visto en la tesitura de recuperar a un hombre— esté enferma de los nervios y quiera acabar con el problema cuanto

antes. No creo que sea tan difícil empatizar con una mujer que no ha dormido ni veinte horas en quince días, se pasa las noches en vela refrescando el perfil de Instagram de un hombre que habrá olvidado la contraseña y escribiendo distintos textos de disculpa para luego no enviar ninguno.

Nada ni nadie se interpone en mi camino a los vestuarios. Es lo bueno de que se hayan quedado con mi cara después de tantos meses acudiendo con Alexia a los entrenamientos y siendo la mánager de Myles: pocos accesos tengo restringidos.

El interior del estadio está sumido en un silencio misterioso cuando la acción se desarrolla en el campo. No hay un alma y el ruido de los asistentes se cuela por los pasillos como un fantasma en busca de cobijo. El filo de mis inseparables tacones repiquetea en el linóleo con impertinencia.

Doblo la esquina aferrada a mi bolso, cada vez más histérica. Si no está aquí, tendré que echar mano del plan B, y el plan B depende de que los Boston Beasts ganen el partido, porque me colaré en la fiesta que se celebrará a posteriori. Y si Myles tampoco aparece en la fiesta que se celebre a posteriori, habré de montarme en un taxi, trasponer al barrio de Dorchester y aporrear la puerta vulgarmente.

Algo muy humillante, sí, pero a todo cerdo le llega su San Martín, ¿no?

No he querido prestar atención a la vocecita interna que me recuerda que Myles no ha venido a buscarme, que fue Myles quien me dejó tirada en la calle por segunda vez y que su denuncia a Velvet Room, que según Samantha sigue adelante, podría haber sido una vendetta personal contra mí e incluso una advertencia para que no se me ocurra volver a acercarme. Y no le presto atención porque él no es un hombre de vendettas personales, sino un hombre de la justicia, y porque... En fin, pues porque fui yo quien rompió la relación.

Atravieso el corredor de los vestuarios. Nada más alzar la vista, reparo en una enorme figura masculina asomada bajo el umbral de los mismos. Parece que haya oído mis tacones —como para no— y se haya colgado del marco de la puerta para averiguar de quién se

trata, pero a juzgar por su expresión, entre expectante, incrédula y emocionalmente contenida, venía sabiendo de sobra que soy yo.

Mis pasos avanzan con mucha menos seguridad al coincidir con su mirada después de tanto tiempo que habría jurado que han transcurrido años. Se ha quedado inmóvil ahí, pendiente de mí. Apuesto a que los engranajes de su cerebro trabajan a toda velocidad preguntándose qué hace, qué dice, qué hago yo aquí.

O a lo mejor esa solo soy yo y estoy proyectando.

Me viene a la mente la primera vez que nos vimos. Entonces era una servidora la que se hallaba de pie junto a la puerta del despacho de Capobianco, y era Myles DiMarco quien se dirigía hacia mí cubierto de sudor y con una expresión muy parecida a la que se dibuja en su cara hoy.

El recuerdo me inunda de calidez y acentúa mi nerviosismo.

Para cuando me detengo a un par de pasos de él, me estoy aferrando al mango del bolso con fuerza para que no se note que tiemblo.

—He reconocido tus pasitos —murmura con la vista gacha, pero solo porque tiene que agachar la vista para mirarme. Siempre ha sido así.

—Pues yo no te he reconocido a ti en ninguno de los hombres uniformados que hay ahí fuera.

—¿Has venido a acompañar a Alexia al partido?

«¡He venido a verte a ti, idiota!».

—Algo así.

«Idiota tú, Lara Cosima».

Por un momento no tenemos nada más que decirnos. Intento ser sutil al mirarlo de arriba abajo, al fijarme en los detalles de ese rostro que me conozco como la palma de mi mano. Se ha vuelto a dejar crecer la copiosa barba, pero no le afea un ápice. Nada puede afear unos ojos moriscos como esos, una presencia tan imponente y magnética.

Va vestido con la equipación de los Boston Beasts: pantalones blancos, camiseta púrpura. Las protecciones lo ensanchan como si le hiciera alguna falta. Hacía tanto tiempo que no lo veía con su, digamos, uniforme de trabajo que vuelvo a acordarme del día que

nos conocimos, en parte porque las sensaciones que experimenté entonces son las mismas que experimento ahora: incomprensión, curiosidad y también agonía por lo que su cercanía le hace a mi cuerpo.

—No voy a salir —dice al cabo de un rato, todavía agarrado al marco de la puerta. Cuando digo «agarrado», me refiero a con la mano hecha una garra, los dedos casi abriendo agujeros en la madera—. Capobianco me ha dicho a última hora que será mejor que me reserve para cuando llevemos un par de meses de liga. Estoy conforme. —Se encoge de hombros con ese aire que solía creer huraño, pero que es más bien inocentón—. No estoy en mi mejor momento.

—¿Y eso por qué? ¿Qué te pasa?

Myles aparta la vista y se lleva la mano a la nuca.

—He empezado a tomar una medicación no estimulante, y entre que hace efecto es normal que estés somnoliento, mareado, fatigado, un poco lento... Esas cosas. Capobianco no quería arriesgarse.

El anuncio me pilla con la guardia baja.

Suelto el mango del bolso, dejándolo que cuelgue solo de mi hombro.

—¿Medicación? ¿Para qué? —Él me lanza una mirada elocuente—. ¿Para el TDAH? —Se limita a asentir con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Así, de repente? ¿Quién te ha convencido? ¿Te la ha mandado un buen profesional?, ¿uno con una cierta reputación?, ¿considerado sabio en su gremio? ¿Cómo se llama? Haría falta contrastar con...

—Es la psiquiatra del equipo. Yo creo que es buena. —Se concede una pequeña sonrisa—. Ya vuelves a las andadas con tus cuestionarios de preguntas y tu preocupación innecesaria.

—¡No es una preocupación innecesaria! —replico con seriedad—. Hasta hace poco te oponías en rotundo a la farmacología, y...

—Hace meses me oponía en rotundo a la farmacología, a hablar del tema, a contárselo a la gente, a aceptarlo. Ahora solo estoy en contra de las anfetaminas porque me consta que me sientan mal. A lo mejor esto me va algo mejor. El tiempo dirá.

—Pero... pero... ¿Por qué?

Myles vuelve a encogerse de hombros.

Suelta el marco de la puerta y da unos pasos atrás, adentrándose en el vestuario.

—Porque puede que sea cierto que tener TDAH es jodido en algunos aspectos. Y puede que sea cierto que no quiera estar jodido si puedo evitarlo. —Me mira de reojo—. Y puede, también, que no quiera salpicar con eso a la gente a la que quiero.

Avanzo apresuradamente los pasos que él ha retrocedido y lo agarro de una mano en un arrebato.

—¡No! ¡No! ¡Yo venía a...! —Aprieto los labios y me obligo a calmarme antes de hablar—. Myles, venía a decirte que fue injusto por mi parte forzarte a hacer algo al respecto de una... situación tuya y solo tuya. Venía a decirte que me pasé de la raya esa noche, que es verdad que no puedo influir en el modo en que decides sobrellevar tus dificultades, y que... que no te quiero arreglar. Claro que no te quiero arreglar. —Bajo la mirada a mis dedos entrelazados con los suyos—. Si me enamoré de ti así, tal y como eres, ¿cómo iba a pretender o desear cambiarte? Esa noche sufrí un ataque de celos, y todo a mi alrededor se estaba desmoronando, ¡y mi madre no dejaba de... ser mi madre! Perdí los papeles y lo pagué contigo, y aunque había un problema entre nosotros, no era el que yo insistí en señalar.

Myles acalla el preámbulo de mi disculpa soltándose de mi mano y volviendo a retroceder, esta vez sin mirarme. No me gusta lo que alcanzo a ver de su expresión antes de que se gire para tomar asiento con aire derrotado en el banco. Y no me gusta porque es una expresión contenida y enigmática que no he visto antes.

Apoya los codos sobre los muslos y desde allí me lanza un vistazo cargado de cansancio. Es como si al sentarse se le hubieran venido encima todos los entrenamientos de las pasadas semanas.

¿Será esa la lentitud y la fatiga que ha mencionado? La idea de que padezca efectos secundarios que influirán en su desempeño deportivo, y para colmo por culpa de lo que dije, me tortura tanto que me importa un rábano ir a por él de nuevo y ponerle las manos en el regazo.

—Lo siento —anuncio con la vista clavada en su perfil—. Lo siento muchísimo. Tenías razón. Lo viste antes que yo y, a diferencia de mí, no tuviste miedo de decirlo. He estado permitiendo que el trabajo me absorbiera hasta el punto de apropiarse mi vida. ¡De mi sentido de la ética! De alguna manera estaba siendo mánager, juez y divinidad al intervenir en aspectos tan delicados de tu vida. Y aunque lo hacía con la mejor intención, no sé dónde terminaba mi deseo de que te sintieras mejor y dónde empezaba mi convicción de que solo por haber cosechado éxitos en el mundo de la representación tenía y tendría siempre la razón.

—No —me corta—. Es verdad que todo aquel que padece un problema como el mío debe al menos plantearse tratarlo. Solo planteárselo. Y yo ni siquiera pretendía aceptarlo. Además; se supone que la gente se preocupa por ti porque te quiere, ¿no?

Me mira de soslayo, dudoso, y vuelve a apartar la mirada como quien recoge una caña.

—Claro que te quiero —murmuro—. No me disculpo por eso, sino por haber presionado.

—No he empezado el tratamiento porque me hayas presionado. Lo he empezado para ver qué pasa. Quizá me cueste menos concentrarme y no sufra tanto cuando se me presenta un problema. Ni sea tan irritable. A lo mejor, entre eso y mis esfuerzos, hasta consigo ser lo bastante responsable para no humillar a mi novia en sus días especiales.

Sintiendo de pronto una gran desorientación, retiro las manos con cuidado.

—¿Lo dices por lo que pasó, o...? ¿Sales con alguien ahora?

—No. ¿Cómo voy a salir con alguien ahora? —Sacude la cabeza, irritado con la sola posibilidad. El músculo de la impotencia se marca en su mandíbula—. ¿Cómo voy a estar con alguien que no seas tú, Elsie?

El corazón me da un brinco en el pecho, y no porque me haya conmovido, sino porque me alerta el modo en que baja el tono para que sea menos evidente que se le quiebra la voz.

Intento asomarme a su expresión, cada vez más sombría.

—Pero he venido. O sea, estoy aquí porque quiero estar contigo —balbuceo, impaciente por hacer que se sienta mejor. Recuerdo el helado metido en el bolso y me apresuro a sacarlo. Mi gozo en un pozo al reparar en que se ha abierto y se ha derramado la mitad del contenido en la preciosa piel del interior—. ¡No! ¡Maldita sea! Había traído...

Myles mira en mi dirección y se sorprende al echar un vistazo al bolso de Celine, que con toda probabilidad tendré que tirar después de este estropicio. Se asoma, muerto de curiosidad, y levanta las cejas al toparse con la piscina de caramelo salado.

Ante mi cara de pasmo, mete un dedo, lo moja y lo prueba.

—Era mi ofrenda de paz —suspiro, derrotada—. No sé cómo ha podido pasar.

Lo que tampoco sé cómo pasa, al menos en un primer momento, es que dejo de sentir el banco debajo de mí. Sus brazos me han envuelto con facilidad rodeándome por la espalda y por las corvas de las rodillas y me han alzado en vilo para sentarme con su codicia habitual —y tan familiar— en su regazo.

—Te habría regalado algo más especial —empiezo a justificarme—, pero creo que te conozco y dudo que un reloj de marca te hubiese gustado. Y podrías haberlo interpretado como una pullita del tipo «a ver si así llegas puntual a los sitios». También pensé en hacerte llegar una cama grande, pero entonces pedirte perdón no habría tenido ningún sentido, porque junto con la disculpa viene el compromiso de no volver a meterme donde no me llaman, y...

—Quiero que te metas donde no te llaman —me interrumpe con vehemencia—. Todo el tiempo. Eso es lo que tú eres. Te metes donde no te llaman. Y tú lo has dicho: así es como te quiero.

Me siento incapaz de formular palabra cuando levanta una mano hacia mí y me acaricia la cara despacio, muy despacio. Podría haber sido Myles quien se hubiera quedado hipnotizado con el movimiento tan deliberado, pero soy yo la que se pierde en el contacto y se ladea en su busca, desesperada por su cercanía.

Cierro los ojos un instante, solo un instante. Al siguiente vuelvo a necesitar su rostro.

El pecho se me encoge al reparar en la humedad de sus ojos.

—Myles...

—Estaba muy asustado —reconoce en voz baja, casi sin voz.

—¿Por lo de las pastillas? Es normal. Sabes que pueden ser traicioneras y que muchos eligen no tomarlas, pero...

—No. Estaba aterrorizado por si no volvías.

—También podrías haber vuelto tú, ¿sabes? No se te ha olvidado dónde vivo. —Entonces caigo en la cuenta de que es despistado, como él mismo dice, y me corrijo—: ¿O sí?

Myles niega con la cabeza.

—A mí no se me ha olvidado nunca nada relacionado contigo. De pequeña estabas enamorada de tu dentista, ¿verdad? Y tu caballo se llama *Diamond Duchess.* Y odias los cinturones negros porque crees que no pegan con nada. Y en realidad eres pelirroja. Por eso te sienta bien el verde, aunque tú no lo creas. Y tienes hipertiroidismo.

—Ganarías el quesito del *Trivial Pursuit* de Lara Cosima —balbuceo, abrumada.

Myles afianza aún más las manos a mi alrededor, como si temiera que fuese a escaparme, y entierra la nariz en mi pecho. Al apoyar las palmas sobre sus hombros, descubro que está temblando.

—Estoy —hace una pausa para que no le sobrepase la emoción— muy enamorado de ti, ¿sabes?

—Myles...

—Pretendía esperar algunos meses antes de ir a buscarte. Para que la terapia surtiera efecto. La psiquiatra piensa que ir a sesiones quincenales también me vendrá bien. Resulta que varios de los chicos hacen uso de ese servicio. No lo sabía. Por lo visto es muy normal.

—Claro que es muy normal. Eso es lo que he estado intentando transmitirte todo este tiempo a mi manera quizá exigente: que no tienes que esconder el TDAH, ni avergonzarte, ni combatirlo con la indiferencia. Tampoco dejarlo estar como si no quedara otro remedio. De todos modos, creo recordar que tu cabezonería no fue el centro de la discusión del otro día. —Me separo lo suficiente para mirarlo a los ojos, ojos que siguen anegados en lágrimas que no ha llegado a derramar. Verlo sobrecogido me conmueve por un segundo

y me planteo olvidar el asunto. Pero no he venido para eso—. Respecto al tema de Velvet Room...

—No quiero hablar de Roberta. Sé que la aprecias y todo eso, pero yo no la aguanto. Ignoremos que existe y ya está.

—¿Cómo que «ignoremos que existe»? Es algo que te estaba causando angustia. Y a mí también —confieso, no sin dificultad.

Que ya haya firmado mi dimisión no significa que pueda reírme. Aún. Sospecho que todavía pasarán unos cuantos meses hasta que me haya hecho a la idea de mi actual situación, que, tal y como decía Alexia, en el fondo no es tan espantosa como habría cabido esperar.

No tanto, no, pero sigue siéndolo.

Myles me mira a los ojos esperando una explicación.

—¿A ti también, has dicho? ¿Por fin te has dado cuenta?

Me contengo para no reprocharle el retintín con el que lo menciona. Al final, está en su legítimo derecho de tomarme por una idiota que no veía más allá de sus narices.

—Hace una semana dejé Velvet Room. Lex me dio las fuerzas que necesitaba para atreverme y me convenció de que podría empezar de nuevo en otro sitio: entre el reconocimiento que recibí de parte del Colegio de Agentes, mi experiencia y que la mismísima Alexia Lux puede corroborar que soy una excelente profesional, puede que, después de todo, levante cabeza. Y había pensado... —me muerdo el labio. Intento distraerme acariciando los mechones más largos de su nuca— en probar a abrir una agencia en Boston. En Nueva York ya hay mucha competencia, me apetece alejarme de todo lo que me ha estado provocando urticaria en los últimos meses, y... y, bueno, no es que tú seas ningún motivo principal, pero es verdad que si estamos más cerca...

—¿Quieres venirte a vivir conmigo? —suelta de sopetón.

—¿Qué dices, tarado? ¡Salimos oficialmente en torno a un mes y luego rompimos! ¡Por supuesto que no voy a vivir contigo! ¡Todavía! —recalco para suavizar el impacto de mi asombro—. ¿En serio quieres que viva contigo ya?

Él se encoge de hombros con humildad.

—No me gustaría volver a perderte de vista ni por un segundo. Además, seguro que vas a estar muy ocupada si pretendes abrir una agencia tú sola, y no podría verte si no fuera por la mañana y por la noche... —Se rasca el cuello, entre azorado e inquieto—. Oye, yo... No te voy a mentir. Creo que has hecho lo correcto. Creo que te estaban jodiendo la vida. Y creo que deberías vivir donde están las personas que te quieren, como Alexia o como yo... Pero me siento un poco abrumado porque hayas tomado decisiones trascendentales a raíz de nuestra pelea. ¿No te arrepentirás y me echarás la culpa? Todo esto te lo digo porque dice la psiquiatra que debo aprender a expresar mis emociones en el momento y no después de cabrearme —se explica.

La breve justificación me arranca una sonrisa y lo estrecho entre mis brazos.

—En tus propias palabras, tú solo me has inspirado, pero era algo que debía hacer. Tengo miedo, eso no te lo voy a negar. Tengo miedo de que Roberta eche pestes sobre mí en nuestros círculos y me bloquee o me robe oportunidades. Tengo miedo de darme cuenta de que Samantha nunca fue mi amiga de verdad una vez nos separen cinco horas en coche. Tengo miedo de que nadie contrate mis servicios. Pero a la vez estoy emocionada. Y muy tranquila. Eso es —asiento, sorprendida por mi propia revelación—. Me tranquiliza saber que ahora solo estoy rodeada de gente que me escucha, me entiende y me respeta. ¡Y me apoya!

—Roberta no va a echar pestes de ti porque la voy a hundir. Mi abogado dice que es muy probable que la demanda prospere y tenga que pagar por daños y perjuicios.

—Si es lo que sientes que debes hacer, lo acepto. Es verdad que es lo justo, aunque me duela por todo el tiempo que pasamos juntas. Alguna que otra vez llegué a pensar en ella como mi madre además de mi heroína, ¿sabes? —La sonrisa se me desinfla—. Es chocante ver cómo las cosas que construimos se van derrumbando. Al menos es para ir a mejor, ¿no?

A pesar de que no puede estar seguro de que así sea, Myles asiente con la cabeza, en gran medida porque está harto de tanta cháchara. Yo también estoy harta de tanta cháchara, así que

empatizo con él: no le hacían ninguna falta las explicaciones porque iba a perdonarme le dijera lo que le dijera, hiciese lo que hiciese, y está tan desesperado por fundirse conmigo —así como yo con él— que, en palabras de Renée Zellweger en *Jerry Maguire*, me lo habría metido en el bolsillo ya con el «hola».

Y, oye, él a mí también.

Myles toma mis labios con un beso que desde el principio tiene muy poco de dulce o sereno. Me estrecha contra su pecho y hace con mi pelo lo que le da la gana: lo desordena, lo retira para tener acceso a mi nuca, lo encierra en un puño para manipular el movimiento de mi cabeza. Y yo me dejo con un profundo alivio porque este lugar, el regazo de este hombre, es el único en el que no temo ceder el control; el único en el que puedo olvidar quién soy.

Me puedo imaginar cómo habríamos terminado si la sirena del campo no hubiera anunciado el fin del partido. Soy yo la que se separa un tanto aturdida y echa un vistazo a la televisión del vestuario, que había estado retransmitiendo el juego de los Beasts y los Bills con el sonido apagado. Busco la complicidad de Myles con una sonrisa al descubrir que los nuestros se han erigido con la victoria.

Muy por los pelos, sí, pero han ganado.

Él se dirige a mí con la mirada vidriosa por el beso.

—¿Quieres salir a celebrarlo? —pregunta con la voz ronca.

—¿Salir? ¿Al campo, te refieres? —Myles asiente despacio—. ¿Eso es legal?

—Sí. Alexia ha bajado varias veces. Pero tienes que saber lo que eso significaría. Te estaría presentando al mundo entero.

—Por segunda vez después del momento Oprah.

—Vale, sí. Por segunda vez después del momento Oprah. Pero si sales ahora conmigo, no hay marcha atrás. Serás mi novia a ojos de la afición. Eso es más importante que ser mi novia a ojos de Dios.

—Bueno... No he venido hasta aquí solo a informarte de mis novedades.

Myles hace un gesto breve con la cabeza que viene a significar «no se hable más». Sin mayor preámbulo, se levanta con facilidad teniéndome todavía en brazos, y en lugar de ponerme los pies en el

suelo, cruza el umbral del vestuario y poco después también el umbral de las puertas que se abren hacia el campo conmigo en volandas.

Atraviesa la hierba para reunirse con el equipo. Los Boston Beasts estaban haciendo piña con sonrisas de cansancio, chocándose los nudillos, brincando, dirigiéndose guiños o estrechándose las manos con el equipo contrario. Se felicitan cordialmente con un simple «¡buen juego!».

—¡Mirad quién está aquí! —exclama Vinny nada más reconocerme en brazos de un sonriente DiMarco—. ¡La parejita!

—Ya tendríamos algo más que celebrar —apoya Noah con una sonrisa y los brazos en jarras.

Ash arranca a silbar tan fuerte que se le oye por encima de los pitidos del árbitro, y a continuación todos los miembros del equipo, como en una reacción en cadena, se unen a la diversión aplaudiendo, aullando, lanzando vítores al aire. Hasta los Buffalo Bills se ríen con el escándalo, y en vez de retirarse a lamerse las heridas, permanecen en el campo batiendo las palmas y silbando con los dedos. No me extraña que semejante escándalo llegue a oídos —u ojos— del encargado de la *kiss cam*: al cabo de dos, tres o, como mucho, cinco minutos, la cara de Myles y la mía aparecen en la enorme pantalla junto al marcador que subraya la victoria del equipo residente.

—¡Hostias, la *kiss cam*! —exclama Ash—. ¡Eso, en el lenguaje deportivo, equivale a dar el sí en el altar!

Myles me mira con los ojos rebosantes de ilusión.

—Pues no sé tú, pitusa, pero yo voy a darlo.

—¿Y qué piensas que voy a hacer yo? ¿Negarme?

—A lo mejor. Como te picaste con lo de Oprah, quizá esto es demasiado para ti. Pero bueno. —Acerca su rostro al mío—. Ya sabes con lo que estás lidiando, ¿verdad?

La *kiss cam* y la totalidad del público, que se ha puesto a gritar como loco, nos espera hasta que por fin nuestros labios se unen. No mantienen el objetivo puesto en nosotros por mucho tiempo, pero no porque Alexia haya bajado al campo y haya que cubrir la noticia

de que sigue saliendo con Vinny, sino porque un beso de Myles no es apto para todos los públicos y hay niños en las gradas.

Mejor, la verdad. En lo que queda de día, agradeceré infinitamente una pizca de intimidad.

—Por supuesto que lo sé. —Le guiño un ojo—. Con el partido del año.

Epílogo

I Have Answers

DiMarco

—Lo siento, Myles. Esta vez tienes que rellenar el cuestionario. No te vas a librar.

Lo dice como si tuviera la menor intención de escabullirme del correctivo que sea que quiera aplicarme. Desde que es la jefa de su propia agencia de publicidad y *management*, Elsie se viste como una ejecutiva de alto rango, y aunque nunca tuve nada en contra de sus lacitos, boinas, cuellos de bebé y mangas bombachas —otra cosa fuera que me hiciesen gracia—, he de reconocer que este estilo de dominatriz encubierta me vuelve loco.

Ella o no se da cuenta de que no puedo apartar la vista de su faldita —*que es muy corta*— o bien lo ignora en beneficio de nuestra reunión profesional, que no podrá desarrollarse según lo previsto si me sigue el rollo: aguarda mi respuesta parapetada tras el escritorio de su reluciente despacho con vistas a Coplay Square.

Siendo fiel a sí misma, ha seguido el lema de la canción de Iggy Azalea y Wiz Khalifa —*Go Hard or Go Home*— alquilando ya de primeras una oficina de tres habitaciones en el centro neurálgico de la ciudad: la elegante Back Bay.

Aunque se mudó a Boston hace seis meses e inauguró la empresa con ayuda de sus ahorros y de la inversión de Alexia y su padre hace tres, a su pequeño reino no le faltan ni las cortinas, ni las alfombras, ni por supuesto la decoración, que en lo que respecta a la superficie de la mesa consiste en una serie de fotografías: una que nos tomé a traición en una escapada que hicimos a Hawái justo antes de que abriera la agencia, otra de niña con Alexia, una tercera de adolescente con Alexia, una cuarta de mayor con Alexia y una quinta solo de Alexia cuando ganó su decimocuarto Grammy, porque «¡es que cuando ganó el primero no llevaba el modelito que le elegí! ¡Para esos premios sí!».

No me ofende que las fotografías con su mejor amiga quintupliquen las que ha colgado conmigo, porque al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Tampoco me ofende que aún lleve a Samantha en su recuerdo y su corazón pese a haber sido una bruja —esto, por desgracia, solo lo pienso yo, según Elsie porque

«¡es que no entiendes lo que es trabajar para Berta! ¡Uno se vuelve un genio maligno!»— conservando una instantánea de una fiesta a la que acudieron y en la que su antigua compañera aparece borracha como una cuba.

Y no me ofende nada de esto porque es su despacho y ella hace con él lo que quiere.

La estoy parafraseando. Esa es su nueva coletilla preferida, y normal: nunca ha tenido un despacho con un rótulo con su nombre en la puerta. No había tenido un despacho con puerta, siendo más específicos. Hay que dejarla fardar un poco.

Vamos, si pudiera tener sexo *con* su despacho, creo que lo haría.

Como no puede, tiene sexo *en* su despacho. Conmigo.

—¿En serio necesitas mi ayuda para rellenar un cuestionario de preguntas personales? ¿No sabes a estas alturas cuál es mi bebida preferida, cómo se llama mi padre y qué hago en mi tiempo libre?

Elsie y yo estamos barajando la posibilidad de que llame «papá» al tío Henry. Todavía no hemos sacado nada en claro, pero todo apunta a que sucederá.

Como cualquier cosa que se le meta a la pitusa entre ceja y ceja.

—Podría completar los espacios en blanco en un rato, sí, pero no tengo ese rato y si me ayudas seremos más rápidos.

—¿Desde cuándo te interesa ir rápido? —insinúo con una caída de ojos—. Oye, no suspires como si te tuviera hasta las narices. Eres tú la que me ha ofrecido sus servicios como representante.

—¡Y tú quien los ha aceptado!

—Sigo necesitando que los inversores de los Boston Beasts me perdonen la vida. Y así me aseguro de ver tu carita de extenista rusa a diario.

Porque no vivimos juntos. Dice Elsie que primero tiene que «hacerse a la ciudad», «encontrar su sitio» y, sobre todo, «decorar un piso monísimo como a ella le gusta, sin que interfieran las sugerencias e imposiciones de un animal sin ningún sentido de la estética».

No me molestó que me describiera así. Solo tengo sentido de la estética en lo que a las mujeres respecta. Para muestra, un botón: mi novia es María Sharápova.

Elsie emite un suspiro de hartazgo totalmente forzado, porque en el fondo me adora y se ha ofrecido a representarme por la misma razón —por eso y porque somos un gran equipo cuando no hay una perversa italiana dirigiéndonos—, y rescata el cuestionario de la mesa de ébano de Macassar.

Lo que coño quiera que sea eso.

Lo ha repetido tanto que se me ha quedado grabado.

—Veamos... Pareja actual. ¿Quieres exposición pública o prefieres privacidad?

Me repantigo en el asiento del invitado y respondo con pleno convencimiento.

—Exposición pública total. Que todo el mundo se entere. Y que den gracias si no publico una *sex tape* para reafirmarnos.

—Eres un cerdo. ¿Tienes hijos? Esta la puedo responder yo...

—No los tengo —contesto aun así. Elsie me ha vuelto parlanchín, se lo debo de haberme negado a rellenar el primer cuestionario y, además, toda excusa es buena para recalcar que mis intenciones son honorables—, pero me gustaría.

Ella levanta la vista del papel y me mira con emoción contenida. Reduce todo semblante a una sonrisita tímida y murmura:

—A mí también. —Carraspea—. Eh... ¿Hay conflictos familiares que debamos manejar con discreción?

—Bueno. Sería mejor si manejáramos con discreción las broncas que tenemos mi novia y yo. Si alguien las grabara, se podría pensar que no nos queremos.

—¿Agente anterior? ¿Por qué cambiaste? Espera, esto lo puedo...

—Porque me enamoré de ella. A la siguiente la mandé a la mierda porque no me hablaba en inglés.

Elsie tiene que hacer un esfuerzo para no reírse. Luego recuerda que está en su despacho, en su oficina, en su agencia física, y suelta una carcajada y se echa la melena hacia atrás.

Como le sucede a los veteranos de guerra, todavía presenta síntomas de estrés postraumático. Hasta hace poco no se podía mentar a la caída en desgracia Roberta Montessore sin que palideciera y le dieran ganas de llorar. Por suerte, soy tan implacable y diabólicamente divertido cuando la tomo con alguien que he

terminado corrigiéndole el vicio de sentirse culpable porque la Montessore chapara Velvet Room —a mi demanda se sumaron unas cuantas más, salta la sorpresa— y se largara a Los Ángeles a probar suerte en el mundillo audiovisual.

Ah, y porque Samantha tuviera que regresar a su pueblo natal con el rabo entre las piernas.

No será porque no se le ofreciera un puesto en la agencia *La Boutique*, como Elsie decidió llamar a su pequeño colectivo después de rechazar mi fantástica idea —*Lara & Co.* Anda que no mola—, pero, para variar, Samantha se hizo respetar por vez primera, al menos a mis ojos, respondiendo que no pensaba aceptar la caridad de nadie y que debía encontrar su propio camino.

—¿Objetivo profesional a tres años vista?

—Casarme con mi novia.

Ahora pronuncio más esa palabra que Vinny «el Bardo», y eso ya es decir.

Elsie abre mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Me lo vas a pedir?

—Ya lo verás.

—¿Y el objetivo profesional a diez años vista?

—Estar casado con mi novia y tener un hijo. El hijo no te lo voy a pedir; te lo voy a hacer.

—Idiota —murmura, pero se muerde el labio antes de continuar, ahora con el cuerpecito tembloroso de excitación—. ¿Te interesaría jugar en el extranjero si surgiera la oportunidad?

—Solo si puedo llevarme a mi novia. Y a los cazurros de mi equipo —añado tras pensarlo.

—¿Lesiones previas importantes? ¿Cirugías?

—Más allá de que mi novia me robara el corazón...

—¡Myles! —se desespera, pero el brillo de sus ojos no engaña a nadie—. ¿Podrías intentar centrarte?

No solo podría intentarlo, sino que incluso podría conseguirlo. Es lo que tiene llevar medio año de tratamiento terapéutico y médico: los resultados se hacen notar. Pero no es eso lo que contesto, porque entre el despachito reluciente y las ofertas que le llueven de parte de aspirantes a cantantes y actores, lo que le faltaría a su ego

sería que le recordase que hizo lo correcto al animarme a probar el psicólogo y la medicación.

—¿Necesitas entrenador personal fuera del equipo?

—Mi novia ya me entrena por las noches.

—¡Myles, la leche!

Arranco a reír. Cansado de que nos separe una espantosamente barroca mole de madera, me levanto y la rodeo para asomarme a la lista de preguntas. Para ello me sitúo a su espalda y apoyo las manos en el borde del escritorio, acorralándola en mi abrazo, y hablo con los labios pegados a su cuello.

—¿Cómo gestiono el estrés? Con deporte y con sexo. ¿Quiero construir una marca elegante, rebelde, familiar, filantrópica...? Quiero ser yo mismo. ¿Hay causas sociales que me interese apoyar? Claro: todas ellas. ¿Me gustaría actuar, modelar o salir en campañas publicitarias? No, pero me lo pasé bien en la primera y última que hice. —Le doy un mordisco por si se hubiera olvidado de Gillette—. ¿Experiencias negativas previas con la prensa? Las que te puedas imaginar y más. ¿Gustos de lujo específicos? Ninguno... si quitas los regalos caros que le tengo que hacer a mi novia para que esté contenta.

—¡No soy tan cara!

—Es verdad, no lo eres tanto. Lo eres más aún. —Le guiño un ojo.

Elsie sacude la cabeza, exasperada.

—Anda, contesta la parte de logística.

—¿Esto de si prefiero vuelos privados o comerciales?

—Ajá.

—Los prefiero comerciales.

—¿A no ser que Alexia te invite a su avión privado?

Sé que lo dice para picarme, pero me fastidia aun así.

—Jamás aceptaría subirme a un avión privado. Y que Lex dé gracias porque la acepto a ella tal cual es. En cuanto a las necesidades especiales al viajar, los hoteles preferidos, los requisitos específicos en habitaciones, horarios en los que no deseo ser molestado y la persona de contacto de emergencias... Creo que todo eso lo sabes de sobra, pitusa. Y vas a viajar conmigo, así que no

tendrás que organizar nada distinto de tu neceser y la maletita con la lencería.

—Pues ya solo nos quedaría por cubrir el aspecto ambicioso. ¿Qué te mueve? ¿El dinero, el legado, el reconocimiento, la familia...?

Consciente de que estas son dudas de mayor enjundia, me enderezo y pongo los brazos en jarras con la vista fija en el papel impreso.

—Me mueve todo aquello que quiero —confieso con sencillez—, sean personas o sea mi vocación.

—¿Tu mayor miedo profesional?

—El mismo que el personal: fracasar en aquello que me importe.

—¿Qué te haría romper un contrato?

—Que fuera injusto o perjudicial para mí o para mi familia y amigos.

—Por último: ¿qué imagen quieres que el público tenga de ti dentro de veinte años?

Esa no es tan fácil de responder. Tengo que darle un largo pensado.

—Me gustaría que se me recordara por haber honrado a mi equipo —concluyo al cabo de un minuto. Me fijo en Elsie, que me ha estado mirando con interés— y por haberte hecho muy feliz.

Satisfecha porque haya contestado obedientemente su batería de preguntas, Elsie deposita el cuestionario sobre la mesa y me echa los brazos al cuello. Hoy todo le sonríe —la vida personal, el trabajo, el futuro— y por eso toda ella me sonríe a mí, con labios, con ojos, con el cuerpo que presiona contra el mío, anticipando así el nuevo y erótico bautismo del escritorio.

—Pues enhorabuena, Myles DiMarco. Le llevas a tus objetivos veinte años de ventaja.

Canciones referenciadas en los títulos de capítulo

Capítulo 1: *Tyrant*, Beyoncé ft. Dolly Parton Capítulo 2: *Bitch Better Have My Money*, Rihanna Capítulo 3: *God Is A Woma*n, Ariana Grande

Capítulo 4: *Another One Bites the Dust*, Queen Capítulo 5: *Ice Cream Man.*, Raye

Capítulo 6: *O.G. Original Gangster*, Ice-T

Capítulo 7: *Mr. Lover Lover*, Shaggy

Capítulo 8: *Don't Touch Me There*, The Tubes Capítulo 9: *Everybody's Trying To Figure Me Out*, HAIM

Capítulo 10: *Murder On The Dancefloor*, Sophie Ellis-Baxtor Capítulo 11: *Fantasize,* Ariana Grande (*unreleased*) Capítulo 12: *Single Ladies*, Beyoncé

Capítulo 13: *Welcome to the Jungle*, Guns N' Roses Capítulo 14: *Crying Laughing Loving Lying*, Labi Siffre Capítulo 15: *I Wanna Be Your Dog*, The Stooges Capítulo 16: *We Are the Champions*, Queen

Capítulo 17: *Diamonds Are a Girl's Best Friend*, Marilyn Monroe Capítulo 18: *Satisfaction*, The Rolling Stones Capítulo 19: *Walking Down Your Street*, Different Light Capítulo 20: *No. 1 Party Anthem*, Arctic Monkeys Capítulo 21: *Blurred Lines,* Pharrell Williams y Robin Thicke Capítulo 22: *HONEY, ARE YOU COMING?*, Måneskin Capítulo 23: *Life Is Worth Living*, Justin Bieber Capítulo 24: *Girls Just Want To Have Fun*, Cindy Lauper Capítulo 25: *Girl, You'll Be a Woman Soon*, Neil Diamond Capítulo 26: *The Adults Are Talking*, The Strokes Capítulo 27: *Man I Need*, Olivia Dean

Capítulo 28: *Show Must Go On*, Queen

Capítulo 29: *Breakin' Dishes*, Rihanna

Capítulo 30: *I Couldn't Be More In Love*, The 1975

Capítulo 31: *Farewell, Angelina*, Joan Báez Capítulo 32: *To The Moon & Back*, Savage Garden Epílogo: *I Have Questions*, Camila Cabello

Si quieres conocer la historia de Vinny Bravano y Alexia Lux, encuéntrala como *Fuera de mi liga* en las principales plataformas digitales, incluida Amazon, y también en librerías. Si quieres conocerme a mí y enterarte de próximas entregas, encuéntrame en Instagram como @tontosinolees.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Canciones referenciadas en los títulos de capítulo